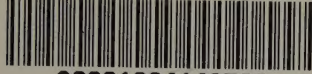



UNIVERSITY OF ARIZONA




39001004143502

*SEBASTIAN SALAZAR  
BONDY*



**COMEDIAS  
Y JUGUETES**



MONCLOA EDITORES S. A.

Recordemos someramente qué ocurría con la literatura en el Perú hace quince años, qué hizo Sebastián Salazar Bondy cuando recién llegó a Lima. No había casi nada y él trató de hacerlo todo, a su alrededor reinaba un desolador vacío y él se consagró en cuerpo y alma a llenarlo. No había teatro (Jorge Basadre recuerda, en el prólogo a "No hay isla feliz" la desilusión del crítico norteamericano Epstein que vino a Lima para estudiar el teatro peruano contemporáneo y debió regresar a su país con las manos vacías) y él fue autor teatral; no había crítica ni información teatral y él fue crítico y columnista teatral; no había conjuntos ni compañías teatrales y él auspició la creación de un Club de Teatro y fue profesor y hasta director teatral; no había quien editara obras dramáticas y él fue su propio editor. No había crítica literaria y él se dedicó a reseñar los libros de creación interesantes o importantes que aparecían en el extranjero y a comentar lo que se publicaba en poesía, cuento o novela en el Perú y a alentar, aconsejar y ayudar a los jóvenes autores que surgían. No había crítica de arte y él fue crítico de arte, conferencista, organizador de exposiciones y hasta preparó, con el título **Del hueso tallado al arte abstracto** una introducción al arte universal para 'escolares y lectores bisoños'. Fue promotor de revistas y concursos, agitó y polemizó sobre literatura sin dejar de escribir poemas, dramas, ensayos y relatos y continuó así, sin rendirse ni agotarse, casi solo, multiplicándose, siendo a la vez cien personas distintas y una sola pasión. Durante mucho tiempo, con aliados de ocasión, encarnó la vida literaria del Perú. Yo lo recuerdo muy bien porque, diez

**la librería**  
242 E. 50th  
(212)  
752-7187 N.Y.C.





# OBRAS DE SEBASTIAN SALAZAR BONDY

TOMO I

TOMO I  
COMEDIAS Y JUGUETES

TOMO II  
PIEZAS DRAMATICAS

TOMO III  
POEMAS

TOMO IV  
CUENTOS COMPLETOS

TOMO V  
ENSAYOS Y CRITICA

TOMO VI  
ARTICULOS ESCOGIDOS

EDICION REALIZADA CON EL AUSPICIO DEL PATRONATO  
PARA LA PUBLICACION DE LAS OBRAS DE  
SEBASTIAN SALAZAR BONDY

MIEMBROS

*Santiago Agurto, Danilo Balarín, Jorge Basadre, Manuel Checa Solari, José Matos Mar, Rosalía de Matos, Juan Mejía Baca, Luis Miró Quesada G., Francisco Moncloa, Luis Navarro V., Abelardo Oquendo, Mario Piacenza, Kuroki Riva, Ricardo Sarria, Fernando de Szyszlo, Mario Vargas Llosa, Héctor Velarde.*

sebastián salazar bondy / comedias y juguetes

COMEDIAS  
Y  
JUGUETES



PQ  
8097  
S233  
1967  
V.1

Sebastián Salazar Bondy

COMEDIAS  
y  
JUGUETES

PATRONATO PARA LA PUBLICACION DE LAS OBRAS  
DE SEBASTIAN SALAZAR BONDY  
FRANCISCO MONCLOA EDITORES S. A.

Lima, 1967



MEMORIAS  
Y  
JUGUETES

© DERECHOS RESERVADOS por Irma Lostaunau de Salazar.

c/o Francisco Moncloa Editores S. A.

Apurímac 337, Lima, Perú

S. S. B. Y LA VOCACION DEL ÉSCRITOR EN EL PERU

*por Mario Vargas Llosa*



Al adversario valiente que mataban en buena o mala lid y al que hasta entonces habían odiado y combatido sin desmayo, los iracundos héroes de las novelas de caballería rendían los más ceremoniosos honores. Hombre o dragón, moro o cristiano, plebeyo o de alta alcuernia, el enemigo gallardo era llorado, recordado, glorificado por los vencedores. Vivo, lo acosaban implacablemente y a fin de destruirlo recurrían a dios y al diablo —a la fuerza física, a las intrigas, a las armas, al veneno, a los hechizos—; muerto, defendían su nombre, lo instalaban en la memoria como a un familiar o a un amigo querido e iban, en sus andanzas por el mundo, proclamando a los cuatro vientos sus méritos y hazañas. Esta costumbre, curiosa y algo atroz, se practica también en nuestros días, aunque con más disimulo y elegancia: los mudables vencedores son las burguesías, las víctimas rehabilitadas después de muertas son los escritores. Humillados, ignorados, perseguidos o a duras penas tolerados, ciertos poetas, ciertos narradores son luego, inofensivos ya en sus tumbas, transformados en personajes históricos y motivos de orgullo nacional. Todo lo que antes aparecía en ellos como reprobable o ridículo, es más tarde disculpado e incluso celebrado por los antiguos censores. Luis Cernuda escribió páginas bellamente feroces contra esta hipócrita, interesada asimilación *a posteriori* del creador que realiza la sociedad burguesa y la denunció en uno de sus mejores poemas, *Birds in the night*.

La burguesía peruana no ha incurrido casi en esta práctica falaz. Más consecuente consigo misma (también más torpe) que otras, ella no ha sentido la obligación moral de recuperar pós-

tumamente a los escritores, esos refractarios salidos con frecuencia de su seno. Vivos o muertos, los condena al mismo olvido desdichoso, a idéntico destierro. Hay pocas excepciones a esta regla y una de ellas es, precisamente, Sebastián Salazar Bondy.

Yo no estaba en Lima cuando él murió pero he sabido, por los diarios y las cartas de los amigos, que la noche que lo velaron la Casa de la Cultura hervía de flores y de gente, que su entierro fue multitudinario y solemne, que Lima entera lo lloró. Y he leído los homenajes que le tributó la prensa unánime, los dolientes editoriales, los testimonios de duelo, y sé que hubo discursos en el Parlamento, que autoridades y, como se dice, "personalidades", siguieron el cortejo fúnebre y manifestaron su pesar por esta muerte que "enlutaba la cultura del Perú". Poco faltó, parece, para que pusieran a media asta las banderas de la ciudad. La simpatía personal de Sebastián, con haber sido tan grande, no basta para explicar estas caudalosas demostraciones de reconocimiento y afecto y tampoco la obra que deja, pese a ser indiscutiblemente valiosa, pues ella sólo pudo ser apreciada por los peruanos lectores o espectadores de teatro ¿que son cuántos? Yo creo que se trata de otra cosa. Tal vez oscuramente esas coronas innumerables, ese compacto cortejo no mostraban el dolor del Perú, de Lima, por el hombre cordial y generoso que partía, ni su gratitud por el autor de poemas, dramas, ensayos destinados a durar, sino, más bien, la admiración, el asombro de este país, de esta ciudad, ante aquél que había osado, durante años, hasta el último día de su vida, librar con él, con ella, un áspero, furtivo, indomable combate. Yo quisiera también exaltar al bravo y tenaz luchador que fue Salazar Bondy, describiendo, —breve, superficialmente— esa clandestina y, en cierto modo, ejemplar guerra sorda que libró.

Una guerra misteriosa, invisible, muy cruel pero tan refinadamente sutil que ni siquiera sabemos en qué momento comenzó. Debe haber sido mucho tiempo atrás, quizá en la misma infancia de Sebastián y ahí, en los alrededores de esa calle del Corazón de Jesús, donde había nacido en 1924, a poca distancia de la casa de otro guerrero solitario (aunque de índole distinta): el poeta Martín Adán. ¿La crisis que trajo a su familia a la capital y la convirtió, de acomodada y principal que era en Chiclayo, en



modesta y anónima en Lima, influyó en la vocación de Sebastián? ¿Comenzó a escribir cuando estaba en el Colegio Alemán, cuando pasó al de San Agustín? Seguramente en 1940, al ingresar a la Universidad de San Marcos, se sentía ya inclinado hacia las letras, aunque su vocación no fuera entonces exclusivamente literaria. En 1955, Sebastián confesó que *si en Lima hace diez años hubiera habido la misma actividad teatral que hay hoy día, yo hubiera sido actor. Siempre sentí vocación por el arte escénico, pero frustró esa ambición la carencia absoluta de vida teatral en Lima cuando tenía la edad en que se concreta una vocación.* Como ocurre generalmente, la literatura se fue imponiendo a él de una manera subrepticia, gradual, distraída, involuntaria al principio. Quizá fue decisiva la amistad, nacida en esa época, de un pintor, Szyszlo, y de dos poetas de su edad, Sologuren y Eielson; tal vez contribuyó a despertar en él la necesidad de escribir Luis Fabio Xammar, el único maestro que recordaría más tarde con cariño: *No era un escritor notable, dijo de él, ni tenía una extraordinaria cultura, pero era, en cambio, el único profesor en contacto vivo con los alumnos, a quienes ayudaba y animaba incansablemente.* Sus primeros poemas (*Rótulo de esfinge, Voz desde la vigilia*) aparecieron en 1943 cuando era estudiante universitario. Terminó sus estudios en la Facultad de Letras y ya había comenzado a enseñar en diversos colegios, pero es evidente que en ningún momento pensó dedicarse a la carrera universitaria pues nunca llegó a graduarse (*un poco por desidia, otro poco por haber planeado una tesis demasiado brillante que sólo se quedó en proyecto*). No sería actor, tampoco profesor, ¿por qué no bibliotecario? Sebastián no tomó su trabajo en la Biblioteca Nacional como un simple *modus vivendi*; Jorge Basadre, que dirigía esa institución en aquella época, señala que tuvo en él a un colaborador eficaz y aun apasionado: *¿Se acuerda usted, Sebastián, de nuestros trabajos y de nuestras zozobras sin reposo al lado de un puñado de gentes buenas y entusiastas en esa Biblioteca Nacional sin libros, sin personal y sin edificio? ¿Recuerda usted cuando registrábamos los anaqueles casi vacíos para hacer listas (por desgracia, jamás concluídas) de obras que no debían faltar, dábamos vida a una escuela de bibliotecarios, hacíamos fórmulas para encontrar dinero y hasta nos convertimos en agentes y productores de un noticiero?* Sin embargo, en 1945

renuncia a la Biblioteca Nacional para entregarse simultáneamente a la política, en el Frente Democrático Nacional, y al periodismo, en *La Nación*, diario de tendencia centrista que, según Basadre, su principal animador, pretendía rebelarse *contra el Perú tradicional de la vieja política y contra el Perú subversivo también tradicional*. El periodismo, la política partidista: su vocación era ya una vigorosa solitaria, firmemente arraigada en sus entrañas, cuando estas dos actividades a la vez tan absorbentes y disolventes no la desviaron ni mataron. Muy clara y elocuente ya, pues en esos años publica nuevos poemas (*Cuaderno de la persona oscura*, 1946), estrena su primera pieza teatral (*Amor, gran laberinto*, 1947) y escribe un juguete escénico (*Los novios*, 1947), que sólo se representaría mucho después. Cuando Salazar Bondy partió a la Argentina, en 1947, para un exilio voluntario que duraría casi cinco años, no hay duda posible; había elegido la literatura como un destino.

¿Qué quiere decir esto? Que a los 23 años, casi sin proponérselo, un poco a pesar de sí mismo, Sebastián había aceptado entablar las silenciosas hostilidades de las que hablábamos. Ni actor, ni profesor, ni bibliotecario, ni periodista, ni político profesional: el escritor había ido abriéndose paso a través de estos distintos, fugaces personajes, había ido cobrando forma, endureciéndose, imponiéndose a ellos, relegándolos. Sebastián acababa de ganar una batalla pero la guerra sólo estaba comenzando y él no podía ignorar, a estas alturas, que esa guerra que emprendía estaba, más tarde o más temprano, *fatalmente perdida*.

Porque todo escritor peruano es a la larga un derrotado. Ocurren muchas cosas desde el momento en que un peruano se elige a sí mismo como escritor hasta que se consuma esa derrota y precisamente en el trayecto que separa ese principio de ese fin se sitúa el heroico combate de Sebastián.

La batalla ganada consistió en asumir una vocación contra la cual una sociedad como la nuestra se halla perfectamente vacunada, una vocación que mediante una poderosísima pero callada máquina de disuasión psicológica y moral el Perú ataja y liquida en embrión. Sebastián venció ese instinto de conservación que aparta a otros jóvenes de sus inclinaciones literarias cuando

comprenden o presienten que aquí, escribir, significa poco menos que la muerte civil, poco más que llevar la imprecisa, deprimente vida del paria. ¿Cómo podría ser de otro modo? En una sociedad en la que la literatura no cumple función alguna porque la mayoría de sus miembros no saben o no están en condiciones de leer y la minoría que sabe y puede leer no lo hace nunca, el escritor resulta un ser anómalo, sin ubicación precisa, un individuo pintoresco y excéntrico, una especie de loco benigno al que se deja en libertad porque, después de todo, su demencia no es contagiosa —¿cómo haría daño a los demás si no lo leen?—, pero a quien en todo caso conviene mediatizar con una inasible camisa de fuerza, manteniéndolo a distancia, frecuentándolo con reserva, tolerándolo con desconfianza sistemática. Sebastián no podía ignorar, cuando decidió ser escritor, el estatuto social que le reservaba el porvenir: una condición ambigua, marginal, una situación de segregado. Años más tarde, en su ensayo sobre *Lima la horrible*, Sebastián describiría la resistencia que tradicionalmente opusieron las clases dirigentes peruanas a la literatura y al arte: *Lo estético encuentra en Lima un obstáculo obstinado: su aparente gratitud. Sin valor de uso para el adoctrinamiento o lo sensual, la belleza creada por el talento artístico no tiene destino. Así es hoy todavía.* Esto no le impidió acatar su vocación. Pero, ya sabemos: la “juventud es idealista e impulsiva” y no es difícil tomar una decisión audaz cuando se tiene veinte años: lo notable es ser leal a ella contra viento y marea a lo largo del tiempo, seguir nadando contra la corriente cuando se ha cumplido cuarenta o más. El mérito de Sebastián está en no haber sido, como la mayoría de los adolescentes peruanos que ambicionan escribir, un desertor.

No sería justo, por lo demás, condenar rápidamente a esos jóvenes que reniegan de su vocación, es preciso examinar antes las razones que los mueven a desertar. En efecto, ¿qué significa, en el Perú, ser escritor?

*No me encuentro en mi salsa*, dice en uno de sus poemas Carlos Germán Belli. Nadie que tome en serio la literatura en el Perú se sentiría jamás *en su salsa*, porque la sociedad lo obligará a vivir en una especie de perpetua cuarentena. En el dominio específico de la literatura, aunque sus contemporáneos no

lo lean, aunque deba superar dificultades muy grandes para publicar lo que escribe, aunque sólo se interesen por su trabajo y lo acepten y discutan otros poetas, otros narradores, y tenga la lastimosa y constante sensación de escribir para nadie, el joven tiene siquiera el dudoso consuelo de ser descubierto, leído y juzgado póstumamente. Pero sabe que su vida cotidiana transcurrirá como en un claustro asfixiante y será una continua, gris, irremediable sucesión de frustraciones. En primer lugar, claro está, su vocación no le dará de comer, hará de él un productor disminuido y *ad honorem*. Pero, además, el hecho mismo de ser escritor será un lastre, un moderado estigma en lo que se refiere a ganarse el sustento. Si el joven siente auténticamente la urgencia de escribir, sabe también que esta vocación es excluyente y tiránica, que la solitaria exige a sus adeptos una entrega total, y si él es honesto y quiere asumir así su vocación ¿qué hará para vivir? Esta será su primera derrota, su frustración inicial. Tendrá que practicar otros oficios, divorciar su vocación de su acción diaria, deberá repartirse, desdoblarse: será periodista, profesor, empleado, trabajador volante y múltiple. Pero, a diferencia de lo que ocurre en otras partes, la literatura no es aquí una buena carta de recomendación para aspirar a otros quehaceres, entre nosotros ella es más bien un *handicap*. "Ese es medio escritor, ese es medio poeta", dice la gente y en realidad está diciendo "ese es medio payaso, ese es medio anormal". Ser escritor implica que al joven se le cierran muchas puertas, que lo excluyan de oportunidades abiertas a otros; su vocación lo condenará no sólo a buscarse la vida al margen de la literatura, sino a tareas mal retribuidas, a sombríos menesteres alimenticios que cumplirá sin fe, muchas veces a disgusto. Pero el Perú es un país subdesarrollado, es decir una jungla donde hay que ganar el derecho a la supervivencia a dentelladas y a zarpazos. El escritor se embarcará en obligaciones que, fuera de no desprestigiar su adhesión íntima, muchas veces repugnarán a sus convicciones y le darán mala conciencia. Y, además, absorberán su tiempo. Dedicará cada vez más horas al "otro oficio" y por la fuerza de las circunstancias leerá poco, escribirá menos, la literatura acabará siendo en su vida un ejercicio de domingos y días feriados, un pasatiempo: esa es también una manera de desertar o de ser derrotado. Relegada, convertida en una prác-



tica eventual, casi en un juego, la literatura toma su desquite. Ella es una pasión y la pasión no admite ser compartida. No se puede amar a una mujer y pasarse la vida entregado a otra y exigir de la primera una lealtad desinteresada y sin límites. Todos los escritores saben que a la solitaria hay que conquistarla y conservarla mediante una empeñada, rabiosa asiduidad. Porque el escritor, que es el hombre más libre frente a los demás y el mundo, ante su vocación es un esclavo. Si no se la sirve y alimenta diariamente, la solitaria se resiente y se va. El que no quiere exponerse, el puro que adivina el peligro que corre su vocación en la lucha por la vida, no tiene otra solución que renunciar de antemano a esa lucha. Si teme ser paulatinamente alejado de lo que para él constituye lo esencial, debe resignarse a no tener lo que la gente llama un "porvenir". Pero es comprensible que muy pocos jóvenes entren a la literatura, como se entra en religión, haciendo voto de pobreza. Porque ¿acaso hay un solo indicio de que el sacrificio que significa aceptar la inseguridad y la sordidez como normas de vida, será justificado? ¿Y si esa vocación que pone tantas exigencias para sobrevivir al medio no fuera profunda y real sino un capricho pasajero, un espejismo? ¿Y si aun siendo auténtica el joven careciera de la voluntad, la paciencia y la locura indispensable para llegar a ser de veras, más tarde, un creador? La vocación literaria es una apuesta a ciegas, adoptarla no garantiza a nadie ser algún día un poeta legible, un decoroso novelista, un dramaturgo de valor. Se trata, en suma, de renunciar a muchas cosas —a la estricta holgura, a veces, al decoro elemental— para intentar una travesía que tal vez no conduce a ninguna parte o se interrumpe brutalmente en un páramo de desilusión y fracaso.

Estas son las perspectivas que se alzan frente al joven peruano que se siente invadido por la solitaria. Sebastián mostró hábilmente, en *Recuperada*, uno de los relatos de su libro *Náufragos y sobrevivientes* cómo el medio arrolla y desbarata la vocación cultural. Eloísa, joven de clase media, alumna de San Marcos, vacila entre continuar sus estudios o "*casarse con Delmonte, tener hijos, administrar una casa, declinar bajo esas sombras*". Su inquieto corazón se resiste a aceptar el destino que *con tanta naturalidad* admitían su prima Luz y su amiga Esme-



*ralda: mujeres plácidas, un poco gordas, tal vez dichosas, que vivían en casas más o menos pulcras, rodeadas de criaturas, y satisfechas del carácter trivial e invariable de la existencia.* Una conversación de apariencia intrascendente, en los patios de San Marcos, con Gustavo, un viejo amor, convence a Eloísa del absurdo que significaba tratar de ser diferente del modelo tradicional. *Filosofía, Historia, palabreo bonito* (afirma Gustavo)... *No dan plata, y la vida es plata, plata... Ustedes son mujeres, pueden darse el lujo... Claro, hasta que se casen... Las letras no sirven para la vida, y la vida es plata, plata, hay que convencerse.* Eloísa comprende que resultaba imposible intentar evadirse, renuncia a su vocación y es recuperada para la normalidad. Lo terrible es que Gustavo tiene razón: "las letras no dan plata"; más todavía, son un obstáculo para vivir sin angustias materiales y en paz.

El caso de Eloísa se repite sinnúmero de veces: casi siempre, la vocación literaria muere pronto, el converso cuelga los hábitos a tiempo, desaloja de sí al parásito dañino. Para medir en su justo valor el coraje de Sebastián, su consecuencia, su terquedad magnífica, habría que hacer un balance de su generación y entonces veríamos cuántos compañeros suyos que, entre los años cuarenta y cuarentaicinco, tenían lo que él llamó *mi fosforescente vicio* e iban a ser poetas, dramaturgos, narradores, enmendaron oportunamente el rumbo, acobardados por el porvenir que les hubiera tocado de insistir. Habría que preguntarse cuántos de ellos, además de desistir, traicionaron a la solitaria y adoptaron la indiferencia, el reservado desprecio que siente por la literatura esa burguesía peruana en la que se hallan ahora inmersos como corifeos o anodinos secuaces. Así comprobaríamos cómo, por el solo hecho de haber sido un escritor, Sebastián constituye en el Perú un caso de originalidad y de arrojo. Pero sus méritos son, desde luego, muchos más.

Aquellos que no desertan, los que como él, osan comprometerse con esta desamparada vocación, deben desde un principio hacer frente a innumerables escollos y riesgos para traducir en hechos esta decisión; esos audaces deben todavía encontrar la manera de que la realidad peruana no frustre en la práctica sus ambiciones y propósitos; deben arreglárselas para cumplir con-

sigo mismos y escribir. Sebastián encaró este problema de una manera desusada, agresivamente audaz.

A primera vista, las cosas parecen bastante simples: si la sociedad peruana no tiene sitio para él, resulta casi lógico y forzoso que el escritor vuelva la espalda al medio hostil y haga su camino al margen de él: cada cual por su lado, cada quien a sus asuntos. Por eso, el escritor peruano que no deserta, el que osa serlo, se exila. Todos nuestros creadores fueron o son, de algún modo, en algún momento, exilados. Hay muchas formas de exilarse y todas significan, en este caso, responder al desdén del Perú por el creador con el desdén del creador por el Perú. Hay, ante todo, el exilio físico. El escritor peruano ha sentido tradicionalmente la tentación de huir a otros mundos, en busca de un medio más compatible con su vocación, menos inhóspito, en procura de una atmósfera de mayor densidad y riqueza cultural, en pos de un clima más estimulante y fecundo. Sería moroso, fatigante, recordar a todos los poetas y escritores peruanos que han pasado una parte de su vida en el extranjero, que escribieron parcial o totalmente su obra en el destierro. ¿Cuántos murieron fuera del Perú? Resulta simbólico en este sentido que los dos autores más importantes de nuestra literatura y, sin duda, los únicos en plena vigencia universal, Garcilaso y Vallejo, terminaron sus días lejos de aquí.

Hay, sin embargo, otra forma de exilio para la cual es diferente permanecer en el Perú o marcharse. La literatura es universal, qué duda cabe, pero los aportes peruanos a ese universo son tan escasos y tan pobres, que se comprende que el joven escritor aplaque el apetito de la solitaria, en lo que a lectura se refiere, sobre todo con libros y autores foráneos, que busque afinidades, consonancias, guía y aliento en la literatura no peruana. Nuestra realidad cultural no le deja otra escapatoria. Si se contentara con beber única o preferentemente en las fuentes literarias nativas, sería más tarde, tal vez, una especie de patriota, pero también y sin tal vez, culturalmente hablando, un provinciano y un confuso. Por este camino se llega, con frecuencia sin desearlo, a ese exilio que llamaremos interior. Consiste, en pocas palabras, en protegerse contra la pobreza, la ignorancia o la hostilidad disfrazada del ambiente, entronizando

un enclave espiritual donde asilarse, un mundo propio y distinto, celosamente defendido, elevando un pequeño y soberbio fortín cultural al amparo de cuyas murallas crecerá, vivirá, obrará la solitaria. Ella acepta esta existencia claustral, incluso suele desarrollarse así espléndidamente y dar frutos excelentes y durables. Los escritores peruanos que no se exilan a la manera de Vallejo, Oquendo de Amat, Hidalgo, lo hacen sin salir del Perú como José María Eguren o Martín Adán. Muchos practican a la vez estas dos formas de exilio. El caso extremo del creador peruano exilado es, seguramente, el del poeta César Moro. Muy pocos sintieron tan íntegra y desesperadamente el demonio de la creación como él, muy pocos sirvieron a la solitaria con tanta pasión y sacrificio como él. Y esta devoción, esta dramática lealtad permanecieron ignoradas de casi todo el mundo. Moro pasó muchos años de su vida en el extranjero, primero en Europa y luego en México, y aquí, en el Perú, donde transcurrieron sus últimos años, fue poco menos que un fantasma. Vivió oculto, disimulando su verdadero ser tras un seudónimo, tras un mediocre oficio, escribiendo en la más irreductible soledad, en un idioma que no era el suyo. El adoptó todos los exilios, levantó entre su solitaria y el Perú la geografía, la lengua, la cultura, la imaginación, hasta los sueños. Habitó entre nosotros escondiendo al creador escandaloso y fulgurante que había en él bajo la apacible máscara de un hombrecillo tímido y cortés que enseñaba francés y se dejaba atropellar por los alumnos. Dejó esta imagen apócrifa al morir y quién sabe si algún día la literatura resucitará al otro Moro, al verdadero y magnífico que se llevó con él a la tumba.

Salazar Bondy fue también, en la primera parte de su vida de escritor, un exilado en estos dos sentidos. Su prolongada permanencia en Buenos Aires, donde los primeros meses tuvo que luchar duramente para vivir —trabajó como vendedor callejero de navajas de afeitar, fue redactor de publicidad, corrector de pruebas y varias cosas más antes de ingresar al Suplemento Literario de *La Nación* y al cuerpo de colaboradores de la Revista *Sur*, ese reducto de evadidos—, revela una enérgica, perseverante voluntad de destierro. También, quizá, pensó apartarse físicamente del Perú por un largo tiempo o para siempre cuando en

1952, partió como asesor literario de la Compañía de López Lagar, con la que recorrió Ecuador, Colombia y Venezuela. Pero esta segunda vez, aunque sin duda él no lo sabía aún, aquella voluntad de evasión había comenzado a ceder el terreno a una poderosa, avasalladora decisión de afincamiento corporal en el Perú (quizá sería mejor decir en Lima). En realidad, Sebastián no volvería a plantearse con seriedad la idea de vivir fuera de aquí. Ni el año que pasó a Francia (1956-1957), becado, siguiendo cursos de dirección teatral junto a Jean Vilar y en el Conservatorio de Arte Dramático de París, ni ninguna de sus múltiples salidas posteriores al extranjero, significaron otro amago de ruptura material, nuevas tentativas de exilio geográfico. El no quería reconocerlo, pero sus amigos comprendíamos que íntimamente era un asunto resuelto: había decidido vivir y morir en el Perú. Yo lo sé muy bien, pues en los últimos años, más precisamente desde su viaje a Cuba en 1962, alarmado por esa absurda vida que llevaba, por los trajines y afares que devoraban sus días y apenas si le dejaban tiempo para escribir, yo lo urgía a partir. El conocía a medio mundo y todos lo querían, yo sabía que, pese a no ser fácil, él conseguiría instalarse en Europa y que allá tendría la paz y las horas necesarias para realizar obras de alienato. El me engañaba —sí, ya vendría, que hablara con fulano, que averiguara las condiciones de tal beca— y se engañaba a sí mismo porque hasta pedía precios de pasajes y anunciaba por cartas el día del viaje. Puro cuento, siempre había alguna razón para dar marcha atrás a último minuto, siempre surgía (¿él la inventaba?) una complicación que lo llevaba a postergar la fecha decisiva. En realidad, no quería, no podía partir, porque en la segunda etapa de su vida de escritor Sebastián había renunciado definitivamente a separar el ejercicio de la literatura del contacto carnal con el Perú y ambos constituían para él una misma, indivisible necesidad vital. El antiguo exilado había cambiado de piel, el deseo de evasión de su juventud se había transformado en una arrolladora, obsesionante voluntad de arraigo.

Pero él no sólo fue un exilado físico, al principio fue también un exilado espiritual. En un reportaje aparecido en noviembre de 1955, poco después de una ruidosa polémica en la que Salazar Bondy defendió la necesidad de una literatura americana, declaró



que esta convicción estética era producto de una evolución ya que él había sido partidario, antes, de lo que se ha llamado, algo tontamente, una literatura pura. Tuve una posición esteticista —dijo— a base de rezagos dadás, surrealistas, es decir de las llamadas corrientes de vanguardia. Eso enseña que lo único que importa es crear una obra de arte, es decir, algo bello. Posteriormente —es posible que a partir de mis lecturas de los realistas norteamericanos— llegué a la conclusión de que una obra de arte tiene validez en cuanto es reflejo de un momento histórico de la vida del hombre y, precisamente, de la condición de estar limitada a una realidad proviene su belleza. La frontera entre ambas actitudes se sitúa aproximadamente entre 1950 y 1952; el regreso de Salazar Bondy de Buenos Aires a Lima coincidió con el fin de su exilio cultural. Así lo da a entender él, en una nota sobre Luis Valle Goicochea, a quien, dice, pese a haberlo leído, sólo descubrió en 1950: *Todo en mí, por esas fechas, volvía a mí. Me explico: la infección cosmopolita amenguaba en mi espíritu y la convalecencia me obligaba a buscar, como tónico, lo más auténtico, no me importa si simple, de mi contorno.* 'Infección', 'convalecencia': conviene no tomar al pie de la letra esos términos despectivos, los cito sólo como un indicio de ese cambio espiritual y de lo perfectamente consciente que de él fue Salazar Bondy. En todo caso, el mejor testimonio que tenemos para verificar dicha mudanza está en sus obras, las que sólo desde 1951 —año en que apareció uno de sus mejores libros de poesía, *Los ojos del pródigo*— son realistas no sólo por su texto sino también por su contexto y explícitamente vinculadas al Perú. Hasta entonces su teatro y sus poemas eran creaciones que expresaban un mundo interior, sin raíces históricas ni sociales, cuyo único punto de apoyo en la realidad objetiva era el lenguaje.

Salazar Bondy juzgaba severamente su poesía inicial. En su intervención, poco antes de su muerte, en el encuentro de narradores peruanos celebrado en Arequipa en junio de 1965, declaró que sus primeros poemas publicados lo avergonzaban, aunque no precisó si se refería únicamente a su primer cuadernillo (*Rótulo de la esfinge*, publicado en colaboración con Antenor Samaniego, en 1943), texto que nunca volvió a citar en sus bibliografías, o a todos sus escritos poéticos de exilado interior, el



último de los cuales es de 1949 (*Máscara del que duerme*, Buenos Aires). En todo caso, esta autocrítica es demasiado dura, aun para los primeros poemas y no puede aceptarse sin reservas. No hay nada indecoroso, ni torpe, ni falso, ni irritante en esas cuatro recopilaciones poéticas y, más bien, (sobre todo en *Cuaderno de la persona oscura*) se percibe en ellas una maestría formal cierta, un conocimiento profundo y vasto de la tradición clásica española y de los grandes poetas modernos, una soltura grande en el empleo del vocabulario y de los ritmos. Pero se trata de una poesía de un hermetismo premeditado, glacial, que refleja experiencias culturales más que vitales, lecturas y no emociones o pasiones íntimas, que debe mucho al intelecto y a la destreza artesanal y poco al corazón. La palabra poética aparece como aherrojada por densas y algo gratuitas oscuridades retóricas que debilitan su poder comunicativo y a veces la hielan. Incluso poemas tan logrados como *Muerto irreparable*, escrito en homenaje a Miguel Hernández, o el *Discurso del amor o la contemplación* no nos descubren la intimidad real del poeta, nos la velan con una máscara verbal de contornos perfectos pero rígidos. Más que "cosmopolita", como la denominó el propio Salazar Bondy, esta poesía suya de la época de exilio espiritual merecería denominarse abstracta. Su materia, exclusivamente subjetiva, se disimula con atuendos de un barroquismo conceptual y plástico, casi siempre rico, a veces deslumbrante, pero tan recargado y enigmático que aquélla se mantiene siempre a distancia del lector, aislada, fría, inasequible. En *La poesía contemporánea del Perú*, antología que publicó con Javier Sologuren y Jorge E. Eielson en 1946, los comentarios de Sebastián en torno a los poetas elegidos para integrar el libro, nos ilustran sobre lo que, en ese momento, significaba para él la poesía, lo que apreciaba principalmente en el creador lírico y, por lo tanto, sobre lo que ambicionaba hacer y ser él mismo. Luego de condenar la *soterrada tradición de sentimentalismo vulgar* de la poesía peruana, de reconocer a González Prada el mérito de haber descubierto *que la moda del verso teórico, insuflado de pedantería y voceo, no constituía en ningún caso una expresión propia y valedera* y de fulminar a Chocano, señala a Eguren como maestro de su generación con estas palabras reveladoras: *Mas la misma permanencia soledosa de Eguren, que por evasión renunció al ambiente, se hizo pueril y se*

*enclaustró dentro de sí hasta el punto de borrar toda frontera entre la realidad y la imaginación, fue ejemplar modelo para quienes, jóvenes aún, fueron descubriendo las afinadas calidades que tras sus versos, llenos de fantasía multicolor, se escondían. No se divisa rastro alguno de influencia temática o formal de Eguren en la primera poesía de Sebastián. Lo que a todas luces le parecía "modelo ejemplar" en el autor de *Simbólicas* era su conducta frente al mundo: la elaboración de una obra autónoma, independiente del contorno material, alimentada por fuentes exclusivamente interiores y que expresara niveles de realidad situados por bajo o, si se quiere, por cima de las realidades evidentes. Incluso cuando elogia a Vallejo, Salazar Bondy se apresura a señalar que por eso la peruanidad, si la hay, de la poesía vallejianiana es universal y rebasa cualquier ubicación geográfica. Más tarde, celebra el altísimo y atormentado confinamiento de Enrique Peña y de Oquendo de Amat dice que su poesía admirable nació bajo el signo de la intimidad y el recato cotidianos.*

Esta actitud de repliegue claustral, de desapego, indiferencia ante la realidad exterior y concreta, de aislamiento frente al mundo varía radicalmente en los últimos meses de la residencia de Salazar Bondy en Buenos Aires. En 1950 publica un poema titulado *Tres confesiones* que constituye un testimonio inequívoco de ese cambio: *Es grato oírse llamar por su nombre/ y ser amigo de otros hombres y otras mujeres/ cuando retornan a la ternura/ desde las islas en donde fueron confinados.* Todo el poema describe la ambición del autor de salir para siempre de su cárcel de "papeles y humo" y sumergirse en la vida de los otros, en la *multitud/ que es como un beso de mujer en la intimidad del lecho.* El poeta no sólo descubre a los demás y a la realidad exterior, sino también esa específica porción del mundo que lo rodea: *doblo la cabeza sobre América dura y hostil/, sobre su oro y sus cadáveres, y retorno/ del viaje que hice...* El poema forma parte de *Los ojos del pródigo*, libro publicado al año siguiente que consolida definitivamente la nueva actitud de Salazar Bondy e inaugura en su poesía ese tono confesional, directo, impregnado de suave melancolía, que perdurará a lo largo de toda su obra poética futura.

*Los ojos del pródigo* es un libro de expatriado que no soporta ya el destierro y quiere librarse de él mediante un regreso figurado, imaginario y psicológico, al hogar, a la tierra ausentes. Enfermo de nostalgia y de añoranza, el poeta recuerda *esos puer-tos que abandonó/ porque vivir era sentirse extranjero* y abo-mina *su soledad de pródigo*. Para adormecer la angustia que lo invade, evoca su barrio de adolescente, su *pequeño país de ami-gos* distantes, adivina la ceremonia familiar la noche de Navidad donde será recordado por los suyos, habla con un viejo antepa-sado cuya presencia contempló en un óleo *desde niño/ y que de mayor, hasta este instante, olvidé* y rescata de la memoria algu-nas imágenes de su ciudad: la Plaza de Armas con su *fuelle de grifos eróticos*, los puentes del Rímac que *unen las dos orillas familiares/ con un salto frágil de tranvías*, un balcón encaramado sobre *los callejones del Chirimoyo/ cuya miseria cede amarga-mente fermentada*, una pordiosera limeña que juntaba perros y la misa de nueve de Santo Tomás a la que acompañaba a su madre. Hay también poemas dedicados a *América* y al *Cielo tex-til de Paracas*. Este regreso simulado, a través de la poesía, a su infancia, a su familia, a su ciudad, a su país, marca el término del exilio espiritual de Salazar Bondy. En adelante su obra tendrá como sustento primordial, no la vida interior sino la exterior y en vez de reflejar, como hasta entonces, mundos culturales, imaginarios y oníricos, transmitirá experiencias concretas de una realidad objetiva que, a menudo, será expresamente mencionada por el poeta. Hay que decir, de paso, que a diferencia de lo que, a mi juicio, ocurre con su producción dramática, esta segunda etapa enriqueció notablemente su poesía, que en ella alcanzó Sa-lazar Bondy sus mejores momentos líricos. Existe, creo, un visi-ble desnivel estético entre su poesía del ciclo de exilio, poesía inteligente, formalmente impecable, culta, pero descarnada, in-móvil, sin flujo vital, y la que va de *Los ojos del pródigo* al *Tacto de la araña*, poesía confidencial, abierta al mundo, que canta con armoniosa serenidad y elocuencia la melancolía, la inquietud, el goce, el odio y el amor que inspiran al poeta esas *realidades evi-dentes* que antes prefería ignorar en su poesía.

El teatro de Salazar Bondy registra también las dos fases antagónicas de su vida de escritor, pero no tan nítidamente como

su poesía: en él la línea divisoria es algo fluctuante. En el prólogo a *Seis juguetes* —libro que reúne seis obras cortas, escritas entre noviembre de 1947 y abril de 1953—, Salazar Bondy afirma que estas piezas *intentan ser expresión del primordial anhelo de recrear en el tablado hechos que, por su índole y sentido, son manifestaciones de la realidad del hombre y su circunstancia de aquí y ahora*. Esta profesión de fe a favor de un realismo inspirado en la circunstancia peruana conviene, sin duda, al propósito de obras como *En el cielo no hay petróleo* (1954) y *Un cierto tic tac* (1956), pero no es válida para las otras. Ni *Los novios*, ni *El de la valija*, ni *El espejo no hace milagros* ni la pantomima *La soltera y el ladrón* (escritas entre 1947 y 1953) se hallan física o anímicamente situadas. Su realismo es aparente, ficticio; personajes, lenguaje y temas tienen un carácter, esta vez sí, cosmopolita, en cuanto esto significa desarraigo histórico, geográfico y social. Sin embargo, un año antes de escribir una de estas piezas “cosmopolitas”, Salazar Bondy había estrenado un drama histórico, *Rodil* (1952), que rompía con su costumbre anterior de prescindencia, en la elección de asuntos y personajes dramáticos y, también, en la hechura del diálogo teatral, del mundo circundante. Así, pues, *Rodil* ocupa en su teatro el mismo lugar limítrofe que *Los ojos del pródigo* en su poesía y documenta un cambio profundo de actitud respecto a las relaciones del creador con su sociedad. A partir de 1953, el teatro de Salazar Bondy sigue un proceso de “descosmopolitización”, de progresiva inmersión en el tema específicamente nacional. A *Rodil* siguen dos obras de un realismo peruano existencial (*No hay isla feliz*, 1954 y *Algo que quiere morir*, 1957), luego esta tendencia adopta otra vez la forma de un drama histórico (*Flora Tristán*, 1959) y se reduce más tarde espacial y temáticamente a la estricta circunstancia anecdótica limeña con una serie de comedias de costumbres (la primera, *Dos viejas van por la calle* es de 1959 y la última, *Ifigenia en el mercado*, de 1963). Curiosamente, la última obra dramática de Salazar Bondy, *El rabdomante* (1964), drama simbólico, vinculado de modo muy frágil y parabólico con el Perú, significa una ruptura del proceso iniciado en 1952 y, en cierta forma, un retorno a la manera dramática inicial. Hay, desde luego, grandes diferencias entre *Amor, gran laberinto* (1947), farsa barroca y brillante, cuyos seres se mueven como muñecos y actúan con gra-



tuidad, y este drama áspero, impregnado de símbolos y de contenidos abstractos, pero ambas piezas, cada una a su manera, delatan una intención idéntica: esquivar lo que tiene la realidad de decorativo y de actualidad pasajera para instalar la obra artística en una zona más perenne y esencial a la que el creador puede acceder sólo volviendo los ojos hacia adentro de sí mismo. Si el realismo y la sencillez expresiva sirvieron para imprimir a la poesía de Salazar Bondy más humanidad y belleza, yo pienso que la apertura sobre el mundo exterior y la voluntad de dramatizar asuntos de *aquí y de ahora* debilitaron estéticamente su obra teatral. Sus ensayos, algunos valiosos, otros estimables, otros discutibles, para crear un teatro realista peruano, me parecen menos logrados desde un punto de vista artístico, que estas dos obras tuyas *Amor, gran laberinto* y *El rabadomante* —a las que habría que añadir esa espléndida pieza corta de ritmo y diálogo delirantes, *Los novios*— en las que se advierten una intuición penetrante de la *irrealidad* que contiene en sí el teatro como espectáculo, un lenguaje eficaz para la creación de atmósferas insólitas o simplemente distintas a las conocidas por la experiencia y una técnica hábil y segura para dar a cada asunto el movimiento, la estructura y el tratamiento formal capaces de sacarles el mayor provecho dramático.

Esta breve incursión en la obra poética y teatral de Salazar Bondy tenía por objeto mostrar que en ella se grabó fielmente su exilio espiritual y que éste cesó en un período que abarca sus últimos meses de estancia en la Argentina y los primeros de su retorno al Perú. Su obra narrativa es posterior a este momento fronterizo: *Náufragos y sobrevivientes* (1954) y *Pobre gente de París* (1958) nacieron cuando Sebastián había dejado atrás aquella primera etapa e, incluso, el segundo de estos libros, encierra una dura sátira de quienes huyen espiritual y físicamente de su mundo y pretenden integrarse a otro, más sensible y adecuado a la vocación literaria o artística. Esa pandilla de latinoamericanos frustrados y alienados que desfila por los cuentos de *Pobre gente de París* nos informa de manera veraz sobre el convencimiento a que había llegado Salazar Bondy de que el exilio no era una solución o, más bien, de que esta solución entrañaba, a la larga, el riesgo de una derrota más trágica que la de hacer frente,



como creador y como hombre, a la realidad propia, a la sociedad suya. Cuando escribió estos relatos, Sebastián llevaba varios años empeñado en probarse a sí mismo que un escritor peruano podía asumir y ejercer su vocación sin necesidad de huír al extranjero o de parapetarse en su mundo interior. Desde su regreso de Buenos Aires hasta su muerte, Sebastián batalló callada, secamente por convertir en hechos este glorioso anhelo: ser leal a la literatura sin dejarse expulsar (fuera del país o dentro de sí mismo), en cuanto escritor, de la sociedad peruana; ser miembro activo y pleno de su comunidad histórica y social sin abdicar, para conseguirlo, de la literatura. Esto significó, para Sebastián, extender considerablemente el combate que ya había iniciado al ponerse al servicio de la solitaria, emprender una acción mucho más ardua y desgarradora.

Porque el escritor peruano que no vende su alma al diablo (es decir, que no renuncia a escribir) y que tampoco se exila corporal o espiritualmente, no tiene más remedio que convertirse en algo parecido a un cruzado o a un apóstol. Hablo, claro está, del creador, de aquél para quien la literatura constituye no una actividad más sino la más urgente, obligatoria y fatídica necesidad vital, del hombre en el que la vocación literaria es, como decía Flaubert, *una función casi física, una manera de existir que abarca a todo el individuo*. El escritor es aquél que adapta su vida a la literatura, quien organiza su existencia diaria en función de la literatura y no el que elige una vida por consideraciones de otra índole (la seguridad, la comodidad, la fortuna o el poder) y destina luego una parcela de ella para morada de la solitaria, el que cree posible adaptar la literatura a una existencia consagrada a otro amo, eso es precisamente lo que hace el escritor que vende su alma al diablo. Sebastián vivió para la literatura y nunca la sacrificó pero, a la vez, en los últimos quince años de su vida, fue también y sin que ello entrañara la menor traición a su solitaria, un hombre que luchó esforzadamente por acercar a estos dos adversarios, la literatura y el Perú, por reconciliarlos y hacerlos compatibles. En contra de lo que le decían la historia y su experiencia, él afirmó con actos que se podía bregar a la vez por defender su propia vocación de escritor contra un medio hostil y por vencer la hostilidad de ese medio

contra la literatura y el creador. El no se contentó con ser un escritor, simultáneamente quiso imponer la literatura al Perú. Hundido hasta los cabellos en esa sociedad enemiga él fue aquí, entre nosotros, el valedor, el solitario combatiente de una causa todavía perdida: la literatura.

Recordemos someramente qué ocurría con la literatura en el Perú hace quince años, qué hizo Sebastián cuando llegó a Lima. No había casi nada y él trató de hacerlo todo, a su alrededor reinaba un desolador vacío y él se consagró en cuerpo y alma a llenarlo. No había teatro (Jorge Basadre recuerda, en el prólogo a *No hay isla feliz*, la desilusión del crítico norteamericano Epstein que vino a Lima para estudiar el teatro peruano contemporáneo y debió regresar a su país con las manos vacías) y él fue autor teatral; no había crítica ni información teatral y él fue crítico y columnista teatral; no había conjuntos ni compañías teatrales y él auspició la creación de un Club de Teatro y fue profesor y hasta director teatral; no había quien editara obras dramáticas y él fue su propio editor. No había crítica literaria y él se dedicó a reseñar los libros de creación interesantes o importantes que aparecían en el extranjero y a comentar lo que se publicaba en poesía, cuento o novela en el Perú y a alentar, aconsejar y ayudar a los jóvenes autores que surgían. No había crítica de arte y él fue crítico de arte, conferencista, organizador de exposiciones y hasta preparó, con el título *Del hueso tallado al arte abstracto* una introducción al arte universal para "escolares y lectores bisoños". Fue promotor de revistas y concursos, agitó y polemizó sobre literatura sin dejar de escribir poemas, dramas, ensayos y relatos y continuó así, sin rendirse ni agotarse, casi solo, multiplicándose, siendo a la vez cien personas distintas y una sola pasión. Durante mucho tiempo, con aliados de ocasión, encarnó la vida literaria del Perú. Yo lo recuerdo muy bien porque, diez años atrás y por esta razón, su nombre y su persona resultaban fascinantes para mí. Todo, en el Perú, contradecía la vocación de escritor, en el ambiente peruano ella adoptaba una silueta quimérica, una existencia irreal. Pero ahí estaba ese caso extraño, ese hombre orquesta, esa demostración viviente de que sí, de que a pesar de todo alguien lo había conseguido. ¿Quién de mi generación se atrevería a negar

lo estimulante, lo decisivo que fue para nosotros el ejemplo centellante de Sebastián? ¿Cuántos nos atrevimos a intentar ser escritores gracias a su poderoso contagio?

Sería torpe querer disociar o juzgar por separado, en Sebastián, al animador y al creador, al nervioso propagandista y al autor. Lo sorprendente es que él fuera indisolublemente ambas cosas y cumpliera con las dos por igual. El acometió esa arriesgadísima empresa plural de crear la literatura, sirviendo al mismo tiempo de intermediario entre la literatura y el público, de ser a la vez un creador de poemas, dramas y relatos y un creador de lectores y de espectadores y, como consecuencia, un creador de creadores de literatura. No es difícil adivinar la tensión, la energía, la voluntad que ello le exigió. En una sociedad culturalmente subdesarrollada como la nuestra cada una de esas funciones distintas y apenas conciliables significa una guerra; él las libró todas a la vez.

Pero, en la segunda etapa de su vida de escritor, al combate por la literatura, Salazar Bondy añadió una acción política. El fue un rebelede no sólo como escritor, también lo fue como ciudadano.

Por cierto que todo escritor es un rebelde, un inconforme con el mundo en que vive, pero esta rebeldía íntima que precipita la vocación literaria es de índole muy diversa. Muchas veces la insatisfacción que lleva a un hombre a oponer realidades verbales a la realidad objetiva escapa a su razón; casi siempre el poeta, el escritor es incapaz de explicar los orígenes de su inconformidad profunda cuyas raíces se pierden en un ignorado trauma infantil, en un conflicto familiar de apariencia intrascendente, en un drama personal que parecía superado. A esta oscura rebeldía, a esta protesta inconsciente y singular que es una vocación literaria se superpone en el Perú casi siempre otra, de carácter social, que no es raíz sino fruto de esta vocación. Crear es dialogar, escribir es tener siempre presente al *hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère*, de Baudelaire. Ni Adán ni Robinson Crusoe hubieran sido poetas, narradores. Pero ocurre que en el Perú los escritores son poco menos que adanes, robinsones. Cuando Sebastián comenzaba a escribir (también ahora, aunque

no tanto como entonces), la literatura resultaba aquí un quehacer clandestino, un monólogo forzado, algo tan estérilmente laborioso y personal como el onanismo. Todo ocurría como si la sociedad peruana pudiera prescindir de la literatura, como si no necesitara para nada de la poesía, o del teatro, o de la novela, como si éstas fueran actividades negadas al Perú. El escritor sin editores ni lectores, falto de un público que lo estimule y que lo exija, que lo obligue a ser riguroso y responsable, no tarda en preguntarse por la razón de ser de esta lastimosa situación. Descubre entonces que hay una culpa y que ella recae en ciertos rostros. El escritor frustrado, reducido a la soledad y al papel del paria, no puede, a menos de ser ciego o imbécil, atribuir su desamparo, su marginalidad, y la miserable condición de la literatura, a los hombres del campo y de los suburbios que mueren sin haber aprendido a leer y para quienes, naturalmente, la literatura no puede ser una necesidad vital ni superficial porque para ellos no existe. El escritor no puede pedir cuentas por la falta de una cultura nacional a quienes no tuvieron jamás la oportunidad de crearla porque vivieron vejados y asfixiados. Su resentimiento, su furor se vuelven lógicamente hacia ese sector privilegiado del Perú que sí sabe leer y sin embargo no lee, a esas familias que sí están en condiciones de comprar libros y que no lo hacen, hacia esa clase que tuvo en sus manos los medios y el poder de hacer del Perú un país culto y digno y que no lo hizo. No es extraño, por eso, que en nuestro país se pueda contar con los dedos de una mano a los escritores de algún valor que hayan hecho causa común con la burguesía. ¿Qué escritor que tome en serio su vocación se sentiría solidario de una clase que lo castiga, por querer escribir, con frustraciones, derrotas y el exilio? Por el hecho de ser un creador, aquí se entra al campo de víctimas de la burguesía. De ahí hay sólo un paso para que el escritor tome conciencia de esta situación, la reivindique y se declare solidario de los desheredados del Perú, enemigo de sus dueños. Este fue el caso de Salazar Bondy.

Al coraje de ser escritor en un país que no necesita de escritores, Sebastián sumó la valentía de declararse socialista en una sociedad en la que esta sola palabra es motivo de persecución y espanto. Esto no lo condujo a la cárcel como a otros,



pero sí le significó vivir en constante zozobra económica, ser privado de trabajos, vetado para muchas cosas, hizo más áspera y cruel su lucha cotidiana. Al igual que sus convicciones estéticas, su posición política sufrió una transformación honda en la segunda etapa de su vida, se hizo más radical y enérgica. Entre el reformista de 1945 y el amigo de la Revolución cubana que en *Lima la horrible* escribía “*el tiempo que deviene sin controversia pasatista pone en evidencia más y más que la humanidad —y el Perú, y Lima— quiere y requiere una revolución*”, se extiende todo un proceso de maduración ideológica del que dan fe la militancia de Sebastián en el Movimiento Social Progresista, sus colaboraciones en el órgano de esta agrupación, *Libertad*, su conferencia titulada significativamente *Cuba, nuestra revolución*, sus innumerables artículos políticos en la prensa internacional de izquierda —como *Marcha* de Montevideo, la revista marxista norteamericana *Monthly Review*, la revista francesa *Partisans*, etc.—, las palabras finales de su ensayo sobre el mito de Lima y su intervención en el encuentro de narradores de Arequipa en la que explicó su posición política. Para conocer de manera detallada y cabal el pensamiento de Sebastián sobre la realidad histórica y social, el sentido preciso de su fe en el socialismo, el grado de adhesión que lo ligó al marxismo, habría que revisar y confrontar dichos textos. Pero en todo caso, nadie puede poner en tela de juicio que, en la dramática alternativa contemporánea entre capitalismo y socialismo, él optó decidida y claramente por esta segunda opción. Una prueba elocuente de ello es el homenaje que le rindieron los escritores revolucionarios cubanos en la Revista de la Casa de las Américas de La Habana —a cuyo consejo de redacción pertenecía—, deplorando esa muerte *que nos arranca a un amigo fraternal, a un maestro, a un compañero de las mejores batallas*.

Pero hay que decir también, que, a diferencia de otros escritores, explicablemente exasperados por la postración del Perú y la injusticia que lo avasalla, que creen útil orientar su vocación por razones de eficacia revolucionaria, Sebastián supo diferenciar perfectamente sus obligaciones de creador de sus responsabilidades de ciudadano. El no eludió ningún riesgo como hombre de izquierda, pero no cayó en la generosa, ingenua actitud



de quienes subordinan la literatura a la militancia política creyendo servir así mejor a su sociedad. El no había sacrificado la literatura para ser admitido en la injusta sociedad que le tocó, no había renunciado a escribir para ser algún día influyente, rico, poderoso; tampoco abandonó la literatura para hacer de la revolución una tarea exclusiva y primordial, tampoco mató a la solitaria para dedicarse únicamente a luchar por un país distinto, emancipado de sus prejuicios y de sus estructuras anacrónicas, donde fuera posible la literatura. El supo comprometerse políticamente salvaguardando su independencia, su espontaneidad de creador, porque sabía que, en cuanto ciudadano, podía decidir, calcular, premeditar racionalmente sus acciones, pero que, como escritor, su misión consistía en servir y obedecer las órdenes, a menudo incomprensibles para el creador, los caprichos y obsesiones de incalculables consecuencias, de la solitaria, ese amo libre, voluntariamente admitido en su ser. Como había defendido su vocación contra la iniquidad y la mezquina sordidez, él la defendió contra el idealismo y el fervor. Esa es la única conducta posible del escritor y lo demás es retórica: anteponer la solitaria a todo lo demás, sacrificarle el mal y el bien. Yo no sé si Sebastián admitiría o rechazaría esta divisa; tal vez el generoso incorregible que había en él diría que no, que en ciertos casos, cuando los vacíos, las deficiencias, las heridas de una realidad lo reclaman, el escritor debe abandonar parcial o enteramente el servicio de la solitaria para entregarse a tareas más urgentes y de utilidad social más inmediata y previsible que la literatura. Pero, aun cuando él no lo quisiera reconocer y lo negara, un examen de su vida y de su obra, incluso rápido y superficial como éste, deja abrumadoramente al descubierto esta verdad: en todo momento, aquí en el Perú o en el exilio, en las circunstancias mejores o peores de su vida, en cualquier empresa o aventura de las muchas que intentó, cuando hacía periodismo, enseñaba o militaba, la literatura seguía ocupando el primer lugar y acababa siempre por oscurecer a cualquier otra actividad con su sombra devoradora, incommovible y pertinaz. Ante y sobre todo, a pesar de su terrible bondad, de su inagotable curiosidad por todas las manifestaciones de la vida y su aguda percepción de los problemas humanos, Sebastián fue ese egoísta intransigente que es, para consigo mismo, un escritor, y de todos

los combates que sostuvo, el principal y sin duda el que motivó todos los demás, fue el que tenía la solitaria como ideal.

Es difícil, entre nosotros, hallar escritores que lo sean realmente, es decir que estén vivos como creadores, a la edad que tenía Sebastián cuando murió. José Miguel Oviedo ha señalado con razón *esa triste ley de la literatura peruana que ha condenado a sus poetas a la muerte prematura —esto es, al silencio— al borde de los treinta años*. En efecto, los poetas, los escritores peruanos lo son mientras son jóvenes; luego el medio los va transformando: a unos los recupera, asimila; a otros los vence y aniquila y los abandona, derrotados moralmente, frustrados en su vocación, en sus tristísimos refugios: la pereza, el escepticismo, la bohemia, la neurosis, el alcohol. Algunos no reniegan propiamente de su vocación sino que la modifican y consiguen aclimatlarla al ambiente: se convierten en profesores, dejan de crear para enseñar e investigar, tareas necesarias y valiosas pero esencialmente distintas a las de un creador. Pero ¿escritores vivos a la edad de Sebastián? Vivos, es decir curiosos, inquietos, informados de lo que se escribe aquí y allá, lectores ávidos, creadores en perpetua y tormentosa agitación, envenenados de dudas, apetitos y proyectos, activos, incansables, ¿cuántos había al morir Sebastián, cuántos hay ahora mismo en el Perú? Cuando van a la tumba, la mayoría de los escritores peruanos son ya cadáveres a medias y el Perú no suele conmoverse por esas víctimas que derrotó diez, quince, veinte años antes que la muerte. En Sebastián, nuestra ciudad, nuestro país tuvieron a un resistente superior; la muerte lo sorprendió en el apogeo de su fuerza, cuando no sólo soportaba sino agredía, con todas las armas a la mano, a su enemigo numeroso y sutil. Los homenajes que se le rindieron, la conmoción que su muerte causó, las múltiples manifestaciones de duelo y de pesar, esas coronas, esos artículos, esos discursos, ese compacto cortejo, son el toque de silencio, los cuarenta cañonazos, las honras fúnebres que merecía tan porfiado y sobresaliente luchador.

MARIO VARGAS LLOSA

AMOR, GRAN LABERINTO

FARSA EN DOS ACTOS Y UN EPILOGO

A INDA, COMPAÑERA

## PERSONAJES

GUDULA, *Baronesa de Vientreameno.*

LADISLAO, *Barón de Vientreameno.*

GIL TITIRA, *el criado.*

DORA PIÑA, *la criada.*

JERONIMEZ, *Alférez de Policía.*

GRAN OBISPO

GRAN MARISCAL

GRAN JUEZ

TRES *hombres del pueblo*

*Un* MENDIGO CIEGO y su LAZARILLO

CUATRO *esbirros*

VOCES

Los personajes de la farsa son muñecos y como tales han de vestir y moverse.

(*Estrenada por la Compañía Nacional de Comedias el 10 de octubre de 1947, en el Teatro Segura de Lima.*)

## PRIMER ACTO

*La escena ha de presentar una sala de lujo recargado, arreglada con gusto harto extravagante, cuya disposición necesariamente tendrá aspecto caricaturesco y un tanto cursi, pero ello sin mengua de la ostentación preciosa que han querido ahí derrochar los propietarios. Los muebles, de concepción sumamente retorcida y barroca, de subido color, así como los adornos, distribuidos en mesas consolas y taburetes, los almohadones y los cuadros, todo en apretado conjunto, han de parecer de material noble y rico aunque trabajados con manifiesto propósito exotista. Entre los aderezos se encontrarán algunos objetos orientales, antigüallas, flores grandes y llamativas, cortinas de raso amplias y brillantes y una araña de trebejos de vidrio que rutilen con la luz. La sala poseerá dos puertas laterales y, al lado de la de la izquierda, una grande e iluminada ventana. Al fondo se hallará otra puerta, ésta de una habitación cuyo umbral se encontrará interrumpido apenas por una leve cortina.*

*Al levantarse el telón, la luz azulada de un atardecer oscuro ingresará por la ventana. La escena estará vacía y en ella entrará vacilante, por la puerta izquierda, como poseído por un gran temor, Gil Titira, el Criado, quien en el centro de la habitación, sorprendido y atento a alguna amenaza, se detendrá. Tranquilizado ya, comenzará a hablar.*

GIL.—Ahora habita nuestra casa este viejo silencio de cascabeles muertos. Es cuando la baronesa, raro limón caliente, se acerca a mí y me besa las mejillas y las manos. (*Imitándola*) ¡Tan pequeñín! ¡tan remolón! ¡tierna manzana fresca! ¡tan colorín colorado! ¡duerme! ¡calla! ¡habla! reza! ¡baila! ¡juega! ¡llora! ¡ahora



aquí! ¡ahora acá! ¡noble perrito mío! ¡muñeco tosco! ¡porfiado chumbeque! (*Agitado*) ¡Puf! ¡la detesto! ¡la odio! ¡la odio! ¡lo diré por las calles! ¡en el mercado! ¡en las plazas! ¡a los clérigos y a las tías que compran encajes para sus pálidas sobrinas! Entonces, vendrán juntas de todas las parroquias a cubrirla de ignominia. La arrastrarán por toda la ciudad y le gritarán: ¡perdida! ¡perdida! (*Se sienta agitado en una silla, respira hondo y lleva las manos a la cabeza. Después de un instante de silencio se levanta y continúa*). Me pondré a bailar como un monigote, al son de los organillos, y las mozas se dirán con sus sonrisas pulidas: ¡ese fue! ¡ese fue! (*Se detiene un momento y escucha*). Reconocería sus pasos hasta después de muerto... ¡No hay duda, es ella, es ella! (*Rápidamente se oculta tras un mueble*).

BARONESA.—(*Entrando y sobreparándose para reconocer la habitación*). ¿Por qué te ocultas? ¿Por qué me huyes cuando él parte a su tareas gubernativas, si sabes que para tí sólo hay ternuras? (*Acercándose al escondite, muy cariñosa*). ¡Sal de ahí, reptil, menuda sierpe, ratoncillo, inocente caracol!

GIL.—(*Asomando la cabeza por detrás del mueble*). ¿De nuevo he de yacer entre aquellas sábanas azules, tersas y tibias, que aún rezuman el olor de su sudor? (*En tono de reproche*). ¿Y por qué, si me quieres, me llamas caracol? ¿Por qué me robaste a la cocina donde me placía jugar con Dora Piña a mirar por debajo de sus enaguas, sucias de cebolla y pelos, el misterio lejano de su sexo?

BARONESA.—(*Llevándolo de la mano hasta un sillón donde lo sienta, mientras ella se coloca a sus pies, de rodillas*). ¿Regaña ahora el caracol? ¿Regaña el regañín porque le quiero? Escucha, ¿a qué te sabía la pierna de Dora Piña? ¡Responde! (*Iracunda*). ¡Dí, la pierna de Dora Piña era acaso más dulce que el bombón que mientras te beso te pongo en los labios? (*Rayana en el furor*). ¡Responde, animal! ¡Soy tu ama y tu sierva, tu criada y tu amiga, tu protectora y tu amante, y sin embargo me temes y me desdeñas! (*Acariciándolo*). ¡Responde, caracol nocturno!

GIL.— (*Abatido y temeroso*). No, yo no desdeño a nadie, pero no quiero una felicidad a sobresaltos. No puedo ser feliz como no es feliz el lechón que ceban para luego degollar. (*Lloroso*). Menos

cuando veo, a través de todas las hendijas del cuarto, el ojo avizor del señor Barón que es legislador y a quien los poetas llaman el Padre de la Patria...

BARONESA.—(*Tierna, acariciándole la barbilla*). ¡Tonto! ¿Por qué temerle a Ladislao, Barón de Vientreameno? Bien sabes tú que cuando nosotros holgamos en sus holandas magníficas, bordadas con los signos heráldicos de su vieja familia, él, gobernante sin límites, confía todo su patrimonio a su honrada esposa; a tí, el criado bellaco; a la anciana cocinera que cuece sus sopas de ajo... ¡Nosotros somos los guardadores de sus bienes! ¿No los cuidas tú a tu modo?

GIL.—(*Perplejo*). ¿Que no es una traición burlar al Barón en tanto cuida de la patria? ¡Gracias al señor Barón, a su servicio fiel, son nuestros el trigo y los ríos de la tierra!

BARONESA.—¿La patria? ¿Sabes acaso tú qué es la patria? Ellos la crean y sólo ellos la comprenden. ¡Ja! ¡Ja! La cubren de baratijas, de trofeos oxidados, de colgajos y oropéndolas. Ladislao, Barón de Vientreameno, mi esposo, a ella sólo ama, sólo a ella regala sin tasa, con ella goza. Sentado en su ilustre sillón donde aplasta sus nalgas terribles, comparte su amor con generales y bachilleres, con doctores y sabios, con adustos obispos encinta. ¡No sé, no quiero saber de ella, mi caracol cándido y triste!

GIL.—(*En son de chanza*). ¡Celos! ¡Son celos y nada más! ¡La Baronesa sólo me quiere cuando su esposo se halla en las tareas del Estado!

BARONESA.—(*Acariciándolo nuevamente*). Te quiero cuando no está él, lo confieso. Su presencia me impone un respeto que me obliga a andar en puntas de pies, y, a hurtadillas, mirarle su gran cogote rojizo... Pero, cuando él abandona esta casa, la habitas tú, sólo tú, chumbeque miserable.

GIL.—(*Levantándose con agilidad*). Le temo a la señora Baronesa porque sus caricias llenas de desesperación, el perfume acre y desmayado de sus cabellos, las palabras que pronuncia llenas de amor o de odio, sus labios muelles o atrevidos, todo lo suyo en fin, se halla vecino a lo que me repugna y espanta, a las ro-

pas calientes sobre la silla, a las burbujas de la medicina que bebe al dormir, a la luz amarilla y helada que cubre las paredes de su habitación, a sus resuellos ásperos y tristes. (*El hace una gran pausa; ella escucha mirándolo fijamente*). ¿Recuerda la señora Baronesa cuando me dijo que me diera un baño y me quitara las verrugas de tierra que entre los dedos de mis pies crecían como pequeños hongos sin dueño? ¿Recuerda la señora Baronesa cuando espolvoreó talco en todo mi cuerpo y lo sintió resbaladizo y leve como el de un personaje de sus sueños de niña? ¿Recuerda la señora Baronesa cuando me escupió el rostro porque al besar mis párpados halló legañas entre las lagrimales de mis ojos? Yo no supe hasta entonces de la delicadeza que exige el amor clandestino de las señoras, de aquellas que junto a los pianos en los salones señoriales, recitan versos dulces o entonan melodías románticas; de las señoras que juegan a las cartas o sorben el té por las comisuras de sus labios recortados y breves; de las señoras, vestidas de sedas negras, que guiñan el ojo a sus cocheros africanos por detrás del abanico... ¡Nada de eso sabía! ¡Ahora, me repugna esa ciencia y reniego de la Baronesa que me inició en sus ocultos goces y problemas!

BARONESA.—(*Rebelándose*). ¡Tú conoces ya los más recónditos lugares de mi cuerpo! Menudo pececillo, has nadado mi piel, has jugado al escondite entre el encaje de mis cobijas, has estado entre mis cabellos y has restregado en ellos tus ojos llenos de lágrimas. ¡Caracol, caracolillo canalla, noche tras noche, durante el tiempo cálido en el que todo nos parece locuaz y enamorado, has deshecho mis afeites de pomadas extrañas y tintes nobles y ardientes! ¿Y, ahora, haces un gesto de desagrado cuando una vez más te ofrezco el lecho y el abrigo?

GIL.—(*Bajando la cabeza humildemente*). ¡Yo, yerto y frío, vivo feliz entre los cactus de Dora Piña!

BARONESA.—(*Enfurecida*) ¡Tú eras hato de harapos y papeles malolientes, ahora te ves en los espejos y te alisas el cabello que antes, hirsuto, estaba pringado de tierra y aceite!

GIL.—¡Yo, pobre y flaco, amo el crudo con que cubre sus pechos Dora Piña!

BARONESA.—¡Tú que dormías con los gatos encelados en un rincón del horno, hoy tienes la seda limpia y mis pañuelos!

GIL.—¡Yo, triste y bueno, amo la mano enjuta con que me aduerme Dora Piña!

BARONESA.—(*Con terrible indignación*) ¡A callar, plebeyo! ¡Te di el fervor, aplaqué el hambre de tu estirpe, le di hogaza a tus oscuros padres, amor a tu alma elemental, paz a tus dolencias! ¡Te di lo que nunca de otro modo hubieras conocido! ¡Vete! ¡Vete! ¡Lagarto, animal hecho a la tiniebla, al lodo en el que te diera a luz la lavandera!

GIL.—(*Mientras se aleja con lentitud*) ¡Amo a Dora Piña! ¡Amo a Dora Piña! ¡Amo a Dora Piña!

BARONESA.—(*Echándose desconsolada en un sillón, con los brazos caídos y como entredormida*). Nada en mí está tan nublado como el amor. Antes era como un lampo de luz, como una certera fuente de pura claridad que desde dentro cundiera por la grata cascada de la sangre cayendo y multiplicándose infinitamente. Por un tiempo se me imaginó aquella carga de holgorio febril que llenaba mi carne como otro ser que dentro de mí fuera acrecentándose hasta hacerse entusiasta y vivo. Pero a partir de no sé que fecha, quizá aquel día en que al correr por la campiña sentí que mis miembros se doblegaban ante otras fuerzas y que en las sienes se agitaban pequeños y duros latidos, se fue ocultando toda la energía maravillosa que hasta entonces poseía. ¿Qué dolencia me aquejaba de sorpresa? Una melancolía se hacía de mí, descoloría mi piel, debilitaba mis carnes y daba sinsabor a mis costumbres. Era algo extraño que convertía a mis pasiones en pequeños juguetes de celuloide, quebradizos y pueriles. Aquel día también sentí la niebla fría recorriendo los mismos senderos por donde antes advertí los pasos rotundos de la sangre hermosa y apurada. Creí que tenía que aprovechar el último resplandor del rescoldo antes que desapareciera definitivamente y me obligara a reposar sobre cenizas abandonadas. (*Exaltándose*). ¡Fue el criado, sí, este feroz inocente, quien trajo a mi casa un pequeño fulgor limpio, el agua viva donde hallar la quietud, la paz sin responsabilidad y el placer! (*Indignada*). ¡Este aprendiz, este pequeño disparate joven en cuyos párpados, en

cuya figura desgarbada y fea, se reflejan la ignorancia, la inocencia, el miedo...! (*Por la puerta izquierda asoma el Alférez Jerónimo*).

JERONIMEZ.— (*Espiando*). ¿Qué hace? Piensa, piensa en voz alta, o se aduerme arrullada en su propia música...

BARONESA.—(*Sin notar la presencia extraña*). ¡Cuando ya era mío, cuando ya era una especie de animalito dócil y amado, me lo arrebató una tonta que canta con la cara sobre la almohada decires de campesina y coplas de ciego, y quedo con su sabor fresco de sierra, con sus olores de risco lleno de arbolillos y yerbas...!

JERONIMEZ.—(*Interesado, pero sin decidirse a entrar*). ¿Qué dice? ¿Qué musita?

BARONESA.—(*Continuando*). Quedo ahora con mi honra incólume, porque el amor no la ha mellado, pero vacía, desconsolada, sola quizá para siempre...

JERONIMEZ.—(*Tomando una decisión y avanzando hacia donde está ella*). ¿Qué dice? ¿Sueña? ¿Divaga? (*Hablando en voz alta*). ¡Ah! ¡Levantada aún la señora Baronesa y entonando a la sordina añejas canciones!

BARONESA.—(*Sobresaltada*). ¡Qué! ¿Quién es? (*Reconociendo*). ¡Oh! ¿Vos, alférez? ¡Pues sí, soñando! Me proponía acostarme y dejaba al tedio jugar un poco conmigo. ¿Cómo habéis entrado? ¡Es algo tarde para una visita, no os parece!

JERONIMEZ.—(*Algo nervioso*). Hacía la ronda, como de costumbre, por vuestra calle y decidí visitaros. Me abrió el criado que, entre bobo y lloroso, regañaba algo entre dientes que no llegué a entender. Le pregunté por vos y, sin responderme, mirándome con los ojos muy abiertos, echó a correr por el jardín en dirección al granero.

BARONESA.—(*Tratando de disimular su interés*). ¿Iba lloroso, decís?

JERONIMEZ (*Muy amable*). Sí, eso es, lloroso. ¿Lo ha castigado la señora Baronesa? ¡Hay que ser duros con ellos porque a raíz de la intervención de aquel poblano que ha provocado la crisis de la escarola andan altivos y levantiscos! El otro día, por ejemplo, uno,



encarándose al señor Ministro de los Alimentos, le ha dicho: "¡Pronto viviré en vuestra casa, usaré de vuestro coche y seréis uno de mis servidores!". Por supuesto que le dieron los merecidos azotes y golpes en la nuca, y el desgraciado, medio moribundo, tuvo que pedir clemencia besándole las botas. ¡Bah, no sé por qué mortifico a la señora Baronesa relatándole estas fruslerías políticas! (*Con visible afectación*) ¿Y mi señor, el Barón?

BARONESA.—(*Inmutable*). ¿El Barón? ¡Oh! Tuvo que ir a la Alta Cámara a ventilar no sé qué importante asunto.

JERONIMEZ.—¡La crisis de la escarola preocupa a nuestros ilustres patricios!

BARONESA.—(*Con desgano*). ¡No es la primera vez que sale precipitadamente, cuando ya lo ha ganado el sueño, porque se agudiza o amengua la crisis de la escarola! ¡Esa es la política! ¡Así son los políticos!

JERONIMEZ.—(*Reflexivo*). Los políticos son hombres que dejan a sus mujeres a la medianoche, cuando el frío entra por las frazadas como un breve y acerado cuchillo, para echar discursos y velar, entre papeles y rúbricas, por la felicidad de los hijos ajenos. Las que sufren las tribulaciones de esta vida sobresaltada e incómoda son sus tiernas esposas que a solas quedan. Ellas, las más frágiles y dulces, las más delicadas entre todas las mujeres de la ciudad, anudan día tras día, ojerosas e insomnes, sus continuas horas de vigilia. Mi hermana, por ejemplo, cuyo marido es Diputado, pasa las noches orando por los éxitos de su esposo. Cuando después de una de esas importantes jornadas regresa a su lecho, agotado por el agobio de sus esfuerzos, se duerme plácidamente mientras ella llora en voz baja, retorciendo las sábanas entre los dientes convulsos. ¡Así es el amor!

BARONESA.—A mí, sin embargo, la ausencia del señor Barón no me desconsuela. Hallé en mis quehaceres cotidianos un modo de disimular mi soledad. A veces me divierte ese chiquillo, el que vísteis salir lloroso, con sus ingenuas manías de niño. Otras veces me dedico a leer algún libro de guerras antiguas en las que héroes y reinas inverosímiles me arroban con sus deliquios. ¡Cuando llega el señor Barón, casi siempre sueño entre larvas y plumas,

en mundos llenos de cansina tristeza o de alegría frenética! El no se atreve a despertarme. Me da un beso leve en la frente, que no llega al hondísimo lugar donde vivo dormida...

JERONIMEZ.—(*Indignado*). ¡El señor Barón se encuentra al lado mismo de la felicidad y apenas la tienta! ¡Oh, qué locura!

BARONESA.—(*Con exaltación*). ¡Al señor Barón le debéis respeto! ¿Cómo aprovecháis de su ausencia para burlaros de él? ¡Reportaos que puede costaros la vida!

JERONIMEZ.—(*Tratando de explicarse*). ¡Habéis confundido, señora mi intención! ¡Yo soy un hombre desgraciado, y vos lo sabéis! ¡Sabéis además que detesto la política, la triquiñuela sórdida y mezquina que traman el doctor o el principal, el alcalde o los alguaciles, el prelado y el parlamentario! ¡Y sabéis, también, que os amo! (*Hincándose*). ¡Que rondo vuestra casa, año tras año, para recibir en cambio de mi celo un desdén despiadado y permanente!

BARONESA.—(*Alarmada*). ¡De pie, alférez! Cualquier leve sospecha, cualquier murmuración que llegara a oídos del Barón, me perdería. ¡La desgracia caería sobre mí y sobre vos, y ambos, ni siquiera juntos sino separados y escarnecidos para siempre, iríamos dando tumbos en manos de todos los jueces y en las lenguas habilidosas del populacho y los salones! (*Meliflua y confidencial*). Además vuestro ascenso, planteado por el Barón en la Alta Cámara, fracasaría rotundamente...

JERONIMEZ.—(*Con desconsuelo*). ¡Bah! ¡Mi ascenso! Por veinte años he esperado con paciencia bienaventurada que las autoridades, en justa decisión, acordaran mi promoción al grado inmediato. No traicioné nunca la causa del gobierno; reprimí con energía, cuando me tocó, los excesos del pueblo exaltado; cumplí mis deberes de soldado siempre, en vista de que alguien más sabio que yo, oculto en la frondosa selva de mis superiores, me lo dictaba... ¿Para qué todo esto? He visto en los Archivos Nacionales, hace algunos días, el expediente de mis méritos. Un gracioso funcionario, entre hipo e hipo, me recomendó que no apresurara su tramitación, que no moviera los hilos burocráticos, que no interrumpiera el curso lento y misterioso que siguen los papelo-

tes por los diversos departamentos... ¡Bah! ¡Veinte años de lealtad para verme en esta forma despreciado!

BARONESA.—(*Cariñosa*). ¡No os desaniméis, alférez! Solucionada la crisis de la escarola, estoy segura que vuestro ascenso merecerá la atención de la Alta Cámara. Mientras tanto, la comisión analiza con minuciosidad todos los aspectos de vuestra vida, la de vuestros padres y parientes, y aún la de vuestros amigos más cercanos. ¡La gestión se echaría a perder si por alguna precipitación inconsulta interviniera algún oficioso desviando los estudios que realizan los especialistas en tales distinciones!

JERONIMEZ.—(*En tono de lamento*). Mi vida ha sido de una pureza irreprochable, señora Baronesa. Soporté los palos como un buen asno. El reproche, el insulto y hasta la ofensa que atentaba contra mis más íntimos afectos. He sido puro, el puro... (*Agitándose*). Mas de un solo defecto adolece mi persona: ¡Soy débil al amor! Amo, y mi pasión, desbordada como un mar furioso, destruye todo lo que he levantado a costa de grandes sacrificios, a fuerza de una voluntad sin treguas ni resquicios. (*En alto en actitud muy exagerada*). ¡Débil al amor! ¡Débil al amor como una pajarita de pelusas que se menea a causa de los aires caprichosos! ¡Débil al amor como un adolescente que por primera vez roza los muslos de sus condiscípulas! ¡Débil al amor como una solterona que baña en agua tibia a sus pequeños sobrinos!

BARONESA.—(*Preocupada*). ¡Calmaos, alférez! ¡No hagáis que os despidan por impertinente!

JERONIMEZ.—(*Sin escuchar la amenaza*). ¡La señora Baronesa no ignora mi mal y, sin embargo, me evita, me huye, me mira como a un servidor siempre humillado...! (*Veulve a hincarse*). ¡Os amo! ¡Posiblemente deberé mi ascenso al señor Barón, mas seguiré pensando en hurtarle su esposa, la cálida esposa que deja entumecer en la noche, su esposa bella y ardiente! (*Sollozando*) ¡Su esposa!

BARONESA.—(*Con tono de orden*). ¡Por favor, Jerónimo, de piel! ¡No levantéis la voz! (*Por lo bajo*). En este pueblo todo se escucha a través de muros y paredes. Ninguna gracia me haría andar en boca de la población, perdiendo mi honor y dando pábulo a

que los enemigos de Ladislao aprovecharan la especie para tumbar al gobierno. Ya lo he dicho en todos los tonos que no os amo, que no os puedo amar. ¡No me gusta ese aspecto y esa manera taimados y afectuosos que usáis!

JERONIMEZ.—(*Tomándose la cabeza entre las manos*). ¡Comprendo, Baronesa, comprendo bien! Mi antiguo uniforme plumizo, el moho que entre los botones, antaño relucientes, hace una vaga sombra de miseria; el galón lleno de orín, mi tricornio colmado de pegotes, mis botas antes de lujo, cuyo charol se agrieta a fuerza de los andariegos menesteres; todo en mí denuncia al subordinado sin renuncias, al fiel instrumento de los gobernantes caprichosos. Soy la imagen misma del deber. Salgo de mi lecho al despuntar el sol y tomo la dirección del cuartel, ayuno y desfalleciente. Dispongo allí mis pequeñas tropas para emprender la difícil batalla contra los enemigos de la tranquilidad pública.

BARONESA.—(*Con un ademán de desprecio*). ¡Oh!

JERONIMEZ.—(*Sin detenerse*)... Y mientras los boticarios perfuman sus axilas con el benjui exquisito y los pequeños propietarios abrazan por décima vez a sus exhaustas mujerucas, allano los lugares de juego, apreso a los salteadores, riño a los vagos, recojo de la vía a los ebrios y me expongo tanto a la venganza artera de un granuja como a la fácil tentación de una ramera impune. (*Con desazón*). Cuando concluyo mis trabajos, muy poco antes del amanecer, me tiendo rendido en el camastro de mi tugurio y, entre las nebulosas de mi duermevela, floto puro y liviano como una pluma que lentamente se pierde en un barranco vacío. Ni lujos ni ostentaciones. A veces he visto llegar a la señora Baronesa a los fastos palaciegos con el señor Barón, y desde fuera, a través de una ventana, he pasado la noche montando mi guardia y vigilando la tranquilidad, la salud, la belleza de la señora Baronesa entre los vales de la turba gorda y gaseosa de los salones principales. Otras veces...

BARONESA.—(*Interrumpiendo con gesto laso y bostezando*). ¡Oh, qué aburrido! ¡Miles de veces he tenido que escuchar la misma historieta entre quejidos y lloros! Esta noche me da sueño, así como otras me puso iracunda. (*Tratando de llevarlo a la puerta*).

¡Retiraos, alférez! ¡Visitadme cuando hayáis desechado esa turbia, esa truculenta idea del amor que os afea el simpático rostro de ángel de la guardia que lleváis de continuo! (*Se escucha fuera un griterío lejano*). ¿Qué gritos son esos?

JERONIMEZ.— (*Como si no escuchara nada*). ¡Es mi última solici-  
tación! ¡Mi último ruego! (*El vocerío se advierte más claramente*).

BARONESA.— (*Enérgica*). ¡A callar! ¿Qué ajetreo hay hoy en las  
calles? (*Hace el intento de abrir la ventana, pero Jerónimo se le  
interpone rápidamente*).

JERONIMEZ.— (*Con entusiasmo*). ¡Ese rumor, señora, es el de las  
últimas cartas que juego para ganar amor y poder! ¡No miréis, os  
sería sumamente desagradable!

BARONESA.— (*Indignada*). ¿Quién sois vos, miserable, para interpo-  
neros y prohibirme que haga lo que quiero dentro de mi casa?  
(*Apartándolo bruscamente*). ¡Lo pagaréis muy caro! (*El vocerío  
se hace cada vez más alto*).

JERONIMEZ.— (*Tomándola por los brazos*). ¡No os mováis! ¡No os  
mováis, que ese es el rumor de la libertad! ¡Nada, nada puede opo-  
nerse al tumulto de los siervos alzados contra los tiranos! Si se  
ha dicho que nada justifica el amor en Vientreameno, yo he de  
probar, y ese río callejero ya lo confirma, que las armas han dado  
fin al horrible prejuicio que nos dio fama. (*Con pasión*). ¡Amad-  
me! ¡Amadme antes de que sea tarde!

BARONESA.— (*Rechazándolo con repugnancia*). ¡Apártate, guiñapo  
asqueroso, bicho lleno de veneno!

JERONIMEZ.— (*Sin dejarla*). ¡De vos procede el veneno! ¡Amadme!

BARONESA.— (*Luchando por desasirse*). ¡Morirás colgado del patí-  
bulo y los mendigos arrojarán piedras a tu cuerpo desnudo!

JERONIMEZ.— (*Entusiasmado*). ¡La revolución ha triunfado! (*Se  
acrecientan los gritos; se oyen claramente mueras y vivas y algu-  
nos disparos*). ¡Hemos vencido los pobres, los tristes, los desam-  
parados, los buenos! El Barón, vapuleado por una docena de  
caudillos, es traído hasta aquí para ser juzgado por el Tribunal  
de la Plebe. Sobre el polvo callejero, su sangre y sus lágrimas se



vierten y desaparecen. Es un largo rastro que luego se cubre de huellas de amplios y endurecidos pies descalzos. (*Dirigiéndose a la ventana y abriéndola de par en par; los gritos son ya ensordecedores y se escuchan como si la multitud avanzara hacia la casa*). ¡Mira! ¡Acércate a la ventana! ¡No olvides que en ese tumulto de tierra y gentes viene, como una pequeña cosa, la libertad! (*La Baronesa en silencio se acerca a la ventana. Jerónimo queda atrás, de espaldas al público*). ¿Ves? Por aquella alameda lo traen custodiado los rebeldes. Lo guardan mis esbirros para que el pueblo no lo linche. Viene implorando piedad, con la cabeza baja, mirando con terror y pena sus vestiduras hechas jirones. Sus deslumbrantes medallas han caído, una tras otra, entre los guijos y las plantas, y mañana los niños manumisos de su poder jugarán con ellas como con chucherías insignificantes. (*Dando un gran respiro. Ella permanece inmutable mirando la calle*). ¡Aquí concluyen mis padecimientos! ¡Te quedan unos minutos para decidirte a amarme, y así salvar tu vida de la ira de quienes te vieron pasar en tus coches mullidos, cuando en sus casas la sal era poca y el vino era transparente!

BARONESA.—(*Volviéndose velozmente, con altivez*). ¿Yo? ¿Amarte yo, ayer y hoy miserable? ¡No me hagas reír! (*Con gesto de asco*). ¡Me repugna, te lo he dicho mil veces, tu aspecto relamido, curvo, cubierto de grandes empeines y lamparones sucios! ¡Aléjate de mí! ¡Aléjate de mí!

JERONIMEZ.—(*De rodillas, suplicante*). ¡Amame, flor! ¡Amame, caramelo! ¡Amame, cielo! (*Pausa larga. El griterio continúa, Jerónimo se levanta y se asoma a la ventana. Mientras dirige la palabra al pueblo, la Baronesa se sienta desconsolada en un sillón y esconde la cara entre las manos*). ¡Hombres del quehacer de la ciudad y el campo! (*Se escuchan vivas*). ¡Nuestra causa es la causa de la ilustración y la felicidad! ¡Servidores, mendigos! (*Se oyen bravos*). ¡Escuchad! ¡En este lugar donde trepidó su cuerpo en orgía y pompa, juzgaremos al opresor! ¡Confiad en nosotros! ¡Traedlo! ¡Traedlo!

VOCES.—¡Llevadlo! ¡Llevadlo!

(*Al cabo de unos minutos ingresa el Barón, rotas las ropas que recuerdan un aliño fastuoso, custodiado por cuatro hombres, cuyas*

*cabezas se hallan cubiertas de gorros frigios y entre los cuales se halla un mendigo ciego conducido de la mano por un Lazarillo de pocos años).*

HOMBRE 1º—(*Empujándolo fuertemente*). ¡No le queda un solo atuendo dorado y plata que no haya sido manoseado por la multitud!

HOMBRE 2º—(*Mesándole los cabellos*). ¡Su cabello fino y oloroso sabe ya de la fortaleza de la mano encallecida!

HOMBRE 3º—(*Empujándolo también*). ¡Sabe ya su cuerpo del sin-sabor de la púa y la saliva fría!

CIEGO.—¡Las gentes comentan a voces que el desgraciado sabe sufrir, pero que el gozo pone delicada la piel! ¡Dicen también que a ratos han reventado gruesas lágrimas de dolor por sus ojos y que ni los pequeños, cuando los azota su madre, crisan más los carrillos rellenos o sorben los mocos con tanta furia contenida! (*Suplicante, con la cara hacia arriba*). ¡Dios, Dios de la cabeza redonda y de los halos luminosos, haz que vea lo que tanto he soñado de día y de noche! ¡Dios de la cabeza enorme y desfallecida!

HOMBRE 1º—(*Poniéndose frente a él, quien ha sido sentado en una silla al centro de la habitación*). ¡Barón, turbio Barón desvanecido ahora, qué de tu fasto! ¿Qué de tu mirar agudo, mezcla de llama y estropicio? ¿Qué de tu gran poder, viejo zanguango? ¡Habla ahora con desprecio, si puedes, de nuestra fea zapatilla! ¡Di, gozoso como ayer, algo del cepo de hierro! ¡Habla del elocuente trino en la metralla!

HOMBRE 3º—¡Habla!

HOMBRE 2º—¡Habla!

LAZARILLO.—(*Riéndose*). ¡Parece un monigote de trapo relleno! ¡Parece un payaso triste!

CIEGO.—¡Silencio, muchacho! ¡Habla Barón, para que yo te escuche ya que mis ojos se hallan privados de la luz! ¡Habla para que te vea por los oídos! (*La Baronesa ha contemplado demudada, sin gestos, la escena, desde un rincón de la sala. Jerónimez,*

preso de gran impresión, ha permanecido impasible pero inflamado. Detrás de los cuatro hombres, han ingresado con cautela Gil y Dora. Ella muy tímida, mordiéndose las uñas, ha permanecido a distancia. El, visiblemente alegre, gana de un salto el centro, tirando de Dora por una mano).

GIL.—(Señalando al Barón y riendo). ¡Ninguna otra vez lo había contemplado así! (Dirigiéndose a Dora Piña). ¡Baila conmigo, cocinera, baila conmigo! (Se mueve grotescamente). ¡Baila conmigo, estropajo, baila conmigo! (Se detiene bruscamente ante la indiferencia de ella. Quejoso). ¿Véis? ¡Hoy no baila! ¡Hoy no quiere bailar!

HOMBRE 2º—¡Baila con él, muchacha!

CIEGO.—¡Hoy es fiesta grande, muchacha, baila con él! (En tono de queja). ¡Si solo fuera tuerto!

GIL.—(A todos). ¿Véis? ¡Así se pone cuando no estamos solos! (Confidencial). ¿Podéis creer que en el corral se hace la señora muy oronda, me toma entre sus manotas de oseznó y gira conmigo blandamente, con ternura singular y desconocida, como una noble dama, llena, pesada de amor, hasta que caemos el uno sobre el otro, sin aliento o respirando fuertemente sobre las bocas muy abiertas?

HOMBRE 3º—¡Baila muchacha! ¡Baila!

GIL.—(Bailando solo, en forma ridícula). ¡Baila! ¡Baila! ¡Baila! ¡Baila! (Ella mueve los hombros en forma negativa).

HOMBRE 2º—(Dirigiéndose a Jerónimo). ¡Decidle vos, señor Alférez, que baile!

CIEGO.—¡Sí! ¡Ordenadle que baile!

JERONIMEZ.—(Saliendo de su abstracción con un grito). ¡Silencio, estúpidos! ¿Qué os habéis creído? ¿Que esto es una juerga? ¿No pensáis que allá afuera el pueblo espera un fallo digno que ponga fin al hambre y a la pobreza, y castigue al que procedió en tropelía a los más abominables desafueros? (A los custodios). ¡Atrás! (Al Barón que se halla con la cabeza gacha, inane). ¡Levantad

la cabeza! ¡Traed que beber! ¡Agua! ¡Alcohol! (*Sale Gil*). ¡Reaccionad! ¡Os necesitamos vivo y coleando!

BARONESA.—(*Yendo a los pies del Barón*). ¡Ladislao! ¡Ladislao!

JERONIMEZ.—(*Con terror, a su lado*). ¡Volved en vos! ¡Volved!

BARONESA.—(*Sollozando*). ¡Lo habéis muerto, canallas! ¡Ladislao!

JERONIMEZ.—(*Poniéndole en los labios el vaso de agua que ha traído Gil*). ¿Muerto? ¡No! ¡Eso no! ¡Muertos acá, no! ¡Tomad! ¡Bebed! (*El Barón levanta la cara y mueve los ojos*).

BARONESA.—Ahora vuelve en sí... ¡Ladislao! ¡Mi pobre Ladislao!

BARON.—(*Reaccionando lentamente; haciendo girar la cabeza*). ¡Oh, que terrible dolor! ¡La cabeza! ¡Las manos! ¡El gobierno!

BARONESA.—¡Ladislao! ¡Ladislao!

JERONIMEZ.—(*Consolado*). ¡Menos mal! ¡Aquí no puede haber muertos! ¡Menos mal!

BARON.—(*Balbuzeando*). Si, todo lo comprendo... Comprendo que estoy humillado. Que la tortura que me dieron por calles y plazas entre los alaridos tensos y díscolos de los siervos era el torbellino de la subversión. (*Abre los ojos y al ver a la Baronesa se sorprende*). ¡Oh! ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Caída también! (*Mira alrededor*). ¡Caídos los dos! (*Tratando de recordar*). ¿Pero cómo ha sido esto? ¡Oh! Sí, cuando la sesión se iniciaba con un párrafo redondo y concluyente, lleno de una sensata intención, sobre la crisis contemporánea, ingresó a la sala, de improviso, una turbamulta armada. Nadie opuso resistencia, todos se entregaron. Traté de hablar a la chusma desde un escaño. Me insultaron. Sonaron algunos disparos. Una cachiporra cayó sobre mi cabeza... ¡Oh, cómo me duele! No abrí los ojos hasta la plaza principal donde con un cabestro me vejaban los insurrectos...

HOMBRE 1º.—¡Os castigaremos!

BARON.—¡Castigar! ¿A mí? ¿Quiénes?

BARONESA.—¡Ellos! (*Señalando a Jerónimo*). ¡El! ¡El hipócrita! ¡El oscuro!

HOMBRE 2º—¡Nosotros! Somos los delegados del pueblo. La asamblea nos ha designado para que, bajo la presidencia del señor Alférez, decidamos la suerte que habéis de correr.

BARON.—(*Con desprecio*). ¡Uf! ¡Un limpiabotas!

BARONESA.—(*En la misma forma*). ¡Y un buhonero! ¡Traidores!

HOMBRE 3º—(*Con entusiasmo*). ¡Y un saltimbanqui! ¡Hurra!

CIEGO.—(*Con idéntico tono*). ¡Y un mendigo ciego! ¡Yo, que imploro debajo de los árboles o junto a los muros silenciosos de las iglesias por una moneda! ¡Yo que rasco mi sarna con una estaca sucia! ¡Yo! ¡Un mendigo ciego!

JERONIMEZ.—(*Gritando*). ¡Pero yo soy quien preside el Tribunal! (*Al Barón y a la Baronesa que se hallan juntos*). ¡Tranquilizaos, sin embargo! ¡El pueblo ha decidido que la muerte constituye un castigo dulce y hasta vulgar! ¡Que para quienes siempre fueron regalados y nunca supieron compadecer, nada peor que obligarlos a ser esclavos! Pronto decidiremos a órdenes de quiénes habréis de servir...

BARON.—(*Indignado*). ¿Y que aguardáis, estúpidos?

JERONIMEZ.— ¡Nada! Nada! (*A los hombres*). ¡Venid! ¡Esto tiene que quedar liquidado antes de que salga el sol! ¡El sol pone alegre a las gentes sencillas, y el pueblo podría decidir espontáneamente el indulto! (*Salen todos y quedan Gil y Dora inmóviles. De pronto él le dá un fuerte tirón y ambos desaparecen por la puerta derecha por donde han ido los demás*).

BARONESA.—(*Mirando a todos lados*). ¡Ladislao, huyamos! ¡Es el momento!

BARON.—(*Muy tranquilo*). ¡De nada nos valdría, mujer! Escucha: quienes no saben dar muerte a sus enemigos tienen que fracasar en las empresas políticas. Yo, en el lugar de ellos, hubiera colgado, para ejemplar escarmiento, en un viejo roble de la plaza pública, a todos los gobernantes. Pero, como sus almas son de una tenue trama vaporosa por la que se cuelan, como por un cedazo, los vientos más sutiles del bien, me ha sido fácil aparentar templanza y resignación. Gracias a ello han decidido una san-



ción sin dolor. ¡No te preocupes! A la postre minaré, desde el lugar más remoto al que me confinen, todo el poder que acumulen, porque sus ojos extrañarán el espectáculo de mis uniformes plenos de novedosos brillos que sus caudillos llevarán con *de-saire*. Los mismos que me golpean, días antes se hallaban boquiabiertos y encandilados con mi gesto y con mis condecoraciones. ¡No te exaltes, llora, y en sus gargantas febles se hará un nutillo vacilante, pues todo lo tienen, hasta el orgullo, penetrado de compasión, de la compasión que a nadie provocaron! ¡Debajo de aquella mugre que da dureza a sus miembros, hay un tejido vulnerable de carne desnutrida y débil! Más allá, nada. O piedad que es lo mismo... Nada.

BARONESA.—(*Temblorosa*). ¡Pero padeceremos mucho! ¡Padeceremos mucho!

BARON.—Quizá, pero por ahora yo dejaré crecer mis barbas como un contrito ermitaño y tú no teñirás tus cabellos, ni pintarás tus labios, mas conservaremos nuestros movimientos nobles. Lo que interesa mantener es la vida y sus hábitos. Que éstos correspondan a las condiciones de aquélla, es la solución de todos los problemas. Será, al final, la victoria del cristal, de la porcelana, de la cortina, del cuero repujado, porque ni en las alcobas, ni en los dorados salones, ni en los comedores, ni en los dignos estrados de los jueces y prelados, pueden habitar sin desmedro, sin que adviertan la permanente presencia del señorío antiguo, los domésticos, los que siempre tendieron la mano, los desvalidos. Ellos necesitarán siempre del azote y el circo...

BARONESA.—(*Con interés*). ¿Y el amor? ¿Olvidas que el amor entre divanes y tules todo lo hace soportable?

BARON.—Ahora depón el tuyo, ovíllalo, escóndelo cautelosamente. El amor de las cámaras no es el de los ronquidos acezantes que ellos practican, no es aquel de la piel enronchada a fuerza de roces violentos, no es el de los besos latigosos de transpiración. Rodarán por las alfombras persas de las casas grandes como unos animalillos repugnantes, pero nunca cubrirán de calor los párpados del ser amado como lo hacen las señoras, ni llenarán de besos tenues, apenas reposados, los pulpejos de sus orejas;

ni hallarán esos resquicios del cuerpo, claros y milagrosos, que se sorprenden a costa de una minuciosa labor. Terminarán revolcándose en el hollín o entre los desperdicios de los estercoleros. ¡Están derrotados de antemano!

BARONESA.—¡Eres fuerte, y sin embargo temo!

BARON.—¡Soy de aquellos seres, Gudula mía, que no desaparecen en los motines sino que viven ahitos de ellos, provocándolos! ¡Estos, los que los llevan a cabo, no son sino los instrumentos de mi propia subsistencia!

BARONESA.—(*Escuchando*). ¡Silencio! ¡Ya vuelven! (*Entrando todos nuevamente. Gil y Dora vienen delante. Los siguen el alférez y los demás*).

JERONIMEZ.—(*Muy solemne*). ¡Atended!

HOMBRE 1º.—¡Todos de pie! (*El Barón y la Baronesa se ponen de pie*).

JERONIMEZ.—¡Atended! (*Engolando la voz*). El Tribunal ha decidido que padezcáis los mismos dolores que dísteis a los demás; la misma infelicidad, mejor dicho, de vuestros criados. Ellos gobernarán esta casa y vosotros los serviréis como a nobilísimos señores...

BARONESA.—(*Exaltada*). ¿Yo? ¿A Ellos? ¡Eso nunca sucederá porque...!

BARON.—(*Deteniéndola*). ¡Mujer, somos los vencidos!

JERONIMEZ.— ¡No hay discusión, señora!

GIL.—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡No hay discusión!

JERONIMEZ.— Ahora nos acompañaréis a la asamblea para que apruebe y corrobore, con su voz llena de voces, esta decisión... ¡Andando!

BARON.— ¡Vamos ya!

HOMBRE 2º.—¡Vamos!

HOMBRE 1º.—(Tomando al Barón y a la Baronesa). ¡Caminad!  
(Salen todos por la puerta izquierda excepto Gil y Dora que permanecen en el centro de la sala, cuchicheando y riendo por lo bajo).

JERONIMEZ.— (A ambos). Vosotros, tomad posesión de la casa y sed felices, ¡que caray! (Antes de salir se detiene y dice con suavidad) ¡Ah! ¡Tratadla a ella con delicadeza! ¡Es muy débil! ¡Con él, palo; pero con ella, mucho tiento! ¡Mucho tiento! ¡Es sumamente débil! (Vase).

GIL.—(A Dora que permanece sorprendida y muda). ¿Estás contenta? (Ella se encoge de hombros). ¿No sabes lo que significa estar entre lienzos y cucharas de plata, o dormida entre paños y mejunjes, terciopelos y fundas? ¿No te gusta soñar sobre plumones en vez de hacerlo sobre los guijarros del patio? (Dora afirma con la cabeza que sí). ¡Mandar y que te atiendan! ¡Gritar y que todos callen! (Hace el mismo juego). ¿No sabes que para ti son las frutas maduras, las flores más frescas, las ropas más lujosas? ¿No es eso hermoso? (Hace el mismo juego). ¡Tú la dueña y la Baronesa la que corra tras el baño y el agua de azahar! ¿No es eso la felicidad? (Hace el mismo juego). ¡Tú la perezosa, la lasa; ella la diligente, la presta! (Dora sonríe). ¡Tú la que desde la poltrona llamas y ella la que desde su poyo de piedra se levanta y atiende! ¿Eres feliz? (Ella afirma exageradamente con la cabeza). ¿Quieres que para siempre dure este estado incomparable? (El mismo juego). ¿Sí? ¡Pon esto en tu cabeza! (Le da un gorro frigio que ella se coloca sonriendo). ¡Ahora que estamos solos, cantemos y bailemos! ¿Sí? (Afirma muy entusiasmada). ¡Cantemos la vieja copla que en la cocina siempre repetía! (El mismo juego).

El hombre, zapato y uña;  
la mujer, teta y pezuña;  
uno, palo y alpargata;  
otro, la nalga y la nata.

(Los dos bailan y a coro repiten la copla, como enloquecidos).

TELON LENTO



## SEGUNDO ACTO

*El mismo decorado que el del acto anterior. Gil sentado en el suelo con las piernas cruzadas, teje un ropón de lana con grandes palillos. Dora a su lado y en la misma postura fuma un cigarrillo y juega con un bolero de apariencia consistente y pesada. Hay en la habitación, que antes se veía lujosa y cuidada, gran desaliño y desorden. Manchas negras de manos se ven en las cortinas y en las paredes. Los objetos de adorno, almohadones y muebles, se hallan tirados en manifiesto abandono. Al levantarse el telón es el atardecer. Los cortinajes de puertas y ventanas se menean movidos por un viento que se adivina cálido. Ambos permanecen algunos minutos en silencio hasta que el criado se pone de pie, se despereza con ruidoso bostezo y se propone salir. Hasta ese instante Dora no levanta la vista para mirarlo.*

DORA.—(Con desagrado) ¿Qué haces? (Pausa) ¿A dónde vas, amigo?

GIL.—(Con acritud). ¿Todo lo has de averiguar? (Significativo). ¡Voy a...! ¡Ya te puedes imaginar a donde voy!

DORA.—(Escéptica). ¡Hum! ¡Ojalá no sea sino a eso!

GIL.—¿Me permitirás por lo menos que estas cosas no te las consulte?

DORA.—(Con gesto y expresión torpes). ¡No haces, en todo el día, más que dormir, regañar y esas cosas! ¡Esas cosas!

GIL.—¡Bah!

DORA.—(Prosiguiendo). ¡Todo el día! ¡Todo el día! ¡Hasta que nos echamos el uno sobre el otro como dos puerquitos! ¡Como dos puerquitos disforzados! (Irritada). ¡Vete ya!



GIL.—(*Irritado*). ¿Y qué otra cosa se me puede ocurrir hacer en esta hora y en medio de este tedio de estirones y bostezos? (*Bostezar*). ¡Aaaaah! He descubierto sentado aquí que no puedo pasarme la vida en labores inútiles. Que la opulencia, o como se llame esto, no es un estado que me conviene. Me gusta el sobresalto, ¡cuernos! Nací para andar de prisa entre los cazos y los peroles. Mi condición es la misma del que siente el nervio a flor de piel, la del que piensa rápido o no piensa nada, la del que ve la pereza como atributo siempre ajeno... (*Vuelve a bostezar*). ¡Aaaaaah! Esto, en cambio, es una especie de final, de muerte animada, de perpetua falta. (*Exaltándose*). ¿Y, después de todo, qué de malo hay en esto? ¡Bah! ¡Es algo muy dulce, cuernos! (*Vase*).

DORA.— ¡Verdad que es muy dulce! (*Ríe*) ¡Pero hay otras cosas más dulces todavía. (*Queda en silencio, fumando y jugando torpemente. Se limpia la nariz con la manga y suspira con placer. Cuando vuelve Gil, suenan a lo lejos siete campanadas*).

GIL.—¡Oh! Cada hora que transcurre se repiten esos tañidos crueles que todo lo cubren de bovina somnolencia. ¡Me aburre el día! ¡Me aburre la noche! ¿En qué lugar del mundo se hallará un momento de paz en que ni el uno ni la otra se conozcan?

DORA.—(*Como respondiendo*). ¡Dicen que así es el cielo! Mi abuela lo decía y yo le creo a mi abuela. (*Ríe*). ¿Ha de ser bonito el cielo, verdad?

GIL.—(*Sin escucharla*). Antes no advertía en mí esta ausencia de acción que ahora se me hace tan clara y viva. (*Da un fuerte suspiro*). ¡Dentro de la cabeza tengo una pitada aguda, incandescente! (*Se toca la cabeza*). ¿Qué tengo?

DORA.—¡Hambre! No comes nada, todo el día suspiras, nunca te ríes. Cuando uno se ríe la barriga se hincha de alfileres, salta dentro de ella un pequeño animal. La barriga se hincha, sí, y el ombliguito quiere reventar. Pero el ombliguito nunca se afloja... ¿Qué es el ombliguito, compañero?

GIL.—(*Bostezando*). ¡Qué idiota eres! (*Se sienta y reanuda su labor contando en alta voz los puntos del tejido*). Uno, dos, tres...

DORA.—¡Bellaco! ¡Bellaco! ¡Sí, eso es, bellaco!

GIL.—(*Continuando su trabajo*). ¿Pero, es verdad que eres feliz así? Siete, ocho, nueve diez...

DORA.—(*Poniéndose rápidamente el gorro frigio*). ¡Sí, soy feliz! ¡Nunca me sentí mejor! ¡Bellaco! No sé otra palabra pero ésta debe ser mala, como para un tonto como tú, porque mi abuela se la decía a mi padre cuando el pobre, borracho, lloraba sobre las botellas vacías de cerveza! ¡Bellaco! (*Se despoja del gorro y sigue jugando*).

GIL.—(*Sin mirarla, como monologando*). ¿No extrañas, como yo, el polvillo del cisco haciendo suave cosquilla en las narices o las ortigas punzándote la cintura entre la ropa interior, húmeda y pegajosa? Once, doce, trece, catorce...

DORA.—(*Poniéndose el gorro frigio nuevamente*). ¡No! ¡Me gusta más esto!

GIL.—(*Continuando*). ¿No prefieres a este lujo que no sabes llevar, el hilo áspero que dura, la tisana caliente al pie del fogón, el riñón del ave cocido a hurtadillas en el vinillo añejo, la legumbre primera y nueva y la leche espumosa, aún con las cerdas de la res, pero espesa y pura?

DORA.— ¡No! ¡Me estaría jugando aquí para siempre! ¡Sé que afuera está el señor Barón preparando la cena y la señora Baronesa sacando brillo a los platos! (*Ríe*). ¡Sacando brillo a los platos y echando pimientos a la sopa de guisantes! La sopa de guisantes es rica. La sustancia también es rica aunque los guisantes se meten a las muelitas y las hacen doler... (*Ríe*). ¡Yo soy feliz!

GIL.—(*Desalentado*). ¡Bah! Al fin y al cabo desconoces esta comodidad tal como debe ser. Antes flotaba aquí un perfume profundo y complicado que nunca llegué a entender bien. Ahora ha desaparecido entre el dolor terroso de tus zapatillas y cierto vaho que despiden los cuerpos vulgares. Entre todo, aun entre los objetos de adorno, se descubría antes de la catástrofe una mano paciente y delicada poniéndolo todo en un orden disimulado de elegancia recóndita, indescifrable. Eso no se aprende sino tras un ejercicio comunicado secretamente de padres a hijos, en continua experiencia, en antigua tarea de búsqueda. Esa labor también es dolorosa y

cuesta fatigas incontables. En el fondo, como suma de esa ciencia, se trata simplemente de una cuestión de olfato vigilante. Toda educación, creo, comienza por allí, por las narices, por las mucosas, por limar siglo tras siglo esos pequeños órganos de rarísima sensibilidad, oportunos, instantáneos, de cuyo funcionamiento es fácil obtener, sin lugar a errores, la certeza de que algo es feo o exquisito. (*Señalando los muebles*). ¡Esto ya no es un palacio! No bastan la seda, el sillón mullido, la blanca cama, la vajilla de loza exótica. Falta en ellos esa pulcra condición que los hace deseables, ese perfume que a veces ni huele... ¡Vaya si hay diferencia entre el tufillo que despiden tu boca y tu pie, y el aroma que antes rezumaban cosas y personas! (*Prosiguiendo su labor, luego de una pausa*). Quince, dieciséis diecisiete...

DORA.—(*Sin demostrar haber puesto atención en sus palabras*). ¡Ni una vez doy en bola! (*Husmea lo que la rodea con gestos exagerados*). ¡A mi todo me huele igual! ¡Sólo el zorrillo del jardín huele mal! ¡Mi abuela llamaba zorrillo a mi hermano cuando venía a buscar monedas entre los desperdicios! (*Ríe*). ¿Soy bruta? GIL.—Dieciocho, diecinueve, veinte... ¿Qué? ¿Preguntas si eres bruta? ¡Bruta! ¡Sí! ¡Bruta!

DORA.—(*Sin inmutarse*). ¡Soy bruta! (*Se pone el gorro frigio*). ¡Soy libre!

GIL.—(*Iracundo*). ¡Esclava! ¡Más esclava que nunca! ¡Escúchame! (*Como dándole una lección, muy lentamente*). Sólo son libres los que pueden desechar algo que necesitan, los que hasta la vida la dan sonriendo. Nunca los que como tú se echan sobre los hombros lo que no comprenden, la libertad por ejemplo. Y la usan para jugar como con un trebejo que manipulan, sin saber por qué ni para qué es útil. Nunca los que entre desperdicios y piltrafas, derrochan el buen pan y aprovechan los mendrugos y las migas del deshecho. Por ahí andan, todos los días los veo, los que sólo ayer abominaban de las artimañas del señor Barón, murmurando del vecino, intrigando el uno contra el otro, tratando de despojarse mutuamente el botín. Los veo en sus empeños robarse las mujeres a mediodía y cambiárselas sonrientes por la noche, a medialuz. Los veo también adularse, besarse en media calle las puntas de las levitas ajenas que llevan, demasiado vas-

tas para sus cuerpos entecos, inclinarse ante las viejas desdentadas de sus madres a las que arrastran por los parques cargadas de huesos duros, de pellejos resecos, cubiertos con plumajes chillones. Los veo llevar a su hijos al circo con sus uniformes de marinero y un caramelo encarnado en la boca, y saludarse con ademán orondo cuando atraviesan las calles o, cuando entre el tumulto, tocan las piernas de sus mujeres voluminosas y charlatanas. Todos, sin embargo, acarician debajo de los trajes, sendos puñales. Algún día, no lo dudes, se abrirán las entrañas con ellos y, entre el griterío, los párvulos llorarán sobre las tripas de sus parientes... ¡Esclavos!

DORA.—(*Displicente*). ¡No seas mentiroso! ¡No es bueno mentir porque a los que mienten se les mueve la nariz! (*Alegre*). ¡Lindo sería que a tí se te moviera la nariz! (*Hace muecas*). ¿Crees tú que la nariz puede moverse sola?

GIL.—(*Como continuando*). Cuando estábamos en la cocina, me hacías gracia y te prefería. Te sentía agraz, espontánea como un estornudo o una carcajada. Ahora te veo como una boba enamorada de estas piezas que el polvo comienza a deslustrar. Veo claro lo que a cada uno le corresponde. (*Con violencia, tirando al suelo el tejido*). ¡Todo debe retornar a su sitio! ¡Todo! ¡Me parece que vamos a echar raíces aquí y eternamente habremos de permanecer en estas salas y estas alcobas!

DORA.—¿Te vuelves a poner furioso? ¡Apuesto que perdiste la cuenta de los puntos del tejido! (*Ríe*).

GIL.—(*Mirando al suelo*). ¡Maldición! ¡No los contaré de nuevo! Me enloquece esto de tener que tejer mi propio abrigo para el invierno. Antes todo venía de ella. Ella era mi auxilio, mi refugio, mi consolación. (*Lamentoso*). ¡Yo soy culpable de esta tragedia!

DORA.—Ella podría seguir siendo tu madrastra, tu tía o lo que quisieras... ¿Por qué te niegas a ser servido por ella? ¡Si lava mis medias, si limpia mis camisas, si sacude mi cabeza, por qué no puede tejer tu abrigo! ¡Llámala ahora! ¡Ella contará los puntos de tu tejido! ¡Hace todo de muy buena gana! (*Ríe*).

GIL.—(Con decisión). ¡No! ¡De ninguna manera! (Dulcemente). Sus manos tienen poder para otros menesteres, sus manos tienen la merced de acariciar con idéntico derecho que dar castigo.

DORA.—(Enérgica). ¡La llamaré yo! ¡Verás como te auxilia! ¡A tí te sirve gustosa! Me divierte verla lavándote las manos en el caño... (Ríe).

GIL.—(Alarmado). ¡No! ¡Eso no! ¡No!

JERONIMEZ.— (Apareciendo repentinamente, muy agitado). ¡Traidor! ¡Traidor! ¡Traidor! Ya lo decía yo y con razón. No comprendían los insensatos que un criado, que un vil criado, pudiera destruir nuestra obra traicionando la confianza de un Tribunal como el que decidiera el castigo de los dictadores. Les decía: “Señores, la considera como si fuera lo que antes. La atiende, la cuida, acude con sus antiguos paños a enjugarle el rostro cuando llora. A escondidas, le lleva bocados y la consuela por lo bajo de sus dolores”. “No es posible” —me respondían en son de chanza. Y yo les continuaba diciendo: “La sirve, la sirve como antes”. ¿Qué pretendes: hundirnos, precipitarnos al caos, a la desgracia, a la muerte? ¡Oh! ¡El hombre de confianza, el que espío al Barón día tras día y el que con sus informes hizo posible su captura, ahora colabora para destruirnos? ¿Qué pretendes, animal? (Dora juega indiferente al reproche).

GIL.—(Demudado). Yo no he hecho nada... ¡Os equivocáis! ¡Es una mujer y yo...!

JERONIMEZ.—¡Silencio! ¿Qué te ofrece? ¿Dinero? ¿Títulos? ¿Propiedades? (Cambiando el tono; muy amablemente). ¿Acaso el amor?

GIL.—(Vacilante). ¿El amor? ¡No! ¡No! Si lo hago es por que es una mujer delicada. Lo dijísteis vos mismo hace algún tiempo: “Con ella mucho tiento, mucha consideración. ¡Con él, palo; pero con ella mucha discreción!”. Vos lo dijísteis, yo no tengo culpa...

JERONIMEZ. —(Indignado). ¡Silencio! Tú la mimas, lo acabo de comprobar. El Barón, en tanto, acarrea agua desde el pozo, carga pesados troncos, limpia la casa con su gran plumero; de pinche, de ordeñador, de cochero, de plomero, en algo ocupa su tiempo.



Y aunque sonrío, no me es sospechoso. Pero ella conserva un talante peligroso. "Algo maquina" —decía yo hace algún tiempo. "Debimos matarlos" —opinó alguien. "Debimos matarlos"— repetí. Tú nos hundirás si sigues mostrándote hacendoso, si les das la seguridad de que no olvidas su antiguo esplendor. (*Tembloroso*). ¡Ya sé! ¡Ya sé! Si ella te dice: "Ven, toma ese cuchillo", tu se lo darás. Si continúa: "Córtate la cabeza", tú te la cortarás. Y si te insinúa: "Córtale la cabeza a Jerónimo, que me sigue y me arrastra detrás de la puerta y mete su hocico en mi corpiño", tú me decapitarás sin escrúpulos. ¡Qué horror! (*Reponiéndose*). ¿Pero que digo? ¡Estoy desvariando! ¡Dora! ¡Dora! (*Ella deja de jugar, se coloca precipitadamente el gorro frigio y muy rígida se coloca ante el alférez*). ¡Da la voz a esa mujer para que éste la mande! ¡Vamos a enseñarle a ser amo y señor!

GIL.—(*Con terror*). ¡No! ¡Eso no puedo! ¡Nunca podré hacerlo!

JERONIMEZ.—¡Llama! ¡Ahora verás cómo desaparece ese antipático aspecto de perdonavidas que luce! ¡Hum! (*Dora coje del suelo una gran campana y la agita riéndose a carcajadas*).

GIL.—(*Comienza a retirarse lentamente*). ¡No! ¡Eso no!

JERONIMEZ.— ¡Detente! ¡No huyas!

GIL.—(*Echando a correr despavorido*). ¡Me voy! No podré verla humillada.

JERONIMEZ.—(*Desalentado*). ¡Se ha ido! ¡Imbécil!

DORA.—(*Agitando la campana*). ¡Vendrá! (*Ríe*). ¡Una campana me gusta, ésta! ¡No me gusta las otras porque doblan en los funerales! (*Ríe*).

JERONIMEZ.—¡Se ha largado! ¡Imbécil! ¡Traidor!

BARONESA.—(*Entrando llena de dignidad: los ojos con un brillo poderoso*). ¡Aquí estoy!

JERONIMEZ.—(*Muy sorprendido*). ¡Oh!

DORA.—(*Dejando caer la campana con gran ruido*). ¡Oh!

BARONESA.—¡A vuestras órdenes, señores!

JERONIMEZ.—(*Por lo bajo*). ¡Más bella que nunca! ¡Más hermosa que nunca!

DORA.—¡Oh!

JERONIMEZ.—(*A Dora*). ¡Dile, dile tú lo que debe hacer!

DORA.—¿Lo que debe hacer? Sí, pues contar los puntos de ese tejido...

JERONIMEZ.—(*Tratando de aparecer enérgico*). ¡Ah, sí! ¡Contar los puntos del tejido! ¿Y dónde está el tejido?

DORA.—(*Señalando al suelo*). ¡Ahí!

(*La Baronesa se inclina a recogerlo, pero Jerónimo la gana y se lo alcanza*).

JERONIMEZ.— ¡Aquí está! (*Por lo bajo*). ¡Más hermosa que nunca, no hay duda!

DORA.—¡Es el abrigo! ¡El invierno es frío y los abrigos son muy útiles! (*Ríe*).

JERONIMEZ.—¡Calla, idiota!

BARONESA.—(*Terminando de contar*). ¡Veinte puntos! ¡Son veinte puntos!

JERONIMEZ.—¡Muy bien! Son veinte puntos...

DORA.—(*Ofuscada*). ¡Veinte puntos! (*Ríe*).

JERONIMEZ.—¿Y ahora, qué más hay que hacer?

DORA.—Nada más...

JERONIMEZ.—¿Nada más? ¿No hay nada más que hacer en esta inmunda casa?

DORA.—¡Yo no sé nada! ¡Yo soy muy bruta! (*Se va corriendo. La Baronesa permanece de pie frente a Jerónimo que nervioso y confundido no sabe qué hacer*).

JERONIMEZ.—Bueno, no hay nada más que hacer en esta casa...

BARONESA.—(*Irónica*). ¿Qué otra cosa ordena el señor, el coronel Jerónimo?

JERONIMEZ.—(*Muy nervioso*). ¿Yo? ¡Nada! ¡Ya os he rogado que no llaméis señor ni coronel! ¡Yo soy vuestro amigo!

BARONESA.—(*Conservando su indiferencia*). ¿Me puedo retirar entonces?

JERONIMEZ.—¡No!... Es decir, preferiría, si vos lo queréis, conversar. ¡Me es tan necesaria vuestra presencia, vuestra belleza...!

BARONESA.—¿Conversar? Ya os he dicho que me está vedado hablar con mis verdugos.

JERONIMEZ.—¿Yo verdugo?

BARONESA.—¿No habéis sido vos el que preparó vuestra desventura? ¿Para qué? ¿Me podéis responder sin vacilación, sin temor?

JERONIMEZ.—(*Balbuzeando*). ¿Explicar? ¿Si puedo explicar, decís? En verdad que es difícil. Si me escuchárais sería posible que me entendiéseis... ¡Es difícil, pero...!

BARONESA.—(*Despectiva*). ¡No tembléis como un pingajo, hombre!

JERONIMEZ.—(*Mordiéndose las uñas*). ¿Tiemblo? ¡No es posible! Mi situación, es decir, la situación de nuestro pueblo durante el antiguo régimen no era en ningún modo deseable, ni soportable tampoco. Esos cuantos en el gobierno gozando de prebendas sin cuento y yo, es decir, el pueblo sometido a su voluntad de hierro...

BARONESA.—(*Segura*). ¡Una sociedad secular! ¡Una sociedad nutrida por viejas raíces, por inmemoriales raíces que la justificaban!

JERONIMEZ.—(*Con la misma actitud, que no varía durante toda la escena*). Es claro, es muy claro... ¿secular, decís? ¡Por supuesto, secular! ¿No fui por tantos años leal? ¿Leal como un perro?

BARONESA.—¡Era un deber! ¡Cumplir el deber no es ningún mérito!

JERONIMEZ.—¿Mi deber? Es claro, mi deber. ¿Lo cumplí? Sí, lo cumplí. ¿Me recompensaron de algún modo? ¡No! ¡Tamaña injusticia! Yo era dentro de ese cuerpo social, como le dicen, un...

BARONESA.—(*Interrumpiéndolo*). ¡Ese es vuestro caso personal! ¡No me interesa y lo sé, por otra parte, de memoria!

JERONIMEZ.—¡Ya caigo! Mi caso personal, lo que vos llamáis con razón mi caso personal, es muy ilustrativo. Yo era dentro de ese cuerpo social que llaman nación, un instrumento, es decir, el instrumento más eficaz y contundente que existía para mantener el orden...

BARONESA.—(*Volviendo a cortar la disertación*). ¿El orden? ¿Qué orden? ¡El orden aparente! ¿Por debajo de él todo no era un caos de ambiciones y mezquindades, como el de hoy?

JERONIMEZ.—¡Orden! ¡Orden real, mi señora! ¡Orden, o sea, la matemática, segura, firme, inamovible, coherente disposición de los seres los unos sobre los otros. Sin duda, señora, orden arbitrario, porque él, yo, para ejemplo solamente, no podía llegar...

BARONESA.—(*Acalorada*). ¡Llegar hasta mí! ¡Tener mi amor, insensato!

JERONIMEZ.—(*Suplicante*). ¡La voz, mi señora! ¡No levantéis la voz que los criados podrían escuchar!

BARONESA.—¿Los criados? ¿De qué criados habláis? ¡Los amos! ¡Los dueños, más bien!

JERONIMEZ.—¡Sí, los dueños, de acuerdo! Pero no levantéis la voz, vuestra hermosa, noble, metálica voz que adoro!

BARONESA.—¡Os compadezco! ¡Vuestra explicación es descabellada!

JERONIMEZ.—(*Casi sollozando*). ¡Entendedme, por favor! Yo no podía pretender un escaño en el parlamento, un lugar entre las gentes del gobierno... ¿Por qué? Soy acaso un baldado, un desequilibrado, un demente. ¡No! ¡La piedra angular! Yo, el buen Jerónimo, el olvidado, el desamparado, el fiel Jerónimo, es decir, el pueblo, sufría mientras las prerrogativas crecían para los potentados. "Ellos se perfuman y danzan —pensaba para mi capote—, y tú ¿qué riqueza tienes aparte de los alfileres de oro de tu chaqueta que te legaron tus padres?" (*Se quita unos alfileres y los muestra*). ¡Dos alfileres que fueron del tocado de mi abuela materna y que han venido hasta mí enterrados entre pagarés y letras vencidas...! (*Muy quedo*). ¿Y el amor? ¡No hubo, no hay, no habrá amor para mí! (*Llorando*) ¡Soy el más desgraciado de los hombres!

BARONESA.—¡Entendísteis mal el amor, Jerónimo! Para lograrlo no era necesario darle vuelta a todo. El amor es asunto que se resuelve en un momento misterioso, que deben saber adivinar los ojos zahorís del enamorado. Los de él son ojos que atraviesan los cuerpos más fríos y rigurosos en un instante en el que la mujer amada vacila y se da por vencida. Hay en tales trances, situaciones idénticas a las de los homicidios.

JERONIMEZ.— (*Admirado*). ¡Ah! ¡De haberlo sabido!

BARONESA.—¡Parecéis un niño de pechos! Os daré una lección: hay un instante en la existencia de los seres, de duda. La duda misma es la que da la vida a las pasiones, pero esa duda crece, recrudece, amaina, salta, se agazapa y en un momento propicio, punza. Si alguien aprovecha ese minuto, una palabra, una insinuación, una promesa bastan. Todo se desploma en tierra como un gran templo de barro. (*Jerónimo escucha embobado*). Os quiero decir con todo esto que a veces, sin la palabra, buscando el momento en que trastabilla lo más sólido, se puede obtener el asentimiento de la amada. Os equivocásteis de medio a medio con vuestra insistencia reiterada, inoportuna. La compasión o el miedo no son caminos que frecuenta el amor. Hay otros oscuros por los que transita haciendo trepidar las almas...

JERONIMEZ.—(*Con admiración*). ¡Cuánto sabéis! ¡Cuánto sabéis!

BARONESA.—(*Prosiguiendo*). Desearía que entendiérais que no era la revolución el mejor sistema de encontrar el amor. Variar el régimen de vida de todo un pueblo para que, con el poder y la fama mal adquiridos, se doblegara mi corazón, era cosa muy ingenua...

JERONIMEZ.— (*Reaccionando*). ¡No! ¡Estáis en un error! No era solamente eso lo que me condujo a colaborar con la revolución; fueron otros ideales, más altos, más nobles. El pueblo, su condición...

BARONESA.—¡Oh! ¿Me creéis cándida? ¡El amor es un gran laberinto! ¡Todo lo trastorna!

JERONIMEZ.—(*Repitiendo con gusto la frase*). ¡Sí, es gran laberinto! Mas la felicidad de los habitantes de Vientreameno...



BARONESA.—(*Tajante*). ¡Todo eso es falso! Continúa lo mismo de siempre; la justicia funciona sin rigor; las instituciones han desaparecido; el gobierno existe apenas... ¡El amor siempre es ajeno a vos!

JERONIMEZ.—(*Tímidamente*). No es cierto...

BARONESA.—(*Alzando la voz*). ¡Sí es cierto, mentecato!

JERONIMEZ.—(*Alarmado*). ¡No gritéis! ¡No gritéis!

BARONESA.—(*Confidencial*). ¿No es cosa de un grupo pequeño, menos elegante y distinguido que el de antes, del que emana toda ley?

JERONIMEZ.—¿De un grupo? Sí, efectivamente, pero llevado por voluntad popular...

BARONESA.—¡Voluntad popular! ¡Pamplinas! Eso que llamáis voluntad popular no es voluntad popular. Una fórmula que oculta la ausencia de nobleza que ostentan los que tienen el poder. Como antes se decía: "El señor barón hereda de sus tatarabuelos las tierras y los hombres", hoy se repite: "Juan tiene el poder por voluntad popular", aunque su tatarabuelo hurgaba la tierra en busca de frutos maduros. ¿No subsiste la crisis? ¿No hay siempre mendigos? ¿No hay siempre criminales y malhechores? ¿Y hambre? ¿No hay siempre hambre?

JERONIMEZ.—(*Acorralado*). Sí, pero...

BARONESA.—¿Las enfermedades no continúan devorando la salud de los pobladores?

JERONIMEZ.—¡Sí! ¡Sí! ¿Por qué me martirizáis?

BARONESA.—(*Aprovechando de la confusión de Jerónimo*). ¿Y en cuánto a vos? ¿No proseguís en vuestra tarea acosado por las mismas asechanzas, por los mismos peligros y los mismos desvelos?

JERONIMEZ.—(*Desesperado, llevándose las manos a la cabeza*). ¡Sí! ¡No más! Reconozco los males que he provocado y me arrepiento de haber encaminado esta anarquía. Prefiero, lo confieso, el orden viejo. Todos en sus antiguos puestos. Incluso los insatisfechos, los

impuros, a mascar su odio en las salas calenturientas y en los arrabales en donde antes conspiraban sin éxito.

BARONESA.— ¿Y cómo reponerlo todo?

JERONIMEZ.—¿Puede aquello ser reconstruido?

BARONESA.—¡Es tarea ardua que requiere un hombre lleno de fe!

JERONIMEZ.—(*Con pena*). ¡Sí, un hombre lleno de fe!

BARONESA.—(*Con entusiasmo*). ¡Una sola persona es capaz de esa hazaña!

JERONIMEZ.—(*Ansioso*). ¿Quién?

BARONESA.—¡Vos debéis decir quién!

JERONIMEZ.—(*Decaído*). ¡Si yo supiera de alguien tan poderoso como para arreglar el gran entuerto nacional, ya lo hubiera llamado en mi ayuda!

BARONESA.— ¡Vos lo conocéis!

JERONIMEZ.—(*Sorprendido*). ¿Qué yo lo conozco? ¡Dios lo quiera así!

BARONESA.—(*Provocando la curiosidad del alférez*). ¡Sí! ¡Se halla cerca! ¿No lo reconocéis? ¿Sois tan torpe, pobre Jerónimo?

JERONIMEZ.—(*Cada vez más preocupado*). ¡No sé, no sé a quién os referís!

BARONESA.— ¡Tonto! ¿Quién está cerca? ¡Escuchad! ¿De quién son esos pasos seguros que anuncian a alguien que hacia aquí se viene?

JERONIMEZ.—(*Angustiado ya*) ¿A ver? ¿Qué? ¡Oh! ¡Oh!

BARONESA.—(*Victoriosa*). ¿Quién? ¿Quién es él?

JERONIMEZ.—(*Conmovido*). ¡El señor Barón! ¡El señor Barón de Vientreameno y las viñas alledañas!

BARON.—(*Entrando repentinamente; va vestido con un severo traje negro y tiene un delantal a cuadros*). ¡Buenas noches!

JERONIMEZ.—(*Mirando fijamente*). ¡Es natural! ¡El! ¡Sólo él!

BARON.—¿Os referís a mí? ¿Qué puedo hacer?

JERONIMEZ.—(Con una gran reverencia). ¡Bienvenido, señor Barón!  
¡Bienvenido!

BARON.—(Con sorpresa). ¿A qué tanta atención? ¿Qué sucede, por Cristo?

BARONESA.—(Abrazándolo con entusiasmo). ¡Todo ha de cambiar!  
¡Jerónimo, nuestro Jerónimo está dispuesto a solicitar tu ayuda para volver a la normalidad!

BARON.—(Deshaciéndose suavemente de ella). ¿Mi ayuda? ¿La normalidad? ¡Yo creí que ya nadie necesitaba de mí!

JERONIMEZ.—¡Vuestra ayuda, sí!

BARONESA.—¡Sí, tu ayuda, ilustre Barón mío! ¡Barón de mi entresijo! (Misteriosa). ¡Es necesaria una inteligencia templada y ágil, felina y directa como la tuya, para devolver la normalidad al mundo y la vida!

BARON.—(Con gesto de rechazo). ¡Qué horror! ¡Todo como estaba antes! ¿Eso queréis decir cuando os referís a la normalidad? ¡Qué insensatez! ¡Qué desatino! ¡Qué despropósito, Gudula! ¡Ni hablar de ello! ¡Ni mencionar delante de mí ese terrible vocablo que significa el trastorno de la felicidad que he descubierto entre berros y hortalizas, entre grasas y aguas negras! ¡Horror de horrores, la normalidad!

JERONIMEZ.—(Estupefacto). ¿Qué decís, señor Barón? ¿Qué decís? (Dirigiéndose a la Baronesa). ¿Entendéis vos algo?

BARONESA.—(Sin responder, al Barón). ¡Ladislao! ¡Ladislao! ¡Ladislao!

JERONIMEZ.—(Imitándola). ¡Señor Barón! ¡Señor Barón! ¡Señor Barón!

BARON.—¡Me váis a comprender de inmediato! ¡Poned atención! Cuando en el gobierno hacía y deshacía de las cosas del Estado, mi vida discurría por la intríngulis que sujeta y arrebató los más gozosos placeres. La pluma y el sello en la mano, el lacre en la

otra, los documentos oficiales en las narices, las conferencias con los embajadores, las tertulias con los opositores, los presupuestos, los movimientos secretos de los enemigos fronterizos, los propósitos de cada uno de los sectores, los debates extraordinarios, las tertulias diarias que dan marcha a la nación, todo esto junto, me conducía de un lado a otro sin que me diera tiempo a detener mi prisa para hallar en mí la ternura, ese alimento de que se nutre la existencia de un esposo cariñoso y engreído como en el fondo, como en el meollo delicado, soy yo...

JERONIMEZ.— (*Con tono de adulación*) ¡Pero habéis nacido para ser conductor de un pueblo! ¡De un pueblo! ¡Comprended! ¡Nadie puede negar su propio destino!

BARONESA.— ¡Eso es verdad! ¡Eso es verdad!

BARON.— ¡Ah, mi amigo! ¡Puedo, en cambio, dejar en manos de quienes hoy poseen el manejo del poder, los bienes de la patria, la tarea de administrarlos a su gusto!

BARONESA.— (*Lamentándose*) ¡Oh! ¡Está loco!

JERONIMEZ.— ¡Yo no pensé recurrir a estos medios, pero los desafueros me han hartado y sin quererlo, casi sin desearlo, mi señor Barón, me he visto obligado a decir lo que creo y a rogaros lo hagáis por la patria!

BARONESA.— ¿Más sacrificios? ¡No! ¡No! Se trata, al contrario, de volver a encontrar la felicidad madura, la felicidad sin amenazas...

BARON.— ¡Para mí, hoy la felicidad tiene otro rostro!

BARONESA.— (*Alarmada*) Sin duda está loco, Jerónimo. ¡Loco! ¡Loco!

BARON.— (*Muy calmado*) ¡No! ¡No estoy loco, querida! He descubierto que el trabajador es más feliz que todos los ociosos gobernantes. Más cerca del amor y de sus arregostos, el que sirve no tiene mayores responsabilidades que las que le impone su labor siempre menuda de no verter la sopa o fregar con tino los líos de ropa semanales. Creo que me siento más henchido de salud en este puro estado de trabajo que en los que hasta hoy me depa-  
paró la política. La indignación que al principio me produjo mi

nueva condición, se tornó bien pronto en una alegría estupenda de vivir. Desde la ventana del cuartucho a que me confinaron, en el que besé cien veces a mi esposa, miré las nubes tranquilas que viajan sin reposo, me extasié en el paisaje lleno de verdor y claridad, recibí la caliente quietud de la luna, o el fresco y rampante clima de la noche vacía. La naturaleza se hizo amiga mía. Pude dormir libremente sobre la yerba, mirar el agua temblorosa de las lagunas, escuchar la charla de los árboles murmurantes y arrullarme en el tarareo, ora divertido, ora grave, de los pájaros nocturnos... ¡Oh, placer, placer del mundo! (*Por lo bajo*) ¡Hasta creo que escribí versos que no estaban mal!

BARONESA.— (*Llena de inquietud*) ¿Tú? ¿Versos? ¡Loco! ¡Estás loco!

JERONIMEZ.— (*Conmovido*) ¿El señor Barón, versos? ¿Versos? ¡Es sencillamente emocionante!

BARON.— (*Alentado*) Sí, emocionante y saludable. Escribiendo versos me despojé de un bagaje pesado y denso que antes inadvertí y, en cambio, colmé mi alma de una piedad tan noble como perfecta y permanente. Dejé correr el lápiz sobre el papel cuando el corazón se hacía más testigo de mis sorpresas y mis descubrimientos. ¡Escuchad! (*Se busca en los bolsillos*).

BARONESA.— (*Agitando los brazos y recorriendo la sala visiblemente preocupada*) ¡Versos, Dios mío! ¡Versos!

JERONIMEZ.— (*Con ternura*) ¡Versos! ¡Nunca los pude hacer! ¡Versos! ¡Qué hermoso!

BARON.— (*Sacando un papel y leyendo*). ¡Escuchad!:

*"Luna llena de pajaritos tibios,  
con tu peinado sencillo,  
con tu ventana y su maceta transparente,  
luna majestuosa  
como antiguamente sonreía en el jardín..."*

¡Es muy tierno el final! ¡Muy tierno! ¡Escuchad!:

*"...como antiguamente sonreía en el jardín  
la clara voz de mamá."*

¡Es todo! ¿Qué les parece?



JERONIMEZ.— ¡Ay! ¡Deben ser formidables si los ha inspirado Madre Naturaleza! ¡No entiendo de versos pero deben ser formidables!

BARONESA.— ¡Loco! ¡Loco! ¡Loco!

BARON.— (*A Jerónimo*) Comprendéis que lo que me ha hecho temblar con tanta sinceridad y tan bello resultado, que lo que me ha permitido descubrir al poeta que por dentro bullía y me animaba, no puede serme ahora despreciable...

JERONIMEZ.— ¡Comprendo! ¡Comprendo perfectamente! ¡Si yo pudiera hacer versos de amor!

BARONESA.— ¡Locos! ¡Estúpidos!

BARON.— ¡También los tengo! ¡Muy bellos, por cierto! ¡Los buscaré! (*Se registra los bolsillos*).

BARONESA.— (*Gritando*) ¡Basta, ridículos! ¡Poetas! ¡Bah! ¡Os moriréis de hambre con la boca llena de canciones! ¿Y nosotros? ¿Y el pueblo?

JERONIMEZ.— (*Reponiéndose*) ¡Es cierto! (*Al Barón*). Es para mí sumamente grato que la revolución os haya convertido de la noche a la mañana en cantor de la naturaleza. Debéis hallaros feliz. Pero insisto en que es necesario remediar de algún modo, por vuestro conducto, el mal que hace padecer a la nación... ¡La poesía vuestra es lírica! ¡De nada nos servirá en la lucha! ¡Si escribiérais al menos epopeyas o arengas!

BARONESA.— ¡Por supuesto! ¡Ninguno sino tu brazo fuerte puede volverlo todo al orden!

BARON.— ¿Brazo fuerte? Mi brazo es ahora débil como el de un canario.

BARONESA.— ¡No seas idiota, Ladislao! ¡Deja la poesía y sálvanos! ¡Sálvanos!

JERONIMEZ.— ¡Para más adelante, la poesía! ¡Salvadnos! ¡Salvadnos!

BARON.— (*Muy emocionado*) ¡Oh! ¡El corazón de un poeta cede pronto a los llamados de sus admiradores, se dobla rápidamente

al voceo de sus prosélitos! ¡Dejaré la lira, para cojer nuevamente la espada liberadora! (*Con energía*) ¿Qué es lo que hay que derribar?

BARONESA.— (*Abrazándolo y besándolo*) ¡Bravo! ¡Bravo!

JERONIMEZ.— ¡Sois un héroe! ¿Quién lo duda? Hay que prepararlo todo con cautela. ¡Me pondré en contacto con mis fieles!

BARON.— ¡Deteneos! ¡Llamad al criado!

JERONIMEZ.— ¡Voy por él! ¡Voy por él! (*Sale corriendo*).

BARONESA.— ¡Eres un hombre excepcional!

BARON.— ¡Y un poeta también! No he olvidado, en cambio, durante el castigo, en el que descubrí vetas luminosas y desconocidas para mí en el alma, que tenía el deber de recobrar mis bienes. ¡Todo está preparado!

BARONESA.— ¿Has conspirado acaso?

BARON.— Permanentemente. A una voz mía, aparecerán todos los cruzados de mi causa.

JERONIMEZ.— (*Entrando con el criado*) ¡Aquí está! ¡Aquí lo traigo! ¡Es de los nuestros!

GIL.— (*Muy erguido*) ¡A vuestras órdenes, señor Barón!

JERONIMEZ.— ¡Es de los nuestros! ¡Es de los nuestros!

BARON.— (*Al criado*) ¡Ve a la taberna y avisa a las gentes que lo dispongan todo! ¡Al coronel a quien llevabas la correspondencia, anúnciale que el golpe lo daremos esta misma noche! ¡Ve volando!

GIL.— ¡Viva el Barón y viva la alegría! (*Repitiendo de memoria*) ¡Al coronel, que esta misma noche damos el golpe! (*Se va dando brincos de contento*).

BARONESA.— (*Sorprendida*) ¿El golpe esta misma noche? ¿Te ha ayudado Gil en tu conspiración?

BARON.— ¡Es un muchacho lleno de fervor! ¡Muy poco tiempo fue necesario para que colaborara conmigo!

BARONESA.— ¿Tu cómplice? ¡Quién lo creyera! ¡Quién lo creyera!

JERONIMEZ.— ¿El criado? ¿Cómplice?

BARON.— (*Con entusiasmo*) ¡Todos vosotros sois mis cómplices! ¡Hurra! ¡No hay mejores contrarrevolucionarios que los falsos revolucionarios! ¡Viva el arrepentimiento de la canalla débil!

JERONIMEZ.— (*Temblando, lleno de terror*) ¿Y si fracasamos? ¿Qué haré yo, señor Barón? ¡Me colgarán por traidor!

BARON.— (*Mirando de hito en hito y extrayendo de bajo el delantal una enorme cimitarra*). ¿Vos? ¿Qué haréis?

BARONESA.— (*Tratando de contenerle*) ¡Ten cuidado! ¡No lo vayas a matar!

JERONIMEZ.— (*Retirándose muy despacio*) ¡Sí! ¿Yo qué haré? ¿Qué haré si fracasamos?

BARON.— (*Siguiéndolo*) ¿Vos? ¡Más tarde veremos qué hacer con vuestro pellejo, maldito policía! ¡Por ahora, caminad a la bodega donde os voy a encerrar! ¡Caminad ya!

JERONIMEZ.— ¡Sí! ¡Sí! ¡Luego veréis que se ha de hacer con mi pobre pellejo! (*Salen ambos por la puerta derecha*).

BARONESA.— (*Satisfecha*) ¡Es genial! ¡Es genial! No creí nunca que su mente fuera tan copiosa en casos en los que, como éste, sólo una acerada pupila puede proporcionar la solución cauta y precisa que requieren los problemas. Rijoso y simple, pensé que exclusivamente había nacido para andar en su goce palaciego y entre la cohorte de guardas y pedigueños. Ahora, por el contrario, me convenzo de que por las venas le corre una sangre poderosa y dinámica, frenética e incontenible, que le impone a ciegas el deber de ordenar el funesto caos. ¡Oh, vieja sabiduría la de los gobernantes que habitan su pasado! El sabe de que pie cojea la patria y no vacila en echar por tierra, sin escrúpulos ni temores, esos ídolos ridículos. ¡Tris! ¡Tras! ¡Toda la jerigonza por los suelos! ¿Y qué modo usa en la escaramuza? ¡Cómo se torna en humilde sirviente o en severo gobernante! ¡Es extraño el influjo que ejerce, entre tuno y almibarado, sobre las pobres almas que

añaden el griterío al compás solemne de las jornadas levantiscas!  
¡Es superior, no hay duda! ¡Es superior!

*(Entra el Barón y con presteza le pone el dedo en la boca).*

BARON.— ¡Nada de discursos! Si llegan los amigos les dirás que he ido a quitarme estas infamantes ropas. Debo estar, como antes, noble y distinguido. ¡Petulante, además! ¡Que no olviden que conservo toda mi dignidad! ¡Ejem! *(Vase).*

BARONESA.— ¡Con todos es así! ¡Es el político! ¡El político! *(En ese instante ingresan a la sala el gran Obispo, el gran Mariscal y el gran Juez; los acompañan los cuatro esbirros).*

GRAN OBISPO.— *(Entrando)* ¡La paz sea en esta ilustre casa!

BARONESA.— *(Con gran reverencia)* ¡Oh Monseñor! ¡Bienvenido!

GRAN MARISCAL.—*(Saludando militarmente)* ¡Guerra a los protervos traidores! ¡Salud!

BARONESA.— ¡Salud, Mariscal! ¡Salud! ¡Salud!

GRAN JUEZ.— ¡La justicia implacable caiga sobre los culpables! ¡Salud!

BARONESA.— ¡No tenga paz ni piedad vuestra segura mano!

GRAN JUEZ.— ¡Los ojos de la Justicia no tienen luz; donde no hay luz no hay conmiseración!

LOS CUATRO ESBIRROS.— *(Atropellándose)* ¡A vuestros pies, señora!

GRAN OBISPO.— ¡Viva nuestro caudillo! ¡Viva nuestro dueño!

TODOS.— ¡Viva!

GRAN JUEZ.— ¡Viva nuestro conductor!

TODOS.— ¡Viva!

GRAN OBISPO.— *(Curioso)* ¿Qué hace nuestro salvador, el que ha de llevar la grímpola en nuestra reconquista?

BARONESA.— ¡Viene en seguida! ¡Se quita el indumento con el que lo vistieron los enemigos de la tranquilidad!

ESBIRRO PRIMERO.— ¡Se quita las vestiduras de siervo!

ESBIRRO SEGUNDO.— ¡Con las que lo disfrazaron los falsos profetas!

GRAN MARISCAL.— ¡Se coloca, de seguro, las ropas marciales para emprender la lucha!

GRAN JUEZ.— ¡Coje la vara justiciera para medir la falsía de los disociadores!

ESBIRRO SEGUNDO.— ¡Se pone su deslumbrante uniforme de vencedor, de campeón!

ESBIRRO TERCERO.— ¡Viste de gala y guerra! ¡De gala y guerra lo veremos triunfar!

GRAN MARISCAL.— ¡Hurra por él!

TODOS.— ¡Hurra!

BARONESA.— ¡Hurra sí, por su energía tensa y deslumbrante, indeclinable!

GRAN OBISPO.— ¡La concupiscencia colectiva había llegado a sus extremos más desdorosos! ¡Su energía nos ha devuelto el orden adorable que es remedo del celestial concierto!

GRAN JUEZ.— Ella, la que repartió los bienes en razón equitativa, premió y castigó a los virtuosos y a los ladinos!

GRAN MARISCAL.— ¡La que nos dió fuerza para mantener intacta la tierra! (*Se inicia un vocerío en el que se oyen vivas al Barón*).

ESBIRRO PRIMERO.— ¡No conocí nunca nadie con más saña ante la falta, como tampoco hallé nadie igual a él cuando distinguía al que cumplía con sus deberes sin disputa! ¡Grave gobernante éste!

ESBIRRO TERCERO.— ¡Grave entre los graves!

BARONESA.— Vosotros no hacéis sino referiros a la ventura común pero, decidme, quien, que no sea yo, dirá de sus virtudes domésticas, de sus deliquios íntimos, de sus galanterías y sus mimos, de su comprensión ante el corazón refinado de la mujer que lo siguió en el éxito y en el infortunio... ¿Quién encontrará hombre igual? (*Suspira largamente*).



ESBIRRO SEGUNDO.— ¡Para tal hombre, tal compañera!

GRAN MARISCAL.— (*Galante*) ¿Qué hubiera sido de él si no hubiera hallado una mujer que le confiara, como vos, la fuente de donde mana el amor sin tasa por curso violento y amable? (*El vocerío callejero crece*).

GRAN OBISPO.— (*Con mayor énfasis*) ¡La concupiscencia colectiva había llegado a sus extremos más desdorosos! Habrá que ponerlos, en los sermones, como ejemplo de fidelidad y cariño. El señor Barón halló en vos la más graciosa entre todas, la más leal, la más atenta, el recaudo piadoso para la cuita que surte con su calor la vida del hombre valiente. ¡Todo heroísmo viene de allí, del amor que es remedo del celestial concierto!

ESBIRRO CUARTO.— ¡Feliz pareja de Vientreameno! ¡Hurra!

TODOS.— ¡Hurra!

(*En la calle se oyen gritos*).

UNA VOZ.— ¡Podridos! ¡Podridos!

OTRA VOZ.— ¡Crápulas! ¡Crápulas!

OTRA VOZ.— ¡Cretinos! ¡Cretinos!

GRAN OBISPO.— (*Acercándose a la ventana*) ¡Han triunfado nuestras armas! ¡Dios está con nosotros!

GRAN MARISCAL.— ¡Mis cuerpos han respondido!

GRAN JUEZ.— ¡Iniciaremos al instante la limpieza moral de la ciudad!

GRAN OBISPO.— ¡Las gentes se han unido en un cuerpo imbatible que es remedo del celestial concierto! (*Entra el criado jadeando*).

GIL.— ¡Todos están presos! ¡Los grupos leales tomaron el palacio, la cárcel, los ministerios, el parlamento que habían sido convertidos en tahonas y prostíbulos! ¡Todo está ahora en manos del señor Barón, el grande!

TODOS.— ¡Hurra!

GRAN OBISPO.— (*Con interés*) ¿Qué habéis visto? ¡Contad!

GIL.— En el salón rosado de palacio estaban, absolutamente ebrios, más de una docena de zafiros que reían a carcajadas de las muecas y movimientos de una mujer regordeta que bailaba subida sobre una mesa llena de candelabros... ¡Dejadme respirar!

TODOS.— ¡Oh!

GRAN MARISCAL.— ¡Insanos! ¡Insanos!

GIL.— ¡Hay algo peor, todavía! ¡La mujer tenía atado a la cintura un cordel que con la boca trataban de desatar varios de ellos!

GRAN OBISPO.— ¿Con la boca? ¡Dios santo!

GRAN MARISCAL.— ¡Con la boca! ¡Estúpidos!

LOS CUATRO ESBIRROS.— (*Comentando por lo bajo*) ¡Es original! ¡Con la boca! ¡Qué juego!

GIL.— Nuestros hombres, vuestros soldados Mariscal, entraron y deshicieron la orgía. Algunos cayeron a los primeros disparos, mientras que la mujer se echaba en brazos del sargento...

GRAN OBISPO.— ¿En brazos del sargento? ¡Dios santo!

GRAN JUEZ.— ¡En brazos del sargento! ¡Imbécil!

GIL.— ¡Así en todos los demás sitios! ¡Pero por felicidad todo está a estas horas recuperado!

BARONESA.— ¡Todo, por felicidad, reconquistado!

GRAN JUEZ.— ¡Mano dura, con ellos! ¡Mano dura!

GRAN MARISCAL.— (*Al criado*) ¡Id en busca del señor Barón!

GIL.— ¡Voy por él! (*Vase*).

(*En las calles el holgorio continúa*).

BARONESA.— ¡La era de la corrupción ha terminado!

GRAN OBISPO.— (*Con mucho énfasis*) ¡Oh, la concupiscencia colectiva había llegado a sus extremos más desdorosos! ¡Todo, Dios mediante, ha pasado ya!

GRAN JUEZ.— ¡Leyes! ¡Leyes implacables son el remedio!

GRAN MARISCAL.— ¡Hay, en adelante, que cuidar severamente el orden!

BARONESA.— ¡Un conductor! ¡Un conductor!

GRAN OBISPO.— ¡Piedad! ¡Piedad! (*El Barón aparece por la puerta derecha, lleva un elegante uniforme militar y en su mano blande una espada. Atrás vienen Gil cogido de la mano con Dora.*)

BARON.— ¡Estoy listo!

TODOS.— ¡Qué noble! ¡Qué imponente! ¡Es un jefe inigualable! ¡Es un magnífico gobernante! ¡Qué gallardía!

BARON.— ¡Vayamos a restablecer el régimen! ¡Pronto!

TODOS.— ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

GRAN OBISPO.— ¡Antes demos gracias a Dios! ¡La concupiscencia colectiva había llegado a sus extremos más desdorosos! (*Todos se ponen de rodillas. Al centro, de pie y extático, el Gran Obispo entona el rezo.*)

GRAN OBISPO.— (*Con los ojos cerrados y de cara al cielo.*) “Desde tu viejo trono, incandescente”.

TODOS.— ¡Dios sin hermanos!

GRAN OBISPO.— “Desciende a las ciudades tu justicia”.

TODOS.— ¡Dios sin hermanos!

GRAN OBISPO.— “Y caen al pecador y al inocente”.

TODOS.— ¡Dios sin hermanos!

GRAN OBISPO.— ¡“Tu rayo enorme y tu mortal noticia”!

TODOS.— ¡Dios sin hermanos!

GRAN OBISPO.— ¡Del dedo pecador del hombre! ¡Líbranos Señor!

TODOS.— ¡Del dedo pecador del hombre! ¡Líbranos Señor!

GRAN OBISPO.— ¡Amén!

TODOS.— ¡Amén!

BARON.— (*Poniéndose de pie rápidamente*). ¡Vosotros, fieles soldados, id a la bodega y sacad de allí al traidor Jerónimez y por la puerta trasera llevadlo a una mazmorra para que luego sea juzgado!

GRAN MARISCAL.— ¡Id velozmente!

BARON.— ¡Vamos ya! (*Todos salen. La sala queda vacía y silenciosa. Afuera se reinicia el griterío*).

UNA VOZ.— ¡Vivan las cadenas!

VOCES.— ¡Vivan!

TELON RAPIDO





## EPILOGO

*La escena estará a oscuras. Entran de puntillas, tomados de la mano y llevando cada uno candiles encendidos, Gil Titira y Dora Piña. La puerta del fondo permanece con luz.*

GIL.— (*Avanzando*) ¿Ves? No hay fantasmas. Todo está igual. Si notas que se mueven los muebles o las cortinas, eso se debe a que el viento los empuja. ¡Los fantasmas no existen!

DORA.— (*Temblorosa*). ¡Yo los he visto! (*Dando un chillido*). ¡Allí! ¡Allí!

GIL.— (*Acercándose al rincón que le indica*). ¡Oh! Mira lo que es tu fantasma: una cortina caída. Mañana habrá que poner todo esto en orden. ¿Entiendes?

DORA.— Sí... ¿Verdad que los fantasmas no existen? (*Ríe*). Yo creía que vivían en la oscuridad como animalillos ligeros y ágiles. Mi abuela decía que ellos son crueles pero que, a veces, los hay bondadosos y tímidos. ¿No existen, verdad? (*Ríe*).

GIL.— ¡No! Deja a un lado tus alucinaciones. Mañana, a trabajar nuevamente.

DORA.— ¿Pero no hemos trabajado siempre?

GIL.— Sí, hemos trabajado siempre y por fortuna el trabajo es lo único que ennoblece de veras. Un mundo hecho de solo trabajadores, ha de ser un mundo feliz, un mundo de paz, que es el que deseamos...

DORA.— ¿Paz?... Sí, un mundo de paz. La paz es no dormir, pulir la vajilla, sacar mucha espuma de jabón sobre los géneros sucios,

no dormir, atender, estar alerta, sudar, no reclamar nada... Paz, sí, paz.

GIL.— No, no es eso la paz, hermana. Cuando mañana todos vuelvan a sus labores de antes, los gañanes, los soldados, los mercaderes no habrán hallado la paz, el sosiego. ¿Por qué? Porque esta situación, como la de hace unas horas no más, es la guerra perpetua...

DORA.— ¿La guerra perpetua?

GIL.— Eso es. ¿Escuchaste cuando el señor Barón habló desde el balcón? Parecía que dentro de todos ellos revivía el alma antigua, la silenciosa. Iban tristes, y la paz no es triste nunca.

DORA.— Días antes estaban alegres, danzaban beodos... (*Ríe*).

GIL.— Eso tampoco es la paz. Una embriaguez, un torbellino, una borrachera, de la que han despertado más desencantados...

DORA.— Ni alegres, ni tristes. Ni tristes, ni alegres. (*Ríe*). Algo muy raro es la paz.

GIL.— La paz, la paz del mundo, es algo sencillo. Todos en sus tareas justamente repartidas, propias. La mía y la tuya, para nosotros y para los demás. Juan trabaja, Pedro trabaja, José trabaja. Cuando nunca se pueda decir "mi esfuerzo" sino "nuestro esfuerzo", no habrá índice que señale con odios a escondidas a éste o a aquél.

DORA.— Sin odios...

GIL.— Sí, sin odios.

DORA.— Sin muertos también.

GIL.— Sí, sin muertos.

DORA.— (*Señalando la ventana*). Como aquél...

GIL.— (*Lamentándose*). Es cierto, me olvidaba del alférez Jerónimo. Fue ajusticiado para ejemplo de quienes pretendan remedarlo. Siempre estuvo al servicio de este orden y cuando lo trocó su-

cumbió sin glorias que recordar. El Gran Juez dijo: "¡Queda para escarmiento de los remisos, de los renegados, de los tráfugas, de los rebeldes!". Su cuerpo es símbolo, sin embargo, de algo muy distinto.

DORA.—(*Como sonámbula*). Su cuerpo, aquel que ahora envuelve una ola de moscas, duro y humedecido... (*Ríe*).

GIL.— Confundió las armas. El amor nos lleva a tirones por mundos ajenos, nos obliga a proceder sin tino, a embrollar los hilos, a perder los sesos, hasta que caemos cortados por su despiadado segur puesto en manos de una justicia absurda y tremenda.

DORA.— Un halo de hielo, de silencio, pesa sobre su sien caída. Una corona fría, como la de un débil príncipe difunto...

GIL.— El amor hace pagar caro los errores. Los que lo seguimos estuvimos engañados. Creímos que su palabra era la palabra del que viene en nombre de la libertad. Era, en verdad, un juguete de extrañas causas del amor cuya corriente todo lo desnaturaliza y empaña. Su corazón era un fruto segado, cayendo sin remedio en los abismos.

DORA.— La lengua amoratada dormía entre sus dientes amarillos. Era una blanda piedra desnuda, un resto de carne desconocida...

GIL.— Nos había prometido el bienestar. No podía darlo porque no lo poseía. Los hombres que lo traen gritan una sola vez y ruedan a su voz los altares antiguos, los viejos trastos del falso culto, las medallas y los tronos. El era un esclavo más, un siervo.

DORA.— Desencajado, mustio, confundido con otros seres sin parientes. Su tez brillaba entre los cactus y la arena como un metal misterioso...

GIL.— Por su culpa la guerra no desapareció. Unos contra otros conspiraban por debajo de la nueva organización. En las casas reinaba un terror idéntico al de antes porque los desposeídos eran dueños de las arcas y los poseedores gemían llagados por una limosna. En las trastiendas y en las buhardillas, los pordioseros hacinaban los tesoros, y los dueños lamían echados en tierra los restos del festín, haraposos y famélicos.

DORA.— Sus ojos se habían posado, como unos redondos vidrios, en las últimas luces del día. Un sombrío caminante cubrió su boca de tierra y ella se perdió lentamente por su garganta, mojada por su última helada saliva...

GIL.— (*Cariñoso*) ¡Basta, basta! Ya lo sé. Era un despojo lleno de tristeza.

DORA.— No dormiré (*Levantando la voz con miedo*) ¡El no dormirá! Su lecho de hojas secas, en las afueras, cederá despacio mientras los cuervos se alimentan con sus tristes carnes.

GIL.— ¡No! Ahora duerme eternamente sin que lo puedan despertar los deseos que le enseñaron, en los desvelos, a destruir su propia felicidad. Sobre su cuerpo deshecho danzarán victoriosos, sus cabezas colmadas de laureles frescos y tomillos, riendo con carcajadas delicadas, tocando sus flautas finas y golpeando con sonoro regocijo sus tamboriles y sus matracas.

DORA.— (*Bostezando*). ¡Tengo sueño! ¡Oh! ¡Tengo mucho sueño!

GIL.— (*Acercándole la cabeza a sus hombros, tiernamente*). El Barón sabía este final y sabía que nosotros, así abandonados, sin fe ni confianza, habríamos de perecer en el ocio. Ignoraba, en cambio, que la vida humilde reclama un corazón grande y profundo, y que en ella, como en el medio propicio, nácenle al hombre las fuerzas hondas que limpian y mejoran.

DORA.— ¡Tengo sueño! ¡Tengo miedo de la sombra del alférez volando por entre el sueño!

GIL.— No vendrá. La muerte lo encontró perplejo, sin razón, cuando desconocía su propia obra. No era un santo, ni un sabio. Era un loco, un loco enamorado.

DORA.— Un loco enamorado, sin fantasma, sin sombra...

GIL.— Ni este estado ni el anterior son los que debemos desear...

DORA.— (*Interrumpiéndolo*). ¿Cuál entonces? (*Reprochando*). Hablas y hablas y apenas entiendo lo que quieres decir.

GIL.— El que despertará un día hermoso lleno de campanas y signos, cuando los villanos que levantan y hunden en tierra la azada y la herramienta, o descargan el martillo sobre el hierro dorado en el quehacer espléndido, distribuyan el negro pan entre sus hijos y los hijos de sus enemigos. (*Ansiosamente*). ¿Entiendes?

DORA.— (*Deslumbrada, como saliendo de un sopor*). ¿Dónde aprendiste todo eso? ¿Tú eras como yo, como todos los que andamos entre cacharros, brevas y tizones, un borriquito lindo, un chorlito..?

GIL.— ¡Aquí! Hasta antes del pronunciamiento creía que todo estaba dispuesto conforme a una ley despiadada y que había que rendirse, avergonzado y sumiso, a un destino sin esperanza. Todo, repentinamente, ha sido bañado por un resol violento que tras el enceguecimiento dio contorno a los relieves y a las oquedades. La farsa de la que hemos sido muñecos, tiene su revés trágico, lleno de sangre humana, habitada, perenne, a punto de estallar inundándolo todo.

DORA.— (*Transportada*) ¡Sangre humana! ¡Sangre humana! ¡El olor de la sangre humana! ¡El amor en la sangre humana!

GIL.— El amor, o lo que se parece al amor, había disfrazado la vida. (*Con ademán activo*). ¡Es tarde! ¡A dormir!

DORA.— Sí, es tarde. Sí, a dormir.

GIL.— (*Empujando a Dora que sale somnolienta*). ¡A dormir!

BARONESA.— (*Apareciendo en la puerta del fondo, evitando ser vista por Dora que se retira*). ¡Pss! ¡Psssssss!

GIL.— (*Sorprendido*) ¡Ah! ¿Sois vos, señora Baronesa?

BARONESA.— ¡Sí, mi caracol! ¡Mi pequeño caracol! ¡Ven chumbeque mío, ven!

GIL.— ¿Vos? ¿Nuevamente sobre mí la amenaza de vuestros cariños? ¡No, señora! ¡No!

BARONESA.— Piensa, como yo, que nada ha pasado, que todo está idéntico. ¡Ven! ¡Ven chumbeque tímido!



GIL.— ¿Que todo está idéntico? Nunca fueron mejores que ahora, para renacer distintos, los disturbios y las tropelías. ¡No iré con vos!

BARONESA.— (*Tomándolo por el brazo amorosa*) ¿Tienes miedo de mí? Yo te daré la callada, la deliciosa voluntad que oscurece y derrota, pero que hace ignorar los bienes y los males. ¡Ven!

GIL.— (*Resistiendo, casi sin fuerzas*). ¡No! ¡No! ¡Me espanta, me espanta saber que olvidaré junto a vos la tarea que hará bello el mañana! ¡No quiero que vuelva a caer sobre mi cuerpo el amor como una gran adormidera! ¡No quiero! (*Con un grito*). ¡No quiero! (*Ambos desaparecen. Se apaga la luz de la habitación y a los pocos instantes la tenue del candil que lleva. La escena queda a oscuras*).

TELON LENTO

JUGUETES



## LA SOLTERA Y EL LADRON

*Pantomima \**

Dormitorio de la Soltera, profusamente aderezado. Catre alto, dorado, de grandes perillas, cubierto de colchas y sábanas con airosas bordaduras y brillante edredón. Tocador de amplio espejo, abarrotado de frascos con esencias y pinturas. En un clavo, una peluca rubia. Cerca de la cama, un orinal de loza con flores estampadas. Justamente sobre el lecho, una imagen sagrada a la que da luz una mortecina lamparilla de aceite. Mesa de noche, sillas, etc. Entra la Soltera en bata roja, con un candil en la mano. Es casi calva, el escaso pelo liado hacia atrás por medio de un cintajo amarillo. Se despoja del batón y queda en camisa de dormir rosa pálido.

Se sienta ante el tocador y cubre su rostro, con ademanes minuciosos, con las pomadas. Pasa saliva por sus cejas. Se mira el rostro con cuidado y da caza a un barrito. Se pone en pie y mira al público. Está encalada por los menjures.

Hace algunas flexiones gimnásticas. Sus huesos crujen. Respira hondo. Echa el cuerpo hacia adelante, luego hacia atrás, enseguida y alternativamente a ambos lados. Descansa con muestras de agotamiento. Repite la maniobra en el suelo. Se pone en pie. Bosteza largamente estirándose.

Abre despacio la cama. Entra en ella y arrebuja los almohadones. Queda sentada. De la mesa de noche toma un libro que lee ávidamente mientras en su faz se refleja el terror. En la lectura de cada página cambia de postura, muy desasosegada. Tirita de miedo. Mira en torno con el temor pintado en los ojos. Cierra el libro rápidamente porque ha oído un ruido. De la mesa de noche toma una corneta para oír y escruta el silencio.

---

\* *Publicada en México, en 1950.*

Desciende de la cama. De un cajón del tocador extrae una ratonera. La prepara y enseguida la coloca al centro de la pieza. Vuelve a la cama satisfecha.

Se arrodilla, de cara contra la pared en la que está la imagen sagrada. Se persigna. Abre las manos en cruz y las cierra en ademán, a un tiempo devoto y nervioso. Inclina la cabeza a un lado y otro.

Vuelve a la posición normal. Acerca la mano al candil con el fin de apagarlo. Cuando va a hacerlo se detiene sobrecogida por una duda. Salta velozmente al suelo y mira debajo de la cama.

Retrocede espantada, con los pelos de punta, temblando. Por debajo del lecho asoma la cabeza de un hombre.

El hombre sale lentamente de su escondrijo, muy calmo. Lleva antifaz sobre los ojos y viste gorra a cuadros, tricota azul y pantalón gris cubierto de parches de colores. En una mano, un manojo de llaves ganzúas. En la otra, una bolsa de arpillera. En el cinto luce una linterna eléctrica y una pistola. Es el Ladrón.

Se acerca a la Soltera imponiéndole silencio. La mujer retrocede con paso menudo en tanto el hombre avanza decididamente. El Ladrón toma a la Soltera de la mano y la conduce hasta una silla en donde la obliga a sentarse. La Soltera no deja de temblar.

El Ladrón, inesperadamente, se hinca a los pies de la Soltera. Lleva graciosamente las manos de su víctima hasta sus labios y posa en ellas un delicado beso. La mujer muestra su desorientación, su inmensa sorpresa. El Ladrón, de manera harto franca, le declara su amor. La Soltera no lo entiende. Acude al cornetín. El Ladrón se declara. Ella sonríe con timidez. Luego se sonroja. El Ladrón, ya en pie, rodea a la Soltera lleno de mimosa zalamería. Poco a poco la Soltera es ganada por la galantería del cortejante. A los ademanes conmovidos de él corresponde con coquetería ridícula, jugando con su auricular.

Ambos en el centro de la sala ríen a carcajadas de las frases que se dicen al oído, de las caricias que se prodigan. Parecen dos adolescentes en su primera cita. El se despoja del antifaz.



El Ladrón da un paso atrás con ademán avergonzado. Ella lo requiere. El señala su pantalón remendado, su tricota sucia, muestra los forros vacíos de sus bolsillos y enseña sus zapatos desclavados. Apunta el llanto en sus ojos.

La Soltera, tocada en sus sentimientos, va hasta el mueble y saca de ahí un cofre. Muestra collares, pendientes, pulseras, prendedores, joyas de piedras con rutilantes luces. Se las ofrece al Ladrón.

Este las rechaza con gesto de dignidad herida. Ella insiste, suplica, se arrodilla a sus pies, rogándole que las acepte. El repite el juego. Ella se abraza a sus pies.

El Ladrón la levanta amorosamente. Abre la bolsa y deja que la Soltera deposite allí sus tesoros. Cuando concluye, cierra los ojos y abre los brazos en espera del premio. El se acerca y le da un beso en la boca con disimulada repugnancia. La Soltera permanece con los ojos cerrados, en éxtasis. El torna a darle otro beso. Luego, sigilosamente, se desliza y sale de la habitación. Ella espera el tercer beso, el más hondo.

Cuando abre los ojos, el Ladrón ya no está. Mira a su alrededor. Recorre la habitación en estado sonambúlico. Se sienta. "¿He soñado?", piensa. Ausculta la noche con su corneta. La ratonera suena ruidosamente. La Soltera vuelve en sí. Mira en torno. Da un grito, y otro, y otro más, pidiendo auxilio mientras agita su cofre vacío. Cae abatida. Llora.

Las tinieblas la envuelven blandamente.



## LA OFICINA DE ARLEQUIN

*Pantomima\**

A PERLA Y ENRIQUE ROTZAI

Ante un gran escritorio, abrumado por cientos de expedientes, teléfonos, sellos y otros útiles oficinescos, Arlequín Gerente atiende su despacho. Frente a él, a pocos pasos de distancia, Colombina Secretaria escribe a máquina. Aquél viste severo sacón negro con visos de levita sobre el traje tradicional de la vieja comedia. Ella lleva "pullover" rojo sobre la falda de tul amplia y gaseosa. En una percha cuelgan un sombrero negro, un bastón y una boina roja. Luz de tarde.

Arlequín usa los teléfonos, consulta su reloj, aplica los sellos y revisa los papelotes. Colombina, inmutable, escribe aprisa.

Furtivamente Arlequín mira, durante un breve instante, a Colombina, y vuelve a su agitado trabajo. Ella hace, un momento después, el mismo juego. La labor continúa. Se repiten las miradas alternadas de uno y de otro.

Repentinamente, sin que lo hayan calculado, los ojos de ambos se encuentran. Arlequín se pone en pie. Va a dictar una carta urgente. De puntillas, muy delicadamente, va hacia Colombina que se prepara para tomar nota. Esta se coloca al lado de su jefe.

Arlequín pomposamente comienza el dictado. Colombina escribe. Arlequín se acerca demasiado a su secretaria. Ella se retira con disimulo. El se compone. Continúa con la carta. El juego se repite.

Arlequín, rompiendo su seriedad, toma del talle a Colombina y pretende besarla. Ella huye. El la sigue, suplicante. Ella se

---

\* *Publicada en México, en 1950.*

parapeta tras el escritorio. Arlequín le explica cuánto la ama. Le ofrece una casa lujosa, un automóvil, alegría, felicidad, dinero, lujo... Nada, Colombina no cede. Ella ama a otro. Arlequín se enfurece, la quiere atrapar. Colombina se sube sobre el escritorio, haciendo volar los papeles.

Ahora él la amenaza con el despido, con el hambre, con las peores desgracias. Ella duda, pero no da su brazo a torcer. Sigue la persecución.

Colombina está acorralada. Arlequín junto a ella no la fuerza. Le pide un beso. "¿Un beso solamente?" —dice ella. "Sí, uno sólo me basta"— responde él. "¿En la mejilla?" —replica Colombina. "¡Aunque sea en la mejilla!"— acepta Arlequín. Y se prepara relamiéndose.

Ella le pone la mejilla y él se dispone a darle el beso anhelado. Suena en ese momento el timbre agudo y penetrante que da fin a la labor del día. Colombina corre a su escritorio, se empolva, se pone color a los labios y sale después de colocarse la boina. Le explica al jefe que la espera su amado. El, que ha permanecido estático, se encoge de hombros. Toma su sombrero y su bastón, y sale tristemente.

La escena se oscurece lentamente.

## LOS NOVIOS

*Farsa en un acto \**

Personajes :

EL

ELLA

*Habitación común. Hay una cama, una pequeña mesa, sobre la cual se halla un búcaro con flores, y dos sillas. Gran severidad, casi monacal, fría y sin gracia. La habitación tiene dos puertas, a izquierda y derecha respectivamente, y una gran ventana al fondo, por la cual entra luz brillante de mediodía. Se divisan árboles y se adivinan transeúntes.*

*ELLA lee, recostada en la cama. Permanece así varios minutos. Levanta luego los ojos hacia el cielorraso en actitud pensativa. Al cabo de unos segundos vuelve la vista al libro y lo hojea preocupada. Repite el ademán tres veces consecutivas. Grave avidez en la ocupación. Comienza a reír y su risa crece hasta ser una carcajada estruendosa, casi histérica.*

*EL ingresa violentamente.*

EL.— *(Interrumpiendo la risa)* ¡Atiéndeme, sierpe inmunda! ¡Giganta vil! ¡Novia del odio! *(Gritando)* ¿Me escuchas? ¡Indigna de mi solicitud y mi desvelo! ¡Serpiente! ¡Oh! ¡Serpiente! *(ELLA permanece inmutable, sumida en la lectura)* ¡Te odio, serpiente! *(Va hacia la mesa y pone encima de ella un legajo grande que saca de su bolsillo)* Te odio..., sí, te odio.

ELLA.— *(Sin separar la vista del libro)* Te llamaron por teléfono. *(Pausa)* El que habló no quiso dejar su nombre. Me encargó decirte que volvería a llamar.

---

\* Estrenada en el Negro-Negro, en octubre de 1951, por los actores Carmela Reyes y Raúl Varela, en Lima.



EL.— (*Volviéndose; calmo*) ¿Teléfono? ¿Llamarme a mí por teléfono? (*Pausa*) Las preocupaciones embargan la vida, llegan a ser más poderosas que las débiles fuerzas de los humanos. (*Pausa larga. Luego enfurecido*) ¡Eres un áspid llena de ponzoña que me envenena lentamente! ¡Te odio!

ELLA.— (*No se mueve*) La correspondencia está en el cajón de la mesa. Hay más de cincuenta cartas. Algunas sin procedencia, otras sin dirección. Adivinan que son para ti y, ¡zas!, te las endilgan. (*Pausa*) ¡Este correo, Dios mío, que marcha cada día peor!

EL.— (*Interesado*) ¿Más de cincuenta? ¡Formidable! Me gusta leer cartas aunque no me halaguen con saludos o felicitaciones. Hay un ser en cada una de ellas y todas juntas son un gran interlocutor que piensa siempre distinto. Algunas conmueven y otras distraen, las más indignan. (*Pausa*) ¡Las hay llenas de poesía, aunque se dan también las sobrias y rigurosas que exponen las ideas desnudas! (*Abriendo el cajón y extrayendo algunos sobres*) ¡Pero cincuenta son muchas! ¡Habrà que pedir al Ministro que mejore los servicios, reemplacen al Director y se organice todo en beneficio del público! Muchas personas no reciben ni una en varios años, y es injusto. Cuando uno lee una carta se siente mejor de lo que es, tiene bellas ideas y, a veces, sólo a veces, la contesta en términos razonables o exaltados. (*Pausa larga*) ¿Crees que por te hablo así te dejo de detestar, te olvido? Yo sé muy bien que por ti ando descaminado, confundido entre mis papeles. Debido a tu maldita manía de destrozarme el corazón con tu fuego o tu hielo...

ELLA.— (*En la misma actitud*) Pienso solamente en todo lo que juntos hemos emprendido y en todo lo que hemos frustrado. ¡Ah, la vida!

EL.— ¿A qué te refieres? ¡Dímelo de una vez!

ELLA.— (*Igual*) Pensaba en aquellos momentos... (*Levantando los ojos y mirándolo*) ¡Oh! ¡La chaqueta! ¡Has vuelto a descoser el bolsillo de la chaqueta!

EL.— (*Temboloroso*) ¿El bolsillo? ¿No se me habrá caído alguno de los papeles? ¡Son tan importantes para nosotros!

ELLA.— (*Fastidiada*) Me dedicaré a él más tarde, quizá mañana. No sé, en verdad, cuándo. ¡Hay tanto que hacer!

EL.— (*Cordial*) Cuando quieras, cuando quieras... ¡Hay mucho tiempo por delante! (*Vuelve a la mesa. Revisa nerviosamente los papeles*) Eres una alimaña terrible, un endriago, una cosa que envuelve y destruye... (*En voz muy alta*) ¿Quién me colocó delante de ti? ¿Quién?

ELLA.— (*Que ha vuelto al libro*) Deberías poner en orden los papeles. Cuando menos pienses se habrán desperdigado por toda la casa y...

EL.— (*Compungido*) ¡Ya sé! ¡No me lo recuerdes...! Los encontraremos diseminados en el jardín, en las habitaciones, quizá entre las basuras... (*Lloroso*) Entonces todo estará perdido, como ayer tarde. (*Triste*) Ese ciclón, ese ciclón que arrasa con ellos. ¿Quién envía ese viento cruel y despiadado?

ELLA.— (*Muy serena*) Se destruirán nuevamente tus sueños. Volverás a mis pies, adolorido, convulso, estremeciéndote como un niño enfermo...

EL.— (*Tembloroso, hincándose ante ella*) ¿Qué me dirás tú entonces?

ELLA.— (*Despectiva*) ¿Qué te diré? ¡Bah! Lo sabes mejor que yo...

EL.— ¡No! ¡No! ¡No, por favor!

ELLA.— (*Molesta*) ¡Levántate, me incomodas!

EL.— (*Levantándose*) Ya sé que para ti es difícil ser de otra manera, pero...

ELLA.— (*Dura*) ¿Pero qué?

EL.— (*Timido*) Quizá realizando un esfuerzo, incorporándote sobre tus propios defectos...

ELLA.— (*Después de meditar*) ¡No puedo!

EL.— (*Suplicante*) ¡Sí puedes!

ELLA.— (*Indicándole que se retire*) Me aburres, tonto... Me mortificas.

EL.— (*Fuerte*) ¡Sí puedes! (*Pausa*) Lo que sucede es que no quieres porque así mi vida depende de lo que decidas. (*Yendo a la mesa, casi por lo bajo*) ¡Perra que conoce mis secretos!

(*Hay un gran silencio. Ella lee y él, sentado delante de la mesa, revisa los papeles*).

ELLA.— (*Amorosa, distinta*) Duerme, amor mío, descansa. No hables de a-que-llo... (*Subraya la última palabra*).

EL.— (*Trémulo*) ¿De aquello? Yo no me refería a eso. ¡No! ¡De ninguna manera me refería a eso!

ELLA.— (*Poniéndose en pie y avanzando*) Yo sí me refería a eso, precisamente a eso. Una mujer no puede olvidar fácilmente lo que le confiaron en la oscuridad, silenciosa y cobardemente, por más que el amor suavizara los términos de la confesión. ¿Dirás que no lo recuerdas ya? ¡No te atreverás! (*Evocativa*) No era un día como hoy. Al contrario, todo estaba envuelto en una sombría soledad. Tú, a mi lado, me narraste la historia punto por punto. Sin omitir un detalle. (*Triunfante*) ¡Desde aquel instante me perteneciste como un objeto, tal como se posee un traje o un mueble!

EL.— (*Despavorido*) ¿Todo? ¿Lo conté todo, verdad? (*Lamentándose*) ¡Qué debilidad!

ELLA.— (*Como extasiada*) ¡Me perteneces, loco! (*Reflexiva*) ¡Aquella era una inocente criatura!

EL.— (*Repentinamente enfurecido*) ¡No! ¡Soy libre! (*Bailando alegremente*) ¡Libre! ¡Libre! ¡Libre! ¡Libre! ¡Libre! ¡Libre!

ELLA.— (*Sorprendida, gritando*) ¡Silencio! ¡Detente, bestia!

EL.— (*Tambaleándose, mareado por la danza*) ¡Libre!

ELLA.— (*Impositiva*) ¡Responde! ¿Es verdad que has pensado que eres libre, que no perteneces a nadie, que puedes volar?

EL.— (*Muy aturdido*) ¡Sí!

ELLA.— (*Llena de ira*) ¿Sí?

EL.— (*Decidido*) Acabo de tener la certeza de que soy libre. ¿Sabes, sierpe? Ha sido como un rayo de Dios, como un relumbrón por dentro.

ELLA.— (*Yendo a la mesa*) Pues vas a ver que consecuencias tiene ese pensamiento. (*Echando al aire los papeles*) ¡El ciclón! ¡El ciclón que te derrota, gusano libre! ¡A volar las escrituras podridas! ¡El ciclón lo ordena!

EL.— (*Imitándola*) ¡Sí, señor! ¡El ciclón! ¡Los ciclones! ¡Somos los ciclones! ¡A volar las escrituras podridas! ¡El ciclón lo ordena!

ELLA.— (*Sobrepasada*) ¿Tú has hecho esto?

EL.— (*Agitado*) ¡Tú y yo! ¡El ciclón y la ciclona!

ELLA.— (*Con repugnancia*) ¡Vete!

EL.— (*Cándidamente*) ¿No debía haberlo hecho?

ELLA.— (*Muy convencida*) ¡Claro que no!

EL.— ¿Y por qué?

ELLA.— (*Perpleja*) ¡Los papeles! ¡Tus papeles, nuestros papeles! ¡Se diría que has perdido el juicio!

EL.— ¿Mis papeles? (*Dándose cuenta del mal*) ¡He dado muerte a mi esperanza! ¡Ya no tengo nada! (*Pausa*) Aparecerán rotos en el jardín, en las habitaciones, en la basura. ¡Perdidos irremediabilmente para siempre!

ELLA.— (*Consoladora*) ¿Para siempre? No tanto, no tanto...

EL.— Cada día que pasa es siempre...

ELLA.— (*Retornando a la cama y tomando el libro nuevamente*) En ese caso es difícil ordenarlos... ¡Siempre!

(*Otro silencio prolongado. ELLA lee y EL piensa.*)

EL.— ¿Qué hora era cuando llamaron por teléfono?

ELLA.— (*Serena*) El tiempo no es mi fuerte, pero calculo que serían las diez. (*Pausa*) Todo parecía denunciar esa hora.

EL.— ¿Cómo era la voz?

ELLA.— (*Desinteresada*) ¿La voz? (*Como recordando*) Parecía verde...

EL.— (*Sin sorprenderse*) ¡Verde! (*Pausa*) Te entiendo.

ELLA.— Tranquilamente verde... ¡Eso es!

EL.— ¿Cómo... el mar?

ELLA.— Sí, como el mar...

EL.— ¡Como el mar! ¿Cómo el agua profunda del mar?

ELLA.— (*Extasiada*). Parecía ahogarme. ¿La conoces?

EL.— (*Riendo*). ¡Te entiendo, amor, te entiendo perfectamente! ¡Verde!

ELLA.— Hueca, perdida, zumbaba en torno a ella algo como un eco. Resonaba como dentro de un enorme caracol.

EL.— (*Interesado*). ¿Qué dijo?

ELLA.— (*Cortante*). No estoy dispuesta a hablar todo el día de esa voz. ¡No me interrumpas!

EL.— (*Resignado*). Comprendo que no recuerdes. Las voces en el teléfono tienen vida propia y no es raro que digan cosas que ni siquiera fueron pensadas de antemano.

ELLA.— (*Con desprecio*). ¿Qué sabes tú?

EL.— (*En pie*). Nada... Apenas nada.  
(*Silencio. Miradas furtivas entre ambos*).

ELLA.— (*Con dejadez*). ¡Ordena nuestras vidas!

EL.— Es difícil...

ELLA.— No es imposible, ¿sabes?

EL.— (*Triste*). Volveremos a disgustarnos y regresará el ciclón.

ELLA.— (*Con los ojos en la lectura*). ¡No creo que vuelva!

EL.— (*Animado*). ¿Lo prometes?



ELLA.— ¡No basta! ¡Nunca cumpló lo que prometo!

EL.— (*Tratando de obtener una respuesta concreta*). ¿Volverá?

ELLA.— No volverá... (*Pausa*). O volverá otro día...

EL.— (*Desconsolado*). Es lo mismo. No vale la pena juntar dolores de cabeza.

ELLA.— No es oportuno lo que dices. Te pesará.

EL.— Necesito decir algo.

ELLA.— ¿Estupideces también?

EL.— (*Solemne*). Sólo a ti te parece eso lo que digo.

ELLA.— (*Irónica*). A mí y a todos.

EL.— (*Sobresaltado*). ¿A todos? ¿Te ha dicho alguien acaso que digo estupideces?

ELLA.— (*Cruel*). ¡Y que las haces! ¿Me negarás que mienten?

EL.— ¡Estoy perdido!

ELLA.— Eso ya lo sabía yo.

EL.— (*Sollozando*). ¡Estoy perdido! ¡Lo saben todos!

ELLA.— ¿Qué saben todos?

EL.— ¡Esto!

ELLA.— (*Cariñosa*). ¡No llores!

EL.— Lo saben o lo ignoran. ¡No hay intermedio!

ELLA.— (*Consolándolo*). Te puedo asegurar que nadie sabe que estás aquí conmigo... (*Pausa*). ¡Después de todo yo soy la que te acojo!

EL.— (*Llorando*). ¡Todos!

ELLA.— (*Preocupada*). ¡Te lo juro! ¡No lo saben!

EL.— (*Lentamente*). Era imposible ocultarlo. Había mucho misterio alrededor mío. Tuve que agazaparme para llegar, pero al-

guien me vio y la voz se expandió como un largo reguero de pólvora fina a la cual hubieran dado fuego. (*Pausa*). ¡Estoy cansado también! Cuando nos conocimos era sencillamente feliz. (*Pausa*). Ahora me pesan los huesos como si tuvieran el meollo de plomo...

ELLA.— Cumple con tus deberes. Luego, sueña. Una debe soñar solamente cuando nada tiene que concluir, cuando todo está tranquilo y ordenado.

EL.— (*Pueril*). Yo sé, yo sé que soñar es tremendo. Hay olas y pájaros feroces...

ELLA.— (*Interesada*). Olas que envuelven...

EL.— Peor que eso: ¡finas olas que duelen!

ELLA.— (*Yendo amorosa hacia EL*). ¡Pobre amor mío ¡Pobre! ¡Pobre!

EL.— (*Acogiéndola en sus brazos*). ¡Yo te amo!

ELLA.— ¡Pobre! ¡Pobre!

EL.— ¡Yo te amo!  
(*Se abrazan unos segundos*).

ELLA.— (*Compasiva*). ¡Pobre!

EL.— ¡Al fin! (*Alegre*). ¿Ves como era posible amar?

ELLA.— (*Extrañada*). ¿Amar? ¿Quién ama aquí? (*Separándolo bruscamente, con repugnancia*). ¡La cebolla! ¡Nuevamente la cebolla! (*Señalándole la boca*). ¡Ahí! ¡La cebolla!

EL.— (*Aterrorizado*). ¡No! ¡No de hoy! ¡Hoy no probé bocado!

ELLA.— (*Indignada*). ¡Todo ha sido una farsa indigna!

EL.— (*Suplicante*). Te lo juro, amor mío. Estoy en ayunas, casi desfalleciente.

ELLA.— (*Con asco*). ¡La horrible cebolla!

EL.— (*Tratando de explicarse*). Es de ayer, la de hace unos días, la de siempre... (*Vibrante*). La cebolla de siempre, te lo juro.

- ELLA.— (*Amenazadora*). ¿Pretendías engañarme, eh?
- EL.— Nunca he pensado en tal cosa. Camino a solas, es la única forma de traicionarte.
- ELLA.— ¿Engañarme a mí? ¡A mí!
- EL.— Camino a solas y me despierto a tu lado, cubierto de grillos y ataduras...
- ELLA.— Engañar a la que no dio otra cosa que reposo amable...
- EL.— Me desespero, quiero transformarte, hacer de ti otro ser menos vil, menos cruel, menos...
- ELLA.— (*Como recitando*). Engañar a la que te dio reposo amable, vida, desconocidas verdades...
- EL.— (*En idéntica forma*). Camino a solas, vago en tu misterio.
- ELLA.— Mejor ventura...
- EL.— Me dejo llevar...
- ELLA.— Soledad...
- EL.— (*Tembloroso*). Yo...
- ELLA.— (*Acusadora*). ¡Tú!
- EL.— (*Con un grito sorpresivo*). ¿Qué quieres de mí, bruja? ¿Qué quieres?
- ELLA.— (*Con un gesto de desagrado*). Oh, eres un niño... (*Volviendo al lecho, lentamente*). Un niño sin padres que apenas sabe balbucir algunas palabras con sentido. He de educarte, prepararte para la gran obra que tienes que emprender... ¡Oh!
- EL.— ¿Quién te engendró? ¿Qué monstruo?
- ELLA.— (*Echada en la cama*). ¿Quién? Un hombre perezoso en una mujer... ¡Estaban rendidos de odiarse!
- EL.— (*Sonambúlico*). Un hombre... o un monstruo. ¡Un hombre!
- ELLA.— (*Hojeando el libro*). Se tendieron el uno junto al otro. Al amanecer ella dijo: "¡Esposo mío!". El estaba muerto...

EL.— (*Interesado*). ¿Muerto?

ELLA.— (*Tras una larga pausa*). ¡Yo qué sé!

EL.— (*Reaccionando*). ¡Estas loca!

ELLA.— (*Muy segura*). ¡Estoy loca pero tengo la razón! ¿Qué dices de esto, despojo?

EL.— (*Suplicante*). ¿Recogeremos los papeles, eh? Los pondremos nuevamente en orden y nos quedaremos callados como si nada hubiera sucedido.

ELLA.— (*Indiferente*). Como quieras.

EL.— (*Alegre*). ¡Perfectamente! ¡Como si nada hubiera sucedido!

ELLA.— Quizás...

EL.— ¿Quizás? (*Entusiasta*). ¡Algún día, cuando todo esté terminado, el mundo nos parecerá bello y viviremos felices! ¿No crees como yo que será así?

ELLA.— ¿Cómo podrá ser posible eso?

EL.— (*Con dificultad*). Es sencillo... (*Pausa*). Son las mareas, los altibajos, las variaciones del principio. Sobre ellas se construye la existencia futura.

ELLA.— (*Tirando el libro, convincente*). ¡Esta es nuestra razón! Parece mentira, pero si no viviéramos así posiblemente no le encontraríamos ningún sentido a la verdad y nos daríamos muerte mutuamente...

EL.— Tal como lo dices, lo crees... ¡Eres una enemiga implacable!

ELLA.— O una amiga distinta a las demás. Yo sé entre qué asuntos anda el juego.

EL.— ¡Implacable!

ELLA.— (*Despereándose muy voluptuosa*). Es sumamente raro todo esto. Nos estamos charlando, charlando, como si este viaje fuera a través de un desierto.

EL.— (*Impresionado*). ¡Y eso es! ¡Un desierto!

ELLA.— (*Sin cambiar de postura*). ¡No! Si pudieras salir, escapar de tu propia cárcel, de tu pequeño encierro animal, verías que de vez en cuando el cielo es azul y que por él cruzan seres vivos. Verías árboles y flores. Casas y humo. Humo que sale del hogar tibio en el que hay mayores y pequeños, viejos que esperan el fin y jóvenes que aman...

EL.— (*Yendo hacia ella y arrodillándose al pie de la cama*). ¿Ves tú todo eso?

ELLA.— Cuando me lo propongo abandono el sórdido túnel en que vivimos...

EL.— (*Casi idiotizado*). ¡Feliz tú!

ELLA.— ¡Oh! Sin embargo, la visión dura poco... Tú me arrancas con tus manos tintas de sangre y tu voz lo derrumba todo como si trajeras contigo la destrucción.

EL.— (*Que en cuatro pies ha comenzado a recoger los papeles del suelo*). ¡Ja! ¡Ja! Pero el ciclón eres tú...

ELLA.— (*Fuerte*). ¡Y tú!

EL.— (*Sin detenerse en su tarea*). Hoy, por primera vez, he sido una parte de él...

ELLA.— ¿Lo niegas?

EL.— (*Sin dejar de recoger los papeles*). ¡Qué ganas de hacerme sufrir! No lo lograrás, porque hoy día estoy de buen humor y todos son iguales...

(*Hay una larga pausa*).

ELLA.— (*Incorporándose*). ¿Quiénes son iguales?

EL.— ¿Quiénes? Los días.

ELLA.— ¡Menos los domingos!

EL.— (*Levantándose rápidamente del suelo con los papeles en la mano*). ¡Ah, los domingos! Los manjares y las risas, las bocinas y las flores...

ELLA.— Los domingos... Ellos nos testimonian que las gentes son mejores que lo que parecen.



EL.— (*Encantado*). Y que son semejantes a nosotros.

ELLA.— (*Como advirtiendo*). Acordemos que eso, sólo algunos domingos.

EL.— (*Entusiasmado*). Paseamos de la mano y nos saludan. Tú te pones tu traje nuevo y yo mi corbata amarilla.

ELLA.— (*Casi cariñosa*). Con tu clavel en el ojal estás casi hermoso.

EL.— (*Halagado, acercándosele*). ¿No es cierto? Me miran atentamente y luego dicen cosas en voz baja.

ELLA.— ¿Guardas el clavel con cuidado?

EL.— (*Amoroso*). Lo acaricio y se sonroja. ¡Sí, no te rías, se sonroja!

ELLA.— ¡Pareces un ser humano!

EL.— (*Orgulloso*). ¡Parezco un ser humano!

ELLA.— (*Muy interesada*). ¿Están todos los papeles?

EL.— (*Revisándolos*). ¡Todos!

ELLA.— Ponlos sobre la mesa...

EL.— (*Obedeciendo*). Sí, es mejor.

ELLA.— O peor... La verdad es que hay que ponerlos en alguna parte. Es decir, sobre la mesa.

EL.— ¿Qué son estos papeles?

ELLA.— (*Leyendo su libro*). Papeles...

EL.— ¿Papeles? (*Pausa*). Un peso enorme de la existencia... (*Pausa*). Papeles... ¿Papeles?

ELLA.— Lo cierto es que te acusan. (*Misteriosa*). ¡Aquella era una inocente criatura! ¿Recuerdas?

EL.— (*Con terror*). ¡No hablemos de eso!

ELLA.— ¿Te avergüenzas? No niego que es pavoroso lo que hiciste, pero estás amarrado a tus actos, sin salvación.

EL.— ¡No lo repitas! (*Temblando*) La conciencia me ladra...

ELLA.— ¡Pobrecito, el pequeño faldero!

EL.— Ladra dentro de mí, dentro de mi corazón...

ELLA.— ¡Pobrecito! Pobrecito!

EL.— ¡Pobrecito!

ELLA.— (*Caminando hacia él*). Te hacen daño las amenazas, ¿verdad?

EL.— ¡Mucho daño me hacen las amenazas!

ELLA.— (*Tomándolo de la cabeza y besándolo en la frente*). ¡Pobrecito!

EL.— (*Engreído*). ¡Pobrecito!

ELLA.— (*Volviendo al lecho*). Quizás estés enfermo...

EL.— (*Sentándose en una silla*). Sí. (*Pausa*). ¡No!

ELLA.— Yo digo... ¡Puedo equivocarme!

EL.— (*Tranquilo*). Pues te equivocas.

ELLA.— A lo mejor no...

EL.— A lo mejor sí.

ELLA.— ¡Te dolía la cabeza hace unos días y no me lo dijiste!

EL.— Temí que fuera algo grave... ¡No quiero que te contagies!

ELLA.— (*Sonriendo*). También temiste que se me contagiara el aire del jardín.

EL.— (*Reflexivo*). Sí... El aire del jardín es delgado y agudo.

ELLA.— No como el de la alcoba que se puede tomar con las manos y partir en pedazos. (*Hace el ademán*).

EL.— Que cae al suelo y rebota contra las personas.

ELLA.— (*Hace como que le tira un puñado de aire*). Que se puede lanzar contra cualquier pariente cercano, contra cualquier vecino.

EL.— (*Haciendo el ademán de tomarlo*). Y que viene lleno de palabras y, a veces, hasta de insultos y groserías.

ELLA.— (*Pausa*). ¡Qué juego tonto!

EL.— (*Meditativo*). En verdad, es tonto, pero me gusta. (*Queda un rato como boleando el aire*). ¡Me gusta! (*Se pone en pie*). ¡Oh! Se me ha dormido la pierna izquierda...

ELLA.— ¡Como se te quedara así para siempre!

EL.— (*Cojeando*). La gente me miraría con curiosidad, por lo menos.

ELLA.— O con pena...

EL.— (*Envanecido*). ¡Pero me mirarían!, ¿no es cierto?

ELLA.— “¿Guerra, accidente, timidez?” —se preguntarían.

EL.— ¡Yo pondría cara de excombatiente!

ELLA.— (*Despectiva*). No faltarían imbéciles que te admirarían!

EL.— (*Cojeando aún*). Pero un pie dormido no es lo mismo que un pie muerto.

ELLA.— Un pie muerto se desliza, deja de obedecer, pertenece a los demás, traiciona al cuerpo y se cae llevando consigo lo más pesado del hombre...

EL.— ¿La carne?

ELLA.— ¡La carne! El alma hecha de carne, también.

EL.— (*Firme ya*). ¡Amo mi cuerpo! ¡Amo mi lindo cuerpo!

ELLA.— (*Con desprecio*). ¡Bien poca cosa es lo que amas!

EL.— (*Irónico*). ¡Cuidado! Tú eres también mi cuerpo, parte de mi cuerpo.

ELLA.— (*Avanzando hacia él*). ¿Qué has dicho?

EL.— ¡Mi cuerpo!

ELLA.— ¿Qué yo soy parte de tu cuerpo? ¡Aclara eso!

EL.— (*Tímido*). Me disculpo. Yo no soy responsable si a veces te siento así.

ELLA.— (*Más cerca de él*). ¡Pobre de mí! (*En voz alta*) ¡Y de ti!

EL.— ¡Mi cuerpo!

ELLA.— (*Sarcástica*). Un cuerpo no sabe de su dueño lo que yo de ti, ¿verdad?... ¡Aquella era una inocente criatura!

EL.— (*Despavorido*). ¡No! ¡No he querido ofenderte!

ELLA.— ¿Un cuerpo no podría destruir a su dueño, como yo a ti?

EL.— (*Trémulo*). ¡Me equivoqué! ¡Me equivoqué!

ELLA.— (*Amenazadora*). ¡Como yo a ti!

EL.— Sí, como tú a mí...

ELLA.— (*Sentenciosa*). Recuerda que te domino, te exalto o te hundo.

EL.— Lo recuerdo siempre. Aquí me tienes a tu lado, adorándote.

ELLA.— Porque soy un cicloncito que arrasa papeles...

EL.— ¡Cicloncito que lo hace perder todo! (*Sollozando*). ¿No es eso?

ELLA.— (*Imponente*). ¡Ciclón! ¡Sí señor! ¡Ciclón, y de los buenos! ¡Ciclón, y de los tremendos! ¡Un ciclón bestial y despiadado!

EL.— (*Casi en un desmayo*). ¿Volverá? Dime, ¿volverá?

ELLA.— Sí... ¡Volverá!

EL.— ¡Feroz ciclón! ¡Se llevará de aquí mi paz y me envolverá en su ruina!

ELLA.— (*Triunfante*). ¿Cobardón ahora? Hace unos instantes te erguías vencedor...

EL.— (*Tratando de justificarse*). Compréndeme, amor. Yo me muevo gracias a ti. Yo sé que vivo aquí a tu lado, dueño de lo mío gracias a ti. Lo sé y lo proclamo. (*Voceando*). ¡Señoras y señores, soy un monigote! ¡Soy un pez atrapado! ¡Soy un muñeco sin ca-

beza! ¡Jueguen conmigo, caballeros! ¡Menéenme, damas! (*Se echa en tierra*). Soy una fiera que lame los pies del domador... (*Hace el ademán*). Una fiera, ¿comprendes?, que tiene la cabeza de quien la tortura, a veces, entre sus dientes, y no la hace trizas por que tiene miedo, porque la necesita...

ELLA.— (*Gozosa*). ¡Muy bien! Porque la necesita... (*Ordenando*). ¡Vamos, en pie!

EL.— (*Levantándose lentamente*). ¿Por qué no soy feliz? ¡Un monigote! (*Voceando*). ¡Damas y caballeros, tirad fuerte al monigote! ¡Arrancadle en pedazos el alma! ¡Tiene premio! ¡Hacedlo papilla! (*Desconsolado*). ¡Es muy triste!

ELLA.— ¡Sí! ¡Y qué!

EL.— Nada. Yo pensaba hace un rato...

ELLA.— (*Escéptica*). Pensabas... ¿Qué pensabas, tonto?

EL.— (*Con dificultad*). En el amor... Sí, en el amor. (*Pausa*). El corazón es frágil. (*Pausa*). Es decir, como un fruto segado del cuerpo que no se sabe dónde conservar vivo.

ELLA.— Son pensamientos que no te van.

EL.— (*Vivamente*). Así lo creo. ¡Así me lo decía a mí mismo hace un momento! (*Hablando consigo*). ¡Vaya, vaya! ¡Te ha dado por la filosofía, presidiario! ¡Te ha dado por la ciencia! ¡Te ha dado por saber lo que nadie sabe! (*A ella*). Me decía así y comprendía que no podía llegar por ningún medio a ninguna conclusión legítima...

ELLA.— Todo eso del corazón es oscuro. (*Pausa*). Oscuro e inútil.

EL.— (*Pensativo*). Yo pensaba...

ELLA.— (*Irritada*). ¿Más aún?

EL.— Sí, pero no lo diré, amor...

ELLA.— (*Serena, dueña de sí*). Lo dirás.

EL.— ¿Lo diré? ¡Mejor no!

ELLA.— (*Avanzando*). ¡Mejor sí!



EL.— (*Retrocediendo*). ¡Mejor no! (*Suplicante*). ¡Mejor no!

ELLA.— (*Persiguiéndolo*). ¡Lo dirás!

EL.— (*Temeroso*). ¡No tiene nada de particular! ¡Una nada!

ELLA.— (*Amenazadora*). ¿Merece respeto el todopoderoso ciclón que arranca la vida y la hace añicos, eh? ¿Que la hace añicos? ¡Que la hace trizas, retazos, porquerías!

EL.— (*Temblando*). ¡Una nada, amor, una nada!

ELLA.— (*En el mismo tono*). Por una nada el ciclón levanta la hojarasca...

EL.— (*Vencido*). ¡Sí! ¡Lo sé! ¡Por una nada, por dos nada, por tres nada, los ciclones me revientan! ¿Crees que no lo sé? (*Pausa*). ¡Se sabrá esa nada! ¡Se sabrá!

ELLA.— (*Que ha vuelto a la cama y se prepara a oír*). Claro que se sabrá... ¡Me muero de curiosidad!

EL.— (*Con gesto de advertencia*). No creas que es algo extraordinario...

ELLA.— Di ya, ¡pronto!

EL.— Pensaba huir. (*Pausa durante la cual espera una reacción de ella*). No volver más a tu lado...

ELLA.— (*Tranquila*). Y...

EL.— (*Extrañado*). ¿Crees que es poco?

ELLA.— (*Como distraída*). Aquella era una inocente criatura, ¿eh?

EL.— (*Desorientado*). No sé... No sé nada.

ELLA.— Eres un ser viscoso, turbio...

EL.— Sí.

ELLA.— Eres un ser abominable. ¡Sólo yo te entiendo y te manejo!

EL.— Sí, claro.

ELLA.— ¿Recuerdas que para mí eso, aquello que te hace temblar, no es ningún secreto...?

EL.— (*Tratando de explicarse*). ¡Nunca he osado negarlo, nena! ¡Nunca!

ELLA.— ¿Pero sabes por qué? ¿Por qué te guardas de mis palabras? ¿Por qué te espantas ante mis más leves movimientos?

EL.— Ni lo pienso, nena...

ELLA.— ¡Vamos, nada de nena! ¡Idioteces! ¡Yo soy el ciclón y ningún ciclón es nena de nadie!

EL.— (*Nervioso*). Te lo decía por amor... Es tierno... Nena suena a cosa pequeña y querida, a amorcito, a joya, a alhaja, a misterioso cariño, a cosita, en fin...

ELLA.— (*Ruda*). ¡Pues no dirás más porque yo no soy algo ridículo! ¡Ciclón y muy ciclón! (*Variando el tono*). ¿Sabes por qué te conduzco y domino? ¡Porque lo sé todo!

EL.— (*Suplicante*). ¡No lo digas tan alto que te oirán y me perderé!

ELLA.— (*Gritando*). ¡Pamplinas! ¡Todo! ¡Todo! ¡Lo seee tooodooo!

EL.— (*Decaído*). Sí, ¡todo! (*Pausa*). Lo funesto y lo oculto, lo que me avergüenza y espanta, lo que me entierra y deshace.

ELLA.— Y además...

EL.— Además...

ELLA.— ¡Además sé que aquella era una inocente criatura! ¡Una persona débil! ¡Un ser menudo y sensible! ¡Tus manos eran fuertes como garfios! ¡Hierros candentes! ¡Nudos corredizos!

EL.— (*Tomándose la cabeza*). ¡No quiero oírlo! ¡No! ¡No!

ELLA.— (*Igual*). ¡Enormes garras! ¡Enormes garras! ¡Tentáculos que apretaron sobre la carne transparente y desgarraron las arterias, los tejidos sencillos!... ¡Oh, qué horror!

EL.— ¡No! ¡No, nena! ¡No ciclón! ¡No nena! ¡No ciclón!

ELLA.— ¡Uñas que abrieron la piel y dejaron descubierta la carne rosada de un cuello puro! ¡Oh qué horror! (*Enérgica*). Mereces un castigo y lo tendrás...

EL.— (*Lloroso*). ¿Más castigos?

ELLA.— (*Avanzando hacia la mesa*). ¡Sí! ¡Sí!

EL.— ¡No!

ELLA.— ¡El ciclón se encargará de eso!

EL.— ¡El ciclón!

ELLA.— (*Revolviendo y echando a volar los papeles de la mesa*). ¡El ciclón! ¡El ciclón! ¡El ciclón! ¡El ciclón!

EL.— (*Permanece perplejo contemplando la escena. Cuando ella acezante ha concluido y se echa nuevamente en la cama, él se acerca lentamente. Su voz es muy extraña*). El campo está devastado. Juan sonríe. ¿Quién ha muerto, doctorcito? ¿Quién compra las alfombras para la oficina? ¡Olé! ¡Olé! ¡Ole! El campo devastado. Las plumas de los pájaros sobre el cielo azul son basura. ¿Quién vive, doctorcito? ¿Quién habla mal de los griegos? ¡Olé! ¡Olé! ¡Olé! El cuellito de plata. El cuellito con entraña de oro. La niña que tiene un cuellito de seda.

ELLA.— (*Retirándose espantada*). ¿Qué vas a hacer?

EL.— (*Siguiéndola con las manos dispuestas para estrangular*). ¿Quién habla mal de los griegos, doctorcito? ¿Mataré como un carnicero o como un sacerdote?

ELLA.— (*Aterrorizada*). ¿Matar has dicho?

EL.— ¡Matan los pillos! ¡Matan los pillos!

ELLA.— ¡No! ¡No!

EL.— ¡Matan los pillos!

ELLA.— ¡Detente! ¡Me asustas!

EL.— ¡Matar con la mano! ¡Ajustar! ¡Ajustar! ¡Ajustar! ¡Salta la sangre en un chorro luminoso! ¿Quién habla de matar cuando uno mata, doctorcito? (*Tomándola del cuello ferozmente*). Juan sonríe, y mata.

ELLA.— (*Ahogándose*). ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

EL.— (*Dejándola y saltando al marco de la ventana*). ¿Matar? ¡Muerta y podrida te tendré a mi lado! (*Antes de saltar afuera*). El campo devastado. Juan sonríe. (*Al lanzarse*). ¡Mi padre entra en la historia sagrada!

ELLA.— (*Quejándose*). ¡Oh! ¡Ay! ¡Ay (*Pausa*). ¡Ah! (*Acariciándose el cuello, adolorida*). Me hace daño, mucho daño. (*Pausa*). Pero así lo prefiero: fuerte como un roble, y duro... (*Pausa*). Es cuando me doblega que su amor se llena de rayos, truenos y relámpagos, y se convierte en una forma tenaz de la naturaleza (*Pausa. Se sienta y medita*). Su amor.. ¿Qué? Su amor, sí, sí, y el mío. Primero la calma, luego el torbellino, al final el choque violento de uno contra otro. (*Entusiasta*). Estalla entonces como un castillo de fuego, fulgurante. (*Pausa*). Se ha ido. (*Va hasta la ventana y mira a través de ella. Hace un ademán de adiós*). ¡Adiós, castillo de fuego! ¡Adiós! (*Se vuelve triste*). Sí, se ha ido y no volverá jamás. (*Despacio vuelve a la cama. Se echa, luego de haber tomado el libro, y lee. Silencio. Ríe primero en voz baja, luego con tono creciente. Sus carcajadas llenan la escena*).

EL.— (*Ingresando violentamente y cortando la risa de ella*). ¡Atiéndeme, sierpe inmundal ¡Giganta vil! ¡Novia del odio! ¡Oyeme! ¡Te hablo a ti! ¡A ti! (*Ella permanece indiferente, muda, inmóvil*). ¡A ti! (*Se detiene y cae de rodillas, vencido repentinamente*). ¿Me oyes? ¿Me escuchas? ¿Me reconoces?

ELLA.— (*Seca*) ¡No!

TELON RAPIDO

EL DE LA VALIJA  
*Juguete en un acto*\*

Los descuartizadores guardan el cadáver de sus víctimas en un baúl, lo dejan en depósito en una estación y, por cierto, no vuelven por él.

(De una crónica periodística)

Personajes :

EL HOMBRE

EL GUARDIA

EL VIEJO

*Una estación ferroviaria. El centro lo ocupa una banca de madera, en la cual los pasajeros aguardan la llegada y salida de los trenes. Es de noche y todas las ventanas están cerradas. En el suelo, restos de papel y desperdicios. Un hombre duerme, largo a largo, en la banca. Cerca se encuentra una valija de regular tamaño. No hay nadie más. Pocos instantes después entra un guarda uniformado, con una linterna de mano. Se acerca al hombre, lo mira atentamente y luego, lo despierta con estas palabras:*

GUARDA.— (*Respetuoso*). ¡Eh! ¡Eh! ¡Despierte señor!

HOMBRE.— (*Espabilándose*). ¡Oh! ¡Qué! (*Mirando con dificultad*). ¡Ah! Sí, sí...

GUARDA.— (*Con delicadeza*). El último tren partió hace media hora. Exactamente a las once y media...

HOMBRE.— (*Semidormido*). ¡Claro! ¡A las once y media! (*Bostezo*). ¡Aaah!

---

\* *Estrenada en la Escuela Nacional de Arte Escénico, por los actores Carlos Gassols, Carlos Velásquez y José Velásquez, en abril de 1953.*

GUARDA.— (*Atento*). No le queda más remedio que esperar hasta mañana. En la madrugada sale el expreso...

HOMBRE.— ¿El expreso? (*Reaccionando*). A mí no me interesa...

GUARDA.— ¿No iba usted a la sierra?

HOMBRE.— (*Rápidamente*). No, no... Nada tengo que ver con la sierra. (*Echándose nuevamente en la banca*). ¡Allí hace mucho frío! ¡Más que acá!

GUARDA.— (*Sonriendo*). ¡Tiene gracia! ¿No sabe que todos los trenes que pasan por acá van a la sierra?

HOMBRE.— (*Sin moverse*). ¡Tercera página de la Geografía Elemental para el tercer año! ¡No lo olvidaré jamás!

GUARDA.— (*Observándolo atentamente*). ¡Ha tomado usted algunas copas, señor! Podrían haberle robado la maleta... Lo mejor sería que se fuera a dormir.

HOMBRE.— (*Irritado*). ¿Y qué estoy haciendo ahora? ¡Usted me ha despertado! (*Pausa*). ¡Ah! Además no he probado una gota de alcohol, que buena falta me hace... Es peor: no he desayunado, ni almorzado, ni comido... ¿Contento?

GUARDA.— (*Curioso*). ¿Bromea? No es bueno dormir en un sitio público cuando...

HOMBRE.— (*Cortante*). ¡Hace tres días que mi cama —sin que se entienda mal— es un sitio público! Quiero decir, un parque, u otro lugar así.

GUARDA.— ¿Y la maleta?

HOMBRE.— ¿Maleta? ¿Qué maleta?

GUARDA.— ¿No es suya esa maleta?

HOMBRE.— (*Incorporándose para mirarla*). Alguna vez tuve una, pero no se parecía en nada a ésa... (*Echándose*). ¿Contento?

GUARDA.— ¿Entonces de quién es?



HOMBRE.— (*Irónico*). ¡Adivina adivinador! Con el sueño que tengo, no está mi ingenio para charadas...

GUARDA.— (*Revisando la maleta por fuera*). ¡Vaya! Se la debe haber dejado olvidada algún pasajero.

HOMBRE.— ¡Es usted prodigioso para dar soluciones acertadas!

GUARDA.— ¡Me la llevaré! Siempre los pasajeros reclaman objetos perdidos y la empresa se jacta de entregarlos cumplidamente.

HOMBRE.— Menos mal... El servicio, con perdón de usted, es bastante malo. Estas bancas son un horror. Tengo los huesos molidos y sólo hace media hora que descanso...

GUARDA.— (*Como dándose cuenta*). ¿Y usted qué hace aquí?

HOMBRE.— ¡Dale con las charadas! ¡Duermo! (*Rectificándose, en broma*). ¡No! ¡Trato de dormir, a pesar de su charla!

GUARDA.— ¡Entonces, es usted un vagabundo!

HOMBRE.— ¡Ya lo dije! ¡Es usted una lumbrera para despejar incógnitas! (*Incorporándose*). ¡Sí, vagabundo! Ayer dormí en la Plaza Mayor, pero me arrecí de frío; anteayer en el umbral de la Municipalidad, pero me despertaron muy temprano; el lunes... ¡Bueno, el lunes fue en la comisaría! ¡Cómodo, pero vergonzoso!

GUARDA.— ¡Aquí está prohibido pasar la noche!

HOMBRE.— Ya sabía yo que algún inconveniente habría de haber... ¡Estoy harto!

GUARDA.— (*Con dignidad*). ¡Lo siento! ¡Tendrá usted que irse!

HOMBRE.— (*Cínico*). Más lo siento yo, como es lógico...

GUARDA.— Le ruego que se retire... (*Toma la maleta y se dispone a salir*).

HOMBRE.— (*Casi suplicante*). ¿No puede usted hacer nada de su parte? ¿Olvidar la disposición por esta noche? Me iré temprano porque que tengo que hacer.

GUARDA.— Lo lamento. Me enorgullezco de ser el funcionario más recto de la empresa y no voy a arriesgar mi prestigio por compasión...

HOMBRE.— ¡A mí me tenía que tocar el funcionario más recto! ¡Si tendré mala estrella!

GUARDA.— (*Con cordialidad*). No le puedo mentir... (*Pausa*). Usted me conmueve, pero... (*El hombre se pone en pie, se arregla el cabello y, antes de salir, se vuelve con rapidez, como ensayando el último argumento*).

HOMBRE.— Dígame... ¿Le premió alguna vez la empresa su probidad?

GUARDA.— ¿Le interesa?

HOMBRE.— ¡En general, me interesan los problemas sociales de la humanidad!

GUARDA.— (*Con orgullo*). Pues sí... Es decir, premiarme, propiamente, no. Cuando se cumplió el cincuentenario de la compañía me dieron una medalla de estímulo y un diploma con letras doradas. (*Pausa*). El primer premio, en monedas contantes, se lo dieron a un inglés...

HOMBRE.— (*Sentándose, muy interesado*). ¡Ajá!

GUARDA.— ¡La medalla es muy hermosa!

HOMBRE.— Sí, seguramente, pero estará usted de acuerdo conmigo en que mejor suenan las monedas. Duran menos, pero nos dan cosas a cambio de ellas. Trajes, alimentos, diversiones y honores...

GUARDA.— (*Condolido*). Fue una injusticia... Así lo reconoció la plana de empleados y me desagravió con un almuerzo... (*Pausa*). ¡Días inolvidables esos!

HOMBRE.— ¿Los del almuerzo?

GUARDA.— Sí, los del almuerzo y los de la medalla.

HOMBRE.— (*Pensativo, tras una pausa*). ¿Me permite una pregunta más? (*Pausa*). ¿Qué va a hacer con esa valija?

GUARDA.— (*Rápidamente*). ¡Conservarla hasta que la reclamen!  
¡Con muchas sucede lo mismo!

HOMBRE.— (*Insinuante*). ¿Nunca... curioseas dentro de ellas?

GUARDA.— (*Digno*). ¡Nunca!

HOMBRE.— (*Intencionado*). ¡Claro...! ¡La medalla! (*Confidencial*).  
¿Y si dentro de ella hay un descuartizado?

GUARDA.— ¿Qué?

HOMBRE.— (*Muy natural*). ¡Un descuartizado!

GUARDA.— ¿Qué?

HOMBRE.— (*Aprovechando el desconcierto de su interlocutor*). ¿Usted no sabe que los asesinos han utilizado ese sistema muchas veces? Hacen trizas a sus víctimas, meten los trozos dentro de una maleta y la dejan en cualquier sitio. ¡Las dificultades policiales siempre son para el ingenuo que la recoge!

GUARDA.— (*Con temor creciente*). ¡No puede ser!

HOMBRE.— (*Seguro*). Y niños... Hay madres que abandonan a sus hijos y los dejan en paquetes, canastas, valijas... (*Pausa*). ¿Cuántos hijos tiene usted?

GUARDA.— (*Desconcertado*). Seis...

HOMBRE.— Por supuesto, no quiere tener más...

GUARDA.— ¡Dios me favorezca! ¡Apenas podemos vivir con lo que tenemos!

HOMBRE.— (*Dueño de la situación*). ¡Claro! Y la medalla no sirve para pagar la escuela, ¿no es cierto?

GUARDA.— Creo que no...

HOMBRE.— ¿Y qué haría usted con un niño más?

GUARDA.— ¡Usted me asusta!

HOMBRE.— Además... ¡Imagínese usted a un niño o a un cadáver hecho picadillo, en la oficina de objetos perdidos, mezclado con

pipas, sombreros, paraguas y otras chucherías! ¡Es inhumano! (Pausa). ¡Lo lógico es que abra la maleta y compruebe que en ella no hay nada peligroso!

GUARDA.— (*Reaccionando*). ¡No insista! ¡No lo haré!

HOMBRE.— (*Aseidiándolo*). ¿Y si hay una bomba de tiempo? ¡Piense en la muerte a unos pasos de usted, violenta y despiadada! ¡Usted sabe bien que los anarquistas no andan con rodeos!

GUARDA.— (*Con mal disimulado pavor*). Pero es algo incalificable, dentro de los reglamentos de la empresa, abrir una maleta y...

HOMBRE.— (*Con desprecio*). ¡Los reglamentos de la empresa! ¡Bah! (*Mordiente*). ¿El premio al inglés, estaba también entre los rígidos y severos reglamentos de la empresa?

GUARDA.— ¡Una pequeña injusticia! ¡No soy rencoroso!

HOMBRE.— (*Con malevolencia*). ¿Pequeña? ¿No es nada la vida de un hombre probo, cumplidor de sus deberes, noble y sencillo? ¿Así se paga el respeto a las normas, observado intachablemente a través de veinte años de esfuerzos?

GUARDA.— (*Veloz*). ¡Treinta!

HOMBRE.— (*Subrayando la frase*). ¡A través de treinta años de esfuerzos!

GUARDA.— (*Trémulo*). ¡No! ¡Ya sé que no!

HOMBRE.— ¿Cuánto gana usted?

GUARDA.— (*Seducido*). ¡Veinte soles diarios!

HOMBRE.— (*Con manifiesta exageración*). ¡Veinte soles diarios y trabajo nocturno! ¡La honradez no se paga con mendrugos!

GUARDA.— ¡Ya sé que no!

HOMBRE.— (*Concluyente*). ¿Qué tiene, entonces, de malo que usted abra una valija y tome sus precauciones por si lo que contiene es un cadáver, un ser vivo o un petardo a punto de estallar?

GUARDA.— ¿Y si no contiene lo que usted dice?

HOMBRE.— (*Dueño de sí*). Si no es, no es... ¡pues tan tranquilo! Se entretiene un rato, hurga un poco, se entera de la psicología del propietario, de sus costumbres, y hasta de sus vicios... Si hay cartas las lee, lo mismo si hay un buen libro. (*Pausa*). ¡Yo no le digo que robe! ¡Me repugnan los delitos! ¡Pero la previsión es la virtud de los que aman la vida y la curiosidad es pecado de poetas!

GUARDA.— (*Hipnotizado*). ¿Cree usted?

HOMBRE.— Si no lo creyera no se lo recomendaría... (*Pausa*). ¡Podríamos pasar la noche adivinando los hábitos del distraído dueño de la valija a través de las cosas que lleva! (*Pausa*). Usted pasa todas las noches aburrido, ni dormido, ni despierto, ¿no es así?

GUARDA.— ¡Con los ojos vigilantes!

HOMBRE.— ¡Le propongo una distracción, no un pecado mortal!

GUARDA.— (*Dubitativo*). ¿Y si nos sorprendieran?

HOMBRE.— ¡Bah! ¿Quién puede venir a estas horas?

GUARDA.— ¡El dueño de la maleta!

HOMBRE.— ¡Se le dice que no se puede retirar hasta mañana y asunto concluído!

GUARDA.— (*Tras una pausa*). La empresa recomienda que...

HOMBRE.— ¡Dale con la empresa!... ¿Y el inglés de las monedas? ¿Lo recomienda la empresa, no?

GUARDA.— ¡Una venganza me insinúa usted!

HOMBRE.— Venganza es palabra dura... (*Pausa*). ¡Desquite le va mejor!

GUARDA.— Sí, claro... (*Tembloroso*). ¡Tengo miedo, es la verdad!

HOMBRE.— (*Decidido*). Pero si no hay peligro alguno... ¡Venga la maleta! ¡Comencemos! (*El Guarda le entrega dócilmente*). ¿Tiene usted un alicate?

GUARDA.— (*Vencido*). Sí...

HOMBRE.— ¡Démelo!

GUARDA.— (*Entregándoselo*). Tome...

HOMBRE.— (*Con tono de orden*). ¡Siéntese a ese lado que nos vamos a divertir! (*Se sienta*). ¡Ah! ¡Prometamos no dejarnos tentar si hay joyas u otros objetos valiosos!

GUARDA.— ¡Prometido!

(*El hombre inicia su trabajo de abrir la valija forzando la cerradura*).

HOMBRE.— (*Durante el trabajo*). ¡Es difícil pero no queda huella...! ¡Así! ¡Ahora arriba! ¡Ahora abajo! ¡Así! ¡Listo! (*Triunfante*). ¡Listo! ¡Prepárese para la juerga! (*Abre la maleta*).

GUARDA.— ¡Oh!

HOMBRE.— ¿Ve usted qué sencillo es todo?

GUARDA.— (*Con un movimiento intempestivo*). ¡No! ¡No! ¡Esto me va a traer disgustos! ¡Quizá la expulsión!

HOMBRE.— (*Con tono de reproche*). Usted es incorregible... ¡Un abúlico!

GUARDA.— (*Con alguna indignación*). ¡Basta! Esa suficiencia suya me desarmó, pero sepa que no consentiré que revise a su gusto ese equipaje que no nos pertenece, que tiene un dueño.

HOMBRE.— (*Cínico*). ¿Pero acaso no le he consultado de antemano si lo debía hacer? ¿No me ha dado usted el alicate? ¡Vamos, amigo, no se ponga nervioso! ¡Asuma sus responsabilidades!

GUARDA.— (*Con energía*). ¡Cierre la maleta! ¡Que quede como estaba antes! ¡Nos hemos convencido que adentro no hay nada peligroso y eso es bastante!

HOMBRE.— ¡Qué ignorante es usted! ¿Acaso las bombas de tiempo son catedrales? Son pequeñas, simplísimas... Las ponen dentro de los zapatos, en los bolsillos de un chaleco, donde menos se sospecha que pueden esconderse... ¡Un anarquista, un saboteador no es ningún candido!



GUARDA.— ¿Usted cree?

HOMBRE.— (*Dominándolo*). Tiene usted la expresión de un niño que roba dulces y teme que su madre lo descubra. ¡Sí, mi amigo! ¡Sí! Y en último caso, si no hubiera nada de lo que suponemos, es divertido revisar prendas íntimas, ropas interiores, secretos confiados a uno mismo en la alcoba..

GUARDA.— (*Vacilante*). Si consiento es porque todo está consumado, pero...

HOMBRE.— ¡Vaya! Pone usted unos reparos ridículos! ¡Ya me aburro! ¡Quiero una respuesta concreta! ¿Sí o no?

GUARDA.— (*Perdido*). Sí o no, ¿qué?

HOMBRE.— Espulgamos o no la maleta...

GUARDA.— (*Derrotado*). ¡Para terminar, sí! ¡Ya me muero de curiosidad! ¡Al diablo los prejuicios!

HOMBRE.— ¡Bravo! ¡Bravo! En la vida hay que ser decidido... (*Con intención*). De lo contrario los ingleses se llevan los premios... ¡Ya! ¡Manos a la obra!

GUARDA.— ¡Al agua, patos! (*Sonriendo*). ¡Así dice Leandra, mi mujer!

HOMBRE.— ¡Muy bien! ¡Al agua patos, como dice Leandra! (*Comienza a hurgar la maleta*). ¡Oh! Hay orden, orden admirable. ¡Disciplina! ¡He aquí lo que se llama un hombre disciplinado, un hombre en sus cabales! ¿Ve usted? Las camisas, los calzoncillos, las camisetas, las medias, un traje.. ¡Orden!

GUARDA.— (*Observando*) ¡Un hombre elegante!

HOMBRE.— (*Con adulación*). Me gusta la exactitud de su juicio. Un hombre elegante, pero... añadamos que su elegancia no es muy moderna. Adolece de cierta dureza, de cierta rigidez poco deportiva.

GUARDA.— (*Embobado*). Cierta rigidez...

HOMBRE.— Digamos rigidez de profesor de ética. ¿Nunca ha visto usted un profesor de ética? (*Sin dar tiempo para contestar*). ¡No me responda! ¡A la vista está que ni los vislumbra! Son tipos erectos como palos, distinguidos sin embargo, cuyos miembros no se desenvuelven en los ademanes con gracia ni agilidad. Visten bien, pero les falta plástica, ritmo, armonía... (*Pausa*). Primera nota: ¡un elegante profesor de ética!

GUARDA.— (*Tímido*). ¡Creo haber visto alguno!

HOMBRE.— ¡No en la escuela, por cierto!

GUARDA.— ¡No! ¡En una película! (*Mirando la valija*). Sigamos... ¿Y ese paquete tan escondido? (*Trémulo*). ¿Será la bomba?

HOMBRE.— (*Con calma*). “Ver para creer”, dijo el apóstol. ¡Veamos! (*Saca un paquete y lo desenvuelve*). ¡Un fustán!

GUARDA.— (*Admirado*). ¿Un fustán? ¡Será un regalo para su esposa!

HOMBRE.— (*Con seguridad*). ¡Nada de eso! ¡Una comprita para una amante de segunda categoría! ¡Alguna criada con la cual entretiene algunos ratos de ocio! (*Doctoral*). A las amantes de cierta importancia se les obsequia joyas, algo que representa un capital con el cual disimular un poco su liviandad y poder resarcirse de los daños causados... ¡Usted nunca ha tenido ninguna! ¡Se le ve en la cara!

GUARDA.— (*Digno*). ¡Soy hombre casado!

HOMBRE.— Los casados las tienen por pares... (*Pausa*). Este fustán es para una moza de pocas exigencias (*Acercándole la prenda a las narices*). ¡Huela! ¡Por el olor se adivina el tipo de mujer que es la fulana...! ¡Sólo tiene naftalina! Ningún perfume, ninguna esencia, ninguna resina voluptuosa, provocativa...

GUARDA.— (*Sorprendido*). Exacto... ¡Exacto!

HOMBRE.— Dejemos este pecadillo de nuestro hombre. Sigamos con la autopsia. (*Revisa la maleta*). En este rincón hay cigarrillos. Uno, dos, tres paquetes... (*Oliendo*). Fino tabaco egipcio.

GUARDA.— ¿Egipto?

HOMBRE.— La gente de clase fuma tabacos exóticos, de sabor remoto y algo arqueológico. Eso es índice de la cantidad de mundo que el fumador posee. Son tabacos picantes, suaves no obstante, embriagadores, y que se fuman tras el café árabe preparado con delicada delectación. Nuestro hombre los utiliza en vez en cuando, posiblemente cuando con una de sus queridas reposa del esfuerzo del amor...

GUARDA.— Quizá se podría probar uno.

HOMBRE.— (*Enérgico*). ¡No! ¡No! Esa tentación puede perdernos. ¡Nada de hurtos! (*Mirando la maleta*). He aquí la “robe de chambre” y las zapatillas con las cuales se pasea por su alcoba fumando su tabaco oriental. (*Sopesándola con una mano*). Seda, seda china, leve y pesada al mismo tiempo. ¡Una maravilla, como usted verá!

GUARDA.— ¡Sin duda estudia sus libros con ella puesta!

HOMBRE.— ¡Oh! ¡Para el estudio debe tener otra! Esta es para la intimidad, para el placer. Es demasiado sensual para destinarla a las tareas del estudio. Por ella resbala algo denso, solemne, finísimo... ¿No se da usted cuenta?

GUARDA.— (*Cándidamente*). Sí, sí... Entiendo poco de elegancias, pero así debe ser.

HOMBRE.— ¿Duda usted? (*Extrayendo un frasco de la maleta*). Vea, agua de colonia de marca europea. Antes de recibir a la amada se viste con la “robe de chambre” y rocía el perfume sobre sus hombros... (*Con suficiencia*). En el amor, los hombros desempeñan un papel muy importante. Sobre ellos se descansa o se aspira, se besa o se reposa, se agita o se rinde el amante o la amada.

GUARDA.— (*Pícaro*). ¡Buena pieza es usted!

HOMBRE.— (*Jactancioso*). Experiencia que uno ha acumulado. Poca cosa pero bien asimilada, bien cocinada. ¡Al mundo hay que tomarlo como una gran feria en la cual es necesario perder algo para ganar sabiduría, conocimientos, dominio! (*Observando la maleta*). ¡He aquí algunos libros! Veamos... (*Sacando*). “El adúltero precoz”. ¡Hum! “Eros revienta de gusto”. ¡Ejem!...

GUARDA.— (*Con admiración*). ¡Son libros pornográficos! No me parece correcto en un profesor de ética...

HOMBRE.— (*Dominante*). La ética, mi amigo, es la disciplina que se ocupa del bien y del mal. Un profesor debe documentarse. Y como nuestro héroe está de vacaciones, puesto que va a la sierra, aprovecha la ocasión para dictaminar sobre la inmoralidad de estos libros. (*Pausa*). Es probable que sea censor, que desempeñe una labor benéfica dentro de la educación. Lee los libros, sin ánimo perverso, y lápiz rojo en mano tacha y sanciona... (*Cambiando el tono*). Un censor tiene que conocer lo malo tal como un médico no puede repugnar del pus...

GUARDA.— Es cierto, es cierto. En una oportunidad a Leandra se le infectó un dedo y por la boca de la herida le salía un mal olor insostenible. Pues bien, el médico tocaba eso con una familiaridad conmovedora.

HOMBRE.— Así es, así es. ¡Qué sería de nosotros si no existieran estos abnegados hombres que desinfectan las heridas y leen los libros pornográficos...!

GUARDA.— (*Interrumpiendo*). Y ven las películas indecentes...

HOMBRE.— ¡Pobres mártires de la moral!

GUARDA.— (*Muy conmovido*). Me han dicho que, a veces, ven tres o cuatro cada escena, analizando el profundo sentido de su obscenidad. Nuestros hijos se libran de caer en la fácil provocación de un mambo dislocado, gracias a que los censores descubren, tras esfuerzos incalculables, la infamia de las contorsiones.

HOMBRE.— Nuestro profesor es, pues, uno de estos valiosos hombres... Sigamos en nuestra tarea. (*Observando la valija*). ¡Papeles! ¡Veamos! ¡Oh! ¡Facturas! Esta de jabones... Un hombre limpio ¿ah?

GUARDA.— ¿Jabones caros?

HOMBRE.— ¿A ver? ¡Sí! ¡Sí! ¡Una suma fantástica! (*Tomando otra*). ¿Y esta? ¡De hojas de afeitar! No quiere decir esto que no tenga unos bigotillos sencillos, pulidos, perfectos. (*Mirando nuevamen-*

te). ¡Esta otra es de lápices! ¡Y ésta de cuadernos! ¡Compra cientos de ellos! ¡Debe estar escribiendo una obra de varios tomos! ¡Esta de secantes y tinta! ¡Uf! ¡Es un dineral!

GUARDA.— *(Como arriesgándose)*. Hombre rico...

HOMBRE.— Dinero obtenido, seguramente, después de muchos años de sacrificio. Estos profesores sufren mucho pero alcanzan, gracias a su contracción, una posición holgada, bastante amplia. Su obra obtiene, ya en la madurez, un valor extraordinario ¡Es cuando pueden descansar colmados de admiración y respeto!

GUARDA.— ¿Sí? ¡Quién lo creyera! *(Mirando)*. ¿Y ese paquetito?

HOMBRE.— ¿Cuál?

GUARDA.— Ese amarillo...

HOMBRE.— ¡Aja! ¡Veamos con calma...!

GUARDA.— *(Entusiasmado)*. ¡No! ¡Tratemos de adivinar! ¿Qué cree usted que sea?

HOMBRE.— *(Palpando el paquete)* ¡Oh! ¡Es fácil!

GUARDA.— ¿Qué? ¿Qué?

HOMBRE.— ¡Una medicina! ¿Sabe usted que las gentes de estudio —que al mismo tiempo llevan una vida intensa— sufren en sus facultades mentales ciertas dolencias que luego tienen que remediar con píldoras y específicos costosos?

GUARDA.— ¿Y...?

HOMBRE.— ¡No sea lerdo! ¡Eso es lo que contiene el paquetito amarillo!

GUARDA.— ¡Abrámoslo!

HOMBRE.— *(Con vanidad)*. ¿Duda usted de que yo acierte?

GUARDA.— No, pero me encantaría confirmar...

HOMBRE.— ¡Bueno! *(Abriendo el paquete)*. ¡Ya está!

GUARDA.— ¡Oh!



HOMBRE.— ¡Qué ternura!

GUARDA.— ¡No son medicamentos!

HOMBRE.— ¡Qué ternura, mi amigo! ¡Qué ternura!

GUARDA.— ¡Son bolitas! ¡Bolitas para jugar!

HOMBRE.— ¡Claro! ¿Cree usted que soy ciego?

GUARDA.— ¡No! Pero usted hablaba de ternura...

HOMBRE.— (*En tono de reproche*). ¡Qué poca imaginación la suya! Estas bolitas las lleva para obsequiarlas a un pequeñuelo con quien a veces juega en gesto de elegante puerilidad... ¡Es tan explicable! ¡El hombre complicado y adusto, en secreto sabe conocer el alma elemental de los niños! ¡Qué ternura!

GUARDA.— (*Ganado*). ¡Qué ternura!

HOMBRE.— (*Moviéndose*). Imagínesele, duro y tosco, hincándose en el suelo y echando las bolitas en los hoyos... ¡Así!

GUARDA.— (*Con atención*). Sí...

HOMBRE.— (*Continuando*). Y diciendo "Te gané" o "He perdido, amiguito"... ¡Todo esto en un tono muy cariñoso, se entiende!

GUARDA.— ¡Es hermoso! ¡Conmoveror!.

HOMBRE.— ¡Y acariciando la cabeza desordenada del niño!

(*Unos minutos antes ha entrado a la sala un vejete tembloroso y encogido. Lentamente se ha acercado a los hombres y ha quedado contemplándolos*)

GUARDA.— ¡Son gestos de los grandes!

HOMBRE.— Estudiar y jugar. He allí dos tareas igualmente simples e igualmente complicadas... ¡Qué ternura!

GUARDA.— ¡Me lo imagino! (*Triunfante*). Serio, lúcido, profundo en sus ideas, noble en sus ademanes, elegante en su atuendo, dulce con los débiles, fuerte con los poderosos, cruel con los malos, deli-



cado con los buenos. ¡Pensamiento claro y constitución robusta!  
"Mens sana in corpore sano", ¿no es cierto?

VIEJO.— (*Que se ha decidido a hacerse notar*). Con el permiso de los señores...<sup>1</sup>

HOMBRE.— (*Viéndolo*). ¡Oh! ¿Qué desea?

GUARDA.— (*Sorprendido*). ¡Oh!

VIEJO.— Deseo... Este...

GUARDA.— ¿Qué? ¡Hasta mañana no hay tren!

VIEJO.— (*Señalando la maleta*). Eso...

HOMBRE.— ¿La maleta? ¿Para qué?

VIEJO.— ¡Para llevármela!

GUARDA.— ¿Viene usted de parte del profesor?

VIEJO.— No...

GUARDA.— (*Con energía*). No se la daré sino a él... ¡Tendré el gusto de estrechar su generosa mano!

HOMBRE.— ¿Quién es usted?

VIEJO.— Pedro Pérez, a sus órdenes...

GUARDA.— (*Con molestia*). ¡Si no viene de parte del doctor, no sé a qué diablos se atreve a pedir la valija!

VIEJO.— En realidad no sé de qué doctor me habla usted, pero...

GUARDA.— (*Muy irritado*). ¿No conoce usted al doctor y reclama su maleta?

HOMBRE.— (*Con interés*). ¿Porque viene usted por ella?

VIEJO.— (*Tímido*). Parece que hay un malentendido...

---

1 El actor empleará diminutivos ad-libitum en las palabras que crea conveniente.

GUARDA.— ¡Y claro que lo hay! ¡Y como insista va a terminar en la cárcel! ¡Los objetos que se dejan en la estación los reclama su dueño y nadie más! ¿Entiende usted, señor entrometido? ¡La empresa...

VIEJO.— Por eso, casualmente, estoy aquí...

HOMBRE.— ¿Por eso? ¡Explíquese, amigo!

GUARDA.— (*Cegado*). ¡Qué tal descaró! ¡Y lo confiesa! ¡La empresa...

HOMBRE.— (*Al Guarda*). ¡Deje a la empresa tranquila, quiere!

VIEJO.— ¡La empresa! ¡Por eso es que reclamo la maleta! ¡Sé que nunca se pierde nada!

GUARDA.— ¡El doctor vendrá por ella!

VIEJO.— ¿Qué doctor?

GUARDA.— ¿Quién le ha dado vela a usted en este entierro?

HOMBRE.— (*Al Guarda*). Si no lo deja explicarse, no nos vamos a entender... ¡Cállese!

VIEJO.— ¡Eso es!

GUARDA.— (*Con una indignación terrible*). ¡Hacerme callar a mí en el lugar en el cual mando! ¡Habrás visto semejante vagabundo! (*A gritos*) ¡Sólo el doctor puede reclamar esta maleta!

VIEJO.— (*Sereno*). ¡Calma! ¡Calma! Yo vengo por esta maleta, porque esta maleta es mía. No sé quién es el doctor que debe reclamarla, pero si hay que entenderse con un abogado por un asunto tan sencillo puedo traerlo...

HOMBRE.— (*Para sí*). ¡Vaya! ¡El dueño!

GUARDA.— (*Violento*). ¿Qué usted es el dueño? ¡No lo echo a patadas de aquí porque es un viejo enclenque! ¿Entiende?

HOMBRE.— (*Al Guarda*). ¡Cálmese! (*Al Viejo*) ¿Tiene usted pruebas de lo que afirma?

VIEJO.— ¡Por supuesto! ¡Allí hay una tarjeta con mi nombre!

HOMBRE.— ¡A ver! (*Buscándola*). ¡Ajá! ¡Efectivamente! “Pedro Pérez, agente viajero”. (*Al Guarda*) La maleta es del señor. Hay que meter todo adentro y devolvérsela.

GUARDA.— (*Como embobado*). ¿Es usted, entonces, el profesor?

VIEJO.— Desgraciadamente no... ¡No se molesten! (*Comienza a guardar todo en la valija*) No llegué a graduarme por culpa de ciertos amoríos juveniles.. (*Pausa*). ¡Ah! ¡Otra cosa fuera mi vida! ¡Me paso la vida de un lado a otro vendiendo jabones, hojas de afeitar, lápices, cuadernos! (*Pausa*). ¡Aquí están las facturas! (*Pausa*). Me casé y tengo una mujer que es un monstruo... ¡Vean su robustez por este fustán que me pone en la maleta para que la recuerde siempre! Hemos tenido hijos en serie. ¡Doce! ¡Doce! (*Pausa*). Al menor le llevo estas bolitas, pero no crean que para jugar con los amigos... No... Para tirármelas cuando duermo con los pies fuera de las cobijas... ¡Es un bandolero! (*Pausa*). ¿Dónde están mis cigarrillos para la tos? ¡Ah! ¡Aquí! ¡Sin ellos no puedo vivir! ¡Meteré todo así! (*Pausa*). Yo entiendo que la empresa tome sus medidas y revise lo que hay dentro de las maletas que se dejan perdidas. (*Pausa*). ¡Hoy venía muy preocupado y como llegaba con un día de atraso, dejé olvidada ésta! ¡Cuando mi mujer se dió cuenta, me dijo: “¡Si no regresas con ella, te parto la cabeza!”. ¡Lo dice y lo hace! (*Pausa*). ¡Un monstruo! (*Pausa*). ¿Ustedes son solteros, no? ¡A la vista está!

GUARDA.— Yo soy casado...

VIEJO.— ¡Ah! Pero será con una mujer. La mía es terrible. (*Acariando uno de los libros*). ¡Gran novela! Es mi única debilidad la de leer a hurtadillas historias de amor un poco libre... ¿Un poco? En realidad, totalmente libre. Pero uno se deshace de las ataduras conyugales saboreando enredos y conflictos deshonestos. (*Pausa*). ¡Ya terminé con ésto! ¡Ahora la cerradura y ya está! (*Pausa*). ¡Con qué delicadeza la han abierto! ¡Claro! ¡Ustedes tienen métodos modernos para no mortificar al cliente forzando la chapa! ¡Listo! Ahora, con el permiso de ustedes, me retiro. ¡Mucho gusto! (*Les da la mano*). ¡Mucho gusto! (*Saliendo*). Ustedes comprenden por qué tengo prisa... ¡Es una fiera! (*Medio mutis*). “Si no regresas con

ella, te parto la cabeza". ¡Lo dice y lo hace! ¡Muchas gracias! ¡La empresa es algo muy serio! ¡Adiós! (Vase).

HOMBRE.— (Tras una pausa). ¡Bueno! Nos equivocamos. Así es la vida. ¡El hábito no hace al monje!

GUARDA.— (Con un suspiro). Felizmente hemos salido con suerte... (Pensativo). ¡Qué lamentable me resulta no estrechar la noble mano del profesor!

HOMBRE.— (Echándose en la banca). ¡Ahora, a dormir!

GUARDA.— (Vivamente). ¡Lo siento! ¡Está prohibido!

HOMBRE.— ¿El qué?

GUARDA.— Dormir acá.

HOMBRE.— ¡Qué tozudez! ¡Qué poca caridad! (Pausa). Menos mal que ya amanece...

GUARDA.— (Con tono de lamento). ¡Lo siento! La empresa...

HOMBRE.— (Poniéndose en pie con rapidez). ¡No hable más de la empresa! ¡Me iré! (Bosteza. Le da la mano). Encantado... (Lentamente, con cinismo). Volvcre otro día para ver si tiene usted otras valijas, y jugaremos a lo mismo. Harán falta cigarrillos y algún trago fuerte... ¡Abur! (Sale. El Guarda queda inmóvil unos instantes. Luego, se cerciora que el hombre se ha alejado. Sale por la izquierda y al momento regresa con dos maletas. Con el alicate se dispone a abrir la primera).

GUARDA.— (Duda un poco, luego se decide). ¡Al agua patos! ¡Las bombas de tiempo no avisan...!

TELON RAPIDO

## EL ESPEJO NO HACE MILAGROS

*Monólogo \**

*Alcoba femenina, al caer el día. Una penumbra melancólica colma la estancia. Entra la mujer y va directamente al tocador de donde toma ansiosa un espejo de mano. Se mira en él con detenimiento, como hipnotizada por su propia imagen. Finge una sonrisa y la mantiene estereotipada. De pronto, estalla violentamente.*

¡No! ¡Mientes! ¡Mientes! ¡Mientes! ¡No es cierto! ¡Te miraré hasta que me muestres tal como soy, tal como me veo cuando cierro los ojos sobre mí! (*Con movimiento rápido, defensivo, cierra los ojos. Su rostro contraído se calma, y su voz, poco a poco, se dulcifica*). Así, ¿ves? Así soy. Me veo venir como empujada por una brisa lenta airosa, igual a los seres que se mueven en nuestro sueño. Así soy... (*Recitando sin énfasis*). Un rostro por el que el tiempo no transcurre, un rostro que es como una agua quieta y transparente, un rostro sin fatiga... (*Abre los ojos, confiada*). Ahora dime que no es cierto, que no soy así, que no soy yo misma ésa que me mira desde la profundidad. (*Como una acusación*). ¡No! ¡No soy! ¡Ya sé que no soy ésa! (*Oculto el espejo bajo sus manos, sobre el pecho, y solloza con la cabeza caída. Lentamente, se recupera. Levanta el espejo y vuelve a contemplarse. Su tono es de resignación*). No, no quiero engaños. Yo sé que tu verdad es limpia y perfecta. Yo sé que no mientes cuando me dices: ¡fea! (*Con tono de injuria*). ¡Fea! ¡Fea! ¡Fea! (*Pausa. Suave, calmada aparentemente*). Fea...

---

\* *Estrenado por la actriz Ofelia Woloshin, para la cual fue escrito, en el Negro-Negro, en 1953.*



Los labios no se agitan y, sin embargo, lanzan un dardo de fuego... Fea... Un dardo que surca el aire con un zumbido triste. Una exhalación apenas. Fea... (*La actriz tratará de imitar con la palabra un zumbido. Lo que dice luego es sereno*). Es mío ese rostro, es mío. Frente, ojos, nariz, boca, todo es mío. Eso lleva mi nombre, eso se reconoce como mi ser. No obstante, puedo contemplarlo como si por primera vez lo viera. No es mentira que podría decirle, naturalmente: "Buenas noches, señora. No me recuerda usted a nadie. Su cabello es dorado, sus ojos son azules, su nariz es delicada, sus labios son expresivos, y, sin embargo, todo ello junto, todo ello puesto en su lugar, distribuido por la mano misteriosa que dispone este orden, no es algo bello..." Así podría decirle. (*Ríe*). ¡Es absurdo! Podría, inclusive, hacerle confidencias, penetrar hasta su intimidad, descubrirla íntegramente, verterla toda hacia fuera, y no obstante serme totalmente ajena... (*Ríe agudamente, convulsa*). ¡Es absurdo! (*Cesa repentinamente la risa. Aterrorizada por la imagen del espejo*). Sí, pero no me preguntes nada... ¡No! ¡No me preguntes nada! ¡No! ¡No! (*Pausa. Vencida*). ¿Qué? ¿Qué? No sé... No sé cuándo... Hace tanto tiempo que... (*Pausa. Como si escuchara palabras que brotan del espejo*). Sí, desde niña... No sé... (*Confidencial, triste, abatida*). En mi habitación... Sí, allí... Era una pieza pequeña pero luminosa, y fue la luz, precisamente la luz, la que al principio me impidió acudir al espejo. Pero cuando sobrevino el crepúsculo... (*Pausa. Tras una vacilación*). Cuando sobrevino el crepúsculo, la penumbra del atardecer, vi que las cosas se esfumaban densamente, se ocultaban en las sombras para dormir... ¡Hace ya tanto tiempo! Sobre el espejo del ropero caía un último rayo de sol, algo deshilachado y sucio, un rayo traspasado por la noche. Me acerqué a él, al rayo moribundo, pensando en tomarlo así, agonizante. Una tontería, pero yo era muy niña... (*Pausa*). En vez de la luz, fui yo la que aparecí ahogada bajo el azogue. Junté mi cara a la luna para introducirme, para eliminarme, uniendo mi mirada a la mirada de aquel ser nebuloso... Fue inútil... Después vine a darme cuenta que aquel ser era inevitablemente yo misma. El se me reveló tal como era, sin ninguna armonía, sin ningún encanto, exactamente como la torpe melodía que ejecuta un principiante... Entonces, crispé mis puños y los alcé... (*Como un estallido de*



*furor*). Pero, ¿por qué? ¿Por qué tengo que contar esta historia? ¡No! ¡No quiero preguntas! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Prefiero cerrar los ojos y ver a la que soy en el fondo de mi misma! ¡Prefiero callar! ¡Prefiero el engaño! (*Cierra los ojos, como en busca de un refugio*).

Así... Así. Si él hoy me hubiera visto así... (*Sonríe*). Si hubiera estado junto a una mujer como la que tengo sumergida en el secreto pozo de mi conciencia, ¿qué hubiera hecho? ¡Ah! Me hubiera estrechado entre los brazos y hubiera pronunciado en mi oído alguna palabra tierna... Querida, amor, pequeña, algo así. (*Abre los ojos y mira al espejo, contraído el rostro*). Tú sabes por qué no fue así. Tú conoces el motivo... (*Acercando al espejo la mano que tiene libre*). Siquiera una caricia, muy suave, muy parca, tan imperceptible como la de mis dedos sobre tu helada superficie... "Querida, amor, pequeña, tu rostro no significa nada. Sé que eres radiante por dentro. (*Arrobada*). Sé que un sol jubiloso circula por tu sangre e ilumina todo tu ser." Jubiloso, ¿entiendes? Alegre, alegre... ¡Alegre! (*Exaltada*). ¡Porque soy alegre, viva, colmada de esplendor! ¡Refleja, espejo, toda la alegría que como una ola se levanta y cae rotunda, cada instante sobre mi pecho! ¡Dila! ¡Proclámala! ¿Por qué la ocultas? ¡Cántala como yo! ¡Que los labios del ser que te habita cada vez que te miro canten conmigo la alegría maniatada, la alegría detenida, la alegría pura y solitaria que guardo! (*Agotada, se detiene, pues está en un torbellino, y cubre con su mano trémula el espejo*). Calla ahora. (*Pausa*). Calla. (*Reposadamente*). Tú no haces milagros. Eres fiel como un perro ciego, como un animal inconsciente que no abandona la sombra de su amo. Si río, ríes; si enmudezco, enmudeces; si lloro, lloras; si canto, cantas... Estás unido a mí, y no haces milagros, lo sé... (*Sin prisa, levanta el espejo*). Yo, yo, yo... Fea, sola, fea, sola, fea, sola... ¿Ves? (*Sarcástica*). Repites lo que digo. ¿Ves? ¡Mi esclavo. (*Victoriosa*). Eres mi esclavo. ¡Sí, mi esclavo, mi perro ciego, mi animal inconsciente! ¿Ves que no puedes resistirte a mí? (*Pausa*). ¿Qué? (*Objetiva*). Su cabello es dorado, sus ojos son azules, su nariz es delicada, sus labios son expresivos, y sin embargo, todo ello junto, todo ello puesto en su lugar, distribuido por la mano misteriosa que dispone este orden, no es algo bello... Es verdaderamente triste ser así. La infortunada no es deforme, no. Es

simplemente fea. Fea... La palabra lo dice, algo que está agazapado detrás de cada uno de los rasgos y que salta de pronto, en silencio, como una sierpe breve y ligera. Fea, sí. Simplemente fea... *(Pausa)*. Eso debió pensar él esta noche: simplemente fea... En sus pupilas había compasión, un sentimiento denso y chorreante que terminó por hacerme llorar. Lágrimas en el instante en que yo aguardaba el calor de su cuerpo, el abrazo y las palabras de ternura... *(Sollozando débilmente)*. Lágrimas como ahora, lágrimas... Miedo, lágrimas, odio, soledad... *(Pausa. Lleva, mientras llora, el espejo al pecho. Permanece así un minuto. Luego, se sobrepone)*. ¿Fea? Sí, fea... *(Alza el espejo. Fría)*. Bien. No sirves. Si no haces milagros, no sirves. No te necesito. Vas a desaparecer. Morirás, y quedará yo... *(Levanta en alto el espejo. Su actitud es ahora cruel y demencial, al mismo tiempo)*. Como los ajusticiados, como los que van a ser muertos por la ley implacable de la verdad, pide clemencia. ¡Pide clemencia! ¿No? ¿Estas mudo? *(Con violencia, arroja el espejo al suelo)*. ¡Muere, entonces! *(Queda contemplando los restos del espejo hecho añicos. Despacho comienza a retirarse, horrorizada, como si de los despojos se levantara una bandada de fantasmas. Huyendo de ellos, cercada, indefensa, grita)*. ¿Quiénes sois? ¿De dónde salís? ¿Qué queréis de mí? ¡No! ¡No! ¡No!

TELON

## EN EL CIELO NO HAY PETROLEO

*Juego optimista en un acto \**

### Personajes :

EL ABUELO  
PEPA  
TITA  
LUZ  
LUCHO  
MANUEL  
EUFEMIA  
ZOILA  
GRINGOS I, II Y III  
UN HOMBRE

*A Manuel Checa Solari, con cuya compli-  
cidad fue urdido el asunto de esta pieza.*

*La acción transcurre en alguna provincia petrolífera del país, en estos tiempos, y excepto los nombres y apellidos de las personas, toda otra coincidencia con lugares y hechos reales es premeditada.*

*Traspatio de una vieja casona provinciana. A la derecha, alero bajo el cual hay un comedor de verano. A la izquierda, jardincillo con flores de vivos colores. En general, decoración anticuada.*

*Es de mañana. En medio del jardín, sentado en una mecedora vie-  
nesa, toma el sol el abuelo, un anciano paralítico que mira a la  
lejanía poseído por sus recuerdos. A los pocos instantes de levan-  
tarse el telón, entran en la escena dos muchachos que charlan ani-  
madamente. Se advierte que no toman en cuenta al anciano.*

---

\* Estrenada por la Escuela Dramática del Club de Teatro de Lima en noviembre de 1954, bajo la dirección de David Stivel.

PEPA.— (*Tras de reír*). Sí, hija, me apretó y quiso besarme, pero yo...

TITA.— (*Interesada*). ¿Qué hiciste?

PEPA.— No iba a dejar que hiciera conmigo lo que le daba su gana ¿no te parece?

TITA.— ¡Claro! ¿Y qué hiciste?

PEPA.— (*Mimando*). Le dije de sopetón: "Oye, ¿qué te pasa?"

TITA.— ¿Y...?

PEPA.— El muy sinvergüenza, impávido, encendió un cigarillo. Nada más.

TITA.— ¡Es un fresco! A Dorita la engañó miserablemente.

PEPA.— ¡Ah no, hijita! Lo de Dorita fue otra cosa. Esa tiene su historia.

TITA.— La pobre ha tenido mala suerte...

PEPA.— Lo que es a mí, me cae antipática...

TITA.— Pobre... Es miope...

PEPA.— ¿Y por eso se da aires de vampiresa? Mueve los ojos de un modito...

TITA.— No ve a un metro de distancia...

PEPA.— ¿Sí? ¿Y eso justifica que en los paseos se bese con todos los muchachos?

TITA.— (*Indulgente*). Aprovechan que no distingue bien a la gente.

PEPA.— (*Cruel*). ¿Y cuando se emborracha? ¿Qué me dices de cuando se emborracha?

TITA.— (*Alarmada*). ¡Calla! (*Señalando al abuelo*). Nos está oyendo.

PEPA.— (*Tranquila*). ¿Mi abuelo? No te preocupes. Es sordito...

TITA.— (*Después de contemplarlo*). ¿También es mudo?

PEPA.— Habla, pero no se le entiende ni una palabra.

TITA.— ¿Y cómo saben lo que quiere?

PEPA.— (*Con indiferencia*). Mi papá dice que lo entiende, pero no creo que sea verdad.

TITA.— (*Sin dejar de observar al anciano*). ¿Y se está ahí, solo, todo el día?

PEPA.— Hasta que comienza a oscurecer. ¡Tiene como cien años! (*Pausa*). Bueno, como te decía, lo dejé de una sola pieza...

TITA.— ¡Pobre angelito!

PEPA.— ¿Lo compadeces? Es capaz de las peores cosas.

TITA.— (*Sorprendida*). ¿Tu abuelito?

PEPA.— ¡No seas idiota! Hablo de Pepe, que me quiso besar...

TITA.— ¡Ah! Yo decía "pobre angelito" por tu abuelo. Sordo, mudo, sin moverse...

PEPA.— No te preocupes. En su juventud se dió muy buena vida. Se gastó toda una herencia en París.

TITA.— ¿Y no crees que sufre?

PEPA.— (*Como si por primera vez se hubiera planteado la interrogación*). No sé... La verdad es que sólo muy rara vez se ríe...

TITA.— ¿Y cómo se llama su enfermedad?

PEPA.— Tampoco lo sé. La contrajo en Europa. Eso dice mi mamá.

TITA.— Quizá le duele algo...

PEPA.— Hay días en que le entra como una tembladera.

TITA.— ¿No se queja?

PEPA.— ¡Yo sé qué! A veces chilla, pero creo que son rabieta.

TITA.— (*Con seriedad*). Debe ser terrible llegar a la vejez en ése estado.

PEPA.— Mi mamá dice que paga sus culpas. ¡Claro! ¡Casi arruina a la familia! Si no vendió la hacienda fue porque mi papá, que ya era grande, se opuso a semejante barbaridad.

TITA.— (*Volviendo a mirar con curiosidad al viejo*). No me imagino cómo pudo ser de joven.

PEPA.— (*Casi con jactancia*). Bien buenmozo. ¿No has visto el retrato que hay en la sala?

TITA.— ¿Ese con marco de plata?

PEPA.— Sí, el que está a la derecha del Corazón de Jesús.

TITA.— (*Con asombro*). ¿Es él?

PEPA.— A los treinta años, cuando volvió de su primer viaje a París.

TITA.— (*En el mismo tono*). ¡Increíble!

PEPA.— Fue su mejor época. ¡Era un Don Juan!

TITA.— (*Vuelve a mirar al viejo*). ¡Cómo se ha arrugado!

PEPA.— (*En tono casi confidencial*). Mi papá tiene una colección de fotografías que le muestra cuando se pone a chillar. Las trajo de Francia.

TITA.— ¿Fotografías? ¿De qué?

PEPA.— De mujeres desnudas... (*Bajo*). De francesas desnudas...

TITA.— ¿Y lo calman?

PEPA.— Las mira y parece que es feliz.

TITA.— (*Muy interesada*) ¿Y cómo son?

PEPA.— (*Natural*). Tamaño postal.

TITA.— ¡No, hija! ¿Cómo son las francesas desnudas?

PEPA.— (*Despectiva*). Iguales a nosotras.

TITA.— Entonces, ¿qué les encuentran los hombres?

PEPA.— Son corrompidas, eso es todo.



TITA.— No entiendo... Mi tío Julio cuando quiere elogiar a una mujer dice que es muy francesa.

PEPA.— Eso me parece un insulto, no un elogio.

TITA.— (*Con coquetería*). Me gustaría que alguien dijera de mí que soy muy francesa.

PEPA.— ¡No seas huachafa!

TITA.— (*Melancólicamente*). Si tu abuelito conoció a muchas francesas, ahora debe sufrir mucho.

PEPA.— Mi papá nos dice siempre que debemos respetarlo porque es el tronco de la familia. Una vez al año nos reunimos todos, sus hijos y sus nietos. Entonces está contento porque mueve los brazos y chilla. Mis primos le hacen mucho cariño, pero no quieren vivir con él.

TITA.— ¿Tú nunca le haces cariño?

PEPA.— A mí me detesta. Cuando me acerco a él hace muecas de asco. ¿Quieres ver?

TITA.— ¡No, mejor no!

PEPA.— (*Yendo hacia el viejo, al que habla en voz alta*). ¿Cómo estás, abuelito? (*El viejo despierta con un gruñido. Luego, al ver a su nieta, comienza a hacer ademanes y gestos extraños*). ¿Ves? Le da rabia que yo le hable. Mi mamá dice que es por que me parezco a ella.

TITA.— ¿Tampoco la quiere?

PEPA.— Nadita. ¿Sabes por qué? Porque se escapó con mi papá y se casaron contra su voluntad.

TITA.— ¿Tu papá y tu mamá? ¡Quién lo creyera! ¿Y por qué tu abuelo no quería que se casaran?

PEPA.— Porque mi abuela, por parte de mi mamá, había sido su novia, y ella lo plantó para casarse con mi otro abuelo, que era enemigo del papá de mi abuelo... ¿Entiendes?

TITA.— No entiendo ni jota...

LUZ.— (*Que entra en ese instante*). No me llama la atención que no entiendas. Si leyeras, si te instruyeras, todo te sería más fácil.

TITA.— ¡Llegó la sabihonda, la doctora!

PEPA.— No se trata de ningún problema de filosofía. Le explicaba a Tita por qué mi abuelo no quiere a mi mamá.

LUZ.— (*Cariñosa*). Ya era tiempo de que alguien se ocupara del viejito. Es un ejemplar espléndido de decrepitud senil, y a mí me es simpático. (*Dirigiéndose al anciano, muy cerca de él*). Comment ça va. (*El viejo da muestras de alegría*).

TITA.— (*Muy sorprendida*). Míralo... Está contento.

LUZ.— (*Al abuelo*). Ca va?

PEPA.— La quiere desde que la oyó hablar en francés...

TITA.— ¿Qué le dice?

PEPA.— Según ella, que este país es una porquería.

TITA.— ¿Y eso lo pone así? ¡Qué raro!

LUZ.— Il n'y a rien de plus beau que Paris... N'est-ce pas? Paris... ses femmes... son vin... son amour... (*El viejo muestra creciente entusiasmo*).

PEPA.— Yo creo que le habla mal de la familia. Por eso el viejo se alegra.

LUZ.— Aimeriez-vous retourner à Paris? Avoir de nouveau vingt ans? (*El mismo juego del abuelo*).

TITA.— No deberías permitirselo. Sabe Dios qué cochinadas le dice ésta, que lee tantos libros sobre complejos y otras cosas asquerosas.

PEPA.— Mi papá dice que si lo pone contento está bien...

LUZ.— Au revoir, monsieur... Au revoir... (*A sus amigos*). Es una buena persona. Y en sus tiempos debe haber sido una bala perdida. Todo esto de la parálisis debe tener su origen psicológico, alguna represión... Freud lo explica bien.

TITA.— Esas son tonterías. Es viejo, y nada más.

LUZ. — ¡Qué sencillo es todo para tí! Si leyeras a Freud se te pararían los pelos de punta. Tú que sueñas con serpientes y paraguas.

TITA.— ¿Y qué tiene eso de malo?

LUZ.— Son símbolos, hijita. Símbolos de algo muy feo...

PEPA.— ¿Cómo símbolos?

TITA.— Habla claro. ¿Símbolos de qué?

LUZ.— (*Le habla a Pepa al oído*).

PEPA.— ¡Qué horror! (*Contiene la risa*).

TITA.— (*A Pepa*). ¿Qué te dijo? ¿Qué te dijo?

PEPA.— (*Habla al oído de Tita*).

TITA.— ¿Eso dice ese "Floi" de las serpientes y los paraguas? ¡Qué degenerado! (*Ríe*).

PEPA.— (*Cuando ha logrado aplacar las carcajadas*). A propósito, ¿vieron a los gringos petroleros que llegaron esta mañana? Hay uno que es igualito a Robert Taylor, sólo que éste es rubio.

TITA.— Todavía no fui al hotel. Lila me dijo que eran altos y guapos.

PEPA.— Se van a quedar mucho tiempo acá, ¿saben?

TITA.— ¡Qué ganas tengo de conocerlos!

LUZ.— ¿Son los que van a hacer las perforaciones en el desierto?

TITA.— Sí. Han traído de todo, hasta casas, porque van a pasar toda la semana en la pampa y sólo van a venir a la ciudad los sábados por la tarde para pasar aquí el domingo.

LUZ.— Menos mal. Con no salir a la calle ese día, está todo arreglado.

PEPA.— ¿A tí no te gustan los gringos?

LUZ.— Ni pizca. El único gringo que creo podría soportar es Hemingway.

TITA.— ¿Cuál es ese? ¿El ingeniero?

LUZ.— No seas ignorante. Es un gran novelista.

PEPA.— (A Tita). No le hagas caso a ésta. Algún aburrido.

TITA.— ¿Sabes qué se me ocurre?

LUZ.— No será nada original.

PEPA.— Di qué...

TITA.— Invitarlos a la fiesta del sábado.

LUZ.— Comenzó la cacería, ¿no es cierto?

PEPA.— (A Luz). Ya quisieras un gringo como marido.

LUZ.— Debe ser como casarse con un "frigidaire".

TITA.— Como maridos, son los mejores del mundo. ¿No has visto en las películas que se ponen su delantal y cocinan? ¿Cuándo uno de acá va a hacer eso?

PEPA.— Además, son trabajadores...

LUZ.— Pero se emborrachan...

TITA.— En su casa, con su mujer... No en la cantina.

LUZ.— Y delante de los hijos. Muy buen ejemplo... Prefiero la cantina.

PEPA.— Son rubios... Hay que mejorar la raza...

LUZ.— Son frígidos. Lo ha demostrado Kinsey.

TITA.— Es cosa nuestra. (A Pepa). ¿Los invitamos?

PEPA.— Sí, pero quién les habla. Yo no me atrevo.

LUZ.— La invitación les va a causar una impresión desastrosa a los muchachos.

TITA.— ¡Pura envidia!

PEPA.— ¡Que se vayan al diablo los muchachos!

LUCHO.— (Entrando de improviso). ¿A qué se debe que nos mandes al diablo, hermanita?

TITA.— ¿Te opones a que invitemos a los gringos que acaban de llegar a la fiesta del sábado?

LUCHO.— (*Con ademán decidido*). ¡Terminantemente!

LUZ.— ¡Bravo! ¡Por lo menos hay un anti-imperialista!

PEPA.— ¿Y se puede saber por qué te opones?

LUCHO.— Si va un solo gringo, uno solo, conmigo no cuenten. Y, por supuesto, no cuenten tampoco con Chalo, Pipo, Oscar y Pepe.

PEPA.— ¡Celos! ¡Envidia!

LUCHO.— Y ustedes, ¡coquetería!

LUZ.— O snobismo, que es igual...

TITA.— (*A Pepa*). Mejor lo dejamos para otra oportunidad. Estos son capaces de ofenderse.

PEPA.— ¡Pero nosotras no nos opusimos a que ellos invitaran a las italianas que vinieron a visitar a las Gutiérrez!

LUCHO.— Ese caso era distinto. Además de simpáticas y decentes, eran huéspedes de una familia conocida.

PEPA.— ¿Y los gringos qué son?

LUCHO.— ¡Gringos!

TITA.— ¿Y eso qué tiene de malo?

LUZ.— ¡Mascan "chicle"!

LUCHO.— ¡Usan "slacks" con palmeras y girasoles!

LUZ.— ¡Juegan "base-ball"!

LUCHO.— ¡Y han inventado los "waffles"!

PEPA.— Son mejores que tú y todos nosotros.

LUZ.— ¡Eso se llama complejo de inferioridad!

TITA.— ¡Ya salió la palabra complejo! (*Mirando el reloj*). Son las doce. Me tengo que ir.

LUZ.— ¿Las doce? Si no me apuro pierdo la transmisión de “El Evangelio según San Mateo”.

TITA.— ¿Radioteatro a esta hora?

LUZ.— ¡Es una obra de Bach, burra!

TITA.— ¿Bach? Me suena, me suena...

LUZ.— (*Desesperada*). ¿Cómo no te va a sonar si es un músico?

PEPA.— Las acompaño. (*Salen las tres chicas*).

LUCHO.— Chau, preciosas.

(*Lucho se sienta a la mesa y se pone a leer un diario. Está atento a él hasta que el viejo comienza a proferir sonidos ininteligibles y hacer morisquetas. El muchacho se pone en pie y va hasta el abuelo.*)

LUCHO.— ¿Qué quieres? (*El viejo repite el juego*). ¿Quieres que te cambie de postura? (*Lo mueve. El anciano sigue inquieto*). ¿Tienes hambre? ¿El almuerzo? (*El abuelo se exalta cada vez más*). No te entiendo. Voy a llamar a mi papá. ¡Qué viejo tan fregado!

(*El viejo, solo en la escena, se va poniendo cada vez más frenético. A los pocos instantes vuelve Lucho acompañado de su padre, don Manuel.*)

MANUEL.— ¿Que le puede suceder?

LUCHO.— De repente se puso a gritar.

MANUEL.— Veré qué es lo que quiere... (*Se acerca al viejo*). ¿Deseas algo especial, papá? (*El viejo prosigue con sus gruñidos y muecas*). No te comprendo.

LUCHO.— Muéstrale las postales.

MANUEL.— (*Preocupado*). No parece querer eso... Además, nunca las pide tan temprano. (*Al viejo*). ¿París? ¿Lulú? ¿Ivonne? ¿Margot? (*El otro no se calma*). No, decididamente no es eso lo que quiere.

LUCHO.— Quizá desea hacer algo...



MANUEL.— Oh, apenas son las doce. El no se ocupa sino a las ocho de la mañana y a las ocho de la noche. (*Voluntarioso*). Trataré de que se explique claro. (*Al viejo*). ¿Qué quieres, papá? (*El abuelo chillá*). ¿Mojado? ¿Que és lo que está mojado? ¿Agua sucia? ¿Dónde hay agua sucia? (*A su hijo*). Es muy confuso lo que dice.

PEPA.— (*Que retorna*). ¿Qué sucede?

LUCHO.— “El tronco” ha comenzado a hacer escándalo sin razón.

MANUEL.— (*A Lucho*). ¡Luis! ¡Ya te he dicho mil veces que al abuelito no se le dice “El tronco”! ¡Es una falta de respeto, caramba!

LUCHO.— (*En tono de excusa*). ¡Tú siempre dices que es el tronco de la familia!

MANUEL.— ¡Es el tronco, sí, pero no se llama “El tronco”! (*El viejo chillá con más fuerza*) ¡Cálmate! ¿Qué? ¿Que sale agua sucia? (*El anciano, con menos aspavientos, se expresa calmada y confusamente*). Sí... Ya... En tus zapatos... ¿Qué hay en tus zapatos? ¿Te duelen?

LUCHO.— (*Que ha mirado a los pies de su abuelo*) ¡Papá, mira! (*Señala el suelo*).

PEPA.— ¿Qué es eso?

MANUEL.— ¿Qué?

PEPA.— Hay algo líquido a los pies del abuelo.

MANUEL.— (*Desesperado*). ¡Sólo faltaba esto! ¡Qué horror!

PEPA.— Debíéramos dejarlo en su cuarto, ya lo he dicho.

MANUEL.— Pero nunca antes había ocurrido algo semejante.

LUCHO.— (*Que ha estado mirando atentamente el suelo*). Esperen... Parece aceite.

MANUEL.— ¡Qué aceite ni qué ocho cuartos!

PEPA.— ¡Es la edad!

LUCHO.— (*Con mayor entusiasmo*). Verdad, parece aceite.

MANUEL.— ¡No seas puerco, Lucho! ¡Deja eso! Hay que decirle a Eufemia que venga a limpiar. (*Llama adentro*). ¡Eufemia!

PEPA.— Voy por ella. ¡Qué asco! (*Sale*).

MANUEL.— (*A su hijo que continuá observando el piso*). ¡Vaya, qué curiosidad la tuya!

LUCHO.— (*Atento a su investigación*). Qué raro, papá. No huele mal.

PEPA.— (*Que viene con Eufemia, la sirvienta*). Barra ahí.

EUFEMIA.— (*Con asombro*). ¿Y el caballero ha sido el que ha hecho eso?

MANUEL.— (*Con acritud*). ¿Qué tiene de malo? ¿Acaso usted también no lo hace?

EUFEMIA.— ¡Si, pero no en el patio!

PEPA.— No demore. Barra...

LUCHO.— (*A Eufemia, que se propone barrer*). ¡No! Deje que mire bien.

MANUEL.— ¡Barra!

EUFEMIA.— ¿No le da vergüenza, niño, mirar así eso?

LUCHO.— Espere un momento. (*Observa la mancha y hasta la toca*).

PEPA.— ¡Barra, Eufemia!

EUFEMIA.— ¡El niño no me deja! (*A Lucho*). No me demore que tengo el asado en el fuego.

MANUEL.— ¡Retírate de ahí, Lucho, que me vas a irritar de veras! (*A la sirvienta*). ¡Barra ya!

PEPA.— ¡Ni que fuera oro!

LUCHO.— (*Con expresión triunfal*). ¡Papá!

EUFEMIA.— ¿Me va a dejar o no me va a dejar barrer esa porquería? (*Hace el ademán de barrer*).

LUCHO.— ¡Alto! ¡No barra! (*En pie. A su padre*). ¡Es oro!

MANUEL.— ¡Barra!

LUCHO.— ¡Es oro!

PEPA.— ¿Oro? ¿Estás idiota?

LUCHO.— (*A la sirvienta*). ¡No barra! (*A los otros*) ¡Es oro! ¡Es oro!

EUFEMIA.— ¿Barro o no barro? Tengo el asado en el fuego...

MANUEL.— (*Con el objeto de calmar a su hijo que sigue diciendo: "Es oro, es oro..."*) ¿Pero por qué es oro?

ZOILA.— (*Ingresando intempestivamente*). ¿Qué lío hay aquí?

LUCHO.— ¡Mamá, a los pies del abuelo hay oro!

EUFEMIA.— (*Con un grito*). ¡Ay! ¡Se me quema el asado! (*Sale corriendo*).

ZOILA.— ¿El asado? ¿Y cómo descuidó el asado esta tonta?

MANUEL.— ¡Esto es un manicomio! (*A Lucho*). Expílicate... ¿Por qué dices que eso es oro?

ZOILA.— ¿Qué almorzaremos hoy si se ha quemado el asado?

PEPA.— No le hagas caso, papá; son consecuencias de la borrachera de anoche.

LUCHO.— No estoy loco. Digo que es oro y es oro...

MANUEL.— ¡Lucho, tú bebes demasiado!

ZOILA.— ¿Te sientes mal, hijito?

LUCHO.— (*Acezante*). Escuchen... Escucha, papá... Tú también, mamá... Tú, Pepa, oye bien... Esa mancha oscura que hay a los pies del abuelo es petróleo... Y sale del suelo, del suelo del jardín, del suelo de nuestro jardín. ¿Entienden ahora por qué digo que eso es oro?

PEPA.— (*Se acerca a los pies del viejo y mira detenidamente la mancha*). Efectivamente, parece petróleo. (*El viejo comienza a chillar*). ¡Ya me voy! ¡No te irrites! (*Se retira. El viejo se calma*).

MANUEL.— ¿Quién habrá derramado petróleo en ese sitio?

LUCHO.— No, papá. Brota del suelo... De nuestro suelo...

PEPA.— ¿Sin haber hecho ninguna perforación? ¡Estás loco!

LUCHO.— Eso es lo maravilloso, lo prodigioso... Brota de nuestro suelo.

MANUEL.— No me lo explico.

ZOILA.— ¡Todo se va a poner aquí asqueroso!

LUCHO.— ¡Es un pozo de petróleo! ¡La fortuna que nos cae del cielo!

MANUEL.— ¿Estás seguro? (*Se inclina hacia la mancha*).

LUCHO.— ¡Tócalo, papá! ¡Huélelo! ¡Bébelo si no te convence!

ZOILA.— ¡No se te vaya ocurrir beberlo, Manuel! ¡El petróleo es venenoso!

MANUEL.— (*Oliéndose los dedos que ha humedecido en el líquido*). ¡Es petróleo! ¡Es petróleo! ¡Es petróleo! ¡Sí! ¡Es petróleo!

PEPA.— ¡Formidable! (*Abrazándose a su madre*). ¡Somos millonarios! ¡La envidia que les va a dar a todas mis amigas!

MANUEL.— ¡Y a la ciudad entera!

LUCHO.— ¡A París! ¡A París! ¡Salir al fin de este insoportable país!

MANUEL.— Este terreno vale ahora un dineral.

ZOILA.— ¡Pero el jardín se va a poner inmundo! ¿No habrá modo de tapar ese hueco?

PEPA.— ¿Tapar? ¿Estás loca, mamacita?

LUCHO.— Que salga un chorro enorme de petróleo y que todo se ponga negro, ¿qué importa? ¡Somos millonarios!

MANUEL.— (*Tratando de calmar los ánimos*). Hay que proceder con tino. Pensemos, pensemos un poco en lo que conviene hacer.

PEPA.— Hay que avisar al diario para que salga en notas sociales que ya somos ricos.

LUCHO.— Primero hay que denunciar la mina.

MANUEL.— ¿Y si por casualidad no es petróleo? Haremos el ridículo...

ZOILA.— ¡Nada de ridículo, por caridad! Pobres, pero con dignidad...

MANUEL.— Déjenme pensar... (*Pausa*). ¿Quién podría decir con certeza si eso es o no petróleo?

PEPA.— ¿Y los gringos que llegaron anteayer? Son expertos...

MANUEL.— Es cierto... Son expertos en estas cosas. ¿Cómo podríamos traerlos acá?

PEPA.— ¡Voy por ellos!

LUCHO.— ¡Qué servicial estás!

MANUEL.— Sí... Anda, hijita...

ZOILA.— (*Rápida*). ¿Sola? ¿Cómo va a ir sola una niña en busca de unos desconocidos y, además, extranjeros?

MANUEL.— Tienes razón... Estoy trastornado... (*A Pepa*). Espera, hija, que reflexione.

ZOILA.— Que Lucho la acompañe.

LUCHO.— Denunciemos primero la mina.

MANUEL.— ¿Pero cómo sabes si es una mina?

ZOILA.— Esperaremos la opinión de los gringos.

MANUEL.— Vayan, hijos, por ellos. Es lo mejor.

PEPA.— ¡Vamos!

LUCHO.— (*Antes del mutis*). Debieran hacerme caso. (*Salen. Fuera ya*). Lo que más conviene es denunciar el pozo...

ZOILA.— Hay que quitar a tu papá de ahí.

MANUEL.— Es cierto. (*Vacila*). Nos va a dar trabajo. Hace diez años que se pasa la vida en ese sitio y parece que es el único que le agrada.

ZOILA.— Pero si lo que sale por ahí es petróleo va a tenerse que mudar muy pronto. Mejor es irlo acostumbrado a otro rincón.

MANUEL.— Vamos a probar. (*Se acerca al viejo*).

ZOILA.— ¿Se habrá dado cuenta de que ese líquido es petróleo?

MANUEL.— (*Al anciano*). ¿Y, papá? ¿No te aburre estar sentado aquí? (*El viejo contesta con un gruñido que parece querer decir que no*). ¿No te gustaría ver un paisaje más hermoso? ¿Una playa, por ejemplo? (*El viejo responde más ruidosamente*).

ZOILA.— Dile que si le gustaría una playa llena de francesas en ropas menores.

MANUEL.— ¿Una playa con francesas? ¿Con francesas rubias, jóvenes, fáciles? (*El viejo parece alegrarse*) ¿Te acuerdas de Lulú? (*Creciente alegría del viejo*) ¿Qué te parece si te trasladamos a un lugar donde puedas contemplar a una mujer parecida a ella? Vamos ahora mismo... (*Intenta arrastrar la mecedora, pero el abuelo se opone con gestos y gritos descompuestos*). ¿Qué te pasa? (*Más chillidos. A su esposa*). No quiere. Esto va a ser un problema.

ZOILA.— No le permitas caprichos.

MANUEL.— ¿Y qué quieres que haga?

ZOILA.— Arrástralo sin consultarle, a la fuerza.

MANUEL.— (*Solemne*). ¡Es el tronco de la familia!

ZOILA.— ¿Y eso nos va impedir que seamos millonarios?

MANUEL.— La casa es de él, querida.

ZOILA.— ¿De él? ¿Cómo es eso?

MANUEL.— A cada uno de sus hijos le toca una parte de la herencia. El está vivo y nadie conoce su última voluntad.

ZOILA.— ¿Quiere decir que es posible que el petróleo sea para otros?



MANUEL.— Somos seis hermanos, bien lo sabes.

ZOILA.— (*Salida de sí*). ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera! ¡Esta casa es nuestra! ¡Por algo hemos soportado a este desgraciado durante tantos años! (*El viejo aplaude*).

MANUEL.— Era mi deber cuidarlo...

ZOILA.— (*Iracunda*). ¡Míralo! ¡Se burla de nosotros! (*Pausa*). ¿Por qué cuidarlo era tu deber y no el de tu hermana Graciela, que es beata, o el del ocioso de tu hermano Samuel?

MANUEL.— Yo elegí esta tarea. Nuestra familia lleva casi doscientos años establecida aquí.

ZOILA.— Los muy vivos de tus hermanos no vinieron a vivir a esta ruina porque no son románticos como tú. Y como nosotros sí aceptamos pudrirnos en semejante pocilga de doscientos años, nadie va a dudar de que es nuestra. ¡Nuestra! (*El viejo sigue aplaudiendo*).

MANUEL.— ¡No grites! La ley es la ley y no hace esas consideraciones.

ZOILA.— ¡La ley! ¡Con la bendita ley, tus hermanos te van a despojar de tu petróleo y los millones que representa!

MANUEL.— Es inútil discutir ahora ese punto. Hay que sacar a mi papá de aquí, eso es todo.

ZOILA.— ¡Arrástralo!

MANUEL.— No, mejor es convencerlo. Déjame... (*Al viejo*). ¿No te aburres? ¿Te gustaría volver a París? (*El viejo se muestra contento. A Zoila*). ¿Ves? Este es el punto de partida. (*Al viejo*). Tengo en mi cuarto un álbum con fotos de las Follies Bergere... ¿Vamos a verlo? (*El viejo emite sonidos y se agesta*). ¿Que te lo traiga aquí? No, papá. Mejor es verlo adentro. (*El viejo grita y agita los brazos*). ¡Papá, no seas empecinado! ¡Tengo que llevarte adentro! (*El viejo grita más*). Es inútil, inútil...

LUCHO.— (*Que entra agitado*). Vienen tres... No hablan castellano... Tuvimos que recurrir a Luz para que nos sirviera de traductora...

ZOILA.— ¿Dónde están?

LUCHO.— Ya vienen... Uno, el más alto, le propuso matrimonio a Pepa...

MANUEL.— ¿Matrimonio y apenas la conoce?

LUCHO.— Eso tradujo Luz. Yo no entiendo nada de inglés.

ZOILA.— ¿Matrimonio con un gringo? ¡Estamos en nuestro día, Manuel!

(*Se oyen risas que se acercan.*)

MANUEL.— ¡Son ellos! (*A su hijo*). El abuelo no quiere salir de ahí.

LUCHO.— ¡Hay que sacarlo!

ZOILA.— ¿Y cómo?

LUCHO.— En peso, con mecedora y todo. Vamos.

ZOILA.— ¡Déjate de simplezas, Manuel!

LUCHO.— Vamos, papá.

(*Risas más cerca.*)

ZOILA.— Ya están aquí. ¡Cárguenlo!

MANUEL.— Pero...

LUCHO.— Vamos, papá. (*Va hasta el viejo*). Yo agarro la mecedora de acá y tú del otro extremo. (*Manuel obedece*). ¿Listo?

MANUEL.— ¡Listo!

LUCHO.— ¡Arriba!

(*Levantán en vilo al viejo en su mecedora. Este comienza a dar gritos de entusiasmo. En ese instante, entran Pepa y Luz acompañadas por tres norteamericanos que usan sombreros tejanos, camisas de colores chillones y pantalones cortos.*)

PEPA.— ¿Y esto?

GRINGO I.— What is this?

LUZ.— ¡Cuidado que se les cae!

GRINGO II.— Is it native custom?

GRINGO III.— Is it a indian ritual?

PEPA.— (A Luz). Explicales que es mi abuelo.

ZOILA.— (A Manuel y Lucho). ¿Se han quedado petrificados? ¡Pónganlo en el suelo!

MANUEL.— Sí... Vamos a bajarlo.  
(Ponen el abuelo en tierra. El viejo protesta.)

LUZ.— (A los norteamericanos). It is dear grandfather that cannot wolk...

GRINGO II.— Oh, yes...

GRINGO I.— And what about petrol?

LUZ.— Pregunta dónde está el petróleo.

ZOILA y PEPA.— (Señalando la mancha). ¡Ahí!

MANUEL y LUCHO.— (El mismo juego). ¡Ahí!  
(Los tres norteamericanos se arrodillan y se disponen en torno a la mancha como los jugadores de rugby. Los demás permanecen a la expectativa.)

PEPA.— (A su madre). El alto me dijo que si quería casarme con él.

ZOILA.— ¿Y qué respondiste?

PEPA.— Le hice decir con Luz que primero teníamos que ser enamorados.

ZOILA.— ¡Una tontería, hija! Los gringos no acostumbran a eso. Proponen y se casan.

PEPA.— ¡Me da vergüenza!

ZOILA.— Le hubieras dicho "yes". Eso bastaba.

PEPA.— Debe ser protestante...

ZOILA.— Oh, qué importa. Lo bautizamos, y ya está...

MANUEL.— (A Luz). Procure oír lo que dicen.

LUZ.— Eso estoy tratando de hacer pero hablan muy despacio.

LUCHO.— ¿Qué hacen?

MANUEL.— Parece que están observando el líquido.

LUZ.— (*Aguzando el oído*). Discuten.

LUCHO.— ¡Entonces el petróleo!

LUZ.— Sí, parece que dicen que es petróleo.

MANUEL.— ¡Magnífico!

ZOILA.— ¡Qué felicidad!

PEPA.— ¡Qué maravilla!

LUZ.— Hablan de geología, de estratos, de cosas técnicas.

MANUEL.— No seas ingenuo. Eso viene después.

LUCHO.— ¡Hay que denunciar la mina, papá!

ZOILA.— No seas precipitado. Haremos lo que ellos nos aconsejen.

LUCHO.— ¡Ni lo pienses! ¡Estos gringos son unos pillos!

PEPA.— ¿Pillos? ¡Qué ocurrencia! Son unos verdaderos caballeros.

MANUEL.— No peleen, por favor. (*A Luz*). ¿No puede traducirme algo más de lo que dicen?

LUZ.— Procuraré.

MANUEL.— ¡Bueno, silencio!

ZOILA.— Sí, a callar...

(*Todos enmudecen. Se oye el rumor de la conversación de los americanos, de la cual sólo se comprenden palabras como "petrol", "production", "perforation", "company", "taxes", "law", etc. Cuando más atentos están a esa discusión, el abuelo rompe a gritar.*)

GRINGO II.— What is the matter with that old man?

MANUEL.— ¡Calla, papá!

LUCHO.— Diles, Luz, que es enfermo.

LUZ.— ¡Ya lo saben! (*A los norteamericanos*). I told you already... He is not well... He is a paralytic...

LOS GRINGOS.— So! So! Is a paraltic! So! So!

PEPA.— (A Manuel y Lucho). ¡Llévenselo adentro! ¡Nos desprestigia!

LUCHO.— Sí, papá... Levantémoslo...

MANUEL.— ¡Vamos!

(Como antes, ambos levantan al viejo en la mecedora. Este celebra con chillidos y palmas ser conducido en peso.)

PEPA.— (A Luz). Pregúntales si es petróleo o no.

ZOILA.— Es lo que queremos saber de ellos.

LUZ.— (A los yanquis). Well them, is it petrol or not?

MANUEL.— (Antes de hacer mutis. A su hijo). Espera... Quiero oír qué contestan.

LUCHO.— ¡Cómo pesa!

GRINGO I.— (Luego de consultar a sus compañeros). Of course, and of a very high quality!

LUZ.— ¡Dice que es petróleo de alta calidad!

MANUEL.— ¡Vamos, Lucho!

LUCHO.— ¡Hurra! (Salen cargando al abuelo).

PEPA.— ¿Te das cuenta, Luz?

LUCHO.— (Que retorna). ¡Somos ricos, mamá! ¡Ricos!

ZOILA.— (A su esposo, que también vuelve). ¿Oiste, Manuel? ¡Es petróleo!

(Todos se abrazan. Los norteamericanos miran la escena familiar estupefactos, evidentemente sin comprender.)

MANUEL.— Luz, por favor, pregúntales cuánto valdrá el pozo, la mina.

LUCHO.— En dólares. Nada de soles.

ZOILA.— Cuánto pueden pagar por todo el petróleo que haya ahí...

LUZ.— (*A los yanquis*). And haw much will a well like this cost in dollars?

GRINGO III.— Perhaps one million...

GRINGO II.— Or two millions...

GRINGO I.— Or three millions...

LUZ.— ¡Una barbaridad! ¡Hasta tres millones! ¡Una locura!

ZOILA.— ¡Ay! ¡Ay! ¡Sosténganme! ¡Me voy a desmayar! (*Está a punto de caer*).

MANUEL.— ¡Ayuda a tu madre, Pepa!

PEPA.— (*Como sonámbula*). ¿Qué? ¿Tres millones? ¿Mi madre? ¿Gringos? ¿Matrimonio? ¿Portestante? (*Camina de un lado a otro desconcertada*).

MANUEL.— ¿Te has vuelto estúpida?

LUZ.— ¿Qué sientes, Pepita?

LUCHO.— Voy a denunciar la mina inmediatamente, papá... ¡Estos gringos son unos vivos!

ZOILA.— (*Que ha tenido que sentarse, vencida por la emoción. Recuperándose*). ¡Corre, hijo! ¡Corre! ¡No dejes que nos quiten nuestros tres millones de dólares!

MANUEL.— ¡Anda! ¡Es mejor tomar precauciones!

LUZ.— (*Echando aire a Pepa*). ¿Ya estás bien?

LUCHO.— (*A Luz*). ¿Me quieres acompañar?

MANUEL.— No, anda solo. Si se va Luz, ¿quién se entiende con los gringos?

LUCHO.— ¡Verdad! ¡Voy solo! ¿Por dónde se sale? ¡Good by! ¡Chau! (*Vacila*).

(*En el instante en que Lucho va a salir, entra Eufemia, la sirvienta*).

EUFEMIA.— Don Manuel, en la puerta hay un hombre que quiere hablar urgentemente con usted. Ahora mismo. Dice que es muy importante.



MANUEL.— ¿Quién es?

ZOILA.— Dígale que no estamos en la casa.

EUFEMIA.— Ha oído las voces y dice que no se irá si no habla antes con usted.

LUCHO.— ¿Cómo es?

PEPA.— ¿Un gringo?

EUFEMIA.— Gringo no es. Está vestido con "overall".

LUCHO.— ¿Quién sera?

EUFEMIA.— Insistió mucho.

LUCHO.— ¿No será un inspector de Contribuciones? Es probable que esas sanguijuelas ya se han enterado de que somos millonarios...

MANUEL.— ¿Y qué debo hacer?

LUZ.— Hágalo pasar, don Manuel. Mejor es salir de dudas...

ZOILA.— Sí, que pase. (*Enérgica*). ¡No nos sacará ni un centavo!

MANUEL.— (*A Eufemia*). ¡Que pase! (*Se va Eufemia*). Pepa, entretén a estos señores tan simpáticos con una copita de algo...

ZOILA.— Ofréceles "whisky"...

PEPA.— Ayúdame, Luz... (*A los gringos, que han permanecido en silencio, como espectadores de todas las anteriores escenas*). "Whisky"?

LOS GRINGOS.— (*A coro*). ¡Pisco!

PEPA.— ¿Hay pisco, mamá?

ZOILA.— ¡Manda comprar!

LUCHO.— En mi cuarto tengo una botella. Debajo de la cama... Junto a la "bacinica".

(*Pepa y Luz salen. Enseguida retornan con una botella de pisco y copitas, en las cuales sirven a los norteamericanos. Ingres a un hombre con aspecto de obrero.*)

HOMBRE.— (*Tímidamente*). Perdón... El señor Manuel Azcárate...

ZOILA.— ¡Manuel de Azcárate! (*Subraya el "de"*).

HOMBRE.— Sí... De Azcárate...

MANUEL.— Soy yo... ¿Qué desea?

HOMBRE.— Usted perdonará la molestia... No sabía que estuvieran de fiesta...

ZOILA.— ¿Fiesta? ¡Aquí no hay ninguna fiesta!

HOMBRE.— Disculpe... Me pareció... Tanta gente...

LUCHO.— Y bueno, ¿qué desea?

MANUEL.— Le ruego que sea breve. Estamos ocupados...

HOMBRE.— Vea, señor... Soy el nuevo encargado del grifo de la esquina...

MANUEL.— ¿Y?

ZOILA.— ¡Bastante ruido hacen ustedes por la noche!

PEPA.— Sobre todo el que toca guitarra... ¿Es usted?

HOMBRE.— No, señorita, es mi compañero... Le gusta la música y como está solo...

LUCHO.— No toca mal.

HOMBRE.— Es cierto, no toca mal. Y yo le he dicho que se vaya a Lima y que quizá lo contraten en alguna radio. Pero no me hace caso...

LUCHO.— Una lástima. La otra noche yo pensaba lo mismo. Dígame, ¿su amigo tocaría en una serenata?

HOMBRE.— Cómo no. Si esa noche está libre y le pagan bien...

LUCHO.— Lo tendré en cuenta.

ZOILA.— (*Impaciente*). Bien, usted es el del grifo de la esquina, ¿y qué más?

MANUEL.— Todavía no me explico su visita, es la verdad.

HOMBRE.— Perdón... Como el señor me preguntó sobre mi amigo, yo...

MANUEL.— Bueno... Abrevie...

HOMBRE.— Resulta que el tanque se ha roto... Es viejo, ¿sabe? No hay seguridades en este trabajo y el día menos pensado uno explota.

LUZ.— ¿Y por qué no protesta? ¿No tiene usted un sindicato?

HOMBRE.— ¡El sindicato, señorita, el sindicato!

LUZ.— ¿Qué? ¿No sirve para nada, no es cierto?

HOMBRE.— Mejor es no hablar...

LUZ.— Por no hablar es que está así el país...

HOMBRE.— Tiene usted razón. Si nos uniéramos todos, estos gringos no vendrían a quitarnos lo que es nuestro.

PEPA.— (*Indignada*) ¿Cómo se atreve a expresarse así de estos señores que son nuestros amigos?

HOMBRE.— (*Tímidamente*). Perdón... Es cierto... Le pido disculpas...

MANUEL.— ¿Y qué hay con el tanque roto?

ZOILA.— (*A su marido*). No entiendo. ¿Qué tenemos que hacer con su tanque, su sindicato, su amigo, su guitarra y todas las tonterías de las que este hombre habla...?

HOMBRE.— Perdón... Sí, el tanque se ha roto y...

LUCHO.— ¿Y qué?

HOMBRE.— Hay una filtración...

LUCHO.— ¿Y qué?

HOMBRE.— ¿Y qué? Que hemos descubierto que la filtración viene a dar precisamente aquí, a este jardín...

ZOILA.— (*Sin darle importancia*). ¡Qué tontería! Nosotros no hemos visto ninguna filtración...

MANUEL.— (*Con generosidad*). Si vemos algo parecido a una filtración, se la mandaremos con la sirvienta.

LUCHO.— Yo mismo iré a decírselo...

LUZ.— (*Percatándose de todo*). ¡Don Manuel! ¡Una filtración! ¡Qué chasco!

MANUEL.— ¿De qué habla?

LUZ.— Una filtración... El petróleo... ¿Se da cuenta?

MANUEL.— ¿Quieres decir que nuestro petróleo es una filtración? ¿La filtración del señor? (*A los demás*). ¿Qué ingenuidad, no?

LUCHO.— (*Al hombre*). ¿Una filtración?

HOMBRE.— Sí... Petróleo que se sale del tanque y viene a dar aquí... Es peligroso. Por eso me apresuré a venir...

LUCHO.— ¿Algo como aceite? ¿Una mancha en el suelo?

HOMBRE.— Puede ser...

LUCHO.— ¿Una mancha que parece petróleo?

HOMBRE.— No que parece, señor, sino que es petróleo.

LUCHO.— ¿Como esto? (*Señala el líquido del suelo*).

HOMBRE.— (*Que se inclina y observa*). Precisamente esto...

ZOILA.— ¿Entonces no es un pozo?

LUCHO.— ¡Calla! ¡Calla, mamá! ¡Pobres, pero con dignidad! ¡Tú lo dijiste!

GRINGO I.— (*A Luz*). Wath is the matter?

LUZ.— (*Desconsolada, señalando el petróleo*). It is a filtration...

GRINGO I.— (*Ruidosamente*). It is very fanny! (*Comienza a reír*).

GRINGO II.— It is very comic! (*Ríe fuerte*).

GRINGO III.— Very, very comic! (*Lanza ruidosas carcajadas*).

ZOILA.— ¿Y por qué se ríen estos gringos bestias?

PEPA.— No sé realmente... Una equivocación la tiene cualquiera...

MANUEL.— (*A los gringos, con señorío*). Señores, sean ustedes caballeros.

LOS GRINGOS.— (*En plena risa*). Very comic, very comic!

LUZ.— Es inútil, don Manuel. No entienden nada.

LUCHO.— ¡Los voy a agarrar a patadas!

MANUEL.— ¿Que se habrán creído? ¡Ahora mismo los largo!

ZOILA.— ¡Bótalos, Manuel! ¡Hazte respetar!

(*Pero antes de que Manuel pueda actuar, los yanquis, muy ceremoniosamente, comienzan a despedirse.*)

GRINGO I.— (*Dando la mano a cada uno*). I am very pleased...

GRINGO II.— I am very sorry...

GRINGO III.— Just a mistake...

(*Luego, salen sin dejar de reír*)

MANUEL.— ¡Qué tales groseros!

PEPA.— ¿Qué cosa serán éstos en su tierra? ¡Cualquier cosa!

ZOILA.— ¡Basureros...!

LUCHO.— ¡Muertos de hambre...!

LUZ.— (*Con convicción*). ¡La barbarie de la especialización!

HOMBRE.— (*Que ha permanecido en silencio*). Perdone... Señor De Azcárate, ¿me da permiso para abrir un hueco acá, en su jardín?

MANUEL.— Por supuesto. Proceda... ¡Gringos de porquería!

HOMBRE.— Gracias, señor... Perdón... Voy por la lampa y el pico... Perdón... (*Sale haciendo reverencias*).

(*Larga pausa de embarazo*).

ZOILA.— Vamos adentro... Aquí hace mucho calor.

MANUEL.— Sí, vamos...

PEPA.— Ellos fueron los que se equivocaron... Yo siempre dudé de que eso fuera petróleo... ¿Vamos, Luz?

ZOILA.— (*Hacia adentro*). Eufemia, ¿se quemó el asado? (*Salen las mujeres*).

MANUEL.— (A Lucho, en tono de reproche). Si llegas a denunciar la mina, buen papelón hubiéramos hecho.

LUCHO.— (Disculpándose). No me eches toda la culpa... Yo te consulté.

MANUEL.— (Decidido). Se acabó... Asunto concluído. No se hable más de él.

LUCHO.— (Sobreparándose). ¿Y el abuelo? ¿Se queda adentro?

MANUEL.— ¡No! Hay que ponerlo en su sitio. Vamos a traerlo. (Salen. A los pocos minutos retornan con el viejo, quien continúa demostrando su contento. Lo dejan en el lugar donde estaba al comenzar la acción).

MANUEL.— Ahí, tranquilo... ¿Estás contento, no? (A Lucho). Le ha gustado el paseo.

LUCHO.— Déjalo. No tardará en quedarse dormido.

MANUEL.— Este sitio es su paraíso. Parece mentira...

LUCHO.— (Mientras hacen el mutis y con acento condolido). ¡Qué lástima! ¡Era petróleo caído del cielo!

MANUEL.— (Sentencioso). Lo malo, hijo mio, es que nos olvidamos de que en el cielo no hay petróleo. (Salen).

(Al poco rato entra el hombre de "overall". Ante los ojos sorprendidos del viejo, comienza a hacer un hoyo en el jardín por medio de recios golpes de pico. El abuelo, luego de permanecer estático unos segundos, se pone en pie y, con energía insospechada, toma la lampa, que está en el suelo, y comienza a trabajar junto con el obrero).

HOMBRE.— (Con buen humor). ¿Le gusta trabajar, señor?

ABUELO.— (Con voz aflautada pero dicción muy clara). ¡Es la primera vez que lo hago en mi vida! ¡Es formidable!

TELON RAPIDO



## UN CIERTO TIC TAC

*Juguete en un acto\**

Personajes :

EL DOCTOR

LA MUJER

*Habitación con escritorio, confortables y otros diversos muebles de oficina. En el fondo, una puerta en cuyo vidrio se lee, de revés, el siguiente texto: "Doctor Plácido Bonifaz. Horario: 4 a 7 p.m." Al levantarse el telón, se ve al doctor Bonifaz sentado ante su escritorio revisando con atención un legajo de papeles. Suena el timbre del teléfono, que está a su alcance, y contesta.*

DOCTOR.— ¿Aló? Sí, él contesta. (*Pausa*). ¿Cómo está usted? (*Pausa*). Mañana, a primera hora, me ocuparé de su asunto. (*Pausa*). No, no tenga cuidado. (*Pausa*). La operación es muy sencilla y espero que tenga éxito. Soy especialista en esa clase de intervenciones...

MUJER.— (*Que entra intempestivamente*). ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Algo terrible! (*Se acerca al escritorio*) ¡Me sucede algo terrible! ¡No lo soporto más!

DOCTOR.— (*A su interlocutor telefónico*). Espere... No le oigo nada. Ha entrado una señora y no sé... (*Cubre el fono con la mano*).

MUJER.— Soy señorita, doctor. ¡Eso es lo malo! ¡Estoy sola con mi dolor!

DOCTOR.— Discúlpeme. ¿En qué puedo servirla?

---

\* Estrenada por la Escuela Dramática del Club de Teatro de Lima en octubre de 1956, bajo la dirección de Fernando Samillán.

MUJER.— Algo horrible, doctor. Un ruido, un tic-tac... ¡No puedo con él! ¡Sálveme!

DOCTOR.— Pero...

MUJER.— (*Sin dejarlo hablar*). ¡Sálveme! ¡Si no lo hace, iré derecho al río, a matarme!

DOCTOR.— Bueno, calma. Siéntese, por favor. Terminaré de hablar por teléfono. (*La mujer, muy agitada, lo obedece. En el sillón, permanece haciendo muecas*). ¿Aló? Llámeme dentro de un rato, cinco o diez minutos. (*Pausa*). No, no. Ha entrado aquí una señorita que no sé qué es lo que quiere. (*Pausa*). No más de diez minutos.

MUJER.— (*Poniéndose en pie*). ¡He venido a que me quite usted el tic-tac!

DOCTOR.— (*A la mujer*). Espere, señorita. Espere. (*Al fono*). No, no es a usted a quien le digo que espere. (*Pausa*). Llámeme dentro de diez minutos. Hasta luego. (*Cuelga el auricular*).

MUJER.— (*No bien el doctor ha dejado el teléfono*). Escuche, cuando duermo, cuando camino, cuando como, cuando estoy alegre, siempre, suena dentro de mí un tic-tac insoportable. ¡Tic! ¡Tac! ¡Tic! ¡Tac! ¡Tic! ¡Tac! Crece y decrece, sube y baja... ¡No me da descanso! ¡Como un reloj diminuto o gigantesco!

DOCTOR.— (*Poniéndose en pie*). Debe ser un error, señorita.

MUJER.— (*Irritada*). ¿Cómo error? ¿No soy acaso una persona adulta? ¿Tengo cara de loca y embustera?

DOCTOR.— No me ha entendido usted. Quiero decir que curarla no es cosa que esté a mi alcance...

MUJER.— ¡Le pagaré lo que pida, doctor! ¡Aunque me quede en medio de la calle, aunque tenga que pedir limosna, aunque... (*Desesperada*). ¡Soy muy desgraciada, doctor!

DOCTOR.— No es cuestión de dinero...

MUJER.— (*Angustiada*). ¿Es algo incurable? ¿No hay remedio contra este tic-tac?

DOCTOR.— En realidad, no lo sé. Le quiero decir simplemente...

MUJER.— (*Interrumpiéndolo despavorida*). ¡Ahora sube! ¡Sube! ¡Sube!

DOCTOR.— ¿Qué es lo que sube?

MUJER.— ¡El ruido! ¡El tic-tac! ¡Tic! ¡Tac! ¡Tic! ¡Tac! ¿No lo oye usted?

DOCTOR.— (*Que ha estado auscultando el aire, tratando de escuchar el ruido*). No, no oigo nada. Es una alucinación suya.

MUJER.— ¡Ya baja! ¡Ya baja! ¡Qué alivio! (*Pausa*). ¿Una alucinación, dijo usted? ¿Es eso mortal?

DOCTOR.— No puedo decirle nada, señorita...

MUJER.— Es cierto, doctor. Tengo que explicarle cómo comenzó. Estaba yo con mi novio en el cine. (*Pausa*). Usted sabe, el amor, la oscuridad, la emoción. En fin, es fácil de comprender. ¿Cómo le puedo explicar mejor? (*Se sienta en el sillón*). Yo acá y él... Bueno, muy cerca de mí.

DOCTOR.— (*Con alguna ironía*). Comprendo...

MUJER.— No es sencillo reconstruir una situación como ésa. ¿Quiere usted ayudarme? Siéntese a mi lado, doctor...

DOCTOR.— ¿Yo?

MUJER.— Sí, doctor. Se lo ruego.

DOCTOR.— (*Tomando asiento*). Si usted lo pide... Pero le advierto...

MUJER.— Espere que termine y entonces se dará cuenta de mi drama. (*Pausa*). Estábamos así, uno al lado del otro, y él me tenía tomada de la mano... ¡Tómeme de la mano, doctor! (*El doctor, un tanto entusiasmado, hace lo que le indica la mujer*). Exacto. La película era de suspenso. ¡Inquietante! Yo, que soy sumamente sensible, me acercaba más y más a mi novio. ¡Así! Pero él, que no le tiene miedo a nada, se reía. Yo aterrorizada, y él hecho unas pascuas. ¡Ríase, doctor!

DOCTOR.— ¿Es necesario?

MUJER.— Si no, no puedo recordar bien cómo me asaltó la enfermedad. Ríase o haga como que se ríe.

DOCTOR.— (*Con bastante esfuerzo*). ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

MUJER.— (*Descontenta*). Bueno, más o menos. (*Pausa*). En el momento del crimen, cuando el asesino entra en la habitación de la pobre chica que tiene en su poder los papeles de la herencia, oigo un sonido leve, perfecto, nítido: ¡Tic! Creí que se me había descosido un botón.

DOCTOR.— (*Con cinismo*). ¡Ajá! ¡Qué interesante! ¿Era un botón?

MUJER.— ¿Interesante? Esa no es la palabra. El sonido se repitió: ¡tac! Me quedé helada. Mi novio, entonces, creyendo que era la película que me impresionaba demasiado, me pasó el brazo por la espalda.

DOCTOR.— (*Que ha decidido aprovechar la situación*). ¿De este modo? (*Le pasa el brazo por la espalda*).

MUJER.— Justo, doctor. ¡Qué inteligente es usted! Fue cuando me dijo: “No tomes la película tan en serio, corazoncito”. (*Explicativa*). Cuando se pone muy tierno me trata de “corazoncito”, y a mí me gusta...

DOCTOR.— (*Suave*). Es la palabra que usted se merece, señorita.

MUJER.— (*Coqueta*). Muy galante de su parte, doctor. (*Pausa*). Continúo, doctor. No bien había terminado mi novio de decir esa frase, cuando, con más intensidad que antes, más adentro de mí, suena: ¡tic! Y luego: ¡tac!

DOCTOR.— El, por supuesto, la apretó más.

MUJER.— No pudo, porque ya di un salto de terror.

DOCTOR.— (*Dulcemente*). No hace falta que lo dé ahora, señorita. Tal como está, la reconstrucción es perfecta.

MUJER.— Como usted diga, doctor. Estoy dispuesta a obedecer sus indicaciones al pie de la letra.

DOCTOR.— Hace usted bien. (*Interesado*). ¿Y luego?

MUJER.— Vino el tic-tac constante. Ese que hasta hoy no me deja. Tan agobiante fue aquella primera vez, que me desvanecí.

DOCTOR.— ¿Se desvaneció en los brazos de su novio?

MUJER.— Por lo menos, se me nubló la vista.

DOCTOR.— ¿Y él que hizo?

MUJER.— Me preguntó: “¿Qué tienes, corazoncito?”

DOCTOR.— ¿Nada más?

MUJER.— Lo más angustioso de la película ya había pasado.

DOCTOR.— El, por supuesto, se puso más cariñoso.

MUJER.— No, doctor. Y no se lo perdonaré jamás. ¡No creyó en el tic-tac! Como yo insistiera, se puso furioso y me retiró el brazo.

DOCTOR.— ¡Qué desatino! Lo correcto es que lo hubiera mantenido ahí, como yo ahora, protegiéndola e interesándose en ese curioso fenómeno sensorial que se ha apoderado de usted hasta desespejarla.

MUJER.— ¡Ay! ¡Eso me hubiera hecho mucho bien!

DOCTOR.— Estémonos así un rato. Este puede ser el remedio. Una insignificante alucinación, debida a una violenta excitación cinematográfica, se le ha convertido, por la indiferencia de su novio, en una obsesión traumática. Ataquemos de esta manera la inhibición inicial. (*Pausa. Dulce*). Quedémonos así, corazoncito.

MUJER.— Su método es excelente, doctor. ¿Estudió usted en el extranjero?

DOCTOR.— (*Meloso*). Sí, corazoncito.

MUJER.— Es evidente...

DOCTOR.— ¿Crees, corazoncito?

MUJER.— ¡Claro, pichón! (*Rectificándose*). ¡Oh, perdón! Así le digo, en confianza, a mi novio...

DOCTOR.— Dímelo sin rubor, corazoncito.

MUJER.— Bueno, pichón.

DOCTOR.— ¿Te molestas si te pido un besito, corazoncito?

MUJER.— ¡Ay, pichón, no sé si debo!

DOCTOR.— Anda... Uno, no más.

MUJER.— ¿No me pedirás más?

DOCTOR.— Con uno me conformo. ¿Sí? ¿Me lo das? (*Acerca la cara*).

MUJER.— ¡No seas precipitado!

DOCTOR.— (*Suplicante*). ¡Dámelo!

MUJER.— Pero...

DOCTOR.— Nada de peros... ¡Dámelo! (*La quiere obligar*).

MUJER.— (*Fingiéndose resistirse y riendo*). ¡No! ¡No! ¡A la fuerza, no!

DOCTOR.— ¡No seas malita!

MUJER.— ¡Sólo uno! ¿Me lo prometes?

DOCTOR.— ¡Te lo juro!

(*Cuando van a besarse, suena el timbre del teléfono*).

MUJER.— ¡Llaman!

DOCTOR.— (*Se levanta*). ¡Caramba, qué impertinencia! (*Descuelga el fono. Violento*). ¡Aló! ¿Quién es? (*Pausa*). ¡Estoy muy ocupado ahora! (*Pausa*). Sí, yo le dije dentro de diez minutos, pero no puede ser. (*Pausa*). ¡El juzgado ya está cerrado! (*Pausa*). ¡El juez se ha muerto! (*Pausa*). ¡He perdido el expediente! (*Pausa*). ¡Por último, no me da la gana! ¡Búsquese otro defensor! (*Cuelga*). ¡La clientela está cada día más exigente y estúpida! (*Regresa al sillón*). Volvamos a la reconstrucción. ¿Dónde estábamos?

MUJER.— ¿Qué tienes tú que ver con juzgado, juez, expediente, defensor y otras cosas?

DOCTOR.— ¿Yo? ¿He dicho eso?

MUJER.— ¡Las has dicho!



DOCTOR.— ¡Otra alucinación! ¡Hay que seguir con el tratamiento!

MUJER.— (*Yendo hacia el escritorio y revisando los papeles que hay en él*). ¿A ver? Deshaucio, acta notarial, interdicto de recobrar, acción judicial, escribanía... (*Mirando los libros*). Código Penal, Código Civil, Código de Procedimientos... (*Al doctor*). ¿Quiere decirme qué clase de doctor es usted?

DOCTOR.— ¿De qué clase? Doctor, nada más que doctor...

MUJER.— ¿Doctor en Leyes o doctor en Medicina? Acláreme esto antes de que llame a gritos a la policía.

DOCTOR.— ¡No! ¡Nada de escándalo! La verdad es que soy abogado, pero hay pruebas de que como médico no lo hago tan mal.

MUJER.— (*Violenta*). ¡He sido víctima de un engaño! ¡Qué desgraciada soy! ¡Socorro!

DOCTOR.— (*Obligándola a callar*). Respóndame a una pregunta solamente: ¿Siente usted ahora el tic-tac?

MUJER.— ¿El tic-tac? (*Pausa durante la cual escucha*). ¡No! ¡Ya no lo siento! ¿Qué paso?

DOCTOR.— La he curado, eso es todo.

MUJER.— ¿Cómo hizo?

DOCTOR.— Le apliqué una técnica nueva.

MUJER.— ¿Y no me volverá más?

DOCTOR.— (*Dueño de la situación*). Si insistimos durante varios días con el procedimiento, desaparecerá por completo.

MUJER.— ¡Estoy dispuesta a cualquier sacrificio!

DOCTOR.— Entonces, prosigamos. Sentémonos, como antes, en el sillón. (*Va hacia el mueble*).

MUJER.— (*Obedeciendo*). Si usted lo ordena...

DOCTOR.— (*Con tono profesional*). Usted estaba aquí y yo acá. Yo tenía el brazo en esta forma y usted la cabeza sobre mi hombro. ¿Era así?

MUJER.— Exactamente, doctor.

DOCTOR.— ¡Ah, un momento para tomar precauciones! (*Se pone en pie y va a descolgar el teléfono*). Nada debe interrumpir el tratamiento. (*Vuelve a su sitio y se coloca en la posición anterior*). ¿Estás cómoda?

MUJER.— ¡Maravillosamente cómoda!

DOCTOR.— (*Con ternura*). ¿Lista, corazoncito?

MUJER.— ¡Lista, pichón!

(*Van a besarse*).

TELON RAPIDO

## EL TRAPECIO DE LA VIDA

*Monólogo\**

*Subida en un trapecio, que se balancea a ras del suelo, se halla una mujer joven. Sus palabras se acompañan al pendular del juego y, mientras su confesión se va intensificando en dramatismo, el columpio asciende hasta perderse arriba en la frase final. Prevalecerán en la interpretación la monotonía del ritmo de la acción y la angustia del contenido del parlamento. Se trata de símbolos y a su mejor expresión ha de atenerse la actriz. El fondo del escenario es una cámara negra, a la cual diversas luces —a gusto de la dirección— darán un clima patético.*

Lunes, martes, miércoles, jueves... Y son más aún... Viernes, sábado, domingo... Una larga hilera de deberes, una infinita cadena de tareas... Lunes, martes, miércoles, jueves... Es así... Y luego, viernes, sábado, domingo... Muy temprano, el desayuno. La mañana fría penetra hasta el corazón y lo paraliza durante un brevísimo instante. Enseguida es aplacada... "Buenos días, buenos días, buenos días..." A un lado y a otro. A la portera y al lechero, al vecino y al desconocido... Y él, echado en su cama, reteniendo el calor de su sueño entre las sábanas, mientras yo venzo, cortando el hilo matinal con melancolía, las ráfagas de la lluvia o el viento... Lunes, martes, miércoles, jueves... En la pequeña cocina, hago el fuego con mis propias manos. Con estas manos que son como dos alas muertas o desmayadas. Y veo que el hervor sube por la leche y revienta opaco, hecho bulbos sordos, sobre la superficie inquieta del líquido... Viernes, sábado, domingo... Y hay más todavía. Sí, escuchad, que hay más... Me esperan la escoba, el trapo, los utensilios de la limpieza. Deshago todo, pongo cada cosa fuera de su sitio. Saco las sábanas, los colchones, las almohadas. Abro las ventanas de par en par y entra por ellas la mordiente

---

\* *Estrenada en el Teatro Municipal de Lima el 15 de marzo de 1959.*

lumbre del día que cae al lecho donde él reposa. Despliega los párpados pesadamente, recibe el brillo inicial, y lento, muy lento, va saliendo de su noche. Yo prosigo en el abigarrado mundo de la casa: esto aquí, esto allá, aquello más lejos. Salgo, entro, subo, bajo... Lunes, martes, miércoles... Todos los días. La cocina crea sus vapores, sus humos aromáticos, mientras corto, pulo, pico, mezclo, las hierbas, las carnes, los frutos, los jugos... Jueves, viernes, sábado, domingo... Sólo a mediodía él aparece radiante y se sienta a la mesa para que yo ponga ante sus ávidos labios los manjares, las viandas, los besos, las caricias. Y él devora, mientras habla de sí, de sus éxitos oscuros, todo eso. Junta la risa a la satisfacción de sus sentidos, la carcajada al hipar de su digestión. Voy y vengo, pongo y quito, lavo y seco, en torno a él que ni siquiera repara en mí. Después cae en una modorra penosa, en un resuello hosco, cerrados los ojos, caída la cabeza sobre el pecho, espatarrado como un rey en un sillón de púrpura. En tanto, yo he entrado de nuevo en mi torbellino. Jabón, ropas, lejía, agua, espuma... Lavo, refriego, enjuago... Lunes, martes, miércoles... Exprimo, remojo, tiendo... El se recobra, se peina y sale, y yo tiendo, remojo, exprimo, enjuago, refriego, lavo... Jueves, viernes, sábado, domingo... Enseguida tomo la aguja, el hilo, el dedal, la tijera, y parcho, remiendo, hilvano, corto, tejo y entretejo mis horas, mis noches, mis lunes, mis viernes, mis domingos... Cuando cae el sol, cuando el ocaso fulge por entre los bloques mudos de la ciudad, sé que debo encaramarme al trapecio de la vida al día siguiente y siempre, siempre, siempre, uniendo el abismo con el abismo, la pena con la pena, la soledad con la soledad, en el péndulo incesante... Lunes, martes, miércoles, jueves... De un punto a otro, de un terror a otro, de una tristeza a otra... Viernes, sábado, domingo... Y él no está conmigo... Está lejos, envuelto en una nube de tabaco, entre barajas, dados, copas, fiebre, navajas, halagos, iras, monedas... Mientras yo voy y vengo, vacía y sola. Mientras yo me pierdo, sola y vacía. Mientras desaparezco como algo inestable, ligero e insignificante... Lunes... Sola... Martes... Vacía... Miércoles... Sola... Jueves... Vacía... Viernes, sábado, domingo... Sola... Sola... Sola...

*El trapecio asciende y cae el telón Su voz, en un grito, se escucha cuando la escena ha terminado*

## EL BESO DEL CAIMAN

*Un acto disparatado\**

Personajes :

TUPI  
URBANO  
BRIGIDA  
VITALIANO  
OLIMPIA  
CAYETANO  
MEDICO

*Una sala. Por un lado se va a la calle y por el otro a las habitaciones interiores. Al levantarse el telón, desde estas últimas provienen unos quejidos agudos y prolongados. De un lateral a otro, llevando y trayendo un irrigador, pasa hasta tres veces una mujer prieta, menuda y maciza. Luce el cabello al uso amazónico y va cubierta con una cushma. Está descalza y del cuello le cuelgan vistosos abalorios de colores. A la espalda lleva arco y flechas. Es Tupi.*

*Suena el timbre de la calle. Tupi acude a abrir. Ingresa Urbano, que en las manos trae una gran torta de cumpleaños con innumerables velitas. Es joven y va vestido como un "play boy".*

URBANO.— ¿Ya se levantó? Quiero que sepa que soy el primero en recordar su día. ¿Se levantó ya?

TUPI.— *(Gruñe y afirma con la cabeza) ¡Jum! (Es un ruido gutural, que la actriz acomodará libremente a sus conveniencias).*

---

\*Escrita en 1963, esta pieza ha permanecido inédita y sin estrenar.

URBANO.— ¿Sí? Avisale entonces que quiero darle un abrazo.

TUPI.— (*El mismo juego*). ¡Jum! ¡Jum!

URBANO.— Iré a su cuarto. Será mejor...

TUPI.— (*Lo detiene con energía sin dejar de mover afirmativamente la cabeza*). ¡Jum! ¡Jum! ¡Jum!

URBANO.— ¿Qué pasa?

TUPI.— (*Igual*). ¡Jum! ¡Jum! (*Lo obliga a sentarse en una silla cercana. Afuera se oyen nuevamente los quejidos*).

URBANO.— ¿Es él quien se queja? ¿Qué tiene? ¿Está enfermo?

TUPI.— (*Niega rotundamente*). ¡Jum! ¡Jum! (*Le indica que espere sentado*). ¡Jum! (*Sale apresurada*).

URBANO.— (*Mira la torta que tiene entre las manos*). ¡Oh! ¡Esta porquería! (*Se levanta, pone la torta en una mesa. Atisba luego las habitaciones interiores*). ¿Qué le dolerá al maldito? (*Suena el timbre*). ¡Ahí están los otros! ¡Vaya que se han vuelto madrugadores los muy adulones! (*Suena de nuevo el timbre. Urbano abre. Entra Brígida, una vieja refulada, con aires de gran señora, pero irremediablemente rastacuera*). ¡Pero tiíta, que gusto de verte!

BRIGIDA.— (*Muy cortante*). ¿Viste ya a Vitaliano?

URBANO.— No, todavía. Sólo he estado con el gorila amaestrado.

BRIGIDA.— ¿No se ha levantado aún?

URBANO.— Me parece que no. Lo oí gritar. Quizá esté enfermo.

BRIGIDA.— (*Como un reproche*). ¿Y no se lo preguntaste a la salvaje?

URBANO.— Se lo pregunté. Me dijo que no.

BRIGIDA.— ¿Te dijo que no? ¿Y cómo te lo dijo?

URBANO.— (*Imitando el gesto de Tupi*). ¡Jum! ¡Jum!

BRIGIDA.— ¡Oh, Dios! Entonces quiere decir que sí está enfermo.

URBANO.— Pero el gesto era que no. Estoy seguro.



BRIGIDA.— Eres tonto, no hay duda. Cuando esa mujer mueve afirmativamente la cabeza quiere decir que no, y cuando la mueve negativamente que sí. Así es su infernal idioma. (*Preocupada*). Está enfermo. Hay que hacer algo rápidamente para que firme el testamento.

URBANO.— ¡Que no se le ocurra morirse sin testar!

BRIGIDA.— (*Que, de pronto, descubre la torta*). ¡Traición! ¡Traición!

URBANO.— (*Alarmado*). ¿Qué? ¿Qué sucede?

BRIGIDA.— ¡Esa torta!

URBANO.— ¿Qué tiene la torta?

BRIGIDA.— ¿Quién la trajo?

URBANO.— La traje yo, tía. Es mi regalo de cumpleaños.

BRIGIDA.— ¡Ah, no, no y no! ¡Quedamos en que nada de comidas, ni bocaditos, ni golosinas! Pueden caerle mal y mandarlo al cementerio antes de que nos haya hecho sus herederos. ¡Hay que cumplir los pactos, Urbano!

URBANO.— Yo no sabía nada de ese pacto, tía. Te lo juro, yo...

BRIGIDA.— ¡No te hagas el idiota! (*Enérgica*). Tienes que llevarte esa torta inmediatamente. (*Toma la torta y se la entrega*).

URBANO.— (*Embarazado*). ¿Y dónde me la llevo? (*Da vueltas desorientado*). ¿La puedo esconder?

BRIGIDA.— Nada. Debe salir de aquí. Si la ve, le apetecerá.

URBANO.— (*Angustiado*). ¿Y qué hago con esta torta? (*Suplicante*). Déjame esconderla. Luego me la llevaré sin que él la vea.

BRIGIDA.— (*Que ha oído un ruido*). ¡Silencio! Alguien viene.

URBANO.— (*Desesperado*). ¿Qué hago con la torta?

BRIGIDA.— ¡Escóndela, imbécil!

URBANO.— (*Mientras la oculta detrás de un mueble o una cortina*).

Gasté un dineral y ahora tendré que darle el abrazo con las manos vacías. ¡Qué injusticia!

BRIGIDA.— Regalar tortas... ¡Qué vulgaridad!

TUPI.— (*Ingresa llevando el irrigador en la mano*). ¡Jum! ¡Jefe enfermo! ¡Anoche, pun, cayó! ¡Jum! Jefe sufre malos espíritus. Hay que sacarlos de su cuerpo. (*Blande el irrigador*).

BRIGIDA.— ¿Sacarle los malos espíritus con una enema, dice usted? ¡Vaya tontería! Entraré a verlo. (*Hace ademán de avanzar*).

TUPI.— (*Dice que sí con la cabeza*). ¡Jum! ¡Jum! Jefe vendrá. Esperen jefe. (*Empuja a Brígida hasta un asiento*). ¡Jum! (*Urbano ríe*).

BRIGIDA.— ¡Oiga! ¡Oiga! Menos confianza conmigo que no somos iguales. (*A Urbano*). ¡Y tú, cretino, cállate! ¡No te solidarices con la chusma!

TUPI.— ¿Jum? ¿Chusma?

URBANO.— ¿Pero qué es lo que tiene mi tío, se puede saber?

TUPI.— ¡Jum! Malos espíritus amarran jefe. ¡Jum! ¡Familia espera aquí!

URBANO.— (*A Brígida*). ¿Y qué hacemos?

BRIGIDA.— ¿Qué podemos hacer contra semejante centinela? Esperaremos. De otro modo nos tritura. ¡Con las armas que lleva!

URBANO.— ¿Armas? Vamos, tía. En la era atómica esas no son armas.

BRIGIDA.— ¿Matan o no matan las flechas envenenadas? ¡Contesta, sabelotodo!

URBANO.— ¿Que si matan las flechas? Bueno, sí, pero poquito. Peor es la bomba H. ¿O no?

BRIGIDA.— En este momento, nada es peor que esas flechas. (*Silencio. Tupi permanece rígida. Los otros, sentados, se miran*).

BRIGIDA.— (*Estallando*). ¡Es ridículo! Soy su cuñada, la viuda de su hermano, tengo derecho a... (*Se pone en pie*).

TUPI.— (*En tono de mando*). ¡Jum! (*Brigida se sienta rápidamente*).

URBANO.— (*Tras otra pausa, muy amablemente*). Señora, ¿dijo mi tío que lo esperaríamos? ¿Lo dijo efectivamente?

TUPI.— (*Con rotundo ademán de no*). ¡Jum!

URBANO.— (*A Brigida*). ¿Y eso, según tú, quiere decir que sí?

BRIGIDA.— Quiere decir que sí, aunque te parezca mentira.

(*Urbano se encoge de hombros. Sobreviene otro silencio. Tupi se acuclilla en el suelo. Tararea una melodía infinitamente triste y desentonada.*)

URBANO.— (*Tétrico*). Quizá el tío Vitaliano ha muerto ya. Esta le está cantando un responso.

BRIGIDA.— No creas. Ahí donde la ves está hecha unas pascuas.

URBANO.— ¿Cómo dices?

BRIGIDA.— Lo que oyes. Cuando está alegre canta cosas tristes y cuando está triste cosas alegres. Mírala. Nunca la ví tan encantada de la vida.

URBANO.— (*Irónico*). Sí, claro. Está muerta de risa. (*De repente se oye un gran barullo en la pieza contigua: vidrios rotos por algo que ha caído desde muy alto. Brigida y Urbano se ponen en pie, atemorizados. Tupi se levanta lentamente y con calma hace mutis hacia el lugar del estrépito.*)

URBANO.— ¿Qué sería eso?

BRIGIDA.— No sé. Algo grave seguramente. (*Mirando el irrigador*). ¿No será efecto de esto?

URBANO.— ¡Vamos, tía! ¡Por más fuerte que sea, no créo que provoque un estallido como ese!

(*Por ese mismo lateral ingresa, en silla de ruedas, Vitaliano. Es un viejo de barba luenga, hirsuta y partida en dos. Largo el cabello, vivos los ojillos, pese a que al parecer está paralítico, con el rostro contraído del apopléjico. Sin em-*

*bargo, maneja su vehículo con admirable agilidad. Entra en escena y en seguida se detiene. Tras él viene Tupi. Brigida y Urbano se lanzan zalameros sobre el anciano.)*

BRIGIDA.— Vitaliano querido, pero, ¿qué te ha ocurrido?

URBANO.— ¡Happy birthday to you! ¡Happy birthday to you!  
(*Vitaliano esgrime su bastón en defensa propia. Impide que los dos parientes se le aproximen. Profiere gritos y palabras ininteligibles.*)

TUPI.— (*Adelantándose*). ¡Jum! ¡Jefe no poder hablar! ¡Jefe enfermo!

URBANO.— ¿Ha quedado paralítico?

BRIGIDA.— ¿Pero cómo le vino esto? ¡Es terrible!

URBANO.— (*Indignado*). ¡Díganos, mujer del demonio, ¿qué tiene mi tío? Hace tres días estaba espléndido.

BRIGIDA.— ¡Y hasta bailaba como en sus buenos tiempos de calavera!

(*Vitaliano avanza en su silla rodante, gesticulando, barbotando, blandiendo su bastón. Vocifera algo que Tupi, ahora rezagada, entiende perfectamente.*)

TUPI.— ¡Sí, jefe! (*A Brigida y Urbano*). Jefe dice está muy enfermo. No quiere ver familia. Jefe dice mala palabra. ¡Jum! ¡Jum!

URBANO.— ¿Qué no quiere vernos? ¿Y quién va a cuidar de él? ¡No podemos descuidarlo!

BRIGIDA.— Soy su cuñada y es mi deber velar por su salud. (*Al viejo*). ¿No quieres, Vito, que sea alguien de tu familia quien te acompañe a sobrellevar tu sufrimiento? (*Se aproxima a él. Vitaliano gesticula más frenéticamente y pone su bastón en el pecho de Brigida*).

BRIGIDA.— (*A Tupi*). ¿Qué dice? ¿Por qué se porta así?

TUPI.— ¡Jum! ¡Jefe decir mala palabra!

URBANO.— (*A Vitaliano*). ¿Quieres que traigamos al mejor médico de Lima?

(*Vitaliano, irritado, salta con aspavientos aparatosos.*)

TUPI.— (*Como respondiéndole.*) ¡Jum! ¡Jum! ¡Sí, Jefe! ¡Jum, Jum!  
(*A Brígida*). Jefe dice que no quiere médicos.

BRIGIDA.— ¡Soy su cuñada! ¡Tengo el derecho y la obligación de velar por su salud! (*A Urbano*). Debemos llamar inmediatamente a un médico.

URBANO.— Conozco uno excelente. Se le paga con letras escalonadas. En la práctica resulta gratis. ¡Voy por él!

BRIGIDA.— ¡No! ¡Vendrá mi médico de cabecera! ¡Como es primo de un hermano de mi tío, no me cobra, y es acertadísimo!

URBANO.— El que yo te digo es gerontólogo.

BRIGIDA.— ¡Peor que peor! El mío es católico. Eso me inspira confianza.

URBANO.— Lo que mi tío tiene es vejez.

BRIGIDA.— Es evidente que tu tío ha contraído una enfermedad de los trópicos. ¿Para qué se iría el pobre a enterrar a la selva?

URBANO.— Si no hubiera ido, no sería rico...

BRIGIDA.— No piensas sino en el vil metal. (*A Vitaliano, que monologaba en voz queda, llena la cara de tics y muecas*). Así es la generación actual, Vita. El dinero es todo para ella. (*Vitaliano chilla descontento.*)

URBANO.— ¡No lo excites, tía!

BRIGIDA.— ¡No me grites, zángano! (*A Vitaliano*). ¿Ves cómo son estos mocosos? ¿Oíste cómo me gritó? No hay respeto hacia las canas en esta horrible época.

(*Vitaliano dice algo a Tupi.*)

TUPI.— ¡Jum! ¡Jefe dice que se largue familia! ¡Familia molesta jefe!

URBANO.— ¿Ves? Lo irritas con tus impertinencias.

BRIGIDA.— (*Se sienta. Ofendida*). Me callo, pero no me voy. (*Entre dientes*). ¡Parásito!

URBANO.— (*La imita*). Yo tampoco me voy. No te dejaré libre el camino de la intriga.

BRIGIDA.— (*Pausa. Luego, con ironía*). ¡Y el muy imbécil venía con su torta! ¡Ja! ¡Ja!

URBANO.— (*Como iluminado*). ¡Ah! ¡La torta! (*Se levanta y va hasta el lugar donde la escondió*).

BRIGIDA.— ¡La torta, no! ¡No es leal! ¡Hay un pacto, Urbano, recuérdalo!

URBANO.— ¡Estamos en guerra! (*Canta mientras lleva la torta a Vitaliano*).

Happy Birthday to you,  
Happy Birthday to you,  
Happy Birthday, uncle Vita,  
Happy Birthday to you.

(*Vitaliano salta y chilla de alegría*.)

BRIGIDA.— ¡Ten cuidado, Vita!

URBANO.— Es tuya. Tu regalo de cumpleaños.

(*Vitaliano le arranca la torta a Urbano, se la coloca en las rodillas y comienza a comérsela ávidamente. Nariz, bigotes, labios y barbas quedan embadurnados de crema.*)

URBANO.— (*A Brigida*). ¿Ves? ¿Ves cómo le gusta? ¡Es de almendras!

BRIGIDA.— (*Trágica*). ¿De almendras? ¡Vitaliano, esa torta está envenenada! ¡Tiene arsénico!

(*Vitaliano queda inmobilizado, como electrizado. Mira a Urbano y a Brígida con desconfianza*).

TUPI.— (*Acercándose a Urbano*). ¡Jum! ¿Torta envenenada?

URBANO.— ¡No! ¡No! Entiéndame, en el idioma de usted debo decir sí, pero en el mío, no... (*Tupi lo toma por las solapas, lo aproxima a la torta y le hunde la cabeza en la crema*). Es una torta



que... (No puede concluir esta frase porque Tupi vuelve a zambullirlo en la torta).<sup>1</sup>

(Vitaliano celebra la escena, muy regocijado.)

TUPI.— ¡Todos comer torta envenenada! ¡Jum! ¡Todos morir con jefe!

(Vitaliano ríe francamente enarbolando su bastón).

TUPI.— (Tomando un trozo de torta y dirigiéndose a Brígida). ¡Jum! ¡Todos comer torta envenenada! ¡Jum! ¡Jefe morir con todos!

BRIGIDA.— ¿Yo también? ¡Eso sí que no! ¡Soy hepática! Mi hígado no la soportará. Me vendrá el cólico...

TUPI.— (Toma a Brígida del cuello y le introduce el bocado en la boca). ¡Todos morir con torta envenenada!

URBANO.— ¡Es deliciosa! Un poco dulce para mi gusto, pero deliciosa. ¿No es cierto, tío Vitaliano?

(Vitaliano asiente entusiasta.)

BRIGIDA.— (Que ha pasado con dificultad su ración). ¡Ay! ¡Me moriré! (Parece nauseabunda). ¡Ay! ¡Mi hígado!

TUPI.— ¡Jum! ¡Ahora Tupi! (Corta un trozo y lo devora). ¡Jum! ¡Veneno rico! (Repite). ¡Jum! ¡Rico! ¡Rico! (Sigue comiendo contenta).

BRIGIDA.— ¡Ay! ¡A mi me va a dar algo! ¡El cólico!

(Vitaliano chilla uno de sus mensajes a Tupi.)

TUPI.— (Tras de escucharlo). ¡Jum! ¡Jefe quiere que familia se largue! ¡Jefe dice mala palabra! ¡Insulta feo a familia!

(Suena el timbre.)

URBANO.— ¡Ya llegaron los demás! ¡Maldición!

BRIGIDA.— (Mientras Tupi va a abrir). ¡Oh, al fin! (Reponiéndose. A Vitaliano). Son Cayetano y su mujer. Mi hijo es tu vivo retrato,

---

<sup>1</sup> Toda la escena de la torta puede ser interpretada con la mímica clásica del cine mudo.

Vita. Ella, una cualquiera, pero él, ¡qué clase, qué cultura, qué categoría!

URBANO.— ¡Un par de cuervos! (*El viejo grita*). Los conoces bien, ¿no es cierto?

OLIMPIA.— (*Ingresa contoneándose, muy "sexy". Es atractiva, coqueta y, por supuesto, huachafa*). ¡Cuánto bueno! ¡Cuánto bueno por aquí! (*A Vitaliano*). ¿Y cómo pasa su día mi títo lindo? (*El viejo se exalta*). ¿Pero, por Dios, qué tienes? ¿Y esa silla de ruedas? (*A Cayetano, su marido, que viene detrás, seguido de Tupi*). ¿Te fijas? En silla de ruedas el angelito. (*El aludido hace visajes, balbucea, mueve el bastón*). ¡Ay! ¡Y no puede hablar! ¡Pobrecito, mi títo querido!

CAYETANO.— (*Es un tipo prosopopéyico y falsamente refinado*). ¿Ha contecido aquí algo que deplorar? ¿Acaso nuestro tío debe su postración a una perlesía senil? (*A Brígida*). Madre, ¿qué dolencia lo aqueja?

URBANO.— ¡Deja los discursos, hombre! ¿No lo ves medio muerto?

BRIGIDA.— ¡Ay, hijo! ¡Así lo encontramos, medio muerto o medio loco, no sé!

URBANO.— ¡No perdamos el tiempo! Hay que hacer algo concreto.

OLIMPIA.— ¿Y cómo le vino esto? (*Vitaliano hace guiños e insinuaciones a Olimpia*). ¡Miren, cómo me hace! ¡Qué gracioso el viejito!

URBANO.— Reunámonos en consejo de familia. Tenemos derecho a resolver el caso de común acuerdo.

CAYETANO.— Correcta tu iniciativa, primo. Dadas están las primordiales condiciones jurídicas para constituirnos en una asamblea que posea, de jure y de facto, carácter decisorio.

URBANO.— Tradúzcame eso, por favor. ¿Qué dice, hacemos o no hacemos el consejo?

BRIGIDA.— ¿No oíste que dijo que sí? (*Luego, percatándose de que Olimpia ha puesto al viejo de buen humor*). ¡Observen a Vitaliano! Ahora no parece disgustado. Olimpia le cae en gracia.

CAYETANO.— ¿Y qué informes les ha proporcionado la nativa que presta sus servicios a nuestro tío? ¿Tan exótico personaje, no ha dado indicios, por lo menos folklóricos o antropológicos, acerca del origen, peculiaridades y presumible desarrollo futuro de la afección?

URBANO.— ¿Pero no puedes decir eso con palabras menos difíciles?

BRIGIDA.— Cayetano nos pregunta qué ha dicho la *chuncha* de la enfermedad de Vitaliano.

URBANO.— Ha dicho, primero ¡Jum!, y después ¡Jum! Lo único que sé es que según ella, el viejo quiere que nos larguemos.

BRIGIDA.— Por supuesto que no le hemos hecho caso. Hemos pensado, más bien, en llamar un médico.

OLIMPIA.— Creo que no hace falta. Sospecho que yo lo puedo curar. ¿No es cierto, tío Vita? (*El viejo dice, mediante su lengua trabada, que sí. Después se dirige a Tupi con el mismo lenguaje monosilábico y mímico.*)

TUPI.— (*Tras de escucharlo*). ¡Jum! ¡Jum! ¡Jum!

CAYETANO.— ¡Cuán extravagante medio de comunicación emplea nuestro tío con la aborígen! Quizá se trate de un dialecto de puras vibraciones laríngeas, cuyo tribal primitivismo no permite su correcta interpretación por el hombre, intelectualmente evolucionado y pinacular, de la cultura occidental y cristiana. Misterios semióticos que no osaré hollar.

URBANO.— ¿Y por qué, en vez de todo ese montón de palabras, no dices simplemente que estamos fritos?

TUPI.— (*Con gesto militar*). ¡Jum! ¡Jefe pide familia se largue! Jefe quiere estar solo con señora que lo hace reír.

BRIGIDA.— ¿Con señora que lo hace reír? No comprendo.

OLIMPIA.— Conmigo, se entiende. (*A Vitaliano*). ¿No es así? (*Vitaliano dice confusamente que sí*) .

CAYETANO.— Olimpia ha desvelado un acceso de simpatía espiritual entre ella y nuestro tío. Mediante su perspicaz intuición feme-

nina, ha hendido así el blindaje del impedimento físico, y tal vez mental, del doliente.

URBANO.— ¿Y quién me explica a mí que opina éste del asunto?

BRIGIDA.— ¡Caramba, si es muy claro! Olimpia se ha metido al bolsillo a Vitaliano. ¿No lo ves acaso? Ella puede ocuparse del problema.

URBANO.— ¿Insinúan que los tenemos que dejar solos?

TUPI.— (*Negando con la cabeza*). ¡Jum! ¡Todos se largan, menos señora joven! ¡Jum!

URBANO.— ¡Eso, de ningún modo! Olimpia no es sino una pariente política...

TUPI.— (*Empujándolos hacia la puerta de salida*). ¡Fuera familia! ¡Jum! ¡Fuera!

BRIGIDA.— ¡Qué modales!

CAYETANO.— Considero que es un acto de sensatez dar libre curso a la volición del tío Vitaliano, pues, si bien es cierto que Olimpia no es su pariente agnado, forma parte, dentro de los términos de la ley escrita y consuetudinaria, de la célula familiar, merced a una simbiosis matrimonial. Yo me marcho. (*A su mujer*). Hasta la vista, querida. Que tan noble sacrificio enaltezca tu honra y la mía. (*A Brígida*). Vamos, madre. Dejemos esta delicada misión en manos de mi legítima cónyuge. (*La toma del brazo y hacen mutis*).

URBANO.— (*Violento*). ¡No me voy! ¡Se han aliado para despojarme! (*A Olimpia*). ¿Crees que te voy a ceder mi lugar a ti, una vulgar vampiresa?

OLIMPIA.— ¿Vampiresa dijiste? (*A Vitaliano*). ¿Lo has oído, tío? ¡Me insulta!

(*Vitaliano da órdenes, muy irritado, a Tupi. Esta se aproxima a Urbano y, tomándolo del cuello del saco, lo arrastra a la puerta.*)

URBANO.— (*En un involuntario mutis*). ¡Esto es una agresión! ¡La demandaré! ¡Suéltame! (*Su voz se pierde*).

OLIMPIA.— (A Vitaliano). Se lo tiene merecido. Es un insolente. Sólo quiere tu dinero, tus joyas, tus riquezas. (Pausa. Conquistadora). Aquí, entre los dos, ¿es muy grande tu fortuna?

(El viejo ríe, da vueltas con la silla, chilla alegremente. Tupi vuelve.)

TUPI.— ¡Jum! ¡Hombrecito como mono tití! ¡Jum! ¡Mono tití fastidioso!

(Vitaliano vuelve a dar órdenes a Tupi. Tupi escucha atentamente. Luego sale.)

OLIMPIA.— (Ya solos). ¿Y ahora? (Vitaliano profiere un gritito agudo). ¿Y eso, qué quiere decir? (El viejo se relame y ríe). No entiendo. Soy muy tonta. Háblame más claro. (El viejo acerca más su silla de ruedas a Olimpia). ¿Qué? (Dice esto y retrocede atemorizada. El avanza impetuoso). ¡No! ¡Mantente lejos! ¡Eso no! (Huye. El la persigue y la acorralla, pero Olimpia se sube a una mesa. El anciano, impotente, aúlla. Ella rompe a llorar). ¿Qué pretendes? ¿Qué quieres de mí? (Vitaliano hace gestos ambiguos).

TUPI.— (Que entra violentamente). ¡Jum! ¡Jum! ¡No contradecir jefe! Ser buena con él.

OLIMPIA.— ¡Pero si me ha comenzado a perseguir como un sátiro! ¡Yo lo quiero, pero no hasta ese extremo! Es un anciano, un inválido... (Vitaliano ríe a carcajadas).

TUPI.— ¡Jum! ¡Jefe ser hombre fuerte! ¡Poderoso! ¡Ahora estar con fiebre verde, pero pasar pronto! ¡Jum! ¡Jefe amar como caimán!

OLIMPIA.— ¿Fiebre verde? ¿Qué es eso?

TUPI.— Mosca chica (Hace el gesto indicando un animal muy grande) pica caimán cuando luna redonda. Mosca pica hombre. Mete malos espíritus de caimán en sangre de hombre. Hombre quedar mudo, no poder moverse como jefe ahora. ¡No contradecir jefe! ¡Hacer daño! Picó mosca chiquita. (Hace el gesto correspondiente a grande).

OLIMPIA.— ¿Y por qué si la mosca que lo picó era tan chiquita hace usted un gesto que indica un elefante? ¿Está usted loca?

TUPI.— Mosca chiquita (*repite el gesto de enormidad*) pica gran caimán (*indica el tamaño del caimán con el pulgar y el índice, como si se tratara de una pulga*). Después mosquita (*el mismo juego*) pica jefe. Jefe enferma. ¡No contradecir jefe! ¡Jum!

OLIMPIA.— No comprendo ni jota.

TUPI.— ¿Jum? Jefe querer amor de señora. ¡Jum!

OLIMPIA.— ¿Amor? ¿A su edad?  
(*Vitaliano chilla entusiasta.*)

TUPI.— Edad no importa. ¡Jum! ¡Jefe ser como caimán enamorado!

OLIMPIA.— (*Al ver que Vitaliano tiende los brazos a ella*). ¡Cuidado con tocarme!

TUPI.— (*Fuerte*). ¡No despreciar a jefe! ¡Jum!

OLIMPIA.— (*Muy molesta*). ¿Y cómo quiere usted que haga para contenerlo?

TUPI.— ¡Jum! ¡Hacer cariñito dulce a jefe! ¡Caimán se vuelve paloma con cariñito!

OLIMPIA.— (*Tras de mirar a Vitaliano con curiosidad*). ¿Seguro que con cariño se amansará?

TUPI.— ¡Jum! ¡Seguro! ¡Baje mesa, haga cariño jefe! ¡Jefe quedar tranquilo!

OLIMPIA.— (*Más tranquila ya, baja de la mesa*). ¿Te portarás bien si te hago cariño?

(*Vitaliano parece decir que sí.*)

TUPI.— ¡Jum! ¡Haga cariñito a jefe! ¡Mucho cariñito! ¡Jum!  
(*Vitaliano ha cerrado los ojos y está en éxtasis, a la espera de las caricias de Olimpia.*)

OLIMPIA.— (*Timidamente pasa su mano por la cabeza del viejo. Este suspira hondo*). ¿Así?

TUPI.— ¡Jum! ¡Así! ¡Espacio, como a niñito!

OLIMPIA.— (*Con más confianza y tratándolo como a un bebé*). Cálmesese el viejito bueno, cálmesese... Pórtese bien. Sea obediente.



Tome su sopita. (*Tupi, satisfecha, hace mutis*). Muy bien. Así me gusta: educadito, tranquilito, buenito... (*Como para sí, admirada del efecto de sus caricias*). Lo que este viejo necesita es una niñera.

(*Vitaliano abre los ojos. Parece pedir algo.*)

OLIMPIA.— ¿Qué? ¿Qué quieres?

(*Vitaliano se señala los labios, los cuales ha fruncido expresivamente.*)

OLIMPIA.— ¿Qué quiere decir eso? ¿Un caramelo? (*Trata de interpretar el gesto de Vitaliano*). ¿Qué? ¡No! ¿Un beso? (*Se ríe*). ¡Eso sí que no! ¡Besos en la boca, de ningún modo! ¡Soy casada! (*Vitaliano exige el beso con chillidos de capricho*). ¿Y por qué no le pides los besos a tu jibara? (*El viejo ríe*). ¡Ah! ¡No te gusta! Eso de la fiebre verde me parece una buena mentira. Tengo la impresión de que te pasas de vivo. (*Vitaliano insiste*). Bueno, te daré uno. ¡Uno solo, te lo advierto! (*Pausa confidencial*). Pero no gratis... (*El viejo expresa que acepta*). Te doy un buen beso a cambio de algo valioso. Una joya, por ejemplo, de esas que a ti te sobran. (*El viejo aprueba. Lanza un grito potente y viene Tupi*).

TUPI.— (*Después de que Vitaliano la ha hablado con sus expresiones y gesticulaciones incoherentes*) ¡Jum! ¿Grande o chico? (*Hace a cada una de estas palabras los ademanes contrarios*).

OLIMPIA.— ¡Grande, como es lógico! (*Indica algo muy pequeño*).

TUPI.— (*Escuchando a Vitaliano ratifica*) ¡Jum! (*Vuelve a escuchar a Vitaliano*) ¡Mujer muy cara! (*Salé*).

OLIMPIA.— ¿Dijo “mujer muy cara” esta peluda, o me engañaron mis oídos? (*Vitaliano patatea y chilla presumiblemente dichoso*).

TUPI.— (*Que retorna con un largo collar de piedras verdes*) ¡Jum! ¡Collar de la Gran Boa! (*Se lo da a Olimpia*) ¡Jum! ¡Mujer muy cara!

OLIMPIA.— (*Mientras toma ávidamente la joya*) ¡Oiga, ese insulto no se lo aguanto a nadie! (*Tupi se va impasible, Olimpia contempla el collar*) ¡Dios mío si son esmeraldas! Deja que las cuente... (*Cuenta*) ¡Treinta inmensas esmeraldas! ¡Qué fortuna! (*A Vitalia-*

no) ¿Y esto es lo que habitualmente pagas por un beso? ¡Oye, conmigo te arruinan! (*Vitaliano manifiesta impaciencia. Olimpia guarda en su cartera el collar. El viejo reclama el beso.*) Bueno, listo. (*Al cielo.*) ¡Ayúdame, Señor de los Cataclismos! (*Vitaliano ha cerrado los ojos y extendido la boca. Ella posa sus labios en los de él, y lo que ocurre es efectivamente un cataclismo: el viejo se pone en pie con tal fuerza que ambos ruedan por el suelo. Ahí se produce un enredo donde no se sabe si luchan o se abrazan. Al fin, Olimpia se libera de Vitaliano, que queda inmóvil en el piso. Ella corre a la puerta, para escapar, pero en el umbral aparece Tupi dispuesta como un gladiador a cerrarle el paso. Olimpia está despeinada, le falta un zapato, tiene el traje desgarrado, pero mantiene la cartera muy cogida entre los brazos.*)

OLIMPIA.— ¡Este viejo es un monstruo! ¡Déjeme salir! ¡No tiene derecho a impedirme la salida!

TUPI.— (*Con gesto afirmativo*) ¡Jum! ¡Señora no salir hasta que jefe ordene!

OLIMPIA.— (*Histérica*) ¡Qué jefe ni qué jefe! ¡He sido víctima de una agresión! ¡Este viejo corrompido ha intentado deshonrarme!

TUPI.— (*Cortándola*) ¡Jum! ¡Jefe no ser viejo corrompido! ¡Jefe ser caimán con señoras!

OLIMPIA.— ¡Usted es su cómplice, so bruja! ¡Acudiré a las autoridades y los dos irán a la cárcel por degenerados!

TUPI.— ¡Jefe no ir a la cárcel! ¡Jum! ¡Jefe tener mucha plata! ¡Autoridades ser caimanes también!

OLIMPIA.— ¡Contrataré los mejores abogados!

TUPI.— ¡Jum! ¡Abogados ser caimanes!

OLIMPIA.— ¡Veremos qué dicen los tribunales!

TUPI.— ¡Tremendos caimanes son jueces!

OLIMPIA.— ¡Lo meteré en un manicomio!

TUPI.— ¡Médicos también caimanes! ¡Jum! ¡Muchos caimanes en el mundo! ¡Jum!

OLIMPIA.— ¡Algo le haré al muy inmoral! (*Advierte intempestivamente que Vitaliano está yerto en el suelo*) ¿Pero qué le pasa? Yo no le hice nada, que conste. Me defendí, eso es todo.

TUPI.— ¡Jum! ¡Jum! ¡Esperar!

OLIMPIA.— (*Aproximándose tímidamente al cuerpo*) ¿Duerme? ¿Qué le provocó tanto sueño?

TUPI.— ¡Jum! ¡Fiebre verde de mosca chiquita (*Juego habitual de los ademanes*) hace sueño grande!

OLIMPIA.— (*Inclinándose*) ¡Parece que no respira!

TUPI.— (*Dando un paso adelante*) ¡Jum! ¡Jum!

OLIMPIA.— (*Toca, temerosa, el cuerpo de Vitaliano*) ¡Y está duro!

TUPI.— ¿Jum? ¡Jum!

OLIMPIA.— (*Palpándolo decidida*) ¡Está muerto! (*Grita horrorizada*).

(*Entran Brígida, Cayetano y Urbano*)

URBANO.— ¿Vieron cómo yo tenía razón? Esto tenía que acabar mal...

OLIMPIA.— (*Refugiándose en los brazos de Cayetano*) ¡Un ataque! ¡Le vino un ataque! ¡Está muerto!

BRIGIDA.— (*A Tupi*) ¡Hace rato que dije que había que llamar a un médico!

TUPI.— ¡Jum! (*Afirma con la cabeza*) ¡Jefe no muerto!

CAYETANO.— (*A su mujer*). Sosiégate, sociégate. Tan sólo con el ánimo templado será dable comprender cómo ha acaecido lo que, perplejos, en este instante doloroso contemplamos.

URBANO.— (*Examinando a Vitaliano*) ¡Bueno, si no está muerto, poco le falta! ¡Qué desgracia!

BRIGIDA.— ¡Hay que levantarlo de ahí! ¡Pobre Vita, tirado en el suelo como un perro!

CAYETANO.— Es atinado y conveniente verificar si el deceso se ha producido ya, o únicamente se trata de una mera catalepsia. Hay que requerir a un facultativo.

URBANO.— (A Cayetano) Ayúdame a ponerlo en el sofá.

BRIGIDA.— (A Tupi) ¡Usted, ayude a los señores! ¡Oh, la servidumbre!

TUPI.— ¡Jum! ¡Jefe duerme! ¡Duerme largo y tieso! (*Interviene, sin embargo, en la operación de levantar a Vitaliano y de conducirlo al sofá.*)

URBANO.— En la casa de al lado he visto una placa de médico. Una de ustedes vaya y búsquelo. (A los que cargan a Vitaliano) ¡Cuidado con golpearle la cabeza!

BRIGIDA.— (A Olimpia) Anda tú, hija.

CAYETANO.— Sí, querida mía. Exprésale que se trata de una perentoria cuestión de vida o muerte. (A Urbano y Tupi.) ¡No lo asuman en tan brusca forma! (*Olimpia sale.*)

BRIGIDA.— (*Acomodando el sofá.*) Despacio que no es un fardo. Suavecito... Así.

URBANO.— ¡Ya! ¡Así está bien!

CAYETANO.— Es propio y profiláctico que la cabeza yazga sobre un muelle sustento. (*Brigida coloca un almohadón debajo de la cabeza de Vitaliano.*) ¡En verdad, se diría que se halla en estado onírico!

TUPI.— ¡Jum! ¡Jefe duerme! ¡Jum! ¡Gran sueño de caimán!

URBANO.— ¿Sueño de qué?

BRIGIDA.— De caimán, parece haber dicho.

CAYETANO.— ¡Qué difícil resulta establecer un contacto idiomático con este espécimen de la situación estanca y primitiva de los grupos marginales de la historia!

URBANO.— ¡No habla! ¡Ladra!

BRIGIDA.— (*Que, con el oído pegado al pecho de Vitaliano, ha estado auscultándolo.*) Creo que se nos ha ido. No le suena nada.

URBANO.— ¿Y el testamento?

BRIGIDA.— Nadie le ha preguntado a Olimpia si Vitaliano testó antes del ataque.

CAYETANO.— ¿Estará capacitada la indígena para sacarnos de la hesitación? Procuraré inquirirla.

URBANO.— ¡Tú no, Cayetano! ¡Si yo que he ido a la Universidad apenas te entiendo! ¡Déjame a mí! (*A Tupi*) ¿Antes de que muriera, tu jefe hizo testamento? (*Tupi no se inmuta*) ¿No escribió papelito? (*La misma actitud de Tupi*) ¿Papelito con nombre: Urbano, Brígida, Cayetano, Olimpia, y con números de muchos ceros? (*No responde.*)

BRIGIDA.— ¡Hay que ir al grano! (*A Tupi*) ¿Dónde tiene la plata tu patrón?

TUPI.— ¡Jum! ¿Plata?

CAYETANO.— ¡Sí, la plata, el dinero, los tesoros!

TUPI.— ¡Jum! ¿Tesoros?

URBANO.— ¡El oro! ¡Las joyas!

TUPI.— (*Entusiasta*) ¡Jum! ¡Mucho oro! ¡Joyas! ¡Muchas joyas! ¡Jum!

LOS TRES.— (*A coro*) ¿Dónde están?

OLIMPIA.— (*Que ingresa en ese momento seguida de un anciano en pijama, el cual trae la cara enjabonada.*) Pase, doctor. Con confianza. (*A sus parientes.*) Aquí está el médico...

MEDICO.— Buenos días. (*Timidamente.*) Señores, hace muchos años que no ejerzo. No sé si podré...

URBANO.— Es un muerto corriente, doctor. No se preocupe.

MEDICO.— Disculpen si me presento así. La señora me sacó del

baño... Estoy ya retirado de la profesión y...

CAYETANO.— No se inquiete usted, doctor, por su indumento doméstico. Sólo queremos que diagnostique y suscriba el óbito de nuestro anciano y achacoso tío. Ahí están los despojos.

TUPL.— ¡Jum! ¡Jefe duerme como caimán!

BRIGIDA.— ¡Cállese! ¡Tenga respeto por el difunto!

MEDICO.— (*Examina el cuerpo.*) Hace tiempo que me retiré... Yo ya no puedo. Les prevengo que a lo mejor me equivoco. (*Como si descubriera algo importante.*) Ante todo, el color de este señor está mal. (*Ausculta*) ¡Uy! ¡Muy mal! (*Le levanta un brazo y lo deja caer. Luego el otro*) ¡Uy, peor que peor! (*Le alza un párpado y observa*) ¡Uy! ¡Uy! ¡Peor que pésimo! (*Mira a todos, feliz.*) Está claro.

URBANO.— ¿Y?

MEDICO.— (*Muy feliz*) ¿Y? ¡Pues muerto! ¡Muertísimo!

CAYETANO.— ¿Quiere decir que esos ya son sólo los restos mortales del tío Vitaliano?

MEDICO.— Mortalísimos.

BRIGIDA.— ¿Entonces no tiene la ciencia nada que hacer?

MEDICO.— ¡Eso sí! ¡Estoy jubilado, pero hay cosas de las que no me he olvidado!

URBANO.—¿Qué puede hacer la ciencia? ¿Qué?

TODOS.— ¿Qué?

MEDICO.— ¡Cobrar! Me deben la consulta. El certificado es trabajo aparte.

BRIGIDA.— (*Llorando amargamente*) ¡Ay, Vitaliano! ¿Por qué nos has dejado?

TUPL.— ¡Jum! ¡Curandero no sabe! ¡Jefe sueña como caimán!

OLIMPIA.— (*Llora también*) ¡Pobre tío! ¡Era un santo!



URBANO.— ¿Y de la herencia, qué hay? ¡No hemos averiguado nada de la herencia!

BRIGIDA.— (*Se aproxima al cadáver*) ¿Cuñado, por qué te has ido? (*Más llanto.*)

URBANO.— ¡Basta de lamentos! ¡Busquemos la plata!

MEDICO.— ¿Y quién de ustedes me va a pagar? Ya me voy. Tengo que terminar de afeitarme.

CAYETANO.— ¡Doctor, no estamos con el ánimo para asuntos crematísticos! Nuestra alma se halla embargada por un profundo pesar...

URBANO.— ¿Acepta usted letras?

MEDICO.— ¡Yo les he dado una consulta, no un televisor!

(*Brígida y Olimpia lloran más agudamente. Cayetano no las consuela. Urbano busca el dinero en los muebles. El médico está desorientado. Al lado del cuerpo, Tupi impasible monta guardia.*)

BRIGIDA.— ¡Te daré un beso de despedida, Vita! ¡Adiós varón ejemplar!

(*Lo besa. No bien lo ha hecho, Vitaliano se levanta como movido por un resorte, se pone en pie, bosteza ruidosamente, camina y hace rápidas flexiones con brazos y piernas. Todos, al verlo resucitar, gritan despavoridos, salvo Tupi.*)

VITALIANO.— ¿Por qué gritan así? ¿Son ustedes cretinos? ¿Nunca han visto despertarse a alguien? (*Vuelve a bostezar*) ¡Qué buena siesta! ¡A fondo!

CAYETANO.— ¿Debo entender, tío, que te hallabas tan sólo sumido en un estado soporífero transitorio?

URBANO.— (*Adulón*) ¿Soporífero? Nada de eso. El tío Vitaliano dormía feliz y contento. Así es el sueño de una conciencia tranquila.

TUPI.— ¡Jum! ¡Como caimán!

BRIGIDA.— ¿Y ese animal que dijo que estaba muerto y que encima tuvo el atrevimiento de cobrar, dónde está?

MEDICO.— Yo le advertí, señora, que yo ya no puedo. No distingo. Un muerto y un dormido son iguales. ¿Quién los distingue?

VITALIANO.— (*Ríe*) ¿Muerto yo? ¡Los enterraré a todos ustedes! (*Se carcajea*) ¡Los enterraré a todos, uno por uno!

URBANO.— (*Tratando de halagarlo*) ¡Claro! ¿Morirte tú como un cardíaco común y corriente, cuando se te ve tan sano de cuerpo y alma? ¡Qué tontería!

CAYETANO.— ¡Joven de espíritu, tío, porque si no yerro en la operación contable, ya eres sexagenario!

BRIGIDA.— (*Presumida y halagadora*) ¡Qué ocurrencia! Si yo tengo cuarenta, Vita apenas llega a los cincuenta.

VITALIANO.— ¿Tú, cuarenta? ¡En cada arruga! ¡Tengo, aunque no lo creas, noventa y cinco! ¡Los cumplo hoy, para más señas!

BRIGIDA.— ¡Es cierto! ¡Feliz cumpleaños! (*Lo abraza. Aparte*) ¡Está más vivo que nunca este desgraciado!

OLIMPIA.—(*Coqueta*) ¡Muchas felicidades, tío! (*Lo abraza. El aprovecha*) ¡Basta, tío, ya sé que eres caimán!

CAYETANO.— ¡Mis mejores augurios por tu largo futuro! (*Lo abraza.*)

BRIGIDA.— (*Aparte a Olimpia*) ¡Y hasta la vista, herencia!

MEDICO.— Acepte mi congratulación. Y disculpe. Usted sabe, un muerto, un dormido, ¿quién puede distinguirlos?

URBANO.— (*Aparte también.*) Habrá que sacársela en vida. (*A todos, en voz alta y entusiasta*) ¡Cantémosle al tío un Happy Birthday como se merece!

(*Todos aprueban ruidosamente, menos Tupi que permanece ceñuda y alejada.*)

TODOS.— (*En coro y formando ronda en torno a Vitaliano.*)

Happy Birthday to you,

Happy Birthday to you,

Happy Birthday ...

TUPI.— (*Interrumpiéndolos, en plena nota aguda, con una voz potente*) ¡Jum! ¡Alto!

TELON



DOS VIEJAS VAN POR LA CALLE

COMEDIA GROTESCA EN UN PROLOGO

TRES ACTOS Y UN EPILOGO

INTERVIENEN

CATRINA

VIROLA

BELMIRA

FORTUNO

VERRUGA

VIOLANTE

La acción transcurre en Lima y en estos tiempos.

*24 de octubre de 1959.)*

*(Estrenada por Histrión, Teatro de Arte, en "La Cabaña", el*



## PROLOGO

A telón corrido, desde un extremo de la escena —o, si se quiere, por cualquier pasillo de la sala,— bajo un haz de luz, avanzan dos figuras. Son dos viejas menudas, vestidas de negro, tocadas con unos ajados sombreritos también negros, que llevan sendos paquetes. Una va un paso más adelante que la otra, aunque marchan tomadas de la mano. La música que ha comenzado a sonar en el momento de la aparición de estos personajes, cuyo aspecto manifiesta soledad y desamparo, ha de imitar o contener el ruido del tráfago callejero de una gran ciudad. Con pasos cortos, deteniéndose de trecho en trecho como para precaverse de los peligros urbanos, las dos viejas llegarán al lateral contrario del que han aparecido, y por ahí harán mutis. El diálogo debe cubrir justamente dicha distancia.

CATRINA.— No te quedes, mujer. Apcnas tenemos un cuarto de hora para llegar hasta la Alameda de los Descalzos... Bien sabes que la sopa la reparten justo a mediodía.

VIROLA.— (*Que aquí como en el epílogo responderá monótonamente*). Justo a mediodía... Justo a mediodía... Justo a mediodía...

CATRINA.— (*Presta*). ¡Cuidado ahora, al cruzar! ¡Corre! (*Tira a su hermana de la mano*). ¡Mira a todos lados! (*Corren las dos*).

VIROLA.— ¡Mira a todos lados! ¡Mira a todos lados! ¡Mira a todos lados! ¡Mira a todos lados!

CATRINA.— (*Deteniéndose acezante*). Esta esquina es muy peligrosa. Descansemos un poco... (*La otra está también agitada. Pausa. Por el paquete que ésta lleva*). Agarra bien tu lata...

VIROLA.— Bien tu lata... Bien tu lata... Bien tu lata... Bien tu lata... Bien tu lata...

CATRINA.— Ahora, apresuremos el paso... (*Hala de ella.*) Vamos, que no nos sobra el tiempo...

VIROLA.— No nos sobra el tiempo... No nos sobra el tiempo... No nos sobra el tiempo...

CATRINA.— (*Interrumpiéndola.*) ¡Hoy estás peor que nunca!

VIROLA.— ¡Peor que nunca! ¡Peor que nunca! ¡Peor que nunca! (*Se le cae el paquete.*)

CATRINA.— No sé que voy a hacer contigo. ¡Levanta eso del suelo! ¡Eres muy torpe!

VIROLA.— (*Mientras levanta el paquete.*) ¡Muy torpe! ¡Muy torpe! ¡Muy torpe! ¡Muy torpe! ¡Muy torpe!

CATRINA.— Agárralo fuertemente. Así... (*Reemprendiendo la marcha.*) Ya te he dicho que si pierdes esa lata no sé en qué vas a recibir la sopa... Te he dado la mejor que encontramos. Es de una conserva norteamericana. No se oxida ni se agujerea... Debiera ser para mí, que soy cuidadosa.

VIROLA.— Soy cuidadosa... Soy cuidadosa... Soy cuidadosa... Soy cuidadosa... Soy cuidadosa...

CATRINA.— Estamos tardando demasiado. ¡Hay que ir más de prisa! (*Tira enérgicamente de su hermana.*) Como si fuéramos unas muchachitas... (*Corren.*)

VIROLA.— Unas muchachitas... Unas muchachitas... Unas muchachitas... Unas muchachitas...

CATRINA.— (*Tropeza y cae*) ¡Ay, tonta! Me he golpeado por tu culpa. (*Poniéndose en pie*) ¡Ay, mis riñones! Por tu culpa, nada más. Me enredo tratando de guiarte.

VIROLA.— De guiarte... De guiarte... De guiarte...

CATRINA.— (*Arrastrándola.*) Y, además, vamos a perder la sopa... ¡Aprisa! ¡Tengo hambre!

VIROLA.— ¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre! (*Mutis.*)

(*El telón se descorre entonces sobre el escenario.*)

## PRIMER ACTO

*En una sola estancia, la salita y el comedor de una de esas estrechas casas de barrio de la clase media llamadas de "estilo americano". Dos accesos laterales conducen respectivamente a las habitaciones y a los servicios. Al foro se halla la puerta que da al exterior. Los muebles son de factura antigua y se encuentran cubiertos con fundas. Los adornos participan de la desuniformidad de gustos de aquello que se acumula sin concierto durante toda la vida: fotografías, paisajes, bibelots, fantasías, almohadones y encajes. No faltan una piel de tigre en el suelo y en un costado, en su jaula, un canario de escaso trino.*

*Al levantarse el telón, Virola —aunque vieja, más joven de como la vimos en el prólogo— charla con Belmira, una vecina. Una escoba a su lado expresa bien por qué está un tanto impaciente.*

BELMIRA.— *(Continuando una larga disquisición)* Sí, querida... Sittian las casas decentes, acosan a las muchachas, las cercan con sus requiebros, y las muy infelices caen en las redes de ese mal-sano amor. *(Pausa.)* Nunca se es demasiado severa cuando las costumbres se han relajado tanto.

VIROLA.— *(Con convicción.)* Lo comprendo muy bien. *(Intencionada)* Hay, de otra parte, casos realmente aleccionadores.

BELMIRA.— *(Con rapidez)* Para no ir muy lejos, el de la zambita de al lado.

VIROLA.— *(Curiosa)* Pero ella se fugó voluntariamente, ¿no es cierto?

BELMIRA.— (*Repantigándose en el asiento*) El asunto no está muy claro que digamos. La chica era suelta de cascos y le gustaba que los hombres le arrastraran el ala. El, ¡un sinvergüenza! Pero la culpa en estas ocasiones es siempre de las mujeres.

VIROLA.— (*Digna*) ¡Nunca me fue simpática! Tenía un airecillo coqueto, como de madurez precoz. (*Severa*) ¡Colores en la cara, polleras altas e insinuantes, muecas y ademanes incorrectos!... ¡Malo! ¡Malo!

BELMIRA.— Conozco algo a la madre y puedo garantizar su honorabilidad. Pero en los colegios se juntan tios y troyanos, las amistades nacen sin discriminación de cunas y, entre confidencias y juegos, las más avezadas inoculan su veneno a las otras.

VIROLA.— (*Concluyente*) ¡Eso es! ¡Su veneno! (*Suspirando*) ¡Pobre madre!

BELMIRA.— ¡Pobre madre!

VIROLA.— (*Con energía*) Debido a ello es que nos hemos empeñado en conocer bien a Violante. Fortuno no puede unirse a quien no sea para él un regazo permanente... ¡Figúrese, habituado a nuestra ternura!

BELMIRA.— (*Galante*) ¡Si habré hablado de eso, vecina! Hace algunos días se lo decía a la familia de la otra puerta. Yo sé que Fortuno es un joven delicado cuyas virtudes...

VIROLA.— (*Interrumpiéndola*) ¡Envidiables!

BELMIRA.— (*Continuando*) Cuyas virtudes requieren eso que usted ha dicho: regazo permanente... (*Pausa*) ¡Violante, según tengo entendido, es intachable en ese aspecto!

VIROLA.— La pobre quedó huérfana desde muy pequeña, pero los parientes que la educaron —gente muy decente— han dedicado su existencia a cultivarla como a una flor de invernadero... ¡Basta mirarle la cara!

BELMIRA.— (*Sentenciosa*) ¡Las virtudes se inculcan por medio de una paciente labor, llena de sacrificios!

VIROLA.— (*Enérgica*) ¡Sacrificios, sí; pero, por sobre todo, ejemplos! La zambita, mi querida amiga, ha sido testigo de la vida disipada de su padre...

BELMIRA.— La madre se disculpa diciendo que su esposo trabaja en una imprenta y que en esos talleres la labor es nocturna... Las que lo conocen, saben de su vida privada y así lo afirman también.

VIROLA.— (*Escéptica*) ¿Imprenta? ¡Hum! Me parece un poco raro. No creo que el trabajo en una imprenta ponga a la gente en estado de dar tumbos en la escalera...

BELMIRA.— (*Interesada*) ¿Usted lo ha oído?

VIROLA.— (*Con seguridad*) ¡Dar tumbos y decir palabrotas! ¡Hum!

BELMIRA.— ¡Quién lo creyera! (*Solemne*) En fin, vecina, nadie sabe el misterio que encierra cada familia...

VIROLA.— (*Sin indulgencia*) Los que nada tenemos que ocultar podemos sacar nuestras vidas al techo, a orearlas, sin temor de que alguien nos señale manchas vergonzosas...

BELMIRA.— (*Con galantería*) ¡Todo el barrio sabe muy bien eso, vecina! Ya es proverbial referirse a ustedes como a las honradas Tafur.

VIROLA.— (*Gozosa*) ¡Algo cuesta ganarse el título de honradas!

BELMIRA.— (*Tras una pausa*) ¿Supongo que la boda de Fortuno será indefectiblemente el lunes?

VIROLA.— ¡Indefectiblemente! (*Pausa*). No se imagina lo cansadas que estamos con el trajín. Todo el santo día atendiendo asuntos que por lo común se presentan inesperadamente: la iglesia, las flores, los papeles, los trajes, la fiesta... ¡Uf! ¡Peor que un parto!

BELMIRA.— ¡Sé todo lo que trae consigo una ocasión así! (*Poniéndose en pie*) ¡La dejo ya!

VIROLA.— (*Hipócrita*) ¿Tan pronto?

BELMIRA.— Sí, es muy tarde. (*Solícita*) Ya sabe que para cualquier diligencia esta vieja aunque achacosa en algo puede ser útil.

VIROLA.— (*Muy social. En pie*) ¡Gracias, vecina! ¡Usted siempre tan atenta! (*Pausa*) No necesito decirle que el lunes la contamos entre nosotros, ¿eh?

BELMIRA.— ¡Oh, sí! Ya recibí la participación (*Saliendo*) ¡Hasta ese día, entonces! ¡Saludos a Catrina! (*Sale*)

VIROLA.— (*En la puerta*) ¡Hasta ese día, vecina! ¡Adiós! (*Sola ya*) ¡Y guarda el pico, sanguijuela de los justos! (*Toma la escoba y barre apresurada*)

CATRINA.— (*Entrando con un plumero en la mano. También luce menos años*) ¡Qué palique el que has tenido! ¡Como si estuviéramos a estas alturas para perder el tiempo!

VIROLA.— (*Continuando su tarea*) ¡Oh, tu mal humor!

CATRINA.— (*Insidiosa*) ¡Aún no hemos puesto la casa ni así de limpia y tú dale que dale a la lengua! Si Violante la encuentra en desorden puede formarse una falsa idea de nosotros, de nuestras costumbres...

VIROLA.— (*Molesta*) ¡No refunfuñes tanto y atiende a lo tuyo!

CATRINA.— ¡Desmenuzando a la vecindad!

VIROLA.— ¿Me dejarás en paz?

CATRINA.— ¡Vieja enredista, sin sesos!

VIROLA.— ¡Insúltame! ¡Insúltame! ¡No sé cómo te soporto!

CATRINA.— (*Amarga*) ¡Pero si soy yo la que te tolero desde hace cerca de cincuenta años! Cuando menos lo pienses voy a perder la calma y por respondona te...

VIROLA.— ¡Qué! ¡Dilo!

CATRINA.— ¡Te voy a dar un palo en la cabeza!

VIROLA.— (*Casi sollozante*) ¿A mí? ¡Ahora mismo me pongo a gritar!

CATRINA.— (*Desafiante*) Si quieres que los vecinos se enteren de



que no hay paz, hazlo... ¡Todas las zaranjadas de la decencia se irán al cuerno!

VIROLA.— (*Lamentándose*) ¡Qué vida, Dios mío! ¡Qué vida! Viene una visita, la atiendo como es debido y me acusas de pereza... (*Pausa*) Sabes mejor que yo que si a esa vieja no se le hacen cumplidos nos deja como trapo de piso por el barrio.

CATRINA.— ¡Vaya! (*Malintencionada*) ¡Qué tanto tendrá que decir de ti, si estás hecha un estropajo!

VIROLA.— (*Con altivez ridícula*) ¡Catrina! ¡Bien sabes que tuvimos nuestra época!

CATRINA.— (*Burlona*) ¿Tú? Siempre fuiste una rata de confesionario, una lechuza de convento (*Mordaz*) ¡Yo no quise tener hombres! ¿Pero tú? Después de rezar como una beata, te ponías en la ventana como a pescar tramboyos. Ellos pasaban silbando y apenas te miraban de reojo...

VIROLA.— (*Pausa. Luego, con sorna*) Parece que te olvidas de Poncio... ¡Me pidió!

CATRINA.— (*Riendo*) ¡Te pidió! ¡Buen pillo el tal Poncio! ¡Si entró en la casa fue porque no pudo resistir más tus provocaciones! Los hombres no son de hierro, hijita, muy fácil es atraer a uno mostrándole algo más que la pantorrilla...

VIROLA.— (*Herida*) ¡Ay! ¡Ay, Catrina! ¡No te lo permito! ¡El noble, el suave, el dulce y honesto Poncio!

CATRINA.— (*Irritada*) ¡Bah, el honesto Poncio! ¡El que tras quince años de noviazgo puso los pies en polvorosa! ¡Buena pieza!

VIROLA.— (*Rompiendo en un sollozo*) ¡Te diviertes, gozas cruelmente empañando el más bello recuerdo de mi vida!

CATRINA.— (*Fastidiada*) ¡No faltaba sino esto! ¡Lágrimas!

VIROLA.— (*Con los ojos puestos en el cielo*) ¡Perdónala Poncio!

CATRINA.— (*Incómoda*) ¡Bueno, basta! ¡Lo dije por decir...!

VIROLA.— Lo dices siempre que quieres ofenderme... ¿Por qué?

CATRINA.— (*En tono de desagravio*) Estoy nerviosa, sensible... Esto del matrimonio de Fortunato me tiene descentrada, ¿entiendes?

VIOLA.— (*Enjugándose las lágrimas*) ¿Temes acaso por su felicidad?

CATRINA.— (*Rápida*) ¿Y cómo no?

VIOLA.— ¿Crees que Violante no será capaz de hacerlo dichoso? (*Decidida*) ¡Aún estamos a tiempo de evitar el matrimonio!

CATRINA.— (*Con convicción*) ¡No! ¡No! ¡Qué ocurrencia! (*Segura*) ¿No lo salva Violante de las garras de aquella bataclana? ¿De aquella mujer voraz, tentadora, carnívora?

VIOLA.— (*Encendida*) ¡Sí lo salva! (*Con repugnancia*) ¡Oh, la bataclana! ¡Satanás mismo en paños menores!

CATRINA.— Desde que Fortunato conoció a Violante ha dejado de pensar en ella. Esas fotografías descompuestas en las cuales aparecía echada en una poltrona, fumando en una larga boquilla nacarada, no están más en su habitación. Sus salidas nocturnas han disminuído. Se le ve tranquilo, reposado, amoroso...

VIOLA.— Ya no hay más huellas de labios femeninos en los cuellos de sus camisas, ni pañuelos bordados, llenos de infame perfume, en sus bolsillos...

CATRINA.— (*Con gesto de satisfacción*) Esta boda, querida, corona nuestra lucha por su bienestar. Es la culminación de su educación... (*Activa*) ¡No nos detengamos más! ¡Hay mucho que hacer! ¡Vamos, toma este plumero y sacude un poco los muebles!

VIOLA.— (*Pueril*) Me gusta que nos reconciliemos. Parece que volara entre nosotros el alma de nuestra hermana Lirón —¡que en paz descansa!—, cuyo hijo nos fuera en buena hora confiado. (*Conmovida*) ¡Hemos hecho de él un hombre cabal!

CATRINA.— ¡Hemos cumplido con nuestro deber! (*Pausa*). Es honrado, trabajador, generoso. ¡Un tesoro!

VIOLA.— ¡Nuestro tesoro! ¿Qué miseria sería nuestra vejez sin él? ¿Te imaginas?

(Ambas mujeres se aplican a limpiar la salita. Hay una larga pausa llena de vaivenes de faldas y pequeños tropiezos.)

VIROLA.— (Deteniéndose como para decir algo importante). ¡Catrina!

CATRINA.— ¿Qué?

VIROLA.— (Suave). Nuestras vidas no han sido inútiles...

CATRINA.— (Orgullosa). No han sido vanos los azotes. ¡Algo se ha ganado!

VIROLA.— (Incisiva). ¡Tampoco —como opinabas— los mimos le han hecho daño!

CATRINA.— (Con intención). De mis castigos, principalmente, y no de tus caricias, procede su rectitud normal.

VIROLA.— (Casi suplicante). ¡Hermana! ¡Acordemos que ambas hemos contribuído en partes iguales!

CATRINA.— (Con el mismo tono impositivo). ¡Yo sostengo y sostendré que la letra con sangre entra!

VIROLA.— Mas no negarás que aquello de dar un bombón y una lección es eficaz.

CATRINA.— (Escéptica). ¡Hum! ¡La educación tradicional hace más uso del palo que del premio! ¡Las madres severas y los maestros inflexibles ven con más frecuencia que los otros los buenos frutos de su celo!

VIROLA.— (Disgustada). ¡Vaya! (Pausa). ¡No sé de dónde sacas tanta sabiduría!

CATRINA.— (Con intención). Ignoras, pobrecita, lo que es la maternidad, porque ignoras lo que es el amor...

VIROLA.— (Más o menos desafiante). ¿Y tú, de qué puedes jactarte?

CATRINA.— (Altiya). ¿Y si yo tuviera una experiencia de amor? ¿Pequeña, pero experiencia al fin y al cabo?

VIROLA.— (Irritada pero burlona). ¿Experiencia de amor? ¡Te pones ridícula, Catrina!

CATRINA.— (*En son de guerra*). ¿Qué sabes tú de mí?

VIROLA.— (*Sarcástica*). ¿Qué sé? Pues que tuviste como novio al Capitán Espumo durante más de una década y que se fue como vino, ¡puro como una azucena!

CATRINA.— (*Sobrepasada*). ¿Puro como una azucena? ¡Eso te crees tú!

VIROLA.— (*Intrigada*). ¿Lo niegas?

CATRINA.— (*Presumiendo y tratando de insinuar algo*). ¡Puro como una azucena un hombre como el Capitán Espumo!

VIROLA.— (*Con cierta alarma*). ¿Qué quieres sugerir, Catrina?

CATRINA.— Que un hombre como el Capitán Espumo es la negación de la pureza. Es la aventura...

VIROLA.— (*Francamente preocupada*). ¿Hubo otra cosa entre tú y él que no fuera amor transparente, contemplativo?

CATRINA.— (*Provocando la curiosidad de la otra*). No puedo contestarte... (*Pavoneándose*). ¡Toda mujer que se precia debe tener, por lo menos, un secreto!

VIROLA.— (*Tras de mirarla fijamente, con un grito histérico*). ¡Catrina, mira lo que dices!

CATRINA.— (*Con calma victoriosa*). ¡Mira tú lo que piensas!

VIROLA.— (*Definitivamente sorprendida*). No es muy casto lo que sugieres, Catrina. (*Pensativa*). Todos en casa durante tu largo noviazgo te vigilábamos los pasos. No recuerdo que hayas tenido un momento propicio para ceder a tus flaquezas...

CATRINA.— (*Dueña de la situación*). ¡Soy una mujer, entiendes! ¡Tengo derecho, tenía derecho, a buscar un momento de plena dicha..., y lo tuve! (*Reaccionando, muy teatral*). ¡Bueno, es el pasado!

VIROLA.— (*Sobrecogida y desconcertada*). ¡Catrina! ¡Catrina! ¡El Capitán era un caballero! ¡Nunca...! ¡Oh! (*Va hacia su hermana y la toma de las manos suplicante*). ¿Cediste alguna vez a los bajos instintos del Capitán?

CATRINA.— (*Absolutamente segura*). 'Menos averigua Dios, y perdona.

VIROLA.— (*En el tono anterior*). ¿Caiste? ¿Fuiste presa del demonio?

CATRINA.— (*Con ademanes muy desenvueltos*). ¡Qué curiosidad bochornosa! ¡Terminemos!

VIROLA.— (*Acosándola*). ¿Qué hiciste?

CATRINA.— (*Con el fin de deshacerse*). ¿Qué hice? ¡Algo muy natural! (*Tratando de concluir*). ¡Olvida lo dicho! ¡Es tarde y pronto estarán aquí Violante y Fortunio!

VIROLA.— (*Al borde del sollozo*). ¡Catrina! ¡Catrina!

CATRINA.— (*Fastidiada*). ¡Ya tendremos tiempo de conversar!

VIROLA.— ¡Nunca creí que me ocultaras algo tan importante!

CATRINA.— (*Reanudando la limpieza triunfante*). Ahora te darás cuenta cabal de mi superioridad. ¡Algo conozco de la vida y sus secretos!

VIROLA.— (*Detenida, con la mirada extraviada*). ¡Pecadora!

CATRINA.— ¡Oh, no exageres! (*Consultando el reloj*). ¡Más de las once! ¡Que retrasadas estamos en el trabajo!

VIROLA.— (*En el mismo estado*). ¡El Capitán! ¡El Capitán del pecado!

CATRINA.— (*Mientras trabaja*). Ahora me arrepiento de haberte descubierto mi corazón. Lo dije para demostrarte que sé algo más que tú. No soy vanidosa, no, pero mi experiencia no es pequeña...

VIROLA.— (*Continua estática*). ¿Sí?

CATRINA.— Sí...

VIROLA.— (*Lentamente*). Eso te crees tú... (*Ríe en voz baja*).

CATRINA.— (*Un tanto sorprendida*). ¿Te parece poco lo que te he dado a entender?

VIROLA.— (*Martillante*). ¡Nada conoces que yo ignore!

CATRINA.— ¿Qué quieres decir?

VIROLA.— (*Pausadamente*). Que yo también...

CATRINA.— (*Amoscada*). ¿Que tú también qué?

VIROLA.— (*Con valentía*). ¡Que yo también fui de un hombre!

CATRINA.— (*Como movida por un rayo*). ¿Cuándo? ¿Cómo?

VIROLA.— (*En actitud enseñada, mostrando el número con los dedos*). ¡Dos veces!

CATRINA.— (*Acercándose*). ¿Dos veces?

VIROLA.— (*En igual forma*). ¡Dos o tres...! (*Pausa*). ¡Fui de Poncio!

CATRINA.— (*Con indignación contenida, sin saber qué decir*). ¡Quién lo creyera!

VIROLA.— (*Viva*). ¡Tres! ¡Fueron tres veces, ahora que recuerdo lo que ocurrió en el zaguán!

CATRINA.— ¿En el zaguán? ¿Ahí?

VIROLA.— (*Muy segura*). ¡Sí! ¡Ahí!

CATRINA.— (*Desolada*). ¡Qué barbaridad! (*Pausa*). ¿Y por qué me lo has ocultado hasta hoy? (*Con furia*). ¿Por qué?

VIROLA.— (*Franca*). ¡Era mi secreto!

CATRINA.— ¿Tu secreto? (*Pausa: muy desorientada*). ¡No sé qué decirte! ¡Cómo...! (*Pausa*). ¡Mosquita muerta! (*Claramente indignada*). ¡Sal de mi vista! ¡Vete, inmunda! (*Antes de que Virola pueda obedecer, Fortunato, el sobrino, irrumpe por la puerta del fondo. Va hacia las dos viejas y graciosamente se planta entre ellas*).

FORTUNATO.— ¿Qué hacen las honradas Tafur?

CATRINA.— (*Que ha sido sorprendida, tratando de decir algo normal*). ¡Hola pequeño!

VIROLA.— ¿Cómo te ha ido, lindo?



FORTUNO.— (*Cordial*) ¿De quién chismeaban, eh? ¿De alguna vecina? (*Las viejas mueven la cabeza sin saber qué hacer ni decir*). ¡Un beso para cada una! (*Besa a ambas*). ¡Bien! ¡Bien! ¡Todo está ya listo! (*Pausa*). Si se supieran por qué laberintos he andado esta mañana... Cuando estoy en una de esas oficinas públicas me parece que camino en las tinieblas. Los funcionarios son bichos hormigueantes que van de un lado a otro sin saber para qué. Se hacen preguntas absurdas, ríen, discuten, escriben, corren, telefonéan, silban, toman café, duermen... Al cabo de un rato de estar entre ellos, enloquezco. (*Lo escuchan atentamente*). Terminó, como es lógico, por amargarme y salgo lanzando maldiciones. (*Se sienta*). ¡Uf!

CATRINA.— ¡No maldigas nunca, hijito!

FORTUNO.— ¡Oh, sí! (*Pausa*). ¡Si no fuera por Verruga!

CATRINA.— (*Con curiosidad*). ¿Verruga? ¿Quién es Verruga?

FORTUNO.— Es el hijo del bodeguero de la esquina...

VIROLA.— (*Casi violenta*). ¿Pero ese patán es tu amigo?

CATRINA.— (*Al cielo*). ¡Una de las siete plagas del barrio!

FORTUNO.— (*Poniéndose en pie*). ¡No se alarmen por favor! El asunto es sencillo. Mis gestiones para obtener los documentos necesarios para el matrimonio no bastaron. Se hizo necesaria la intervención de una persona relacionada íntimamente con el mecanismo burocrático, capaz de acelerar los trámites. Verruga es amigo de algunos altos jefes, y por su intermedio hoy mismo tendré los papeles. ¿Entendido? (*Pausa*). El vendrá a entregármelos dentro de un rato...

CATRINA.— (*Severa*). ¿El Verruga ése acá? ¿En una casa decente?

FORTUNO.— (*Conciliador*). ¡Qué más da! ¡Me ha prestado un servicio, tía!

VIROLA.— ¿Pero no recuerdas que tiene muy mala fama, que nadie lo recibe?

CATRINA.— ¡Un bandolero en nuestro hogar!

FORTUNO.— (*Intranquilo*). Es un asunto rápido. Me da los documentos, se lo agradezco y se va...

VIOLA.— ¡Qué muchacho! ¡Pedir ayuda a Verruga!

CATRINA.— (*Ceñuda*). ¡No me importa que a ese canallita le debamos un servicio! (*Señalando el umbral de puerta del fondo*). Pero no pasa de ahí... ¡No pasa de ahí ese salteador de vírgenes!

FORTUNO.— ¡Salteador de vírgenes! ¡Qué exageración!

CATRINA.— (*Con dureza*). ¿Crees que ignoramos que fue ese tal Verruga quien maltrató a la hija del verdulero? La endulzó con palabras bonitas, con primores almibarados, y luego la abandonó como a un perro.

VIOLA.— (*Subrayando*). No sin antes calumniarla...

FORTUNO.— (*Indulgente*). Eso fue cuestión entre ella y él. En este caso, Verruga es una persona que me hace un favor, que me tiende una mano, nada más.

CATRINA.— (*Con toda prosopopeya*). ¡No se puede olvidar, en las relaciones humanas, la moral de la gente! ¡Ya lo he dicho: no pasa de ahí!

FORTUNO.— (*Tratando de evitar el tema*). ¡Te lo prometo, tía! ¡Será sólo cuestión de minutos...! (*Activo*). ¡No se imaginan qué fatigado estoy! ¡Voy a darme un baño! No ha de tardar Violante... (*Cariñoso*). ¿Y qué plato me han preparado mis viejecitas? ¡A ver! ¿Cebiche?

LAS DOS.— ¡No!

FORTUNO.— ¿Papas rellenas?

LAS DOS.— ¡No!

FORTUNO.— ¿Tortillas de sesos?

LAS DOS.— No...

FORTUNO.— (*Pensando*) ¡Oh! ¡Ya sé! (*Titubea*). ¡Pollo al horno!

CATRINA.— ¡Eso! ¡Pollo al horno!

VIROLA.— (*Amorosa*). Preparado tal como te gustaba durante la convalecencia de la viruela, ¿recuerdas?

FORTUNO.— (*Con entusiasmo*). ¡Tengo un par de tías encantadoras! ¡Ahora corro a la ducha! (*Las viejas, encandiladas, lo con templan salir. Fortunato regresa y da a cada una un beso en la mejilla*). Como desagravio por la presencia de Verruga. (*Sale*).

VIROLA.— ¡Qué muchachito!

CATRINA.— (*Meditativa*). No me agrada nada la intervención de ese granuja en este asunto... (*Pausa*) ¡En fin, qué le vamos a hacer!

VIROLA.— (*Como evitando retornar a la conversación interrumpida*). Bien, voy a ver cómo anda la cocina.

CATRINA.— (*Con mirada significativa*). ¡Ajá! (*Pausa*). Yo concluiré la limpieza acá...

VIROLA.— (*Escabullida*). ¡Todo está por hacer! ¡Qué día!

CATRINA.— (*Deteniéndola*). Escucha... (*En voz baja*). Lo de las tres veces me lo contarás luego detalladamente, cuando estemos solas, ¿ah?

VIROLA.— (*Disimulando*). ¿Qué? ¡Ah, sí! ¡Lo había olvidado ya! (*Sale apresurada*).

(*Catrina queda sola. Mientras arregla la pieza, pone un mantel en la mesa y ordena los cubiertos, monologa. Es uno de aquellos soliloquios desordenados con los que las ancianas denuncian sus pensamientos.*)

CATRINA.— ¡Tres veces! ¡Tres veces, y ni haberlo sospechado! (*Pausa*). ¡Mucho mostacho, mucho guante, mucha vanidad, mucho cumplido, todo para sorprender a la incauta! (*Breve pausa*). ¡Mosquita muerta! (*Se detiene*). ¡Poncio! ¡Poncio Pilatos! (*Pausa*). Si yo lo hubiera sabido con oportunidad, esto no quedaba así... ¡Iba a haber juerga! (*Pausa*). Y encima de todo, ¡Verruga en nuestra casa! ¿Y nuestro prestigio? (*Pausa*). ¡Tres veces! ¡Tres veces! (*Pausa, mirando la mesa*). ¡Sobre la mesa hacen falta flores! ¡Tomaré éstas! ¡Bien! (*Pausa*). ¡Qué avidez! ¿Y para qué tantas veces? (*Pausa*). ¡Ausencia de delicadeza, falta de clase! (*Pausa*). Si la gente se llega a enterar de que nos va a visitar

Verruga, caemos bajo la furia parroquial... ¡Verruga! ¡Qué tipo! (Va hasta el armario, saca una botella y se sirve una copita de licor que bebe de una vez). ¡Ajá! ¡Esto está bien! (Sirve otra y la vacía rápidamente). Después de oír tales noticias le quedan a uno temblando las piernas... (Guarda la botella cuidadosamente. Mira la mesa y, frotándose las manos de satisfacción, sale). ¡A mí! ¡A mí con Verrugas! ¡Jajay!

(La escena queda vacía. A los pocos segundos suena prolongadamente el timbre de la puerta. Simultáneamente aparecen corriendo Catrina y Virola, por un lado, y Fortuno, por el otro.)

FORTUNO.— (Deteniéndolas). ¡Alto! ¡Alto! ¡Es Verruga!

CATRINA.— ¿Y no podemos abrir nosotras?

FORTUNO.— (Aplacándolas). Mejor es que lo haga yo. Así ustedes se evitan el disgusto de verlo.

VIROLA.— (Escéptica). ¡Vaya, me retiro!

CATRINA.— (No muy convencida tampoco). ¡Me habría gustado verle la cara al fresco ese! Sin embargo, es mejor que no me dé con él... Podría perder la cabeza y... (Salen).

(El segundo timbrazo es enérgico. Fortuno va hasta la puerta donde han desaparecido Catrina y Virola, se cerciora de que no espían, la cierra con llave y, con presteza, abre la del fondo.)

VERRUGA.— (Con vasta suficiencia y ademán lleno de desplante). ¡Hombre, creí que no me abrirías! Como soy el lobo feroz y aquí vive Caperucita... (Entra). ¡No está mal! ¡Oh! ¡La mesa puesta! (Se acerca y toma un pan que muerde).

FORTUNO.— (Incomodado). ¿Tienes los papeles?

VERRUGA.— (Con sorna). ¡Qué prisa tiene el señor! ¡Sí, los tengo! Pero déjame contemplar la mansión... ¡Ajá! ¡Ajá!

FORTUNO.— (Ansioso). Dejémonos de bromas... Necesito esos papeles y te voy a pagar bien. ¿Para qué dilatar esta entrevista?

VERRUGA.— (Intencionado). Ya sé que no puedo pisar los hogares porque tengo tiña. Pero eso no quita que pueda respirar el aire

de buena conducta que hay entre estas paredes. (*Respira hondamente*). Es edificante, ¿eh?

FORTUNO.— (*Impaciente*). Sabes bien que soy un buen amigo tuyo y que nos unen algunas empresas de peligro, pero aquí te ruego que te comportes en forma más fría...

VERRUGA.— Como comerciantes, ¿no? Aunque los negocios nuestros sean algo turbios...

FORTUNO.— (*Con prisa*). ¡Al grano, que tengo mil cosas que hacer!

VERRUGA.— (*Sin variar su tono suficiente*). ¡Hombre, qué precipitación! (*Pausa*). No creas que ha sido fácil conseguir esos papeles. Ha habido necesidad de poner sellos y firmas... ¡Un trabajo serio! Lo malo es que uno es pobre y tiene que vivir de esta estúpida clase de negocios.

FORTUNO.— (*Nervioso*). Todo eso lo sé... ¡Pagaré lo que tenga que pagar!

VERRUGA.— ¿Sí? Menos mal, porque el precio del asunto subió un poco. Resultó más complicado de lo que supuse. Hubo que recurrir a alguien que se comprometía demasiado... y eso hay que compensarlo.

FORTUNO.— (*Desazonado*). ¡Pero si es algo tan sencillo!

VERRUGA.— ¡Estos polvos traen estos lodos!

FORTUNO.— (*Concluyente*). ¡Bien, dónde están!

VERRUGA.— (*Calmoso*). Primero, los billetes...

FORTUNO.— (*Desesperado*). ¿Cuánto es?

VERRUGA.— Doscientos soles... ¡Bien poco, como ves!

FORTUNO.— (*Sorprendido*). ¿Doscientos? ¡Estás loco!

VERRUGA.— (*Con decisión*). Si no los quieres, los devuelvo. A fin de cuentas lo he hecho porque te quiero.

FORTUNO.— (*Rápido*). ¡No, hombre! ¡Me son indispensables! (*Saca del bolsillo el dinero*). Toma. ¡Y cuéntalos bien porque luego no acepto reclamos!

VERRUGA.— (*Riendo*). Yo soy sano en mis tratos, tú lo sabes. (*Cuenta*). ¡Conforme! (*Extrae de su chaqueta los papeles*). ¡Aquí están!

FORTUNO.— (*Trémulo*). Sí... (*Los revisa*). ¡Bien! ¡Están bien!

VERRUGA.— (*Con picardía*). ¡Me parece que este trato hay que sellarlo con un trago!

FORTUNO.— (*Preocupado*). Mañana o pasado te invitaré. Te he dicho que en mi casa soy otra persona.

VERRUGA.— (*Con gesto de desprecio*). Eres un mariconcito. ¿Acaso tengo lepra? ¡Negar una copa a quien te hace un favor de esta clase! ¡Bien sabes que lo que sé no sale por nada del mundo de esta boquita!

FORTUNO.— ¡Así lo espero! (*Va hacia el armario y saca la botella*). Te serviré una copa de aguardiente. ¡Luego, te largas, eh!

VERRUGA.— De acuerdo.

FORTUNO.— (*Que ha servido*). Toma...

VERRUGA.— ¿Cómo? ¿Y tú?

FORTUNO.— (*Evasivo*). No, yo no tomo...

VERRUGA.— ¿Qué invitación es esta entonces? (*Amenazador*). Si tu no bebes conmigo lo tomaré como una ofensa.

FORTUNO.— (*Sirviéndose*). Bueno... ¡Salud!

VERRUGA.— Ahora sí. ¡Salud, pichón!

FORTUNO.— (*Tras de beber*). ¡Vete ya!

VERRUGA.— (*Gesticulando*). ¡Oh! ¡Sabe a vieja!

FORTUNO.— ¡Bah! ¡No digas tonterías! (*Invitándolo a salir, con suavidad*). Hasta pronto...

VERRUGA.— ¡No miento! (*Paladeando*). ¡Son tus tías! (*Con curiosidad*). Y, a propósito, ¿dónde están metidas?

FORTUNO.— ¡Eso no te interesa!



VERRUGA.— (*Riendo*). ¡No hay vieja que no empine el codo!

FORTUNO.— (*Molesto*). ¡Eres un bruto!

VERRUGA.— Y tú estás hecho un cristal. Me voy. Adiós y... buena suerte. (*Saliendo*). ¡Todo aquí huele a vieja! ¡Parece un hospicio! ¡Adiós! (*Se va*).

(*Solo ya, Fortunato se limpia con un pañuelo la transpiración. Luego, abre la puerta que cerró con llave.*)

CATRINA.— (*Entrando*). ¡Mucho le llevó al granuja entregarte los documentos!

FORTUNO.— (*Disimulando*). Es un poco lento... (*Con vacilación*). Además, le invité una copa.

CATRINA.— (*Con ademán de horror*). ¿Qué? ¡Habrá que desinfectarla! ¡Sabe Dios que porquerías habrá tocado ese sátiro con sus lujuriosos labios!

FORTUNO.— (*Exaltado*). ¡Tía, el león no es tan fiero como lo pintan!

CATRINA.— ¿Y cómo se te ocurrió servirle en una pieza de nuestra vajilla? ¡Un jarro de lata bastaba y un poco de kerosene! ¡No este aguardiente tan fino! (*Toma la botella y la guarda*).

FORTUNO.— (*Molesto*). ¡Es demasiado! Verruga es un hombre como los demás...

CATRINA.— (*Como reproche*). ¡No sé cómo puedes tratar con la hez del barrio! ¡No sé!

FORTUNO.— (*Con el fin de concluir*). Bueno, olvidemos... ¡Un beso lo repone todo! (*La besa*). ¡Voy a terminar de alistarme! (*Sale*).

CATRINA.— (*A Fortunato que se aleja*). Dentro de un rato llegará Violante... (*Queda sola. Va al armario, saca la botella y la mira al trasluz*) ¡Cómo ha bebido la bestia! ¡De un envión ha consumido media botella!

(*Después de una pausa, suena el timbre. Catrina se arregla la ropa y se alisa el cabello. Virola aparece corriendo. Se disputan el privilegio de abrir la puerta. Es Violante.*)

VIOLANTE.— (*Tímidamente*). Buenos días...

VIROLA.— (*Cariñosa*). Llegué a pensar que te habías extraviado. Entra, amor (*La besa*).

CATRINA.— ¡Como las calles son a esta hora un caos de gente y carros!

VIOLANTE.— (*Con temor*). Antes de venir fui a... (*Se ruboriza*.)

CATRINA.— (*Ayudándola a despojarse del abrigo*) ¿Dónde fue la palomita?

VIOLANTE.— Fui a rezar... Lo hago todos los viernes (*Pausa*). Es una promesa. (*Pausa*) ¡Estaba el templo lleno de flores, como en Navidad!

VIROLA.— (*A Catrina*) ¡Qué pureza! (*A Violante*) ¡Siempre es bueno rezar!

CATRINA.— (*Con seguridad*) ¡Es un acto sobrenatural!

VIOLANTE.— (*Ingenua*) ¡Estaba tan bello el templo! (*Señalándose los brazos*). Me puse abrigo porque me pareció que las mangas altas mostraban demasiado la carne...

CATRINA.— ¡No, hija mía! La carne cuando es pura es hermosa.

VIOLANTE.— (*Con una candidez rayana en el atontamiento*) ¡La carne de los pecadores nunca es hermosa! (*Yendo hacia la mesa con ademán ridículo*) ¡Ay, qué flores preciosas! ¡Como las de la iglesia!

VIROLA.— ¿Te gustan las flores?

VIOLANTE.— (*Como recitando una lección*). Sí, sobre todo las rosas.

CATRINA.— Son símbolo de la verdad y la belleza...

VIROLA.— La flor del loto es símbolo de la pureza...

VIOLANTE.— ¡Y la flor de azahar es el símbolo de la castidad!

CATRINA.— (*Amorosa*). Es la que llevarás el día de tu matrimonio.

VIOLANTE.— (*Arrobada*) ¡Estoy tan emocionada! ¡Pensar que el lunes seré la esposa de Fortuno!

CATRINA.— ¡Y para siempre!

VIOLANTE.— (*Dice la frase como aprendida de antemano*). Hasta que la muerte nos separe...

VIROLA.— Eso es el amor verdadero, la unión perdurable.

VIOLANTE.— (*Con dulzara angelical*) ¿Verdad que ustedes están contentas de que yo sea la esposa de Fortuno, no es así?

CATRINA.— (*Con seguridad*) ¡Claro, hija mía!

VIOLANTE.— Lo pregunto por el otro día, en el examen de conciencia, pensé que no era digna de merecer la confianza de dos santas...

VIROLA.— (*Conmovida*) ¡Pero chiquilla, si tú mereces todo!

CATRINA.— (*Tierna*). Por tu inocencia, por tu gracia, por tu bondad...

VIROLA.— Por tu modestia, por tu piedad, por tus virtudes todas...

VIOLANTE.— (*Escondiendo pudorosa la cabeza*). Yo también tengo mis pecados.

CATRINA.— ¡Son pecados veniales, que no entran en el balance final!

VIROLA.— (*Emocionada*). Tienes sombras que no empañan la blancura de tu alma.

VIOLANTE.— (*Modesta*) ¡Oh! ¡Dios me dé fuerzas para no desmayar jamás!

VIROLA.— Quienes están educadas como tú no tienen por qué temer a las tentaciones. Siempre deseamos para Fortuno una mujer tocada por la gracia. Como para acompañarlo por el duro camino de la vida...

CATRINA.— ¡Tú has llegado hasta él como enviada por el cielo!

VIROLA.— (*A punto de sollozar*) ¡Ahora podremos vivir felices y morir en paz con nuestra conciencia!

VIOLANTE.— (*Besándolas*). Gracias, gracias...

(*Entra Fortuno que sorprende la escena. Llégase hasta Violante besándola en la frente.*)

FORTUNO.— ¡Amor!

VIOLANTE.— (*Pudibunda*) ¡Querido!

CATRINA.— (*Tras de contemplar la escena con delectación*). Bueno, ahora a sentarse a la mesa.

VIROLA.— ¡El pollo aguarda!

VIOLANTE.— (*Con alegría pueril*) ¿Pollo? ¡Qué rico!

FORTUNO.— ¿Te gusta, preciosa?

VIOLANTE.— ¡Me gusta mucho estar a tu lado! (*Hace un gesto mimoso.*)

VIROLA.— (*A Catrina*) ¿Servimos?

CATRINA.— Sí, vamos...

VIROLA.— (*Antes de salir*) ¡Qué parejita angelical! ¡Ricos! (*Se van.*)  
(*Los novios quedan solos, uno frente al otro. Cuando las viejas han salido, ambos sonrien levemente, contenidos. Fortuno, luego, se pone en pie, va hasta la puerta por donde sus tías se han ido, mira y rápidamente se acerca a Violante.*)

FORTUNO.— (*Tomándola en sus brazos, con pasión*) ¡Amor!

VIOLANTE.— (*Igual, perdiendo toda compostura*) ¡Amor mío!  
(*Primero es un beso normal; luego, feroz, intenso, cinematográfico. Repentinamente, con un plato en la mano, entra Catrina. Al ver la escena vacila.*)

CATRINA.— ¿Qué significa esto? (*Mas fuerte*) ¿Qué significa esto?  
(*Gritando*) ¿Qué significa esto?

(*Los jóvenes no oyen nada. Han perdido la conciencia.*)

TELON LENTO

## SEGUNDO ACTO

*Todo denuncia —el aire, la luz, el clima general— que la boda se ha realizado. Es de mañana.*

*Al levantarse el telón, Virola da de comer al canario hablándole con cariñosa entonación. Catrina, en la puerta, vuelta de espaldas al público, charla con el lechero, con la familiaridad con que se suele tratar a los proveedores cotidianos.*

VIROLA.— (*Dirigiéndose al pajarillo*) ¿Se despertó el buenmozo? ¡Uy! ¡Ahí tiene su desayuno! ¡Su rico alpiste y su rica lechuguita! (*Imita silbando el canto del canario*) ¡A ver! ¿No canta hoy? ¿Está triste el príncipe?

CATRINA.— (*En tono de reproche*). Sí, cada día está menos sabrosa. ¡Esto ya no se puede soportar! (*Pausa*) ¡Ah! ¡antes era espesa como una mermelada! ¡Ahora es un líquido transparente! (*Pausa*) ¡En adelante, dos litros! (*Pausa*) ¡No, eso no! ¡Han llegado los nuevos esposos de su luna de miel y es lógico que estén algo desnutridos! (*Ríe*). Sí, dos litros...

VIROLA.— (*Continúa*) ¿Es qué está viejo el lindo canario que ya no canta? ¿Está triste?

CATRINA.— ¡Oh! ¿Pero no se da cuenta cómo trabaja? ¡Eso le sucede por trasnochar! Reparte la leche dormido...

VIROLA.— (*Dejando el canario*) ¡Bueno, el muy caprichoso no quiere cantar esta mañana!

CATRINA.— (*Aún en la puerta*). Ya sabe: dos litros todos los días. Ahora hay una persona más en la familia.

VIROLA.—(*Para sí, pero en voz alta*). Y antes del año esperamos otra...

CATRINA.—(*Al lechero*). Hasta mañana... ¡Y cuide esa gripe! (*Hablando con alguien que pasa por la puerta*) ¡Buenos días! ¡Sí, llegaron ayer por la noche! ¡Muy felices! ¡Gracias! ¡Hasta pronto! (*Cierra la puerta*.)

VIROLA.— Estoy alegre como una adolescente. ¿Podrás creer que durante estos días en los cuales Fortunio ha estado ausente me he sentido vacía y como abandonada?

CATRINA.—(*Reflexiva*). Ahora nuestro deber es crearles un ambiente propicio para el amor...

VIROLA.—(*Confidencial*). Hace un rato eché un vistazo a la alcoba...

CATRINA.—(*Reprochándola*) ¡Indiscreta! Eso no se hace.

VIROLA.—(*En el mismo tono anterior*) ¡Dormían abrazados!

CATRINA.—(*Con simulado rubor*). Es lógico. No tienen ni veinte días de casados. Es necesario que contengas tus curiosidades. Cuando menos lo pienses te darás con una sorpresa.

VIROLA.— ¿Por qué? (*Agil*). No miraré cuando sospeche que...

CATRINA.—(*Cortante*) ¡Entendido! (*Pausa*) ¿Y cómo podrás prever eso?

VIROLA.— ¡Es fácil intuirlo!

CATRINA.—(*Suficiente*). Eso no es cosa que surja sin que se la prepare. ¡Cómo se ve que lo ignoras!

VIROLA.—(*Suplicante*) ¡Hermana, de nuevo con eso!

CATRINA.— ¡No creas que te voy a recordar que sucumbiste tres veces a los requerimientos deshonestos de Poncio!

VIROLA.—(*Ruborosa*) ¡Nos hemos propuesto olvidar recíprocamente, Catrina! ¡Cumple tu palabra!

CATRINA.— Pero, ¿acaso yo te lo recuerdo? (*Severa*) ¡Eres tú la que lo insinúas cada vez que la conversación gira sobre temas parecidos!



VIROLA.— (*Histérica*) ¡No me calumnies! ¡No me calumnies, Catrina! (*Con ademán digno*). Lo que sucedió entre Poncio y yo, como lo que tuvo lugar entre el Capitán Espumo y tú, es el pasado, debe enterrarse.

CATRINA.— (*Ensoñada*) ¡El pasado! (*Firme*) ¡El pasado! ¡Debe enterrarse! (*Hay una pausa larga.*)

VIROLA.— (*Variando el tema*) ¿Te diste cuenta anoche, cuando llegaron, como evadían nuestras preguntas sobre el viaje?

CATRINA.— Es algo muy natural. Los viajes de boda no son de turismo ni de reposo. ¡Me imagino que es bien poco lo que se puede ver!

VIROLA.— (*Insinuante*) O mucho... Te lo digo porque pocas veces he percibido la verdad en dos rostros con tanta inocencia. Violante ocultaba su carita en el pecho de Fortuno, y él, nuestro chiquillo, disimulaba su pudor acariciándole los cabellos.

CATRINA.— (*Arrobada*). Sí, es cierto. (*Pausa*). Dos angelitos que se protegen de la maldad del mundo, el demonio y la carne. Eso son.

VIROLA.— (*Con repugnancia*). He tenido oportunidad de observar a parejas de recién casados. Las bocas contraídas, en la mayoría de los casos, se destacaban en las caras pálidas o pecaminosamente incandescentes. ¡Los llenaba una especie de furor, de envenenamiento!

CATRINA.— (*Sabihonda*). Es que llegan al lecho nupcial movidos por oscuros deseos o por apetitos inconfesables. El amor, en ellos, es una enfermedad, un castigo de Dios, que se acaba con la prontitud con que nació.

VIROLA.— ¡Eso es abominable! ¡Abominable!

CATRINA.— (*Seria*). Abominable por más que, con el fin de disimular los negros instintos, acudan a la consagración religiosa.

VIROLA.— ¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡No sé cómo no se legisla sobre el asunto! Sólo tras una probada legitimidad del amor debería autorizarse una boda.

CATRINA.— Si te cuento que en el diario de ayer venía un cable en

el cual se relataba el décimo divorcio de una actriz, te podrás dar cuenta de cómo anda el mundo.

VIROLA.— (*Escandalizada*) ¿Décimo divorcio? ¡Esa mujer tendrá cien años!

CATRINA.— Ni te creas. Apenas treinta...

VIROLA.— ¿Treinta? ¡Qué monstruo!

CATRINA.— (*Moralizante*). Las mujeres de esta época están como arrebatadas por la locura...

VIROLA.— ¿Y esas viudas sin respeto a la memoria de su muerto? ¿Qué me dices de ellas? Creen que esa situación les permite vivir en el libertinaje.

CATRINA.— (*Despavorida*) ¡Oh! Cuando pienso que nuestro Fortuno estuvo a punto de caer en las garras de una de esas alimañas, se me hiel a la sangre en las venas.

VIROLA.— Te aseguro que aunque Violante no me hubiera parecido lo suficientemente perfecta, habría consentido en el matrimonio solamente por ver a Fortuno libre de aquella infame mujer. (*Pausa*) ¿Mujer? ¡Qué digo! ¡Diablesa! ¡Arpía! ¡Cortesana! ¡Qué se yo!

CATRINA.— ¡Cleopatra! ¡Como aquella que dominaba el alma de los guerreros! (*Pausa*) ¡Menos mal que el peligro pasó!

VIROLA.— ¡Con tal de que respete la paz del hogar, con tal de que se dé por vencida!

CATRINA.— (*Indignada con la idea*) ¡Ah! ¡Que no intente nada porque si es necesario arrancarle los ojos, con estas uñas se los saco! ¡Con estas uñas!

VIROLA.— ¡Una mujer cuyo contacto debe traer desgracias! ¡Un halo de culpa la debe circundar!

CATRINA.— ¡Sus ojos deben ser dos ascuas, dos tizones infernales!

VIROLA.— ¡Y es posible que sus pechos desborden insolentemente el traje y que asomen por entre el descote como dos rayos rosados, redondos, provocativos!

CATRINA.— ¿Dijeron que a su cuerpo se ceñía un traje tirante de tornasolado género, cuya superficie se adivinaba enervante, no es así?

VIROLA.— ¡Así dijeron las vecinas que la vieron, y quién sabe si anduvieron cortas!

CATRINA.— Me la imagino brutal o dulce a su gusto... ¡El dominio absoluto de los poderes eróticos!

VIROLA.— (*Con indignación*) ¡La policía debía proceder enérgicamente contra esa clase de gente!

CATRINA.— (*Siguiendo la frase*) ¡Corromponen a la juventud! ¡Le roban la energía! ¡La aniquilan! (*Pausa. Mirando el reloj*). Y a todo esto, ¿qué hora es? ¡Las once y media!

VIROLA.— (*Extrañada*) ¿Las once y media y no se han levantado todavía?

CATRINA.— Me parece que no. Estarán muy fatigados del viaje. (*Indulgente*) ¡Pobres!

VIROLA.— (*Ansiosa*). Les daré la voz, ¿ah?

CATRINA.— ¡No, déjalos!

VIROLA.— Tocaré suavemente la puerta...

CATRINA.— (*Dubitativa*). Quizá... (*Decidida*). ¡Bueno! Les recuerdas la hora. Para que tengan una noción del tiempo, nada más.

VIROLA.— ¡Voy! (*Sale.*)

CATRINA.— ¡Toca suavemente! ¡Procura no sobresaltarlos!

(*Queda Catrina sola en la escena. Vacila y luego sale tras su hermana, llena de curiosidad.*)

CATRINA.— (*Regresando inmediatamente, seguida por la otra vieja*) ¿Y?

VIROLA.— Golpeé la puerta y al instante la voz de Fortunio respondió...

CATRINA.— ¿Qué dijo?

CATRINA.— El aire de la noche... (*Pausa*). Espero que sea la primera y última vez que tarden tanto en levantarse.

VIROLA.— Dijo que venía enseguida... ¡Está algo afónico el pobre!

VIROLA.— Han llegado agotados...

CATRINA.— Pero ya han tenido suficiente descanso, ¿no crees?

VIROLA.— Dentro de un instante estará levantado Fortuno.

CATRINA.— (*Larga pausa. Las viejas se miran interrogativamente. Acercándose a una de las puertas laterales*). Nada. (*Pausa*) ¡Nada!

VIROLA.— ¡No seas impaciente, mujer!

CATRINA.— (*Atenta*) ¡Deben haberse quedado dormidos de nuevo!

VIROLA.— Ve y toca la puerta...

CATRINA.— ¡Sí, voy! (*Saliendo*) ¡Estos muchachos!

(*Virola queda sola en la sala, observando. Transcurre un tiempo.*)

CATRINA.— (*Volviendo demudada*) ¡Oh! ¡Esto es inadmisibile!

VIROLA.— (*Alarmada*) ¿Qué sucede, por amor de Dios?

CATRINA.— (*Perdida*) ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Voy a desmayarme!

VIROLA.— (*Rodeándola con pavor*) ¿Qué hay, por favor? ¿Qué pasa?

CATRINA.— ¡Aguarda que me reponga! ¡Increíble! (*Respira agitada.*) Di en la puerta de la alcoba, con suma delicadeza, unos golpecitos y...

VIROLA.— (*Vehemente*) ¿Y?

CATRINA.— ... Y Fortuno con su natural ternura me dijo: "Ya voy, viejita".

VIROLA.— ¿Y por eso te alarmas, tonta?

CATRINA.— ¡No! ¡Por eso no! ¡Ni que fuera boba! (*Pausa*). Es que...

VIROLA.— ¿Qué?

CATRINA.— ¡Un horror! ¡Una voz de mujer, una voz de mujer que no puede ser la de Violante, añadió: "¿Qué quiere esa zullona?"

VIROLA.— (*Con sobresalto*). ¿Pero has oído bien?

CATRINA.— ¡No me equivoco! ¡“Esa zullona”, dijo la voz!

VIROLA.— Pero... ¿de Violante?

CATRINA.— (*Desesperada*) ¡No puede ser! ¡Tengo que haberme equivocado! (*Pausa*). Sin embargo, podría jurar...

VIROLA.— ¿Y qué quiere decir zullona?

CATRINA.— De que es un insulto, no me cabe la menor duda.

VIROLA.— ¿Y si es una palabra de afecto?

CATRINA.— ¿Zullona? No me parece. Por las dudas, trae el diccionario.

VIROLA.— (*Tomándolo de un mueble y dándosele a su hermana*) ¿Y cómo se escribirá?

CATRINA.— (*Buscando en el diccionario*) Veamos con S. Sulló... Sulló... Sulló... (*Desconsolada*). No está. Entonces es con Z. A ver... Zulaque, zulú, zullón, zullona... ¡Ay! ¡Flatulenta! ¡Me ha llamado flatulenta!

VIROLA.— ¿Flatulenta, tú? No puede ser. (*Tratando de hallar una explicación*). Estás muy nerviosa, Catrina. Tienes que haber oído mal. Una alucinación, a lo mejor...

CATRINA.— Dios lo quiera así, aunque es difícil confundir...

VIROLA.— ¡Siéntate! Cálmate un poco. Yo iré a tocar nuevamente. Acaso ha sido alguna de las vecinas...

CATRINA.— Quizá... (*Pausa*) ¡No, eso no! Conozco bien sus voces.

VIROLA.— (*Sirviendo un vaso de agua*). Bebe esto. Ya vuelvo. (*Sale*)

CATRINA.— (*Bebe*) ¡Ojalá haya sido sólo una jugarreta de mi imaginación! (*Queda sola Catrina.*)

CATRINA.— (*En varios tonos*) ¡Zullona! ¡Zullona! ¡Zullona! (*Pausa*) ¡No puede ser! ¡Zullona!

(*Virola entra a la sala como una tromba, gritando.*)

VIROLA.— ¡Claro como el agua! ¡Esta vez ha sido peor! ¡Está loca!

CATRINA.— ¡Zullona también!

VIROLA.— ¡No! ¡Algo que parece peor!

CATRINA.— ¿La voz de ella? ¿Qué dijo?

VIROLA.— “¡Manda al diablo a esa zurrapa!”

CATRINA.— (*Con horror*) ¿Eso ha dicho? ¿Y qué es eso? (*Abre el diccionario.*)

VIROLA.— (*Cerrando el diccionario*). Ni trates de averiguar ¡Debe ser terrible!

CATRINA.— (*Al cielo*) ¡Madre de Dios Soberana, está loca! ¡Llamarlos zullona y zurrapa!

VIROLA.— ¡Rematada!

CATRINA.— ¿Y él? ¿Qué dijo él?

VIROLA.— ¡Nada, ni un resuello!

CATRINA.— ¿Qué puede haber pasado? ¡Algo la debe haber trastornado! ¡La agitación! ¡El viaje! ¡Las noches en vela!

VIROLA.— ¿El amor?

CATRINA.— (*Tratando de explicar el caso*). El amor la ha cegado, no hay duda...

VIROLA.— ¿A qué nos conducirá todo esto, Catrina? ¿A qué? (*Vaga por la sala.*)

CATRINA.— Yo nada sé. Lo que puedo decir es que cuando el amor produce esos efectos los seres se transforman. Cierta oscuro fuego les arrebató la razón, y a veces es necesario remitirlos a un sanatorio, a un manicomio, pues se tornan peligrosos...

VIROLA.— (*Perpleja*) ¿Histeria?

CATRINA.— Creo que así se llama esa enfermedad... ¡Es horrorosa!

VIROLA.— (*Llena de inquietud*) ¿Por qué no viene Fortuno?

CATRINA.— No sé...



VIROLA.— (*Con un grito*). ¡Hay que salvarlo de las garras de esa insana!

CATRINA.— (*Lentamente*). Podría ahorcarlo...

VIROLA.— ¡No, eso no!

CATRINA.— ¡Hay que sacarlo de ahí! ¡Lo va a ahorcar!

(*En ese preciso instante aparece Fortunato. Lleva las manos adelante, como en ademán de calmarlas.*)

FORTUNATO.— ¡Shssss! ¡Shssss! ¿A qué tanto ruido? (*Pausa*) ¡Pronto, el desayuno!

CATRINA Y VIROLA.— (*Precipitándose sobre él*) ¿Violante ha enloquecido, no es cierto? ¡Habrás que llamar a un médico!

FORTUNATO.— (*Muy desaprensivo*) ¿Pero de qué hablan? ¿Qué les sucede? (*Entusiasta*) ¡Está tan hermosa!

CATRINA.— ¿Pero no está chiflada?

FORTUNATO.— ¡Nada de eso! ¡Tiene hambre! ¡Quiere el desayuno! ¡Rápido, por favor!

VIROLA.— (*Sin entender la situación*). Voy por él... ¿Pero, qué le pasa?

FORTUNATO.— ¡Ella es así! ¡Y está bella como una diosa!

(*Virola se encoge de hombros y sale.*)

CATRINA.— ¿Así? ¿Cómo? ¿Loca?

FORTUNATO.— (*Agitado*) ¡El desayuno, por favor!

CATRINA.— (*Desesperada*) ¡Pero explícate, muchacho!

FORTUNATO.— ¡No hay nada que explicar, tía! ¡Está bien, muy bien!

CATRINA.— ¡Pero me ha llamado flatulenta! ¿Sabes qué porquería significa eso?

FORTUNATO.— (*Con sorpresa*) ¿Quién te ha dicho eso?

CATRINA.— ¿Quién? ¡Violante! ¡Lo he oído nítidamente!

FORTUNO.— ¡Estás desvariando, tía! ¡Ella no ha dicho nada! (*Pausa. Apurado*) ¡Ese desayuno!

CATRINA.— ¡Y Virola ha oído que te decía que la mandarás al diablo! ¡Y que era una no se qué!

VIROLA.— ¡Una zurrapa!

FORTUNO.— (*Irritado*) ¡Las locas son ustedes! ¡Ella ha estado durmiendo! Al despertarse me ha pedido dulcemente el desayuno...

CATRINA.— (*Enérgica*) ¡Yo no calumnio a nadie! ¡Ella ha proferido palabras ofensivas contra nosotras!

FORTUNO.— (*Con impaciencia*) ¡Luego discutiremos eso! (*Va hacia la puerta por la cual salió Virola*) ¡El desayuno!

CATRINA.— ¿Y lo va a tomar en la cama?

FORTUNO.— ¡Sí! ¿Qué tiene eso de malo?

CATRINA.— ¡Desayuno en la cama! ¡Hábito de vagos y cómicos!

FORTUNO.— ¡Tú eres la que la insultas!

(*Entra Virola con una bandeja con alimentos.*)

CATRINA.— (*A Virola*). Dice que ella no ha dicho nada.

VIROLA.— ¡Bah, no somos cándidas!

FORTUNO.— (*Cortante*) ¡Dame esa bandeja!

CATRINA.— (*A Virola*) ¡Se lo va a servir en la cama!

VIROLA.— ¡En la cama! ¡Como a las cortesanas!

FORTUNO.— (*Arrebatándole la bandeja*) ¡Dame! (*Sale rápidamente.*)

CATRINA.— ¿Será posible que estemos equivocadas?

VIROLA.— ¡Dos personas es difícil que se equivoquen simultáneamente!

VOZ DE VIOLANTE.— ¡Esta bazofia está helada!

CATRINA.— (*Con voz temblorosa*) ¿Oíste? ¡Ha dicho: "Esta bazofia está helada"!

(*Fortuno retorna demudado, con la bandeja en la mano.*)

FORTUNO.— ¡Está frío! ¡Absolutamenté frío!

CATRINA.— (*Tonante*) ¿Y cómo se atreve a decir eso? ¿A gritarlo?

VIOLA.— ¡Está loca!

FORTUNO.— ¡Si fui yo el que grité!

CATRINA.— ¡No mientas! ¡Era su voz!

FORTUNO.— ¡Qué porfía! (*Pausa. Por el desayuno*). Hay que calentarlo...

VIOLA.— ¡Era la voz de Violante!

FORTUNO.— ¡Digo que no! (*Aflautando la voz*) ¡Esta bazofia está helada! ¡Así! ¿Ven?

CATRINA.— (*Con ternura*) ¡No ocultes la locura que la domina, hijo!

FORTUNO.— ¡No está loca!

CATRINA.— ¡De otro modo no se comportaría así! ¡Loca!

VIOLA.— (*Iniciando las escenas sucesivas en las cuales se muestra trastornada*) ¡Loca! ¡Loca! ¡Sólo una loca hace eso!

FORTUNO.— (*Más impaciente que antes*) ¡Anda, calienta el desayuno, tía! (*Da la bandeja a Viola.*)

VIOLA.—(*Tomando la bandeja*) ¡Loca! ¡Loca! (*Sale casi automáticamente.*)

CATRINA.— (*Dramática*). Cuéntamelo todo, Fortunio...

FORTUNO.— (*Evasivo*). No es nada...

VOZ DE VIOLANTE.— ¡Tengo hambre!

CATRINA.— (*Realmente aterrorizada*) ¿Y eso? ¡Su voz! ¡Su voz con aire infernal!

FORTUNO.— ¡No sé nada!

VOZ DE VIOLANTE.— ¡Si no se apresuran, voy!

FORTUNO.— (*En crisis*) ¡Va a venir! ¡Va a venir! ¡Esto es el final!

CATRINA.— (*Armándose de valor*) ¿Va a venir? ¡Que venga! ¿Qué nos a va pasar?

FORTUNO.— ¡No debe venir arrebatada como está! (*Hacia afuera*)  
¡Voy amorcito! (*Pausa*) ¡No debe venir! (*Hacia la otra puerta*)  
¡Tía Virola, el desayuno!

CATRINA.— ¡Esto es incomprendible!  
(*Virola regresa con el desayuno. Está atontada.*)

FORTUNO.— (*A Virola*) ¡Dámelo que, si no, viene! (*Toma la bandeja y sale precipitado.*)

VIROLA.— (*Desconcertada*) ¿Quién viene?

CATRINA.— ¡Ella!

VIROLA.— ¿Loca?

CATRINA.— ¡Qué se yo!

VOZ DE VIOLANTE.— ¡Esta bazofia está que pela!

CATRINA.— ¿Escuchaste?

VIROLA.— Sí... ¡Dice que el desayuno está que pela!

CATRINA.— (*Sin saber qué hacer*) ¡Ahora vendrá! ¡Oh!

VIROLA.— ¿Qué puede hacernos?

CATRINA.— Si está loca como presumo, ahorcarnos...

VIROLA.— ¡Qué horror! ¿Qué les diremos a los vecinos?

CATRINA.— Pues que perdió el juicio...

(*Fortuno vuelve agitado. Es un hato de nervios a punto de estallar.*)

FORTUNO.— ¡Viene! ¡Viene como un rayo! ¡Se está levantando!

VIROLA.— ¡Ay! ¡Ay! (*Se desmaya en los brazos de su hermana.*)

CATRINA.— ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Socórrenos Todopoderoso!

FORTUNO.— ¡Viene! ¡Viene! ¡Habrà que escucharla!

CATRINA.— (*Haciendo un esfuerzo para dominar la situación*) ¡Se-

renémonos! ¿Qué le sucede, Fortuno? (A *Viola que se halla en sus brazos*) ¡Reacciona! ¡No es nada! (*Viola se levanta: trastabillante da unos pasos: luego, como una sonámbula, comienza a rotar en torno de sí.*)

VIOLOLA.— ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! (*Se detiene. El mismo juego a la inversa*) ¡Violante loca! ¡Loca!

FORTUNO.— ¡Ahora la loca es tía Viola!

CATRINA.— (*Deteniendo a su hermana*) ¡Cálmate!

VIOLOLA.— (*Deteniéndose lentamente*) ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

FORTUNO.— (*Que ha mirado por la puerta*) ¡Aquí está!

(*De ninguna manera la Violante del primer acto es la que vemos ahora. Majestuosa, suelto el hermoso pelo, llena de una belleza brillante y poderosa, la joven es realmente —como Fortuno opina— una diosa.*)

CATRINA.— ¡Oh!

VIOLOLA.— (*Perdida, como un trapo*) ¡Oooooh!

VIOLANTE.— (*Segura y enérgica*) ¿No podré tomar cómodamente el desayuno? (*Pausa*). Siento que corren, gritan, discuten, murmuran, se estremecen, vacilan, yerran... ¿Qué sucede? (*A Fortuno*) ¿A qué se debe este barullo?

FORTUNO.— (*Embobado*) ¡Nada! ¡Nada extraordinario! (*Tierno*) ¡Eres tan hermosa!

VIOLANTE.— ¡Hace tiempo que me lo vienes diciendo, pero obras son amores y no buenas razones! Quiero tomar un buen desayuno, nada más...

CATRINA.— (*Hipnotizada*) ¿Ahora está muy caliente, no?

VIOLANTE.— Me gusta tomar los alimentos con comodidad. Es una costumbre de la que estaba advertido Fortuno. Creí que las había puesto al corriente de mis hábitos...

CATRINA.— No..., no nos dijo nada.

FORTUNO.— (*Servil, a Violante*). No hubo oportunidad. Han sido días agitados estos.

CATRINA.— (*Perdidas todas las fuerzas*). En adelante se hará así...

VIOLANTE.— Además, por costumbre también, me levanto a las 12. Antes es imposible que me encuentre bien de ánimo...

CATRINA.— ¿A las 12? (*Pausa*). Bien, bien...

FORTUNO.— (*A sus tías*) ¡Tan hermosa como está a las 12!

VIOLANTE.— ¡Oh, lo has dicho mil veces! (*Tomando la bandeja con el desayuno*). Lo beberé como esté. (*Saliendo*) ¡Qué familia!

(*Virola, que ha permanecido muda y desconcertada, comienza a dar vueltas sobre sí, nuevamente.*)

VIROLA.— ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

CATRINA.— (*Fuerte*) ¡Basta, idiota!

(*Virola se detiene.*)

VIROLA.— (*Con un suspiro*) ¡Loca!

CATRINA.— (*Violentamente*). Pero, ¿cómo ha ocurrido todo esto? ¿Cómo he aceptado que esa mocosa me dé órdenes? ¡Fortuno, explícamelo!

FORTUNO.— (*Tratando de justificarse*). Verás... Es así... De la noche a la mañana todo cambia, y ella, tan delicada siempre, queda convertida en una reina terrible que maneja a su gusto a los demás... ¡Una reina! ¡Fenómenos del amor que no puedo explicar!

VIROLA.— (*Comenzando a dar vueltas*) ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

CATRINA.— (*A Virola*) ¡Basta, tonta! (*A Fortuno*) ¡Lo que dices es algo descabellado! ¡Una personalidad no varía así como así!

FORTUNO.— ¡No, no quiero decir eso! (*Vacilante*) ¡Es tan hermosa!

CATRINA.— Era un torbellino, un torbellino... (*Pausa*) ¿Qué hemos de hacer?

FORTUNO.— ¡Servirla, obedecerla, mimarla, darle lo que quiera, lo que pida!

CATRINA.— ¡Eso nunca! Te has casado para tener a tu lado una mujer que te auxilie y ayude, no para ser esclavo de una...



FORTUNO.— ¡Oh, no! Ella debe hacer lo que se le antoje. No hay que mortificarla (*Casi en secreto*). No comprendes, tía Catrina, que la llena una vitalidad superior.

CATRINA.— ¿Una especie de demencia?

FORTUNO.— Más bien una inspiración, un éxtasis...

CATRINA.— (*Angustiada, sin comprender*). Pero a la gente no le podremos decir eso.

FORTUNO.— ¿La gente? ¡Bah! ¿Qué importa la gente?

CATRINA.— De la gente dependemos todos. Y hasta ahora la gente nada ha tenido que decir de nosotros.

FORTUNO.— ¿Y en qué ha variado eso? ¿Es la belleza de Violante un pecado?

CATRINA.— La belleza es el camino a los infiernos. (*Pausa*) ¡Algo tendremos que decir!

FORTUNO.— Cualquier tontería bastará...

CATRINA.— (*Decidida*) ¡Diremos que está loca! ¡No hay más remedio!

(*Virola, en silencio hasta ese momento, empieza a dar vueltas.*)

VIROLA.— ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

CATRINA.— ¡Esta también ha perdido el juicio! (*Parándola con la mano*) ¡Detente, papanatas!

FORTUNO.— ¡Que lío! (*Pausa*) Diremos que está enferma...

CATRINA.— No es una solución sensata. Comprenderás que si la ven pintada como una mujerzuela, llena de ademanes impropios, arbitraria como está, la única enfermedad que le achacarán será la locura... (*Virola pretende dar vueltas pero Catrina la contiene con la mano*) ¡Estate quieta!

FORTUNO.— (*Desconsolado*). Nadie podrá impedirle que salga a la calle, que se pasee, que se exhiba, que vaya al teatro, que charle con los vecinos...

CATRINA.— ¡La amarraremos!

FORTUNO.— ¡Eso nunca!

CATRINA.— (Despectiva) ¡Estás enamorado como un pollo! ¡Yo me encargaré de ella!

FORTUNO.— ¡Ni te atrevas! ¡Terminaría por tomar alguna decisión fatal para mí!

CATRINA.— ¿Qué dices? ¡Nada hay más fatal que esta situación!

FORTUNO.— (*Suplicante*) ¡Tienes que amarla como yo la amo!

CATRINA.— ¿Quieres decir que ella mandará en esta casa?

FORTUNO.— Seremos sus siervos...

CATRINA.— Nuestra vida no puede cambiar así... ¡Es estúpido!

FORTUNO.— La mía, desde que me uní a ella, ha cambiado fundamentalmente. Soy un muñeco feliz en sus manos, en sus bellas manos...

CATRINA.— ¡Te educamos para ser un hombre útil!

FORTUNO.— ¡Sirvo a la belleza y soy útil así!

CATRINA.— (*Alarmada*). Pequeño, tú también estás loco...  
(*Viola, al oír la última palabra, gira nuevamente.*)

VIOLA.— ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

FORTUNO.— (*Trémulo*). Entiende, tía, que me debo a ella. ¡Soy feliz!

CATRINA.— (*A Viola*) ¡Silencio! (*A Fortunio*). Me cuesta entender que eres un guiñapo. Yo no seré esclava de nadie. (*Pausa*). Menos de una jovencita que, de repente, se convierte en vampiresa, por más que el amor u otras mentiras lo justifiquen.

FORTUNO.— ¡Si te portas así será implacable contigo!

CATRINA.— ¡Tan felices como éramos antes!

FORTUNO.— Una felicidad aburrida. (*Pausa*). Nos faltaba una diosa. Ahora que la tenemos, debemos rendirle culto...

CATRINA.— ¡Oh! Parece mentira que la niña que conocimos nos cree ahora un problema así.

FORTUNO.— Su esencia estaba oculta como los metales preciosos...

CATRINA.— ¡Ridiculeces!

FORTUNO.— (*Tomándola de las manos*) ¡Hazlo por mí!

CATRINA.— ¡Increíble! ¡Increíble!

FORTUNO.— ¿Me quieres?

CATRINA.— Te he criado. Casi te he parido.

FORTUNO.— (*Muy humilde*) ¡Hazlo por mí!

CATRINA.— Lo más que puedo hacer es disimular ante los demás todo esto. De ninguna manera someterme.

FORTUNO.— (*En tono de lamento*) ¡Nos pesará! ¡Nos pesará!  
(*Entra Violante, alegre y superior.*)

VIOLANTE.— (*Activa*) ¡Bueno, a transformar esto! ¡Donde yo habito todo tiene que parecerse a mí!

FORTUNO.— (*Solícito*) ¿Qué debo hacer?  
(*Catrina queda inmóvil. Virola da vueltas.*)

VIROLA.— ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

VIOLANTE.— (*Destruyendo el orden establecido*) ¡A la basura este horroroso almohadón! ¡Esta silla a este lado! ¡Oh, habrá que comprar otros muebles! ¡Este canario a los aires! ¡Libertad! (*Suelta el canario de su jaula*) ¡A quemar este cuadro! ¡Es de un mal gusto insoportable! ¡Las flores aquí! (*Pone sobre los brazos de Fortunato todo lo que va eliminando*) ¿Y este tapete? ¡Es una antigüedad barata! ¡Hay que recoger la alfombra! ¡Compraremos una menos fúnebre! (*Saca un cigarrillo*) ¡Fortuno, fuego! (*Fortuno enciende un fósforo y le da fuego*) ¡Qué horrible cortina! (*La arranca*) ¡Luz! ¡Luz! ¡Estos cojines al tacho! ¡Que todo brille y reluzca como nuevo! ¡El amor ha entrado en esta casa! (*Está en el centro de la pieza, encendida.*)

VIROLA.— ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!  
(*Catrina no atina a decir nada.*)

TELON LENTO



## TERCER ACTO

*Todo ha cambiado. Circula por la casa un aire nuevo, una vida distinta, que ha desalojado de ahí todo lo que constituía la antigua tradición familiar.*

*Hay luz, espacio, desorden bohemio. Las viejas en ese mundo son extrañas. Actúan y se mueven torpemente. Violante ha ganado la batalla.*

*Al levantarse el telón, Catrina y Virola conversan de su problema en medio de la pieza.*

CATRINA.— *(Desesperadamente)* ¡En una semana...! ¡En una semana apenas, encontrarnos envueltas en este caos! ¡Poseído el hogar por el genio del mal! En otro mundo...

VIROLA.— *(Perdida)*. Sí, en otro mundo...

CATRINA.— Es como si repentinamente nos hubiera caído de lo alto una lluvia de fuego.

VIROLA.— Una lluvia de fuego, como a Sodoma...

CATRINA.— Bien sabes que Sodoma se hubiera salvado si entre sus gentes hubieran vivido dos justos... *(Pausa)* ¿En qué pecamos para ser víctimas de este castigo?

VIROLA.— Nuestro pasado, nuestro pecado...

CATRINA.— *(Rechazando la idea)* ¡No! ¡Eso está perdonado! ¿Acaso no nos hemos arrepentido?

VIROLA.— Nos hemos arrepentido. *(Pausa)*. Ella ha sido más potente que nosotras. La que creímos una criatura indefensa y cándida resultó una fiera devastadora... *(Pausa)* ¿Qué le ocurrió?

CATRINA.— (*Echando una mirada a su alrededor*). Todo lo que conservamos con nuestro sobrio sello de vieja honestidad, sustituido por cosas y hábitos del mal vivir... ¡y con qué imperio!

VIROLA.— Esta mañana, cuando le llevé el desayuno a la cama, me ordenó con un chillido: “¡No más mantequilla rancia! ¡No estoy para sufrir miserias!” (*Pausa*) El continuó peinándose, impávido. Al salir le dirigí una mirada en busca de socorro. Dió media vuelta a la cabeza sin detener la vista en mí.

CATRINA.— ¡Está destruído! ¡No existe! ¡Muerto! (*Pausa*) ¡Lo hemos perdido para siempre!

VIROLA.— (*Husmeando*) ¿Y ese perfume? Lo deja en todas partes como una estela....

CATRINA.— Tiene varios frascos repletos. Cuando se quejó de que en la casa había un olor que la mortificaba, encendí, con el propósito de conciliar los gustos y terminar con las desavenencias, hojas de eucalipto... ¡Oh, puso el grito en el cielo! (*Pausa. Desalentada*). ¡Apagó el sahumero y comenzó a rociar enloquecida toda la casa con su loción!

VIROLA.— No te he querido decir que ayer la echó sobre nuestra ropa de cama...

CATRINA.— ¿Qué? (*Pausa*). Para ella, olemos mal... ¡no te quepa la menor duda! ¡Olemos mal!

VIROLA.— “¡La casa huele a sábanas podridas!”, gritó.

CATRINA.— ¿A sábanas podridas?

VIROLA.— Eso dijo...

CATRINA.— Menos mal que los vecinos no llegan a sospechar nuestra desgracia. (*Pausa*). A los reiterados intentos de los más indiscretos por enterarse de nuestra existencia, he actuado serena y enérgicamente.

VIROLA.— ¡Ah! Si supieran que todas las noches tengo que poner a sus pies la bolsa de agua caliente, se mofarían de nuestro orgullo. (*Pausa*). Si se enteraran que a medianoche salgo a buscar tabaco...



CATRINA.— Si a sus oídos llegara que has estado a punto de enloquecer debido, nada menos, que a la perversidad de la mujer que escogimos para compañera de Fortuno...

VIROLA.— Por causa de la mujer que aprobamos por dulce y dócil, por decente.

CATRINA.— (*Con energía*) ¡Pero nadie debe saber nada! ¡Aquí nos han de ahorcar sin que una palabra o un acto trasciendan de estas paredes! (*Pausa*) ¡Ya te he dicho lo que me propongo hacer!

VIROLA.— (*Trémula*) ¿No crees que ese hombre es capaz de vendernos? Corremos demasiado peligro.

CATRINA.— ¡No me equivoco! Ese Verruga tiene que estar en la tramoya de todo este feo asunto... ¡El nos sacará de dudas, ya verás!

VIROLA.— ¡Tengo miedo!

CATRINA.— El panadero me contó que Fortuno y Verruga habían tenido frecuentes entrevistas antes de la boda ¡Oh, no me equivoco! ¡Aquí hay gato encerrado!

VIROLA.— ¡Pero ese Verruga es capaz de vendernos!

CATRINA.— (*Dueña de sí*) ¡Hay una manera de evitar que nos venda: comprarlo! ¡Nos sacará dinero, pero lo dirá todo!

VIROLA.— (*Al cielo*) ¡Todo sea para bien!

CATRINA.— Sé lo que hago. (*Pausa*). Dentro de un rato debe estar aquí. (*En tono de advertencia*) ¡Si vas a estar temblando, mejor es que nos dejes solos!

VIROLA.— ¡No! ¡Quiero estar a tu lado!

CATRINA.— ¡Estarás conmigo, pero, ya sabes, muy serena! (*Pausa*). Yo sé donde he de buscar aliento (*Va hacia el armario*).

VIROLA.— ¿Qué te propones?

CATRINA.— Tomaré una copa de aguardiente. (*Saca la botella y una copita*) ¡Es tan necesario en estos casos!

VIROLA.— ¡Detente, Catrina, que Dios castiga!

CATRINA.— ¡No nos andemos con remilgos! (*Sirve*). Solamente como un tónico...

VIROLA.— ¿Cómo un tónico?

CATRINA.— (*Bebe de un envión*) ¡Ah! ¡Sabe bien! (*Pausa*) ¿Te animas?

VIROLA.— Quizá...

CATRINA.— ¡Ah! Ascende por el cuerpo como un vapor caliente... (*Pausa*) ¡Bebe tú! (*Sirve*).

VIROLA.— (*Bebe un sorbo pequeño*) ¡Brrrrr! ¡Pica! (*Bebe el resto*) ¡Uy! ¡Uy! ¡Araña!

CATRINA.— (*Suficiente*) ¡Tanto aspaviento! (*Sirve nuevamente*).

VIROLA.— ¡Más no!

CATRINA.— Yo sé lo que hago (*Bebe*) ¡Ah!

(*Suena el timbre. Virola va a la puerta y la abre sin dar tiempo a Catrina para guardar la botella. En el umbral aparece Verruga.*)

CATRINA.— ¡Oh!

VERRUGA.— (*Ingresando sin titubeos*). Tuve antes que liquidar otro asunto. A eso se debe el retardo. Cuestión de tripas...

VIROLA.— ¿De tripas?

VERRUGA.— (*Alardeando*) Negocios que se concluyen con navajas, a falta de mejor gestión. (*A Catrina que aún tiene la botella en la mano*). ¿Celebrando algo?

CATRINA.— (*Confundida*) No... Es decir, supuse que mientras hablábamos le gustaría beber algo.

VERRUGA.— (*Con excesiva confianza, tomando la botella y bebiendo por el pico*). Bien pensado, abuela. (*Pausa. Mirando los arreglos de la casa*). Veo que han hecho algunos cambios, ¿no es así? (*Pausa*). Bueno, su llamada me escamó un poco porque sé que ustedes no son lobas de mi camada...

VIROLA.— (*Sin consistencia*) ¿Lobas de su camada?

CATRINA.— (*Saliendo de su desconcierto*) ¿Lobas? Le ruego que se comporte entre nosotros como una persona correcta. Esta cita obedece a razones muy especiales.

VIROLA.— Muy especiales...

VERRUGA.— (*Seco*) Mis conferencias tienen un precio, señoras. Espero que no hayan olvidado un detalle tan importante.

CATRINA.— Hemos pensado en eso. No se preocupe.

VERRUGA.— Bien. Así se hará (*Se sienta*). Bueno, suelten la lengua...

VIROLA.— ¿Cómo?

VERRUGA.— Que canten...

CATRINA.— (*Comprendiendo*). Entiendo...

VIROLA.— ¿Qué?

CATRINA.— (*A Virola*). Quiere decir que preguntemos, que vayamos al grano. (*A Verruga*) ¿No es así?

VERRUGA.— Así es.

CATRINA.— (*Tomando asiento*) Se trata de...

VERRUGA.— (*Interrumpiéndola*) Déjeme tomar un trago. (*Bebe por el pico*) Ahora la escucho...

CATRINA.— (*Decidida*) Desde que Fortuno se casó, Violante, su mujer, cambió radicalmente...

VIROLA.— (*Para sí*) Cambió radicalmente...

CATRINA.— (*Continuando*) ¡Un cambio inexplicable! Nosotros la conocimos tan delicada que... (*Pausa. Con dificultad*). En fin, como sabemos que usted es... amigo de nuestro sobrino y que ha tenido intervención en allanar algunas dificultades con relación a ciertos documentos...

VERRUGA.— (*Tras de beber*) Sí, y...

CATRINA.— Supimos que nos podría informar (*Pausa*) Pensamos

que quizá algo de lo que usted sabe nos ayudaría a explicar el cambio de Violante, convertida ahora en brutal dictadora.

VERRUGA.— Concretamente, me piden ustedes que les diga si en todo esto hay cosas turbias. . .

VIOLA.— Cosas turbias. . . cosas turbias. . .

CATRINA.— (*Amable*) Si usted lo quiere llamar así. . .

VERRUGA.— (*De improviso*) Eso les va a costar quinientos soles.

VIOLA.— ¡Quinientos!

CATRINA.— (*Con dignidad*) ¡No he preguntado cuánto!

VERRUGA.— (*Bebe un trago*) Señoras, me piden ustedes que denuncie a Fortunato que es para mí algo así como un hermano. . . (*Las dos viejas pegan un respingo.*)

CATRINA.— ¿Hermano ha dicho usted?

VIOLA.— Hermano, hermano. . .

CATRINA.— ¿Cómo hermano? ¡Explíquese!

VERRUGA.— (*Molesto*) Es una manera de decir. Lo que ustedes me piden, repito, es que traicione a Fortunato, que diga todo lo que sé sobre ese amor que lo ha llevado hasta cometer el error de casarse, ¿no es así?

CATRINA.— ¿Hay un secreto tras esta boda? ¿Alguna complicación que nosotros desconocemos?

VERRUGA.— Desde luego, abuelas. . .

CATRINA.—¿Grave?

VERRUGA.— Vale el dinero que pido, lo aseguro. Ni más, ni menos que quinientos.

VIOLA.— ¡Quinientos!

CATRINA.— ¿Ve usted cómo está la casa? ¡Pues es obra de su funesta mano!

VIOLA.— De su funesta mano. . .

VERRUGA.— (*Observando con indiferencia*). Pues no me parece tan mal. Sin embargo, esto no es cosa mía( *Bebe*) ¿Ustedes no se sirven?

CATRINA.— (*Fuerte*) ¡Nosotras no bebemos más!

VERRUGA.— Está bien. ¿A qué diablos ese tono? (*Pausa*) Bueno, ustedes dirán si les conviene.

CATRINA.— Aunque ignoro qué valor tendrán sus revelaciones, no hay más remedio que aceptar.

VERRUGA.— (*Haciendo el ademán de levantarse*). Señoras: si el negocio no les conviene, no añadimos ni pío. Yo soy un comerciante como cualquier otro, Fortuno me conoce y sabe cómo soy. Muchas veces hemos afrontado juntos riesgos sumamente peligrosos. Como socios, por supuesto.

CATRINA.— ¿Cómo socios riesgos usted y Fortuno? (*Sorprendida*) ¿Qué clase de riesgos?

VERRUGA.— Riesgos... Financieros, podríamos decir ¿No lo sabían?

CATRINA.— ¿Qué clase de finanzas?

VERRUGA.— ¿Es eso acaso lo quieren saber de mí?

CATRINA.— (*Enérgica*) ¡Todo lo que atañe a la vida de Fortuno nos interesa! ¿Qué clase de finanzas?

VERRUGA.— ¡Cosas de hombres, de valientes!

CATRINA.— ¿Qué quiere decir? Explíquese...

VERRUGA.— Algo muy corriente... Yo creí que de eso, por lo menos, las tenía al corriente.

CATRINA.— (*Impaciente*) ¡Deje los eufemismos y hable claro!

VERRUGA.— (*Pausa*). El riesgo de nuestros negocios es que no hay ley que los proteja. Uno trabaja librado al azar. La gente les ha puesto nombres feos: contrabando, tráfico de estupefacientes, falsificación de licores... Así, por el estilo.

CATRINA.— (*Tras una larga pausa. Como reponiéndose de un golpe*) ¿Contrabando? ¿Estupefacientes? ¿Eso ha dicho usted?

VERRUGA.— El fue el de la idea y no se equivocó. Fue un negocio redondo.

CATRINA.— ¡Virola, Virola, esto es el fin! (*Va hacia su hermana*).

VIROLA.— (*Abrazadas las dos*). ¡El fin! ¡El fin! ¡El fin!

VERRUGA.— (*Sin saber qué actitud tomar*). Es mucho drama, señoras; mucha alharaca. (*Se pone en pie*). ¡No he venido para oír lloriqueos!

CATRINA.— (*Violentamente*). ¡No! ¡No se vaya! (*A Virola*). ¡Trae el dinero! ¡Todo el dinero que haya en la alcancía! (*Virola sale*).

VERRUGA.— (*Con tranquilidad*). Lamento decirle que por esta última revelación el precio de esta entrevista ha subido a mil soles.

CATRINA.— Lo que usted quiera con tal de saberlo todo, todo... (*Pausa agitada*). ¡Tome asiento!

VERRUGA.— (*Sentándose*). Bien... (*Bebe el aguardiente*).

CATRINA.— (*Paseándose por la habitación*). ¡Negocios sucios! ¡Delitos! ¡Canalla! Ahora me explico sus mentirosas salidas, el dinero de sus bolsillos, su infatuación... ¡Hipócrita! (*Como preguntándose a sí misma*). ¿Y sus estudios? ¿Y su empleo?

VERRUGA.— En el cabaret...

CATRINA.— (*Deteniéndose*). ¿En el cabaret? (*Colérica*). ¡Canalla! ¡Mil veces canalla! ¡Y no haberlo ni sospechado!

VERRUGA.— ¿A qué tanto ruido? Total, no es un crimen. (*Virola regresa*).

VIROLA.— (*Extendiendo un pañuelo*). Es todo lo que había... (*A Verruga*). ¡Son los ahorros!

CATRINA.— (*A Verruga*). ¿Qué hay de malo, pregunta usted? ¡Usted y su socio están podridos, bien podridos! (*Cuenta el dinero*). ¡Cien! ¡Doscientos! ¡Cuatrocientos! ¡Seiscientos! ¡Mil! ¡Ahí los tiene! ¡Si quiere más, habra más! ¡Quiero saberlo todo!

VERRUGA.— Con calma, con calma... (*Cuenta los billetes*). ¡Conforme!



CATRINA.— ¡Diga ya!

VERRUGA.— ¿No habrá peligro de que nos sorprenda? Yo desembucho, pero quiero que la cosa no llegue a sus oídos. Ese es el trato.

CATRINA.— Su pellejo estará seguro mientras sea discreto. Nosotras queremos saber, nada más...

VERRUGA.— (*Con calma*). Con seguridades uno puede estar tranquilo. (*Pausa*). El asunto es sencillo. Violante no es ni ha sido nunca una santa. Todo lo contrario: ¡una mujer de armas tomar!

VIROLA.— ¿Una qué?

CATRINA.— (*A Virola*). ¡Calla tú! (*A Verruga*). Prosiga.

VERRUGA.— ¡Una descocada! Pero una descocada de la que Fortuno está perdidamente enamorado. Eso sí, perdidamente enamorado. (*Pausa. Breve*). Ahora que...

CATRINA.— (*Llena de inquietud*). ¿Qué? ¡Dígalo ya!

VERRUGA.— En su pasado hay algunas historias...

CATRINA.— ¿Cosas de gente de mal vivir?

VERRUGA.— No sé cómo tomar esa pregunta...

CATRINA.— (*Con gesto desesperado*). ¿No será una divorciada?

VERRUGA.— ¿Quién sabe el estado civil de una bataclana? (*El efecto de la última declaración es idéntico al que hubiera producido una bomba al explotar*).

CATRINA.— ¿Bataclana? (*Pausa. Con un grito*). ¡La bataclana!

VIROLA.— ¡La bataclana! ¡Satanás mismo en paños menores!

VERRUGA.— (*Imperturbable*). Le gustó y se le metió entre ceja y ceja hacerla su mujer...

CATRINA.— ¿Pero es posible? ¡Se ha vuelto loco!

VIROLA.— (*En pie*). ¡Loco! (*Dando vueltas*) ¡Loco! ¡Loco! ¡Loco! ¡Loco!

VERRUGA.— Casarse es un buen negocio. (*Observando a Virola que gira sin cesar*). ¿Qué le sucede?

CATRINA.— (*Desconsolada*). ¡Ha perdido el seso! (*Deteniéndola*). ¡Detente! ¡Toma asiento!

VERRUGA.— ¡Tiene gracia!

VIROLA.— (*Sentada*). ¡Tiene gracia! ¡Tiene gracia! ¡Tiene gracia!

CATRINA.— (*A Virola*). ¡Cállate! (*A Verruga*) ¿Y cómo logró engatusarnos? ¿Cómo disfrazó su personalidad? ¿Cómo disimuló su nombre y su pasado?

VERRUGA.— Por partes, señora. Aquí viene mi granito de arena, mi pequeña intervención en el asunto. Conozco un experto falsificador de documentos, un técnico en la fabricación de partidas de nacimiento y certificados apócrifos de toda índole. ¡Un negocio de primera categoría, señora! Fortuno, con quien me unen tantos vínculos me pidió que consiguiera esos papeles. Le costó algo, pero todo salió a pedir de boca. Lo demás corrió por cuenta de un acertado maquillaje y un poco de representación teatral. La mujercita modosa que ustedes conocieron no era más que una buena caracterización.

CATRINA.— (*Absolutamente desconcertada*). Y nosotras que creímos haberlo salvado... ¡Destruyó fotografías, cintajos, cartas y hasta ciertas prendas secretas que ella le había regalado como amuletos de amor!

VERRUGA.— Este es el cuento. ¿No cree usted que vale lo que pesa?

VIROLA.— ¡Vale lo que pesa! ¡Vale lo que pesa! ¡Vale lo que pesa!...

VERRUGA.— (*Observando a Virola*). ¡Hágala callar, por favor!

CATRINA.— ¡Silencio, Virola! ¡Hay que tomar una decisión! (*Se planta en el centro de la habitación*). ¡Hay que hallar una solución! (*Está inflamada*).

VERRUGA.— Mi misión ha terminado. (*Se pone de pie*). Hasta luego señoras.

CATRINA.— (*Fuerte*). ¡De ningún modo! Dirá todo esto delante de ellos.

VERRUGA.— Señora, yo tengo otros asuntos que ventilar. Me gano el pan con mi trabajo.

CATRINA.— (*Empujándolo y sentándolo en la silla*). ¡Usted hace lo que yo le digo, patán! ¡Tome asiento! (*El se sienta*). ¡No soy ninguna basura para que unos fulleros hagan de mí lo que les venga en gana!

VERRUGA.— Pero...

CATRINA.— Ellos no han de tardar. (*Con furor*). ¡Todo esto no podía ser obra sino de una mujerzuela vulgar! ¡De una mujerzuela sin virtud! ¡De una mujerzuela hipócrita y de un pazuato sin juicio!

VIROLA.— ¡Sin juicio! ¡Sin juicio! ¡Sin juicio!

CATRINA.— (*A Virola*). ¡A callar, boba! ¡Como vuelvas a abrir la boca te la cierro de un sopapo! (*A Verruga*). ¡Ya están aquí! ¿Oye sus risas? (*Se oye reír a Violante*).

VERRUGA.— Es cierto...

CATRINA.— (*Atenta*). Ahora abren la puerta... (*Efectivamente, Violante y Fortunato entran riendo a carcajadas. Catrina no se detiene. Se lanza sobre ellos y vocifera*).

CATRINA.— ¡Bataclana impúdica! ¿Con que engañifas a mí, no? ¡Zullona! ¡Zurrapa!

FORTUNO.— (*Sobrecogido de espanto*). ¿Qué sucede? ¿Que ha pasado aquí?

CATRINA.— ¡Tú no digas nada, mentecato! ¿Creyeron ustedes que me iban a engañar fácilmente, ah? ¡Eso es muy difícil!

VIOLANTE.— ¡No acepto gritos de nadie, sépalo usted!

CATRINA.— ¡Cierra el pico, bataclana! ¡Bataclana! Estoy al tanto de toda la aviesa maquinación urdida por ustedes para engañarme. Pero no contaban con que una bataclana, una bataclana cualquiera, es incapaz de embaucar a quien tiene la cabeza canosa de acrisolada honradez.

FORTUNO.— Actuamos por amor...

CATRINA.— ¡Sé muy bien tus sucios negocios con éste y tus actividades en el cabaret!...

FORTUNO.— ¡Y qué!

CATRINA.— Sé lo de los documentos apócrifos obtenidos con la complicidad de este delincuente.

VERRUGA.— Señora...

CATRINA.— ¡Y este asunto no tiene sino una solución! ¡Esa adoptaremos!

FORTUNO.— ¡Será la que dicte el amor!

CATRINA.— ¿Amor? ¡Que va! ¡Será la que dicte la decencia!

VIOLANTE.— (*A Fortuno*). ¡Déjala que se desfogue! ¡Ya se calmará!

CATRINA.— ¡Entienda, señora bataclana, que nosotros constituímos un hogar colmado de limpias tradiciones! ¡Fortuno es nacido en su seno y, sea su conducta la que fuere, su mujer no puede ser sino una dama!

VIOLANTE.— (*Burlona*). ¡Amén!

CATRINA.— ¡Esto no es un juego!

FORTUNO.— (*A Catrina*). ¡Di lo que quieras!

CATRINA.— Los dos emprenderán un viaje. Diremos que tienes un empleo en el extranjero. Allí separación inmediata. La gente se contentará luego con saber que la señora de Fortuno murió en un accidente...

VIOLANTE.— ¡Vaya con el vejestorio!

CATRINA.— ¡Una discreta separación! ¡Un hombre no es algo para divertirse!

FORTUNO.— ¡Eso no! ¡La amo! (*Grita*). ¡La amo!

CATRINA.— ¡El amor sólo se da con pureza! ¡Con pureza absoluta!

FORTUNO.— ¡El amor es ciego!

CATRINA.— ¡Ciego es el vicio, la concupiscencia!

FORTUNO.— ¡El amor no razona!

CATRINA.— ¡Ese es al amor sucio, el amor apestado!

FORTUNO.— ¡El nuestro es un amor iluminado!

CATRINA.— ¡Es un amor de albañal, y basta! ¡Yo sé bien cómo juzgarlo!

FORTUNO.— ¡Tú no amaste nunca! ¡Nunca! ¿Qué sabes del amor?

VIOLANTE.— ¡Solteronas!

*(Virola, que ha permanecido atenta y enmudecida, al oír la última palabra se levanta como movida por un rayo, enloquecida del todo.)*

VIROLA.— ¡Eso no! ¡Solteronas, no! ¡Zullonas, zurrapas, lo que quiera, pero solteronas, no!

CATRINA.— *(A Virola)*. ¡Tú no hables! ¡No hables! ¡Estás perdida!

VIROLA.— Tuvimos nuestros amantes... Espumo y Poncio...

FORTUNO.— ¿Qué quiere decir?

CATRINA.— *(Yendo hacia su hermana y tapándole la boca con la mano)*. ¡No hables que vas a complicarlo todo!

VIOLANTE.— *(Defendiendo a Virola a brazo partido)*. ¡Déjela opinar! ¡Déjela intervenir!

CATRINA.— ¡No debe hablar!

VIROLA.— ¡Sabemos muy bien qué es el amor!

CATRINA.— ¡No! ¡No! ¡Es su mente desquiciada!

VIOLANTE.— *(Liberando a Virola de su hermana)*. Diga, diga todo lo que se le antoje...

VIROLA.— *(Vibrante)*. Catrina fue amante del Capitán Espumo... *(Ensoñada)*. ¡Y yo del hermoso Poncio, que pesaba como una pluma sobre el pecho!

CATRINA.— *(Suplicante)*. ¡Lo echas todo a perder, desdichada!

VIROLA.— ¡Amaste a Espumo! ¡Amé a Poncio! ¡Eran dos trocitos de azúcar!

VIOLANTE.— ¡Ajá, honradísimas señoras! ¡Y la virtud! ¡Y la careada decencia!

FORTUNO.— (A *Viola*). ¿Pero es verdad lo que has dicho?

VIOLA.— Espumo y Poncio fueron nuestros amantes. ¡Eran dos gotitas de almíbar!

CATRINA.— (*Desconsolada*). Todo lo ha arruinado esta loca...

VIOLA.— (*Dando vueltas*). ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

VIOLANTE.— ¿A qué tanto moralizar si todos estamos cortados por la misma tijera?

VERRUGA.— (*Por Viola que sigue dando vueltas*). ¡Por lo menos deténgala, que me marea! (*Durante el resto de la escena, hasta que vuelve a hablar mide, con un centímetro en la mano, suelo, paredes, techo, etc. Es una operación extraña.*)

CATRINA.— (*Deteniendo a Viola*). ¡Basta, traidora!

VIOLANTE.— En esta casa se hará lo que yo diga.

FORTUNO.— Lo que tú digas, amor. Lo que tú digas.

VIOLANTE.— Yo soy, si ustedes quieren, una descarada; Fortunio, un crápula; las señoras, dos hipócritas pecadoras, y éste, un pájaro de cuenta. En fin, somos de carne y hueso. Entonces...

CATRINA.— (*Interrumpiéndola*). ¡Ah, no! ¡No admito ningún revoltijo! Cada cual tiene su sitio.

FORTUNO.— (*Con energía*). ¡No te permito que trates mal a mi esposa!

CATRINA.— ¿Y ese tono? ¿Desde cuándo te atreves a dirigirte a mí en ese tono?

FORTUNO.— ¡Es que eres muy intolerante! ¡Muy anticuada! ¡Muy arbitraria!

CATRINA.— (*A Viola*). ¿Lo has oído? ¡Me ha dicho arbitraria, anticuada, intolerante!

VIOLA.— (*Perdida*). ¡Intolerante! ¡Intolerante! ¡Intolerante!



VERRUGA.— (A *Virola*). ¡Vamos! ¡Para el disco! (*Virola calla. Durante todo el resto de la escena, permanecerá vagando por la estancia, susurrando palabras sin sentido*).

VIOLANTE.— (A *Catrina*). Usted ha dicho que cada cual tiene su sitio, ¿no es así?

CATRINA.— Sí, y es la pura verdad.

VIOLANTE.— Pues bien, en esta casa, de los cuatro que la habitan, hay dos que no están en su sitio.

CATRINA.— ¡Efectivamente! ¡Efectivamente!

VIOLANTE.— Y esos dos se van a ir...

CATRINA.— Ahí está la puerta.

VIOLANTE.— Entonces, tómela cuanto antes.

CATRINA.— ¿Yo?

VIOLANTE.— Usted y su hermana.

CATRINA.— ¿Y por qué nosotras, y no ustedes?

VIOLANTE.— Se queda en la casa el que la paga. ¿Le parece raro?

CATRINA.— (*Estupefacta, a Fortuno*). ¿Y tú estás de acuerdo con este despojo?

VIOLANTE.— (*Antes de que Fortuno pueda contestar*). Está plenamente de acuerdo. (*A Fortuno*). ¿No es así?

FORTUNO.— Así es, mi amor.

CATRINA.— (*A Fortuno*). Nos arrojas a la calle... Dos viejas desamparadas, dos almas sin nada en este mundo...

VIOLANTE.— Fortuno, que las quiere, ha pensado en todo. Les ha conseguido una habitación en un asilo para ancianos. (*A Fortuno*). ¿No es así?

FORTUNO.— Así es, amor mío.

VIOLANTE.— Y deben ocuparla ahora mismo. (*A Fortuno*). ¿No es así?

FORTUNO.— Así es, querida.

CATRINA.— (*A Fortunato*). ¡Nos mandas a un hospital! Nada menos que a un hospicio...

VIOLANTE.— El nombre es lo de menos. Se trata de un lugar cómodo, seguro, sencillo... ¡y decente!

CATRINA.— (*Yendo hasta donde su hermana, que no ha dejado de dar vueltas por la pieza, totalmente ida de sí*). ¿Lo has oído? Nos manda a un hospicio...

VIOLA.— A un hospicio, a un hospicio, a un hospicio...

FORTUNO.— (*Por decir algo*). Es un lugar excelente, excelente. Cómodo, seguro, sencillo y...

CATRINA.— ¡No lo necesitamos! (*A Viola*). Vamos... (*La toma de la mano y la conduce al interior*). Vamos... No quiero estar aquí ni un segundo más...

VIOLA.— Ni un segundo más... Ni un segundo más... Ni un segundo más... (*Salen las dos*).

VIOLANTE.— (*A Fortunato, que trata de ir tras ellas*). ¡Fortuno!

FORTUNO.— Sí, mi amor.

VIOLANTE.— (*Seductora*). Tú, a mi lado...

FORTUNO.— (*Abrazándola por la cintura*). Sí, amor mío.

VIOLANTE.— (*Al Verruga*). Y ahora, a planear el negocio.

VERRUGA.— Lo tengo todo calculado. (*Señalando la mesa*). Ahí el bar... (*Yendo al centro de la pieza*). Aquí el espacio para que la gente baile... (*Moviéndose a un costado*). Ahí la música... Y luego, las mesas distribuídas discretamente alrededor... (*Con delectación*). Poca luz, mucha sombra, ambiente cálido... En fin, un nido.

VIOLANTE.— Colores incitantes, melodías sensuales, y amor... (*A Fortunato*). ¡Mucho amor!

FORTUNO.— Sí, querida.

VERRUGA.— ¡Y un chorro de billetes a la caja!

VIOLANTE.— A propósito de billetes, entrégame los que te dieron las viejas...

VERRUGA.— ¿A mí?

VIOLANTE.— A ti, sí. No te hagas el inocente. (*Enérgica*). ¡Vengan!

VERRUGA.— (*Metiendo la mano al bolsillo*). Me dejarás algo. He hecho bien el trabajo. Estaban, como querías, hechas unas furias... Casi me matan.

VIOLANTE.— ¿El diez por ciento está bien?

VERRUGA.— El veinte... ¿De acuerdo?

VIOLANTE.— El quince, para no discutir. Dame el dinero.

VERRUGA.— (*Sacando el fajo y entregándoselo*). Mil soles... No estuvo mal el trabajo. (*Separa una cantidad y le da el resto a Violante*). ¿Correcto?

VIOLANTE.— Está bien... (*A Fortuno*). ¡Y tú estás como atontado! ¡Vamos, despierta!

FORTUNO.— Sí, mi amor...

VERRUGA.— (*Mimando lo que dice*). Me imagino ya el rincón de intimidad y placer que esto va a ser. Fortuno, de etiqueta, atendiendo a los clientes; tú, en la caja, cuidando la bolsa; y yo, en la puerta, seleccionando a los visitantes. Penumbra propicia, una suave canción tropical, muchos besos furtivos, algunas parejas en la pista, muy apretadas... ¡Ya lo veo! (*Como si tocara un instrumento entona un bolero. Violante saca a bailar a Fortuno. Los tres lo hacen muy en serio hasta que vuelven las tías. Entonces se quedan paralizados.*)

CATRINA.— (*Que viene con una maleta, arrastrando de la mano a su hermana, la cual lleva a su vez un lío de ropa*). Ya encontraremos un techo y un pedazo de pan...

VIOLA.— Un pedazo de pan... Un pedazo de pan... Un pedazo de pan...

CATRINA.— Afortunadamente, no falta la caridad en el mundo...

VIOLOLA.— En el mundo... En el mundo... En el mundo...

CATRINA.— *(Abriendo la puerta)*. Anda por delante...

VIOLOLA.— Por delante... *(Se detiene. Echa una mirada a la casa, a su sobrino, a los demás, que están estáticos)*. Por delante... Por delante...

CATRINA.— Y no mires lo que no merece ser mirado... *(La empuja con suavidad hacia la salida)*.

VIOLOLA.— No merece ser mirado... No merece ser mirado... No merece ser mirado... *(Salen)*.

*(Fortuno, Violante y Verruga no se mueven. Los tres, con los rostros dirigidos hacia el foro, donde está la puerta, miran irse a las dos ancianas.)*

TELÓN LENTO

## EPILOGO

*A telón corrido, tal como en el prólogo, pero en sentido contrario, vuelven tomadas de la mano las dos viejas. Están evidentemente fatigadas, y la impresión de solitario abandono que daban antes es más intensa, más conmovedora. Ya no llevan paquetes. Cada una luce una pequeña lata, a la cual le ha sido añadido, a manera de asa, un alambre. El haz de luz las acompaña en todo el recorrido, y la música, o el ruido urbano, no cesa hasta que no han desaparecido de la vista del público.*

CATRINA.— (*Irritada*). ¡Te dije que no llegaríamos a tiempo! A las doce sacan los frailes la olla, y desde las once ya está la cola.

VIROLA.— Ya está la cola... Ya está la cola... Ya está la cola... Ya está la cola... Ya está la cola...

CATRINA.— Desde mañana, yo vengo sola con las dos latas. Tú me esperas en cualquier sitio. Comerás la sopa fría, pero comerás...

VIROLA.— Pero comerás... Pero comerás... Pero comerás... Pero comerás...

CATRINA.— Porque encima de que el trajín de conducirte me agota, siento el estómago vacío. Y eso trae mala salud.

VIROLA.— Mala salud... Mala salud... Mala salud... Mala salud... Mala salud... Mala salud...

CATRINA.— En verano, vaya y pase. El sol es como un buen plato de carne. Pero en invierno el frío mata...

VIROLA.— El frío mata... El frío mata... El frío mata... El frío mata... El frío mata...

CATRINA. — Y si no tenemos para el pan, menos tendremos para médico.

VIROLA.— Para médico... Para médico... Para médico...

CATRINA.— (*Interrumpiéndola*). ¡Cuidado con esta esquina! (*Halando fuertemente de su hermana*). ¡Corre! En este lugar muere gente a diario.

VIROLA.— (*Mientras corre*). Muere gente a diario... Muere gente a diario... Muere gente a diario...

CATRINA.— (*Deteniéndose*). Descansemos un poco. (*Le arregla el traje*). Estás sucia... No pareces una persona decente.

VIROLA.— Persona decente... Persona decente... Persona decente... Persona decente... Persona decente...

CATRINA.— Ahora sí. Sin prisa. No hay nada que hacer... (*Con ternura*). Nos iremos, como quien no quiere la cosa, hasta el Parque de la Reserva. Ahí hay un rincón donde pasar la tarde y dormir un poco...

VIROLA.— Dormir un poco... Dormir un poco... Dormir un poco... Dormir un poco... Dormir un poco...

CATRINA.— (*Suave, casi dulce*). Ah, la vida... Es tan corta. Se va en un tris. Es como abrir los ojos, mirar tantas cosas como hay en el mundo, tocar unas cuantas y, de pronto, envejecer... Envejecer para darse cuenta de que no ha sucedido nada...

VIROLA.— No ha sucedido nada... No ha sucedido nada... No ha sucedido nada... No ha sucedido nada... No ha sucedido nada...

CATRINA.— En efecto, que no ha sucedido nada. Excepto que viene la muerte...

VIROLA.— Que viene la muerte... Que viene...

CATRINA.— (*Cortándola*). ¡No repitas eso, Virola! (*Tirando de ella más energicamente aún*). ¡Vamos! (*Salen rápidamente*).

TELON



EL FABRICANTE DE DEUDAS

SATIRA EN DOS ACTOS

*El fabricante de deudas* se inspira en *Le Faiseur* de Honoré de Balzac. He aprovechado de esa fuente los rasgos que emparentan al embustero especulador de la Bolsa parisiense del siglo XIX y el pícaro financista, si puede así llamársele, de la burguesía criolla de nuestros días.

El autor reconoce en estas líneas cuánto debe a la creación del genio francés, y lo escribe aquí en su homenaje.

## PERSONAJES

- JACINTO, *mayordomo mulato. Edad mediana. Simpático y locuaz.*
- CASH, *casero. 60 años. Es un zorro, pero hay otros más zorros que él.*
- LUCIANO OBEDOT, *el falso rico. 50 años. Tiene muchas virtudes, pero muchos más defectos.*
- GODOFREDA, *cocinera negra. Vieja.*
- JOBITA, *sirvienta mestiza. Joven.*
- SOCORRO OBEDOT, *esposa de Luciano. 45 años, según confiesa.*
- SAGARRA, *acreedor. Edad mediana. Una hiena. Viste de oscuro y lleva portafolio.*
- AHUMADA, *acreedor. Edad mediana. Un lince. Viste de claro y lleva portafolio.*
- SANTIZO, *acreedor. Edad mediana. Un cordero. Viste sin color y lleva portafolio.*
- FRANCISCO OBESO, *amigo de Luciano Obedot. 50 años.*
- PITUSA OBEDOT, *hija de Luciano Obedot. 20 años. Ni bella ni fea.*
- ANGEL CASTRO, *estudiante. 22 años. Tanta inteligencia como cabello.*
- TORRECILLAS, *compañero del Marqués de Rondavieja. 35 años. Español.*
- MARQUES DE RONDAVIEJA, *cazador de fortunas. 35 años. Español.*
- DOS CARGADORES.

La acción transcurre en Lima, en nuestra época.

(Estrenada por Histrión Teatro de Arte en "La Cabaña, el 27 de setiembre de 1962).



## ACTO PRIMERO

*Sala de la gran residencia que ocupan Luciano Obedot y su familia. Los muebles son de estilo y entre ellos no falta alguno verdaderamente antiguo. Un gusto burgués europeo ha elegido cortinas, alfombras, cuadros, adornos, todo ostentoso pero de calidad. Una lámpara de muchas luces pende del centro del cielorraso, mas hay otras de pie o mesa en diversos sitios de la estancia. Al fondo se abre un arco que separa la sala de un "hall", por el cual se va a la puerta de calle, que queda invisible. A la derecha hay una puerta vidriera que conduce al comedor y, en segundo término, otra hacia las habitaciones interiores y los altos. A la izquierda se ve una ventana.*

*Al levantarse el telón el lugar se halla vacío. Es media mañana. Suena el timbre de calle. Jacinto, el mayordomo, yendo de derecha a izquierda, acude a abrir. A los pocos segundos, arrollándolo, se precipita al interior David Cash.*

CASH.— (*Vociferante.*) ¡Dile al señor que quiero hablarle! ¡Que esta vez no admito ninguna excusa! ¡Que voy a acudir a la justicial!

JACINTO.— (*Sereno y ceremonioso.*) Tenga el señor la bondad de tomar asiento.

CASH.— (*Irritado.*) ¡Déjate de protocolos! Avisale a tu patrón que estoy aquí.

JACINTO.— En seguida, señor. Con su permiso. (*Sale.*)

CASH.— (*Al público.*) Disculpen esta entrada en escena, señoras y señores, pero no podía haber sido de otro modo. ¿Ven ustedes todo esto? (*Alude a la casa.*) Es la sala de un hermoso chalet de dos

plantas, rodeado por un jardín digno de un maharajá... En total tiene... (*Cuenta*) ¡Siete habitaciones, sin contar las de servicio! Una residencia como para embajada o colegio inglés. ¿Y cuánto cobro por el arrendamiento de semejante palacete? Una miseria. Tres mil soles mensuales. Una ley demagógica me impide subir la merced conductiva de esta mansión... (*Se cerciora que nadie en la escena lo escucha. Confidencial.*) El inquilino, desde hace seis años, es don Luciano Obedot. Me debe tres meses de arrendamiento, pero estoy decidido a desalojarlo aunque sea un señorón. Sin pizca de remordimiento, lo pondré de patitas en la calle.

OBEDOT.— (*Que ingresa sigiloso*). Lo he oído todo, mi querido Cash. ¿Será usted capaz de hacerle esa canallada a uno de sus semejantes?

CASH.— (*Reaccionando vivamente*). ¡Alto! ¡Usted no es mi semejante! Usted vive en un mar de deudas, yo no tengo acreedores; usted es el inquilino remiso de esta casa, yo el propietario; usted es un Obedot que aparece en las páginas sociales de los diarios, yo apenas un Cash a quien de nada le ha valido invertir sus pocos ahorros en bienes raíces. ¡No somos, pues, semejantes!

OBEDOT.— (*Con tono de advertencia*). ¿Propugna usted la lucha de clases? ¿La gran batalla entre los deudores y los acreedores?

CASH.— ¡No me envuelva con sus palabras! (*Se cubre los oídos con las manos*.) No escucharé ni uno sólo de los hábiles argumentos que le permiten vivir como un príncipe sin pagarle nada a nadie.

OBEDOT.— (*Levantando la voz para hacerse oír*). ¡Le pagaré, le pagaré..., pero evitemos la violencia!

CASH.— (*Huyendo*). ¡No oigo nada! ¡Soy todo ojos! ¡Muéstreme el dinero y se quedará usted aquí y en paz!

OBEDOT.— (*Persiguiendo a su interlocutor*). ¡Usted es testigo presencial y de excepción de mis desgracias! ¡No puede comportarse como un extraño!

CASH.— (*Arrinconado*). ¡No escucho nada!



OBEDOT.— (*Obligándolo a dejar los oídos libres*). ¡Atiéndame! ¡No sea inhumano!

CASH.— (*Vencido y suplicante*.) No me cuente otro cuento más, se lo ruego. Ya no hay quien crea sus historias.

OBEDOT.— Le pido que espere. Que espere un poco. Hay algo que vendrá a salvarme y salvarlo a usted muy pronto.

CASH.— ¿Y quién me espera a mí? El gobierno cobra puntualmente los impuestos y al gobierno no le puedo decir que el señor Obedot me pagará pronto porque hay algo que vendrá a salvarlo... (*Recuperando sus bríos*.) ¡Debo actuar con rigor! ¡O me paga usted ahora mismo los tres meses de arrendamiento que me debe, o lo hago desalojar esta misma tarde!

OBEDOT.— (*Sereno*.) Calma, por favor. Debe usted saber en qué consiste ese algo que nos salvará. Es su derecho. (*Pausa*.) ¿Leyó usted que mi hija está a punto de comprometerse? Déjeme consumir ese maravilloso matrimonio.

CASH.— Mi mujer, que lee las columnas de sociales, me ha hablado de un pretendiente aristócrata o no sé qué... Del dicho al hecho, mi querido señor, hay mucho trecho. Y, además, ¿quién garantiza que la nobleza de una persona está acompañada de fortuna?

OBEDOT.— En este caso nadie osa ponerlo en duda. Luis de Narváez y Sotacaballo, Marqués de Rondavieja, es propietario de media Andalucía. Ganaderías de casta, olivares, cortijos, un banco segoviano y casas de renta en Madrid y Barcelona... Nada menos.

CASH.— (*Incrédulo*.) ¿Es verdad todo eso? ¿Está comprobado? (*Pausa*.) ¿Y si es tan rico por qué se ha venido al Perú? Francamente, no me lo explico.

OBEDOT.— (*Dueño de la situación*.) La última temporada de toros se hizo con reses bravas de su divisa oro y morado. Le gustó el país, conoció a mi hija Pitusa y decidió establecerse entre nosotros. Los típicos caprichos del millonario y un buen flechazo de Cupido hicieron el milagro. Iniciará aquí un negocio de vinos generosos, con capitales propios y capitales norteamericanos, y montará una cadena de churrerías al estilo madrileño.

CASH.— (*Que ha permanecido atento, de pronto se pone en pie.*) Todo está muy bien y ojalá no sean puras fantasías, pero vine a cobrar y no me iré con los bolsillos vacíos.

OBEDOT.— ¡Pero no sea intolerante, amigo mío! Le pregunto, con toda sinceridad, ¿no existe un modo razonable de que yo obtenga un plazo, un último plazo, para cumplir con usted?

CASH.— (*Se pasea por la habitación, en silencio. Luego de una pausa, habla.*) Creo que hay uno. ¡El único!

OBEDOT.— Dígalo.

CASH.— Firmeme una letra a treinta días vista, por 12 mil soles, los tres meses vencidos y el que corre. Yo me encargaré de descontarla.

OBEDOT.— (*Desencantado.*) ¿Qué alivio le ofrece usted a este condenado a muerte? ¿Acaso el indulto? ¡No, qué va! Como extraordinario favor, como prueba de gran magnanimidad, le propone la horca en vez de la guillotina. Una muerte sin sangre, nada más.

CASH.— (*Tajante.*) ¡Sin letra, no hay clemencia!

OBEDOT.— (*Melodramático.*) Así es la justicia humana. La deuda para ella es peor que el asesinato. En la mayoría de los casos, el asesinato se castiga procurando al delincuente alojamiento, alimento regular y reposo. Es decir, la cárcel. La deuda, por el contrario, lanza al pobre deudor a la intemperie y al hambre.

CASH.— ¡No haga frases, por favor! Le haré una pequeña concesión más. La letra será a sesenta días... ¡Más los intereses, se entiende!

OBEDOT.— Un poquito más de piedad aún, amigo Cash... (*Pausa.*) ¿A noventa días?

CASH.— ¡No! ¡No! ¡Es mucho plazo noventa días!

OBEDOT.— Justamente es lo que necesito.

*Aparece Jacinto.*

CASH.— ¡Bueno! ¡Acabemos de una vez! ¡A sesenta días!

OBEDOT.— (*En voz baja.*) ¡Por favor, ni una palabra ante los domésticos! Iremos a su oficina. Ahí firmaré la letra.

CASH.— Vamos. (*Se dirigen a la puerta.*) A sesenta días... ¿De acuerdo?

OBEDOT.— ¡A noventa!

CASH.— (*Saliendo.*) ¡Más los intereses!

OBEDOT.— Menos altos, por supuesto... (*Salen discutiendo.*)

*Jacinto los ve salir. Se encoge de hombros y, en seguida, se pone a pasar su plumero por los muebles.*

JACINTO.— (*Suspendiendo su labor y dirigiéndose al público.*) Don Luciano Obedot, amigos míos, es buen navegante en el tempestuoso océano de la acreencia. Aunque esta vez puede naufragar... Y como me adeuda un año de sueldo creo que, respetuosamente, ha llegado la hora de reclamárselo. Ese Cash tiene todo el aspecto de una tormenta capaz de arrojarnos a todos por la borda, lo cual es hasta para un mayordomo impago una humillación excesiva. (*Pausa.*) Con la venia de ustedes. (*Sigue pasando el plumero.*)

JOBITA.— (*Que ingresa acompañada de Godofreda.*) Oye, oye, ¿en esta casa qué día hay paga?

GODOFREDA.— Ya le he dicho que aquí Dios tarda, y a veces mucho, pero no olvida.

JACINTO.— (*A Jobita.*) La pura verdad, muchacha. He servido en muchas casas de familia con escudo en el anillo, de generales en retiro pero muy condecorados, de ministros poderosos aunque impopulares, etcétera, es decir, he estado entre lo mejorcito de Lima, pero nunca vi gente tan original como los Obedot. ¿De dónde sale la comida? ¿Quién pagó el automóvil? ¿Por qué no se produce el desahucio? Nadie lo sabe. Dejas de cobrar durante mucho tiempo, pero de pronto te cae una propina suculenta, o cobras y durante meses y meses no recibes un centavo extra.

GODOFREDA.— ¡Peor les va a los cobradores!

JACINTO.— ¡Oh, esos! ¡Las veces que he tenido que comunicarles un viaje del señor, no obstante que el señor roncaba a pierna suel-

ta el cóctel de la noche anterior, y las veces que les he hecho saber, con cara larga, la grave dolencia que postraba a la señora, pese a que la señora jugaba canasta en la casa de la esquina! Aquí he aprendido a ser artista, esa es la verdad.

GODOFREDA.— No entiendo el oficio de cobrador.

JACINTO.— ¡Raza extraña la de los cobradores! Los hay amables, los hay confidentes, los hay sobornadores, los hay impetuosos. En fin, de todo, pero casi nunca cobran.

GODOFREDA.— Los veo venir, gritar, discutir, escuchar, esperar, y al final irse de la casa con las manos vacías.

JACINTO.— ¡Pero todos son ricos y tacaños, te lo advierto!

GODOFREDA.— Sin embargo, ellos le prestan dinero al señor, y el señor no se lo devuelve.

JOBITA.— (*Con convicción.*) ¡Eso se llama robo, pues!

JACINTO.— (*Con un respingo.*) ¡Esa palabra no se pronuncia en una casa decente! Pedir prestado y no pagar, no es robar. Eso es, como dice el señor, operar con el crédito. Si meto la mano en tu bolsillo y saco plata, sin que tú lo notes, cometo un robo. Pero si yo te pido de buenos modos cien soles, y tú me los das, y luego no te puedo pagar, y me concedes un plazo, y tampoco cumplo, y tú me los reclamas, y yo me escondo... En fin, lo que hace nuestro patrón, eso es tener intereses financieros en común. ¿Comprendes?

JOBITA.— No comprendo. Mi platita es mi platita. El que me la quita, me la roba.

GODOFREDA.— La verdad es que yo tampoco lo comprendo. Los señores me deben mi sueldo y algunos gastos del mercado y la bodega. Los vendedores ya no quieren darme nada al fiado. Estamos en quiebra, como dijo ayer el lechero. ¿Qué se gana con deber?

JOBITA.— Yo ya le he pedido dos veces mi dinero a la señora. Ayer nomás me respondió: “¿Pero qué necesidad tienes tú de plata, hijita?”

GODOFREDA.— Así es siempre.

JOBITA.— ¿Y qué podemos hacer?

JACINTO.— Si nos vamos, no cobramos. Seremos de los que tocan la puerta.

GODOFREDA.— No conviene plantar la casa. Pero hay que pensar en algo.

JOBITA.— Por el resto, estoy contenta aquí. Estoy aprendiendo mucho.

JACINTO.— Estas casas son para nosotros como universidades.

GODOFREDA.— ¿Y qué aprendes? ¿A comer poco?

JOBITA.— (*Confidencial.*) Leo las cartas de la niña Pitusa, me echo sus perfumes, me lavo con su jabón francés y escucho las dulces conversaciones que tiene con su enamorado, ese joven melencólico que viene a verla todas las tardes y con quien seguramente se casará.

JACINTO.— (*Como quien sabe más.*) ¡Que habrá boda pronto, ni qué dudarlo! Anteayer la señora pidió a las tiendas trajes, sombreros, joyas y otras cosas más para la señorita, y yo sé por qué. Claro que los comerciantes se negaron a entregar tanta mercancía sin cheque a la vista, porque han escarmentado, pero yo sé que ese pedido anuncia boda.

JOBITA.— Se quieren tanto que merecen una buena fiesta matrimonial.

JACINTO.— ¡Ah, pero la boda no será con ese pobre estudiante sin oficio ni beneficio! (*Misterioso.*) ¡Hay otro candidato! ¡Un candidato gracias al cual cobraremos!

JOBITA.— (*En tono de protesta.*) ¡Qué injusticia! La niña y el joven melencólico se adoran. Desde tempranito está él dando vueltas a la casa. En cuanto la señora sale, entra. Se sienta con la niña en el jardín. Yo, escondida, los miro y los oigo. ¡Las cositas que se dicen, agarrados de la mano, parecen de película!

GODOFREDA.— (*Curiosa.*) ¿Cositas como qué?

JOBITA.— ¡Cositas, pues! (*Saca del bolsillo un papel arrugado.*)



Aquí tengo una carta que se le cayó a la niña el otro día. La guardo para enseñársela a Eustaquio, para que lea y aprenda.

GODOFREDA.— (*Interesada.*) ¡Léela! ¡Léela!

JOBITA.— (*Desdobla cuidadosamente el papel.*) ¡Es linda! (*Leyendo.*) “Pichona mía...”

GODOFREDA.— ¡Oh! ¡La llama “pichona”!

JOBITA.— “Ángel mío: Te amo. ¿Puedes amarme tú tanto como yo a tí, si soy pobre y sólo tengo, para ofrecerte, amor?”

GODOFREDA.— (*Entusiasmada.*) ¡Qué bello!

JOBITA.— “Ayer, mientras te besaba, he leído en tus... En tus...” (*Pausa.*) ¡No entiendo qué ha escrito aquí!

JACINTO.— Veamos... (*Leyendo por sobre el hombro de Jobita.*) “¡En tus cálidos labios!”

JOBITA.— ¡Ah, sí! “He leído en tus cálidos labios que tu cuerpo se quemaba en el fuego de mi pasión y que tu corazón era mío, mío, mío.”

GODOFREDA.— (*Con admiración.*) ¡Cómo escribe ese pedacito de hombre! En cambio, el camionero que vino a hacer la mudanza de la casa de al lado, en enero, me mandó un papel con unos garabatos que son como un puñetazo en la cara... “Zamba —me decía—, ¿quieres venir a mi cuarto esta noche para...” (*Se detiene, púdica.*) ¡Mejor me callo!

JOBITA.— ¿Y fuiste?

GODOFREDA.— Claro que fui. Terminó la cosa con capazos. Era casado y tenía ocho hijos en escalera.

JOBITA.— ¡Me muerdo!

JACINTO.— (*Decidido.*) Bueno, ya han dicho bastantes tonterías.

GODOFREDA.— ¡Qué bestia eres! El amor no es una tontería.

JACINTO.— Ese amor de la señorita Pitusa, sí. Se quedará en puros papelitos. Ayer, para que lo sepan, vino un señor muy elegante,



acompañado de otro señor más elegante todavía. Los dos pasaron al despacho de don Luciano. Lo oí todo. Uno pidió la mano de la niña.

JOBITA.— ¿Y el señor la concedió?

JACINTO.— ¡La concedió, y muy bien hecho! ¡Se trata de un millonario y, además, Marqués! Como quien dice, el hombre que todos en este hogar necesitamos.

GODOFREDA.— ¡Ojalá se haga el matrimonio, San Antonio de Padua!

JOBITA.— ¿Y si es millonario, por qué se casa con la señorita Pitusa que no tiene nada?

JACINTO.— (*Con aire de sabiduría.*) ¿Quién, aparte de nosotros y los acreedores, sabe que la familia Obedot está en la ruina? Nadie. Tampoco, por supuesto, el Marqués. Ese es el negocio. Y yo les aseguro que después de la boda cobramos.

GODOFREDA.— ¡Cobramos!

JOBITA.— ¿Cobramos? Entonces, ¡bienvenido aquí el Marqués!

*Los tres cantan y danzan la "Polka de bienvenida al Marqués".*

CORO

¡Bienvenido aquí, Marqués,  
si después  
logras que el dinero sobre  
y que, al fin, cada cual cobre!  
¡Bienvenido aquí, Marqués!

GODOFREDA

No olvides que hay marquesados  
que son de hambre,  
muchos escudos dorados  
y en el plato escaso el fiambre.

CORO

¡Bienvenido aquí, Marqués, etc.!

JOBITA

Mientras con crédito venga  
su nobleza,

algún modo habrá que obtenga  
su ilustre nombre riqueza.

CORO

¡Bienvenido aquí, Marqués, etc.!

JACINTO

No ha pasado el virreinato,  
lo sostengo,  
el cholo sigue barato  
y es muy caro el de abolengo.

CORO

¡Bienvenido aquí, Marqués, etc.!

*De pronto se interrumpen.*

GODOFREDA.— (*Alarmada.*) ¡Cuidado! Me parece que viene alguien.  
*Quedan rígidos, en fila.*

SOCORRO.— (*Ingresando.*) ¿Han visto al señor?

JACINTO.— Hace un instante salió con el señor Cash.

SOCORRO.— ¿Con Cash, el casero?

JACINTO.— Sí, señora. Con el casero. (*Socorro hace un gesto de fastidio.*)

JOBITA.— Señora, no hay cera para los pisos.

SOCORRO.— (*Disgustada.*) ¡Oh, Dios!

GODOFREDA.— En el mercado se niegan a venderme si no pago lo que se debe.

SOCORRO.— ¡Qué desdicha! ¡Qué desdicha!

JACINTO.— El chofer ha pedido para gasolina.

SOCORRO.— (*Como en un amago de desmayo.*) ¡Oh! ¡Oh! (*Se re-  
pone.*) No puedo ocultarles mis angustias, hijos. Yo que desciendo  
del General Pinzón, el famoso General Diógenes Pinzón, que fue  
Vice-Presidente de la República, me veo en la difícil situación de

sufrir estas tristes penurias económicas, pasajeras, por supuesto, pero muy dolorosas para una persona de mi clase y categoría. ¿Lo comprenden?

JACINTO.— Naturalmente, señora.

SOCORRO.— Gracias, hijos. Ustedes que, según supongo, están orgullosos de servir a una nieta del General Pinzón, que contribuyó con su influencia a la liberación de los esclavos, serán discretos, ¿no es así?

JACINTO, GODOFREDA, JOBITA.— ¡Por supuesto, señora!

SOCORRO.— El caso es que las cosas van a cambiar pronto.

JACINTO, GODOFREDA, JOBITA.— ¡Sí, señora!

SOCORRO.— Y la lealtad les será generosamente recompensada...

JACINTO, GODOFREDA, JOBITA.— ¡Gracias, señora!

SOCORRO.— (*Ya entusiasmada.*) La señorita Pitusa contraerá enlace con un partido rico y, para colmo de bendiciones, ¡extranjero!

JACINTO, GODOFREDA, JOBITA.— ¡Congratulaciones, señora!

SOCORRO.— (*Maternal.*) En fin, hijos, puesto que ustedes son lo que son gracias al democrático espíritu de mi abuelo, el General Pinzón, espero que sepan callar los rigores del momento y esperar la abundancia futura.

*Entra, apresurado, Obedot.*

OBEDOT.— ¡Jacinto! ¡Llama por teléfono, de mi parte, al señor Obeso y ruégale que venga, de inmediato, a verme por un asunto extremadamente delicado! ¡Pon mucho énfasis en eso de "extremadamente delicado"! (*Pausa.*) ¡Corre! (*Cuando Jacinto va a hacerlo.*) ¡Oye! ¡No olvides el whisky y el champán francés! (*Jacinto lo interroga con la mirada y con la actitud.*) ¡Arréglate como puedas! ¡Corre!

JACINTO.— Haré lo que esté en mis manos hacer... (*Sale.*)

OBEDOT.— (*A Jobita.*) Tú, anda inmediatamente con el chofer a las mismas tiendas a las que llevó a la señora anteayer y diles a los

vendedores que te entreguen inmediatamente el pedido. Las cuentas serán pagadas en la casa, al contado, a la sola presentación de las facturas.

JOBITA.— Sí, señor. (*Va a salir. Se detiene.*) ¿Y si se niegan?

OBEDOT.— Insiste, insiste. Que venga contigo un empleado para pagarle aquí mismo en dinero contante y sonante.

JOBITA.— Sí, señor. (*Vuelve a detenerse.*) ¿Y la gasolina para el auto?

OBEDOT.— (*Irritado.*) ¡Que la pague el chofer! ¡No le han de faltar unos soles en el bolsillo!

JOBITA.— Bien, señor... (*Sale, amedrentada.*)

OBEDOT.— (*Entusiasta.*) ¡Y tú, Godofreda, hoy tienes que hacer milagros con las ollas! Se sentará a nuestra mesa esta noche el Marqués de Rondavieja. Estarán también el distinguido señor don Bernardo Torrecillas, y el señor y la señora Obeso. Siete en total.

GODOFREDA.— (*Tímida.*) Pero, señor...

OBEDOT.— ¡Vuela! ¡No hay tiempo que perder!

GODOFREDA.— Pero el verdulero, el carnicero, nadie quiere...

OBEDOT.— (*Intimidante.*) ¿Nadie quiere qué?

GODOFREDA.— Nadie quiere vendernos al crédito ni siquiera una lechuguita.

OBEDOT.— (*Seguro.*) Eso no es problema. Acude a los competidores de esos malos comerciantes. En el país reina el libre comercio.

GODOFREDA.— Pero, ¿cómo les pagaré, señor?

OBEDOT.— Abre cuenta en sus almacenes... (*Ante un gesto escéptico de la mujer.*) Inspírales confianza, que eso franquea las puertas del crédito.

GODOFREDA.— (*Vacilante.*) Lo intentaré, señor. (*Va hacia la puerta. Antes de salir.*) ¡No puedo pagarles con mi plata, lo lamento!

OBEDOT.— (*Va como un rayo hacia ella.*) Godofreda, Godofreda, en

el régimen liberal el crédito es toda la riqueza. Si los pequeños comerciantes de este barrio desconocen tan simple y sabio principio económico, practicado aún por nuestro Supremo Gobierno en sus complejas finanzas, es que son unos ignorantes. (*Pausa.*) O, tal vez, unos pérfidos comunistas. (*Pausa.*) Y si tú los encubres, también serás sospechosa de comunismo.

GODOFREDA.— (*Alarmada.*) Yo no, señor... (*Se persigna.*) Ellos quizá, pero yo jamás.

OBEDOT.— (*Con tono tranquilo.*) Además, si a la postre los proveedores resultan enemigos del orden público y te exigen dinero, dales sin temor del tuyo. Te haré ganar buenos intereses. Diez soles semanales por cada cien de inversión. ¿Te parece bien? Es mucho mejor interés que el de la Caja de Ahorros, ¿no es cierto?

GODOFREDA.— (*Cayendo en la trampa.*) ¿La Caja de Ahorros? ¡Bah, una miseria, señor!

OBEDOT.— (*Triunfal.*) ¿Y cómo es posible, mujer, que sirviendo en mi casa, trabajando en el hogar de un hábil financista, entregues tu dinero a manos agiotistas e inescrupulosos? ¡En adelante, yo seré tu Caja de Ahorros! ¡10% semanal de intereses!

GODOFREDA.— (*Ganada por la codicia.*) ¿Es cierto eso, don Luciano?

OBEDOT.— En este asunto no soy tu empleador. Soy tu socio.

GODOFREDA.— (*Contenta.*) ¡Oh, gracias, señor! ¡Hoy comerá usted manjares celestiales! (*Sale corriendo.*)

OBEDOT.— (*A Socorro, que ha presenciado la escena interesada, pero silenciosa.*) ¡Querida, esta buena mujer tiene inactivos, en el arca de esa sórdida Caja de Ahorros, especie de pantano del dinero circulante, por lo menos diez mil soles! Es necesario desecar esa ciénaga. Con tan inesperado desagüe irrigaremos por un tiempo nuestro presupuesto en lo que a vituallas atañe.

SOCORRO.— (*Con alarma.*) ¡Luciano! ¡Luciano!

OBEDOT.— ¿Qué te pasa?

SOCORRO.— No olvides nuestra dignidad. No olvides que soy nieta...

OBEDOT.— (*La interrumpe.*) ...de un Vicepresidente de la República. ¡No lo olvido nunca! (*Amenazador.*) Menos todavía cuando descubro que a mis espaldas le haces confidencias a la servidumbre.

SOCORRO.— ¿Yo? ¿Confidencias?

OBEDOT.— Así es como esa gente pierde el respeto debido a sus superiores en condición y fortuna. Tu abuelo contribuyó a que se acaben los esclavos; ¡vaya y pase, aunque fue una majadería! Pero no los incites tú, con tus sentimentalismos, a la subversión...

SOCORRO.— ¡Pero, querido, trataba de que cooperaran con nosotros a salir del atolladero en que nos encontramos!

OBEDOT.— ¡Del atolladero me encargo yo! Tú vete, ataviada con lo mejor de tu ropero y adornada con tus mejores galas, a los lugares más concurridos de Lima. Cuanto más elegante y despreocupada aparezcas, menos creará la gente en nuestra ruina. Pensará, por el contrario, que los terrenos a la orilla del mar que estoy vendiendo son míos y además muy valiosos. (*Pausa. Sincero.*) Para tu personal e íntima información, te confesaré que son un desastre. Hay rayas en la arena y, a menos de un kilómetro, están instalando una fábrica de harina de anchoveta que pronto habrá en el aire un tufo a muerto que no lo soportará ni el alcalde. (*Pausa.*) Pero estate tranquila, Socorro, que colocaré esos lotes como si fueran de subsuelo petrolífero.

SOCORRO.— ¿Tranquila? ¿Cómo puedo estar yo tranquila si tú, debido a tantos problemas, te ves obligado a actuar al margen de la moral? Eso me da miedo. Es peligroso.

OBEDOT.— No comprendes, querida, nuestra época y nuestro país. Ahora y aquí, sólo cuenta el provecho material. Hasta la aureola de los santos está amparada por un seguro en dólares. Todo es conveniencia. Por ejemplo, cuando los norteamericanos nos envían leche en polvo y aceite es porque tienen excedentes de estos productos, y si los lanzan a su mercado bajan los precios, se arruinan los productores, quiebran los intermediarios, se tambalea el gobierno y la nación entera entra en "crack". No es por gracia que se deshacen de su leche y su aceite. (*Pausa.*) De otra parte, un sabio no gana en medio siglo de quemarse las pestañas lo que



cualquier banco reparte en utilidades de un año entre sus accionistas. Cuenta el dinero, nada más. Ese es el cuadro de este mundo. (*Se dirige al público.*) ¿No es así, señoras y señores? (*Toma de la mano a su mujer y la adelanta a primer término.*) ¡Díganle, por favor, que de nada vale ser nieta del General Diógenes Pinzón en la edad que los únicos títulos que merecen respeto son los de la propiedad!

SOCORRO.— ¡Luciano, los señores van a pensar que no eres una persona decente!

OBEDOT.— (*Riendo a carcajadas.*) ¡Ellos saben que por el mero hecho de estar endeudado hasta la coronilla hay muchas personas que viven pendientes de mí, de mis pasos, de mi salud, de mis negocios! ¡Soy, en consecuencia, decente!

SOCORRO.— (*Resistiéndose.*) ¡No te entiendo! ¡Tampoco el público!

OBEDOT.— La deuda es prueba de mi existencia. ¡Existo! ¡Y existo, no gracias a que el autor me puso en ese teatro, sino porque palpito, peso, sueño y estoy aquí y en la calle, me tropiezo con los transeúntes, almuerzo en los restaurantes caros y baratos, figuro en el Libro de Oro y hasta, tal vez, me hallo ahora mismo sentado en la platea! ¡A ver! ¡Sería curioso! ¡Voy a buscarme! (*Hace visera con las dos manos y mira a la sala.*) ¡A ver! ¡A ver!

*En ese momento, tonante, entra Sagarra en escena.*

SAGARRA.— (*A voz en cuello.*) ¡Al fin lo pesco, Obedot! ¡Esta vez no se me escapa!

SOCORRO.— ¡Dios mío!

OBEDOT.— (*Que se ha dado vuelta hacia el escenario en cuanto sonó la voz del acreedor.*) ¡Eh! (*Con los brazos abiertos avanza hacia él.*) ¡Soy yo el que se felicita de recibirlo, estimado Sagarra!

SAGARRA.— (*Apartándolo.*) ¡Es inconcebible que para dar con usted tenga uno que deslizarse como un ladrón por la puerta de calle entreabierta, cuando no está a la vista ese cancerbero con chaleco a rayas que tiene usted por mayordomo!

OBEDOT.— (*Calmo.*) Ese acto no constituye abuso alguno tratándose de amigos. ¡Bienvenido!

SAGARRA.— (*Fuerte.*) ¡Vengo a cobrar!

OBEDOT.— (*Sereno.*) Voy a pagar.

SAGARRA.— (*Desconcertado.*) ¿Va a pagar?

SOCORRO.— (*En tono de reproche.*) ¡Luciano!

OBEDOT.— (*A su mujer.*) Querida, te ruego que me dejes arreglar a solas mis asuntos con el señor.

SAGARRA.— (*Que ha advertido, de pronto, que no ha saludado a la señora Obedot.*) ¡Oh, señora, dispéñeme! No la había visto. Entré tan excitado... Mis respetos, señora.

SOCORRO.— Está usted disculpado, señor.

SAGARRA.— Muy amable. Gracias.

SOCORRO.— Con permiso. (*Sale.*)

OBEDOT.— Tome usted asiento cómodamente, mi estimado amigo.

SAGARRA.— (*Lo obedece. Con alivio.*) Dijo usted pagar... Eso me quita un peso de encima.

OBEDOT.— Dije pagar, sí, y lo reitero. Ahora veamos cómo y cuándo.

SAGARRA.— (*Sobresaltado.*) En dinero efectivo y al instante. De otra manera, le embargo los muebles.

OBEDOT.— Usted es hombre de negocios, Sagarra, y sabe que el dinero es apenas un símbolo. Un símbolo de bienes.

SAGARRA.— ¡Lo sé, claro! El que me debe dinero, me debe bienes. Usted...

OBEDOT.— (*Interrumpiéndolo.*) ¿Ha oído hablar de las playas del Cangrejal?

SAGARRA.— No, no. ¿Por dónde quedan?

OBEDOT.— Más allá de Ancón. Una caleta en donde próximamente habrá un maravilloso paraíso balneario.

SAGARRA.— (*Desconfiado.*) Bien... ¿Y?

OBEDOT.— Un milagro, querido amigo. Son tierras que mi esposa heredó de su abuelo, el General Diógenes Pinzón.

SAGARRA.— No veo qué tiene que ver eso con...

OBEDOT.— (*Rápido.*) ¡Un momento! ¡No he concluido aún! (*Pausa.*) Esas playas van a ser urbanizadas. Una gran empresa, de la que forma parte el Banco Propulsor, las ha adquirido. Por razones sentimentales conservamos en nuestro poder treinta lotes de los mejores en la zona. Fue en esos 30 mil metros cuadrados donde el General Pinzón apostó sus tropas durante la revolución del 55 o del 65, no estoy muy bien en historia.

SAGARRA.— Bueno, ¿y qué?

OBEDOT.— Los 30 mil metros cuadrados del Cangrejal, que pertenecen a mi familia, serán, si usted los acepta, suyos. El dinero es símbolo de bienes. No tengo ningún dinero, pago con bienes.

SAGARRA.— (*Desorientado.*) Pero esto es muy inesperado. Debo pensarlo...

OBEDOT.— Reflexione usted todo el tiempo que quiera. (*Saca un legajo de papeles del bolsillo.*) Aquí están los títulos. (*Los extiende.*) ¡Son suyos!

SAGARRA.— (*Toma los papeles.*) ¡Pero nada sé del precio, de la situación, de las posibilidades de esas playas!

OBEDOT.— (*Mientras el otro revisa nerviosamente los papeles.*) Junto con esos títulos hallará usted un prospecto a todo color sobre la futura urbanización. ¡Ese! ¡Ese azul, justamente! Léalo. 300 soles metro cuadrado, con agua, desagüe, luz eléctrica, pista asfaltada, sol todo el año... Y, además, mar propicio para la práctica hawaiana, *ski* acuático, pesca mayor y caza submarina.

SAGARRA.— (*Mirando y remirando los papeles.*) Hay que estudiarlo. No puede uno decidirse así porque sí.

OBEDOT.— Por cierto que no. Tómese usted el tiempo que le haga falta. Uno, dos, tres meses. Llévase los papeles y examínelos con calma. Luego conversaremos.

SAGARRA.— Si usted me da tiempo... (*Guarda los papeles en el portafolio.*) Lo pensaré. (*Se pone en pie.*)

OBEDOT.— (*También en pie.*) ¿Se va tan pronto?

SAGARRA.— Sí, tengo mucho que hacer aún. Ya hablaremos de esto.

OBEDOT.— Déjeme que, por lo menos, le dé una noticia que acabará por tranquilizarlo completamente.

SAGARRA.— ¿Acerca de qué?

OBEDOT.— De mi deuda con usted. (*Confidencial.*) Mi hija se casa.

SAGARRA.— Lo felicito.

OBEDOT.— Con un millonario.

SAGARRA.— ¡Qué suerte! ¡Qué suerte!

OBEDOT.— Como lo oye.

SAGARRA.— ¡Formidable! (*Pausa.*) Bueno, me marchó. Mi querido Obedot, encantado de haberlo visto.

OBEDOT.— Lo acompaño hasta la puerta. (*Van juntos.*) Hasta la vista, señor Sagarra.

SAGARRA.— ¡Hasta la vista!

SOCORRO.— (*Ingresando.*) ¡Luciano, todo ha sido una descomunal mentira! ¡He estado escuchando!

OBEDOT.— ¿Descomunal mentira? No tanto. Los 30 mil metros cuadrados del Cangrejal con que pretendo saldar la cuenta con Sagarra son los disponibles para obsequiar a cierto público con el fin de iniciar espontáneamente, ¿entiendes?, la urbanización proyectada. Si Sagarra los toma como cancelación de la acreencia, habré salido de uno de los más feroces cobradores que me asedia. Si no los toma, hemos ganado un plazo de por lo menos un mes antes de la ejecución. La meta es el matrimonio de Pitusa...

SOCORRO.— ¿Justifica ella tales medios?

OBEDOT.— ¡Claro que sí! Sobre todo si la hija de que se trata es, como la nuestra, tímida, romántica, fuera de serie. ¡Si todavía no

me explico qué cosa de su persona ha atraído al Marqués de Rondavieja!

SOCORRO.— Pitusa tiene su encanto. Tiene sentimientos delicados, es culta...

OBEDOT.— ¡Sentimientos de novela rosa! ¡Cultura de revista de actualidades, con grandes artículos sobre los amores de una princesa griega con un campeón de base-ball! (*Pausa.*) Espero que considere el matrimonio como una transacción económica.

SOCORRO.— (*Escandalizada.*) ¡Qué idea, Luciano! ¿Te casaste conmigo como hombre de negocios o como enamorado?

OBEDOT.— (*Yendo al encuentro de su mujer y besándola.*) ¡Como un Romeo que desposa a su Julieta! (*Pausa.*) Ahora llama a Pitusa, que debo hablarle. Es preciso que comprenda la finalidad de la cena de esta noche y de que se convenza de que tiene que tomar en serio al Marqués.

*Socorro sale en busca de su hija.*

OBEDOT.— (*Que se adelanta al público.*) Me casé creyendo que el famoso general había dejado una herencia fabulosa, como para permitirme dar un salto hacia la fortuna inquebrantable. (*Recalcando las palabras.*) ¡Ni un centavo! ¡Así como lo oyen; ni un centavo partido por la mitad! (*Pausa.*) Parece que a mi suegro le sucedió lo mismo, y que antes a su suegro le ocurrió otro tanto, y así hasta el demonio sabe qué generación de desprevenidos. Una cadena fatal de errores, de la cual yo soy el último eslabón. Es cierto que el distinguido prócer ganó mucho oro en sus patrióticas campañas, pero lo derritió luego en la crapulosa vida privada que, al margen de la cosa pública, llevó irresponsable y alegremente. Los historiadores le han dedicado muy bonitas páginas, una calle ostenta su nombre y apellido, en algunos museos están sus medallas, su catre de campaña y una heroica camiseta quemada por la pólvora. De sus peripecias de galán derrochador no se dice en ninguna parte nada, pero fue en ellas donde tiró la casa por la ventana. (*Pausa.*) En fin, esa carta me falló hace tiempo, cuando yo era un crédulo soñador, pero la que juego ahora con el Marqués está marcada. Esta vez, gracias a mi ta-

lento, una persona de esta familia va a acertar en la ruleta del matrimonio.

*Entran Socorro y Pitusa.*

SOCORRO.— Ya le he dicho que se ha presentado un partido que no conviene desdeñar.

OBEDOT.— Así es, hijita. Te vas a casar. Eso, en los días negros que corren, es algo que testimonia la existencia de Dios.

PITUSA.— (*Con voz dulce.*) Entonces, ¿ya te habló el joven Castro?

OBEDOT.— ¿El joven Castro? ¿Quién es? ¿Castro qué?

PITUSA.— Angel Castro, papá. Una vez fui con él a una fiesta. ¿Recuerdas?

OBEDOT.— ¿Un tipejo paliducho?

PITUSA.— ¡Un muchacho delicado, papá!

OBEDOT.— ¿Y por qué habría de hablarme el joven Castro?

PITUSA.— Para pedirte mi mano, papá. Queremos casarnos.

SOCORRO.— ¿Qué? ¿Estás enamorada de él?

PITUSA.— Sí, mamá.

OBEDOT.— ¿Y él de ti?

PITUSA.— Sí, papá.

*Obedot mira a Socorro, Socorro a Obedot, totalmente desconcertado ambos.*

OBEDOT.— (*Sin saber qué hacer ni qué decir.*) ¿Y qué pruebas tienes de que ese individuo te quiere?

PITUSA.— (*Con naturalidad.*) Me siento amada.

OBEDOT.— (*Exasperado.*) ¡Qué pruebas, pregunto! ¡Que pruebas!

PITUSA.— Quiere casarse conmigo.

*Pausa. Hay desorientación entre los padres.*

SOCORRO.— (*Con ternura.*) ¿Y cuándo te ha dicho que quiere casarse contigo?



PITUSA.— Todas las tardes.

SOCORRO.— ¿Todas las tardes? ¿Te ves con él todas las tardes? ¿Dónde?

PITUSA.— En el jardín. Ahí nos reunimos diariamente.

OBEDOT.— (*Conteniendo la cólera.*) ¿Y por qué no nos lo has dicho antes?

PITUSA.— Nunca ustedes me lo preguntaron.

OBEDOT.— (*Estallando.*) ¡Pero quién es él! ¡Cuál es su familia! ¡Con qué cuenta para casarse!

PITUSA.— (*Natural.*) Se llama Angel Castro. Estudia en la Universidad. Es huérfano.

OBEDOT.— (*Desesperado ya.*) ¡Huérfano! ¡Estudiante! ¡Castro! ¡Nada! (*Al público.*) Ahí tienen ustedes una muestra de lo que son estos absurdos tiempos. Un jovencuelo que no tiene dónde caerse muerto y que debería pasarse los días y las noches con la cabeza metida en los libros, que no ha salido prácticamente del cascarón, ya quiere casarse... (*A su hija.*) ¡Pitusa!

PITUSA.— Sí, papá.

OBEDOT.— (*Tratado de exponer un razonamiento convincente.*) Escúchame, criaturita. Bueno, te casas con el tal Angel. (*Pitusa sonríe complacida.*) ¡Tú no tienes un real! ¡El tampoco! Al día siguiente de la boda, ¿qué comen? ¿Lo han pensado?

PITUSA.— Sí, papá.

SOCORRO.— (*Emocionada.*) ¡Oh, mi hijita está enamorada!

OBEDOT.— (*Grita.*) ¿Qué comen?, pregunto.

PITUSA.— Lo que haya. Un pan, una papa, un vaso de agua. ¡Y nos querremos más!

OBEDOT.— ¡Eso es pura fantasía!

PITUSA.— Hemos decidido alquilar un pequeño departamento en las afueras. Yo seré su sirvienta y él mi sirviente. Cocinaremos

juntos, lavaremos los platos juntos, pasearemos juntos, leeremos juntos. Enseñaré inglés en mis horas libres. El, cuando sus estudios se lo permitan, hará trabajos de mecanografía. El amor nos ayudará a vencer todos los obstáculos.

OBEDOT.— ¿Pero ese insensato alimenta alguna ambición en la vida?

PITUSA.— Es inteligente y voluntad no le falta. Llegará a ser por lo menos embajador.

OBEDOT.— Mira, hija. En estos tiempos, embajador es cualquiera. No se necesita mucho ingenio para llegar a serlo. (*Pausa.*) ¿Qué estudia tu galán?

PITUSA.— (*Muy orgullosa.*) Antropología.

OBEDOT.— (*En el colmo de la perplejidad.*) ¿Antropología? ¿Y para qué sirve eso?

PITUSA.— El mundo futuro necesitará de los antropólogos.

OBEDOT.— Y mientras esperamos que venga de no sé dónde ese mundo futuro, ¿cómo se las arreglarán ustedes dos?

PITUSA.— Todo lo solucionará nuestro cariño, nuestra unión. A él le sacrificamos, por eso, todo.

SOCORRO.— (*Con intención.*) ¿Todo? ¿Inclusive tu padre y tu madre?

PITUSA.— ¡Oh, no! Quise decir que... (*Vacila.*)

OBEDOT.— ¿Tu angelito conoce la situación económica por la que atravesamos?

PITUSA.— (*En son de protesta.*) Nunca hemos hablado de dinero.

OBEDOT.— (*Insidioso.*) ¿Te cree rica, entonces?

PITUSA.— (*Cándida.*) Me sabe buena.

OBEDOT.— (*Triunfal.*) ¡Ahora comprendo!

SOCORRO.— (*A Pitusa.*) ¿No te parece?...

OBEDOT.— (*Deteniéndola.*) Nada, nada. Escucha, hijita, le vas a de-

cir a ese niño que venga a hablar conmigo esta tarde. ¿Puedes citarlo?

PITUSA.— (*Alegre.*) ¡Claro, papacito!

OBEDOT.— A las cinco lo espero. (*Didáctico.*) Atiéndeme bien ahora. Hace unos días, en la fiesta de las hermanas Corominas, conociste a un distinguido joven español, el Marqués de Rondavieja.

PITUSA.— ¡Oh, sí! Un pesado que me molestó toda la noche.

OBEDOT.— (*En tono de reproche.*) ¡Un caballero que te hizo la corte!

SOCORRO.— Un señor en toda la extensión de la palabra, hija.

OBEDOT.— Ese señor en toda la extensión de la palabra, como dice tu mamá, vendrá esta noche a cenar con nosotros, pues está interesado en tí. Tu madre y yo vemos con muy buenos ojos a este pretendiente. (*Pausa.*) No serás, hija mía, la señora de Castro. Serás la Marquesa de Rondavieja. No irás a parar tampoco, ya que tus padres velan por tu dicha, a un modesto departamento de suburbio. Vivirás en un barrio residencial. No cocinarás, ni lavarás, ni enseñarás inglés. Viajarás, tendrás joyas, serás una reina... ¿Has entendido?

PITUSA.— (*Un ademán de rebeldía.*) ¡Papá, quiero la felicidad aunque sea en la pobreza!

OBEDOT.— Oye la voz de la experiencia, hija. (*Pausa. Convincente.*) No estarás obligada a pasar por el dolor de renunciar al joven Castro. El te abandonará, te lo aseguro.

PITUSA.— ¡No lo conoces, papá! Angel no cede ante nada.  
*Suena el timbre de la calle.*

SOCORRO.— Lllaman a la puerta... ¡Y no hay servidumbre que abra!

OBEDOT.— ¡Que no se abra, entonces!  
*Suena el timbre insistentemente.*

SOCORRO.— Siguen llamando. ¿Quién será?

OBEDOT.— ¡Es el típico toque de un cobrador!  
*Más timbre.*

SOCORRO.— ¡Insisten! Iré yo.

OBEDOT.— No. (*A su hija.*) Anda tú, pequeña, y dile que he salido de viaje. Tal vez haya entre esos chacaes alguno que preste fe a la palabra de una adolescente enamorada.

PITUSA.— Sí, papá. (*Sale.*)

SOCORRO.— (*A su marido.*) ¿No te ha conmovido la fuerza de su pasión?

OBEDOT.— ¡Más me ha conmovido, te lo juro, la codicia de ese simplón que cree haber encontrado en nosotros una veta de oro! ¡Buen chasco se va a llevar el muy infeliz!

*Vuelve Pitusa.*

PITUSA.— Papá, es el señor Ahumada.

OBEDOT.— (*Tomándose la cabeza entre las manos.*) ¡El peor, el más usurero y canalla de todos!

PITUSA.— Dice que viene a proponerte un buen negocio.

OBEDOT.— ¡Que te fíes de la palabra falaz de un estudiante verboso es explicable, hija, pero ¿cómo puedes creer que un acreedor dice la verdad cuando trata de cazar a su víctima? (*A las dos mujeres.*) Déjenme con él. Me las arreglaré como pueda. (*Salen Socorro y Pitusa.*)

OBEDOT.— (*Luego de ir, con aire resignado, hasta la puerta y volver con Ahumada a la sala.*) Pase usted, Ahumada. Pase. Está usted en su casa...

AHUMADA.— (*Efusivamente.*) ¡Mi querido amigo, lo congratulo muy efusivamente!

OBEDOT.— ¿Por qué? ¿Se puede saber?

AHUMADA.— Ya sabe toda la ciudad su inmensa suerte. Su hija, su bella hija, se casa con un opulento industrial extranjero. ¡No me ocultará usted tan buena nueva!

OBEDOT.— (*Modesto.*) No, no se la oculto. Así es.

AHUMADA.— (*Abrazándolo.*) Un yerno rico es algo que el destino

no concede fácilmente a las pobres criaturas humanas. Los negocios no le fueron propicios, Obedot, pero en cambio ha ganado usted un hijo millonario. Hay un equilibrio inmanente en el universo, como decimos los rosacruces.

OBEDOT.— El Marqués de Rondavieja trae, más que dinero, cosa fugaz, amor, amor y amor. ¿Su actitud hacia mí ahora, querido Ahumada, no demuestra que son los efectos los que han comenzado a reinar a mi alrededor? Es decir, en una palabra, la paz.

AHUMADA.— La paz de su conciencia, señor Obedot. Es muy valiosa. Y podemos suscribir, en este mismo momento, un pacto de amistad.

OBEDOT.— ¿Un pacto? Explíquese.

AHUMADA.— Vine, primero, a felicitarlo. Aprovecho para proponerle una transacción.

OBEDOT.— Diga usted.

AHUMADA.— (*Abriendo su portafolio.*) Tengo aquí 65 mil soles en 13 letras escalonadas, correctamente aceptadas por un señor de apellido Lobo. Pues bien, se las endoso a usted como si sólo montaran a 30 mil. Usted consolida la deuda de ese señor, y la deuda suya hacia mí, que asciende a 20 mil, la salda aceptándome usted otra letra por 50 mil redondos. De tal modo, usted recibirá, en amortizaciones del señor Lobo, 65 mil soles y recuperará su dinero con creces, en tanto yo, descontando el documento que usted me firma en el banco, obtengo una suma que aproximadamente vale por ambas acreencias. Mato dos pájaros de un tiro, que es lo que me interesa. ¿Acepta?

OBEDOT.— (*Sin entender la operación.*) Con calma, Ahumada. Déjeme razonar. Yo le debo a usted 20 mil. El señor... ¿Cómo se llama?

AHUMADA.— Lobo.

OBEDOT.— El señor Lobo le debe a usted 65 mil...

AHUMADA.— Correcto.

OBEDOT.— Son, pues, en total, 85 mil soles. (*Ahumada asiente.*) Yo

le firmo a usted una letra por 50 mil y cobro los 65 mil de su acreedor.

AHUMADA.— Eso es.

OBEDOT.— (*Haciéndose un enredo con los cálculos mentales.*) 85 mil... 50 mil... menos los intereses... 2 mil, digamos...

AHUMADA.— Es muy claro.

OBEDOT.— Déjeme un momento... (*Sigue calculando.*) Son 13 escalonadas... (*A Ahumada.*) ¿A qué plazo?

AHUMADA.— A 60 días.

OBEDOT.— ¿La mía?

AHUMADA.— ¡La suya, claro!

OBEDOT.— Dos meses...

AHUMADA.— (*Con picardía.*) Y dentro de dos meses, el yerno... (*Hace ademán de pagar.*)

OBEDOT.— (*Repentinamente.*) ¡Acepto! ¿Dónde están las letras de...? ¿Cómo se llama?

AHUMADA.— (*Extendiéndole los papeles.*) De Lobo. (*Busca en su cartera.*) Aquí está la suya. (*La entrega.*)

OBEDOT.— (*Tras examinar los documentos.*) Bien. Firmo. (*Firma.*)

AHUMADA.— (*Toma los papeles.*) ¡Y yo endoso! (*Firma.*) ¡Un gran negocio!

OBEDOT.— Sí, un gran negocio, pero para usted.

AHUMADA.— ¡No! ¡Para usted! (*Se pone de pie.*) Hemos firmado la paz.

OBEDOT.— ¿No desea tomar un aperitivo?

AHUMADA.— No, gracias. Debo ir al banco. (*Preparándose para salir.*) ¡Y mis felicitaciones, nuevamente!

OBEDOT.— Muchas gracias. Hasta pronto.

AHUMADA.— Hasta pronto, don Luciano. (*Sale.*)



OBEDOT.— (*Queda pensativo. Avanza al público.*) Ustedes son testigos de que no soy yo quien teje la tramposa telaraña. Está puesta aquí, inocentemente, y ellos vienen a ella y se enredan. Los dos meses de mi letra pasarán y la letra seguirá siendo letra, y la deuda, deuda, y Ahumada, Ahumada y Obedot, Obedot... En cambio, las obligaciones del señor Zorro, Tigre, Lobo, o como sea, serán satisfechas puntualmente a mi favor, porque para eso tengo mis palancas. Ustedes son testigos. ¿No es acaso el mundo el que nos hace como somos?

*Entra Jacinto.*

JACINTO.— Con el permiso del señor.

OBEDOT.— ¿Hablaste con el señor Obeso?

JACINTO.— Sí, señor. Dijo que vendría en seguida. Precisamente tenía que visitar al señor Cash. Luego, de ahí vendrá acá.

OBEDOT.— ¿El whisky y el vino?

JACINTO.— Ya están en la bodega.

OBEDOT.— Perfecto. Ahora te voy a encomendar otra misión.

JACINTO.— Siempre a sus órdenes, señor.

OBEDOT.— Impide que el señor Obeso vea al señor Cash.

JACINTO.— Nada más fácil. Le pediré al mayordomo del señor Cash, que es mi compadre espiritual, que diga al señor Obeso que su patrón no está en casa.

OBEDOT.— ¡Muy bien, Jacinto! ¡Acabarás siendo mi secretario!

JACINTO.— Para mí eso sería un altísimo honor, pero desgraciadamente apenas sé escribir.

OBEDOT.— No es inconveniente. Conozco secretarios de ministerio que apenas son capaces de firmar.

JACINTO.— ¿Cómo puede ser eso posible? ¿Cuáles son sus tareas, entonces?

OBEDOT.— Las mismas que las de un mayordomo, aunque menos útiles. Bueno, vete a cumplir con tu deber.

*Jacinto sale en el preciso momento en que entran Godofreda y Jobita.*

OBEDOT.— ¿Habrá o no habrá banquete?

GODOFREDA.— ¡Y de relamerse los dedos!

OBEDOT.— ¡Anda, pues, a multiplicar los peces y los panes!

GODOFREDA.— (*Saliendo.*) Sí, señor.

OBEDOT.— (*A Jobita.*) ¿Todo arreglado?

JOBITA.— Sí, señorcito. Vendrán a cobrar dentro de una hora.

OBEDOT.— (*Mirando el reloj.*) ¡Cobrarán!

JOBITA.— ¿Algo más?

OBEDOT.— Nada por ahora.

JOBITA.— Permiso... (*Sale.*)

OBEDOT.— (*Para sí, satisfecho.*) ¡Tener a esta gente de la parte de uno es mejor que ser amigo de toda la banca de Wall Street!

JACINTO.— (*Que regresa excitado.*) ¡Mientras hablábamos con mi compadre, el mayordomo del señor Cash, se me ha colado un acreedor! ¿Qué hago?

SANTIZO.— (*Tras de aquél.*) Señor Obedot, por favor. (*Al borde del llanto.*) Hace una semana que toco su puerta, y siempre he fracasado. ¡Me han engañado mil veces!

OBEDOT.— (*Tranquilo.*) Anda a lo tuyo, Jacinto. (*Jacinto sale. A Santizo.*) Mi buen Santizo, el hombre es por naturaleza infeliz. Usted me persigue a mí, yo persigo a otro, ése otro persigue a un cuarto, así hasta el infinito. Cada uno, a su vez rehuye a quien lo persigue. Pero un día se produce el encuentro. Henos aquí frente a frente.

SANTIZO.— (*Sollozante.*) Estoy en la ruina... ¡Todo lo tengo empeñado!

OBEDOT.— Igual que yo.

SANTIZO.— Mi situación es muchísimo peor. Usted posee por lo

menos todo esto... Yo no. Le suplico que me pague una pequeña parte de lo que me adeuda. (*Patético.*) ¡Hay hambre en mi hogar!

OBEDOT.— Desconfíe de las apariencias. Nada de lo que usted ve aquí es mío, y de un momento a otro sus legítimos propietarios se lo llevarán todo.

SANTIZO.— ¡Pero es posible! Usted que parece tan dueño...

OBEDOT.— Mis acreedores son poderosos. Las fuerzas vivas del comercio y la industria en pleno.

SANTIZO.— ¡No puede ser! ¡Usted es la única esperanza que me queda!

OBEDOT.— Aliente usted esa esperanza... (*Pausa.*) Por ahora le daré una migaja de los residuos que me quedan. (*Saca una chequera y comienza a llenar un cheque.*) Tengo en el banco 500 soles. Le daré la mitad. ¿Está bien?

SANTIZO.— Bienvenido sea lo que Dios quiera, señor Obedot. (*Pausa.*) Si yo tuviera un empleo...

OBEDOT.— (*Firma el cheque y lo entrega a Santizo.*) Si yo le pudiera colocar en un puesto público, con una remuneración decorosa y ciertas gollerías, ¿daría usted por cancelada la deuda?

SANTIZO.— Creo que sí. Mi situación no es como para andarse con intolerancias.

OBEDOT.— Cuento con el puesto. Hablaré con una prima mía que tiene su cosas con el Ministro de Hacienda. La próxima semana estará usted incluido en el Presupuesto de la Nación.

SANTIZO.— Mi familia lo bendecirá.

OBEDOT.— Pero de todo esto, ni una palabra.

SANTIZO.— ¡Como una tumba! (*Pausa. Casi en secreto.*) Procure que el puesto sea en la Aduana, es mi fuerte.

OBEDOT.— Vaya tranquilo, amigo. Llámeme el lunes. (*Lo empuja hacia la salida.*)

SANTIZO.— El lunes vendré por aquí. Hasta el lunes. (*Sale.*)

OBEDOT.— ¿Cómo hace este hombre para sacarme dinero? No hay duda de que todavía tengo un buen corazón..., aunque mis cheques carezcan da fondos.

OBESO.— (*Ingresando.*) Bien, Luciano, aquí estoy. ¿Qué quieres?

OBEDOT.— (*Alegre.*) Así me gusta, Pancho. ¡Al grano!

OBESO.— ¿Dinero?

OBEDOT.— ¿Qué otra cosa puede ser?

OBESO.— (*Cortante.*) Imposible. Todo en la vida tiene un límite.

OBEDOT.— Todo no. La desdicha puede ser infinita.

OBESO.— (*Secándose la transpiración.*) Si yo fuera millonario asumiría el íntegro de tus deudas y te daría una oportunidad de comenzar de nuevo. Pero no lo soy y además creo que no tienes compostura. Empeñas tu palabra y no pagas. Ha llegado, pues, la hora de tu caída. De tu caída en el abismo del protesto, que es la fosa común de los tramposos.

OBEDOT.— No, Pancho, nada de moral entre nosotros. ¡Necesito dinero! Y no para mí, sino para mi hija. Está a punto de comprometerse, y si no pago los gastos que demanda el compromiso no habrá boda. Y si no hay boda, la ruina. Debo tener quince días riqueza, y por una sola vez, puesto que no tengo sino una hija.

OBESO.— ¿Para qué esa riqueza ficticia?

OBEDOT.— El pretendiente debe creernos millonarios. Debo ofrecer una fiesta, comprar un ajuar elegante, contratar una iglesia para ceremonia de primera clase, etc. Según mis cálculos, me hacen falta 80 mil soles.

OBESO.— ¿Pero quién tiene 80 mil soles para prestar de la noche a la mañana? ¡Quítate de la cabeza que yo puedo girar con semejante cifra!

OBEDOT.— No me interesa mi persona, Pancho. Me interesan las dos pobres mujeres que de mí dependen. (*Melodramático.*) Desearía verlas libres de toda inquietud económica, siempre felices. Yo puedo desterrarme, ser un paria en el extranjero, morir lejos, pe-

ro ellas... (*Se seca unas lágrimas que apuntan en sus ojos.*) He fracasado, es cierto, pero mi fracaso es más negro ahora que conozco la indiferencia de mi mejor amigo.

OBESO.— (*Desesperado.*) ¡80 mil soles son demasiado dinero!

OBEDOT.— (*Rápido.*) ¡Y también muy poco! He hecho compras e imprudentemente he prometido pagar dentro de un rato las facturas. He invitado a comer al pretendiente y a su administrador, y debo hasta la sal de ese banquete. ¿Qué hago? Es indispensable que el Marqués de Rondavieja nos crea ricos, al menos hasta el instante en que el cura lo haya convertido en esposo de Pitusa. ¿Comprendes por qué 80 mil soles son unas cuantas monedas en este trance?

OBESO.— (*Casi gritando.*) ¡Pero no los tengo! ¡No los tengo!

OBEDOT.— (*Cayendo abatido en un sillón.*) En ese caso, estoy perdido.

OBESO.— ¿Te consta que el futuro yerno es millonario?

OBEDOT.— Para eso tengo un olfato de sabueso, pero tú lo verás. Vendrás a comer esta noche con nosotros y juzgarás tú mismo.

OBESO.— ¿Y si falla el matrimonio?

OBEDOT.— ¡Sólo puede fallar si no tengo los 80 mil soles!

OBESO.— (*Rehuyendo el compromiso.*) ¡Es lamentable, pero yo no te los puedo dar! (*Hace ademán de retirarse.*)

OBEDOT.— (*Tras él.*) Haz un esfuerzo. En nombre de nuestros recuerdos de juventud, en nombre de nuestra vieja amistad. ¿Has olvidado ya aquellos bellos tiempos?

OBESO.— ¡No los he olvidado, qué va! Más de una vez te saqué de apuros.

OBEDOT.— ¡Pero te pagué! Te dejé a Catalina... (*Pausa.*) ¡Oh, si Catalina viera lo que haces te reprocharía tu conducta!

OBESO.— (*Sentimental de pronto.*) ¡Ah, si viviera Catalina! ¡Todo sería tan diferente! (*Pausa.*) Ante todo, no estaría casado con Imelda y sus perritos falderos.

OBEDOT.— ¡Aún posees sentimientos, Pancho! ¡Me darás el dinero que necesito!

OBESO.— (*Recuperándose.*) ¡No lo tengo! ¡No lo tengo!

OBEDOT.— Bueno. (*Iracundo.*) ¡Me saltaré la tapa de los sesos! (*Va hacia un mueble y de ahí extrae una pistola.*)

OBESO.— (*Alarmado.*) ¡Qué haces, insensato! (*Intenta quitarle el arma.*)

OBEDOT.— (*Forcejeando.*) ¡Déjame! ¡Déjame morir!

OBESO.— ¡Suelta!

*Ingresan Socorro y Pitusa.*

SOCORRO.— ¡Luciano!

PITUSA.— ¡Papacito!

OBEDOT.— (*Desarmado por Obeso.*) ¿Ves? Ellas acuden como dos querubines. (*Tomando a las dos mujeres de la mano.*) Francisco Obeso, ¿vas a ensañarte con una familia en desgracia?

OBESO.— (*Que retenía la pistola en la mano, arrojándola lejos.*) ¿Yo? ¡Qué ocurrencia!

OBEDOT.— (*Aprovechando ladinamente la ocasión.*) Estos dos seres angélicos me dan la fuerza necesaria para arrodillarme ante ti y rogarte que me brindes el favor que hasta este momento me has negado. (*Se arrodilla.*)

PITUSA.— (*Hincándose al lado de su padre.*) ¡Papá, yo imploraré contigo!

OBESO.— (*Embarazado.*) ¡No! ¡Por favor! (*Ayuda a la muchacha a ponerse de pie.*)

SOCORRO.— (*Dramática.*) ¡Pancho, no rechace así a su viejo amigo!

OBESO.— (*A Socorro.*) ¿Pero sabe usted qué me pide?

SOCORRO.— No, pero...

OBESO.— ¡Quiere que le preste 80 mil soles para casar a la niña!



PITUSA.— (*Digna.*) ¿Qué? ¡No! ¡No! ¡Olvide que me he arrodillado, señor Obeso! No quiero un matrimonio cuyo precio es la humillación de mi padre.

OBEDOT.— (*Abrazando a su hija.*) ¡Eres una santa!

SOCORRO.— (*Besándola.*) ¡Criatura de mis entrañas! (*Los tres lloran.*)

OBESO.— (*Explotando.*) ¡Voy a mandarte ese dinero! ¡Te mandaré un cheque más tarde! (*Yéndose.*) ¡Malditos sean mis sentimientos!

OBEDOT.— ¡Pancho! ¡Necesito una parte en efectivo, ahora mismo!

OBESO.— (*Se detiene antes del mutis.*) ¿Qué?

OBEDOT.— ¡Necesito algo en efectivo inmediatamente!

OBESO.— (*Sacando su cartera.*) ¡Toma cinco mil! (*Arroja los billetes.*)

OBEDOT.— (*Reteniéndolo.*) Hasta luego, Pancho. Recuerda que te he invitado a cenar esta noche con nosotros.

SOCORRO.— Y a la señora Obeso, por supuesto. Desde que no voy a la Liga Protectora de los Subalimentados no la veo. ¡Tan distinguida y fina como es!

OBESO.— (*Entre dientes.*) ¡Mil gracias! Hasta luego (*Sale furioso.*)

OBEDOT.— ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! (*Besa a su mujer y a su hija, y danza contento.*) ¡Un éxito increíble haber roto el inexpugnable corazón de ese hombre! (*Recoge los billetes diseminados por el suelo.*) ¡Aquí está hecho pedazos!

JACINTO.— (*Entrando.*) Señor, han llegado estas facturas.

OBEDOT.— (*Las toma y las revisa.*) Bien.

SOCORRO.— (*A su hija.*) Vamos, Pitusa. Tienes que probarte el vestido lila, ése que tiene el descote en flecha, como el de la Princesa Margarita... (*Salen las dos mujeres hablando.*)

OBEDOT.— (*A Jacinto.*) Paga con esto. (*Le da dinero.*)

JACINTO.— (*Cuenta.*) ¡Hay cien soles de más, señor!

OBEDOT.— (*Con gesto de gran desprendimiento.*) ¡Quédate con ellos!  
JACINTO.— (*Dando de saltos, sale.*) ¡Gracias, señor!

*Obedot, solo, toma un cigarro habano, lo enciende, echa una bocanada al aire y entona el "Vals de la notoriedad por las deudas".*

Porque deudas tengo,  
pagarés pesados,  
cobros, vencimientos,  
endosos impagos,  
porque el tiempo pasa  
en mi calendario  
desglosando a plazos  
únicas de cambio,  
mi precio es muy alto  
en este mercado.

En este mercado  
de falsos millones  
por sus acreencias  
valen los señores,  
y cheques sin fondo,  
letras y protestos,  
son los pergaminos  
de los nuevos nobles,  
pues no existe el oro  
sino entre los pobres.

*Detrás de él, mientras canta, se cierra el*

TELON

## ACTO SEGUNDO

*Al concluir la canción, el telón vuelve a abrirse. Obedot pasa al escenario —el mismo del acto anterior, a las cinco de la tarde—, toma un diario, lo despliega y, después de sentarse confortablemente, comienza a leerlo.*

OBEDOT.— (*Leyendo los titulares.*) “El Gobierno obtiene amplio empréstito exterior.” ¡Muy bien! ¡Muy bien! No haría yo otra cosa si estuviera en el poder... “Se consideran muy elevadas las tasas de crédito bancario.” ¡Exacto! Es imposible operar con intereses tan subidos, tan inhumanos, ¡caramba! “Estados Unidos reforzará economía de pueblos polinesios.” Todo el mundo vive pidiendo dinero y es muy natural que así sea. ¡En el planeta hay muy poca plata y demasiada gente! “El sol será fuerte en los próximos meses.” (*Sobresaltado.*) ¿Qué? ¿El sol? (*Lee ávidamente. Tranquilizado.*) ¡Oh! Se trata del clima...

JACINTO.— (*Ingresando.*) Disculpe el señor que lo interrumpa. El señor Castro está en la puerta. Dice que usted lo ha citado.

OBEDOT.— (*Distraído.*) ¿Castro? ¿Castro? Debe tratarse de un error.

JACINTO.— Disculpe nuevamente el señor, pero no es ningún error. Es el jovencito que pretende a la señorita Pitusa. Ella está con él.

OBEDOT.— ¡Ah, sí! ¡El galán! ¡Que pase!

*Sale Jacinto.*

*Entra a los pocos instantes, Castro. Más atrás viene Pitusa.*

CASTRO.— (*Muy decidido, tendiéndole la mano a Obedot.*) Encantado de conocerlo y saludarlo, señor Obedot.

OBEDOT.— (*Frío y cortés.*) Mucho gusto. Asiento, por favor. (*Señala una silla.*)

PITUSA.— ¿Puedo quedarme?

OBEDOT.— Prefiero hablar a solas con el caballero. Será una conversación de hombre a hombre. (*Mira significativamente a Castro. Este asiente con la cabeza.*)

PITUSA.— (*Un poco defraudada.*) Con permiso, entonces. (*Echa una melancólica mirada a Castro y le destina una dulce sonrisa.*) Hasta luego. (*El corresponde la sonrisa. Pitusa sale.*)

*Hay una pausa embarazosa entre los dos hombres.*

OBEDOT.— (*Repentinamente.*) ¡Así que ama usted a mi hija!

CASTRO.— (*Seguro.*) Sí, señor.

OBEDOT.— ¡Ajá! (*Se acomoda en el sillón.*) Por lo menos, ha sabido usted hacérselo creer ciegamente a ella.

CASTRO.— (*Se pone de pie.*) Sus palabras, señor, implican una duda que hiere mi dignidad. Si provinieran de la boca de otra persona me ofenderían gravemente. Amo a Pitusa. Soy un estudiante huérfano y pobre. Pitusa es mi familia, mi riqueza, mi fuerza. (*Pausa.*) En suma, ella es todo para mí.

OBEDOT.— (*Cambiando de táctica.*) Siéntese tranquilo, amigo. No se exalte. (*El muchacho se sienta con aire victorioso.*) A mis años, como usted podrá comprender, se tienen ideas muy prosaicas acerca del amor y el matrimonio. Son ideas, que, como es natural, los jóvenes rechazan airados. No soy un padre cegado por sus afectos y no se me oculta, ni lo oculto a los demás, que Pitusa no es una belleza de concurso y que, en consecuencia, carece de los atractivos capaces de encender esas pasiones que los literatos encuadernan.

CASTRO.— (*Rápido.*) Lamento decirle que se equivoca.

OBEDOT.— (*Sorprendido.*) ¿Me equivoco? ¿En qué?

CASTRO.— La Pitusa que usted conoce, padre y todo como es de ella, es aparente. La auténtica es la que transfigura el amor. El

amor embellece a Pitusa hasta convertirla en un ser sobrenatural. Yo conozco bien a esta criatura porque, sin falsas modestias, ella es mi obra.

OBEDOT.— (*Desconcertado.*) ¡Vaya! No ignoro, joven, que las cualidades morales de una persona pueden mejorar su realidad, pero se trata de un espejismo que pasa pronto.

CASTRO.— ¡He ahí un error típicamente burgués!

OBEDOT.— ¿Qué dijo? ¿Burgués? Eso pertenece a la terminología subversiva.

CASTRO.— Subversiva, no. Socialista. Soy socialista.

OBEDOT.— (*En pie y salido de sí.*) ¡Huérfano, pobre... y socialista! ¡Es el colmo!

CASTRO.— (*Sereno.*) No sé por qué esas tres circunstancias son el colmo. En principio...

OBEDOT.— (*Procurando calmarse.*) Aceptemos todo, inclusive su socialismo. (*Pausa.*) Usted, pues, ama a Pitusa, y este amor la transforma. Puedo comprender todo esto...

CASTRO.— Me felicito, señor. Así nos entenderemos mejor.

OBEDOT.— Pero seguramente no ignora usted que la vida exige ciertas condiciones materiales previas si se aspira a vivir con éxito. Un sueldo mínimo, una profesión, un... un... un... En fin, una seguridad básica fundamental.

CASTRO.— Los que no rinden culto a la comodidad física pueden vencer las dificultades con menos de lo mínimo.

OBEDOT.— (*Irónico.*) ¡Y morir como héroes, sí, no lo dudo, pero de hambre! ¡De hambre, caballerito! ¡De hambre!

CASTRO.— ¡Lucho porque no haya más hambre!

OBEDOT.— (*Desarmado por las convicciones del muchacho.*) ¡Oh! ¡Oh! (*Pausa. Decidido.*) Voy a confiarle, jovencito, un secreto del cual depende el honor de la familia a la cual con tanto inexplicable denuedo quiere usted ingresar. ¡Estoy en la ruina! En este instante, aquí donde usted me ve, me hallo abrumado por las deu-

das y sin ningún ingreso real y ninguna esperanza de obtenerlo de inmediato. Pitusa, a decir verdad, estaría mejor en el departamentito que usted le ofrece al modo de romántico nido que en el hogar paterno. La pobre no lleva dote y no heredará sino papeletas de pignoración, avisos de letras vencidas y documentos de crédito desacreditado... (*Espera ansioso la reacción de Castro.*)

CASTRO.— (*Tras una pausa.*) ¿Y?

OBEDOT.— (*Exaltado.*) ¿Cómo "y"? ¿Le parece a usted poco lo que le he dicho? ¿Quiebra, deuda, embargos, fracaso total, esto es la familia Obedot, y le parece poco? ¡Eso es también Pitusa!

CASTRO.— Señor Obedot, soy joven y tengo aspiraciones, y aunque esté mal que lo diga, mi inteligencia es apreciable. Llegaré donde me propongo. Y tendré la dicha de dar a Pitusa no sólo el amor sino todo lo que haga falta para que viva con decoro.

OBEDOT.— (*Muy sorprendido.*) ¿Quiere decir que lo que acabo de contarle no ha afectado en nada sus sentimientos y sus propósitos de consumarlos en la boda?

CASTRO.— En nada. Bástele a usted saber, señor, que mi corazón no está movido por ninguna clase de interés.

OBEDOT.— (*Se muestra preocupado. Observa a Castro. Se aproxima a él.*) Tal vez usted no me cree, tal vez piensa que lo engaño... ¡Pero no! (*Pausa.*) La única solución para esta crisis económica es un buen partido matrimonial para Pitusa... ¡Necesitamos que se case con un millonario! (*Castro se encoge de hombros.*) ¿Tampoco le convence esta confesión? (*Parece ocurrírsele una idea.*) ¡Ah! ¡Se convencerá usted! Espere un momento... Espéreme... (*Sale como una estampida en dirección al interior de la casa.*)

CASTRO.— (*Lo ve salir. Ríe. Se adelanta y habla al público.*) Ustedes lo conocen mejor que yo. Un tornillito del gran engranaje de la inmensa maquinaria. En cuanto está levemente gastado, ya no sirve para nada. El sistema lo quiere reemplazar y él se resiste. (*Pausa.*) Sin dinero estos bichos no valen nada. Si les faltara la sangre el problema no revestiría gravedad. Ahí están las transfusiones. Si se les deslizara el piso debajo de los pies, se volverían patinadores, vivirían colgados en jaulas del techo, adquirirían alas.



¡Pero el dinero no puede faltar! ¡Que se acabe la sangre, el aire, las instituciones, los dioses, pero no el dinero! Y el recurso que se pone en juego para conseguirlo no siempre es lícito: exprimir el sudor ajeno, cambiar de principios de la noche a la mañana, casar a la hija con el primer peatón si éste tiene la bolsa repleta. (*Ríe a carcajadas.*) Pero don Luciano Obedot está lucido. No contaba con que en la escena iba a entrar el amor, o sea, la libertad. He entrado yo, señoras y señores, Angel Castro, un Don Nadie, con el amor y la libertad. El muy zorro piensa que cederé terreno ante su sucio drama financiero. Y le voy a seguir la corriente. Voy a fingir que en verdad he venido por la dote y que al no haberla nuestro mi negra entraña... (*Ríe*) ¡Le voy a tender una buena trampa a este Don Alguien! ¿Cuento con la complicidad de ustedes? ¿Sí? Gracias... Ya verán en qué para el juego. (*Indica silencio a los espectadores y vuelve a su silla. Regresa Obedot.*)

OBEDOT.— (*Que viene con un legajo de papeles.*) He aquí los papeles de la familia que indican nuestra secreta ruina en cifras de color rojo. ¡Léalos! (*Se los da.*)

CASTRO.— (*Los examina pacientemente durante un rato.*) ¡Un desastre!

OBEDOT.— Un desastre. (*Señalando los documentos.*) Allí están los protestos. Ahí el embargo de los muebles, que afortunadamente he logrado postergar. Mire los sobregiros. Esas son las papeletas de empeño... Todo está ahí en orden, en estricto orden porque, a ejemplo de nuestro gobierno, aunque las cuentas son deficitarias están en rigurosa clasificación.

CASTRO.— (*Que sigue mirando los papeles.*) Quiere decir que usted no ha cancelado nada en 10 años...

OBEDOT.— He cubierto un agujero con lo que extraía abriendo otro, generalmente más grande que el anterior. A la postre, he cavado mi tumba como los trapenses, pensando que, puesto que he de morir, debo continuar cavando. Usted, irresponsablemente, aspira a yacer en ésa y por eso se lo muestro.

CASTRO.— (*En plena simulación.*) Esto es algo más que una quiebra... ¡Una explosión!

OBEDOT.— Exactamente. Una explosión nuclear de esas que matan al estallar y continúan matando después y siempre. (*Pausa.*) ¿Se da usted cuenta de mi honestidad?

CASTRO.— ¿De su honestidad?

OBEDOT.— Mi honestidad, sí. Creo que el matrimonio de usted con mi hija es la boda del hambre con las ganas de comer. Para que se percate de la magnitud de la locura que cometerían ambos al unirse le he dado acceso a mis intimidades económicas, a mi alma.

CASTRO.— Efectivamente, sería una locura.

OBEDOT.— La realidad desnuda, sin adornos, está ahí. Esa no puede ser transfigurada por el amor. Es una fea realidad.

CASTRO.— ¡Una horrible realidad! Creo que no debo insistir en mis pretensiones.

OBEDOT.— (*Aliviado y victorioso.*) Amigo mío, tiene usted un gran porvenir. Sabe usted simular estupendamente.

CASTRO.— (*Alarmado.*) ¿Simular?

OBEDOT.— Ha simulado usted muy bien el amor. Casi llega a convencerme, se lo aseguro. En la política, en las finanzas, en la vida social, en todo, la simulación es la llave de las mil puertas. (*Pausa.*) Tendrá usted que decirle a Pitusa que luego de honda meditación, ha decidido que no es el matrimonio un acto que se pueda cometer sin una larga prueba previa. Ya encontrará las palabras adecuadas, pues elocuencia le sobra.

CASTRO.— ¿Debo decírselo ahora mismo?

OBEDOT.— Ahora mismo. La haré venir. Usted hablará con ella a solas. Luego, un alejamiento sin brusquedad, poco a poco. Así terminará sin violencias esta historia de dulces frases y verdades amargas. Espérela aquí (*Sale.*)

CASTRO.— (*Avanzando hacia el público.*) ¡Mordió el anzuelo el tiburón!

PITUSA.— (*Entrando.*) ¡Angel!

CASTRO.— (*Hacia ella.*) ¡Amor mío! ¡Ven! (*Ella avanza.*) ¿Distin-  
gues a muchas personas reunidas ahí? (*Señala la sala de platea.*  
*Ella aguza la vista.*) Son todas amigas nuestras. Partidarios de  
nuestro amor.

PITUSA.— ¿Tantos?

CASTRO.— ¡Y miles de miles más! (*Tierno.*) Son testigos de mi leal-  
tad a ti. Tu padre me acaba de confesar que está en la bancarrota.  
Me ha dicho también, aunque parezca increíble, que necesita un  
yerno millonario. Yo no sirvo a sus planes. Entonces, he fingido  
ceder a su presión, mas simplemente para que el tinglado que está  
levantando se derrumbe estrepitosamente. ¡No me dejo vencer  
tan fácilmente! (*Pausa.*) ¿Sabes el marido que te destina?

PITUSA.— Sí. El Marqués de Rondavieja. Hoy cenará aquí.

CASTRO.— Yo me encargaré de ese tipo. Necesito esconderme aquí,  
en tu casa, hasta que llegue el invitado. Debo también hacer unas  
llamadas telefónicas y comunicarme con una serie de personas  
cuyos nombres he leído en el legajo de la quiebra y he grabado  
en mi memoria con letras de fuego: Cash, Sagarra, Ahumada,  
Santizo. Sí, Cash, Sagarra, Ahumada, Santizo. ¿Hay un lugar se-  
guro en tu casa desde donde pueda telefonarles?

PITUSA.— Sí, desde mi dormitorio. Tengo un anexo.

CASTRO.— Ahí me ocultaré. ¿Lo permites?

PITUSA.— (*Coqueta.*) Creo que sí.

CASTRO.— Perfecto. Ahora bésame...

PITUSA.— (*Púdica.*) ¿Aquí?

CASTRO.— Aquí.

PITUSA.— (*Por los espectadores.*) ¿Y los señores?

CASTRO.— Como si no existieran. Ahí, a ese lado, según dicen, está  
la cuarta pared.

PITUSA.— Me da vergüenza, Angel.

CASTRO.— (*Se aproxima a ella, la estrecha, la besa apasionadamen-  
te.*) ¡Pajarita!

PITUSA.— ¡Pajarito!

CASTRO.— ¡No hay fuerza contra el amor!

PITUSA.— ¡No hay! ¡No hay!

*Inician ambos la canción "El amor contra el viento y la marea".*

Si alguien quiere que tu persona sea  
la pieza de una ciega maquinaria,  
no olvides que hay un arma milenaria:  
el amor contra el viento y la marea.

Si en vez de humano encuentras quien te crea  
un guarismo que suma o multiplica,  
recuerda que al vivir sólo lo explica  
el amor contra el viento y la marea.

Si de la realidad que es bella o fea  
te dice con simpleza algún simplista,  
todo es bello —contesta— en tanto exista  
el amor contra el viento y la marea.

Si el mal es en el mundo el que campea,  
según juzgan patricios y gerentes,  
tan sólo es porque ignoran muchas gentes  
el amor contra el viento y la marea.

*Cuando concluyen, se disponen a salir.*

CASTRO.— ¡Vamos!

PITUSA.— ¡Vamos!

CASTRO.— (*Deteniéndose.*) ¡Un besito antes del mutis!

PITUSA.— Si quieres...  
*Se besan y salen.*

SOCORRO.— (*Que entra luciendo un elegante traje de noche. Atrás de ella viene Jobita con un gran ramo de flores diversas.*) Colocaremos las rosas aquí (*Elige un florero y pone en él las rosas.*) Muy bien. (*Mira en torno.*) Ahí las magnolias. (*Toma las magnolias y, tras de colocarlas en otro florero, las arregla.*) Estos gladiolos allá. (*Va con ellos a un tercer recipiente y ahí los acomodo.*)

da.) Perfecto... (Pausa.) Ahora anda donde la niña Pitusa y dile que se vista. Dentro de un rato estarán acá los invitados y, salvo yo, que soy previsor, nadie está en la casa presentable.

JOBITA.— Enseguida, señora. (Sale.)

*Suena el timbre, aparece con saco blanco de smoking, Jacinto.*

SOCORRO.— ¡Ahí están! ¡Dios mío!

JACINTO.— ¿Abro, señora?

SOCORRO.— Sí, Jacinto. Haga pasar a los señores y dígales que en unos minutos estaremos con ellos... Seguramente Luciano no ha comenzado a cambiarse. (Sale Socorro.)

*Jacinto va a abrir. Un segundo después reaparece con el Marqués de Rondavieja y su amigo Torrecillas.*

JACINTO.— Los caballeros tendrán la amabilidad de esperar aquí unos instantes. El señor, la señora y la señorita Obedot vendrán enseguida. Con permiso. (Sale.)

TORRECILLAS.— (Cuando está seguro de que Jacinto se ha alejado.) ¡Hete en tus posesiones! (Se sienta.) ¡Adiós miserias! ¡Adiós tristezas! ¡Adiós angustias de fin de mes! (Pausa.) ¡Y adiós también alegrías disipadas de la juventud!

MARQUÉS.— (Nervioso.) ¡Déjate de tonterías! Me siento como una pieza en subasta. Y tu voz me suena como la de un impertinente martillero. Ahorra palabras que todavía no está delante el postor.

TORRECILLAS.— ¡Y qué postor! Una rama procede en línea directa del general Pinzón, caudillo de la joven república y, como es usual, dueño de vidas y haciendas. La otra viene de los aquilinos Obedot, hombres de negocios, grandes dilapidadores, consumados sibaritas, flor y nata del liberalismo. Por último, el tierno fruto de tan ilustre árbol, la leve Pitusa, que si bien no es un bocado de Cardenal tampoco es una lechuza. Un cheque con la cifra en blanco, girado, Dios mediante, a tu nombre.

MARQUÉS.— Espero que todos tus informes sean correctos y que al pasar por el aro nupcial encuentre al otro lado la gran vida.



TORRECILLAS.— Las fuentes son fidedignas, ciertas como que me llamo Jerónimo. Claro que siempre, como en todo juego de azar, se corre uno un riesgo. ¿Quién sabe qué es, en el fondo, un perfumado caballero limeño? Nadie. Tranquilízate, sin embargo. Lo esencial en estos trances es mantenerse consciente, listo para reaccionar de acuerdo a lo que más conviene.

MARQUÉS.— (*Paseándose intranquilo.*) Lo que me tiene desequilibrado es la doble personalidad. El endeudado ganapán, para unos, y el riquísimo Marqués, para otros. Debo casar al aristócrata para salvar de la cárcel al pillo. En resumidas cuentas, cambio una reja por otra... (*Pausa.*) ¡Y estoy harto! El sastre no me permite pasar por su vereda, mi automóvil cambia de color cada semana para evitar el decomiso, no se cómo vive y respira mi caballo en el hipódromo, entro y salgo del club como un intruso para burlar al tesorero. ¡Esto no es vivir! Y cuando termine con este infierno, mis desdichas no cesarán. Un buen mozo, adorado por la mujeres, afortunado en la ruleta, con sólo treinticinco años, no se casa por amor con una rica heredera que es medio tonta. Lo que se va a decir por ahí de mí...

TORRECILLAS.— ¡Vaya! Tonta no es. Tiene su gracia.

MARQUÉS.— No ponderes el producto, Jerónimo, como si aún fueras agente viajero. Aparte de la gracia, ¿cuánto crees que tiene?

TORRECILLAS.— Un cálculo moderado, castigadas las cifras con las mermas inflacionarias, la baja del algodón en el mercado internacional y los pocos impuestos que es imposible rehuír, cinco milloncesos. ¿Has notado cómo viste la señora Obedot? ¿Has considerado las joyas que luce? ¿Has observado cómo apuesta en el bingo mensual de la "Sociedad Amigas Dominicales del Pobre"?

MARQUÉS.— Eso no es nada. Yo mismo me visto elegantemente, llevo un anillo de oro macizo en la mano izquierda, tengo un alfiler de corbata de platino con una perla como un garbanzo, apuesto en el hipódromo, y tal y tal, y si me pones boca abajo y me sacudes no cae de los bolsillos ni una perra gorda.

TORRECILLAS.— Mira, entonces a tu alrededor. ¿Es ésta o no la casa de un rico?



MARQUÉS.— (*Mira.*) Hum, no está mal. Pero no me fío de las apariencias.

TORRECILLAS.— Preocupáte, más bien, de cómo responderás al interrogatorio de tu futuro suegro, cuya pupila de lince ve debajo de la mar.

MARQUÉS.— (*Suficiente.*) ¡Oh! ¡Tantas veces he ensayado la mentira! Poseo un marquesado del siglo XVII, saneado tanto de bastardías cuanto de plebeyeces republicanas, una hacienda de diez mil fanegadas en Andalucía, un cortijo en Granada con olivares como para parar un tren, una ganadería en Málaga que no hay miuras que la igualen, cinco edificios de renta en Barcelona y Madrid, y el 80% de las acciones de la fábrica de conservas de angulas y percebes “La Pinturera Bilbaína”. En cifras, redondas, veinte millones de pesetas...

TORRECILLAS.— ¡Y olé! (*Se pone en pie.*) Te casas y hay que destruir aquella inmensa fortuna de un porrazo... ¿Qué dirás? (*Señala al público.*) Ahí están los espectadores. Nárrales la triste historia.

MARQUÉS.— (*Al público.*) Un día, mis queridos amigos, llega un cablegrama de España, que a una orden mía pondrá mi amigo Curro Doncel. ¡Horror! Mi tío Lorenzo, apoderado de mis bienes, ha tomado mi dinero para derrocharlo con una francesa de Place Pigalle. Luego, otro cablegrama. ¡Más horror todavía! Mi tío Lorenzo liquida mis tierras, mis edificios, mis acciones. Ultimo capítulo, el más negro: Mi tío, abandonado por la mujerzuela, se descerraja un tiro en la sien. El al hoyo, y el desdichado sobrino, cuya fortuna cuidaba, sin blanca.

TORRECILLAS.— (*Interviniendo.*) ¡Pero allí no para todo! (*Al público.*) El suegro de este desdichado, don Luciano Obedot, ante la desesperación del yerno, acude en su auxilio. “Mi casa es tu casa —le dice dándole refugio en sus paternos brazos—, mi dinero tu dinero, mi felicidad tu felicidad.” Entonces el Marqués (*se inclina éste*) comienza a usar la chequera de su padre político, y la alegría retorna a su alma desolada. ¡Un plan perfecto, concebido por este seguro servidor, Jerónimo Torrecillas, natural de Mansilla de los Corrales, en Ubeda la Vieja, más allá de la Puebla

del Limonar, junto al pozo y entre los chopos que Azorín hiciera inmortales, y ejecutado por mi amigo Desiderio Lobo, natural del mismo lugar, pero un poco más lejos, junto a la ermita de San Cristobalón. (*El Marqués se inclina.*) Ahora, con el permiso de ustedes, continúa la acción de la comedia.

*Va hacia el escenario y se sienta, lo sigue el Marqués.*

MARQUÉS.— (*A su amigo.*) Amparado por la doble nacionalidad, ingreso enseguida a la política peruana. La democracia de este país tiene una característica singular: los aristócratas le producen un agudo complejo de inferioridad. Comienzo, pues, con una ventaja.

TORRECILLAS.— (*Con gesto de disgusto.*) No me convence. La política no es un campo seguro. El mundo da muchas vueltas.

MARQUÉS.— Sí, da muchas vueltas, pero los vivos siguen arriba.

TORRECILLAS.— ¿Te lanzarás, insensato, como postulante a una diputación?

MARQUÉS.— Ese no es el camino. Primero haré periodismo.

TORRECILLAS.— ¡Pero si tú nunca has escrito una línea!

MARQUÉS.— ¿Y eso qué importa, pelmazo? Existen los periodistas que escriben y los que no escriben. Los primeros son los redactores, los articulistas, los peones, en fin. Una especie de carne de cañón. Los segundos son los propietarios de la publicación. Son los mariscales que ganan las batallas. Con un diario haces circular tu nombre. La gente, los lectores, los que oyen hablar de ti, te comienzan al poco tiempo, a tomar en serio. De ahí a un ministerio hay un paso. Ese paso lo das el día en que desde el Presidente de la República hasta los jefes de sección quieran leer en tu periódico matinales loas a sus personas.

TORRECILLAS.— Todo eso, por supuesto, no deja de ser cierto, pero...

MARQUÉS.— ¿Pero qué? En la política no hace falta tener talento y buenas intenciones. Hay que inspirar miedo.

TORRECILLAS.— Si no supiera que apenas has asistido a la escuela primaria, juraría que has seguido un curso universitario.

MARQUÉS.— Lo he seguido, Jerónimo. ¿Sabes dónde? En la crápula en la que he vivido... Pero eso se acabó. Al día siguiente de mi boda con la señorita Obedot, seré un hombre grave y con principios, aunque en el fondo me ría y no crea en nada de lo que digo. ¡Y triunfaré!

TORRECILLAS.— En la política, resumiendo lo que has dicho, no hace falta saber nada especial.

MARQUÉS.— Exacto. Nada especial. Ante cualquier problema, pronunciar solemnemente una frase sonora, y enseguida callar. (*Engolando la voz, muy tieso y con la mano en alto.*) Mis convicciones cristianas no me permiten admitir ninguna solución reñida con la moral.

TORRECILLAS— (*Entusiasmado.*) ¡Es una frase preciosa!

*Entra Angel Castro. El Marqués y Torrecillas lo miran sorprendidos.*

CASTRO.— Señores...

MARQUÉS.— Señor...

TORRECILLAS.— Ejem...

CASTRO.— Ustedes, caballeros, no me conocen. Yo tampoco a ustedes. Ante todo, pues, me presentaré. Mi nombre es Angel Castro.

MARQUÉS.— (*Le tiende la mano.*) Soy el Marqués de Rondavieja.

TORRECILLAS.— Y yo Jerónimo Torrecillas. (*También le extiende la mano.*)

MARQUÉS.— ¿Es usted amigo de la familia Obedot? ¿Pariente quizá?

CASTRO.— Algo menos que amigo y algo más que pariente.

TORRECILLAS.— Muy interesante.

CASTRO.— Claro que sí. ¿Saben por qué?

MARQUÉS.— (*Desconcertado.*) No, en absoluto.

CASTRO.— Porque si uno de ustedes pretende la mano de Pitusa, va a ser muerto.

TORRECILLAS.— ¿De qué se trata? ^

MARQUÉS.— Explíquese...

CASTRO.— Poseo algo de que ese pretendiente carece totalmente.

MARQUÉS.— ¿Qué? ¡Dígalo!

CASTRO.— (*Tranquilo.*) El amor de Pitusa.

MARQUÉS.— ¿Usted cuenta con el amor de Pitusa Obedot? ¡Vamos, joven, despierte!

TORRECILLAS.— ¿Qué hace usted aquí?

CASTRO.— Defiendo lo que es mío.

TORRECILLAS.— ¿Tiene usted el consentimiento del señor Obedot para estar aquí, en su casa?

MARQUÉS.— (*A Torrecillas.*) ¡Debe ser un intruso! ¡O un despechado!

CASTRO.— Tengo el cariño de Pitusa, que es toda espíritu y con la cual se quiere traficar como con una mercancía. Pero la vil operación no se realizará, porque quien ofrece más en este remate soy yo. ¡Ofrezco el amor! (*Pausa.*) ¡Retírense, caballeros, porque la prenda es mía!

MARQUÉS.— ¡Se habrá visto insolencia igual! ¡Jerónimo, hagamos algo contra este individuo!

TORRECILLAS.— ¡Lárguese, antes de que pida ayuda a la servidumbre!

CASTRO.— Ya me voy. Tengo algo más que decirles y no hay mucho tiempo disponible. (*Mira al interior.*)

MARQUÉS.— ¡No escuchamos nada!

TORRECILLAS.— ¡Diga pronto lo que tenga que decir!

CASTRO.— (*En secreto casi.*) ¡Don Luciano Obedot está en la ruina total! ¡Todo lo que tiene son deudas, nada más! Esta casa está construida sobre cimientos de pagarés y con paredes de vencimientos, con techos de pignoración, con muebles de protestos, con

luz de desalajos, y en ella se comen sopas de fianzas, guisos hipotecarios, postres a plazos. Nada de lo que ven durará. Dentro de poco, quizá mañana, tal vez ahora mismo, se llevarán íntegramente los lujos y las ostentaciones que aquí relumbran. (Pausa.) Lo único libre en esta mansión es Pitusa, y ya tiene dueño... ¡Yo! (Se inclina ceremonioso.) Hasta la vista, excelencias. (Sale.)

MARQUÉS.— (Que ha permanecido boquiabierto.) ¿Oíste? ¿Será cierto?

TORRECILLAS.— (Inseguro.) Son infundios...

MARQUÉS.— Hay que considerar estas informaciones.

TORRECILLAS.— ¡Pueden ser patrañas para sacarte del camino!

MARQUÉS.— ¿Y si no lo son? ¿Y si caigo en una trampa?

TORRECILLAS.— No puede ser... reflexionemos...

MARQUÉS.— (Decidido.) No hay tiempo. ¡Me voy!

TORRECILLAS.— (Lo coge a tiempo.) ¡No! ¡Ahí vienen! (Los dos quedan paralizados.)

OBEDOT.— (Que entra seguido por su esposa y su hija.) ¡Mi señor Marqués! (Le extiende cordialmente la mano.) Señor Torrecillas... (Va hacia éste.)

MARQUÉS Y TORRECILLAS.— (Dando la mano a Socorro y Pitusa.) ¡Oh, qué placer! ¡A sus pies!

OBEDOT.— (Alegre.) Siéntense, siéntense... (Todos obedecen.) ¿Y? ¿Bien? (Silencio embarazoso.) Los días están muy bonitos, ¿no es cierto?

MARQUÉS.— (Nervioso.) Sí, sí.

TORRECILLAS.— Frescos, sobre todo.

OBEDOT.— Ni cálidos ni fríos. Clima ideal. (Torrecillas estornuda. Pausa larga.) Ideal, sí. (A su mujer.) ¿Por qué no ordenas que nos sirvan un cóctel y algunas cositas para picar?

SOCORRO.— (Inmediatamente se pone de pie.) En seguida. (Sale.)

OBEDOT.— ¿Fueron ustedes el domingo al hipódromo?

TORRECILLAS.— Sí, fuimos.

OBEDOT.— ¿Con suerte?

MARQUÉS.— Más o menos.

OBEDOT.— ¡Con suerte, entonces! (*Sonrisas forzadas.*) ¡Cuando se dice “más o menos” es que se ha ganado!

*Vuelve Socorro. Tras ella viene Jacinto con una bandeja con copitas de cóctel y otra con bocaditos. ....*

SOCORRO.— Es un cóctel nuevo. Vamos a ver cómo salió...

OBEDOT.— Veremos, veremos...

*Jacinto sirve a todos. Al llegar a Pitusa interroga con la vista a Socorro.*

SOCORRO.— Para ti, hijita, hay un refresco de fruta. Eres muy joven para...

OBEDOT.— (*Aprovechando la circunstancia.*) En efecto, Pitusa no es una de esas jovencitas modernas que beben como cosacos y que en el humo de las reuniones sociales ahogan toda su feminidad. (*Silencio en los otros.*) Bueno, ahora hagamos salud. ¡Salud por...! ¡Salud por...! (*Decidido.*) ¡Salud por la Madre Patria!

TORRECILLAS.— Salud.

MARQUÉS.— Salud.

SOCORRO.— ¡Chin Chin!

OBEDOT.— Salud y pesetas.

MARQUÉS.— (*Al oír la palabra “pesetas” se atraganta y salpica la bebida.*) ¡Oh, perdón! Discúlpeme. (*Se levanta y trata de limpiarse con un pañuelo.*) ¡Qué torpe soy!

TORRECILLAS.— ¡La emoción! (*A Obedot.*) Usted comprende.

OBEDOT.— (*Guiñando el ojo.*) ¡Oh, claro! ¡Es explicable!

*Todos ayudan al Marqués a limpiarse.*



MARQUÉS.— Gracias, gracias. Menos mal que no fue nada grave.

OBEDOT.— ¡Olvidemos lo ocurrido y digamos nuevamente salud!

TODOS.— ¡Salud! ¡Salud!

*Suena el timbre de calle. Jacinto se dirige a abrir.*

OBEDOT.— Han de ser mi viejo amigo Obeso y su señora, quienes nos acompañarán esta noche. (*Vuelve Jacinto y habla al oído a Obedot.*) ¡Qué impertinencia! ¡Dile que tengo invitados en casa! (*Sale Jacinto.*) Disculpen la interrupción. Un impertinente que cree que uno está dispuesto a hacer negocios a cualquier hora. (*Pausa.*) ¿Otro coctelito?

TORRECILLAS.— No, gracias. Somos muy sobrios. Es preferible... (*Ha entrado Jacinto una vez más y ha vuelto a hablar al oído a Obedot.*)

OBEDOT.— ¿Qué? ¿Dice lo mismo? ¿Está loco? (*A sus invitados.*) Mil perdones, queridos amigos, pero se ha presentado un asunto engorroso. Mi señora y mi hija les mostrarán el jardín interior de la casa, donde ambas cultivan las rosas más bellas del mundo. (*A Socorro.*) ¿Quieres acompañar a los señores a admirar tu rosal?

SOCORRO.— Tendré mucho gusto. Alimento mis rosas con vitaminas. Con vitaminas alemanas, por supuesto, y son grandes como no conozco iguales.

MARQUÉS.— (*En pie. Desconcertado.*) Encantado, señora.

SOCORRO.— Usted también, señor Torrecillas.

OBEDOT.— Vayan, vayan... (*Está inquieto.*) En unos minutos los alcanzo. (*A su hija.*) Vé, hijita. Sé sociable.

SOCORRO.— (*Indicándoles el camino al Marqués y su amigo.*) Por acá.

MARQUÉS.— Gracias. (*Mientras sale le hace un gesto interrogativo a su compañero.*)

TORRECILLAS.— (*Que responde al Marqués con ademán que expresa*

que no comprende.) Me encantan las rosas. Son mis flores predilectas.

MARQUÉS.— (A Pitusa, mientras hacen mutis.) ¿Y usted, señorita, se interesa por la floricultura? (Salen conversando.)

OBEDOT.— (En cuanto han salido, irritado. A Jacinto.) ¡Haz pasar a esos monstruos! ¿Cómo se les ha ocurrido venir a esta hora?

JACINTO.— Dicen que usted los ha citado. (Sale a buscar a los recién venidos.)

OBEDOT.— ¿Yo? ¡Ni que estuviera loco!

*Entran Ahumada y Santizo. Jacinto sale al interior.*

AHUMADA.— ¡Así es mejor, señor Obedot! ¡La verdad ante todo! Si no puede usted pagar, lo ejecuto. Y quedamos en paz. Le devuelvo su palabra. Prefiero la verdad.

OBEDOT.— ¿De qué diablos habla usted?

AHUMADA.— (Que ha sacado un papel de su bolsillo.) ¡Tome su letra! ¡Devuélvame las que yo le di, las del señor Lobo, y asunto concluido!

SANTIZO.— (Sollozante.) Y yo le devuelvo su cheque. (Lo extrae del portafolio que lleva.) Y lo del puesto en la Aduana que quede en nada. (Pausa.) ¡Prefiero cobrar en dinero contante!

OBEDOT.— (Desesperado.) ¿Conspiran contra mí? ¿A qué se refieren?

SAGARRA.— (Ingresando.) ¡En buena hora le entró a usted el arrepentimiento, Obedot! ¡Me estaba usted estafando! ¡Pero agradecemos que el cielo lo haya iluminado! ¡Le devuelvo sus títulos de las playas del Cangrejal, arenales muertos y malolientes, y espero mi plata o lo que efectivamente la equivalga!

OBEDOT.— ¿Me quieren explicar a qué obedece esta agresión en masa?

SANTIZO.— ¿Va dar marcha atrás ahora? He recibido una llamada telefónica de su parte por la cual usted me hacía saber que prefería pagarme la deuda a cualquier otro arreglo. Me dijeron que viniera a su casa, a esta hora.

SAGARRA.— Una llamada semejante he recibido yo. Una persona me dijo que hablaba de parte de usted para advertirme que las playas del Cangrejal eran una estafa. Añadió esa persona que me pagaría usted esta misma noche, en su casa.

AHUMADA.— Así es. Una voz agradable, de timbre fino y expresión cortés. A mí también me pidió que viniera a verlo para deshacer el trato convenido antes y cancelar la acreencia.

OBEDOT.— ¡Han sido ustedes víctimas de una cruel broma, amigos! En este momento está, ahí en el jardín, el pretendiente de la mano de mi hija, Marqués y millonario, mi salvación y la de todos ustedes... ¿Cómo puedo yo haberlos traído precisamente, cuando estoy bordando la tela con que enjugaré para siempre mis lágrimas? Alguien, un enemigo acérrimo, ha urdido esta treta para perderme y perderlos a ustedes. ¡No puede ser de otro modo!

*Los acreedores se miran entre sí incrédulos, sorprendidos, desengañados.*

CASH.— (*Entra como un rayo.*) ¡De acuerdo! ¡No me pague usted el arriendo! ¡Tome su letra! (*La saca y se la da.*) ¡Déjeme la casa mañana mismo! ¡Cortemos por lo sano! ¡Pero múdese! ¡Múdese!

AHUMADA.— (*Codicioso.*) ¡Si se muda, yo me hago pago con los muebles!

SAGARRA.— (*Violento.*) ¡Los muebles son para mí! ¡Usted agárrase el automóvil!

SANTIZO.— (*Suplicante.*) ¡El auto para mí, por favor!

SAGARRA.— (*A Santizo.*) ¡En la casa debe haber otras cosas! ¡Héladera, televisor, radio, qué se yo! ¡Son suyas!

CASH.— (*Alentándolos.*) ¡Pónganse de acuerdo y procedan! ¡Necesito la casa vacía mañana!

*Los cuatro discuten ruidosa y acaloradamente.*

OBEDOT.— (*Reaccionando.*) ¡Silencio! (*Se hace el silencio.*) Les repito que han sido vilmente engañados. ¿Por quién? No lo sé. La verdad es ésta. ¡No le he pedido a nadie que los llame por teléfono!

CASH.— ¿Cómo?

AHUMADA.— Eso no puede ser.

SANTIZO.— (*Al cielo.*) ¡Mis penas no tienen fin!

SAGARRA.— ¿Y qué hacemos?

OBEDOT.— Alguien ha tomado ni nombre para hundir mis proyectos de dicha. Ya les he dicho que en el jardín está el novio de mi hija, el acaudalado Marqués de Rondavieja. ¿Es lógico que yo haya convocado a mis acreedores, para entregarme a ellos derrotado, cuando está a punto de culminar el más espléndido negocio de mi vida? ¡Qué ingenuos son ustedes! Cash, le pagaré el alquiler devengado y un año adelantado, y a usted Ahumada la larga deuda que nos une, y a usted Santizo, los pocos miles que le pertenecieron, pero tienen que colaborar conmigo. Verán ustedes al pretendiente y juzgarán por sí mismos el éxito de mi laborioso trabajo de recuperación económica.

SAGARRA.— (*Con aire de vencido.*) ¿Qué remedio queda?

SANTIZO.— ¿Qué ganaré con ver al galán? (*Se desploma en un sillón.*)

OBEDOT.— Los presentaré como mis socios en la Uranium Mining Company, empresa recién fundada y a punto de explotar el rico metal, cuyo precio el oro envidia, y luego de departir con el Marqués, se irán a sus casas a aguardar mi victoria. ¿De acuerdo?

AHUMADA.— ¡Más mentiras! (*Mira a los demás.*) ¿Qué otra cosa se puede hacer?

CASH.— De acuerdo...

OBEDOT.— Voy por él... (*Antes del mutis.*) Tomaremos una copita todos juntos. Luego, amigos míos, les ruego desfilas hacia la puerta. No tengo tanta comida como para ofrecerles un lugar en mi mesa durante esta velada. Algún día, no muy lejano, espero tener el gusto... (*Sale.*)

SAGARRA.— Vaya con el hombre.

AHUMADA.— Duro oficio el de acreedor.

CASH.— Pero no nos dejaremos vencer.

SANTIZO.— Yo estoy vencido. El siempre gana.

AHUMADA.— ¡Animo! ¡Animo!

SAGARRA.— ¡Claro! ¡Arriba los espíritus!

CASH.— ¡Voluntad y tesón!

*Los cuatro entonan entonces, la "Marcha de los acreedores triunfales".*

En las montañas,  
en las montañas desoladas damos caza  
a los deudores,  
que por huir el Monte Everest escalan.

En lo profundo,  
en lo profundo de los mares atrapamos  
a los deudores,  
que como peces se deslizan de las manos.

En plena selva,  
en plena selva sin poblados ni caminos  
a los deudores  
como a serpientes huidizas perseguimos.

En cualquier sitio,  
en cualquier sitio innominado o conocido  
a los deudores  
muertos o vivos les cobraremos los recibos.

*En el instante en que concluyen de cantar, aparecen en escena Obedot, el Marqués y Torrecillas. Cuando el segundo advierte el grupo de Cash, Ahumada, Sagarra y Santizo, se detiene paralizado. Intenta huir. Ante la imposibilidad de hacerlo, se oculta la cara, se cubre con Torrecillas, trata de pasar desapercibido.*

OBEDOT.— (Con satisfacción.) Bueno, los presentaré. El Marqués de Rondavieja y el señor Torrecillas. Mis amigos y socios, Cash, Ahumada, Santizo y Sagarra, notables financistas.

AHUMADA.— (*Adelantándose hacia el Marqués y Torrecillas.*) ¿El Marqués? ¿Cuál de los dos es el Marqués?

OBEDOT.— (*Señalándolo.*) El señor es el Marqués.

MARQUÉS.— (*Tratando de escapar, pues Ahumada va hacia él.*) Soy yo, pero...

AHUMADA.— ¿Este?

MARQUÉS.— Bueno, quizá... Tal vez hay un error...

AHUMADA.— (*Vociferando y persiguiendo por toda la estancia al Marqués.*) ¡Ladrón! ¡Tramposo! ¡Sinvergüenza!

OBEDOT.— ¡Ahumada, qué expresiones son ésas!

AHUMADA.— (*Que ha pescado al Marqués por el cuello.*) ¡Las que este pillo se merece! (*Torrecillas huye en ese momento.*)

OBEDOT.— ¿Cómo dice usted?

AHUMADA.— Su Marqués, señor Obedot, no es otro que un tal Desiderio Lobo, que le debe a todo el mundo. ¡A todo el mundo, incluido usted, pues es el obligado por las letras que esta mañana le he endosado!

MARQUÉS.— (*Al que Ahumada no suelta.*) ¡Sácame de este lío, Jerónimo! (*Lo busca.*) ¡Ah, canalla! ¡Ya escapó!

OBEDOT.— ¡Conque no era Marqués ni cosa parecida!

MARQUÉS.— (*A Obedot.*) ¡Tan Marqués como usted millonario! (*A Ahumada.*) ¡Suélteme, que me está estropeando el único traje elegante que me queda! (*Ahumada no lo suelta.*)

SAGARRA.— (*A Obedot.*) ¿Y ahora? ¿Cómo hacemos con las deudas?

OBEDOT.— (*Sentándose en una silla.*) ¡Hagan ustedes lo que quieran!

SAGARRA.— Entonces, ¡me llevo los muebles! (*Carga una silla.*)

AHUMADA.— (*Deja libre al Marqués, quien aprovecha para escapar como estampida.*) ¡El automóvil es mío! (*A Obedot.*) ¡Vengan las llaves! (*Obedot se las extiende. Ahumada sale.*)



SANTIZO.— ¿Y yo?

CASH.— Cargue con lo que pueda. Vaya adentro y levántese la heladera, el televisor, la plancha eléctrica. ¡Corra!

SANTIZO.— (*Yendo al interior.*) ¡Sí! ¡Sí! (*Sale.*)

CASH.— (*A Sagarra, que ha ido y venido cargando muebles.*) Desocúpeme pronto la casa. Tengo un comprador.

SAGARRA.— Mandaré un par de cargadores. No podré con todo. (*Sale, después de quitarle a Obedot la silla en que estaba sentado.*) Perdón. (*Sale.*)

OBEDOT.— (*Que resignado se sienta en el suelo.*) Es más cómodo...

CASH.— Mañana a mediodía no debe quedar ni siquiera un papel suyo en la casa, por favor. (*Sale.*)

SANTIZO.— (*Que cruza del interior hacia la puerta, cargando un televisor, una aspiradora de polvo y una plancha eléctrica.*) Buenas noches, señor Obedot. (*Sale.*)

JACINTO.— (*Entra. Luego de mirar de arriba a abajo el estado en que ha quedado la sala.*) Señor.

OBEDOT.— ¿Qué cosa, Jacinto?

JACINTO.— El señor Obeso acaba de avisar que no vendrá a cenar porque su señora se siente indispuesta.

OBEDOT.— (*Con naturalidad.*) Quita dos cubiertos de la mesa.

JACINTO.— Imposible, señor.

OBEDOT.— ¿Por qué?

JACINTO.— Godofreda ha tomado, como pago de sus emolumentos y otras cuentas, la vajilla.

OBEDOT.— (*Resignado.*) ¡Ah!

JACINTO.— Si el señor está de buen ánimo, le pido autorización para darle otra mala noticia.

OBEDOT.— Díla, Jacinto.

JACINTO.— Jobita ha abandonado el trabajo. Previamente se ha apoderado, como cancelación de sus sueldos atrasados, de una parte del tocador de la señorita Pitusa.

OBEDOT.— ¿Por valor de cuánto?

JACINTO.— Por valor de 800 soles, ni un centavo más, ni uno menos. Me consta.

OBEDOT.— Está bien. ¿Algo más?

JACINTO.— Sí, señor.

OBEDOT.— Dilo pronto.

JACINTO.— Aunque lamento lo ocurrido, no puedo dejar de velar por mis intereses. Se me adeuda un año de retribuciones salariales. Quisiera facilitar al señor la operación de saldar esa deuda proponiéndole hacérmela efectiva en especies.

OBEDOT.— ¿Qué quieres?

JACINTO.— El traje gris de gabardina inglesa, los zapatos amarillos y el sombrero de Panamá con cinta azul y plumitas.

OBEDOT.— Son tuyos.

JACINTO.— Gracias, señor. Le extenderé el recibo respectivo. Buenas noches.

OBEDOT.— Buenas noches.

*Sale Jacinto. Obedot, sentado en el suelo, queda meditando.  
Por el fondo ingresa Castro.*

CASTRO.— Estimado señor Obedot... (*Obedot levanta la cabeza, lo mira indiferente y se encoge de hombros.*) Así son los bienes materiales. Y así, de poca cosa, son los hombres que como el Marqués, viven pendientes de ellos. El dios dinero es falso y cruel. Se devora a sus adoradores. Y como su vientre no tiene fondo, nunca deja de engullir y engullir víctimas. Sólo quienes lo consideramos como una alucinación de locos estamos libres de su poder voraz.

OBEDOT.— (*Amargo.*) Mire joven, no estoy para discursos ni filosofías. Aquí donde usted me ve, en el vórtice del desastre, estoy

pensando cómo volver a la superficie del crédito. A la prosperidad, en una palabra. Tengo en la mano el cabo de una soga salvadora... Déjeme pensar tranquilo.

CASTRO.— Gustosamente lo dejaría en su sueño, señor, si mañana no fuera usted a ser mi padre político.

OBEDOT.— ¿Qué?

CASTRO.— Lo que oye usted, señor. Mañana, Pitusa y yo nos casamos.

OBEDOT.— Lo felicito. Ha ganado usted la partida.

CASTRO.— Ha ganado el amor.

OBEDOT.— Sáqueme de una duda. ¿Fue usted quien dio cita a mis acreedores esta noche?

CASTRO.— Sí, yo fui, pero queda establecido que merezco su gratitud. El famoso Marqués jugaba con las mismas cartas marcadas con que usted pensaba ganarle. Y a la postre el negocio, de haberse hecho, hubiera sido peor que el desastre de ahora.

OBEDOT.— (*Reflexiona.*) Es cierto. (*Lo mira.*) Es usted hábil y audaz... (*De un salto se pone de pie.*) ¡Cásese con Pitusa!

CASTRO.— (*Casi sin creerlo.*) ¿Me da usted su consentimiento?

OBEDOT.— Plenamente.

CASTRO.— Su palabra de honor.

OBEDOT.— Mi palabra de honor. (*Se estrechan las diestras.*)

PITUSA.— (*Entra seguida de su madre.*) ¡Gracias, papacito! (*Va hacia Castro y lo toma de la mano.*)

SOCORRO.— (*Abrazando a Obedot.*) ¡Querido, olvidemos toda esta historia!

OBEDOT.— ¿Olvidarla? Va a ser difícil. La historia no se olvida. ¿Te olvidas del General Pinzón tú?

SOCORRO.— ¡Eso es otra cosa! ¿Vas a continuar en los negocios?

OBEDOT.— El dinero me ha intoxicado. Imposible volver a la pureza inicial.

*Ingresan dos cargadores que sin mediar palabra levantan, hasta la caída del telón, todo lo que queda en la sala y aun los muebles de las habitaciones contiguas.*

SOCORRO.— Busca un puesto público. Un buen sueldo, y viviremos tranquilos.

OBEDOT.— ¿Yo burócrata? ¡Nunca!

PITUSA.— Papá, viviremos los cuatro en un departamentito.

OBEDOT.— (*Enérgico*). ¡Nada de departamentos conmigo! Mis ambiciones son demasiado anchas para que quepan en cuatro estrechas paredes.

CASTRO.— Yo lo ayudaré, señor Obedot. Iniciará usted una nueva vida.

OBEDOT.— (*Serio*.) Yo amo mi vida tal cual es, tal como ha sido siempre. ¿Creen ustedes que me han de convencer de que con el amor, la antropología y el socialismo puedo hallar la felicidad? No, no. Yo estoy hecho de infelicidad. Estoy hecho por la angustia de los plazos que se vencen, por las moratorias que no son eternas, por los presupuestos que se encogen hasta que me ahogan. Así fue para mí, desde la cuna, la vida. Y tú, Socorro, lo mismo. ¿Las partidas de canasta, las recepciones de sociedad, las juntas de caridad, el besamanos maledicente, para quién están hechos si no para los grandes anfibios del préstamo y la cancelación?... (*Pausa*.) Claro que el hecho de que haya un individuo de mi clase con un pie en la mendicidad prueba que la armonía del mundo se ha roto. ¡Que le vamos a hacer! Lo que sé es que ellos (*señala a los jóvenes que hablan amorosamente en un rincón*) podrán vivir de la poesía, el deliquio, la esperanza, y del pan y la cebolla del amor. Nosotros no. Tenemos que disfrazarnos para participar del festín cuyas migajas vamos a disputarnos a dentelladas de lobos con piel de oveja. ¿Comprendes?

PITUSA.— (*A Castro*.) Vamos al jardín. Veremos por última vez nuestro rincón.

CASTRO.— Nuestro refugio... Vamos. (*Salen tomados de la mano.*)

OBEDOT.— (*A su mujer.*) Antes de que se lleven el escritorio, saca de ahí una carpeta amarilla.

SOCORRO.— ¿La que está en el segundo cajón?

OBEDOT.— Esa. (*Socorro sale.*) Hay que encontrar la salida, y la encontraré. (*Se pasea, pensativo, de un extremo a otro. Vuelve Socorro. Le entrega la carpeta.*) Esta es. (*Examina los documentos que contiene.*) Al banco le debo 128,325 soles con 21 centavos. No tengo con qué pagarlos. En consecuencia, el banco los pierde. Y como no hay banco, por poderoso que sea, que esté dispuesto a perder una suma tan alta, mañana visitaré al gerente para solicitarle que me facilite un negocio de 300 mil soles, de tal manera que salde la deuda y gane para mí el resto.

SOCORRO.— ¿Te harán caso, Luciano

OBEDOT.— ¡Claro que sí! ¡Yo soy fabricante y ellos lo saben!

SOCORRO.— ¿Tú, fabricante?

OBEDOT.— ¡Fabricante de deudas!

SOCORRO.— (*Al público.*) ¡No tiene remedio! (*A Obedot.*) ¡Voy a ver dónde andan los muchachos! (*Sale.*)

OBEDOT.— ¡Fabricante de deudas! Es decir, fabricante de dinero y de riqueza. (*Avanza hacia el público.*) No lo duden ustedes. El día en que fue inventada la moneda no se hizo otra cosa que emprender la más grande y universal estafa. Tan grande y tan universal, que para defenderla hubo que crear junto con la banca las cosas más insólitas: el Estado, la policía, los tribunales de justicia, los periódicos, la filosofía, todo lo que en el mundo reluce. Yo, Luciano Obedot, no soy sino un humilde miembro de la numerosa pandilla que continúa y perfecciona esa estafa histórica. Y tal vez, señoras y señores, ustedes son mis cómplices. Callemos discretamente la participación en el delito, que cometemos como autores, encubridores, reducidos o enlaces; guardemos el terrible secreto entre nosotros y trabajemos con serenidad y cautela, porque un día de estos un literato cualquiera, un vanidoso autor teatral, por ejemplo, es capaz de sostener que

por nuestra conducta merecemos la cárcel y hasta el paredón.  
(*Hace un signo de silencio.*) Silencio. Que no nos oigan. Buenas  
noches tengan ustedes.

*Mientras Obedot canta "El vals de la notoriedad por las  
deudas", cierra suavemente el*

TELÓN



LA ESCUELA DE LOS CHISMES

COMEDIA A IMITACION DE SHERIDAN,  
EN UN PROLOGO Y CINCO ACTOS

## PERSONAJES

por orden de aparición en escena

EL DIRECTOR  
CÁNDIDA  
LILI LIMÓN  
BOA  
HERBERT MUGAÑO  
MARIA MUGAÑO  
COCO PACHURRE  
DOCTOR LECHUGA  
LOLA MUGAÑO  
PEDRO MUGAÑO  
CONSTANCIO  
FELIPE MUGAÑO  
CABRA  
JOHN MUGAÑO  
PACO  
TITO  
DORILA  
TELONERO  
TIMOTEA

La acción en Lima, entre gente del alto mundo, hoy mismo.

*(Estrenada por Histrión, Teatro de Arte, en "La Cabaña", el 1º de abril de 1965.)*

## PROLOGO

*Cuando se han apagado las luces para dar comienzo a la función, se oye, viniendo de la puerta de ingreso a la sala de butacas, la aguda voz de doña Cándida.*

CÁNDIDA.— ¡Señor director! (*Avanza decidida por el pasillo.*) ¿Está por aquí el director? ¡Señor director!

*Saliendo de detrás del telón, con aire sorprendido, aparece*

EL DIRECTOR.— (*Cegado por las luces.*) ¿Pero quién diablos grita de ese modo? Va a comenzar la función y se suplica guardar silencio y compostura. (*Va a retirarse.*)

CÁNDIDA.— ¡Oiga! ¡Oiga! ¿Es usted el director de esta compañía?

EL DIRECTOR.— (*Haciendo esfuerzos por distinguir a su interlocutora.*) Sí, señora. ¿Pero por qué grita usted? Siéntese y déjenos trabajar.

CÁNDIDA.— (*Con tono airado y firme.*) ¡Ni se sueñe que he venido a ver su mamarracho de función! ¡Soy doña Cándida Lezna viuda de Orduña!

EL DIRECTOR.— ¿Se trata de algún problema con su localidad? Entiéndase con el acomodador.

CÁNDIDA.— Le repito que no estoy aquí como espectadora. ¿Pero no le dice nada mi nombre? ¿No le recuerda nada?

EL DIRECTOR.— (*Intrigado.*) ¿Cómo dijo llamarse usted?

CÁNDIDA.— Cándida Lezna de Orduña. (*El director frunce el ceño, despistado.*) ¿No me conoce?

EL DIRECTOR.— (*Seguro.*) En absoluto, señora. Si desea hablar conmigo venga después de la función. El público está esperando que el telón se abra y no puedo abusar de su paciencia.

CÁNDIDA.— ¿El público? Me parece que se quedará con las ganas. Vengo a impedir que se me ridiculice y afrente.

EL DIRECTOR.— (*Alarmado.*) ¿A qué se refiere? No la entiendo.

CÁNDIDA.— Pues vea usted: me han dicho que en la obra que esta noche acá se representa aparezco yo, mi caricatura o no sé qué, que se me parece. ¡Y estoy en este teatro para evitar enérgicamente que se consume la ofensa!

EL DIRECTOR.— (*Muy preocupado ya.*) Confieso honestamente que en la obra hay un personaje que se llama Cándida. ¿Cree usted que alude a su persona? (*Aguza la vista para verla mejor.*) Desde aquí no la distingo bien, señora. ¿Quiere tener la amabilidad de subir al escenario?

CÁNDIDA.— En fin, si hace falta... ¿Y por dónde subo?

EL DIRECTOR.— (*Indicándole el practicable que conduce a escena.*) Por esa escalerita. (*Ella obedece.*) Con cuidado, por favor, que ya sabe usted que los teatros no son precisamente lo más sólido que hay en el país. (*Cándida sube, el director la ayuda.*) Así... despacio.

CÁNDIDA.— (*Una vez arriba.*) Vaya... ¡Qué incómodo! (*Al director.*) Aquí me tiene. ¿Soy o no soy el personaje?

EL DIRECTOR.— (*Con involuntaria sinceridad.*) Sí, en efecto, el personaje es usted o usted es el personaje. Ambos tienen algo en común, por lo menos. La cara, el vestido...

CÁNDIDA.— ¿No le dije? ¡Pero qué se habrá creído ese rangalido del autor! ¡Ah, pero me la pagará! ¡Juro que me la pagará!

EL DIRECTOR.— (*Consternado.*) ¿Va a impedir usted que demos la obra?

CÁNDIDA.— ¡Claro que sí! ¡No faltaba más!

EL DIRECTOR.— (*Suplicante.*) ¡Nos arruinará, señora! ¡E indignará usted a los espectadores!

CÁNDIDA.— Me importa un pepino. Allá usted por representar plebeyeces y ellos por venir a verlas. (*Se dispone a bajar.*)

EL DIRECTOR.— Escúcheme un momento, señora. ¿No le parece conveniente ver primero la obra y luego decidir si contiene algún ultraje condenable?

CÁNDIDA.— ¿Conoce usted la comedia?

EL DIRECTOR.— La sé de memoria.

CÁNDIDA.— Decida usted mismo. ¿Soy como el autor me presenta?

EL DIRECTOR.— No sé qué contestarle... el personaje es muy simpático. La pieza, además, no satiriza a personas individuales sino, más bien, a la colectividad. Todos, a la postre, salimos en ella mal parados.

CÁNDIDA.— ¿De qué se trata, se puede saber?

EL DIRECTOR.— Sería un poco largo de contar. El público, de otra parte, no me lo permitiría. En pocas palabras, en la comedia se describen las peripecias de unos jóvenes de apellido Mugaño...

CÁNDIDA.— (*Interrumpiéndolo.*) ¿De los Mugaño? ¿Dice usted que se ocupa de los Mugaño? ¡Qué divertido! ¡Linda historia la de esos desgraciados! (*Confidencial.*) ¿Aparece el escándalo de Lola Mugaño y su sobrino?

EL DIRECTOR.— (*Que ha descubierto la debilidad de Cándida.*) ¡Sale! ¡Y con lujo de detalles!

CÁNDIDA.— ¡Ese lío lo conozco yo de pe a pa! ¿Está usted enterado de que la tal Lola era una provincianita muerta de hambre? Pedro Mugaño, hombre rico y de linaje, se casó con ella para ser padre como Dios manda, pero la boda, como dicen unos sobrinos míos de la "Nueva Ola", se realizó con "cuota inicial". (*Ríe.*) El pobre señor, como era lógico, terminó con la calva decorada. (*Ríe más.*) ¡Uy, el caso de los Mugaño fue muy sonado! (*Seria.*) Mire usted, la desgracia comenzó cuando, en 1943, el solterón de Pedro fue, en una gira política, al interior...

EL DIRECTOR.— (*Cortándola sin brusquedad.*) ¡Anímese a ver la comedia, señora! Se va a entretener. ¿Acepta usted mi invitación?

CÁNDIDA.— ¿Pero cree usted que el plumífero que la ha escrito me va a enseñar alguna novedad sobre ese famoso enredo?

EL DIRECTOR.— Vea la obra conmigo, entre bastidores, y así me dirá usted qué es cierto y qué no es cierto. Es un privilegio que encantado le concedo. ¿Se anima?

CÁNDIDA.— ¿Entre bastidores? ¿Por dónde es eso?

EL DIRECTOR.— Por ahí. (*Señala el telón.*) No me desaire, señora.

CÁNDIDA.— Bueno, acepto. ¿Y cómo se titula la obra?

EL DIRECTOR.— ¿No lo sabe? “La Escuela de los Chismes”. (*Entreabriendo la abertura del telón.*) Vaya usted por delante, por favor.

CÁNDIDA.— ¿“La Escuela de los Chismes”? ¡Qué tontería! ¡Debiera llamarse “La Escuela de los Limeños”! (*Ríe.*) ¡Qué correo de lleva y trae tiene esta ciudad, Dios me ampare! ¡No hay lugar en ella para quien, como yo, se desinteresa totalmente de la vida ajena! (*Indicando la abertura del telón.*) ¿Por aquí?

EL DIRECTOR.— Si, por ahí. Tenga la bondad... (*La invita a pasar.*)

CÁNDIDA.— Vamos. (*En el mutis.*) ¡No existe en Lima reputación libre de los dimes y diretes! ¡Ni la mía! (*Sale.*)

EL DIRECTOR.— (*Antes de salir, guiñándoles el ojo a los espectadores.*) ¿Ni la suya? ¡Qué descarol! (*Sale.*)

*Unos segundos después, se abre el telón.*



## PRIMER ACTO

*Sala de la casa de Lili Limón. Con ella está —whisky en mano— su amigo y confidente Boa.*

LILI.— Entonces, hiciste lo acordado.

BOA.— Yo mismo escribí la carta y la eché al correo. En Lima los anónimos no fallan. Son balas con silenciador que siempre dan en el blanco.

LILI.— Siempre y cuando las disparen campeones como tú. *(Pausa)*  
¿Más “scotch”?

BOA.— ¡Ni pensarlo! ¡Mi úlcera!

LILI.— ¿Y en cuanto al asunto de Pepita Pérez y el capitán Rosas?

BOA.— Sobre rieles. Ayer solté la primicia en el cóctel de los Pómez Gil. De ahí a oídos del marido hay un paso. El proyectil, a más tardar, hará “bull” mañana por la mañana.

LILI.— Aunque ella es capaz de hacerse la inocentona.

BOA.— Pero tiene su historia. ¿No causó la ruptura de Mico y Mañuca? ¿Y el divorcio de los Urruchuarte no fue provocado por su perversidad? ¿Y quién, por último, casi conduce al suicidio al hijo de los Mendiola?

LILI.— Le sobra veneno a la tal Pepita.

BOA.— Pero le hace falta clase. Precisamente lo que tú tienes para regalar.

LILI.— No necesitas adularme. ¿Me vas a sablear otra vez?

BOA.— ¡Oh no! (*Pausa*). Ya sabes que te ayudo por amistad y simpatía.

LILI.— Recuerda siempre que fui víctima de una vil calumnia y que ahora sirvo a los principios morales desenmascarando hipócritas.

BOA.— Lo cual es una forma de moralizar. (*Pausa*). Aunque en los últimos tiempos nos ocupamos de algo cuya finalidad todavía no alcanzo a distinguir bien.

LILI.— ¡Ah, tu impertinente curiosidad! Te perderá, Boa, ya te lo he advertido. ¿Te refieres a la familia de mi vecino Pedro Mugaño?

BOA.— Exactamente. (*Pausa. Meditativo*). Ahí están esos dos muchachos por quienes don Pedro Mugaño ha visto desde la muerte de su hermano. Herbert, el mayor, simpático y juicioso, y John, el segundo, tarambana y calavera como pocos. El mayor prendado hasta el delirio de ti y, en apariencia, correspondido; el menor, loco por su prima María y aceptado por ella. Me pregunto perplejo: ¿por qué tú, viuda, rica y hermosa, no te quedas con el que te ama y, por el contrario, como si en ello te fuera la vida, te empeñas en destruir la pasión que une al hermano de tu enamorado por su joven prima?

LILI.— El secreto es muy simple. Entre Herbert y yo no hay ningún sentimiento amoroso. Se trata, como quien dice, de un pacto de ayuda mutua.

BOA.— Expílicate, Lili. No comprendo.

LILI.— De quien está enamorado Herbert no es de mí, sino de su prima María. Conmigo disimula su afecto y yo coopero para que derrote a su rival.

BOA.— ¿Y por qué razón te metes en un lío en el que no juega ningún interés que te comprometa?

LILI.— ¡Eres un retardado, Boa! ¿No te das cuenta cuál es mi debilidad? ¿Es necesario que te diga que el borracho y mujeriego de John me gusta? ¿Me gusta? ¡Qué digo! ¡Estoy loca por él!

BOA.— (*Sorprendido*) ¡Acabáramos! (*Pausa*). ¿Pero cómo conseguiste que Herbert se convierta en tu aliado?

LILI.— Pura psicología. Para algo estoy psicoanalizada.

BOA.— No te auguro felicidad si logras rendir al sinvergüenza de John. Su propio tío, don Pedro, lo considera el mismísimo Lucifer.

LILI.— Todos le dedican los peores calificativos, lo sé. Pero sé también que, justamente debido a la desordenada vida que lleva, es un encanto de hombre.

(*Entra Herbert Mugaño*).

LILI.— Llegas justo a tiempo, Herbert querido. Le acabo de contar a Boa nuestra secreta alianza.

HERBERT.— (*La besa, sonriente, en la mejilla*). Lo que tú hagas está bien hecho. (*Dándole la mano a Boa*). Confío a ciegas en los buenos amigos de Lili.

BOA.— (*Servil*). Honradísimo.

LILI.— ¿Traes noticias del asunto entre María y tu hermano John?

HERBERT.— Algunas. Los pimpollos se han peleado. Calculo que nuestros planes marchan. Las cartas que con informes acerca de él hacemos llegar a María están produciendo ya su efecto.

LILI.— Méritos son del activo Boa. (*El aludido se inclina, mientras se sirve otro vaso de whisky*). ¿Y de las pellejerías de John, qué cuentas?

HERBERT.— (*Con falso tono de duelo*). ¡El fin, querida! Hoy recibió otra orden de embargo. La vida bohemia sólo conduce a la ruina.

LILI.— ¡Pobre ángel!

HERBERT.— Bien merece tu compasión el muy desdichado. Quisiera en verdad, poder ayudarlo, porque creo que un hermano que no socorre...

LILI.— (*Interrumpiéndolo graciosamente*). ¡No! ¡No! ¡No! ¡Nada

de buenos sentimientos, Herbert! Entre bueyes no hay cornadas, recuérdalo.

HERBERT.— (*Componiéndose*). Lo decía de todo corazón. Con ese mismo ánimo trato de rescatar a mi prima María de las irresponsables garras de mi hermano John.

BOA.— ¡Hermosa criatura su prima María!

HERBERT.— ¡Alma pura, sobre todo!

BOA.— Me parece que llegan las visitas. Me voy. Señor Mugaño, encantado. (*Tiende la mano a Herbert. Enseguida se acerca a Lili y le hace un gesto expresivo, que aquella de inmediato comprende. De un mueble esta saca unos billetes y se los desliza a su amigo*). Hasta mañana. (*Sale*).

HERBERT.— (*Cuando Boa ha salido*). Ya te he dicho que este individuo no me inspira confianza. ¡Tan untuoso y servil como es!

LILI.— Estoy segura de su lealtad.

HERBERT.— A mí tampoco me cabe duda de su lealtad, pero no a ti, sino a traición, su oficio.

(*Entra María*).

LILI.— (*Muy cariñosa*). ¡Oh, linda! ¡Qué gusto! (*Ella se muestra triste*). Pero, ¿te pasa algo, hija mía?

MARIA.— No habría venido a tu casa si hubiera sospechado que también estaba invitado ese antipático de Coco Pachurre. En este instante llega con su amigo el doctor Lechuga, y ambos vienen hacia aquí. ¡No los podré soportar!

LILI.— ¿Y tanta desolación por tan poca cosa? ¡Ni los mires, hija!

HERBET.— Si el incorregible de mi hermano John fuera de la partida sospecho, primita, que no te mostrarías tan disgustada. ¿Me equivoco acaso?

LILI.— (*A Herbert*) ¡Déjate de majaderías, Herbert! (*A María*). ¿Qué es lo que no te agrada de Coco Pachurre? El muchacho es muy gracioso.

MARIA.— No hace otra cosa que hablar mal del mundo entero.

HERBERT.— (*Adulador*). Eso es verdad. Es un individuo dispuesto a difamar a un santo aunque éste sea su mejor amigo. Y su compinche Lechuga no le va a la zaga.

LILI.— Ustedes exageran. Pachurre tiene una gran fantasía, eso es todo.

MARIA.— ¿Y de qué vale esa fantasía si viene siempre acompañada de malevolencia? ¿No opinas tú lo mismo, Herbert?

HERBERT.— (*Artificial*). Tienes toda la razón. Talento sin humor no es talento.

MARIA.— Yo sólo sé una cosa. La calumnia es recurso de cobardes. Exactamente igual a una puñalada por la espalda.

(*Entra doña Cándida*).

CANDIDA.— ¿Algún crimen? ¿Qué puñalada? ¿Celos?

LILI.— ¡Qué placer que hayas venido, Cándida!

CANDIDA.— ¡Cuánto tiempo sin vernos, querida Lili! ¡Estás cada día más joven y más atrevida! ¿Hablaban de un asesinato?

LILI.— Se trataba de una metáfora. ¿Conoces a todos, no es cierto?

CANDIDA.— ¡Oh, sí! ¿Cómo están? (*A Herbert*). ¿Cuenta usted algo de nuevo, señor Mugaño? Aunque la pregunta es absurda porque Lima está que hierve de escándalos sociales y sólo se habla de ellos de un extremo a otro de la ciudad.

MARIA.— Sólo se habla de escándalos sociales porque lamentablemente sólo escándalos sociales ocurren.

CANDIDA.— ¡Ah, María! ¿A propósito, es cierto que lo tuyo con John se acabó? Supongo que el pollo no sienta cabeza. No hay quien no se haga cruces con sus delirantes andanzas nocturnas.

MARIA.— Es muy sensible, señora, que Lima no tenga otro tema de qué ocuparse.

CANDIDA.— ¿Y quién detiene la lengua de la gente, querida? ¿Quién? Confieso que la noticia me entristeció tanto como me entristeció saber que tus padres no andan, según he sabido, en buenos términos. ¡Pero la gente es infatigable!

MARIA.— ¡Qué absurdo! ¿Quién ha dicho semejante tontería?

CANDIDA.— ¡Absurdo, sí! ¡Muy bien dicho! Pero la maledicencia no respeta a nadie. Figúrate que ayer mismo me contaron que Jacinto Rugendas se había fugado con una de las hijas del General Pun. ¿Puedes creerlo?

MARIA.— (*Con auténtica indignación*). ¡Habría que fusilar a todos los chismosos!

CANDIDA.— ¡Y me gustaría ser yo quien diera la orden de fuego al pelotón! Pero son tantos, hijita. Y nadie se escapa a críticas y rumores. (*A Lili*). ¿Quién hubiera sospechado, por ejemplo, de tu amiga la señora Gondorria que se puede decir que ha terminado en los brazos de su peluquero?

LILI.— ¡Pero eso no es verdad, Cándida!

CANDIDA.— ¡Lo que yo dije: imposible! Lo mismo clamé cuando oí afirmar que la doctora Rizos había tenido hijo de su tío el hacendado. Claro que viven juntos y solos, pero de ahí a lo otro... ¡Es una temeridad!

LILI.— Una canallada. Mi amiga Gondorria, te lo aseguro, es incapaz de humillar a su esposo.

HERBERT.— (*Falso*). La imaginación sólo es bella cuando crea obras dignas de admiración, no cuando destruye.

MARIA.— Es muy cierto. Los inventores de infundios como los que los hacen circular merecen el repudio de la sociedad.

CANDIDA.— ¿Pero cómo puede actuar la sociedad si la conspiración de las lenguas viperinas es la sociedad misma? ¿No es sociedad la que hace correr la bola de que, ¡al fin!, Clarita Ron y Roque de Paz han decidido convertirse en legítimos esposos como la mayoría de las parejas que tienen hijos? ¿Quién, sino la misma sociedad, difunde que Concho Peluques encontró a su hija Lu-



pita, que no pasa de los dieciséis años, en una casa de dudosa moralidad? ¿Dónde se dice insistentemente que el segundo de los Longinos ha estafado en más de tres millones al Banco Crediticio sino en el seno de la sociedad? Yo, por principio, me abstengo de incrementar tamañas infamias, pues no quiero hacerme cómplice del rumor maligno y falso... a pesar de que no siempre es falso, dicha sea la verdad.

HERBERT.— (*Insincero*). Si el mundo todo pensara como usted, señora Cándida, Lima volvería a ser lo que antes fue: un pueblo que Dios favorecía con la frecuente santidad.

CANDIDA.— Amigos míos, lo mejor es adoptar mi actitud no beligerante. Cuando me hablan mal de alguien, mi primera reacción es la duda. (*A Herbert directamente*). Entre paréntesis, espero que John no se halle en la total indignencia, tal como por ahí se le infama.

HERBERT.— Me temo que la situación económica por la que mi hermano pasa sea apremiante.

CANDIDA.— Tranquilícese. La mayor parte de la gente de apellido está prácticamente al borde de la cárcel debido a las deudas. El dato será consolador para su hermano.

LILI.— La situación de John es difícil pero no irreparable.

CANDIDA.— ¡Cuánto me alegro!

(*Entran Coco Pachurre y el doctor Lechuga*).

LECHUGA.— (*Ceremonioso*). Deslumbrado de verla, señora Limón.

COCO.— Lo mismo digo.

LILI.— Encantada de tenerlos en mi casa. ¿Whisky para los dos?

COCO.— (*Mientras él y Lechuga saludan a los demás*). Lo que usted ordene.

LECHUGA.— (*A todos*). ¿Ya saben ustedes la última novedad?

CANDIDA.— ¿Cuál? ¿Cuál?

COCO.— ¡La Gondorria se fugó ayer con su peluquero!

CANDIDA.— ¿Entonces es verdad esa locura?

LECHUGA.— Coco les dará todos los detalles.

COCO.— Lo peor del caso es que, a estar por excelentes fuentes de información, el galán tiene costumbres contrarias a las propias de un amante... ( *Ríe* ).

LECHUGA.— ¡Cuenta lo de ella, Coco! ¡Cuenta lo de ella! ( *Ríe* ).

COCO.— ( *Sin dejar de reír* ). ¡Sí! ¡Sí! Parece que ella... ( *La risa le impide hablar* ). Ella no tiene, en cambio... ( *Más risa que contagia a todos menos a María* ). Ella no tiene los gustos naturales de su sexo... ( *Risa general* ). Así es que la combinación es perfecta... ( *Risa* ). ¡Sólo que al revés! ( *Carcajadas* ).

CANDIDA.— ¡Tan ingenua como parecía!

LILI.— ( *Que, sin embargo, ha celebrado el chisme* ). No puede ser, no puede ser. El quizá, pero ella de ninguna manera...

COCO.— Hay reputaciones, Lili, que parecen vigorosas, pero que al primer chisme, insignificante como un catarro para el vigor de un atleta, se derrumban y quedan postradas.

LECHUGA.— ¡Ahí está el caso de la pobre Rosaura Lino que perdió el novio por un simple malentendido! ¡A pesar de ser beata y casera como una monja!

LILI.— ¿Cómo fue eso?

HERBERT.— Algo he oído. ¿No es que la muchacha era medio descocada?

COCO.— ( *Riendo de nuevo* ). En una reunión en casa de los Figaris se hablaba de la posibilidad de criar vicuñas en Chosica. Una joven que ahí estaba dijo que podía citar un ejemplo. "Mi prima Rosaura Lino —afirmó— tiene una que parió mellizos". La señora Loperre, que es sorda como una tapia, exclamó: "¿Qué Rosaura Lino ha tenido mellizos?". Todos se divirtieron con la confusión y aunque creyeron haberla suficientemente aclarado luego, corrió como un reguero de pólvora la novedad de que Rosaura Lino había ido a Chosica a dar a luz gemelos de un teniente amigo de la familia. ( *Grandes risas* ). A la semana siguiente, el indig-

nado novio, que leyó la noticia en un vespertino, plantó a su inocente prometida sin intentar ni siquiera verificar el hecho.

CANDIDA.— ¡Pero tuvo mellizos, mi querido amigo! ¡Tuvo mellizos! ¡Son ahijados de mi primo Alberto Lezna!

LECHUGA.— ¡No me diga! ¿Hijos del teniente?

MARIA.— ¿Pero por qué tiene que ocuparse toda la ciudad de la vida privada de los demás?

HERBERT.— (*Solemne*). Es cierto. Ser moral es respetar la moral de los otros. De ahí la inmoralidad de ciertos periodistas.

LECHUGA.— A propósito de periodismo, amigo Mugaño, ¿es verdad que su tío, el millonario Felipe Mugaño, regresará próximamente de los Estados Unidos a establecerse definitivamente en Lima? Se publicó hace poco.

HERBERT.— (*Sorprendido*). No sé nada... ¿Dónde lo leyó usted?

LECHUGA.— No recuerdo bien, pero fue ayer.

COCO.— Lleva cerca de veinte años en Nueva York, ¿no es así?

HERBERT.— Exactamente veinticinco. (*Preocupado*). No tenía ni idea de que proyectara viajar.

CANDIDA.— ¿Qué va a suceder cuando el pobre anciano se entere de los desvaríos de su sobrino John?

COCO.— Me dicen que John ya no invita a nadie a su departamento porque vive sitiado por los agiotistas.

MARIA.— (*Exabrupto*). Lili, me voy... (*Disgustada*). Tengo un fuerte dolor de cabeza.

HERBERT.— (*Atento*). Te acompaño prima.

MARIA.— No gracias. Prefiero ir sola. (*Herbert se aparta*).

LILI.— Lo lamento, hijita. Te acompaño hasta la puerta.

MARIA.— Adiós a todos. (*Los demás corresponden el saludo. Seguida por Lili, sale*).

CANDIDA.— La pobrecita no puede soportar que la conversación recaiga en John. ¡Qué corazón de prima, Dios me valga!

COCO.— ¿Creen ustedes que la he ofendido? (*A Herbert*). ¿Lo cree usted? (*Herbert responde con gesto ambiguo*).

LECHUGA.— No has dicho nada reprobable. John Mugaño está descreditado.

COCO.— Y ya no le queda mueble por vender.

LILI.— (*Que vuelve*). La criatura está pálida como un papel.

CANDIDA.— Demasiada debilidad sensitiva la de esa criatura.

COCO.— Las lecciones de la vida son duras.

HERBERT.— (*En vía de disculpa*). María es para nosotros como una hermana.

LECHUGA.— ¡Cuidado con el incesto, Herbert! (*Todos rien*).

(*En ese instante ingresan Lola Mugaño y María*).

LOLA.— Buenas tardes a toda la concurrencia. (*A Lili*). Encontré a esta tonta que cariacontecida se iba de vuelta a casa. Y aquí la restituyo. ¿Qué es eso de andar melancólica y solitaria en la flor de la edad, cuando la vida le sonríe?

LILI.— Hiciste bien, Lola. Dijo tener jaqueca. (*A María*). ¿Te sientes mejor?

MARIA.— (*Molesta*). Me siento peor.

LOLA.— (*Dando la espalda a su hija*). ¿De qué se hablaba?

LECHUGA.— ¿De qué quiere usted que se hable, Lola?

LOLA.— Me da igual, pero el tema de moda es el de la fuga de la Gondorra con el modisto.

CANDIDA.— ¿Modisto? El don Juan es peluquero.

LOLA.— Modisto y peluquero son la misma cosa: actividades equívocas.

MARIA.— ¡Oh, de nuevo!

HERBERT.— (*Cortés*). ¿De nuevo la cabeza? (*La lleva aparte*). Será bueno que tomes una aspirina. (*La lleva afuera*). En un segundo te aliviará. Vamos. (*Salen*).

COCO.— ¿Algún dato adicional acerca del caso Gondorria?

LOLA.— ¡Uno de bandera, amigos!

COCO.— ¡Cuenta!

LILI.— ¡Cuenta ya!

CANDIDA.— ¡Ah, el rumor es incansable en Lima! ¡Qué maravillosa ciudad!

LILI.— Bueno, basta de suspenso. Dí lo que sabes, Lola.

LOLA.— ¡Pues agárrense de lo que tengan más cerca! (*Pausa*). El señor Gondorria tiene una aventura.

CANDIDA.— ¿El? ¿Con esa cara?

COCO.— ¡Pero si es tonto!

LECHUGA.— ¡Y octogenario!

LILI.— Es bruto, nada más.

LOLA.— Mas no se trata de una aventura amorosa, señoras y señores.

LECHUGA.— ¿Aventura de qué clase entonces?

LOLA.— Se inyecta.

LILI.— ¿Se inyecta? ¿Qué se inyecta?

COCO.— ¿Morfina?

LOLA.— ¡Heroína!

COCO.— Como su hermano.

LECHUGA.— ¡Y como su primo, el que está preso en Panamá!

LOLA.— Esa familia no es un dechado de virtud, evidentemente.

CANDIDA.— Como que descienden de un depravado que fue a dar con sus huesos en el manicomio.

LILI.— ¿El abuelo?

LECHUGA.— ¿El que fue Ministro?

CANDIDA.— El mismo. Tiene un monumento en el barrio de Lince o en el de Breña, no sé, pero al final de sus días le dio por perseguir a las niñas de colegio. ¡Un auténtico monstruo!

(*Entra Pedro Mugaño*).

LOLA.— Menos mal que te animaste a venir.

PEDRO.— (*Respetuoso*). Señoras, señores...

CANDIDA.— (*Yendo hacia él zalamera*). ¡Don Pedro, se le ve a usted hecho un mozo! Como en su juventud, cuando me piropeaba en el Paseo Colón.

LILI.— Me hace feliz que hayas aceptado una de mis invitaciones. ¿Deseas algo de beber?

PEDRO.— Lo que tengas, Lili. (*Pausa*). Y si no vengo con más frecuencia es porque, no obstante mi aspecto, ando con la salud quebrantada. (*Pausa*). Y hay una razón más todavía: ¡no sé nada de nadie! Carezco, en consecuencia, de interés en cualquier reunión limeña.

CANDIDA.— ¡Cuánta razón tiene usted! El que hoy en una visita o un encuentro casual no sabe novedades acerca del prójimo es un cero a la izquierda.

PEDRO.— Luego, usted ha de ser en todas partes una cifra millonaria.

CANDIDA.— ¿Me acusa de chismosa? Es usted injusto. Sabrá que anoche mismo tuve un serio altercado con la esposa del ingeniero Posillo simplemente porque esa idiota se empeñó en sostener ciertas mentiras acerca de usted y su esposa. ¡Nada menos que ella, que anduvo hasta muy poco de cama en cama!

PEDRO.— (*No sin escepticismo*). Se lo agradezco.

LECHUGA.— ¿Dijo usted que la Posillo anduvo de cama en cama? ¿Cuándo?



COCO.— ¿La gorda Posillo? ¡Qué risa!

CANDIDA.— Sí, esa que no adelgaza ni a martillazos.

LILI.— Que jadea como un elefante cuando camina.

LOLA.— Es muy raro que se ocupe de nosotros y de mí especialmente. Una vez, de esto hace quince años, la descubrí tirada en el césped con un chino y no se lo dije nunca a nadie. Es mi amiga.

PEDRO.— (*Como para sí*). ¡Linda amistad!

LOLA.— Es la pura verdad, Pedro.

LILI.— No me llama la atención. Para casarse tuvo que fingir una violación. El padre se vio obligado, entonces, a ponerle una pistola al pecho al supuesto abusivo y llevarlo a la Iglesia bajo amenaza de muerte.

LECHUGA.— Lo mismo que le sucedió a la Romino.

CANDIDA.— ¿A Cuchita Romino? No esperen mi colaboración para ridiculizar a una de mis íntimas amigas. Salvo cuando se hizo operar la nariz, Cuchita ha sido una persona seria y sensata.

COCO.— ¿Antes la tenía más corta o más larga?

CANDIDA.— Ni más corta ni más larga. Torcida a la derecha. Efectos de un puñetazo del papá, que era dipsómano. Educaba desviando el tabique nasal a sus hijos.

PEDRO.— ¡Qué bárbaro!

CANDIDA.— ¡Pero todos han salido una maravilla! Diputados, generales, diplomáticos... Con Cuchita nos vemos, por lo menos, una vez por semana. Almorzamos o tomamos el té juntas, y luego vamos al cine o al bingo.

PEDRO.— (*Levemente irónico*). Como quien dice, son ustedes uña y carne.

CANDIDA.— Exacto. Por eso sé que no se casó forzada por las circunstancias.

LECHUGA.— Alguien me contó, según recuerdo ahora, que ella y su novio se pasaron de la raya.

CANDIDA.— Que yo sepa, no es así. Aunque en aquella época él era un sinvergüenza redomado, es la verdad.

PEDRO.— ¿Y si yo les dijera que los Romino, los dos, son mis amigos?

LOLA.— (*En tono de reproche*). ¡Pedro, careces de sentido del humor!

CANDIDA.— Yo sólo comento lo que he visto y escuchado. Si lo digo con gracia, ¿tengo yo la culpa de que me repitan por imitar no la historia sino el estilo?

LECHUGA.— ¿A dónde iríamos a parar con tanta severidad?

LILI.— Además, toda habladuría tiene un fundamento verídico.

PEDRO.— (*Serio*). Bueno. Pensamos de manera distinta. (*Mira su reloj*). Ahora debo irme. (*A su mujer*). ¿Te quedas?

LOLA.— (*Acre*). Iré a la casa más tarde, con María.

PEDRO.— Entonces, hasta pronto. (*Antes del mutis, sobreparándose*). Ahí les dejo mi buen nombre. (*Sale*).

LOLA.— ¿Se dan cuenta con qué anacoreta me he casado?

COCO.— Señora Lola, debo confesarle que su marido pertenece a una especie hoy en día casi extinguida. Si no fuera usted su esposa le contaría algunas cosas de él que la divertirían.

LOLA.— ¡Por mí no se preocupe! ¿De qué se trata? (*Se alejan mientras Coco habla al oído de Lola y esta ríe estentóreamente*).

CANDIDA.— Aquí hace calor. ¿Por qué no salimos al jardín a tomar fresco?

LILI.— Muy buena idea. ¿Vamos?

LECHUGA.— Ustedes, señora, por delante. (*Salen todos conversando*). (*Entran María y Herbert*).

HERBERT.— Es evidente que ni esta gente ni esta casa te agradan.

MARIA.— ¡Son cuervos que despedazan la honra ajena! ¿Cómo pueden agradar?

HERBERT.— En el fondo, todos son personas muy inteligentes.

MARIA.— Peor aún. Si se tratara de anormales me explicaría su encarnizamiento con los demás.

HERBERT.— Tú tampoco tienes sentimientos. ¿Qué es, sino hielo en el alma tu indiferencia hacia mi cariño?

MARIA.— No vuelvas al tema, Herbert. Ya te he dicho lo que opino de tu afecto.

HERBERT.— ¿Pero qué filtro te ha dado a beber John para fascinarte así?

MARIA.— Estoy muy desengañada de él, tú lo sabes, pero nadie reemplaza a nadie en el cariño de una mujer de verdad.

HERBERT.— (*Sorpresivamente de rodillas*). ¡María! ¡María! ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Eres toda mi vida! ¡Siento el mayor respeto por tí! ¡Sé compasiva!

MARIA.— (*Viendo a su madre*). ¡Mamá!

LOLA.— ¡Niña, vete al jardín inmediatamente! (*María sale corriendo. A Herbert, dura*). ¿Puedes explicarme esto?

HERBERT.— (*Ya en pie. Muy sereno*). Claro que sí. María ha comenzado a sospechar que te amo. Me amenazó con decírselo al viejo. ¡Imagínate! Trataba de hacerla entrar en razón cuando entraste.

LOLA.— (*Incrédula*). ¿Y para eso te pusiste de rodillas?

HERBERT.— María es una niña y comprende mejor un lenguaje adecuado a las niñas. (*Atrayéndola mimoso*). ¿Cuándo irás a mi departamento para vernos libres de todo temor?

LOLA.— (*Mira a todos lados*). ¡No seas imprudente! (*Falsamente pudorosa*). No iré nunca. Acepto tu amor porque es platónico.

HERBERT.— ¡Amor platónico! ¡Lo que cualquier mujer casada puede permitirse!

LOLA.— Me quedan muchos prejuicios provincianos.

HERBERT.— (*Tratando de estrecharla*). Eres irresistible.

LOLA.— ¡Mentiroso! (*Lo aparta*).

HERBERT.— (*Atrayéndola nuevamente*). ¡Acércate a mí!

LOLA.— (*Deshaciéndose de él con suavidad*). Vamos al jardín. Comenzarán a echarnos de menos. Sígueme dentro de unos segundos. No hay que despertar sospecha. (*Le envía un beso volado y sale*).

HERBERT.— ¡Qué lío! Para amar a la hija, enamoré a la madre, pero al conseguir el amor de la madre he perdido el de la hija. ¡Maldita sea mi suerte! (*Sale por el mismo lado por el que hizo mutis Lola*).

CANDIDA.— (*Ingresando a escena inmediatamente*). ¡Señor Director! ¡Señor Director! (*El telón, que había comenzado a caer, se detiene y vacila*). ¡Señor Director! (*Avanza hacia el público*). ¿No vieron ustedes al Director? (*Se oye que de bastidores, la chistan. Se da vuelta*). ¿Ah? ¿Está ahí? En general no me desagrada, lo declaro francamente. (*Va hacia el lugar desde donde la llamaron*). Pero la escena entre Herbert y su tía fue más tierna, pues Coco Pachurre, que los espiaba, me dijo que...

(*El telón, que volvió a cerrarse en el momento en que Cándida volviera la espalda al público, corre rápidamente, cortando sus palabras*).

## SEGUNDO ACTO

*Sala de la casa de don Pedro Mugaño. Este lee el diario. Enseguida lo deja y, mediante un toque de timbre, llama a Constancio, su mayordomo.*

CONSTANCIO.— A sus órdenes, don Pedro.

PEDRO.— ¿Habrás en casa una aspirina?

CONSTANCIO.— Creo que no, pero iré enseguida a comprar. ¿No se siente bien el señor?

PEDRO.— Me siento muy mal, Constancio. ¡Sólo tengo disgustos! Pero no vayas a la farmacia. Ya se me pasará.

CONSTANCIO.— ¿Le ha ocurrido algo grave al señor?

PEDRO.— Esa es una pregunta redundante. Estoy casado. ¿No basta esto?

CONSTANCIO.— Espero que no sea la señora Lola la causante de su enojo.

PEDRO.— ¿Y quién sino ella, Constancio? ¿Quién?

CONSTANCIO.— No obstante que la señora tiene un temperamento nervioso, el señor la quiere.

PEDRO.— (*Tras de reflexionar.*) Efectivamente, la quiero. Bien sabes que naturalmente tengo buen carácter y que tan sólo detesto a los que hacen ingrata la existencia a los demás. Y desgraciadamente a este género de persona pertenece mi esposa.

CONSTANCIO.— Lo lamento, señor.

PEDRO.— Todas nuestras discusiones son las de mi sentido común contra su capricho. Pero es la gentuza que se reúne en casa de Lili Limón la que atiza ese gran defecto de Lola. (*Pausa.*) Para colmo de mis desgracias, mi hija también ha comenzado a rebelarse contra mi voluntad. Rehusa al hombre que le escogí para marido y prefiere a su perdulario hermano.

CONSTANCIO.— Usted sabe, don Pedro, que siempre he estado en desacuerdo con su opinión acerca de sus sobrinos. John, el que usted considera perdido, está a tiempo de enmendar sus pequeños errores. En cambio Herbert es, en mi modesto concepto, muy distinto de lo que parece...

PEDRO.— Te repito que te equivocas, Constancio. Desde que el padre murió, los trato a ambos. Los conozco, pues, perfectamente. Mientras Herbert es un modelo de sano juicio y nobles ideas, John ha dilapidado virtud y dinero en una crápula imperdonable. ¡No sé que va a ser de él cuando mi hermano Felipe se entere de sus malas costumbres y lo desherede!

CONSTANCIO.— Es una lástima que tenga usted semejante opinión del joven John precisamente cuando su destino va a llegar al punto más crítico.

PEDRO.— ¡Ya sé que está en quiebra! Lo espera la cárcel.

CONSTANCIO.— No me refiero a su situación económica. Sé una noticia que debiera mantener en absoluto secreto pero que me pica la lengua por revelársela ahora mismo al señor.

PEDRO.— (*Intrigado.*) ¿Una noticia? ¿Qué noticia? ¡Dila, hombre!

CONSTANCIO.— (*Entusiasta.*) ¡Su hermano Felipe ya está en Lima! (*Asombro de Pedro.*) ¡Vendrá a verlo dentro de un rato! (*Arrepentido.*) ¡Qué indiscreto he sido! He arruinado la emoción de la sorpresa que él esperaba proporcionarle.

PEDRO.— ¡Pero si su proyecto era viajar a mitad del año!

CONSTANCIO.— Su llegada de incógnito obedece a un propósito muy especial.

PEDRO.— ¡Me alegrará abrazar a mi buen hermano Felipe, caray! (*Pausa.*) ¿Cuál es la razón del incógnito?



CONSTANCIO.— Justamente conocer mejor a sus dos sobrinos y herederos, Herbert y John.

PEDRO.— ¿Te lo ha dicho él? ¿Ya se comunicó contigo? ¡Cuéntame!

CONSTANCIO.— Lo ví el día que llegó, anteayer. Está ansioso por verlo, señor, y también por saludar a la señora Lola y a la señorita María.

PEDRO.— (*Pausa. Ensombrecido.*) ¡Ah, cómo se va a reir el muy solterón cuando sepa de qué pie cojea mi matrimonio! De jóvenes solíamos decir que primero seríamos hombres muertos que hombres casados. El se conservó fiel a sus convicciones, pero yo tuve un momento fatal de debilidad. ¡Pero es preciso que no se entere de mi desdicha conyugal!

CONSTANCIO.— Por mi parte, ya sabe usted que llevo un candado en la boca.

PEDRO.— ¡No podría soportar las burlas de Felipe! Prefiero que crea —y que Dios me perdone— que Lola y yo formamos una pareja feliz.

CONSTANCIO.— Será necesario que terminen las discusiones entre usted y la señora.

PEDRO.— Será difícil, pero trataré de que no las haya más. ¡Oh, el viejo que se casa con mujer joven merece!... (*Oye la voz de Lola que lo llama.*) ¡No, no merece nada! ¡Tan grave pecado trae consigo su dura penitencia!

(*Cuando entra Lola, Constancio sale.*)

LOLA.— ¡Pedro! ¡Pedro!

PEDRO.— ¿Qué sucede, querida?

LOLA.— ¿Quieres explicarme por qué huiste de la casa de Lili?

PEDRO.— No soporto a los charlatanes.

LOLA.— Tú debes soportar todo lo que me guste. ¿Qué te has creído? Por más que naciera en una provincia sé muy bien cuales son en Lima las obligaciones de los maridos.

PEDRO.— Los maridos tienen autoridad sobre las mujeres. Lo dicen la ley y la Iglesia.

LOLA.— En Lima mandamos nosotras. Y si lo que querías era tener autoridad sobre mí debiste adoptarme. Dada la diferencia de edad nadie se hubiera asombrado.

PEDRO.— (*Conservando su calma.*) No creas que me agravias. Si fueras mi hija no podrías dedicarte a los despilfarros que te están haciendo famosa.

LOLA.— ¿Despilfarros, dices? ¿Te has vuelto tacaño?

PEDRO.— Eres tú la que ha terminado por ser pródiga. ¿Pero te olvidas, acaso, de la situación en que vivías hasta que te hice mi esposa?

LOLA.— ¿Me vienes ahora con eso? Te diré que no olvido aquellos malos tiempos. ¡Imagínate, me decidieron a aceptar tu propuesta matrimonial!

PEDRO.— (*Que lentamente va perdiendo la paciencia.*) Vestías un traje de lana, llevabas el cabello apretado en un moño y calzabas unos zapatos bastos y sin taco. Y no presumías.

LOLA.— ¡Pero era en el fondo la misma persona distinguida que ahora soy! ¡Eso no me lo compraste!

PEDRO.— De aquel estado de pobreza te saqué yo, pero ahora no puedes pasarte sin ropa elegante, joyas deslumbrantes, fiestas y grandes boatos. ¿Por qué? Por que te dí fortuna, rango. ¡En suma, porque te hice mi mujer!

LOLA.— (*En son de burla.*) ¡Oh, qué privilegio ser una Mugaño! (*Con acritud.*) Me sentiré mejor cuando sea la viuda de Mugaño.

PEDRO.— ¿Con que eso es lo que esperas? ¡Tu maldito carácter me robará la paz y el equilibrio, pero no me producirá ese infarto al miocardio con que sueñas!

LOLA.— ¡En vez de sentirte orgulloso con mi éxito social! ¡Qué malagradecido!

PEDRO.— ¿Éxito en la casa de Lili Limón? ¡Puf, qué éxito tan vulgar!

LOLA.— Las que ahí van son personas de clase, no lo negarás.

PEDRO.— ¡Un nidal de serpientes! ¡Más de un infeliz pena sus culpas en la cárcel sin haber causado ni la décima parte del daño que han provocado esos falsarios!

LOLA.— ¿Y qué? ¿Quieres que rompa con mis amigos? ¿Pretendes ser un señor feudal?

PEDRO.— Ya veo que han logrado hacerte descender hasta su nivel.

LOLA.— Todo Lima practica la ironía. Yo también. ¿Vas a cambiar a toda la ciudad? ¿Pretendes que me aisle como los ancianos reblandecidos?

PEDRO.— (*En pie.*) ¿Qué quieres decir con eso de anciano reblandecido?

LOLA.— ¡Lo que has oído (*Sale airada.*)

(*Pedro abatido se sienta de nuevo y hunde su cabeza entre las manos. Así permanece un rato. Por el lado contrario por el que saliera Lola ingresa a hurtadillas Felipe Mugaño.*)

FELIPE.— (*Cerca de su hermano, en voz alta.*) ¿En qué meditas, viejo carcamal?

PEDRO.— (*Levantando la cabeza y poniéndose rápidamente en pie.*) ¡Felipe! ¡Mi querido Felipe! (*Se abrazan emocionados.*)

FELIPE.— (*Examinando a su hermano.*) ¡Vaya, estás igual!

PEDRO.— ¿Igual? ¡Vamos, no bromees! (*Tras de mirarlo.*) ¿Y tú? ¿Pero si hasta has crecido?

FELIPE.— ¿Quién me iba a decir que no te volvería a ver sino medio siglo después de aquel viaje a los Estados Unidos? ¿Y que te iba a encontrar casado? ¡Traidor! ¿Y el pacto de soltería recalci-trante?

PEDRO.— ¡No hablemos de eso, Felipe!

FELIPE.— Es verdad. Para qué hablar. A un kilómetro de distancia se te descubre "marido". (*Ríe.*)

PEDRO.— (*Sombrío.*) El matrimonio deja huellas.

FELIPE.— También la soltería, consuélate. (*Pausa.*) ¿Y tu mujer? ¿Y tu hija? ¿Y Herbert y John?

PEDRO.— Pregunta despacio. A mi mujer la verás dentro de un rato, lo mismo que a María. En cuanto a nuestros sobrinos, tenemos mucho de que hablar...

FELIPE.— Constancio ya me puso sobre aviso. En síntesis, te has desentendido de John porque lo crees un calavera incorregible. Ves, por el contrario, con buenos ojos a Herbert, a quien inclusive has elegido como yerno.

PEDRO.— ¿Qué me he desentendido de John? Es una información a medias, Felipe. El muchacho no tiene remedio. Le gusta la juerga y en ella consume dinero, salud y nombre.

FELIPE.— Te va a extrañar lo que te diré. La afición a la juerga no es algo que me escandalice. De raza le viene al galgo. Su padre, yo y aún tú —no lo vas a negar— la cultivamos a su tiempo. En cuanto al dinero, ¿para qué se hizo el vil metal sino para gastarlo? Salud, a la edad que tiene John, sobra para tirar a manos llenas. Queda el nombre. ¿Pero qué diablos es el nombre sino el escudo de muchos incapaces e inmorales?

PEDRO.— (*Ligeramente alarmado.*) ¡Por partes, hermano! Esa no es nuestra moral. Un apellido no es algo para arrastrar por los suelos.

FELIPE.— ¿Pero cómo se mantiene aquí el lustre de un apellido? Supongo que inclinándose ante necios con poder y sinvergüenzas con suerte.

PEDRO.— ¿Qué cosas dices, Felipe? ¡En el extranjero te han cambiado!

FELIPE.— No me interpretes torcidamente, Pedro. Yendo al grano, mi actitud es ésta: averiguaré personalmente cuál es la verdad sobre cada uno de nuestros sobrinos. Constancio y yo nos hemos trazado un plan a propósito.

PEDRO.— Pues te apuesto doble contra sencillo que Herbert y John son como yo digo.

FELIPE.— Ya lo veremos. ¿Pero no hay nada que beber aquí para el hermano que regresa?

PEDRO.— ¡Claro que sí! (*Llama a Constancio con el timbre.*) ¿Qué te apetece?

FELIPE.— Lo que tengas.

CONSTANCIO.— (*Que entra.*) ¿Manda algo el señor?

PEDRO.— Trae algo de beber.

CONSTANCIO.— Inmediatamente. (*Sale.*)

FELIPE.— Te confieso que no me alarma que John se haya desviado de eso que los fariseos llaman la “buena senda”. Muchos que la transitan son culpables de que en Lima haya niños que mendigan, ancianos moribundos en las calles y madres de pechos exhaustos a la puerta de los grandes restaurantes.

(*Vuelve Constancio con la bebida, y sirve.*)

PEDRO.— ¿Cuál es tu plan? ¿Puedo saberlo?

FELIPE.— (*A Constancio.*) ¿Qué dices, Constancio? ¿Se lo contamos todo? (*Constancio sonríe amablemente.*) Bueno. Se lo contamos, pero a condición de que lo mantenga en estricto secreto. ¡Salud! (*Ambos beben.*)

PEDRO.— Seré un observador imparcial y mudo.

FELIPE.— Constancio, sírvenos otra. (*Constancio obedece.*) No bien llegué a Lima me puse en contacto con Constancio. (*Constancio aprueba.*) Le hice saber mi interés por conocer a fondo a mis dos herederos y le pedí que le dijera a cada uno de ellos que un pobre señor Gutiérrez, pariente de ambos por la línea materna, había sido víctima de horribles calamidades y que purgaba en la cárcel una injusta prisión. Por carta, a través de Constancio, el desdichado Gutiérrez solicitó ayuda económica de sus parientes ¡Todo un “test” de los buenos sentimientos, como verás!

PEDRO.— ¿Se lo dijiste, Constancio?

CONSTANCIO.— Sí, señor.

FELIPE.— Cuéntale a Pedro cómo reaccionaron uno y otro.

CONSTANCIO.— El señor Herbert respondió mortificado que pensaría con calma en la ayuda solicitada. Se mostró, más bien, indiferente y frío. El señor John hizo de inmediato todo lo que le permitió su infausta economía. Reunió algún dinero empeñando un reloj y obteniendo, a más no poder, un nuevo préstamo. Y logró poner en mis manos, para socorrer al pariente en desgracia: 800 soles.

PEDRO.— ¡Si esa es una prueba a mi favor! John, como un perfecto irresponsable, da lo que no tiene.

FELIPE.— La experiencia abre muchas perspectivas. Falta completar el examen. Gutiérrez ha logrado la libertad y va a dirigirse personalmente a sus parientes. ¡Y yo haré el papel de Gutiérrez!

*(Suena el timbre de calle. Constancio sale a atender la puerta.)*

PEDRO.— Te ruego únicamente que no te formes un juicio precipitado y ligero. De lejos se ven los toros, pero a las personas hay que observarlas de cerca y minuciosamente.

FELIPE.— Soy un hombre práctico, Pedro. He citado aquí, a esta misma hora, nada menos que al más importante acreedor de John, un prestamista que es un águila en los negocios de crédito y al cual he mandado decir que si no se pone a mis órdenes, John no heredará ni un centavo, y él, en consecuencia, no cobrará nada.

CONSTANCIO.— *(De vuelta.)* Señor Felipe, ha llegado el señor Cabra.

FELIPE.— Es él. Hazlo pasar. *(Sale Constancio.)*

PEDRO.— Para mí también será interesante esta entrevista.

FELIPE.— ¿Ves que procedo con tino?

CONSTANCIO.— *(Que entra seguido de Cabra.)* El señor Domingo Cabra. *(El recién venido se inclina respetuosamente ante Pedro y Felipe.)*

FELIPE.— ¿Me han dicho señor Cabra, que ha tenido usted negocios en común con mi sobrino John Mugaño?

CABRA.— *(En tono plañidero.)* ¡Desastrosos negocios, señor! Antes



de recurrir a mis asistencias ya el pobre joven se encontraba con un pie en la cárcel.

FELIPE.— ¿Hasta ese punto?

CABRA.— Sí, señor. Un pie en la cárcel y el otro en una trampa de varios miles.

FELIPE.— Sin embargo, hizo usted lo imposible por salvarlo.

CABRA.— Lo hice y sigo haciéndolo, señor. Esta tarde precisamente me proponía buscar a alguien que me reemplazara en el esfuerzo de restaurarlo económicamente. A cambio, como es natural, de que con parte de lo que mi colega le dé, amortice un tercio de mi acreencia.

PEDRO.— ¿Más préstamos? ¡Ese muchacho ha perdido la cabeza!

CABRA.— Así es. Más préstamos.

FELIPE.— ¿Y quién es el nuevo ángel protector?

CABRA.— El señor Estronio.

PEDRO.— Dígame, ¿John conoce personalmente a Estronio?

CABRA.— No lo creo. Si lo conociera ya sería su deudor.

PEDRO.— Felipe, tengo una idea.

FELIPE.— ¿De qué se trata?

PEDRO.—Visita a John haciéndote pasar por el tal Estronio. ¡Lo verás en su propia salsa!

FELIPE.— Una buena idea, hermano. A Herbert será a quien visitaré disfrazado de Gutiérrez.

PEDRO.— (*A Cabra.*) ¿Hay inconveniente en que usemos para esta piadosa impostura el nombre de su amigo Estronio?

CABRA.— Quiero cobrar. Si el truco acelera la operación no hay inconveniente.

FELIPE.— (*A Cabra.*) ¿Puedo presentarme así? ¿No es un vestido demasiado elegante para un prestamista?

CABRA.— (*Riéndose.*) Nuestro gremio no tiene uniforme, señor Mugaño.

FELIPE.— ¿Y cómo debo hablarle?

PEDRO.— ¡Muéstrate insaciable en lo relativo a los intereses!

FELIPE.— No me quedaré corto. Pediré el quince por ciento por lo menos.

CABRA.— ¿Qué? ¿Quince por ciento? ¿A dónde iríamos a parar si cobráramos esa miseria?

FELIPE.— (*Asombrado.*) ¿Entonces, cuánto?

CABRA.— Depende de las circunstancias. Si el cliente está en capacidad de soportar la zozobra, hasta con un cuarenta o un cuarenta y cinco por ciento. Pero si tiene necesidad del dinero como del aire para respirar puede pedir hasta el doble.

PEDRO.— ¡Es un robo!

CABRA.— (*Herido.*) Aspiramos a ser banqueros, señor. La democracia abre las puertas a todos, siempre y cuando haya dinero para forzar su hermética cerradura.

FELIPE.— ¿Es que no hay una ley que prohíbe el agio y la usura?

CABRA.— Leyes hay, pero para los tontos. Somos prestamistas...

FELIPE.— ¿Y no chillará mi sobrino ante tamaña extorsión?

CABRA.— Chillará mucho, pero da igual. Aceptará. No tiene otra salida.

FELIPE.— Su carácter es así. Se enciende como un polvorín, pero sólo por unos minutos.

CABRA.— (*Riendo.*) Y la tomará contra todos. Contra el tío rico que no se muere, contra los prestamistas sin Dios, contra la nación caótica y sin orden... Pero aceptará.

FELIPE.— Bueno, basta de charla. Ya me dará usted indicaciones detalladas mientras vamos allá. He comprendido bien: se trata de ser un canalla perfecto, sin pizca de piedad. Vamos. (*Toma a Ca-*

*bra del brazo y lo saca.) (Este apenas tiene tiempo de saludar con la cabeza a Pedro.)*

PEDRO.— *(A Constancio, que ha permanecido silencioso y a la expectativa.)* Felipe quedará convencido de que tengo razón. John es un auténtico trapacero. *(Constancio hace un gesto de escepticismo.)* ¡Y tú te convencerás también! ¡Ahora llama a María! *(Sale Constancio. Pedro se pasea preocupado.)*

MARIA.— *(Que ingresa alegre y besa cariñosamente a su padre.)* ¿Querías hablarme papito?

PEDRO.— Sí, hijita. Siéntate a mi lado *(Se sientan.)* ¿Has estado hoy con Herbert?

MARIA.— Sólo un ratito. Tenía que hacer.

PEDRO.— ¿El o tú?

MARIA.— Yo, por supuesto.

PEDRO.— ¿Cuándo te persuadirás de que es el hombre que te conviene?

MARIA.— *(En pie.)* Papá, una vez más te digo que prefiero al más insignificante de los hombres que a Herbert. ¡No me gusta!

PEDRO.— *(Irritado.)* ¡Eres terca como tu madre!

MARIA.— Soy como soy.

PEDRO.— Pero yo sé la verdad: ¡andas prendada de John! Sus vicios te seducen.

MARIA.— Desde que me pediste que lo dejara de ver, me aparté de él. Ni siquiera por teléfono se ha comunicado conmigo. Su vida anormal ha reducido mucho mi afecto.

PEDRO.— Deséchalo del todo, hijita.

MARIA.— He dicho que mi afecto se ha reducido, no que ha desaparecido. No puedo desecharlo de la noche a la mañana.

PEDRO.— Si amas a Herbert olvidarás a John.

MARIA.— Nunca amaré a Herbert. ¡Y óyelo bien, papá: no sólo no lo amo, sino que lo estoy comenzando a detestar!

PEDRO.— (*Exabrupto.*) ¡Insolente! ¡Caprichosa! ¡Loca! ¡Vete de aquí, pero ten cuidado! ¡Hasta ahora no he ejercido en tí mi autoridad!

MARIA.— ¡Papá, recuerda que tu autoridad no puede obligarme a hacer lo que me repugna! Hasta luego. (*Sale.*)

PEDRO.— ¡Me sacarán de quicio! ¡Me producirán un infarto! (*Se oye a Lola que se aproxima canturreando un aire de moda.*) ¡Me romperán los tímpanos!

LOLA.— (*De buen humor.*) ¿Has peleado con María? No descargues en mí tu ira, te lo suplico.

PEDRO.— (*Quejumbroso.*) Pero si de tí depende que me sienta feliz, Lolita.

LOLA.— Hago lo posible, Pedro. Ahora mismo necesito tu mejor, tu más jovial ánimo.

PEDRO.— ¿Y por qué precisamente ahora?

LOLA.— Porque vengo a pedirte dinero.

PEDRO.— ¡Oh, Dios! ¡Debo pagar mi felicidad! (*Pausa.*) ¡Sea! ¡La pago! Pero quiero tu cariño. ¿Me lo das por la suma que necesitas? (*Coquetamente, ella insinúa que sí.*) Dame tu mano. (*Lola tiende su mano, que Pedro besa.*)

LOLA.— Es tuya. ¿No lo sabes acaso?

PEDRO.— Debiéramos rivalizar en ternura en vez de disputar. No somos unos chiquillos.

LOLA.— El buen humor te sienta a maravilla, Pedro. Así era antes de casarnos, cuando frente al mar paseábamos bajo la luz de la luna y me preguntabas si llegaría a ser dichosa con un esposo con tantos años de ventaja.

PEDRO.— Y tú, generosa, tan dulce, me asegurabas que sí, que serías feliz.

LOLA.— ¡Y estaba dispuesta, además, a defenderte cuando mis primos y mis amigos pretendían ridiculizarte!

PEDRO.— Te estuve y te estoy muy reconocido.

LOLA.— Cuando mi tía Dolores dijo que tú y yo jamás llegaríamos a comprendernos, le respondí —lo recuerdo muy bien— que la experiencia es en el hombre la cualidad más valiosa.

PEDRO.— Seremos, desde ahora, un matrimonio ejemplar.

LOLA.— Y no volveremos a discutir.

PEDRO.— (*Con tono paternal.*) Para lograr lo cual debes controlar tū excesivo temperamento, tu pasión.

LOLA.— Claro que lo que subleva mi pasión es tu rigidez de carácter.

PEDRO.— Tu defecto, queridita, es un irreductible espíritu de contradicción.

LOLA.— El tuyo creer que siempre la razón está de tu parte.

PEDRO.— (*Algo amoscado.*) Con un aire muy inocente te complaces en irritarme. Como ahora.

LOLA.— (*Conteniéndose apenas.*) Eres un fósforo. Basta un roce y ardes.

PEDRO.— ¡Eres la única que sostiene semejante necedad!

LOLA.— (*Herida.*) ¡Si no discutes, te aburres! ¿No te das cuenta?

PEDRO.— ¿No eres tú, más bien, la que fomenta las discordias y goza con ellas? ¡Yo no soy un enredista!

LOLA.— (*Brutal.*) ¡Pero sí un setentón amargado!

PEDRO.— ¡Eres endemoniada! (*Salido de sí.*) ¡No soporto tus injurias!

LOLA.— ¡Se cumple lo que predijo mi tía Dolores!

PEDRO.— ¡Tu tía Dolores, valiente arpía!

LOLA.— ¡No insultes a mi familia, desgraciado!

PEDRO.— ¡Desgraciado por haberme fijado en tí!

LOLA.— ¡Por haberme condenado a este infierno!

PEDRO.— ¡Por caer en el lazo de una provinciana petulante, vacía y ambiciosa! ¡Sólo a un alucinado se le ocurre semejante disparate!

LOLA.— (A gritos) ¡A un viejo chocho, querrás decir!

PEDRO.— (Con idéntico tono de exaltación.) ¡Hemos terminado! ¡Eres capaz de lo peor! ¡Cuánta razón tienen los anónimos que recibo cuando aluden a tus pecaminosos coqueteos con!...

LOLA.— (Sin dejarlo terminar) ¡Cuidado con lo que dices! ¡Te puede costar el divorcio!

PEDRO.— ¡No me asustas! ¡Tendrás el divorcio cuando quieras!

LOLA.— ¡Ahora mismo! (Va hacia la puerta.) ¡Pero luego no vengas a pedirme perdón de rodillas, vejistorio! (Sale dando un portazo)

PEDRO.— (Queda petrificado un instante. Titubea y enseguida, sale suplicante tras su mujer) ¡Lola! ¡Lolita! ¡Escúchame, por favor, Lolita!

CÁNDIDA.— (Que entra de inmediato, seguida del director, quien intenta sacarla de escena) ¡Esta Lola Mugaño siempre fue una sádica! (Al director) ¿Lo vió usted?

EL DIRECTOR.— (Tomándola de un brazo.) Lo ví, sí, pero tenga la bondad, señora, de no malograme los finales.

CÁNDIDA.— ¿Malograrle qué?

EL DIRECTOR.— Los finales. El telón debiera haber caído cuando desaparecía don Pedro.

CÁNDIDA.— ¿El telón? ¿Y por qué?

EL DIRECTOR.— Es el final del segundo acto. (La lleva a un costado.) ¡Venga!

CÁNDIDA.— ¡Qué complicado es el mundo del teatro! ¡Pero qué fantástico también!

(El director logra sacarla, se oye la voz de este que grita: "Telón" "¡Telón!". Entonces baja el telón rápidamente.)



## TERCER ÁCTO

*Departamento de John Mugaño. Ambiente de juvenil disipación. Están ahí, en plena francachela, dos amigos del dueño de casa. Carcajada general al levantarse el telón.*

JOHN.— Ni más ni menos... (*Ríe.*) Se está perdiendo el gusto por el alcohol simplemente porque la humanidad se hunde más y más en la decadencia.

PACO.— Comen, bailan y enamoran, pero ni una gota del ardiente elixir. A lo más, agua mineral, que es flatulenta como el champán pero que congela la gracia.

TITO.— ¡Peste deplorable de nuestros tiempos! Conozco un tipo que para estar en forma en sus partidas de "bridge" se somete a una rigurosa dieta de jugos de fruta y carne magra.

PACO.— ¡Un monje trapense de la baraja! (*Ríe.*) ¡Que degeneración!

JOHN.— (*Riendo.*) Eso equivale a preparar un caballo de carrera suprimiéndole el alfalfa. Según mi experiencia, nunca me va mejor en el juego que cuando estoy chispo. ¡Pierdo y me siento contento!

TITO.— Muy lógico. El trago es la fuente de toda legítima alegría.

JOHN.— ¿Y, además, cómo es posible darse a la aventura con la cabeza lúcida? Practico en el amor una receta oriental: bebo doce copas a la salud de igual número de mujeres. La que no se ahoga en la borrachera es la que nos ha conquistado. ¡Es infalible!

PACO.— Ya que estás en plan de confidencias, ¿cuándo nos revelas el nombre de la mujer que ha sobrevivido a la docena líquida?

TITO.— ¡Vamos, John! ¡Dínos quién es esa misteriosa enamorada por la que suspiras como un colegial en cuanto te pasan los humos de la mala noche!

JOHN.— Se llama María. (*Levanta su copa.*) ¡A la salud de la hermosa, inolvidable y esquiva María!

PACO.— ¡No nos dices nada con eso! ¿María qué?

JOHN.— ¡María Estrella! ¡María Sol! ¡María Aire! ¡María Sombra! ¡María Luz! ¡María María! ¿Qué importa su nombre si contiene todas las cosas adorables de la naturaleza? ¡Cantemos, compadres, por el amor y el alcohol! (*Entona, entonces, una canción tabernaria. Sus amigos la corean.*)

Rosado tengo el color:  
todos creen que es de amor.  
Saliendo de la taberna  
con la nariz colorada,  
“¡Qué encendida es tu pasión!”  
exclamó mi enamorada.  
Todos creen que es de amor,  
pero yo sé que es de alcohol.  
Tengo la cara encarnada  
por la insolación del vino;  
me vió el cura y sentenció:  
“¡Cuánto quema el amor divino!”.  
Pero yo sé que es de alcohol  
que es rosado mi color.

PACO y TITO.— (*Cuando concluye la canción.*) ¡Bravo! ¡Más tragos para brindar por la mujer sin apellido! (*Llenan los vasos.*)

(*Entra Dorila, la cocinera de John, y dice algo al oído de éste.*)

PACO.— (*Tras de beber, saboreando.*) ¡Qué néctar de los dioses!

TITO.— (*Lo mismo.*) ¡Qué néctar ni qué dioses! ¡Sangre del mismísimo Satán!

JOHN.— (*A Dorila.*) Diles que aguarden un instante. (*Sale Dorila. A sus amigos.*) Muchachos, deben retirarse por la puerta falsa. Tengo visitas muy importantes. Cuando mis huéspedes se vayan, ustedes, si lo quieren, pueden regresar. Ahora, abur.

TITO.— ¿Se puede saber por quién nos largas? ¿Por María acaso?

PACO.— Apuesto que por la otra. ¡Ah, sinvergüenza, ya engañas a la dulce María!

JOHN.— (*Empujándolos hacia una puerta lateral.*) ¡Dios me envía un nuevo prestamista!

PACO Y TITO.— (*Mientras hacen mutis.*) ¡Viva el agio! ¡Viva Dios! (*Salen.*)

*(Cuando sus amigos se han ido, John se arregla un poco, ordena rápidamente la habitación y espera. Un rato después ingresa Cabra con Felipe).*

CABRA.— Con permiso.

JOHN.— Con confianza, querido amigo. También usted, señor Estronio. ¿Ese es su nombre, no es cierto?

FELIPE.— Soy Agripa Estronio, a sus órdenes. (*Se dan la mano.*)

JOHN.— Siéntese, por favor.  
(*Todos toman asiento.*)

CABRA.— Y bien, señor Mugaño, el señor Estronio está dispuesto a prestar dinero. El cumple con sus compromisos, pero exige un trato equitativo de parte de sus favorecidos.

JOHN.— ¡No alargue usted el discurso, Cabra! Y disculpe, señor Estronio. El amigo Cabra es muy servicial pero también lerdo de pensamiento. Le toman demasiado tiempo los circunloquios de rutina. Yo le expondré a usted simple y llanamente la cuestión. Soy un loco que necesita dinero, y como los billetes me hacen una tremenda falta pago hasta un cincuenta por ciento de interés antes de pasar por el dolor de verme sin ellos. Olvide usted, pues, que es lo suficientemente usurero como para querer un cien por ciento.

FELIPE.— Más franqueza, imposible. No es usted hombre de muchos cumplidos.

JOHN.— Mi lema en cuestiones económicas es evitar los eufemismos y las cortesías.

FELIPE.— Así el asunto me gusta más. Pero deseo saber algo fundamental. ¿Con qué garantizará usted el crédito que le otorgaré? ¿Supongo que posee tierras?

JOHN.— Supone mal. No soy dueño ni de una maceta.

FELIPE.— ¿Tampoco es usted propietario de fincas?

JOHN.— (*Sonriente.*) Ni siquiera de una pared medianera.

FELIPE.— (*Se muestra decepcionado.*) ¿Entonces?

JOHN.— ¿El señor Cabra no lo ha puesto al corriente de las inmensas posibilidades de mi futuro?

FELIPE.— Algo me ha dicho, pero...

JOHN.— No ignora usted, por lo tanto, que tengo en Estados Unidos un tío solterón y millonario del cual soy seguro heredero.

FELIPE.— Sé del tío rico, pero no de la herencia segura.

JOHN.— No hay duda posible acerca de esa. Su preferencia por mí y por mi hermano es ciega, tanta que hasta habla, según me han contado, de transferirnos en vida la mitad del legado.

FELIPE.— ¡Es la primera noticia que tengo!

JOHN.— Sin embargo, es la pura verdad. Cabra lo sabe muy bien. ¿No es cierto, Cabra?

CABRA.— Eso dicen por ahí...

FELIPE.— ¡Los felicito por otorgar tanta confianza a los rumores!

JOHN.— En dos palabras, le propongo un pagaré cuyo plazo, en el peor de los casos, es la poca vida que le queda a mi tío Felipe. Aunque debo confesarle que el viejo ha sido tan bueno conmigo que sentiría mucho que se muriera.

FELIPE.— ¡No lo sentiría usted más que yo! (*Se corrige.*) ¡Quiero decir que yo lo sentiría mucho menos! (*Pausa.*) Sin embargo, lo que me dice no basta. ¿Y si el buen señor fuera como esos robles que no hay tempestad que los abata? Alguien me ha dicho que está más sano que un recién nacido.

JOHN.— El pobre está tan debilucho y gastado que, a juicio de quienes lo han visto últimamente, inclusive sus parientes más cercanos no seremos capaces de reconocerlo cuando regrese.

FELIPE.— (*Riendo.*) ¡No se equivocan! ¡No se equivocan!

JOHN.— Este último dato me parece que lo ha tranquilizado, como es lógico. Una situación así mejora sus perspectivas.

FELIPE.— Pues bien, le propongo un trato. Yo pongo en sus manos ahora varios miles, pero usted en cambio me dará, como prenda de pignoración, algo valioso de su propiedad. Por ejemplo, una vajilla de plata maciza que me han dicho recibió usted como sucesión de su difunto padre.

JOHN.— ¡Oh, esa dichosa vajilla hace tiempo que salió de mi poder! Cabra lo sabe muy bien.

CABRA.— (*Ante la dura mirada interrogativa de Felipe.*) Ahora la posee la familia Raimúndez. ¡Afortunados ellos!

FELIPE.— ¡Dios mío! (*A John.*) ¿Y la biblioteca? ¡Era célebre!

JOHN.— Demasiado célebre para un hombre tan común y corriente como yo. Me avergonzó guardar sólo para mí tanta sabiduría encuadrada y la vendí a la Biblioteca Nacional.

FELIPE.— (*Cada vez más escandalizado.*) ¡Qué horror! ¿Quiere decir que de la herencia familiar no le queda a usted nada?

JOHN.— Nada, no. En el desván tengo a algunos antepasados. Si le gusta a usted la pintura le aseguro que aquí conseguirá a muy buen precio.

FELIPE.— ¿Piensa usted vender a sus antecesores?

JOHN.— Uno por uno y al mejor postor. Será la primera vez que esos tontos solemnes sirvan para algo.

FELIPE.— (*En pie, disimulando apenas su indignación.*) ¿Comercia usted con su propia sangre?

JOHN.— ¿Le interesan los cuadros o no?

FELIPE.— (*Serenándose.*) ¿Cuánto quiere usted por su linaje completo?

JOHN.— Traeré aquí los cuadros y usted mismo dirá. Soy honesto en mis negocios. Ya vuelvo. (*Sale.*)

FELIPE.— (*Explotando.*) ¡No lo perdonaré nunca! ¡Nunca! ¿Se da usted cuenta de la falta de sentimientos de este joven ensorberbecido y libertino? ¡A qué extremos, válgame el cielo, ha llegado la juventud de este país!

CABRA.— (*Guiñándole el ojo.*) ¡No moralice, don Felipe! No es característica de la raza de los prestamistas. Recuerde que en este momento es usted uno de nosotros.

*(Vuelve John con varios cuadros, seguido de Dorila que carga otros más. Los colocan en el suelo. La cocinera sale.)*

JOHN.— Aquí los tiene usted. Constituyen la familia Mugaño desde el siglo XVII, en que emigró a América con las tripas vacías, hasta la penúltima generación, de bolsa y barriga ya pletóricas. ¡Grandes panzas de oro, redomados avaros de las beneficencias, colosales carnívoros del ayuno pascual! ¡Un cardumen de pirañas, en fin!

FELIPE.— ¡Toda una ilustre sucesión de prohombres, sabios e hidalgos!

JOHN.— El mérito de esos cuadros es que en ellos los Mugaños están tan tiesos y plúmbeos como lo fueron hasta que sobrevine yo. Nada indicaba, hasta el día de mi nacimiento, que mi familia perteneciera a la especie humana.

FELIPE.— Fueron personalidades excepcionales que no se repetirán más.

JOHN.— Afortunadamente. Con semejantes cerebros de ratón llenarían de prohibiciones el país y acabarían con la escasa libertad que le queda. Voy a rematarlos. Necesito un martillo. (*Recoge un*



rollo amarillento que ha traído con los cuadros. Lo extiende y lo lee). Perfecto. Es el pergamino con el agusanado árbol genealógico. (Lo vuelve a enrollar.) Me servirá de martillo.

FELIPE.— (Tratando de contenerse, entre dientes.) ¡Un verdadero parricidio!

JOHN.— (Ha tomado un cuadro y lo coloca en una silla.) Comencemos. Este es mi tatarabuelo, el Ilustre doctor en Suma y Retórica don Rigoberto Mugaño y Arenagorda, Comendador de la orden de Calatrava. ¡Mírele la cara de libidinoso penitencial que tiene! ¡Claro, reemplazó los placeres sensuales por la escolástica y la intriga! ¿Cuánto ofrece por este gran bellaco?

FELIPE.— (En voz baja, iracundo.) ¡Esto es demasiado!

CABRA.— (Para evitar que Felipe estalle. A John.) ¡Diga usted mismo cuánto cuesta!

JOHN.— Por la antigüedad de la tela, y no por el fanfarrón que ella retrata, el vejestorio sucumbre por cinco mil soles. ¿Le interesa?

FELIPE.— (Como desahogándose). ¡Lo tomo! ¡Lo tomo!

JOHN.— ¡Vendido! (Mostrando otro retrato.) ¡Ajá! Aquí tienen ustedes a doña Isabel, hermana del anterior basilisco, la cual tiene una sonrisa tan falsa como sus títulos de nobleza. Pido por ella otros cinco mil soles y doy de yapa su dentadura postiza. (Ríe.)

FELIPE.— ¡Es mía!

JOHN.— ¡Vendida la muy bruja! ¡Adelante! ¡Así me gustan las subasta! (Muestra otro cuadro). Mi bisabuelo, don Juan Mugaño de la Ventolera, y su tercera esposa, la muy ordinaria doña Robustastas! (Muestra otro cuadro). Mi bisabuelo, don Juan Mugaño marido, según dice un libelo de la época, en las pantanosas aguas de un sarao palaciego entre marqueses y tonadilleras. ¡Por estos dos primates coloniales, tres mil, y quedo contento! ¿Suyos también?

FELIPE.— (Pálido.) Es... este...

CABRA.— (*Adelantándose*). ¡Los toma! ¡Siga usted, y termine pronto!

JOHN.— (*Otro cuadro*.) La santa de la familia, doña Zenaida Mugaño y Posturas, que no tuvo ni amantes, ni marido, ni nada, debido a que era sordomuda, albina, tonta y bastarda. La doy por mil soles porque la pobre fue en vida mercadería fallada, y esto es un remate y no una liquidación de saldos.

CABRA.— ¡La toma!

JOHN.— Continúa la kermesse. (*Muestra otro cuadro*.) Hemos llegado a mi abuelo, el señor Juez y Doctor don Luis Felipe Mugaño y Sánchez de Piñonate, que fue honesto en la magistratura mientras no pasaran cerca de su alto solio de magistrado las redondeces femeninas, las cuales, a su sabio criterio, pesaban más en la balanza de la justicia que la moral maciza y entera. El autor de tan nauseabunda tela es el famoso artista Ruperto Corniflor, retratista del gran mundo. Siempre y cuando adquieran todo el resto, este le dejo en cinco mil. En una palabra, lo tiro por la ventana al muy cornudo.

FELIPE.— (*Sin aliento, a punto de desfallecer*.) ¡Mi padre!

JOHN.— ¿Le parece caro? ¡Vamos, está regalado! (*Le extiende el rollo*.) ¡Y el árbol genealógico se lo obsequio como prospecto de la casa!

CABRA.— (*Palmeando inquieto a Felipe*.) ¡Anímese, don Felipe!

FELIPE.— (*Reaccionando*.) ¡Los llevo todos! ¡Todos!

JOHN.— Todos, salvo uno. Ese no lo vendo por nada del mundo.

FELIPE.— ¿Cuál?

JOHN.— (*Toma un cuadro y lo muestra: es el retrato del propio tío Felipe*.) Pese a la cara de fresco del retrato, para mí esta pintura no tiene precio.

FELIPE.— ¿Fresco? ¿En qué sentido?

JOHN.— Fresco como yo: corazón transparente y mano abierta.

CABRA.— ¿Quién es? ¿Quién es?

JOHN.— El hombre más cabal del mundo. Mi tío Felipe Mugaño. Este excelente retrato lo pintó Ricardo Grau antes de que mi protector viajara a los Estados Unidos. (*Lo mira con cariño.*) Mucho debe haber cambiado de cara el muy pícaro, pero su alma permanece invariable. ¡Ah, viejo buenazo!

FELIPE.— (*Tratando de disimular su emoción.*) Pues no me parece lo que usted dice que su tío es. Más bien tiene todo el aspecto calculador de un mercader sin conciencia, capaz de desheredar al más arruinado de los sobrinos.

CABRA.— (*Alarmado.*) ¿Capaz de desheredar al señor John, cree usted?

JOHN.— ¡Grave error! Bastaría que lo viera una sola vez en persona para que quedara usted convencido de que no hay sobre la tierra tío mejor que él. Es suficiente leer sus cartas y comprobar con cuánto desprendimiento gira los dólares a su atribulado sobrino, sin pedir cuentas ni explicaciones.

FELIPE.— ¡Le doy por ese cuadro 10 mil soles!

JOHN.— (*Sin inmutarse.*) ¡No acepto ni las minas del rey Salomón!

FELIPE.— ¡50 mil!

CABRA.— (*Codicioso.*) ¡Véndalo! ¡Véndalo! No se presentará ocasión igual.

JOHN.— Ni por un millón, ni por 10 millones...

FELIPE.— (*No puede contenerse.*) ¡Igual a mí! (*Abraza a John. Luego repara en que está echando a perder la simulación.*) Me explicaré. También conservo el retrato de un tío y no lo vendería así me muriera de hambre. Usted procede igual a mí. (*Pausa.*) En fin, ¿cuánto suma todo?

JOHN.— Espere usted que haga cuentas. 5 mil por mi tatarabuelo, más 5 mil por su maldita hermana, son...

CABRA.— Son 10 mil soles en total.

FELIPE.— (*Que hace números mentalmente.*) Exacto. (*Saca una*

*billetera.*) Aquí le doy... (*Cuenta los billetes.*) Aquí le doy 50 mil por todo...

JOHN.— ¿50 mil? Se equivoca, señor Estronio. Sólo son 20 mil.

FELIPE.— Sí, lo sé. El resto es por el retrato de su tío Felipe.

JOHN.— Repito que no lo vendo.

FELIPE.— Bueno. No lo quiero, pero quédese con los 50 mil. Ya arreglaremos lo de la diferencia. (*Le extiende la mano.*) Debo irme. Hasta pronto. (*A Cabra.*) Vamos, amigo.

JOHN.— (*Perplejo.*) No entiendo. (*A Cabra, disimuladamente, le hace un gesto interrogándole sobre Felipe. El otro contesta con un ademán que significa que no sabe nada. A Felipe.*) ¿No se lleva los cuadros?

FELIPE.— Un día de éstos mandaré por ellos.

JOHN.— (*Sonriente.*) Que venga por ellos un automóvil de lujo. La mayoría de estos bribones tuvo coche propio.

FELIPE.— Muy bien. Todos en auto de lujo, menos el tío Felipe. ¿No se anima a venderlo, de verdad?

JOHN.— ¿Es usted sordo, señor Estronio? ¡No lo vendo!

FELIPE.— (*Se muestra contento.*) Menos mal. Hasta pronto. (*Sale.*)

CABRA.— Adiosito. (*Sale.*)

JOHN.— (*Sólo ya. Mira los billetes, estupefacto. Reacciona de pronto, y grita.*) ¡Dorila! ¡Dorila! ¡Dorila!

DORILA.— ¿Qué quiere, señor?

JOHN.— Toma 5 mil, págale a todo el barrio y cóbrate tus sueldos.

DORILA.— (*Recibe el dinero y lo cuenta.*) ¡Muy bien, señor! ¿Algo más?

JOHN.— Nada más. (*Dorila sale.*) ¿Pero cómo habrá hecho el demonio de Cabra para relacionarme con un sujeto tan espiritual como el señor Estronio?

TITO.— (*Que entra seguido de Paco.*) ¿Y?

JOHN.— Rematé a toda la familia.

PACO.— ¡Muy bien hecho!

TITO.— ¿En cuánto?

PACO.— ¿Cuánto dieron por los apellidos próceres?

JOHN.— ¡50 mil soles!

PACO.— ¿50 mil soles por toda aquella basura?

TITO.— ¿Tanto valen las momias?

JOHN.— (*Observa y examina los billetes.*) ¿No serán falsificados?

PACO.— Auténticos o falsificados, procura que no te falten.

TITO.— ¡Procura que no te falten, si de emborracharse se trata!

JOHN.— ¡Y de eso se trata! ¡Saquen los vasos y las botellas, muchachos! (*Los amigos sacan las bebidas y sirven.*) ¡Salud! ¡Por el jugo que le he exprimido a tres generaciones de Mugaños!

TITO.— ¡Y por el amor! ¡Por María!

PACO.— ¡Y por el trago! ¡Nunca nadie bebe a su salud!

*(Los tres vuelven a cantar la canción tabernaria del principio. Repentinamente, Cándida entra en escena. Se sirve un vaso y se une al coro. Un instante después ingresa a escena el telonero, que intenta infructuosamente sacarla del escenario.)*

TELONERO.— (*Cuando finaliza la canción.*) ¡Salga, señora! ¡Debo bajar el telón!

CÁNDIDA.— ¡Y a mí que me importa!

TELONERO.— Pero es que... Usted no estaba prevista.

CÁNDIDA.— ¡Oiga, yo soy amiga del Director! (*A John, Tito y Paco.*) ¡Vamos, chicos! ¡Cantemos de nuevo!

JOHN.— ¡Muy bien, abuela!

TITO y PACO.— ¡Otro vaso para esta simpática vieja! (*Le sirven*).

(*Empiezan a cantar. Con aire impotente, el telonero se retira. Al instante, sobre el trío, se cierra el telón*).



## CUARTO ACTO

*Living-comedor del departamento de Herbert Mugaño. Lujoso y buen gusto, con algo de pedantería. En escena, de espaldas, está Timotea, la mucama, que arregla algo en la mesa. Ingresa Herbert.*

HERBERT.— *(De prisa.)* ¡Oye estúpida! ¿Llamó alguien por teléfono?

TIMOTEA.— Sí, una señora o señorita. Le dí su recado: que estuviera aquí a las tres en punto.

HERBERT.— *(Consulta su reloj.)* Justo. La puntualidad es una gran virtud. No lo olvides, Timotea.

TIMOTEA.— Sí, señor.

HERBERT.— Cuando llegue mi visita que pase inmediatamente. Llevará oculta la cara. No pretendas averiguar más, porque la curiosidad es vicio de todas las madres... ¡Oh, no! Madre de todos los vicios.

TIMOTEA.— Sí, señor. *(Sale.)*

*(Herbert mira la estancia. Arregla un florero y se muestra satisfecho. Observa una ventana que está en el foro y pone delante de ella un biombo hasta cubrirla.)*

HERBERT.— ¡Ah, vieja maldita! ¡No te enterarás de quién viene a verme! *(Se oye sonar el timbre de la calle.)* ¡Es ella! *(A los pocos instantes entra una mujer que oculta su rostro tras un tul negro.)* ¡Qué emoción, reina mía! ¡Tenerte, al fin, sola conmigo! *(Avanza hacia ella y suavemente la despoja de su velo. Es Lola Mugaño.)* ¡Nunca estuviste tan hermosa como hoy!

LOLA.— (*Simulando pudor.*) No sé como he llegado a esto. Yo, una mujer casada y, para colmo, tu tía. ¡El demonio me empuja, no hay duda!

HERBERT.— Nada tienen que ver el cielo y el infierno con el amor. El amor es... ¡es el amor!

LOLA.— ¡Son los enfermizos celos de tu tío los que me arrojan al pecado! ¡Está más insoportable que nunca! ¡E insiste en casarte con María!

HERBERT.— Ahora eres libre... (*Avanza hacia ella.*) Quiero sentir tu cuerpo en llamas cerca del mío.

LOLA.— (*Con un chillido medio histérico.*) ¡No acortes las distancias, Herbert! ¡Es sumamente peligroso para ambos! (*Pausa.*) ¡Le temo tanto a mi temperamento de fuego! Aunque más le temo a las malas lenguas, que construyen castillos con cimientos de meras conjeturas. ¡Son feroces!

HERBERT.— Eso es lo desagradable del chisme: la falta de fundamento de todo lo que, por envidia y mala fe, la gente echa a rodar, irresponsablemente.

LOLA.— Hasta hoy nada tienen que decir de mí los chismosos. ¡Soy una mujer honesta! (*Pausa.*) ¡Pero las sospechas del cascarrias de mi marido debilitan día a día mi intachable moralidad! ¿Sabes a quién le atribuye intenciones amorosas hacia mí?

HERBERT.— Ni idea.

LOLA.— A tu hermano John. ¿No es monstruoso?

HERBERT.— ¡Qué disparate! Pero contra un marido celoso, tía Lola... (*Se detiene.*) ¡Oh, perdón! Quise decir "querida Lola". ¡Contra un marido celoso, amada mía, hay un remedio infalible! ¡Engañarlo! Un marido celoso es un hombre que ha perdido la confianza en sí mismo y, por este solo hecho ha rescindido el contrato matrimonial.

LOLA.— Con cuanta lucidez razona. Te envidio y te admiro. Casi me atrevería a decir sin rubor que te quiero... Pero no lo digo porque soy inocente.

HERBERT.— Es la conciencia de tu inculpabilidad precisamente, la que más daño te hace. ¿Por qué desdeñas los formulismos sociales? Porque eres inocente. ¿Por qué te acusan de frivolidad? Porque eres inocente. ¿Por qué protestas abiertamente del maltrato que te da mi anciano tío? Porque eres inocente.

LOLA.— (*Admirada.*) ¡Ah, es la pura verdad!

HERBERT.— Ergo, si alguna vez das un verdadero mal paso, verás cuán amable, tierna y hogareña, tanto en la intimidad cuanto en público, te querrás mostrar con tu esposo.

LOLA.— ¿Lo crees?

HERBERT.— Sin el menor asomo de duda. Y en ese momento, te lo aseguro, se acabarán las torpes murmuraciones. La sociedad te considerará una esposa ejemplar.

LOLA.— La receta consiste, pues, en observar una mala conducta para gozar de un buen prestigio.

HERBERT.— Y es infalible. (*Hipócrita.*) No intento, reflexionando así, moverte a cometer un acto que te repugna... aunque me sentiría feliz de que la experiencia se realizara conmigo, el más rendido y fiel de tus admiradores.

LOLA.— (*Coqueta.*) ¡No debo creer que tú mismo practicas la teoría que acabas de exponer!

HERBERT.— Ponme a prueba. (*La toma de la mano.*) No seas malita. Déjame que bese tan sólo tu mejilla para sentir... (*La va a estrechar.*)

TIMOTEA.— (*Que entra corriendo.*) Señorcito... señorcito...

HERBERT.— ¿Qué quieres cretina? (*Irritado.*)

TIMOTEA.— Pero, señorcito... Su tío Pedro está en la puerta... (*Mirando despavorida a Lola.*) ¡Quiere verlo! ¡Qué hacemos! ¡Va a entrar!

HERBERT.— ¡Demonios! ¡Qué hacemos!

LOLA.— ¡Si nos encuentra juntos, nos mata!

HERBERT.— ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Métete detrás de ese biombo y no salgas de ahí mientras esté aquí mi tío, aunque haya terremoto, incendio o inundación! (*Lola pasa detrás del biombo. A Timotea.*) ¡Hazlo entrar! (*Sale la sirvienta. Herbert toma una silla y un libro, y se sienta a leer. Denota miedo.*)

PEDRO.— (*Jovial.*) ¡Ajá! ¡Siempre tratando de ampliar tus horizontes intelectuales!

HERBERT.— ¡Qué agradable sorpresa, tío! Siéntate. (*Le adelanta una silla.*) En efecto, leía a Sófocles. (*Deja el libro.*) ¿En qué puedo servirte?

PEDRO.— (*Contemplando con interés la habitación.*) Muy lindo tu departamento, Herbert. Y hasta tienes un biombo cultural decorado con mapas. ¿No te quita la luz? Arrímalo un poco para que... (*Va a hacerlo.*)

HERBERT.— (*De un salto.*) ¡No, tío! ¡No! (*Lo vuelve a su lugar.*) El médico me ha indicado que nunca lea bajo la luz directa del sol, porque me afecta las pupilas y podría llegar a padecer de cataratas.

PEDRO.— Haces bien en cuidar la vista. Es un instrumento indispensable para la vida. Yo ya estoy un poco cegatón y apenas distingo, a cinco metros de distancia, a mi propia mujer.

HERBERT.— (*Espontáneo.*) Menos mal... ¡Qué digo! ¡Mala suerte, tío!

PEDRO.— En fin, hijo, te preguntarás a qué he venido. Me trae un asunto muy íntimo y doloroso.

HERBERT.— Ya sabes que en mí siempre hallarás un consejero desinteresado.

PEDRO.— Lo sé. Por eso acudo a tí. (*Condolido.*) Se trata de que, de un tiempo a esta parte, la vida en común con tu tía Lola se me ha hecho insoportable.

HERBERT.— (*Hipócrita.*) ¡Qué lamentable, tío! ¿Y si no es indiscreción, por qué?

PEDRO.— Ella ya no me guarda el menor cariño, el más pequeño

respeto. Y lo que es peor, tengo buenas razones para sospechar de su infidelidad.

HERBERT.— ¿Sí? ¡Increíble!

PEDRO.— Y me temo que sé de quién está enamorada.

HERBERT.— ¿Quién es el canalla?

PEDRO.— Te lo diré. Se que compartirás mi infinita aflicción.

HERBERT.— Me siento tan herido como tú. (*Parece desolado.*)

PEDRO.— Qué dicha tenerte a tí. Casi un hijo, en verdad. Pero, ¿no sospechas a quién me refiero?

HERBERT.— ¿De quién se trata?

PEDRO.— ¡De tu hermano John! Es él el desalmado que le ha absorbido el seso a mi mujer. (*Saca unos papeles del bolsillo.*) Lee éstos anónimos. Ellos me revelaron la pavorosa verdad.

HERBERT.— (*Leyendo las cartas.*) ¡Imposible! ¡Cuánta traición puede contener el corazón humano! (*Fingiendo repugnancia.*) Pero no, no. Me resisto a creerlo...

PEDRO.— No te dejes llevar por tu buena fe, Herbert, ni juzgues a los demás según tu excepcional naturaleza.

HERBERT.— (*Patético.*) ¡Es que me resisto a creer que haya en el mundo tanta deslealtad!

PEDRO.— Recuerda que tu hermano es un inmoral. En cuanto a Lola, el halago de un hombre joven y buenmozo es demasiado para una mujer que ya no es una niña.

HERBERT.— ¡El pajarito que es hipnotizado por la serpiente, ni más ni menos!

PEDRO.— Ni más ni menos. Por añadidura, le llevo muchos años a mi mujer. Cometí un error al casarme, pero nunca sospeché que escarmentaría convirtiéndome en el hazmerreir de toda la ciudad.

HERBERT.— ¡No permitiremos que el escándalo se haga público!

PEDRO.— Pero cómo, si es mi sobrino carnal el que me adorna la cabeza ¡Oh!

HERBERT.— Será castigado. ¡Ningún crimen queda impune!

PEDRO.— John resulta así como Edipo Rey, que mató a su padre y se casó con su madre.

HERBERT.— ¿Edipo qué?

PEDRO.— ¡Edipo Rey!

HERBERT.— ¿De los Rey de la Plaza Francia?

PEDRO.— ¡De Sófocles, hijo! ¿No leías hace un rato sus obras?

HERBERT.— (*Corrigiéndose.*) ¡Oh, sí! ¡Soy un distraído! (*Para disimular.*) ¡Pero si todo esto es verdad, a ese granuja, te lo juro, le quitaré el saludo y le negaré el parentesco! El hombre que desea a la mujer ajena, peor si es su tía, merece que se le marque con un hierro candente.

PEDRO.— ¡Cuánta diferencia entre tú y él! El día y la noche.

HERBERT.— A veces creo que no somos ni prójimos.

PEDRO.— En vista de lo que ocurre, he decidido concederle el divorcio a mi mujer. Mas no me comportaré como un ruin. Le otorgaré una pensión de 30 mil soles mensuales, que le permitirán vivir con toda holgura. Yo, naturalmente, me quedaré con María. ¿Te parece bien?

HERBERT.— ¡Qué bondad la tuya, tío Pedro! (*Le estrecha la mano.*)

PEDRO.— Pero es preciso mantener esta decisión en reserva hasta que la separación no esté concertada definitivamente.

HERBERT.— (*En muy alta voz, para que escuche Lola.*) ¡30 mil soles de renta mensual! ¡Qué desprendimiento! (*Le vuelve a estrechar la mano.*)

PEDRO.— Ahora, Herbert, podemos hablar de tu boda con María.

HERBERT.— (*Alarmado y en voz queda.*) Eso en otro momento, tío. No ahora.

PEDRO.— Escucha. Al desenmascarar a John habremos ganado la mitad de la partida. Tu sueño matrimonial será premiado con el justo éxito.



HERBERT.— Hablemos, tío, de otra cosa. ¿Vas siempre al club?

PEDRO.— Un día me dijiste que no querías que Lola se enterara de que pretendías a María porque tu tía era maliciosa, intrigante y ligera de boca. Tuviste mucha razón.

HERBERT.— (*Con un grito.*) ¡Tío!

PEDRO.— ¿Qué?

HERBERT.— (*Para desviarlo del tema anterior.*) ¡No te muevas! Tienes una abeja en el cuello. (*Le asesta un golpe. El viejo trastabilla.*) ¡Allí va! ¡Oh, se escapó! Te iba a dar un tremendo picotazo. ¿Quieres un poco de colonia?

PEDRO.— (*Reponiéndose del golpe.*) No, no... (*Se frota el cuello.*) ¡Oh!...

HERBERT.— Tal vez llegó a clavarte el aguijón. ¿Te duele?

PEDRO.— No. Ya pasó.

HERBERT.— Las abejas son peligrosas.

PEDRO.— Lástima que no la mataras.

TIMOTEA.— (*Entra en ese instante.*) Señor, su hermano está en la puerta. Dice que quiere verlo.

HERBERT.— ¿Y no lo despachaste, pedazo de bruta? ¡Dile que no estoy!

PEDRO.— (*Entusiasta.*) Herbert, se me acaba de ocurrir una idea. Recíbele a tu hermano.

HERBERT.— ¿Qué piensas hacer?

PEDRO.— (*A Timotea.*) Que pase dentro de un ratito. (*Timotea sale.*) Me ocultaré en algún sitio, desde donde me sea posible observarlo mientras tú lo interrogas acerca de sus amores con Lola. En la cara le veré si es o no culpable. (*Va hacia el biombo.*) El biombo es perfecto...

HERBERT.— (*Deteniéndolo bruscamente.*) ¡No, ahí no!

PEDRO.— ¿Qué? ¿He visto unas faldas de mujer o me ha parecido?

HERBERT.— (*Tratando de salir del aprieto.*) ¿Faldas? Sí, sí. Faldas, pero... Tío, ser moral no quiere decir que de vez en cuando no tenga uno una pequeña aventura... (*En secreto.*) Es una amiguita que periódicamente me visita... Espero que no te escandalices.

PEDRO.— ¿Pero dónde la he visto antes?

HERBERT.— (*Inquieto.*) La verdad es que se trata de una de esas con tarifas. Todas nos recuerdan a todas.

PEDRO.— Es cierto. ¿Pero no crees que esa señorita ha oído demasiado?

HERBERT.— No saldrá una palabra de su boca. (*Señalando el dormitorio.*) Escóndete en mi cuarto. De ahí podrás observarlo. (*Pedro pasa a esa habitación.*)

LOLA.— (*Asomando por encima del biombo.*) ¿Cómo hago para escapar?

HERBERT.— ¡Escóndete que ahí viene John! (*Se oculta Lola.*)

PEDRO.— (*Entreabriendo la puerta y asomando.*) ¡Tírate a fondo, Herbert!

HERBERT.— ¡Ocúltate, tío! (*Pedro se oculta.*)

LOLA.— (*Asomando otra vez.*) ¡Después de lo que he oído no quiero estar ni un minuto más en tu casa!

HERBERT.— ¡No cometas imprudencias! ¡Si te ve nos liquidará! (*Lola se oculta.*)

PEDRO.— (*Volviendo a asomar.*) ¡Recomiéndale reserva a tu amiga del biombo!

HERBERT.— ¡Adentro tío! (*Pedro se oculta.*)

(*Lola se asoma otra vez. Entra John.*)

JOHN.— ¿En qué misterios andas? Oí voces y discusiones. Tu sirvienta no quería darme paso. (*Observa a su alrededor.*) ¿Una conferencia de negocios? ¿Acaso tu confesor?

HERBERT.— Nada de eso. Aquí estaba el tío Pedro.

JOHN.— ¿Se fue?

HERBERT.— Sí. Al enterarse de que tú habías llegado.

JOHN.— ¿Qué le pasa?

HERBERT.— No quiere ni verte.

JOHN.— ¿Se puede saber por qué?

HERBERT.— Sabe que cortejas a su esposa.

JOHN.— (*Soltando una carcajada*). ¿Yo? ¿A la tía Lola? ¡Qué absurdo! A la vejez le ha dado por los celos. No me agradan las jamonas. Soy inocente.

HERBERT.— No te burles de un anciano. Le debemos respeto.

JOHN.— No me burlo. Lo compadezco. ¿Y cómo se le ha ocurrido disparate igual? El sabe muy bien que amo como un demente a María. ¡La adoro! Si me dan ganas de gritarlo cada vez que me acuerdo. (*Grita.*) ¡Amo a María! ¡Amo a María! ¡Amo a María! (*Pausa.*) ¿Oye, no habrá una confusión?

HERBERT.— ¿Qué confusión?

JOHN.— Se dice que tú y la tía Lola...

HERBERT.— (*Bajando el tono de la voz.*) ¡Cállate! (*Muy quedo.*) Si es calumnia en tu caso, ¿por qué ha de ser verdad en el mío?

JOHN.— He notado ciertas miraditas de complicidad entre ustedes...

HERBERT.— (*Grita.*) ¡La abeja! ¡Cuidado!

JOHN.— (*Busca intrigado.*) ¿Qué abeja?

HERBERT.— Te moviste y se voló. ¡Lástima! (*Con un modo más amable.*) ¿Entonces, no es verdad?

JOHN.— Absolutamente. Te doy mi palabra. Te lo juro, si te parece mejor.

HERBERT.— (*Obligado por las circunstancias.*) Bueno, te creo. Pero no esperes que el tío Pedro te crea.

PEDRO.— (*Que deja su escondite repentinamente.*) Yo también te creo, John. Discúlpame si dudé de tí.

JOHN.— ¿Conque estabas escondido? Excelente sistema. ¡A lo que conducen los chismes!

PEDRO.— Los anónimos que son lo mismo. Pero ya estoy tranquilo. (*Entra Timotea.*)

HERBERT.— ¿Y qué quieres ahora, animal?

TIMOTEA.— Lo busca un amigo. El señor Boa. ¿Lo hago pasar?

HERBERT.— ¡No! ¡No! Saldré a la puerta a largar a ese pesado. (*A Pedro aparte.*) Tío, ni una palabra a John sobre la amiguita del biombo. Como si no existiera. (*El otro responde con un gesto expresivo.*) Ya regreso. (*Sale.*)

PEDRO.— (*A John.*) Aprovecharé esta inesperada ocasión para hablarte seriamente, sobrino. Creo que ya es hora de que te conduzcas como un adulto. Cualquiera día de estos regresa tu tío Felipe, y te conviene no defraudarlo. Te recomiendo, por eso, que frecuentes la compañía de tu hermano, del cual nadie expresa otra cosa que elogios...

JOHN.— ¿Otra vez los sermones, tío? Bien sabes que tengo un carácter muy distinto al de Herbert. Yo tengo la sangre ligera de un picaflor. El, en cambio, es un ermitaño con sopa en las venas.

PEDRO.— En lo que respecta a las faldas esa sopa es picante, te lo aseguro.

JOHN.— ¡No habrá en Lima nadie que te crea eso!

PEDRO.— Tengo una prueba incontrovertible, de que a Herbert las mujeres no le son del todo indiferentes.

JOHN.— ¿Una prueba incontrovertible? Lo veo difícil.

PEDRO.— (*Confidencial.*) Cuando llegué, estaba con una amante.

JOHN.— ¿Herbert con una amante? No bromees, tío.

PEDRO.— Y la damisela todavía está aquí (*Señala el biombo.*) Ahí.

JOHN.— ¿Detrás del biombo? ¿Escondida? (*Pedro dice que sí con la cabeza.*) ¡Veámosla!

PEDRO.— ¡No! ¡Que ya viene Herbert!

JOHN.— (*Retira impulsivamente el biombo.*) ¡A ver! (*Lola Mugaño lanza un alarido.*) ¿Qué?

PEDRO.— (*Queda petrificado, luego tartamudeando dice.*) ¡Tra!... ¡Tra! ... ¡Tra! ... (*Hace un esfuerzo sobrehumano.*) ¡Traidores!

HERBERT.— (*Que vuelve desprevenido.*) ¡Oh! (*Se detiene en seco.*) ¿Qué pasó? (*A Pedro.*) ¡No lo interpretes mal, tío!

LOLA.— ¡Te lo explicaré todo, Pedrito! ¡Todo!

PEDRO.— ¡Traidores!

JOHN.— Me parece que sobro. (*Hay un silencio tenso.*) Sí, sobro. Permítanme que me retire. (*Sale.*)

HERBERT.— Pues ... este ... Yo quisiera...

LOLA.— En realidad... lo cierto es... quiero decir...

HERBERT.— Este... las apariencias... pero no...

PEDRO.— ¡Traidores! ¡Mil veces traidores! ¡Un millón de veces traidores!

LOLA.— Pues verás...

HERBERT.— Ella vino porque yo quería... este... este... quería que María... ¿Entiendes?

LOLA.— Tus celos... no te precipites... es decir...

HERBERT.— Vino... este... a hablar de María, sí. Yo no la quería recibir, pero ella...

PEDRO.— ¡Necio! ¡Infatuado! ¡Felón!

LOLA.— (*Por Herbert.*) ¡Este hipócrita! ¡Puro embuste! ¿Quién me citó acá, entonces?

HERBERT.— ¿Qué dices? ¿Eres capaz de sostener que...?

LOLA.— (A Pedro). Me cautivó con sus malas artes. Halagó mi vanidad. (Llora). ¡Perdóname!

HERBERT.— ¿Qué cosa? ¡Vino por su gusto! ¡Es una chiflada!

PEDRO.— ¡Falso! ¡Es la primera vez que esta mujer habla con sentido común!

HERBERT.— ¡Tío, el cielo lo sabe...!

PEDRO.— (Cortante). ¡Que eres un impostor!

HERBERT.— No puede un hombre condenar a otro sin pruebas porque Dios sabe que... (Al comienzo de esta frase de Herbert, Pedro ha tomado a su esposa y, poco menos que arrastrándola, la ha sacado de la habitación. Herbert queda alelado. Luego colérico, se lanza a propinar puntapiés y puñadas a todo lo que lo rodea. Entra Timotea).

TIMOTEA.— (Espera que termine su destrucción). Señor, lo busca un señor Gutiérrez. Dice que es su pariente.

HERBERT.— (A gritos). ¡Qué se vayan al diablo los parientes!

FELIPE.— (Que no ha esperado la orden de entrar. Simula ser Gutiérrez). Perdone, señor, que me haya tomado la libertad...

HERBERT.— (A Timotea). ¡Lárgate idiota! (A Felipe). ¡Hable rápido! ¿Qué quiere?

FELIPE.— Me apellido Gutiérrez...

HERBERT.— ¡Ya lo sé!

FELIPE.— Soy su pariente materno...

HERBERT.— ¿Y qué? ¿Quiere plata?

FELIPE.— Una pequeña ayuda...

HERBERT.— ¡No tengo! ¡Pierde usted su tiempo! ¡Hasta la vista! (Va a irse).

FELIPE.— Sin embargo, me han dicho que su tío Felipe, que es millonario...



HERBERT.— (*Reaccionando indignado*). ¿Mi tío Felipe? ¡Un viejo patológicamente avaro! ¡Un roñoso de marca mayor!

FELIPE.— ¿No le envía dinero su tío Felipe?

HERBERT.— ¿Quién le ha contado a usted esa fábula? ¡Ni un mísero centavo conozco de su bolsa!

FELIPE.— Como lo dice todo el mundo.

HERBERT.— ¡Todo el mundo! ¡Todo el mundo! ¡Ojalá la tierra se trague a todo el mundo con mi tío Felipe y todos los tíos habidos y por haber adentro!

FELIPE.— ¿De modo que no debo esperar su cooperación?

HERBERT.— Quítese esa idea de la cabeza. Soy pobre como una rata. Como usted.

FELIPE.— Sin embargo, este departamento no es de un indigente...

HERBERT.— (*Volviendo irritado*). ¿Con qué derecho se atreve usted a dementirme? ¡Váyase por donde vino, antes que pierda la cabeza! ¡No tengo hoy el ánimo como para aguantar parásitos!

FELIPE.— Sí, señor... ya me voy... Hasta luego. (*Medio mutis*). ¿Y cómo ha logrado usted la fama de tener un corazón generoso? Francamente no me lo explico.

HERBERT.— (*Salido de sí*). ¿Y a usted qué le importa la clase de corazón que yo tenga?

FELIPE.— Me importa mucho. Muchísimo. (*Con una sonrisa*). Hasta pronto. (*Sale*.)

HERBERT.— ¡A mí con sablazos! ¿Qué se habrá creído este limosnero? (*Se dirige a la salida*). (*Suena el teléfono*).

TIMOTEA.— (*Que ha venido a contestar*). ¡Aló! Sí. ¿De parte de quién? (*A Herbert*). Es Constancio, el mayordomo de su tío Pedro.

HERBERT.— ¿Constancio? ¿Qué querrá? Pregúntaselo.

TIMOTEA.— (*Al fono*). Pregunta el señor qué desea. (*Pausa*). Ah, bueno... (*A Herbert*). Dice que es algo sobre su tío Felipe.

HERBERT.— (*Con un salto*). ¿Sobre mi tío Felipe? (*Toma el aparato*). ¿Aló? ¿Constancio? ¿Qué sucede? (*Escucha atento*). ¿De vuelta tío Felipe. ¿Habla en serio? ¿Mañana a las 11 en casa de mi tío Pedro? ¿Pero porqué ahí (*Pausa*). ¿El cable no dice en qué avión llega? ¿Y para qué ese estúpido capricho de que mañana se reuna toda la familia allá? ¡Qué viejo arbitrario! (*Pausa*). Sí, claro, ahí estaré. ¡Claro! ¡Muy puntual! Hasta mañana, Constancio. (*Cuelga el fono*). ¡Este es lo que llaman un día de perlas! (*A Timotea, que está a su lado, mirándolo atontada*). ¿Qué me miras, papanatas? ¡Lárgate a la cocina que este no es tu sitio! (*Timotea sale de estampida*.)

CÁNDIDA.— (*Yendo de un lado a otro de la escena*). ¡Telón! ¡Telón!  
¡Telón!

(*Cuando Cándida desaparece, comienza a cerrarse el telón. Herbert, que la ha visto entrar y salir queda en el centro del escenario, intrigado por esta última aparición.*)

## QUINTO ACTO

*La misma sala de la casa de don Pedro Mugaño del segundo acto. En escena están Cándida y el mayordomo Constancio.*

CONSTANCIO.— La señora Lola se encuentra indispuesta y le ruega excusarla. Por prescripción médica no debe recibir a nadie.

CÁNDIDA.— (*Impertinente*). ¿Pero le dijiste que era yo?

CONSTANCIO.— Sí, por supuesto. No puede recibir a nadie. Le agradece su visita.

CÁNDIDA.— Anda a decírselo de nuevo. Tengo urgencia de hablar con ella.

CONSTANCIO.— (*Mortificado*). Su respuesta será la misma. Pero si usted insiste... (*Sale.*)

CÁNDIDA.— (*Sola*). ¡Por Dios, qué dificultades! No sé ni la mitad de los detalles y, así, ¿cómo informaré a los que me asedian con sus preguntas? ¡Qué contrariedad! (*En ese momento entra Coco Pachurre*). ¡Oh, querido Coco, usted debe estar enterado de todo con pelos y señales!

COCO.— ¿Pregunta usted por la trifulca entre don Pedro, Lola y el sobrino de marras?

CÁNDIDA.— Eso mismo. Cuente.

COCO.— El acontecimiento más sensacional de los últimos tiempos, mi buena amiga.

CÁNDIDA.— Hay que compadecer a esta familia por el golpe que les propina el destino con semejante escándalo. ¡Infelices ellos!

COCO.— No aliento la más mínima compasión por Pedro Mugaño. ¡Consentir tan desmedidamente a un joven sin seso no conduce a nada bueno!

CÁNDIDA.— Pero, ¿cuál de ellos fue el de la sorpresa? ¿Herbert o John?

COCO.— ¡Herbert! ¡El santurrón!

CÁNDIDA.— ¿Está usted seguro? Más bien parece que fue Herbert el que le tendió la celada a John para que Pedro encontrara juntos a los amantes.

COCO.— Tengo datos seguros, señora.

CÁNDIDA.— Los míos no son desdeñables.

COCO.— Le diré. Mi información proviene de alguien muy próximo a la familia.

CÁNDIDA.— ¡Bah! Uno no puede confiar ciegamente en los intermediarios, hijo mío. Espero que la propia Lola me reciba y me narre su tragedia. (*Observando la puerta*). ¡Pero sí ahí viene la querida Lili Limón! ¡Ella sí debe estar bien enterada!

LILI.— (*Sin mediar saludo*). ¡Ahora sí que nuestra amiga Lola se ha metido en un lío mayúsculo! ¿Lo saben todo?

CÁNDIDA.— ¡Quién lo hubiera sospechado!

LILI.— Siempre fue una mujer liviana.

CÁNDIDA.— Lo dije más de una vez. ¡Demasiado liberal!

COCO.— No es el primer caso en que una personalidad turbia queda al descubierto tan intempestivamente.

LILI.— Sin embargo, justo es reconocer que la pobre no carece de ciertas cualidades.

CÁNDIDA.— Efectivamente. Pero, ¿sabe usted la historia completa?

LILI.— Algo sé. Se dice que Herbert...

COCO.— (*A Cándida*). ¿Vió usted? Herbert es el hombre.

CÁNDIDA.— ¡Deje terminar a Lili! (*A Lili*). Sigue querida.

LILI.— (*Alarmada*). ¿Alguien sostiene que fue John?

CÁNDIDA.— Según me lo contaron a mí, el galán era John. Su hermano actuó simplemente como delator.

COCO.— Haya sido uno o el otro, lo cierto es que don Pedro Mugaño ha sufrido un impacto moral degradante.

CÁNDIDA.— ¡No diga usted tonterías! Al parecer aceptó su destino con resignación.

LILI.— (*Riendo*). En efecto, la corona le fue impuesta con toda dignidad.

COCO.— (*Escandalizado*). ¿Pero no hubo balazos o, por lo menos, trompadas?

CÁNDIDA.— Nada. ¡Ya no son éstos los tiempos de la vergüenza!

COCO.—Alguien me dijo que llegaron a las manos.

LILI.— Cuenta, pues, Coco.

COCO.— Cuando don Pedro descubrió la cruel verdad le gritó a su sobrino: “¡Pagarás esta afrenta con la vida!”

CÁNDIDA.— ¿Y qué hizo el descarado de John?

COCO.— ¡El increpado no era John sino Herbert! El viejo continuó: “¡Voy a lavar con sangre mi honor manchado por tu ingratitud!”

CÁNDIDA.— ¿Y lo lavó?

COCO.— No. La sangre no llegó al río porque Lola, en un ataque de histerismo agudo, se abrazó a su esposo y lo obligó a abandonar el lugar, mientras los hermanos, como Caín y Abel, rodaban por los suelos aplicándose terribles cuchilladas.

LECHUGA.— (*Que ingresa en ese preciso instante*). ¡Pero hubo un balazo! ¡Lo sé de boca de una persona que ha hablado con Pedro Mugaño!

CÁNDIDA.— ¡A ver! ¡A ver!

LECHUGA.— Don Pedro se halla herido de muerte.

COCO.— ¡Eso porque luego intentó cortarse las venas con una navaja!

LECHUGA.— No, no. Un disparo de su sobrino.

CÁNDIDA.— ¡Pobre Pedro! ¡A sus años!

LECHUGA.— ¡John no pudo evitar que, a más del golpe moral y psicológico, hubiera también lesión física!

CÁNDIDA.— Bien decía yo que John era el causante de todo este deplorable lío.

COCO.— Querido Lechuga, no sabes sino mentiras.

LECHUGA.— ¿Qué? Si hasta puedo repetir las palabras textuales que el viejo Mugaño dirigió a su desleal sobrino: “¡Tu ingratitud —le gritó— ha manchado mi honor!”

COCO.— Eso ya lo conté yo, y en la versión correcta.

LECHUGA.— ¡Pero deja hablar a los demás, Coco! El incidente fue así. En el momento del adulterio, en una mesa había dos pistolas cargadas. Don Pedro obligó al culpable a tomar una de ellas, en tanto él empuñaba la otra. Se dispararon a quemarropa. El tío se desplomó. La otra bala rebotó contra la pared y salió por la ventana hiriendo por casualidad a un cartero que inocentemente pasaba por la calle.

LILI.— He oído decir que la bala perdida no salió por la ventana, sino que rebotó en el quicio de la puerta y fue a destrozar un valioso jarrón de porcelana de Sévres.

COCO.— Tu relato, querido Lechuga, es probablemente más artístico que el mío, pero eso no quiere decir que sea verídico.

LILI.— Bueno, tengo que irme. Pasé por aquí a indagar por la salud de Lola. Volveré. Hasta luego a todos. (*Sale.*)

COCO.— La pobre Lili está francamente preocupada. Y es muy explicable. Ella y Herbert... (*Sonríe irónico.*)

LECHUGA.— No es ninguna novedad ese asunto feo.



CÁNDIDA.— Algo, hijo, muy notorio. ¿Y a todo esto, dónde está Pedro?

LECHUGA.— Aquí, en la casa. Bañado en sangre lo trajeron a su lecho.

CÁNDIDA.— ¡No faltaría sino que la propia Lola le sirviera de enfermera!

(*Entra Constancio.*)

COCO.— ¿Será posible ver a la señora Lola?

CONSTANCIO.— Me ha encargado que diga a todas las visitas que agradece su gentileza, pero que no le será posible atenderlas. (*Antes de que le hagan más preguntas sale.*)

LECHUGA.— Este tipo es un ordinario. ¿Qué hacemos?

CÁNDIDA.— Alguien viene. Debe ser el médico.

COCO.— Le preguntaremos por la salud del herido.

FELIPE.— (*Ingresando tranquilamente.*) Buenos días.

LECHUGA.— ¿Hay esperanzas?

CÁNDIDA.— ¿Cómo se encuentra el paciente?

COCO.— ¿Fue bala o arma blanca?

FELIPE.— ¿De qué hablan ustedes?

COCO.— ¿No es usted el doctor que atiende a don Pedro Mugaño?

FELIPE.— No, señor.

LECHUGA.— ¿Un amigo de Pedro, entonces? ¿Qué sabe usted del episodio de ayer?

FELIPE.— No sé nada.

CÁNDIDA.— ¿Y la herida?

FELIPE.— ¿De qué herida habla usted?

COCO.— ¡De la que ayer le fue inferida a don Pedro en el departamento de uno de sus sobrinos, a raíz de un penoso descubrimiento!

FELIPE. — (*Riendo.*) Miren, allá viene el que ustedes suponen agónico. Pregúntele a él mismo todo lo que quieren saber. (*Entra Pedro Mugaño.*) Llegas oportunamente, Pedro. Estos amigos te dan por casi muerto.

COCO. — (*Halagueño.*) Está usted pleno de salud, don Pedro. Lo felicito.

PEDRO. — Ni peor ni mejor que antes.

LECHUGA. — Nos complace enormemente que la historia de su duelo, que circula por todo Lima, sea pura fantasía.

CÁNDIDA. — En todo caso, es aquel sobrino canalla y malagradecido el que merece el balazo.

PEDRO. — Pero ese, señora, no es un asunto que a usted le incumba.

CÁNDIDA. — Claro que no... Pero...

COCO. — La gente honesta está de parte suya, don Pedro.

PEDRO. — (*Seco.*) Entonces, no cuento con usted, señor Pachurre.

LECHUGA. — (*Para aliviar la tensión.*) Hemos venido a expresarle nuestra adhesión y simpatía.

PEDRO. — (*Iracundo.*) ¡No las necesito!

CÁNDIDA. — (*Que adivina la tempestad.*) A mí se me hace tarde. Hasta luego. (*Sale apresurada.*)

PEDRO. — (*A Coco y Lechuga.*) Escuchen bien, señores, mis palabras. (*Con un grito desaforado.*) ¡Lárguense de aquí y no vuelvan! (*Los dos titubean.*) ¡Lárguense de aquí, he dicho! (*Coco y Lechuga escapan despavoridos, atropellándose y resbalándose.*) ¡Sanguijelas! ¡Víboras! ¡Vampiros!

CONSTANCIO. — (*Que acude presuroso.*) Oí voces, señor. ¿Sucede algo?

FELIPE. — Nada, Constancio. Mi hermano acaba de hacer algo inteligente e higiénico: ha arrojado de su casa a los caníbales de la honra.

CONSTANCIO. — ¡Menos mal, señor, porque yo estaba a punto de

romperles las costillas a patada limpia a todos esos malditos! (*Repara en su lenguaje*). Con perdón de los señores.

PEDRO.— Hubieras hecho bien, Constancio. Han sido la causa de mi desgracia.

CONSTANCIO.— ¡Y de la mía también!

FELIPE.— ¿De la tuya?

CONSTANCIO.— ¿No sabe usted que ese jovencito Pachurre le dijo a Domitila, la cocinera, que yo tenía un hijo en Piura?

PEDRO.— ¡Qué tal calumniador!

CONSTANCIO.— No es calumnia, señor. Tengo ese hijo y otros más. Pero eso no se cuenta a la mujer que uno enamora. No es de hombres.

FELIPE.— ¡Muy bien dicho, Constancio!

PEDRO.— Alcánzame una silla. (*Constancio le aproxima el asiento*). Estoy deshecho.

FELIPE.— (*Sentándose cerca de él*). Olvida tus preocupaciones, hermano. El mejor remedio es olvidar. Tengo algo importante que hablar contigo. No te he hecho saber todavía la impresión que me han causado nuestros sobrinos.

PEDRO.— ¡No me hables de ellos, te lo ruego!

FELIPE.— He descubierto que tenías razón. Herbert es mi elegido.

CONSTANCIO.— ¡Un joven de cualidades excepcionales! (*Guiña el ojo a Felipe*).

FELIPE.— ¡Y procede de acuerdo a los principios! ¡Un modelo!

PEDRO.— Deja de tomarme el pelo, Felipe. ¡Herbert es un hipócrita!

FELIPE.— Si no se tratara de tí, el cuento de la amiguita detrás del biombo me doblaría de risa. ¡Qué mala suerte la tuya, Pedro!

CONSTANCIO.— (*Indulgente*). Sólo a los buenos les sucede eso.

FELIPE.— Pero Lola está arrepentida, es evidente. Afortunadamen-

te, aquella era la primera cita y no llegó a pasar nada, bien lo sabes. (*Pausa*). Me ha pedido que interceda por ella ante tí y lo hago de buen gusto. Conozco la naturaleza humana y estoy seguro de que Lola ha actuado siempre, en la comisión de sus errores, más por vanidad y soberbia que por mala índole.

PEDRO.— ¿Hablas de perdonarla? ¡Pero si me ha ofendido irremediablemente!

FELIPE.— Olvida, olvida todo, Pedro. El accidente —por llamarlo de algún modo— nos ha sido útil para sondear qué clase de personas son Herbert y John. Es un saldo positivo, después de todo.

PEDRO.— En efecto, ahora decididamente sé que ninguno es mejor que el otro.

FELIPE.— Antes que nada, para poner las cosas en orden, debes reconciliarte con Lola.

PEDRO.— Me resisto. Si la perdono, el escarnio general se ensañará conmigo.

FELIPE.— ¿Quién es el escarnio general? ¿Dónde vive? ¿Qué hace? Se llama Coco Pachurre, Cándida, Orduña o Lili Limón, me supongo. Unos buitres que se alimentan de carroña. De carroña, ¿oístes? Pero tú estás vivo. A tí no te podrán devorar.

CONSTANCIO.— Desde ayer la señora no ha cesado de llorar. ¡Cuántas lágrimas!

FELIPE.— Su arrepentimiento es sincero. Recuerda que tienes una hija, que también es hija de ella.

CONSTANCIO.— Y me consta que la niña sufre. Se ha encerrado en su habitación y no ha querido probar bocado.

(*Largo silencio.*)

PEDRO.— ¿Debo perdonarla?

FELIPE.— Debes perdonarla. De otro modo la paz será imposible.

PEDRO.— Es cierto. La paz... (*En pie.*) Lo haré ahora mismo. (*Medio mutis.*) ¡Y gracias! (*Sale.*)

FELIPE.— ¡Pobres los casados! (A *Constancio*.) ¿Y tú, eres casado o soltero?

CONSTANCIO.— Viudo una vez, divorciado otra y actualmente de novio.

FELIPE.— Los tres estados ideales. No eres tonto. (*Ríe*.)

CONSTANCIO.— No, señor. No tengo un pelo. (*Ríe también*.)

FELIPE.— ¿A qué hora dijiste a Herbert y John que llegaría del extranjero?

CONSTANCIO.— A las 11. No deben demorar.

FELIPE.— Esperaré adentro. (*Ambos salen, cada uno con dirección distinta*.)

(*La sala queda vacía. En puntas de pie, ingresa Lili Limón*.)

LILI.— ¡Lola! ¡Lola! ¿Dónde se habrá metido? ¡Lola! (*En ese instante, muy tranquilo, entra Herbert, quien al ver a Lili se sobrepara y pretende escapar. Ella se lo impide autoritaria*.) ¡Oye! ¿Por qué me huyes? ¿A qué se debe que ayer no contestaras el recado que te envié con Boa? ¿Y en qué laberinto te has metido que puede arruinar mis proyectos de conquistar a John? ¡Con-testa!

HERBERT.— No pierdas el juicio, linda. No es este el lugar indicado para hacerme reproches. Más adelante hablaremos con calma. Ha llegado a Lima nada menos que mi tío Felipe, el millonario.

LILI.— ¿Y qué me importa eso a mí?

HERBERT.— A tí nada, pero yo necesito tranquilidad. Te conviene que salga airoso de esta trampa que me ha tendido el destino.

LILI.— No te creo ni una palabra.

HERBERT.— Cuando el magín me trabaje reposadamente volveré a resolver hábilmente los problemas, pero ahora tengo la cabeza como un bombo. El lío con mi tío Pedro, la amenaza de ser desheredado por mi tío Felipe, el fracaso de mis planes matrimoniales con María, todo junto.

LILI.— Cosechas lo que sembrašte.

HERBERT.— Reconozco mis errores. Pero déjame corregirlos. No tardará en aparecer mi tío Felipe. ¡Siento pasos! ¡Anda vete, Lili, por favor!

LILI.— Me voy, pero ven a verme esta noche a mi casa. (*Sale.*)

(*Por el otro lado, entra Felipe.*)

HERBERT.— ¡Oh, ese pesado de Gutiérrez! ¿Qué querrá aquí el muy sacrón?

FELIPE.— (*Que simula ser Gutiérrez.*) Buenos días, señor Herbert. Me enteré de que su tío Felipe llegaba hoy y aquí me tiene para saludarlo.

HERBERT.— Le aconsejo que se vaya. Mi tío Felipe es un viejo envenenado y un mezquino monumental. Visíteme mañana en mi casa. Le daré lo que pueda.

FELIPE.— Lo siento. He venido decidido a entrevistarme con don Felipe.

HERBERT.— (*Enérgico.*) No me obligue a echarlo de aquí por la fuerza.

FELIPE.— ¡No son las tuyas las maneras de un caballero!

HERBERT.— ¡Qué caballero ni ocho cuartos! (*Lo empuja.*) ¡Fuera de aquí!

JOHN.— (*Que ingresa en ese instante.*) ¿Qué haces? ¿Por qué maltratas así a este buen señor?

HERBERT.— ¿También estuvo en tu casa?

JOHN.— Claro que sí. Es un prestamista desinteresado.

HERBERT.— ¿Prestamista? ¡Sablista, dirás!

JOHN.— ¡Es el prestamista Estronio!

HERBERT.— ¡Es el pedigüeño Gutiérrez!

FELIPE.— Señores, escuchen...



JOHN.— Te aseguro que se llama Estronio.

HERBERT.— Su nombre es Gutiérrez. Pero eso no importa. Hay que sacarlo de aquí. Está al llegar el tío Felipe y en ningún caso será bueno que lo encuentre y hable con él.

FELIPE.— ¡Les explicaré! ¡Cálmense!

HERBERT.— (*Lo empuja.*) ¡A la calle!

JOHN.— Sí, sí. Le vendí a todos los Mugaño. ¡Mejor a la calle! (*También lo empuja. A empujones, están a punto de arrojarlo.*)

FELIPE.— ¡Atiéndanme, jóvenes! (*Se resiste.*) ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

(*Atraídos por los gritos, entran Pedro, Lola, María y Constancio.*)

PEDRO.— ¿Pero qué significa esta agresión? ¿Por qué golpean así a su tío Felipe?

(*Herbert y John, sorprendidos, dejan a Felipe.*)

HERBERT.— ¿El tío Felipe, dijiste?

JOHN.— (*Lo examina.*) ¡Pero claro! ¡Es él!

MARIA.— ¿Te hicieron daño?

PEDRO.— ¿Qué pretendían hacerle, bárbaros?

CONSTANCIO.— (*Alcanzándole un sillón.*) Repose usted, don Felipe.

FELIPE.— De buena paliza me he librado. Pariente menesterozo o prestamista desinteresado, les daba lo mismo.

HERBERT.— ¿Pero por qué fingiste ser el asqueroso Gutiérrez?

JOHN.— ¿Y para qué me compraste los cuadros como un vulgar mercachifle?

FELIPE.— (*En pie, yendo hacia Herbert.*) ¿Así que tú eres el incomparable Herbert? ¿Te imaginas el desengaño que me causó descubrir que eras un individuo inescrupuloso, un consumado simulador, un oportunista inconsciente? ¿Te lo imaginas?

PEDRO.— ¡Y un traidor, además!

FELIPE.— (A *John*.) ¿Y tú? ¿Qué crees ser, infeliz? Nada menos que un manirroto digno de un sanatorio, un ebrio contumaz, un cínico capaz de hacer leña con toda su genealogía. ¿Te hacen gracia esos títulos? (A *ambos*.) ¿Creyeron ustedes que yo iba a dejarles todo mi dinero para que el uno lo convirtiera en el halo de oro de su santurronería y para que el otro lo pulsara como una inagotable guitarra en sus juergas?

PEDRO.— Un par de perdularios, eso es lo que son cada cual en su estilo.

FELIPE.— ¿Tienen ustedes algo que alegar en su defensa?

JOHN.— Yo sí. Estoy harto de que me dicten lecciones como a un párvulo. ¡Déjenme en paz! Me voy, pero me llevo lo que es mío.

PEDRO.— ¿Hay acá algo que sea tuyo?

JOHN.— María es mía. (A *ella*.) ¿Vienes?

PEDRO.— (A *María*.) Dile lo que piensas de su cochina persona.

LOLA.— Hija, desengaña a este simplón.

JOHN.— (A *María*.) ¿No vienes? Bueno. Tienen ustedes razón. Nada es mío. Hasta luego. (*Camina hacia la puerta*.)

MARIA.— (En un arranque.) ¡No! ¡Me voy contigo, John! (*Se abrazan*.) Te quiero.

JOHN.— Vámonos. Adiós. (*Salen*.)

PEDRO.— ¡Se ha ido!

LOLA.— ¡Lo has dejado ir! ¡Qué falta de energía la tuya!

FELIPE.— (A *Herbert*.) ¿Y tú? ¿Tienes algún argumento a tu favor? (*Herbert da un paso adelante. Abre la boca. Los cuatro lo miran acusadores. Quiere decir algo y no puede. Hace un ademán de desesperación y sale*.)

LOLA.— (Con un aire muy digno.) ¡No sé cuál de los dos es peor!

PEDRO.— (*Tras de mirarla interrogativa.*) ¡Querida, no eres la más indicada para moralizar!

LOLA.— ¡Ah, no, Pedro! No estoy dispuesta a soportar tus indirectas. ¿Qué clase de perdón es el tuyo?

PEDRO.— No te dije una indirecta. Te lo repito: No eres apta para moralizar.

LOLA.— ¿Y qué sugieres con eso?

PEDRO.— No sugiero nada. ¡Digo!

FELIPE.— (*Apaciguador.*) Vamos...

LOLA.— ¡Déjalo, Felipe! ¡Esto sí que no se lo perdonaré jamás! (*Sale indignada.*)

(*Largo silencio. Los dos hermanos se sientan, abatidos. Detrás queda Constancio.*)

FELIPE.— Las cosas se han vuelto a complicar, Pedro.

PEDRO.— Y me temo que estén peor que antes, Felipe.

FELIPE.— ¿Y qué hacemos? Porque me parece que algo tenemos que hacer...

PEDRO.— De momento no se me ocurre. Voy a pensarlo.

FELIPE.— (*Da un cigarrillo a su hermano. Constancio se los enciende a ambos. Tras un largo silencio.*) Tal vez seamos nosotros los que no encajamos en este sistema.

PEDRO.— Quizá seamos dos fósiles. ¿Y qué pueden hacer dos fósiles?

FELIPE.— Nada. (*Fuma.*) Les corresponde la vitrina de museo. Y un cartelito: "Limeños renuentes al enredo y la malevolencia. Especie desaparecida".

PEDRO.— Sí. Porque a decir verdad, Herbert y John viven y actúan como la mayoría de la gente en Lima. Se dan de dentelladas, y se sonríen; se ponen zancadillas, y se saludan como hermanos; se sacan los ojos o se destripan mutuamente, pero brindan juntos por la común felicidad. Están unidos por una especie de corriente eléctrica.

FELIPE.— ¿De corriente eléctrica? ¿Cuál?

PEDRO.— Sí, Felipe. La del rumor, la de la maledicencia. El chisme los hace vibrar de alegría, si se ocupa de los otros; de ira santa, si se trata de ellos mismos, pero lo necesitan para matar sus rutinas, sus ocios, sus represiones.

FELIPE.— (*Pausa.*) ¡No! ¡No! Las cosas no pueden quedarse como están. ¿Qué harás?

PEDRO.— (*Con decisión.*) Yo ya tengo mi solución. (*En pie.*) Constancio, busca a Herbert y a John y diles que los perdono. Que sean como quieran, aunque yo reviente. Y a María dile que se case con su impenitente primo. (*A Felipe.*) Pensándolo bien, ella se encargará de enderezarlo.

CONSTANCIO.— Voy, señor. (*Sale.*)

PEDRO.— Enseguida, mi buen Felipe, iré otra vez a pedirle disculpas a Lola. ¿Hago mal?

FELIPE.— Haces bien. Porque yo estoy pensando que nosotros fuimos iguales a ellos. Y que si ya no lo somos es porque se nos agotó la chispa. ¿No recuerdas lo que, hace treinta años, dije yo por las calles y plazas de Herminda Sanujez?

PEDRO.— Claro. Que el jardinero de su casa...

FELIPE.— ¿Y la fama que le dimos al doctor Rodrigo Melichón?

PEDRO.— ¡Por culpa de ese infundio hubo crisis ministerial! (*Ríe.*)

FELIPE.— ¿Y tu asunto con Lupita Rubianes, no fue acaso la comidilla del club durante varios años?

PEDRO.— Lo que la obligó a casarse, cuando la abandoné, con Concho Clavel. (*Ríe.*) ¡Un huachafo el tal Concho!

FELIPE.— Huachafo no. Tal vez un poco solemne.

PEDRO.— En cuanto a la Sanujez, terminó entre rejas.

FELIPE.— ¿Entre rejas? ¿Y por qué?

PEDRO.— Tráfico de drogas. La proveía el general Manaza, su amante. Tuvo un hijo de él. ¿Te das cuenta?

FELIPE.— (*Pausa.*) Me doy cuenta de que Lima es como es. Será difícil cambiarla.

PEDRO.— Habrá que darle vuelta, como una tortilla, en una sartén bien caliente.

FELIPE.— ¿Y cuando se hará esa genial fritura?

PEDRO.— Tarde o temprano, porque ya está hirviendo el aceite. Pero ignoro el plazo. De todos modos, me da tiempo para ir a pedirle perdón a Lola. Voy a su cuarto a rogarle clemencia. (*Pausa.*) ¿Qué has decidido tú?

FELIPE.— Salgo en busca de un notario para testar.

PEDRO.— ¿A favor de quién? ¿Del Estado?

FELIPE.— ¡Al diablo el Estado! ¡Es peor que mis sobrinos!

PEDRO.— ¿Y quién heredará tu dinero?

FELIPE.— (*En pie. Camina meditabundo. Luego, resignado.*) La mitad, Herbert. La otra mitad, John. (*Pausa.*) Es lo que tú harías, ¿no es cierto?

PEDRO.— (*También de pie.*) Sí. ¡Eres un tipazo!

FELIPE.— ¡Tú también!

PEDRO.— ¡Déjame que te abrace!

FELIPE.— ¡Y yo a tí!

(*Se abrazan cariñosamente. Entra Cándida.*)

CÁNDIDA.— ¡Qué cuadro edificante! ¡El amor fraternal! ¡Un ejemplo vivo para la desquiciada juventud moderna! (*La miran con disgusto.*) Señores, los felicito.

FELIPE.— (*A Pedro.*) ¡A ésta sí que no la paso! ¿Y tú?

PEDRO.— Yo menos. ¡Creo que merece una lección!

CÁNDIDA.— (*Que advierte la repulsión que provoca.*) ¿Qué les pasa? ¿Por quién me toman ustedes?

PEDRO.— (*Aproximándose amenazador.*) ¡Por lo que es, doña Cándida!

FELIPE.— Ni más ni menos que por lo que ha sido, es y será.

CÁNDIDA.— (*Yendo a uno y otro lado.*) ¡Señor director! ¡Señor director!

EL DIRECTOR.— (*Asoma por un lateral.*) ¿Me busca usted?

CÁNDIDA.— Estos señores están confundidos. Me acerqué a congratularlos por su actuación y me temo que hayan creído que soy el personaje que se me parece.

EL DIRECTOR.— ¿Y está bien segura de que no es usted la Cándida de la comedia?

CÁNDIDA.— Segurísima. Usted lo sabe mejor que yo. El público es testigo.

EL DIRECTOR.— Para decir la verdad, yo ya no estoy tan convencido. Y al público nunca le agrada testimoniar nada, porque viene a ver y sólo quiere ver. (*Guiña el ojo al público.*) Así es el teatro: mezcla realidad y ficción. Como quien dice, agua y aceite. (*A Pedro y Felipe.*) Cíñanse al texto y hagan lo que tienen que hacer. ¡Si no, los chismes del gremio teatral nos van a hacer picadillo!

FELIPE.— ¡Dios nos libre! (*Al director.*) ¿Y la arrojamos al tacho de la basura?

EL DIRECTOR.— ¡Claro! Pero fuera de escena. Aquí resultaría poco delicado.

PEDRO.— ¡De acuerdo! (*A Cándida.*) Prepárese, señora.

(*Se va el director, y Felipe y Pedro, cada uno por su lado, levantan en peso a Cándida.*)

CÁNDIDA.— ¡Asesinos! ¡Policía! ¡Socorro! (*Patalea furiosamente pero no puede evitar que la saquen.*) ¡Criminales! ¡Socorro! ¡Policía!

(*El telón se cierra sobre el escenario ya vacío, hasta donde llegan, sin embargo, los gritos cada vez más lejanos de Cándida.*)



IFIGENIA EN EL MERCADO

FARSA MUSICAL EN CUATRO CUADROS

## PERSONAJES

COCHAMBRE, vagabundo barbudo, sucio y harapiento.

RAYMUNDO SOLAR, jovial y locuaz charlatán de plazuela.

HILARIO PATUJEZ, camionero matonesco.

ROGELIA CHOROQUE, alegre dueña de un puesto de mercado.

POLICIA, zambo suficiente.

IFIGENIA CHOROQUE, joven norteña. Sobrina de Rogelia.

OTRO VAGABUNDO.

CONCHITO.

MIMOS : organillero, vendedor de canastas, pájaros fruteros, clientela del puesto, trotera, transeúntes, invitados a la fiesta, dos policías, etc.

*(Estrenada póstumamente por la Compañía Lucia Irurita, en el Teatro Segura, el 29 de abril de 1966. La música para las canciones la compuso Enrique Iturriaga.)*

## PRIMER CUADRO

*De izquierda a derecha del escenario se desenvuelve una sintética teoría urbana de Lima. En este orden: chozas de barriada, rincón de mercado con ostensible puesto de frutas y comestibles, placita polvorienta con unos cuantos postes pero sin árboles, puerta de un hotelucho y, por fin, el comienzo de un sector de altos edificios modernos. Atrás, también de izquierda a derecha, los cerros cubiertos de casuchas de esteras, las torres coloniales, los rasca-cielos con avisos luminosos. Al fondo, el cielo que será gris de día y negro de noche.*

*Al iniciarse la acción despunta el amanecer. Una tenue lumbre, que va despertando a la ciudad, se anima tras de los cerros ocre. Cantan los gallos y la luz del alumbrado público y los letreros luminosos se apaga; suenan primero a lo lejos y luego, poco a poco, más altos y agudos, bocinas, gritos, pitazos, campanas. En una banca de la plazuela, se despereza el vagabundo Cochambre: se estira, se levanta, practica una cómica gimnasia. El ruido urbano ha concluido por ser música concreta. De ella surge una melodía, la de la canción que Cochambre entona mordisqueando un pan duro.*

### CANCION DEL AMANECER

COCHAMBRE:

Lima se duerme indigesta, Lima se duerme indigesta  
y se despierta a deshora,  
pero en mí,  
en mí no hay noche ni aurora.

Alba de alta neblina, alba de alta neblina  
tal vez ocaso mojado,

voy a pie,  
a pie pues soy un parado.

Siempre el amanecer, siempre el amanecer  
si en el reloj de mi sangre  
reventó la cuerda,  
la cuerda de hambre.

*Al terminar la canción se adelanta hacia el público y, naturalmente, como si mostrara un cuadro, inicia su recitado con un suave acompañamiento musical de fondo. Conforme los nombres, personajes y mimos aparecen en escena y ejecutan su juego; doña Rogelia abre su puesto de mercado, un cobrador persigue a un deudor, el vendedor de canastas cruza la escena en su triciclo, el camionero Hilario Patúñez se estira y bebe su aguardiente, la prostituta ingresa al hotel, los "pájaros fruteros" relampaguean alegres, etc.*

COCHAMBRE:

Atención que ya comienzan  
la jornada y sus afanes;  
la gente que viene y va,  
viene y va... ¡a ninguna parte!

Doña Rogelia abre el puesto  
de fritos y vegetales,  
mientras da caza a su presa  
un cobrador de impagables.

Vean ahí el canastero  
con triciclo y pregón largo,  
y al camionero borracho  
que prueba su trago amargo.

Va a entrar en su noche clara  
la mariposa sin alas,  
y los "pájaros fruteros"  
bolsiquean en bandada.

Los diarios: (¡Comercio! ¡Prensa!  
¡Crónica! ¡Expreso! ¡Correo!)

manchan de tinta los aires  
con lo lindo y con lo feo.

El charlatán va al embuste  
cuando los pobres obreros  
cumplen puntuales la pena  
aunque el patrón no les guste.

El policía vigila  
y yo vigilo también,  
él pues por eso le pagan,  
yo por saber quién es quién.

Y así la nueva mañana  
se torna un día corriente  
porque el tiempo suma y sigue  
como cifras a la gente.

¡El molino de la vida,  
a unos sube, a otros sienta,  
pero hay quien no subirá,  
y es el pobre que revienta!

El cuerpo no vale nada;  
señores, valen los ojos:  
los de ustedes para el teatro,  
los míos para los piojos.

*Hace una reverencia y se sienta en el suelo a matarse los piojos. El charlatán Raymundo Solar ha dispuesto su mesa desplegable y abierto enseguida su maletín; el camiónero, con la botella en la mano, se ha sentado en un cajón a beber; el policía, junto al poste, enciende, aburrido, un cigarrillo. La gente —los mimos— se desplazan apresurados, al compás de una melodía apresurada.*

RAYMUNDO.— (Sin entusiasmo.) Damas y caballeros: vean el milagroso unguento de grasa de culebra del Amazonas, una de las más extraordinarias maravillas de la naturaleza. Cura los más agudos y espasmódicos dolores: reumatismo, costado, lumbago, estómago, muelas, ciática, intestinos, cabeza, corazón, hígado, ri-

ñones, golpes, quemaduras y hasta los traumatismos encefalocraneanos. Todas las enfermedades cesan al instante con los sinapismos —unos quitados y otros puestos— de esta milagrosa pomada hecha por los brujos machiguengas y cashibos de nuestra inexplorada montaña. (*Calla desolado. Toma bríos.*) ¡Vean con sus propios ojos cómo hace desaparecer erupciones, chupos, úlceras, granitos, carachas y chancros blandos y duros! ¡Una cajita de unguento de grasa de culebra del Amazonas por el irrisorio precio de cinco soles y dos cajitas por siete cincuenta! (*Agudizando la voz.*) ¡Y a todo el que lleve dos cajitas, le regalamos una hermosa cadena de llavero, reloj o guardapelo, soldada eslabón con eslabón! (*Pone énfasis en la última frase.*)

COCHAMBRE.— ¡Jajay!

RAYMUNDO.— No te rías. Cada uno se gana la vida como puede.

COCHAMBRE.— ¿Y qué? Yo dije ¡jajay! porque lo agarré.

RAYMUNDO.— ¿A quién agarraste?

COCHAMBRE.— (*Riendo.*) A un piojo que me estaba destrozando picotón con picotón. ¡Jajay!

HILARIO.— Déjenlo trabajar en paz al doctor. Ya ni los perros se paran a escucharlo.

RAYMUNDO.— Eso será en esta porquería de barrio, porque lo que es en Surquillo o la Plaza Italia tengo un público selecto...

ROGELIA.— (*Atendiendo a una pareja de clientes.*) ¡Pero mire que tamaño de mangos! ¡A tres soles cada uno están regalados!

COCHAMBRE.— Es que en otros barrios anuncias extracto de penicilina... ¡Así, qué gracia!

ROGELIA.— ¿Estos? Tres soles también. ¡Son chicharrones sin gordo, señorita! ¡Pura carnecita!

HILARIO.— (*Bebiendo por el pico de la botella.*) ¡Ah! ¡Qué culebra ni que penicilina! No hay nada mejor como desayuno que el trago fuerte. Deja como nuevo.



COCHAMBRE.— Te quiero oír lo mismo cuando el hígado se revienta con camión y todo.

RAYMUNDO.— ¡Como un piojo de Cochambre! (*Ríe.*)

ROGELIA.— (*Siempre atendiendo a la pareja*). El atadito de culén a sol... ¡Es muy bueno para el vientre suelto, señorita! ¡Como un pestillo, le digo!

HILARIO.— Yo, si no hay trago, prefiero cualquier yerba, culén, boldo, huamanripa. Jamás ese sebo. (*Bebe.*) Salud.

ROGELIA.— (*A sus clientes*). Bien angelitos, decídanse: mangos, chicharrón o culén... Cuando lo sepan, vuelvan. Váyanse bonito. Pórtense bien. (*La pareja se va*). ¡Vaya con la gente!

HILARIO.— ¡Páseme un pan con chicharrón, doña Rogelia, pero sin unguento de culebra! (*Ríe.*)

ROGELIA.— Ya va. (*Lo prepara*). Purito jugo, purito jugo. El paladar se lo dirá...

RAYMUNDO.— (*Volviendo a su tarea con ímpetu*). ¡Vean el milagroso unguento de culebra que cura hasta las heridas de las flechas envenenadas con el mortífero curare de los feroces jíbaros! ¡Y miren qué hermosa cadena les obsequia la casa Washington de París, de la que soy único propagandista, por la compra de dos cajitas de este famoso remedio! ¡Con él no hay dolores, ni mal de ojo, ni daño, ni cólico que maten, si sobre el órgano afectado se aplica esta pomada con la grasa de la serpiente pitón previamente rezada por los brujos de las tribus salvajes! (*Se detiene apesadumbrado, pues nadie se ha parado a escucharlo*).

COCHAMBRE.— Tienes que irte a Surquillo. Aquí ya estás muy mosqueado. Y lo peor que puede sucederle a un hombre es mosquearse. Todo el mundo le pierde el respeto. Al mismísimo Presidente de la República se lo timplan si se mosquea...

HILARIO.— ¡Gusano, nada de política! ¡Es peligrosa! (*Toma el pan con chicharrón que le alcanza Rogelia*). Gracias, doña. (*Lo muerde*). ¡De rechupete!

COCHAMBRE.— No me vendrían mal unas vacaciones pagadas. (*Tose*). Mira no más como tengo el pecho.

ROGELIA.— ¿Y por qué no prueba la pomada de don Raymundo?

COCHAMBRE.— Lo que me caería bien sería un pan con chicharrón. Es curioso, siempre me entona.

HILARIO.— Primero, retrátate con tus tres hostias de fierro. (A Rogelia). ¡Cuido sus intereses, señora!

RAYMUNDO.— No hemos visto todavía que tu te hayas retratado.

POLICIA.— (Que se ha acercado). Deme un pan con chicharrón bien despachado, señora. Y póngamelo en mi cuenta.

COCHAMBRE.— (Al policía). Buenos días, jefecito. Y perdone una pregunta: ¿cómo hace uno para ir a la canasta? El médico me ha ordenado reposo absoluto.

POLICIA.— (Devorando su pan). No contesto bobadas.

HILARIO.— (Aparte, a Raymundo). El jefe sólo sabe comer de arriba.

COCHAMBRE.— Y pasársela de cantor.

POLICIA.— (Con pocas pulgas.) Tengo mucho tímpano, ¡ah! Y los he oído. ¡Un poco más de respeto y consideración!

ROGELIA.— No les haga caso. Hablan por hablar. ¿Qué tal mis chicharrones?

POLICIA.— ¡Buenazos! A éstos los conozco muy bien. (A Hilario). ¿A tí no te encanastaron una vez por atropello y fuga? (Cochambre.) ¿Y a tí, no te han detenido varias veces por vagancia?

RAYMUNDO.— ¡Pero yo sí que soy inocente! Todavía no conozco las cadenas.

POLICIA.— Te salvaste por un pelo... ¿Ya te olvidaste de "manos de seda"? ¿No te acuerdas de Luis Martínez, Ricardo Chang, o Víctor Beneyto, alias "manos de seda"?

COCHAMBRE.— ¡Qué casualidad!, a ese señor lo conocí en el segundo piso del Sexto. Estaba en la misma celda que el Negro Pituso. Un día su compañero lo abrió en dos como un pescado. ¡Y chau!

RAYMUNDO.— (*Impasible*). No sé de quién hablan.

POLICIA.— Del que limpiaba a los zonzos que oían tu discurso sobre el unguento de culebra. (*A todos*). Con dos dedos, así, su compinche “manos de seda” le sacaba la cartera... A éste, sin embargo, no se le pudo probar nada.

RAYMUNDO.— Ante la ley no tuve culpa. Tengo la conciencia tranquila.

POLICIA.— ¡Los conozco a todos, pues! Así que mucho cuidadito conmigo...

COCHAMBRE.— ¡Y todos lo conocemos a usted, señor policía!

ROGELIA.— (*Pacificadora*). Mejor así. Estamos entre amigos. Ahora, para quedar en paz, les voy a invitar un pan con chicharrón a cada uno.

HILARIO.— Doña Rogelia, ¡es usted una madre para nosotros!

COCHAMBRE.— (*Se apresura a tomar el suyo*). ¡Primero a mí, mamá, que soy el menorcito!

POLICIA.— Se agradece la gentileza.

ROGELIA.— Yo siempre me pregunto por qué tenemos que ser enemigos del policía... Es un oficio difícil que merece todos los honores.

RAYMUNDO.— Todos los oficios son difíciles.

HILARIO.— ¡Y todos merecen los honores!

#### CANTAN LA CANCIÓN DE LOS OFICIOS

CHARLATAN: Mi herramienta es la garganta, señores,  
pues anuncio panaceas, señores,  
por el mundo voy regando  
como riegan los tenores  
sangre de los ruseñores.

CORO: Es oficio muy difícil,  
y merece los honores.

Es oficio muy difícil  
y merece los honores.

CAMIONERO: Mi herramienta es la pupila, señores,  
pues abarco el horizonte, señores,  
por el mundo voy dejando  
como pétalos de flores  
mis miradas de colores.

CORO: Es oficio muy difícil  
y merece los honores.  
Es oficio muy difícil  
y merece los honores.

POLICIA: Mi herramienta es la vara, señores,  
pues el orden establezco, señores,  
por el mundo voy sembrando  
como los horticultores  
los chichones correctores.

CORO: Es oficio muy difícil, etc., etc.

ROGELIA: Mi herramienta es la sonrisa, señores,  
pues la brindo como yapa, señores,  
por el mundo voy soltando  
contra iras y rencores  
el mejor de los humores.

CORO: Es oficio muy difícil, etc., etc.

*Durante la ejecución de la canción, entre la gente de la ciudad que sin cesar ha circulado, Ifigenia, tocada con sombrero de paja, traje —blusa y falda floreada— de norteña y maleta en la mano, ha ingresado a escena. Ha ido avanzando paso a paso, mirando en derredor, entre intimidada y sorprendida, abrumada tal vez por el ruido y el movimiento. Al concluir la canción, doña Rogelia desaparece tras su puesto. Así mismo, el policía vuelve a su guardia en la plazuela, el charlatán acomoda su mercadería y el vagabundo torna a sus piojos, mientras el camionero, apoyado en el cajón que le servía de asiento, se echa a dormir a pierna suelta. Ifigenia se acerca al vagabundo.*

IFIGENIA.— Perdón, señor... (*El aludido no se inmuta*). Señor... (*Lo mismo*). ¡Señor!

COCHAMBRE.— (*Mirando incrédulo*). ¿Pero es a mí? (*Se pone en pie*).

IFIGENIA.— Perdón... No quise molestarlo.

COCHAMBRE.— ¡Me ha dicho usted señor, criatura! ¡Se lo agradezco infinitamente! ¡Nada menos que señor! ¿Debo agradecer semejante bondad?

IFIGENIA.— (*Muy intimidada*). Perdón... Yo... este...

(*El charlatán, que ha contemplado la escena, corre al lado de Ifigenia*).

RAYMUNDO.— Mi nombre es Raymundo Solar. Treinta y cinco años, soltero y sin compromisos, propagandista farmacéutico... ¿En qué puedo servirla, señorita?

COCHAMBRE.— (*A Raymundo*). Esta reina me habló primero a mí. (*A Ifigenia*). ¿Qué desea usted saber, flor celestial?

IFIGENIA.— Yo sólo quería...

COCHAMBRE.— ¡Pida lo que quiera, con confianza! ¿La luna? ¿Las estrellas? ¿El mar?

RAYMUNDO.— No le haga caso, señorita. Es un anormal. Estoy a sus órdenes. Ordene y obedeceré.

IFIGENIA.— Sólo deseaba hacerle una pregunta.

COCHAMBRE.— Cuidese de éste, niña. Es el cómplice de "dedos de seda"... ¿Qué pregunta deseaba hacer?

RAYMUNDO.— (*Empujando al vagabundo*). ¡Sal de aquí, penado del Sexto! (*Forcejean*).

IFIGENIA.— (*Alarmada*). ¡No! ¡No se peleen, por Dios!

RAYMUNDO.— (*Logrando apartar al otro*). Comuníqueme sus ardores se lo ruego.

IFIGENIA.— (*Mirando un papel que lleva en la mano*). ¿Es ésta la calle del Gran Mariscal Conchales?

COCHAMBRE.— (*Adelantándose al charlatán*). La misma, tercera cuadra.

IFIGENIA.— (*Leyendo con dificultad el papel*). Busco el número 325 de la calle del Gran Mariscal Conchales, El Porvenir, La Victoria, Lima. Es la casa de mi tía.

COCHAMBRE.— (*Mirando los números*). ¿325? ¿325? (*No lo encuentra*). ¿Y cómo se llama esa respetable matrona?

IFIGENIA.— Se llama...

RAYMUNDO.— (*Empujando al vagabundo que cae al suelo*). ¡Tú busca el número! (*A Ifigenia*). ¿Cuál es el nombre de su tía?

IFIGENIA.— Rogelia Choroque viuda de Arcaya. Tiene un puesto...

COCHAMBRE.— ¡Ajá! ¿Un puesto de frutas y chicharrones? (*Señalando el lugar*). ¡Ese es!

IFIGENIA.— ¿Justito aquí?

RAYMUNDO.— (*Tierno*). Justito, justito...

IFIGENIA.— ¡Fíjese qué casualidad tan casual! (*Se ruboriza*.)

RAYMUNDO.— ¡Fíjese, pues, nomás!

COCHAMBRE.— ¡Voy a llamar a doña Rogelia! (*Corre al interior del puesto*).

RAYMUNDO.— Yo ya me presenté. Soy Raymundo Solar. ¿Y cuál es su gracia, señorita?

IFIGENIA.— Ifigenia Choroque, señor.

COCHAMBRE.— ¿Viene Ud. a Lima de vacaciones, señorita?

IFIGENIA.— Murió mi papá el pobrecito. Mi mamá ahora se vive con otro tío que pega duro. Mi mamá me dijo: "Andate donde la Rogelia antes que éste te rompa el pulmón". Y aquí estoy porque he venido... (*Nuevo rubor*).

RAYMUNDO.— ¿Y viene usted de muy lejos, señorita?

IFIGENIA.— De Ferreñafe no más, señor.



RAYMUNDO.— ¿Por qué medio de transporte, señorita?

IFIGENIA.— En góndola, pues, señor. ¡Qué sofocón, por Dios!

RAYMUNDO.— Entonces, estará usted muy cansada, señorita.

IFIGENIA.— Me duelen mucho los zapatos, señor. La poca costumbre...

RAYMUNDO.— ¡Quíteselos con confianza! (*Ella se los quita*). Es usted muy bonita, señorita.

IFIGENIA.— (*Escondiendo la cara*). ¡Gua! Favor que usted me hace, señor. (*Ifigenia mira complacida en torno. Canta la canción de la recién llegada*).

### CANCION DE IFIGENIA RECIEN LLEGADA

(Primera Parte)

*Ifigenia*

He llegado, por fin he llegado  
a la ciudad, a la ciudad,  
pestilente a petróleo y pescado,  
¡y qué más da! ¡y qué más da!

Si me siento cual pájaro alado  
y en libertad, por la ciudad.  
Si me siento cual pájaro alado  
y en libertad, por la ciudad.

*Ifigenia y Charlatán*

(a duo)

La ciudad con sus grillos dorados,  
¡qué libertad! ¡qué libertad!  
La ciudad con sus grandes candados,  
¡qué libertad! ¡qué libertad!

*Ifigenia, Charlatán, Cochambre y*

*Rogelia a coro*

Ha llegado, por fin ha llegado,  
a la ciudad,  
sin libertad.

Ha llegado, por fin ha llegado,  
a la ciudad,  
sin libertad.

*Se unen a ella, en la canción; primero el charlatán y, luego Rogelia y el vagabundo. Hilario se despierta. Mira sorprendido a Ifigenia y los otros que cantan.*

HILARIO.— *(Cuando ha concluido la canción y Rogelia e Ifigenia se abrazan).* ¡Bravo! ¡Bravo! *(A sus amigos).* ¿Y esta damisela tan bella quién es? ¿De dónde salió?

ROGELIA.— ¡Mi sobrina Ifigenia! La hija de mi hermano Renovato. *(A Ifigenia).* ¿Y cómo no avisaste que llegabas?

IFIGENIA.— *(Mientras la besa).* Tíita, puse un telegrama urgente. ¿No lo recibiste?

ROGELIA.— No he recibido nada, pero qué bien que hayas venido. *(La abraza de nuevo).*

RAYMUNDO.— Nunca llegan los telegramas...

HILARIO.— *(Extiéndele la mano.)* Soy Hilario Patújez, propietario del camión de servicio interprovincial número 38083, capicúa, y, por eso, muy suertudo en el juego, los negocios, y el amor.

RAYMUNDO.— ¡Un vulgar camionero que atropella y fuga!

COCHAMBRE.— ¡Un hombre dedicado al encarecimiento de las subsistencias! ¡Que se lo pregunten al alcalde!

ROGELIA.— *(A Ifigenia.)* Estos son los amigos que tengo en el barrio. Los he conocido a los tres juntos.

RAYMUNDO.— Pero de los tres sólo el camionero se desayuna con ron de quemar como usted puede verlo. Es un dato importante sobre su persona.

HILARIO.— *(Que tiene la botella en la mano.)* ¡Alto ahí! La madrugada me agarra a veces en plena puna, y ahí, ¿qué puedo desayunar sino aguardiente? *(Arrojando la botella.)* Pero, no les haga caso a estos idiotas... ¿Se quedará mucho en Lima, señorita?

IFIGENIA.— Mi tía lo dirá, señor.

ROGELIA.— No hemos hablado nada todavía.

COCHAMBRE.— ¡Comiencen a hablar pues!

ROGELIA.— Iremos adentro para que me cuentes...

IFIGENIA.— Como usted mande, tía.

RAYMUNDO.— Bueno, yo me voy a trabajar a Surquillo. (*A Ifigenia.*) Señorita, a sus pies. Con permiso. (*Recoge su mesa plegable y su maletín.*) Conozco Lima de cabo a rabo. Cuando quiera recorrerla yo seré su sostén, seré su guía.

IFIGENIA.— ¡Oh, gracias, señor! (*Sale el charlatán.*)

ROGELIA.— (*A Ifigenia.*) Vamos adentro. Te prepararé unos camotitos fritos. (*A los otros.*) Chaucito.

IFIGENIA.— (*Antes del mutis.*) Gracias, caballeros. Han sido muy amables.

HILARIO.— Cuando quiera dar un paseo por la ciudad, no olvide que mi camión está a su disposición. Le advierto que es suave como el arrullo de la paloma.

COCHAMBRE.— ¡Yo! ¡Yo puedo...! (*Dubitativo.*) ¿Qué puedo ofrecerle yo? (*Entusiasta.*) ¡Ah, claro! ¡Yo puedo darle un buen consejo! ¡La experiencia que yo tengo es oro en polvo!

IFIGENIA.— Gracias, gracias...

ROGELIA.— Vamos. (*Mientras salen.*) ¿Y por qué no habrá llegado el telegrama? (*Salen.*)

HILARIO.— (*Para sí.*) Tengo que llevar a arreglar el camión... Aceite, carburador, engrase... (*A Cochambre.*) ¡Chau!

COCHAMBRE.— (*Melancólico.*) Yo no tengo que ir a ninguna parte, así es que debo apurarme. (*Toma su bolsa del suelo y echa a andar calmosamente hacia la derecha. Se detiene a recoger una colilla del suelo. La observa, la aprueba y se la pone en la boca. Dos pasos más. Vuelve a inclinarse para recoger otra colilla, pero lo que levanta del suelo es un papel. Lo mira y lo guarda en su bolsa.*)

*Sigue caminando. Se cruza con otro vagabundo y, por señas, le pide fuego para la colilla que tiene en los labios. El otro enciende un fósforo y le da lumbre. Con gran reverencia.) ¡Gracias, doctor!*

VAGABUNDO.— ¡De nada, ingeniero!

*Cochambre hace mutis cantando la canción del amanecer, rodeado por la agitación urbana, que recrudece mientras él abandona la escena. De pronto, sobreviene el apagón.*

## SEGUNDO CUADRO

*El mismo escenario. Es el atardecer. En el puesto, que evidentemente ha prosperado, un grupo de gente se disputa la atención de Ifigenia, que ha cambiado de peinado y vestido. En la plazuela el policía se pasea, mientras ahí mismo, sentado en una banca, Cochambre monologa algo que no se le entiende. Al otro extremo, el derecho, Rogelia, que viene de hacer compras, pues está cargada de paquetes, se topa con una amiga.*

IFIGENIA.— *(Abrumada por la demanda.)* ¡Uno por uno, por favor! ¿Pan con chicharrón, dijo usted?

UN HOMBRE.— ¡Yo llegué antes que la señora! *(La gente protesta y discute.)*

IFIGENIA.— Ahorita los atiendo a todos... ¿Y usted?

MUJER.— ¡Una chicha morada para mi! ¡Bien heladita!

OTRO HOMBRE.— Sírvame otra de una vez...

IFIGENIA.— ¡Ya! ¡Ya! ¡Calma! ¿Y usted?

*(Los clientes se alborotan y así continúan.)*

ROGELIA.— Está usted igualita, Conchito. No pasan los años por usted.

CONCHITO.— Por usted tampoco, no se me queje. Y por lo que veo, los negocios andan bien.

ROGELIA.— El puestito da para vivir. Desde que vino mi sobrina, que es un ángel, puedo darme una escapada de vez en cuando.

CONCHITO.— ¿Su sobrina? ¿Hija de su hermana, la malogradita del ojo?

ROGELIA.— No, no. La huérfana de mi hermano Renovato, del que se murió de hiel, y que Dios tenga en su santa gloria, amén.

CONCHITO.— Entonces ya será maltoncita.

ROGELIA.— Está en la edad de merecer.

CONCHITO.— Con tal de que no se la degeneren como a mi prima Priscila.

ROGELIA.— La Ifigenia es bien seriecita, no crea. Y yo tengo el ojo bien abierto, ¡hum!

CONCHITO.— ¿Pero sabe Ud. como sucedió lo de la Priscila? (*Acercándose mucho a su interlocutora y bajando la voz hasta que sólo es un susurro.*) El hombre era...

ROGELIA.— ¡No! (*Más sorprendida.*) ¡No! (*Más aun.*) ¿No? (*Siguen hablando.*)

(*En la plazuela el policía se ha detenido al lado del vagabundo. Este se pone en pie y se cuadra militarmente.*)

COCHAMBRE.— ¡Firmes, jefe!

POLICIA.— ¿Por qué diablos estás saltón? Hace rato que te veo hablando solo.

COCHAMBRE.— Estoy rumiando.

POLICIA.— ¿Mascas coca, tú?

COCHAMBRE.— Rumiarse quiere decir pensar. Así dicen los periódicos.

POLICIA.— Ajá... ¿Y qué diablos rumbeabas?

COCHAMBRE.— Rumbear, no. Rumiarse. Rumiaba un millón de soles.

POLICIA.— (*Burlón.*) ¡Qué poco te pide el gusto!

COCHAMBRE.— Rumiaba un millón, sol por sol. Cuando usted se acercó ya iba por los cinco mil trescientos.

POLICIA.— ¿Te faltaba mucho para acabar de... eso que dijiste?



COCHAMBRE.— Rumiar. Lo que hacen las vacas con el pasto.

POLICIA.— Ah, ya. Y cuando termines de comer tu pasto de un millón, ¿qué harás?

COCHAMBRE.— Gastarlo. Pero no sé en qué.

POLICIA.— Ahí mismo, sentado, te compras un supermarket para tí solo. Y te lo rumias todo. (*Ríe.*)

COCHAMBRE.— ¿Usted cree que yo bromeo, no? (*Busca en su bolsa.*) Aquí tengo el millón, espérese... (*Saca un papel —el mismo que recogió del suelo al final del primer cuadro— y lo muestra*) ¿Tengo o no tengo un millón?

POLICIA.— Un huachito. Bah... ¿Y con eso qué?

COCHAMBRE.— Fui a recoger un pucho y al ladito, como diciendo "chápame", estaba este huachito. Mañana juega y mañana tendré el millón.

POLICIA.— Está bien. Es fácil rumiar. Sigue no más... (*Continúa su guardia.*)

COCHAMBRE.— (*Repantigado en la banca.*) ¿Dónde iba? ¡Ah, sí! Cinco mil trescientos uno... cinco mil trescientos dos... cinco mil trescientos tres... (*Sigue.*)

(*En el puesto, Ifigenia decide cerrar.*)

IFIGENIA.— (*Alejando a los últimos clientes.*) Son más de las seis y media. Debí cerrar a las cinco. Se acabó... (*Protestas.*) Estoy aquí desde las nueve de la mañana. (*Cierra las ventanas.*) Hasta mañana. (*Cuando los clientes se han ido se sienta a la intemperie, en un cajón, a descansar.*)

(*Rogelia se despide de su amiga.*)

ROGELIA.— El sábado le doy una fiestecita a la Ifigenia. Se merece el agasajo la pobrecita. Unos cuantos amigos de confianza y un arrozito con pato. La esperamos, Conchito.

CONCHITO.— Por la nohecita, supongo.

ROGELIA.— A golpe de ocho, digamos.

CONCHITO.— Iré, Rogelia. Gracias. Ahora, hasta mañana. (*Abraza a Rogelia y ésta corresponde.*)

ROGELIA.— Adiosito, pues. No faltes. (*Conchito hace mutis. Rogelia prosigue su camino y pasa al lado del policía que la saluda.*) Buenas. (*Continúa. Al llegar al lado del vagabundo, este se pone en pie y, con ademán de mosquetero, se despoja de su raído sombrero haciendo una gran reverencia.*) Buenas noches, don Cochambre. (*Sigue.*)

COCHAMBRE.— ¡Don Cochambre! ¡Algo es algo!  
(*Rogelia llega al puesto, Ifigenia se acerca y la besa.*)

ROGELIA.— (*A Ifigenia.*) ¿Estás cansada? ¿Hubo mucho movimiento, ah?

IFIGENIA.— Hace un ratito esto parecía un gallinero. Mañana hay que comprar el doble de chancho.

ROGELIA.— Tempranito me voy a ir donde el chanchero.

IFIGENIA.— Hay que hacer más chicha.

ROGELIA.— A lo mejor conviene vender cerveza.

IFIGENIA.— ¿No se emborrachará la gente?

ROGELIA.— Lo malo es que hay que sacar licencia. No es lo mismo expendio de bebidas alcohólicas que puesto de refrescos.

IFIGENIA.— En Ferreñafe no hay esas simplonadas.

ROGELIA.— (*Riendo.*) ¡Pero allá hasta el Club Cultural es borrachería, si no, no entra ni el cura!

IFIGENIA.— (*Riendo también.*) ¡Adiós! ¡Eso sería en sus tiempos, tía!

ROGELIA.— ¿Y han cambiado acaso? (*Recogiendo sus paquetes que dejara en el suelo.*) Te compré una tela bien bonita para hacer tu traje de fiesta.

IFIGENIA.— ¡A ver! ¡A ver!

ROGELIA.— Más luego. Voy adentro a descansar un poco. (*Se dirige al puesto.*)

IFIGENIA.— En el cajón está la plata. Ni la he contado. (*Sale Rogelia. Cuando ya está sola, saca del bolsillo de su delantal una carta y, con dificultad, la comienza a leer.*) “Apreciada señorita: Después de saludarla paso a decirle que su presencia ha despertado en mi corazón...” (*Por detrás llega Raymundo, quien le habla delicadamente.*)

RAYMUNDO.— Ifigenia...

IFIGENIA.— (*Guarda rápidamente la carta en el seno y se vuelve.*) ¡Ay, me asustó con esa voz de pena!

RAYMUNDO.— Perdón. No quise mortificarla.

IFIGENIA.— No fue sino un sustito.

RAYMUNDO.— ¿Cómo le va?

IFIGENIA.— Así, así... ¿Y sus negocios?

RAYMUNDO.— Los negocios, formidables. Estoy incursionando por nuevos sectores de la capital. Pampa de Comas, por ejemplo. Hoy agoté mi “stock”. (*Muestra un paquete de billetes.*) ¡Mire la utilidad!

IFIGENIA.— Entonces, en Comas la gente sabe lo que es bueno.

RAYMUNDO.— Creo que el éxito se debe al nuevo número que ejecuto antes de la venta del unguento. Un número sensacional de transmisión de pensamiento e hipnotismo cataléptico sonambular. Lo hago con un chulillo bien aleccionado. Por ejemplo, usted es mi clienta. Le pregunto su nombre en voz muy baja. En seguida a mi chulillo, que está con los ojos vendados, le hago la misma pregunta, pero previamente le digo: “Inmediatamente, fíjese inmediatamente. Grabe este nombre inmediatamente, ahorita... ¿Cómo se llama la señorita?” El chico contesta: “Ifigenia”.

IFIGENIA.— ¿Y el chico lo adivina? ¡Ay, qué lindo!

RAYMUNDO.— ¡Esa es la obra de mi talento! (*En voz baja.*) A usted le diré, en secreto, pero con la promesa de que no lo repetirá... (*Con aire pícaro.*) ¿Se dio cuenta que antes de preguntarle al chulillo le dije unas cuantas palabras sueltas? “Inmediatamente,

fíjese inmediatamente. Grabe este nombre inmediatamente, ahorita." Cuando digo esto es que le transmito lo que debe adivinar...

IFIGENIA.— ¿Y cómo? No entiendo.

RAYMUNDO.— (*Triunfante.*) Las iniciales de cada una de esas palabras forman el nombre de Ifigenia... ¿Se dió cuenta? "Inmediatamente" es la "i", "fíjese inmediatamente" son la "efe" y la otra "i"... Y así, hasta completar el nombre...

IFIGENIA.— ¡Claro! ¡Claro! ¡Qué bueno! ¿Y eso lo inventó solito, de su cabeza?

RAYMUNDO.— ¡Yo! ¡Yo solito! En un año de recorrer el mundo realizando el gran espectáculo de la transmisión de pensamiento e hipnotismo cataléptico sonambular seré rico. (*Pausa. Melancólico.*) Seré rico y seguiré, sin embargo, solo.

IFIGENIA.— ¿Solo?

RAYMUNDO.— Sí, solo y triste. (*Muy cerca y con ternura.*) Salvo que Ud. y yo...

IFIGENIA.— ¿Cómo dijo?

RAYMUNDO.— Salvo que usted y yo nos juntáramos. ¡Sería maravilloso! ¡Haríamos por el mundo un "show" de hipnotismo cataléptico sonambular, trabajaríamos en los más grandes teatros, viviríamos felices...! Imagínese: "Hoy, Ifigenia y Raymundo, los magos que saben hasta su más íntimo pensamiento". (*Entusiasmado.*) ¡Juntémonos, Ifigenia! ¡Juntémonos! ¡Yo la quiero!

IFIGENIA.— (*Ruborizada.*) ¡Oh, Raymundo! No nos conocemos nada todavía. Hace una semana que he llegado y usted...

RAYMUNDO.— (*Apasionado.*) ¡Yo la esperaba!

IFIGENIA.— ¡Pero si usted no sabía que yo existía!

RAYMUNDO.— La ví en mis sueños de amor. Desde niño, como una hada, apareció usted en mí, luminosa cual las estrellas...

IFIGENIA.— ¡Uy, pero qué latero!

RAYMUNDO.— ¿No me cree? ¿No me cree?

*Cantan la*

CANCION DE LOS SUEÑOS DE AMOR  
(primera parte)

RAYMUNDO:

Es la pura verdad, es la pura verdad,  
la he soñada ayer mismo y también hoy,  
yo la sueño aunque me diga usted que no.

IFIGENIA:

Es mentira desleal, es mentira desleal,  
soñó con su menjunge y con su unguento,  
su culebra, y su truco cataléptico.

RAYMUNDO:

¡Soñé despierto y aun soñé en la cama!

IFIGENIA:

¡No en el amor soñó, sino en la plata!

LOS DOS:

Vivimos como locos y al quemar  
nuestra vida, los humos del soñar.  
Vivimos como locos y al soñar  
nuestra vida, los humos del soñar.  
Son mentira desleal  
son la pura verdad.

*Mientras Raymundo e Ifigenia cantaban, Cochambre, desde la plazuela, ha advertido el idilio. Se aproxima y se oculta par ver y oír mejor. Ahí permanece hasta su intervención.*

RAYMUNDO.— *(Al concluir, cogiendo su mesa plegable y su male-tín.)* Piénselo. Ahora me voy. Tengo que preparar unguento de culebra para mañana. A propósito, dígame a su tía que si mañana va donde el chanchero que me compre unos cinco kilos de gordo. Sin el gordo no hay unguento. Y ya sabe, todo mi corazón le pertenece. Hasta luego, Ifigenia.

IFIGENIA.— Hasta luego...

*(Raymundo entra a su hotel. Ifigenia queda pensativa.)*

IFIGENIA.— Pero no ha dicho que quiere casarse conmigo. Sólo que nos juntemos. ¡Qué enamorado tan raro! *(Saca la carta.)* ¿Será

de él? (*La lee.*) "Apreciada señorita: Después de saludarla paso a decirle que su presencia ha despertado en mi corazón el más puro sentimiento de amor. No puedo ocultar más..."

*Con gorra, chaqueta de cuero y chalina al cuello, aparece el camionero.*

HILARIO.— (*Bronco.*) ¡Ifigenia!

IFIGENIA.— (*Guarda la carta apresuradamente.*) ¿Qué pasa?

HILARIO.— ¡Una tonelada de camarones! ¡Dos mil kilos por viaje!  
¡Hotel Bolívar!

IFIGENIA.— ¿Pero qué está usted diciendo?

HILARIO.— De Camaná a Lima cargado de camarones cuatro veces por semana. Dos mil soles, aparte de la gasolina para mí y la comida para el camión...! ¡No! Es al revés: la gasolina para el camión y la comida para mí.

IFIGENIA.— ¿Está usted loco? No le entiendo nada.

HILARIO.— Escúcheme. Si traigo más de lo convenido, venderé por mi cuenta el excedente y me convertiré en intermediario. Al cabo de un año, una flota de camiones. Al cabo de tres años, millonario.

IFIGENIA.— ¿Usted millonario?

HILARIO.— ¡Yo y usted! ¡Véngase conmigo, Ifigenia! ¡Viajaremos juntos, mirando el mar y las arenas! ¡Cuando tengamos dinero, compraremos una casa en el campo, una chacra! ¡Gallinas, pavos, patos, conejos! ¡Y muchos hijos! ¡Yo soy el hombre que usted necesita, Ifigenia!

IFIGENIA.— Pero, Hilario, así de repente... No lo conozco bien... (*Pausa. Tímida.*) ¿Me quiere?

HILARIO.— Usted me parece buena. Una mujer buena se hace querer. ¿Se viene conmigo? (*La va a abrazar.*)

IFIGENIA.— (*Evadiéndose.*) ¡Oiga, no se apure tanto! Debo pensarlo, hablar con mi tía...



HILARIO.— Me quiero juntar con usted, no con su tía. Yo soy Hilario Patújez, que maneja en la pampa, en la selva, en la sierra. Un macho. ¿Qué más quiere?

IFIGENIA.— Pero...

HILARIO.— ¡Qué pero ni pero! Ahora tengo plata. (*Saca un paquete de billetes*). ¿Vió? (*Guarda el dinero. Ella permanece impassible.*) O es que hay otro hombre... Para mí eso no es problema. Lo rompo a cabezazos y se acabó.

IFIGENIA.— No es eso...

HILARIO.— ¿Ni en su pueblo? Porque, si no, voy allá y arreglo rápido el asunto.

IFIGENIA.— Ni allá.

HILARIO.— ¿Y entonces? (Pausa). Desde que la vi me dije: ¡Esta es! Y ahora no me la puedo quitar del cráneo ni cuando me emborracho.

IFIGENIA.— ¡Uy, pero qué farolero!

HILARIO.— ¿Quiere decir que miento? ¿Qué yo miento?

*Cantan la*

CANCION DE LOS SUEÑOS DE AMOR  
(Segunda Parte)

HILARIO:

Es la pura verdad, es la pura verdad,  
en plena carretera ahí está usted,  
cuando es suave el camino se la ve.

IFIGENIA:

Es mentira desleal, es mentira desleal,  
borracho a medianoche y mediodía,  
llena de curvas tiene usted la vía.

HILARIO:

¡Es con amor a usted que me emborracho!

IFIGENIA:

¡No venden en botella el amor sano!

LOS DOS:

Vivimos como ebrios y al beber  
nuestra vida, los tragos del querer.  
Vivimos como ebrios y al beber  
nuestra vida, los tragos del querer.  
Son mentira desleal  
son la pura verdad.

HILARIO.— (*Cuando ha concluido la canción*). Le doy tiempo para decidirse. Ahora me voy a mi lote a descansar. Estoy molido de tanto manejar. Hasta luego. Ya sabe: una chacra, gallinas, pavos, patos, conejos, hijos... (*Sale*).

IFIGENIA.— (*Perpleja*). ¡Tampoco éste habló de matrimonio! ¿Será de él la carta? (*La extrae de su bolsillo y continúa la lectura*)... “ha despertado en mi corazón el más puro sentimiento de amor. No puedo ocultar más mi pasión. Le ruego que sea menos esquiva porque sólo la muerte...”

(*Cochambre sale de su escondite e interrumpe la lectura*).

COCHAMBRE.— Señorita...

IFIGENIA.— (*Guarda la carta*). ¡Ah, es usted! ¿Qué dice?

COCHAMBRE.— Nada bueno.

IFIGENIA.— ¿Por qué?

COCHAMBRE.— He descubierto que los piojos son inmortales.

IFIGENIA.— ¿Cómo es eso?

COCHAMBRE.— No mueren.

IFIGENIA.— Deben ser muchos.

COCHAMBRE.— No. Sólo son dos.

IFIGENIA.— ¿Dos, nada más?

COCHAMBRE.— ¡Dos solamente son esos malditos y una sola la carnecita que se quieren comer!

IFIGENIA.— ¡Use algún polvo venenoso!

COCHAMBRE.— Resisten y siguen picando.

IFIGENIA.— ¡Pobre don Cochambre!

COCHAMBRE.— Compadézcame, señorita Ifigenia. Compadézcame. (*Caminando hacia el mutis*). Algo es algo. (*Antes de desaparecer*). Buenas noches.

IFIGENIA.— Buenas noches. ¡Y que logre matar a esos dos piojos! (*Lo sigue con la mirada compasiva. Vuelve a sí y toma nuevamente la carta. La lectura es más difícil pues la luz ha decrecido*) ... “porque sólo la muerte arrancará de mi pecho inflamado el afecto que hacia usted ha nacido en mi corazón. El amante solitario”. (*Repite la firma*). El amante solitario. (*Medita*). ¿Raymundo? ¿Hilario? (*Viendo que se le aproxima el policía*). ¿Este quizá?

POLICIA.— ¿Todo en orden, señorita Ifigenia?

IFIGENIA.— Sí. Nada anormal hay.

POLICIA.— Ya sabe que estoy para vigilar que nadie la moleste. Si usted no estuviera aquí, yo ya hubiera pedido mi cambio a otro barrio. Pero no en todas partes hay señoritas tan preciosas como usted. Hasta cuando sueño me paseo por aquí cuidándola como a la niña de mis ojos.

IFIGENIA.— ¡Gua! ¡Qué galante es usted, señor guardia!

POLICIA.— Si quiere llámeme Agapito. Ese es mi nombre.

IFIGENIA.— Gracias, señor Agapito.

POLICIA.— ¡No me llame señor! ¡Agapito a secas!

IFIGENIA.— Gracias, Agapito.

POLICIA.— De nada, Ifigenia. (*Suena un silbato*).

POLICIA.— Me llama el cabo de ronda. Enseguida vuelvo. (*Sale corriendo*).

IFIGENIA.— (*Sola*). ¿Hilario? ¿Agapito? ¿Raymundo? Los tres sueñan conmigo, los tres me consideran bonita, los tres me quieren... ¿Y yo? ¿Me gustan ellos? ¿Estoy enamorada? ¿Con quién sueño?

*(Permanece pensativa. Canta la*

CANCION DE LOS SUEÑOS DE AMOR  
(Tercera Parte)

IFIGENIA:

Es la pura verdad, es la pura verdad,  
yo no sueño con nadie ¡qué será!  
y me hundo en la más negra oscuridad.

Es mentira desleal, es mentira desleal  
ellos me aman solamente cuando duermo  
como si el sueño fuera el mismo cielo.

¡No tengo sueños, no, ni amor tengo,  
pero de amor y sueño es este juego!

Vivimos divididos y al partir  
nuestra vida, pedazos del vivir.  
Vivimos divididos y al partir  
nuestra vida, pedazos del vivir.  
Son mentira desleal  
son la pura verdad.

*(Conforme va cantando se va oscureciendo lentamente el escenario).*

### TERCER CUADRO

*El mismo escenario alrededor de las ocho de la noche. Frente al puesto de Rogelia han sido colocadas, en semicírculo, algunas sillas y una mesa. Ya algunos invitados a la fiesta de Ifigenia ocupan el lugar. El camionero y el charlatán están de pie, cerca de Ifigenia. Esta charla con una amiga, sentadas ambas y ríe alegremente. Rogelia sale del interior del puesto con una bandeja llena de copitas, que ofrece a sus huéspedes. Poco a poco, mientras ocurre la primera escena, acuden otros invitados.*

ROGELIA.— ¡A ver! Aquí traigo un poco de cariño. Es hora de entrar en calor.

RAYMUNDO.— Viniendo de sus manos debe ser néctar divino. (*Se sirve*).

HILARIO.— ¡Déjate de floreos! ¡Es un buen puro! (*Recibe una copa*). Gracias, doña Rogelia. Nunca mejor servido. ¡A su salud!

ROGELIA.— Espere, don Hilario, que todos estén armados...

HILARIO.— Discúlpeme, no me había fijado.

RAYMUNDO.— No tienes educación.

ROGELIA.— (*Ofreciéndole a Ifigenia*). Tómame un traguito, hija, que lo que no mata engorda.

IFIGENIA.— Uno no hace daño. Gracias. (*A su vecina que coge una copita*). Sírvasse usted con confianza.

ROGELIA.— Ahora sí. ¡Salud por la agasajada!

RAYMUNDO.— Por la reina de esta noche. Salud.

HILARIO.— De todas las noches y todos los días. Salud.

IFIGENIA.— Se agradece. Salud. (*Todos beben*).

HILARIO.— (*Hace muchos gestos.*) ¡Puro de uva!

CONCHITO.— (*Que llega en ese instante acompañada de un hombre bastante mayor que ella.*) ¡Que a tiempo llego! (*Al acompañante*). ¿No te dije que estábamos en la hora?

ROGELIA.— ¡Pero qué elegantona se me ha venido usted, Conchito!

CONCHITO.— ¡Ay, una nada! Supongo que no hice mal trayendo a mi compadre.

ROGELIA.— Hizo usted muy bien. (*A Ifigenia.*) Ven, Ifigenia, que te presento a una vieja amiga. La señora Concho Molina, una vecina del Potao.

CONCHITO.— Así que ésta es... ¡Está buena la muchacha, para qué, Rogelia! Ojalá se logre bonito.

ROGELIA.— (*Desentendiéndose de Conchito.*) Traeré más copitas. ¿Quién me ayuda?

RAYMUNDO.— Su atento y seguro servidor.

HILARIO.— ¡Y este pechito!

*Los dos van tras Rogelia y desaparecen en el puesto. Regresan en seguida cada uno con una bandeja y copitas. La reunión crece y se hace ruidosa.*

ROGELIA.— (*Que vuelve.*) Me parece que ya estamos todos. ¿A ver? Falta el policía, pero tardará. Voy por la música. (*Sale por la izquierda.*)

*Hilario y Raymundo, uno por un lado y otro por el otro, llegan hasta donde está Ifigenia, ofreciendo las copitas de licor.*

RAYMUNDO.— ¿No desea usted una copita, señorita?

HILARIO.— Ifigenia, tómese otra.



IFIGENIA.— ¡Me puedo marear!

HILARIO.— No se eche atrás en el día de su fiesta.

RAYMUNDO.— Hasta cinco copas no es pecado.

IFIGENIA.— Bueno, pero será la última. (*Tiene ante sí las dos bandejas.*) ¿Y a cuál de los dos le acepto?

ROGELIA.— (*Retorna seguida del organillero.*) ¡Toque! ¡Toque ya! (*Suena un vals. Los invitados bailan.*)

RAYMUNDO.— Yo llegué primero a su lado. Tiene que hacerme el honor.

HILARIO.— ¡Guarda! Antes estuve yo.

RAYMUNDO.— Permite que te diga que no.

HILARIO.— (*Desafiante.*) ¡Permite que no te permita! (*A Ifigenia.*) Sírvase, Ifigenia.

IFIGENIA.— Es un problema... No sé verdaderamente quién me ofreció primero.

RAYMUNDO.— Me llama la atención. Fui yo.

HILARIO.— ¡Calla, calla! Fui yo. ¿No es cierto, Ifigenia?

IFIGENIA.— Lo resolveremos a cara o sello.

HILARIO.— ¡Mejor lo pulseamos, ah! El más fuerte gana.

IFIGENIA.— ¡Nada de peleas! ¡Tengo una buena idea! ¡Juéguelo al Yan Ken Po, como en el colegio!

HILARIO.— Yo preferiría una prueba de hombres, pero si ustedes quieren el Yan Ken Po, no me opongo.

IFIGENIA.— (*Entusiasmada.*) ¡Listos! Yo digo el Yan Ken Po y ustedes juegan. (*Los dos dejan las bandejas y ocultan la mano derecha tras la espalda.*)

RAYMUNDO.— Que comience cuando quiera.

IFIGENIA.— ¡Muy bien! ¿Ya? ¡Yan Ken Po! (*Raymundo e Hilario muestran la mano abierta.*) ¡Papel no envuelve papel! Empatados.

De nuevo. ¿Listos? ¡Yan Ken Po! (*Ambos competidores muestran los puños cerrados.*) ¡Piedra no chanca piedra! Otra vez empate. De nuevo. ¿Ya? ¡Yan Ken Po! (*Muestran la mano con los dedos índice y del corazón extendidos.*) ¡Tercer empate! ¡Tijera no corta tijera! (*Los invitados, pese a que la música no ha cesado, se han reunido en torno a Ifigenia y los dos jugadores.*)

RAYMUNDO.— Por lo visto, tendrá usted que tomarse las dos copitas.

IFIGENIA.— ¡No! Prefiero que siga el partido. (*A los invitados.*) ¿Siguen o no jugando?

INVITADOS.— (*A coro.*) ¡Que siga! ¡Tómese las dos copas! ¡Hay que bailar! ¡Que jueguen!

HILARIO.— ¡Se hace lo que usted mande, Ifigenia!

CONCHITO.— (*A quién ya parecen habersele subido los humos del alcohol.*) Un momentito. (*A Ifigenia.*) ¿Y cuál es, hija mía, el premio de esta rifa? ¿Tu cariño?

IFIGENIA.— ¡Ay qué! Estamos viendo a cuál de los dos le acepto una copita.

CONCHITO.— ¿Y por qué no te tomas la mitad de cada una?

IFIGENIA.— Eso es lo que haré. ¿Y el resto?

CONCHITO.— Yo me sacrifico, hijita.

INVITADOS.— (*A coro.*) ¡Muy bien! ¡Que siga la fiesta! ¡Que muera el pato! ¡A bailar!

CONCHITO.— ¡Antes que nada, los tragos! ¿Dónde están?

*Raymundo e Hilario alcanzan sus bandejas.*

HILARIO.— Aquí están.

CONCHITO.— (*A Ifigenia. Toma una copa.*) La mitad de éste, vamos. (*Ifigenia bebe. Gran algarabía.*) Basta. (*Toma la otra copa.*) Y ahora la mitad de este otro. (*Ifigenia vuelve a beber.*) Basta. (*Con las dos copitas en la mano.*) Me toca a mí. (*Bebe una.*) ¡Zuácate! (*Enseguida la otra.*) ¡Bandangán! ¡Muy sabrosos! (*Los invitados aplauden.*) ¡Que continúe la jarana!

INVITADOS.— (A coro.) ¡Viva la dueña del cuarto! ¡Viva! (Bailan. El camionero, dándole un empujón a su rival, ha logrado apoderarse de Ifigenia, con quien baila. El charlatán persigue a la pareja.)

HILARIO.— ¿Y, ya se decidió?

IFIGENIA.— ¿Qué cosa?

HILARIO.— ¡Cómo! Los camarones, los camiones, los millones...

IFIGENIA.— Esas cosas no me interesan, Hilario.

HILARIO.— ¿Qué es lo que le interesa?

IFIGENIA.— Alguien que me quiera de verdad.

HILARIO.— Pero si le he hablado de camarones, camiones y millones es que la quiero de verdad.

IFIGENIA.— No me gusta que me enamoren de esa manera. ¡Si me hubiera usted escrito una carta!

HILARIO.— ¿Qué carta? ¿Y para qué, se puede saber? (Se ha sobreparado. El otro aprovecha para arrebatarse la pareja.) ¿Una carta? No entiendo.

RAYMUNDO.— ¿Lo ha pensado usted?

IFIGENIA.— ¿Qué cosa?

RAYMUNDO.! ¿No recuerda ya? Hipnotismo cataléptico sonambular!

IFIGENIA.— ¡Ah!

RAYMUNDO.— ¡Al amor le contesta usted sólo "ah"!

IFIGENIA.— Eso suyo no es amor. El amor tiene palabras dulces.

RAYMUNDO.— ¿Y acaso las palabras hipnotismo y cataléptico son amargas?

IFIGENIA.— No son las de un hombre enamorado.

RAYMUNDO.— ¿Y cuáles son las palabras de un hombre enamorado?

FIGENIA.— Las que se escriben en las cartas. ¿Nunca escribió usted una carta de amor?

RAYMUNDO.— ¿Yo? La verdad que no.

FIGENIA.— (*Desolada.*) ¡Qué lástima!

ROGELIA.— (*Que con palmas detiene la música.*) ¡Un momento! Vamos a cortar el baile para pedirle a Conchito que cante. Ella ganó un concurso en la radio, les advierto.

INVITADOS.— ¡Que cante! ¡Que cante!

ROGELIA.— Después de este número, serviremos el arroz con pato a la chichlayana. (*Se oyen bravos entusiastas.*)

CONCHITO.— (*Con una borrachera graciosa.*) ¡Sí, amigos, yo gané el premio de consuelo de la "Audición de la Corneta"! Un concurso bien bravo. Al que no cantaba bien lo paraban con un cornetazo de cuartel. ¡Ta ta ta ta ta! ¡Pero a mí nunca me sonó el ta ta ta!

INVITADOS.— ¡Que cante!

ROGELIA.— ¡Cante un bolero romántico, que son su especialidad!

CONCHITO.— ¿Bolero? Eso pasó, Rogelia. Ahora soy de la "Nueva Ola".

ROGELIA.— ¿Y qué canta usted ahora?

CONCHITO.— Los tiempos han cambiado. Ahora canto "twist".

ROGELIA.— ¿Cómo?

CONCHITO.— ¡Canto "twist"! ¡Es la locura!

INVITADOS.— ¡Que cante! ¡Que cante!

ROGELIA.— ¿Con movimientos y todo?

CONCHITO.— ¡Con todo!

ROGELIA.— ¡Cante usted lo que quiera, pero cante!

CONCHITO.— ¿Ustedes me hacen el coro?

INVITADOS.— ¡Sí! ¡Sí!

CONCHITO.— ¡Voy a cantar el "twist" que ha puesto de moda el famoso cantante Asunción Pérez! (*Se oyan bravos.*) ¡El famoso Asunción Pérez, mi ídolo!

*Canta el*

### TWIST DEL YAN KEN PO

Yan ken po, yan ken po, yan ken po  
papel envuelve a la piedra  
piedra chanca a la tijera,  
tijera corta el papel  
tijera corta el papel  
he, he, he...

Y si se quiera o no se quiera  
damos vuelta al redondel,  
y si se quiera o no se quiera  
damos vuelta, damos vuelta, damos vuelta, damos,

Yan ken po, yan ken po, yan ken po  
tijera corta el papel  
papel envuelve a la piedra  
piedra chanca a la tijera  
piedra chanca a la tijera  
ha, ha, ha...

Y si se quiera o no se quiera  
damos vuelta al redondel  
y si se quiera o no se quiera  
damos vuelta, damos vuelta, damos vuelta, damos,

Yan ken po, yan ken po, yan ken po  
piedra chanca a la tijera  
tijera corta el papel  
tijera corta el papel  
papel envuelve a la piedra  
papel envuelve a la piedra  
ha, ha, ha...

Y si se quiera o nõ se quiera  
damos vuelta al redondel  
y si se quiera o no se quiera  
damos vuelta, damos vuelta, damos vuelta, damos,

Yan ken po, yan ken po, yan ken po.

*Todos se ponen a bailar desenfrenadamente. Cuando están entregados a la danza, irrumpe el policía acompañado de dos guardias más. Van con las pistolas desenfundadas.*

POLICIA.— ¡Nadie se mueva! (*El baile se detiene bruscamente.*)

ROGELIA.— (*Cariñosa.*) Al fin llega usted. Estaba a punto de servir el arroz con pato. Pero tómese un traguito...

POLICIA.— (*Cortante.*) No vengo a la fiesta, señora. Estoy en servicio. Voy a detener dos delincuentes.

IFIGENIA.— ¿Dos delincuentes, aquí?

RÔGELIA.— ¿Viene usted borrachito, don Agapito?

POLICIA.— No, señora. Estoy en misión especial. Voy a detener a dos individuos.

IFIGENIA.— ¿A quienes?

POLICIA.— (*Leyendo un papel.*) “Apersónese con el efectivo que juzgue conveniente a la casa sita en Gran Mariscal Conchales N° 325 y detenga a Hilario Patúñez, sindicado como cabecilla de la mafia que viene operando en el encarecimiento de las subsistencias en el Mercado Mayorista, y a Raymundo Solar, quien so pretexto de la venta ambulante de específicos curativos actúa en el sector de Comas, en complicidad con una banda de carteristas”. Así es que ya lo saben. Tengo que llevármelos.

IFIGENIA.— Tiene que haber una equivocación. Si los dos trabajan... (*A Raymundo.*) ¿Lo del hipnotismo cataléptico es mentira? (*Raymundo baja la cabeza avergonzado. Enseguida dirigiéndose a Hilario.*) ¿Y los camarones?

HILARIO.— (*Al policía.*) Bueno, vamos ya.

POLICIA.— (*A Ifigenia.*) Lamento aguarle su fiesta, pero el deber



es el deber. (*Al policía más próximo.*) Espósalos. (*Les coloca a ambos las esposas.*)

RAYMUNDO.— ¡Ya nadie cree en el unguento de culebra! ¡No tengo la culpa!

IFIGENIA.— ¿Todo fue puro palabreo? ¿Hipnotismo cataléptico, todo eso, no era verdad?

ROGELIA.— Cálmate, Ifigenia. Lima es así.

HILARIO.— Lo de los camarones sí es verdad, lo juro.

IFIGENIA.— ¿Y lo de la mafia?

HILARIO.— Bueno... La mafia de los camarones.

POLICIA.— ¡Vámonos! (*A los otros policías.*) Llévenselos. (*Hacen caminar a Raymundo e Hilario.*) Yo los alcanzo. (*Salen policías y presos.*) ¡La fiesta estaba muy buena! ¿Por qué no continúa? (*Mira en torno.*) ¿Y toda la gente, donde está?

ROGELIA.— Se fue. Se asustaron... Hasta Conchito ha volado.

POLICIA.— ¡Qué lástima! (*A Ifigenia, que se ha sentado, triste, en un rincón.*) Ha sido parte de mi intervención en la "operación limpieza". Y aunque esté mal que lo diga, la misión de esta noche me va a representar mi fideo de cabo. ¡Y de ahí para adelante, la cosa es más fácil!

IFIGENIA.— ¿Quiere decir que por esto lo van a ascender?

POLICIA.— Así me lo prometió el capitán.

IFIGENIA.— (*Agria*) ¿Y a cuántas personas tiene usted que mandar a la cárcel para conseguir ese ascenso?

POLICIA.— Aproximadamente a cien, pero la cifra puede ser rebajada si el guardia hace otros méritos: estudio de los reglamentos, buena ortografía y aseo. ¡Además, yo sigo un curso de redacción por correspondencia!

IFIGENIA.— Entonces, usted sabe escribir cartas.

POLICIA.— Todavía no. Por el momento, sólo escribo partes. Por ejemplo, ahora debo comunicar el desarrollo de esta misión. Por

eso debo retirarme. (*Se cuadra militarmente*). Hasta pronto. (*Sale.*)

ROGELIA.— ¡Pobrecitos Hilario y Raymundo! ¡Cuánto irán a estar entre rejas! (*Pausa.*) Y encima de todo saldrán retratados en “Ultima Hora” y “La Tercera”.

IFIGENIA.— ¿Y no hay algún modo de que los pongan en libertad pronto?

ROGELIA.— Ay, hija, eso cuesta mucha plata. Plata para el abogado, plata para el escribano, plata para... ¡Para todos! No baja de veinte mil soles.

IFIGENIA.— ¿Quiere decir que sin plata no hay libertad?

ROGELIA.— Sin plata no hay nada, hija.

(*Por la derecha dando saltos, haciendo piruetas, gritando hurras, bailando hecho un loco, viene Cochambre.*)

IFIGENIA.— ¿Qué le pasa?

ROGELIA.— Pero míralo... Si parece un mono.

COCHAMBRE.— ¡Viva la vida! ¡Viva yo! ¡Viva mi suerte! ¡Viva la Beneficencia Pública de Lima! ¡Viva la basura! (*Cuando está al lado de las mujeres.*) ¿Pero aquí no había una fiesta?

ROGELIA.— ¿Qué le sucede a usted? ¿Está borracho?

COCHAMBRE.— ¿Y qué le sucedió a la fiesta?

IFIGENIA.— Se acabó a capazos. Vino el policía y se llevó presos a Hilario y Raymundo. Los demás se largaron sin dar las gracias.

COCHAMBRE.— ¿Y por qué presos?

ROGELIA.— Carteristas y mafiosos.

COCHAMBRE.— Lo de siempre.

IFIGENIA.— ¡Pobres!

COCHAMBRE.— ¡Sí, pobres! Primero, la carceleta. Después el Sexto. Al final, la isla.

ROGELIA.— Lo menos dos años, ¿no es cierto?

COCHAMBRE.— Lo menos... Pero no se preocupe. Iremos a verlos cargados de regalos: ropa de cama, conservas, tortas, cigarrillos... ¡Seré un Papa Noel!

IFIGENIA.— ¿Usted? ¿Y de dónde sacará el dinero?

COCHAMBRE.— Lo tengo.

ROGELIA.— ¡Oiga no estamos para chistes!

COCHAMBRE.— Es la verdad. (*Busca en su bolsa el billete de la lotería y lo saca.*) ¿Ve usted esto?

ROGELIA.— Un huachito... ¿Y qué?

IFIGENIA.— No me va a decir que se sacó la gorda.

COCHAMBRE.— La gorda, no. Pero acabo de cotejarlo y tiene veinte mil soles de premio.

IFIGENIA.— ¿Veinte mil soles?

ROGELIA.— ¿Oíste, Ifigenia? Lo justo...

COCHAMBRE.— ¿Lo justo para qué?

IFIGENIA.— ¡Para sacar de la cárcel a los dos amigos!

COCHAMBRE.— ¿Se refiere usted a la caución?

ROGELIA.— No sé el nombre, pero esa es la llave que abre las cerraduras de las celdas.

COCHAMBRE.— Quiere decir que tengo que poner mis veinte mil soles...

IFIGENIA.— ¡Oh, no! No hemos querido decir nada.

ROGELIA.— Es su plata, Cochambre. Usted habló de ropa, conservas, cigarrillos... Les llevará usted eso.

COCHAMBRE.— (*Se pasea meditabundo. Se dirige a Ifigenia.*) Que vale más ¿una lata de atún o la libertad?

IFIGENIA.— La libertad.

ROGELIA.— Atún, cigarrillos, torta, son para el ratito. La libertad es para toda la vida.

COCHAMBRE.— Eso mismo digo yo. (*Extendiendo el billete de lotería.*) En vez de ropa o conservas, cómpreles la libertad. Tome. A mí me sobra.

ROGELIA.— ¡Usted sí que es un amigo!

IFIGENIA.— ¡Señor Cochambre, su corazón es más grande que la catedral!

COCHAMBRE.— Gracias por lo de señor.

ROGELIA.— (*Guardando el huachito.*) Lo voy a premiar. Espéreme. (*Va al interior del puesto.*)

IFIGENIA.— Su gesto es maravilloso.

COCHAMBRE.— No exagere, señorita Ifigenia. Me encontré el huachito en la calle. Lo que está en la calle es de todos, salvo los puchos, que en este sector son míos, exclusivamente míos... ¡aunque ahora son puro filtro!

IFIGENIA.— Todos los días le regalaré una cajetilla. Se lo prometo. ¿Cuáles prefiere usted, rubios o negros?

COCHAMBRE.— No se moleste.

IFIGENIA.— Contésteme cuáles prefiere, ¿rubios o negros?

COCHAMBRE.— Los rubios se me atragantan. Todo lo prefiero de color honesto.

ROGELIA.— (*Que regresa con una gran olla.*) ¡Para usted, Cochambre!

COCHAMBRE.— ¿Para mí? ¿Qué es?

ROGELIA.— El arroz con pato en punto de parida que preparó Ifigenia.

COCHAMBRE.— (*Apoderándose de la olla.*) ¡Qué olor! (*Se sienta en el suelo con el recipiente entre las piernas.*) Con el permiso de ustedes. (*Mete la mano y saca una pierna, que come dando mues-*

*tras de satisfacción.*) ¡Exquisito! ¡Formidable! ¡Extraordinario!  
(*Sigue comiendo.*)

ROGELIA.— Lo dejamos. Buen provecho.

IFIGENIA.— Hasta luego.

COCHAMBRE.— (*Con la boca llena.*) Hasta luego. Que descansen y sueñen con los angelitos.

*Ifigenia y Rogelia recogen las sillas y la mesa y salen de escena. Cochambre con la cabeza casi metida dentro de la olla, devora su contenido. Apagón.*

## CUARTO CUADRO

*El mismo escenario pasada la medianoche. Salvo Cochambre que duerme en la banca de costumbre de la placita, no hay nadie en las calles. A los pocos instantes de silencio aparece, haciendo sonar sus tacos, el policía, quien cumple su guardia. Del puesto sale Ifigenia. Está inquieta y parece aguardar a alguien. El policía se le aproxima.*

POLICIA.— Ya no vendrán hasta mañana. La orden habrá llegado hoy por la tarde. Sellos, firmas, trámites... Seguramente mañana temprano estarán en libertad. ¿Por qué no se acuesta? Está comenzando a refrescar.

IFIGENIA.— ¡Ha costado tanto esa libertad! No sólo los veinte mil soles...

POLICIA.— (*Con ironía.*) ¿Por cuál de los dos se interesa usted?

IFIGENIA.— ¿Qué se imagina? Me preocupo sin interés de ninguna clase, sépalo.

POLICIA.— Es tan raro... Desde el día en que los llevamos presos ya no es usted la misma.

IFIGENIA.— Son mis amigos. Uno debe ayudar a sus amigos.

POLICIA.— La gente hace lo que le conviene.

IFIGENIA.— En mi pueblo nos ayudamos unos a otros porque somos compadres, vecinos, allegados...

POLICIA.— (*Suficiente.*) Eso está bien, pero sólo allá. Aquí no. Esos dos sujetos, por ejemplo, no son buena gente, se lo aseguro.



IFIGENIA.— Conmigo han sido buenos.

POLICIA.— Cuidese. El charlatán es pura labia. Habla florido pero es como la culebra de su pomada. En cuanto al otro, un camionero. Eso es suficiente. ¡Y los dos mienten como diputados!

IFIGENIA.— Todos aquí mienten. Así es Lima. Muy iluminada, pintona y orgullosa, pero mentirosa.

POLICIA.— Que conste que yo no le he mentado.

IFIGENIA.— Pero mandó a la cárcel a dos inocentes.

POLICIA.— Cuando recibo una orden no estoy obligado a pensar si es justa o injusta, señorita. Mi única preocupación es que mi foja de servicios crezca. Además, ¿qué podía hacer yo?

IFIGENIA.— Haberles avisado con tiempo para que pudieran escaparse.

POLICIA.— ¡Qué bonito! ¿Y yo venía y no los encontraba? Yo tenía que llevarlos al calabozo. Eso es lo que se apunta en la foja.

IFIGENIA.— ¿Y cómo supieron sus jefes que ellos estaban aquí?

POLICIA.— ¡Ah! La policía sabe investigar, qué se cree.

IFIGENIA.— Claro. Y fue usted el que hizo esa investigación.

POLICIA.— Bueno. Fue una orden anterior. Me encargaron investigar e investigué.

IFIGENIA.— Por supuesto, de otro modo la foja de servicios...

POLICIA.— Soy policía. Era mi deber.

IFIGENIA.— (*Contenida.*) ¿Quiere decir que entregó a Raymundo e Hilario por su fideo de cabo?

POLICIA.— Me encargaron investigar. Investigué e informé.

IFIGENIA.— Y enseguida los metió presos.

POLICIA.— Esa fue otra orden, la segunda. El capitán me dijo: "Tráemelos del cogote". Y se los llevé.

IFIGENIA.— (*Después de un silencio.*) ¿Está usted de guardia ahora?

POLICIA.— Sí.

IFIGENIA.— ¿Y ha recibido usted la orden de conversar conmigo?

POLICIA.— No, pero es un placer.

IFIGENIA.— ¿Y que diría el capitán si sabe que usted emplea sus horas en este placer?

POLICIA.— ¿Y cómo se puede enterar?

IFIGENIA.— ¡Porque yo le iré a contar todas las cosas que usted hace cuando debería estar vigilando el barrio! ¡Y le llevaré también la cuenta de los panes con chicharrón que se traga y no paga!

POLICIA.— ¿Qué? ¡Sería usted capaz! ¡Soy su amigo!

IFIGENIA.— ¡Lárguese de mi lado ahora mismo y no me vuelva a hablar nunca más si no quiere que en su maldita foja figuren todas sus cochinas! ¡Su asqueroso fideo está a punto de aguarse, se lo advierto!

POLICIA.— (*Herido.*) ¡Señorita Ifigenia, no se olvide que está usted dirigiéndose a la autoridad! Guarde la compostura debida...

IFIGENIA.— ¡Soplón!

POLICIA.— ¿Soplón yo? ¡No lo aguanto! ¡Se va usted a arrepentir de ese insulto! (*Da media vuelta y se retira airado.*)

IFIGENIA.— ¡Soplón! ¡Limeño! ¡Pura mazamorra!

*Canta la canción de*

LOS HOMBRES DE MAZAMORRA  
(Primera parte)

IFIGENIA:

Son como mazamorra  
que no se masca:  
tomará sus promesas

con cuchara de sopa  
con cuchara de sopa  
lo que le plazca.

Son como mazamorra  
que no se bebe,  
el corazón tan blando,  
tan blanda el alma, tan blanda el alma  
como de jebe.

Son como mazamorra  
dulce y amable  
pero que si se enfría  
pierde la gracia, pierde la gracia  
y es impasable.

*Cuando concluye aparece apresurado el charlatán. Se encamina hacia el hotel, pero divisa a Ifigenia.*

RAYMUNDO.— ¿Qué hace usted levantada a esta hora?

IFIGENIA.— (*Alegre*). ¡Oh, qué suerte que lo soltaron! ¿Está Ud. bien?

RAYMUNDO.— Nos soltaron a las 6. Estoy muy bien. (*Presuntuoso*.) Soy inocente.

IFIGENIA.— ¿A las 6? ¿Y por qué no vino antes? Estábamos tan preocupados...

RAYMUNDO.— Tuve mucho que hacer. Tenía que conseguir unos soles. Me voy de Lima. Cuando a uno lo fichan, lo mejor es esfumarse.

IFIGENIA.— ¿Pero no dice usted que es inocente? ¿Por qué huye?

RAYMUNDO.— Usted no conoce a la cachaquería. Hay que irse. Dos, tres años... Después, quizá se hayan olvidado. Bueno, me despido. Hasta pronto. Que sea muy feliz. (*Advierte el estupor de Ifigenia*.) ¡Ah! Me olvidaba advertirle que todo lo que le dije fue sólo una galantería. Soy muy difícil para el amor. Prefiero andar solo con mi maletín de unguento... Hasta pronto. (*Va hasta la puerta del hotel*.) Estoy muy apurado. (*Sale*.)

IFIGENIA.— *(Cuando el otro ha desaparecido.)* ¡Pero Raymundo...!  
*(Va a ir tras él, pero se detiene. Pausa.)*

HILARIO.— *(Viene de prisa con dirección a su choza. Pasa junto a Ifigenia. Se sobrepara repentinamente.)* Buenas noches, señorita Ifigenia. Perdóneme que no la reconociera. A estas horas...

IFIGENIA.— *(Entusiasta.)* Ya sabía que estaba usted libre. ¡Qué gusto tengo!

HILARIO.— En efecto, estoy libre. Todo era un error. Pero me tengo que ir ahora mismo a la sierra. Conviene desaparecer del panorama. La policía tiene una memoria muy frágil y de repente se olvida que soy inocente.

IFIGENIA.— ¿Se va también?

HILARIO.— Imagínese mi situación. He estado seis días adentro y no he ganado un centavo... ¡Cómo estará mi pobre mujer y mis hijos! *(Muy tarde se da cuenta de lo que ha dicho.)* Este... No quise...

IFIGENIA.— ¿Es usted casado?

HILARIO.— *(Confundido.)* Sí.. pero no mucho. Es decir, soy casado, aunque hace tiempo que... Bueno, no soy un jovencito. No es de llamar la atención. ¡Ah, ya me doy cuenta, usted lo dice porque le solté algunas cositas! ¡Bah, no haga caso, eran en broma! En Huancayo tengo a mi mujer y cinco chicos. Bueno, voy a recoger mis cosas para enfilear el camión a la sierra. Discúlpeme... Ya vuelvo a despedirme. *(Sale.)*

IFIGENIA.— *(Cuando reacciona.)* ¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza!  
¡Todos son unos sinvergüenzas, unos soplones, unos canallas!  
*(Grita.)* ¡Canallas! ¡Soplones! ¡Sinvergüenzas!

ROGELIA.— *(Que sale a los gritos de Ifigenia, en bata.)* ¿Estás loca?  
¿Te pones a gritar en la calle a las cuatro de la mañana?

IFIGENIA.— *(Enardecida.)* ¡Si todos son unos mentirosos! ¡Lima es una mentira llena de mentirosos!

ROGELIA.— ¿Y recién te das cuenta de eso, criatura?

IFIGENIA.— ¡Es para volverse loca! ¡El policía denunció a Hilario y Raymundo! ¡Raymundo dice que le gusta vivir sólo y, sin embargo, juró que me amaba desde antes de conocerme! ¡Hilario es casado, pero tuvo la desvergüenza de prometerme hijos! ¡Son pura mazamorra!

ROGELIA.— ¡Mazamorra por fuera y por dentro!

*Cantan ambas la canción de*

LOS HOMBRES DE MAZAMORRA  
(Segunda parte)

ROGELIA:

Son como mazamorra  
del suelo al techo  
el clima es mazamorra  
y el mismo cielo, y el mismo cielo,  
de eso está hecho.

IFIGENIA:

Son como mazamorra  
los sentimientos,  
mazamorra morada  
el sueño, el beso, el sueño, el beso  
todo, hasta el viento.

LAS DOS:

Son como mazamorra  
que no se masca,  
ni se bebe ni sabe,  
ni deja rastro, ni deja rastro  
cuando se atasca.

*Cuando han terminado, Hilario y Raymundo, cada uno por su lado, aparecen con sendas maletas, listos para viajar.*

RAYMUNDO.— Ha llegado la hora de decir adiós. (*Tiende la mano a Ifigenia y Rogelia.*)

HILARIO.— Lo mismo digo. (*Repite el juego.*)

RAYMUNDO.— (*A Hilario.*) ¿Listo compadre?

HILARIO.— Listo, carreta.

HILARIO y RAYMUNDO.— (A coro.) Hasta prontito. (Se dirigen a la derecha.)

HILARIO.— (Antes del mutis.) El camión está como una seda. ¿Tiene usted pomada suficiente, carretón?

RAYMUNDO.— Como para embadurnar a un ejército, compadrito. (Salen.)

ROGELIA.— (Los ve irse.) ¿Y ni siquiera han preguntado quién dio la plata para que salieran en libertad?

IFIGENIA.— No han dicho ni gracias.

*Se oye el canto de un gallo. Otro le responde a lo lejos.  
Comienza a amanecer.*

ROGELIA.— Ya está amaneciendo. No has pegado los ojos en toda la noche, hija.

IFIGENIA.— No tengo sueño... (Está a punto de llorar.) Estoy como si mi padrastro me hubiera dado una de sus palizas...

ROGELIA.— Me voy a vestir. Mira mi facha. Ven, tú descansa un poquito.

IFIGENIA.— Ya voy.

ROGELIA.— Con tal de que el sereno no te haya acatarrado... (Sale.) (En su banca, Cochambre se levanta, hace su breve gimnasia y cuando ve a Ifigenia, corre hacia ella.)

COCHAMBRE.— Buenos días, vecina. ¿Durmió usted bien?

IFIGENIA.— No pegué los ojos. He estado aquí despierta, toda la noche.

COCHAMBRE.— ¿No soltaron a nuestros amigos todavía?

IFIGENIA.— Sí, ya los soltaron. Ya vinieron también, y también ya se fueron.

COCHAMBRE.— ¿Y qué hace usted aquí entonces?



IFIGENIA.— No hago nada. (*Pausa.*) Pero, sin embargo, hago algo. Estoy rehaciéndome.

COCHAMBRE.— ¿La hirieron?

IFIGENIA.— Me cortaron en pedacitos. Como un chicharrón. (*Sonríe.*)

COCHAMBRE.— A usted le faltaba adaptarse a Lima. A esta ciudad no se llega cuando se llega. Cuando a uno le han dado bastante en la cabeza es cuando ya está en ella. (*Pausa.*) Esos dos tipos deberían estar aquí, de rodillas ante usted, dándole las gracias. Pero estarán roncando como generales.

IFIGENIA.— Están de viaje. Han ido a recorrer el mundo.

COCHAMBRE.— Pero yo creí que ellos estaban enamorados... Parecía que...

IFIGENIA.— Pasaban el rato, nada más. Me lo dijeron bien claro.

COCHAMBRE.— Así es la vida.

IFIGENIA.— Lo peor es que les creí todas las tonterías. Me encantaban con sus palabras. Me parecían maravillosas. Y yo pensaba: ¿cuál de los dos? ¡Ya no le creeré nada a nadie!

COCHAMBRE.— No todos en esta ciudad son mentirosos. Hay gente digna de confianza...

IFIGENIA.— ¿Quién? ¿Quién, me puede usted decir?

COCHAMBRE.— Pues, verá... Hay gente que promete una cosa sólo cuando la puede hacer...

IFIGENIA.— ¡Ah, claro! ¡Usted, por ejemplo, que se desprendió de su dinero!

COCHAMBRE.— No se trata de dinero. El huachíto lo encontré tirado en la calle. Era de otro y no era de nadie. Me refiero a otra cosa. Pensaba en las palabras. Hay unas que se lleva el viento. Otras quedan, quedan escritas...

IFIGENIA.— ¿Palabras que quedan?

COCHAMBRE.— Que quedan, sí... ¿No entiende?

IFIGENIA.— (*Con gesto fatigado.*) No entiendo. Estoy muy cansada, es la verdad.

*La ciudad ha comenzado a moverse, como en el primer cuadro. Aparecen los personajes mímicos y se escucha el ruido de la jornada, su ritmo disonante y acelerado.*

IFIGENIA.— Ya es de día. Cuando llegué todo esto me pareció la libertad. Pero no es así. (*Mira en torno.*) Es una jaula, una enorme jaula llena de pájaros sanguinarios, llena de buhos oscuros y murciélagos humeantes.

*Chillan pájaros entre motores y frenos.*

COCHAMBRE.— ¡Es cierto! ¡Es cierto!

IFIGENIA.— Cada uno va sobre su presa.

COCHAMBRE.—Yo sobre mis piojos y mis puchos...

IFIGENIA.— Yo a la trampa de los desayunos... ¡Debo abrir el puesto!

COCHAMBRE.— Me voy. (*Vacila.*) Este...

IFIGENIA.— Hasta luego.

COCHAMBRE.— Antes debo decirle una cosa. (*Confidencial.*) Yo también digo mentiras. Envío cartas llenas de mentiras.

IFIGENIA.— ¿Cartas? (*Saca la que guarda en su bolsillo.*) ¿Usted me escribió est carta?

COCHAMBRE.— Mía, mía, mía, lo que se dice mía, no es. La copié de un libro. (*Saca de su bolsa un librito.*) De aquí: "El Secretario de los Amantes". Y lo que dice, por eso, tampoco es cierto. Ahora me voy. Me voy muy lejos. Adiós. (*Inicia el mutis.*)

IFIGENIA.— ¡Oiga!

COCHAMBRE.— No diga nada. Todo está perfectamente bien. ¡Soy pura mazamorra!

*Mientras hace mutis canta la*

### CANCION DEL AMANECER LIMENO

*Ifigenia queda sola, en medio del barullo y de los peatones.  
En bicicleta ingresa un cartero. Se detiene a su lado.*

CARTERO.— ¿Sabe usted donde vive la familia Choroque?

IFIGENIA.— Yo soy Ifigenia Choroque.

CARTERO.— Telegrama urgente. (*Le extiende el sobre y un cargo con un lápiz.*) Firme aquí. (*Ella firma. El recoge el libro de cargos y monta su bicicleta.*) Gracias. (*Sal.*)

IFIGENIA.— (*Abre ansiosa el telegrama. Lo lee. Ríe alegremente. Vuelve a leerlo, esta vez en voz alta.*) "Ifigenia llega a ésa mañana por la mañana. Cuida que Lima no me la malogre. Saludos de tu cuñada..." (*Ríe más. Poco a poco se va poniendo grave. Los ojos, luego, se le llenan de lágrimas.*) ¡He llegado! ¡No estoy soñando! ¡He llegado de verdad!

*Se adelanta y canta la*

### CANCION DE LA RECIEN LLEGADA

(Segunda parte)

IFIGENIA: He llegado, por fin, he llegado  
a la ciudad, a la ciudad,  
pues su alma de lodo he palpado,  
¡qué pena da! ¡qué pena da!

Y me siento cual pájaro atado  
sin alas ya, sin alas ya.  
Y me siento cual pájaro atado  
sin alas ya, por la ciudad.

La ciudad con sus grillos dorados  
sin amistad, sin amistad,  
la ciudad con sus grandes candados,  
sin voluntad, sin voluntad.

He llegado por fin, he llegado  
a la ciudad  
sin libertad.  
He llegado por fin, he llegado  
a la ciudad  
sin libertad.

*Cuando termina, todos los personajes, los principales y los  
comparsas, aparecen danzando en la escena iluminada,  
sobre la cual se cierra lentamente el*

TELON

INDICE





S. S. B. y la vocación de escritor, por Mario Vargas Llosa	11
Amor, gran laberinto	34
<i>Primer acto</i>	37
<i>Segundo acto</i>	57
<i>Epílogo</i>	83

#### JUGETES

La soltera y el ladrón	91
La oficina de Arlequín	95
Los novios	97
El de la valija	117
El espejo no hace milagros	135
En el cielo no hay petróleo	139
Un cierto tic-tac	167
El trapecio de la vida	175
El beso del caimán	177

#### COMEDIAS

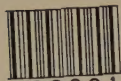
Dos viejas van por la calle	201
<i>Primer acto</i>	205
<i>Segundo acto</i>	225
<i>Tercer acto</i>	243
<i>Epílogo</i>	261
El fabricante de deudas	
<i>Primer acto</i>	267
<i>Segundo acto</i>	301

La escuela de los chismes	329
<i>Prólogo</i>	331
<i>Primer acto</i>	335
<i>Segundo acto</i>	351
<i>Tercer acto</i>	365
<i>Cuarto acto</i>	377
<i>Quinto acto</i>	391
Ifigenia en el mercado	407
<i>Primer cuadro</i>	409
<i>Segundo cuadro</i>	423
<i>Tercer cuadro</i>	435
<i>Cuarto cuadro</i>	448

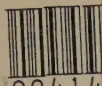
COMEDIAS Y JUGUETES, primer tomo de las  
Obras de Salazar Bondy, se terminó de  
imprimir el 8 de Octubre de 1967, en los  
talleres de INDUSTRIALgráfica S. A.,  
Chavín 45, Breña — Lima, Perú.



PQ8097. S233



a39001



00414

1-73

años atrás y por esta razón, su nombre y su persona resultaban fascinantes para mí. Todo, en el Perú, contradecía la vocación de escritor, en el ambiente peruano ella adoptaba una silueta quimérica, una existencia irreal. Pero ahí estaba ese caso extraño, ese hombre orquesta, esa demostración viviente de que sí, de que a pesar de todo alguien lo había conseguido. ¿Quién de mi generación se atrevería a negar lo estimulante, lo decisivo que fue para nosotros el ejemplo centellante de Sebastián? ¿Cuántos nos atrevimos a intentar ser escritores gracias a su poderoso contagio?

Sería torpe querer disociar o juzgar por separado, en Sebastián, al animador y al creador, al nervioso propagandista y al autor. Lo sorprendente es que él fuera indisolublemente ambas cosas y cumpliera con las dos por igual. El acometió esa arriesgadísima empresa plural de crear la literatura, sirviendo al mismo tiempo de intermediario entre la literatura y el público, de ser a la vez un creador de poemas, dramas y relatos y un creador de lectores y espectadores y, como consecuencia, un creador de creadores de literatura. No es difícil adivinar la tensión, la energía, la voluntad que ello le exigió. En una sociedad culturalmente subdesarrollada como la nuestra cada una de esas funciones distintas y apenas conciliables significa una guerra; él las libró todas a la vez.

Pero, en la segunda etapa de su vida de escritor, al combate por la literatura, Salazar Bondy añadió una acción política. El fue un rebelde, no sólo como escritor, también lo fue como ciudadano.

MARIO VARGAS LLOSA



